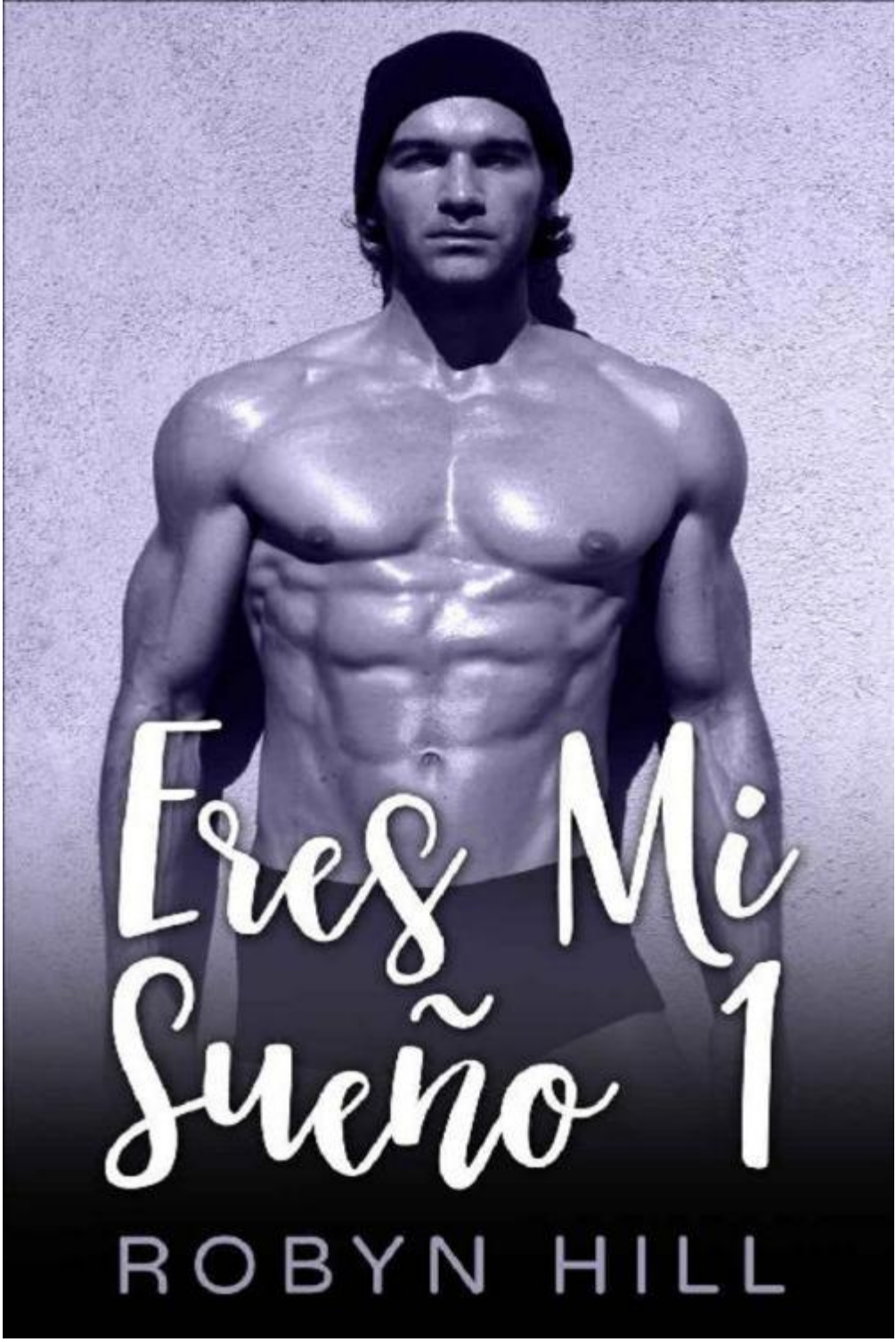
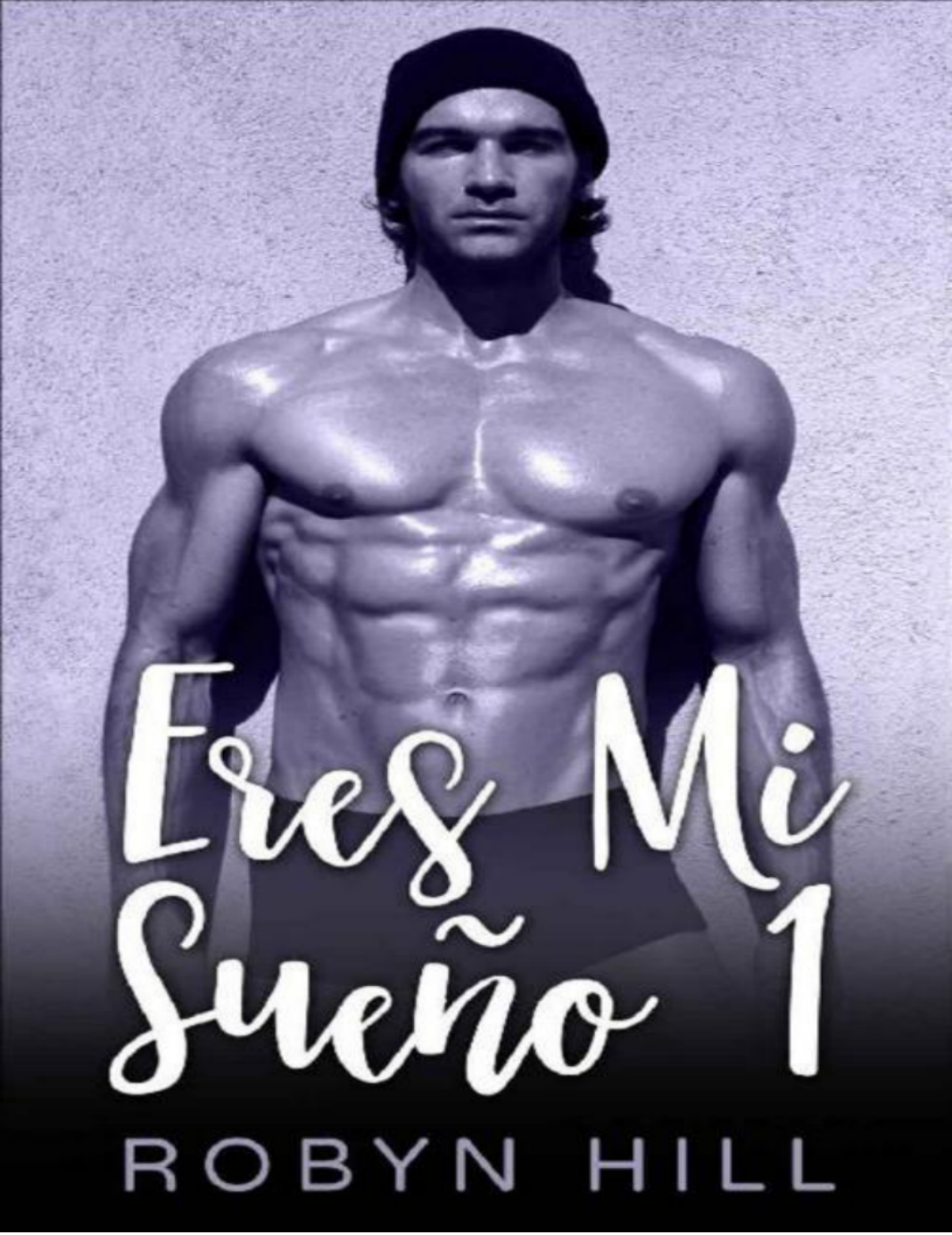

Eres Mi Sueño 1
ROBYN HILL


Eres Mi Sueño 1
ROBYN HILL

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 1

Sally Green sonrió ampliamente, se inclinó sobre el respaldo de la silla apoyando las manos sobre la cabeza y apoyó los zapatos de vertiginosos tacones en la mesa de nogal. Le fascinaba esa postura masculina de auténtico éxito. Después de dos años en París de laborioso esfuerzo como subdirectora del hotel Crillon, por fin le llegaba el ansiado reconocimiento. La revista sobre viajes con más solera del país, «Pasión por viajar», publicaba una entrevista a doble página de Sally sobre su última iniciativa tecnológica. La creación de un programa para el móvil desde el que el cliente podía reservar su habitación incluso el mismo día, además de disfrutar de un recorrido virtual por la habitaciones y las estancias, e incluso conocer las diferentes opciones de transporte de la ciudad.

Enseguida sintió que la postura era más simbólica que cómoda, así que se puso de pie y, sin dejar de sonreír, miró por la ventana cruzada de brazos. No es que dispusiera de una encantadora vista del Arco del Triunfo, pero el callejón con vistas a un coqueto «brasserie» encerraba un aroma francés que le seducía el corazón. El apuesto camarero de peinado lustroso, con chaquetilla y camisa blanca, sirviendo el café, los clientes leyendo la prensa del día, el olor a panecillos calientes, el sol bañando la esquina… Era como un pequeño oasis en medio de la vorágine parisina.

Sin lugar a dudas, su jefe, el Sr. Laurent, disfrutaría de unas mejores vistas porque para eso era el director del hotel desde hacía una eternidad. «Probablemente en este preciso momento está leyendo

la entrevista», pensó. Sally tomó asiento de nuevo en la silla frente a su escritorio dando por finalizada su alegría por su hito profesional.

Se recogió un mechón de pelo con una horquilla. Ahora tocaba volver al trabajo, por lo que echó un vistazo a la agenda del día. Laurent se marchaba de vacaciones en un par de semanas y a ella le tocaba asumir las tareas propias de su cargo. Octubre era su mes favorito del año porque siempre ejercía de directora en funciones del Crillon y las aceras se llenaban de hojas crujientes y ocres. Para Sally el aroma de la ciudad se cargaba del olor de las flores silvestres.

Llamaron a la puerta quedamente. La nariz aguileña del Sr. Laurent asomó bajo el dintel. Vestía con un elegante traje gris con chaleco y corbata a juego. Caminaba pesadamente sin duda debido a una enorme barriga que sobresalía por encima del cinturón de piel.

—Buenos días, Sally —dijo alzando las cejas, tímidamente. El Sr. Laurent peinaba canas y tenía la frente surcada de arrugas. Como buen francés le fascinaba la moda, por lo que siempre se preocupaba de que toda su vestimenta conjuntara cromáticamente.

—Hola, René —A ella no le disgustó que se presentara sin avisar, pues se imaginaba el motivo de su visita.

—Acabo de leer la entrevista y he pensado en venir en persona a felicitarte —dijo plantándose en mitad del despacho y abriendo los abrazos cálidamente. Sally no pudo evitar reprimir una sonrisa. Fingiendo remolonear, se levantó para zambullirse en el abrazo del oso, como ella cariñosamente lo llamaba. Después su jefe le tomó de las manos. Sus ojillos le brillaban de admiración—. Siempre se lo digo a mi mujer. Es una suerte que trabajes con nosotros. Bendito el día que nos llegó tu currículo y eso que al principio, como no hablabas francés, tuve mis reticencias, pero… Dios mío, has rebasado nuestras expectativas.

Al Sr. Laurent le fascinaba contarle a Sally una y otra vez la misma pequeña historia de su llegada al hotel Crillon.

—Dime, ya sabes que de tecnología no ando muy a la última, ¿cómo marcha últimamente ese célebre programita para el teléfono? —preguntó su jefe tocando suavemente la las mangas de su traje.

—Batiendo récord de descargas y las reservas han aumentando un 14%.

—Magnífico, magnífico —dijo tomando asiento frente al escritorio. El despacho de Sally era pequeño pero cada recoveco estaba muy bien aprovechado. La estantería con aire industrial, las cortinas de color antracita y un grupito de fotografías enmarcadas mostrando diferentes monumentos del mundo. Entre ellas destacaba la Estatua de la Libertad. Sí, reconocía que una parte de ella echaba de menos, Nueva York, su ciudad natal.

El Sr. Laurent juntó las palmas de las manos como si fuese a rezar,

pero las frotó suavemente.

—Querida mía… Estoy tan contento con tu trabajo que he decidido darte una semana de vacaciones pagadas en, nada más y nada menos, que Cannes. ¿La conoces?

—Por desgracia, no —A Sally le dolía reconocer que apenas si había visitado el país. Cannes era mundialmente conocida por su festival de cine lleno de famosos y «glamour».

—Ah, las maravillas que te estás perdiendo de este fabuloso país… —dijo negando con la cabeza y mordiéndose los labios como si fuera una tragedia—. Pero bueno, cuando regrese de mis vacaciones, tendrás tiempo para conocer, desconectar y viajar un poco, ¿qué te parece?

—Estoy más que agradecida, René, pero no necesito más vacaciones. Estoy bien así. Hay mucho que hacer. Junto con el informático estamos trabajando en la segunda versión de la aplicación. Eso nos mantendrá ocupados un tiempo.

El Sr. Laurent alzó los brazos en un gesto de quien no puede dar crédito a lo que está oyendo.

—Sé que te dedicas en cuerpo y alma al trabajo y eso me parece fantástico. Como es lógico, no seré yo quien te lo impida. Me parece estupendo. Aún podemos situar al Crillon a la altura de esos pretenciosos del George V. Pero recuerda que si cambias de opinión, solo tienes que llamarme, ¿de acuerdo?

—Te tomo la palabra, René.

El Sr. Laurent se fue del despacho dándole un beso en el aire, algo que hizo sonreír a Sally. Su jefe era todo un personaje y ella no veía ningún motivo para no seguir muchos años trabajando en el Crillon.

# #

—Estoy convencido de que es la persona que necesitamos para el Grand Majestic —dijo Jack mientras trotaba por un camino de tierra que bordeaba el lago más grande y hermoso de Central Park. Era una mañana fresca pero nada calmada a causa del bullicio de la ciudad, que llegaba lejano pero incisivo desde las calles adyacentes. Jack, vestido con pantalón corto y una sudadera de algodón, corría a buen ritmo junto a Brandon, algo muy habitual a esa hora tan temprana del día, antes de que ambos acudieran al trabajo.

—¿Estás seguro, Jack? A mí me parece muy joven. Yo contrataría a otra persona con más experiencia. Para gestionar un hotel como este se necesita una mano firme. Y, sobre todo, que haya sido director recientemente.

—Eso es lo previsible, —sonrió ampliamente— lo que todo el

mundo haría. ¿Dónde está el riesgo? Ya me conoces. Me gusta apostar y ganar, por eso soy empresario.

Al cruzarse con dos chicas jóvenes que también practicaban el *running*, Jack notó de refilón cómo sus miradas y sonrisas se posaban en él, pero la conversación le tenía concentrado. Desde hacía dos meses que el buque insignia de su compañía, el Grand Majestic, carecía de un director competente. Al menos para las altas expectativas que Jack se había planteado.

—El anterior no lo hizo tan mal —dijo Brandon con la frente coronada de sudor. Se alegraba de que a Jack no le diera por correr un maratón antes de acudir a la oficina, porque de ser así moriría de un infarto.

—No, pero contratar a alguien de su perfil es más de lo mismo. Tenemos que aspirar a más. De no ser así, lo vendo y me compro una isla en Bali a pegarme la gran vida.

—Si necesitas un adjunto de dirección para ese proyecto, avísame —dijo guiñando un ojo.

—Oh, venga, aún nos queda mucho camino por recorrer. ¿No estarás pensando ya en jubilarte? Acabamos de cumplir los treinta años.

—Claro que no. En Bali podemos trabajar cuatro horas y el resto tumbados en la hamaca tomando una refrescante piña colada.

Doblaron por un recodo desde donde se apreciaba el lago como un manto cristalino bajo el esplendoroso amanecer. Si no fuera por el tiempo melancólico de otoño, apetecía darse un chapuzón.

—Brandon, no me distraigas. ¿Has hablado ya con Sally Green como te pedí?

—No me devuelve las llamadas —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Dejaste claro que llamaste de Excelsior Guest? —Jack no pudo evitar un deje de orgullo al pronunciar el nombre de su empresa, aquella que había fundado a la sombra de la de su padre. Desde muy joven siempre tuvo muy claro que jamás usaría el apellido paterno para gozar de una privilegiada posición. Él se labraría su propio camino… Y así lo hizo con un éxito fulgurante.

—Por supuesto. Pero, por lo visto, la vida parisina le tiene absorbida.

Jack pensó entonces que se trataba de una mujer maleducada. Al leer la entrevista en la versión inglesa de «Pasión por viajar», le dio la impresión de ser una persona lúcida, trabajadora y ambiciosa. Sin embargo, nunca llegó a pensar que la descortesía iba a formar parte de su carácter. Odiaba a la gente así. No obstante, era un detalle que se veía obligado a pasar por alto. Cuando vislumbraba el futuro de su hotel más emblemático, se imaginaba una mujer al frente y no era abundante el número de candidatas perfectas. A decir verdad, la

selección se había reducido a una sola persona: Sally Green.

Su padre le enseñó que, para triunfar en los negocios, es imprescindible fracasar muchas veces y ser un loco visionario. Él había construido un próspero negocio desarrollando un «software» gratuito para grandes empresas cuando todo el mundo le aconsejaba que lo vendiese a un buen precio. Se descubrió que él llevaba la razón cuando empezó a cobrar por las actualizaciones, cuando todos sus clientes se habían acostumbrado a la herramienta. Jack pudo tomar las riendas de la empresa cuando su padre se jubiló, sin embargo, tomó la decisión de ser el dueño de su propio destino. Con suerte, trabajo y olfato para los negocios lo acabaría superando.

—Me voy a París a hablar con ella en persona —dijo Jack con aplomo—. No me apetece un viaje de más de seis horas pero no veo otra solución. Me recibirá aunque tenga que plantarme frente a la puerta de su despacho sin cita. Nadie está tan loco como para rechazar una oferta para trabajar en el mejor hotel de Nueva York.

Brandon sabía que cuando a su amigo y jefe se le metía algo entre ceja y ceja no lo soltaba hasta que lograba su propósito. Estaba más que convencido de que Sally Green se convertiría en la nueva directora del Grand Majestic en poco tiempo.

—¿Cuándo te marchas?

—Hoy mismo —Consultó su reloj y meditó cuánto tiempo le llevaría llegar hasta el aeropuerto JFK—. En cuanto me vista y desayune. No puedo dejar este tema pendiente por más días. Necesito avanzar.

Ambos se detuvieron, hicieron unos ejercicios de estiramiento y luego enfilaron sus pasos hacia el Grand Majestic, donde Excelsior Guest había instalado sus oficinas, en la primera planta. Un par de taxis amarillos esperaban en la entrada a que aparecieron sus clientes. El portero, vestido con una lustrosa chaqueta de ribetes dorados y flecos en los hombros, hablaba con los taxistas mientras saludaba a Jack y a Brandon inclinando respetuosamente la cabeza y tocándose la visera de la gorra.

Antes de entrar, Jack se giró hacia la calle y respiró el aire frío de la mañana. Rodeado de impactantes rascacielos, sintió el subidón de adrenalina al saber que dentro de pocas horas tendría a Sally Green frente a frente, compartiendo el mismo espacio y tiempo. Gracias a él estaba a punto de cambiarle la vida y, curiosamente, ella aún lo ignoraba.

Capítulo 2

La visión era celestial. Una serie de mesas con mantel de encaje sobre las que se desplegaba un bufé de lo más variado: carne, pescado, ensaladas exóticas. La sabrosa mezcla de olores hacía que Sally contuviera la respiración al tiempo que recorría el lugar, plato en mano, en busca de una exquisitez que llevarse a la boca.

—Buenos días, Srta. Green —dijo Pierre, el metre del restaurante.

—Buenos días, Pierre. —Sally sonrió con calidez—. ¿Cómo has pasado las vacaciones? ¿Has hecho algo especial?

A Pierre le brillaron los ojos. Le gustaba que su jefa supiera que había estado ausente.

—Sí, he ido de vacaciones a Roma con mi mujer. Una ciudad caótica pero maravillosa, con una cultura milenaria.

—Oh, Roma, la ciudad eterna. Espero algún día poder visitarla —Italia y sus impresionantes monumentos era un destino con el que Sally soñaba con frecuencia. Por desgracia, el cúmulo de trabajo le obligaba a renunciar con frecuencia a su tiempo libre. Un hotel está abierto las veinticuatro horas, por lo que siempre es necesario tener todo bajo control. De alguna manera, ella veía su labor como la persona que ha de conseguir que la tarea del director sea más sencilla.

—Hoy le recomiendo el cordero. Está para chuparse los dedos.

—Como siempre, haré caso de tu sugerencia.

Después de servirse una moderada ración de carne junto a una ensalada mediterránea, tomó asiento en una coqueta mesa para dos. A su alrededor, había un par de clientes trajeados de aspecto elegante y

mirada grave. Los camareros iban y venían con sigilo. Es más, solo se oía el tintineo de los cubiertos. Así pues, en el ambiente flotaba un aire relajado y confortable. A Sally le gustaba esa imagen pues era el fruto de un trabajo bien hecho. Le constaba que en la cocina, la trastienda del hotel, debía haber un ajetreo considerable para que todo estuviese perfecto.

Un hombre vestido con una americana azul, camisa blanca con el cuello desabotonado, de pelo alborotado y rubio entró con decisión en el restaurante. Sally alzó las cejas y, sorprendida por la belleza viril del desconocido, se quedó con el tenedor suspendido en el aire. Sin lugar a dudas, había algo en aquel hombre que le hacía relucir por encima del resto. De repente, se acordó de que estaba en mitad del almuerzo y siguió comiendo notando que su cuerpo había adquirido una cierta rigidez. De espaldas le oyó saludar a Pierre con una voz alta y clara. Lo curioso fue que por el acento dedujo que era un estadounidense, como ella misma. No era extraño, ya que París era una de las ciudades más emblemáticas del mundo para visitar.

Sorprendentemente el atractivo desconocido, después de intercambiar un breve diálogo con Pierre, comenzó a caminar en dirección a ella. A Sally casi se le atraganta el tomate «cherry» que bailaba dentro de su boca. Pensó que se sentaría en una de las mesas cercanas, pero cuando se percató de que sonreía maravillosamente y que la miraba con fijeza no dudó de que iba a dirigirle la palabra.

—Srta. Green, por fin nos conocemos —dijo Jack extendiendo la mano.

Sally alzó la vista para descubrir unos hermosos ojos azules perforando su alma. Olía como una mañana de primavera, limpia y fresca. Los mechones rubios brillaban como si el sol se pusiera cada día sobre ellos. Medio atolondrada por la visión paradisíaca, Sally estrechó suavemente su mano con la suya, que notó fuerte.

—Me llamo Jack Donaldson —dijo entregándole su tarjeta de visita —. Soy el dueño de Excelsior Guest.

Sin que nadie le autorizara a ello, él tomó asiento frente a ella, lo que le pareció a Sally de un descaro intolerable.

—No le he dado permiso para sentarse, Sr. Donaldson —espetó Sally con voz agria.

Jack sonrió, pues era evidente que tenía delante a una mujer de carácter. Y eso le fascinaba. Pensó que la foto de la revista no le hacía justicia puesto que Sally era un prodigio de belleza. Su melena oscura como una noche cerrada le caía plácidamente sobre los hombros. Sus pómulos estaban esculpidos a fuego dotando a su cara de unos ángulos armoniosos. Pero lo que más le atrajo fue su mirada incisiva, desafiante, hipnótica, del color del caramelo derretido. «Concéntrate, Jack, no te dejes embaucar por su físico. Tú has venido por motivos

profesionales», pensó.

—Es extraño que usted me hable de buenas costumbres cuando no ha respondido a las llamadas de Brandon. Está siendo injusta, Srta. Green.

Sally se quedó cortada. Ese maldito hombre llevaba razón, sin embargo, no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer.

—No tengo por qué justificarme ante nadie —dijo con petulancia—. Me gustaría almorzar a solas, si no le importa.

—Srta. Green, me encantó su entrevista —dijo haciendo caso omiso al deseo expreso de Sally— y tengo una oferta de trabajo que seguro que querrá oír.

—Gracias, pero estoy muy a gusto en el Crillon. —Sally prosiguió degustando su almuerzo con absoluta naturalidad, deseando disfrutarlo a solas.

Jack volvió a sonreír de esa manera suya tan autosuficiente. Los modales punzantes de la impactante mujer no le amilanaban en absoluto. Es más, le motivaban. Cada vez estaba más convencido de que ella encajaría como un guante en su hotel.

—No lo dudo, y seguro que los franceses valoran su labor, pero lo que yo quiero ofrecerle no tiene comparación. Se trata del Grand Majestic, el hotel más emblemático de Nueva York. Y he pensado en usted como directora.

Sally arqueó una ceja mientras bebía de su copa de vino, un excelente Burdeos del 91. Un puesto en la dirección era subir un peldaño profesionalmente, aunque fuese en una ciudad a la que siempre pensó que tardaría en volver.

—Ya tiene mi atención, Sr. Donaldson —dijo ella fríamente, cruzándose de brazos.

—Sabía que lo lograría —Jack se recostó sobre la silla. Pierre acudió a la mesa por si le apetecía tomar algo, pero amablemente declinó su atención—. Nuestro anterior director se jubiló hace unos meses y quiero dotar a mi hotel de una nueva imagen, más acorde a los nuevos tiempos. Ya sabe, renovarse o morir. Las ventas van bien, pero el Majestic tiene un gran potencial. Necesitamos a alguien que lidere el cambio con experiencia tecnológica y sin miedo a fallar.

—¿Y usted qué papel desempeña en todo este… plan?

—Yo seré algo así como un guía espiritual. Nos reuniremos de vez en cuando para charlar sobre cómo van las cosas.

Sally soltó una carcajada que dejó a Jack desconcertado.

—¿Es que he dicho algo gracioso? —preguntó él con evidente molestia.

—Conozco a los de su clase, Sr. Donaldson. Usted lo que quiere es un perrito faldero al que echar las culpas si todo va mal. Y, créame, yo no soy de esa clase de personas. Me atrae el puesto de directora pero

no a cualquier precio. No quiero a nadie encaramado sobre mis hombros para espiarme. —Sally dejó los cubiertos sobre el plato y se cruzó de brazos. Sobre la mesa de su despacho, le esperaba revisar una nueva carta para el «lounge» bar del hotel.

—Nada más lejos de mi intención. Soy una persona que sabe delegar y que permite autonomía a sus empleados.

—Entonces estoy segura de que encontrará fácilmente a una persona que se sienta a gusto trabajando con usted. Que tenga un buen día, Sr. Donaldson.

Sally se levantó y Jack también un segundo después. Ella era menuda pero con una presencia arrolladora.

—No me rendiré tan fácilmente. Estoy en París por unos negocios —por supuesto, era una mentira improvisada, pero no quería otorgarle a Sally una ventaja tan amplia en las negociaciones—, así que me alojo hasta pasado mañana en el Crillon. Le dejo tiempo para que piense en mi oferta detenidamente.

—No será necesario, pero gracias —Sally se marchó dignamente, procurando recobrar su serenidad, después de que la presencia abrumadora de Jack le hubiera zarandeado.

# #

Alrededor de las nueve de la noche, Sally llegó a su pequeño apartamento alquilado en las afueras de París, en Vincennes. Apenas le llevaba unos veinte minutos de tren y cinco minutos caminando hasta la puerta de casa. Poco a poco lo había ido decorando con mimo y gusto hasta convertirlo en un hogar confortable, a pesar de que pasaba mucho más tiempo en el hotel. Se podría decir que Sally solo iba al apartamento para dormir. Vivía en un bloque de edificios, en una tercera planta, con vistas al esmerado jardín de la urbanización, lleno de lechos de rosas y helechos. En los días despejados la silueta de la torre Eiffel descollaba a lo lejos en el horizonte de sólidos edificios. Los domingos, su único día libre de la semana, le gustaba pasear por los majestuosos jardines de Versalles e imaginar que era una dama de la corte del siglo XVII. Sin lugar a dudas, París le encantaba porque era como viajar al pasado constantemente. La conservación de los edificios antiguos del centro era tan ejemplar que parecían recién construidos.

Mientras tomaba un yogur y miraba el jardín sumida en la penumbra, evocó una vez más su improvisada reunión con el interesante Jack Donaldson. Su rotundo físico no debía interferir en su juicio profesional. A decir verdad, le apetecía enormemente ejercer el cargo de directora, la máxima responsable. Era cierto que con el Sr.

Laurent se sentía a gusto y valorada, pero tarde o temprano debía echar a volar por su cuenta, y esta era una de esas oportunidades que solo pasaban una vez en la vida. Además, debía tener en cuenta que también significaba su regreso a… casa después de dos años de ausencia. Una sombra de dolor le cruzó el corazón al recordar su última etapa en Nueva York. Quiso pensar que la herida estaba más que cicatrizada y que no supondría ningún trastorno regresar, pero no estaba segura.

Terminó su yogur y miró su reloj de pulsera. Eran casi las diez y media de la noche, por lo tanto en Nueva York serían alrededor de las cuatro de la tarde. Una hora más que aceptable para llamar a su hermana Linda. Tomó asiento, puso los pies sobre la mesita del centro y pulsó el contacto del móvil.

—Hola, Sally —sonó al otro lado de la línea. Como siempre la voz de su hermana menor rebosaba jovialidad.

—¿Cómo estás? —dijo sintiendo la calidez de su hermana, pese a la distancia.

—Por aquí estamos todos bien. Echándote de menos, como siempre.

—¿Y papá, cómo está?

—Justo hace una semana que se ha jubilado. Está contento y con muchas ganas de ponerse a escribir su libro sobre restauración, ahora que tiene todo el tiempo del mundo. Dice que le darán el Nobel de la literatura —Linda no pudo evitar una espontánea risa ante la ocurrencia de su padre.

—Pero entonces, ¿ya no trabaja en el restaurante?

—Me ha dicho que solo de vez en cuando. Ahora lo llevo yo, yo soy la jefa y mamá me echa una mano con las cuentas.

—Linda… —dijo Sally con un ligero tono de reproche. Ella sabía perfectamente que el deseo de su hermana no era gestionar el restaurante. Ese siempre había sido más bien el deseo de su padre, que el Green House perviviera otra generación más, ya que él lo había heredado a su vez de su padre, el abuelo de Sally y Linda.

—No empieces, por favor, ahora no me apetece discutir — A Linda no le apetecía oír de nuevo los argumentos de su hermana para que acometiera en su vida los planes que de verdad anhelaba, no los de su padre.

—Está bien, está bien… —dijo con resignación—. Llamaba porque me han hecho una oferta para trabajar en Nueva York.

—¡Qué bien! ¿Has dicho que sí, verdad? Me encantaría que vivieras aquí otra vez. Ya es hora de que vuelvas a casa, Sally. Este es tu sitio.

La espontánea sinceridad y amor de Linda siempre le conmovían.

—Bueno, en realidad, he dicho que no, aunque me lo estoy

pensando. Fíjate, sería de directora del Grand Majestic…

—¿Cómo? ¿El Grand Majestic? —preguntó, asombrada—. ¿Estás de broma, verdad?

—No, el mismísimo dueño me hizo la oferta esta mañana. Me costó contener mi sorpresa, pero le dijo que no.

—¿Por qué? ¿Estás loca?

—No lo sé, Linda. Me dio la impresión de que sería un jefe muy controlador. Y eso no lo soporto. Quiero tener independencia y no responder ante nadie.

—Pues te compras tu propio hotel y listo —dijo con ironía.

—Estoy hablando en serio…

—¡Yo también!

—De todas formas, le dije que no, que estaba muy contenta en el Crillon.

—Oh, Sally, con la ilusión que tenía de verte…

No era la única. A ella también le encantaría ver de nuevo a su hermana, pero era evidente que deberían esperar a otra ocasión.

—¿Y no puedes decirle que has cambiado de opinión? —preguntó Linda.

—Me haría quedar como una persona insegura. Ya no puedo hacer eso.

—¿Y qué hay de malo en un poco de inseguridad? ¿Acaso somos máquinas o personas humanas? —A pesar de la juventud de Linda, su hermana disfrutaba de una lucidez maravillosa.

—Son las reglas del juego, hermanita.

—Pues no es mi juego, Sally. Vas a perder una gran oportunidad por orgullo. Porque de eso se trata, de orgullo y nada más. ¡Como si no te conociera!

—Ahora no empieces, tú —dijo Sally, refunfuñando.

—Está bien, está bien… —concedió Linda—. Solo es que me apetece verte. Eso es todo.

—¿Por qué no vienes a París?

—Me encantaría pero tiene que ser el año que viene. Ahora estoy de trabajo hasta arriba.

Sally se la imaginó al frente del Green House y supo que era una excelente jefa.

—Bueno, tengo que dejarte. Mañana me espera un día duro. Adiós, hermanita, cuídate. Un beso muy grande.

—Hasta pronto, Sally. Te quiero.

—Yo también —dijo, emocionada.

Cuando colgó la llamada, se quedó pensativa, sumida en el silencio del salón, mirando por la ventana hacia el cielo estrellado de París. Definitivamente la nostalgia de estar de nuevo en su país le corría por las venas, ya que sentía que era el lugar donde pertenecía.

Capítulo 3

Desde su habitación en el Crillon Jack esperaba con impaciencia a que sonara su móvil o el teléfono fijo del hotel. Brandon le había solicitado que regresara cuanto antes a Nueva York, pues debía atender infinidad de asuntos personalmente. Y él se encontraba en París esperando que le llamara una mujer, como si fuera un adolescente enamorado. Aún no se le había pasado el efecto del desajuste horario y percibía el cuerpo atolondrado, pero eso no le impedía pensar con normalidad. Si antes de conocerla en persona ya estaba convencido de que sería una excelente directora de su hotel, después de su breve encuentro en el restaurante, sabía que era la persona idónea. A su alrededor flotaba la sensación de firmeza y confianza en sí misma, con ese punto de prepotencia que a Jack le pareció fascinante. En su camino vital no había disfrutado de la fortuna de encontrarse con mujeres de esa categoría. Era joven, muy joven para un puesto de tanta responsabilidad, pero en su fuero interno sabía que no iba a equivocarse.

Al mediodía empezó a bostezar de sueño aunque para evitar caer rendido en la cama, se duchó, se vistió con una muda que le habían preparado a contrarreloj para el viaje y salió a dar un pequeño paseo por el centro. Se le ocurrió que era una ocasión excelente para comprar un perfume en la Galerías Lafayette. Se le iluminó la cara al imaginarse la reacción de la asombrosa mujer cuando abriera el regalo. Un auténtico Chanel Nº 5 traído desde el mismísimo corazón del reino de los perfumes. Conocía sus gustos como si fueran los suyos

propios, así que supo que se llevaría una inmensa alegría saber que se había acordado de ella.

Cuando regresó al hotel, al no tener noticias de Sally Green, acudió a la recepción con cierta ansiedad. Su vuelo salía en unas cinco horas y necesitaba arrancarle la promesa de que trabajaría para Excelsior Guest.

—¿Dónde están las oficinas? —preguntó a la recepcionista, apoyándose en el mostrador de mármol—. Soy el hermano de Sally Green.

—¿Quiere que le avise?

—No, gracias. Quiero que sea una sorpresa.

—Seguro que se alegrará. Camine hacia los ascensores —dijo indicándole con la mano— y siga el pasillo que hay después de los espejos. Todo recto. No tiene pérdida.

—Por favor, ¿podrían dejar esta bolsa en mi habitación? —Jack pensó que si Sally Green le veía con un perfume la situación se podría malinterpretar.

—En absoluto. Será un placer —dijo guardándola provisionalmente bajo el mostrador.

Con ganas de culminar el reto que le había traído a París, caminó con aplomo hacia el despacho de la Srta. Green, esa testaruda mujer que le encantaba hacerse de rogar. Siguiendo las indicaciones de la recepcionista, enfiló por un pasillo hasta que, después de doblar varias esquinas, se encontró ante una puerta de la que colgaba un austero letrero que rezaba «Subdirección». No estaba acostumbrado a sentirse inquieto y, aunque en un primer momento lo achacó al desfase horario, luego se percató de que se encontraba en un momento decisivo en su vida. Pudiera ser que hubiera un antes y un después. Si conseguía reflotar la imagen seria y envejecida del Grand Majestic, el prestigio de su cadena de hoteles aumentaría por dos y, con ello, los beneficios.

A todas luces, sus padres estarían orgullosos de su éxito. Por desgracia, murieron nueve años atrás. Su madre murió de repente, en casa, por una dolencia cardíaca congénita. Fue él mismo quien la encontró tirada en el pasillo, a medio vestir, puesto que había quedado con unas amigas para almorzar. La familia conocía la debilidad de su corazón, puesto que se sometía a chequeos periódicos, pero nadie se esperaba un desenlace tan trágico. Su padre, víctima de la tristeza más profunda por perder a la mujer de su vida, desarrolló un cáncer de colon que le devoró pocos meses después. A pesar de que Jack se afanó para que su padre recibiera tratamientos experimentales, no llegó a tiempo. La muerte lo arrancó de su lado justo cuando más lo necesitaba. Al menos, para su consuelo, llegó a saber que había decidido fundar una empresa al margen del exitoso

negocio de su padre. Él quería labrarse su propio camino.

La parte que le correspondió de la herencia la usó para invertirlo en la construcción, sin embargo, el negocio no prosperó cuando el ayuntamiento de New Jersey les retiró la licencia para construir una torre de apartamentos a orillas del Hudson. Las pérdidas fueron cuantiosas, pero Jack no se amilanó. Fue cuando decidió que su futuro le aguardaba en el mundo de los hoteles de lujo. Compró un pequeño hotel y lo reformó de arriba a abajo. Ese fue el inicio de la cadena de hoteles Excelsior Guest. Un hotel de lujo dirigido a una clientela de lo más exigente. Después de aprender de los errores, esta vez su visión fue una victoria descomunal. Y cuando él podía haber vendido el hotel y dedicarse a disfrutar de la vida relajadamente, decidió invertir en otro, así hasta que llegó a sus manos el Majestic, un hotel en horas bajas.

Se mesó el pelo, se ajustó la chaqueta y se dispuso a volver a encontrarse con aquella petulante mujer.

# #

Al entrar al despacho sin llamar, Jack se encontró con la mirada afilada de Sally, quien estaba sentada a su escritorio con la carta del restaurante que debía revisar. A un lado disponía de un ordenador portátil donde iba anotando posibles cambios.

—¿Conoce usted el último invento de la humanidad, llamar antes de entrar? —preguntó Sally con la rabia anidando en su interior. Ese hombre era odioso, pues se comportaba como si fuera el dueño de todo. Se puso de pie, deseosa de pedirle que la dejara sola.

—¿Esto es un despacho de trabajo o un dormitorio? —preguntó con una sonrisa irónica, de pie en mitad de la estancia. Sally en una décima de segundo lo miró de arriba a abajo. Su abundante cabello rubio lucía impecable, como recién salido de la peluquería. Llevaba una americana de color gris y una camiseta blanca que contrastaba con sus profundos ojos azules.

—Además, compruebo que usted tiene una miopía galopante. No sabe ni distinguir dónde está. Le sugiero unas gafas correctoras. Encontrará unos modelos acorde a su brusquedad en cualquier óptica.

—Me alegro de que se encuentre de tan buen humor, Srta. Green. Eso significa que ha aceptado mi oferta. ¿Cuándo quiere empezar?

—Yo no he aceptado ninguna oferta. Ya le digo que no me gusta tener a un jefe detrás de mi cogote todo el tiempo. Usted es de esa clase. Lo supe en cuanto lo conocí. Así que, si me disculpa, tengo mucho trabajo que hacer… —Sally se situó al lado de la puerta sosteniendo el pomo.

Como era de esperar, Jack no solo hizo caso omiso de la petición de Sally, sino que tomó asiento frente al escritorio. Cruzó las piernas con absoluto descaro y poco le faltó para pedirse un cóctel o un masaje tailandés.

—Se equivoca conmigo —dijo él—. Es cierto que me gusta controlar el trabajo, pero también soy consciente de que hay que delegar. Le prometo que tendrá libertad total. Usted y no yo, será la directora del Grand Majestic. Si deja pasar esta oportunidad, se arrepentirá.

Sally refunfuñó y volvió a sentarse. Se fijó en la armonía de sus facciones, como talladas por el mejor escultor del mundo.

—Ya le he dicho que estoy muy bien aquí. ¿Por qué iba a dejarlo?

—Le pagaré un 25% más de lo que gana aquí el director.

—Querrá decir el doble. Vivir en Nueva York no es precisamente barato.

Jack se inclinó hacia adelante, satisfecho de encontrar un hilo del que tirar.

—Podrá vivir en el hotel, así que se ahorrará comida y alojamiento.

—Esa ventaja la puedo encontrar en cualquier hotel del mundo. Quiero el triple del sueldo del director del hotel Crillon. —pensó que si cambiaba de trabajo, el salario también debía verse afectado. Ella estaba deseando regresar a casa, pero esa era una información que él ignoraba—. Y aún así no estoy diciendo que vaya a aceptar.

—¿El triple? Está usted tentando a la suerte, Srta. Green. Ya sabe que quien mucho abarca poco aprieta.

—En ese caso —dijo irguiéndose con las manos apoyadas sobre el escritorio—, seguro que no le importará que continúe con mi trabajo.

La sonrisa de Jack se esfumó en un segundo. Nunca se había encontrado con una negociación tan árida. Ella estaba muy segura de sí misma, como si en el cajón de su escritorio guardara un buen puñado de ofertas de trabajo.

—El doble —dijo, poniéndose de pie, clavando su mirada en la suya—. Te daré el doble del salario.

El corazón de Sally soltó un respingo, aunque por fuera ni se inmutó. De repente, perdió la noción de cuánto dinero podría ganar. Se le estaba escapando de las manos.

—Quiero el triple o me voy con la competencia, Sr. Donaldson.

—No tiene más ofertas. Es un farol. Lo que pasa es que tiene miedo de aceptar un encargo que puede quedarle muy grande —Los ojos de Jack brillaron de astucia. Se encontraban a un palmo el uno del otro.

—¡Márchese! Deje de provocarme. —Sally frunció el ceño y desvió la mirada. El aroma frutal de su perfume se estaba apoderando peligrosamente de ella.

—Nos necesitamos mutuamente.

—Yo no le necesito —dijo bruscamente.

—Te equivocas, serás la primera mujer directora de un hotel de lujo en Nueva York. Solo tienes esta oportunidad para reescribir la historia. Y yo quiero tu talento para reflotar el Grand Majestic.

Los ojos temperamentales de Sally adquirieron de pronto una luz diferente. Debía de reconocer que Jack había logrado tocar un tema valioso, de esos que el dinero no puede cuantificar. En el mundo de la hotelería —y en general— se antojaba difícil encontrar a mujeres en puestos directivos. La idea de que ella, Sally Green, fuera la primera y abriera camino era muy sugerente.

—Está bien —dijo al fin—. Acepto su oferta, pero la quiero por escrito. Y como encuentre algo raro, le juro que romperé el contrato en mil pedazos y le daré un bofetón.

—Me parece justo, pero le aseguro que no se va a llevar ninguna sorpresa desagradable.

—Más le vale.

—¿Cuándo quiere empezar?

—Necesito despedirme de aquí, y desde luego no les voy a dejar en la estacada. No me pienso ir de repente. Les daré tiempo para que encuentren un sustituto. Necesitaré un mes.

—Estoy conforme. Entonces nos veremos en un mes en Nueva York.

La sonrisa de Jack resplandeció, pues la satisfacción de conseguir su propósito era inmensa. Ahora ya podía regresar a casa y prepararse para los nuevos acontecimientos que sacudirían su vida.

Capítulo 4

Un mes más tarde, Sally Green aterrizaba en el aeropuerto JFK, a primera hora de la mañana. Por suerte, había dormido profundamente en el avión, así que se sentía fresca y con energías para afrontar un momento tan especial. Sintió un hormigueo en el estómago al recoger las maletas y dirigirse hacia la salida. Confió en que alguien de su familia le esperase, puesto que había informado de cuándo llegaría su vuelo. «No entiendo por qué estoy nerviosa», se dijo mientras empujaba el carrito hacia la salida. A medida que se iba acercando, los pasajeros que la precedían abrían y cerraban las puertas automáticamente. Y en esos pequeños intervalos Sally estiraba la barbilla para descubrir entre la gente que esperaba a Linda, a su padre o a su madre.

Una numerosa familia asiática se abrazaba con júbilo a una adolescente con gafas y mochila que empujaba un carrito más grande que ella. Un hombre maduro con gafas y escaso pelo miraba de puntillas con anhelo mientras sostenía un ramo de rosas.

—¡Sally! —exclamó la voz de Linda entre la multitud.

No le costó descubrir su rostro iluminado por una dulce y juvenil sonrisa. Ambas compartían el mismo tono oscuro de pelo, aunque Linda lo llevaba un poco más recortado, sin tocar los hombros. Sorteando a familiares y a viajeros, Sally y su hermana se abrazaron. O más bien, se apretujaron la una a la otra, tal era la inmensa felicidad que les invadía después de todos esos años sin verse. Se abrazaron varias veces hasta que ya no pudieron más y Linda la guió

hasta el aparcamiento.

—¿Y papá y mamá? —preguntó Sally

—Te están esperando en el restaurante —Linda caminaba junto a ella, incrédula todavía de tenerla tan cerca—. ¿Cómo ha ido tu vuelo?

—No ha ido mal. He dormido como un tronco la mayor parte. Qué guapa estás, hermana.

—Anda, qué dices. A ti sí que te ha sentado bien París, estás fenomenal. Y qué ropa más bonita llevas —Sally llevaba una cazadora doble faz marrón con unos vaqueros—. Seguro que has dejado allá a unos cuantos hombres con el corazón roto.

—Calla, ni me lo recuerdes. He vivido entregada a mi trabajo. Mi vida amorosa es tan triste que mejor ni te cuento. ¿Y la tuya?

—Peor. ¡Vaya dos!

Ambas rieron justo cuando llegaron al Fiat 500 de Linda. No tardaron más que unos segundos en subir las maletas y salir hacia Canal Street.

—No puedo creer que solo hayan pasado dos años. Me parece que fueron mil —dijo mientras cruzaban el puente sobre el Hudson. Los rascacielos se hundían en el cielo neoyorquino. Los taxis amarillos poblaban la autopista. Bajó la la ventanilla para dejarse envolver por la brisa proveniente del río. Sally podía percibir el ritmo vibrante y continuo que desprendía la capital del mundo, Nueva York. Era como un flujo de energía que calaba hasta los huesos. Todo era tan distinto a París…

—Nada ha cambiado por aquí. Nuestra vida sigue igual, girando sobre Green House —Linda miraba hacia el frente, conduciendo con ambas manos y ligeramente inclinada sobre el volante.

Sally quiso añadir «porque tú quieres» pero prefirió no decirlo para que su hermana no se irritase. No quería que nada empañara el mágico instante del reencuentro.

—Entonces, ¿papá te deja al mando o se inmiscuye?

—Qué va. No quiere saber casi nada. Yo estoy a cargo. Él está enfrascado en su libro. Dice que siempre ha querido escribir sobre todo lo que ha aprendido con el restaurante. A veces le pido consejo, pero él quiere que yo tome mis propias decisiones. La que está muy pendiente es mamá, bueno, ya lo sabes, siempre te lo he dicho cuando hablamos por teléfono. Pero me gusta, así me siento acompañada. Se está muy sola en la cumbre… —dijo con ironía.

Ambas volvieron a reír con ganas. Sally echaba de menos esa conexión especial que ambas disfrutaban.

—Me imagino que nada ha cambiado en Nueva York.

—Así es. Sigue siendo caótica y salvaje, pero auténtica y única. Bueno, ahora que lo pienso, la tienda de la Sra. Lewis ha cerrado.

—¡No me digas! Qué pena. Me encantaba ese pequeño

supermercado.

—En el barrio se cuenta que van a abrir un centro de hot yoga.

—Qué rabia. Espero al menos que haya vendido el local a un buen precio.

—Seguro que sí. De tonta no tenía un pelo.

Se detuvieron en el semáforo de la esquina Canal con Mott, en pleno Chinatown.

—Sally, ¿vienes para quedarte o como algo temporal?

—No lo sé. Ya veremos cómo me llevo con el dueño del hotel. Le dije claramente que quería tener independencia, y él me dijo que sí. Espero que cumpla su palabra.

—¿Cómo es él?

—Un maleducado y arrogante, pero me inspiró confianza. Y se le veía desesperado por contratarme —dijo Sally con una sonrisa entre los dientes.

—¿Cómo se llama?

—Jack Donaldson.

—Vamos a ver qué pinta tiene tu nuevo jefe… —Linda desenchufó el móvil del cargador del coche, escribió el nombre completo junto a la palabra «Grand Majestic» y buscó en Google.

—Que no es mi jefe… Él no va a decirme lo que tengo que hacer. Solo tengo que ponerle al día de las cuestiones importantes del hotel. Nos reuniremos me imagino que una vez a la semana y ya está. El resto del tiempo estaré a mis anchas.

La expresión de sorpresa de su hermana le hizo guardar silencio de repente. El semáforo se puso en verde y los coches, impacientes, empezaron a tocar el claxon.

—¿Este es tu jefe? ¡Es un cañón! Está para comérselo —exclamó Linda mirando a su hermana, ignorando las quejas acústicas.

—¿Ah, sí? Pues ni me había fijado, la verdad —dijo Sally, distraída —. ¿Podrías arrancar, por favor?

# #

La fachada del Green House era reconocible incluso un par de manzanas antes de llegar, ya que sobre la puerta de entrada un bonito y enorme letrero de madera tallado artesanalmente destacaba del resto de locales. El restaurante desprendía un aroma clásico, con columnas flanqueando las puertas, techos altos y una decoración basada en cartas antiguas y fotografías del siglo pasado. Las mesas eran rectangulares, del color de la madera oscura y se repartían a lo largo de la sala, dejando un pequeño camino por el que pasaban los ajetreados camareros en dirección a la cocina, sobre todo a la hora de

almorzar o cenar.

Nada más entrar, Sally sintió que bullía de emoción. Había crecido ahí dentro, entre esas cuatro paredes. En una de las mesas del rincón se había sentado, después del colegio, junto a su hermana para enfrascarse con los deberes. Rápidamente el olor a café y tostadas la embargó por completo. Apenas un par de clientes desayunaban a la barra mientras leían la prensa o consultaban sus móviles. El Green House seguía idéntico y eso le parecía bien, además ¿por qué iba a cambiar en solo dos años?

—Papá y mamá deben estar en la oficina —dijo Linda a su hermana. Después se dirigió a uno de los camareros que estaban de espalda—. Hola, Sean, mira quién está por aquí.

Sean Roberts llevaba casi una década trabajando como camarero en el restaurante. Había empezado siendo un aprendiz de camarero con quince años y fue la mano derecha de su padre hasta su jubilación. Sean era delgado como un fideo pero con una energía arrolladora. De mentón pronunciado y nariz alargada sus ojos siempre se movían inquietos en busca de algo que hacer. Odiaba estar parado.

—¡Sally! —exclamó sorprendido, saliendo por detrás de la barra como una exhalación. Abrió los brazos ampliamente y se fundió en un abrazo estrujando las pobres costillas de Sally—. ¿Has venido hoy? Me dijo Linda que vendrías pero no tenía ni idea de cuándo. ¿Qué tal el viaje? ¿Tienes jet lag? ¿Cuándo empiezas en el Majestic? Estoy tan orgulloso…

Linda y Sally no dejaban de sonreír. A Sean se le veía colmado de emoción, como si hubieran transcurrido veinte años.

—Me alegro de verte. Ya veo que sigues igual que siempre —Sally le frotó los brazos cariñosamente.

—Bueno, no como siempre. Ya me ha salido una cana. ¡Mira, fíjate! —Se señaló la coronilla. Y, en efecto, un pelo blanco asomaba como un copo de nieve sobre un manto de tierra. Sean estalló en una carcajada—. Menos mal que a mí no me importa hacerme viejo. Lo que pasa es que voy acumulando mucha experiencia. ¿Y qué tal en París? ¿Has ligado mucho?

—Nada, cero.

—¡Si es que los franceses son muy estirados! Ellos se lo pierden. ¿Tienes hambre? ¿Quieres que diga a la cocina que te preparen algo?

—No, gracias, Sean. Desayuné en el avión.

Después de dejarle que continuara con las tareas del día, ambas siguieron con la rutina de saludar a toda la plantilla. Sally se abrazó también con las caras que conocía y apreciaba, y saludó cortésmente a aquellos que eran nuevos. Al terminar en la cocina, subieron unas angostas escaleras hasta llegar al despacho.

—Mamá, papá, Sally ya está aquí —dijo Linda.

Sus padres estaban sentados a una mesa rectangular que se encontraba llena de papeles y carpetas. Cada uno manejaba un ordenador abierto con plantillas de contabilidad.

—Hola, hija —Su padre, Paul Green, se levantó y besó en la mejilla luciendo una entrañable sonrisa. Su madre, Catherine, se quitó las gafas de pasta gruesa y se levantó sonriente esperando su turno para saludarla. Como Sally se esperaba, sus padres no eran de expresar sus emociones sin ataduras. Además, sentía en sus miradas que aún le reprobaban que hubiera declinado hacerse cargo de Green House para continuar con su carrera—. Perdona que no hayamos ido a recogerte con tu hermana, pero es que andamos muy atareados con esto de los impuestos.

—Pensé que al jubilarte…

—Sí, me quiero ir desvinculando de todo en el restaurante, pero ahora estoy echando una mano. ¿Cómo ha ido el vuelo?

—Bien, no estoy muy cansada, la verdad. Aunque todavía no me puedo creer que esté aquí.

—No han cambiado mucho las cosas por aquí, salvo por lo de tu padre, que ahora le ha dado por escribir —dijo Catherine alzando la vista, como si fuera un proyecto loco.

—¿Y eso?

Su padre se encogió de hombros.

—Me gustaría que el libro lo consultaran las siguientes generaciones para que vean cómo fueron los orígenes de Green House. Además de que puede ser un manual de aprendizaje para futuros empresarios.

—¿Te quedas en casa, Sally? —preguntó su madre.

—Unos días, si no os importa. Le he pedido a Jack que me deje unos días libres antes de empezar. Después me darán una habitación en el hotel hasta que yo decida mudarme, que no sé cuándo será.

—Qué bien, te ahorras el alquiler de un apartamento —Su madre tomó asiento, aunque siguiendo la conversación.

—Es lo habitual en los hoteles para la dirección.

—¿Jack es tu jefe? —preguntó su padre.

—Sí —se adelantó Linda, sonriendo.

—No —corrigió Sally lanzándole una mirada fulminante a su hermana—. Yo soy la directora. No hay nadie por encima de mí. Jack Donaldson es el propietario de la cadena.

—¿Y cómo es?

—Uno de esos empresarios que se creen que son dueños de todo, pero conmigo se va a llevar una buena sorpresa si piensa que puede manejarme.

Capítulo 5

—Te la quiero presentar cuanto antes. Es una persona que atesora un gran talento —dijo Jack a su abuela, Angela Donaldson, mientras tomaban un té en el salón de su primorosa casa en Park Avenue, como cada jueves. Sobre la mesita de porcelana descansaba el Chanel Nº 5.

—¿Ah, sí? Ya me tienes intrigada. Ardo en deseos de conocerla —dijo ella tomando delicadamente la taza de porcelana para beber un exquisito sorbo.

—Eso sí, te advierto que puede ser un poco arrogante. Me costó un mundo convencerla para que trabajara para mí, pero al final lo logré. Como se suele decir, quien la sigue consigue.

Su abuela sonrió con ternura. En los ojos de su nieto vislumbró un brillo de ilusión, algo que siempre le ocurría cuando lograba su propósito. Ella admiraba su tenacidad. Sin duda, era un rasgo del carácter que se remontaba muy atrás del árbol genealógico de la familia Donaldson.

—Te conozco, Jack. Has tomando la decisión correcta. Me alegra de que tengamos un nuevo miembro en la familia. Además, es una mujer, así que mi satisfacción es doble. Ya es hora de que ocupemos más puestos de responsabilidad.

A Jack le entusiasmaba pasar las tardes con su abuela. Ella era capaz de transmitirle el enorme cariño y devoción que sentía por su nieto. Tenía 74 años, su belleza se había marchitado pero aún conservaba esa aura joven y despreocupada que solo la desprenden quienes saben adoptar una actitud positiva ante la vida. Su mente era

lúcida y parecía llevar con sosiego su vida. Su fuente de vitalidad la encontraba en reunirse o viajar con sus amigas y los encuentros con sus nietos.

—Lo único que deseo es que no choquemos. —Jack se aclaró la voz—. Tengo la impresión de que nos parecemos demasiado.

Su abuela balanceó la cabeza suavemente. Aquella información le resultó significativa, así que decidió sonsacarle.

—¿Que os parecéis demasiado? —preguntó sutilmente.

—Sí. A los dos nos gusta ganar y somos ambiciosos. Y no he conocido a ninguna otra mujer tan segura de sí misma. —A Jack le reconfortaba hablar con su abuela sobre sus temas personales. Ella estaba al tanto de sus amoríos fugaces, aunque no los desaprobaba, en su fuero interno anhelaba que encontrara la estabilidad emocional. En otras palabras, que se moría porque se casara de una puñetera vez.

—¿Es atractiva?

—Mucho, pero no la he contratado por eso. —Movió el índice señalando el techo, como advirtiendo.

—Lo sé, Jack. Eres una persona responsable y madura, no un idiota adolescente.

—Jamás dejaría que los negocios se vieran influenciados por otros motivos.

La charla le trajo viejos recuerdos a la anciana.

—Déjame que te cuente que tu abuelo y yo nos enamoramos y bien sabe Dios que éramos como agua y aceite, pero para mí fue más que suficiente para que saltara la chispa. Pero una cosa te digo, Jack, el amor no entiende de patrones. Simplemente ocurre y casi sin enterarte.

—¿Echas de menos al abuelo?

—Todos los días. Es más, he de confesarte que hablo con él. —Dejó la taza sobre la mesa redonda de cristal.

—¿Cómo? —Los ojos de Jack se abrieron como platos. Se alarmó al pensar que su abuela había perdido la razón.

Angela soltó una carcajada.

—Tranquilo, que tu abuela no se ha vuelto loca. —Jack soltó un suspiro de alivio—. No mantengo conversaciones como si lo tuviera delante. Solo pronuncio alguna frase que otra en voz alta imaginando que me escucha desde el cielo. El otro día me compré un vestido, pero antes me lo probé y dije: Seguro que te gustaría, Bob. ¿Y sabes qué?

—¿Que sentiste su respuesta? —preguntó Jack inclinado hacia adelante.

—No, en absoluto —dijo tajantemente—, pero me hizo ilusión acordarme de él. Estoy convencida de que si él estuviese vivo y yo muerta, Bob haría lo mismo. Lo nuestro fue un amor de película.

Jack se percató de que llevaba mucho tiempo enfrascado en su

empresa, descuidando a su abuela. Sus visitas para tomar el té no eran suficientes.

—Un día de estos voy a llevarte al Lincoln Centre, al ballet, tal y como te llevaba el abuelo. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

—Me encantaría, Jack. —Su abuela sonrió con ternura. Realmente le causaba una gran ilusión que su nieto cuidara de ella.

# #

Al día siguiente Jack llegó temprano a su oficina en el Grand Majestic, situada en la primera planta donde también se ubicaba el futuro despacho de Sally. Tiempo atrás había decidido instalar la sede de Excelsior Guest en ese hotel debido a que era un lugar céntrico y prestigioso, además de contar con suficiente espacio. ¿Para qué gastar dinero en mantener una oficina cuando disponía del sitio perfecto? No necesitaba un despacho con vistas panorámicas de Manhattan.

Además, si se trataba de agasajar a sus invitados, bastaba con una exquisita cena en La Cascada, el restaurante emblema del hotel. Siempre estaba muy concurrido y es que a los huéspedes les fascinaba dejarse mecer por el sonido relajante del piano en directo, la decoración barroca, las coquetas lámparas de cristal y el ambiente perfumado. El desembolso por ser el propietario había sido considerable pese el precio a la baja, pero, sin lugar a dudas, había merecido la pena. Era como ser el dueño de un pedazo del corazón de Nueva York. Sintió una profunda aflicción porque sus padres no estuvieran vivos para disfrutar de su esplendorosa adquisición.

—¿A qué viene esa cara? —preguntó Brandon al verle entrar.

—¿Cómo? ¿Tanto se me nota que no he dormido bien? —Jack se plantó en medio de la estancia mirando a su amigo y el contable de la empresa.

—Tienes unas ojeras que se ven desde el Empire State. ¿Qué te ronda por la cabeza?

—Nada. Los vecinos pusieron música de madrugada —dijo sin darle mayor importancia.

Odiaba admitirlo pero la razón de su desvelo no era otra que Sally Green. Faltaban pocos días para que ella tomara posesión de su cargo y Jack no dejaba de darle vueltas al asunto. Estaba ansioso porque empezara, tanto que se le ocurrió llamarla para pedirle que se incorporara ya. Sin embargo, en el último instante no le pareció buena idea. Ella venía de otro continente, con una mudanza a cuestas y necesitaba tiempo para acomodarse a las costumbres de una ciudad tan exigente como Nueva York.

Jack le había prometido autonomía para ejercer de directora y

también eso le preocupaba. No en vano se trataba de una apuesta arriesgada, ya que Sally carecía de experiencia en la dirección de grandes hoteles. Se le antojaba imposible que él no supervisara sus primeras directrices para comprobar que estaban en sintonía con su manera de dirigir un hotel. Él se consideraba más un hombre de negocios, sin embargo, le constaba que para ser un buen director se necesitaba ser flexible, una excelente orientación al cliente y saber lidiar con los empleados. Y, por supuesto, saber delegar en los diferentes jefes de los departamentos.

—¿Has decidido quién será la segunda de a bordo? —preguntó Brandon mientras se sentaba frente a la mesa de Jack, pulcramente ordenada.

—Andrea. ¿Qué te parece?

A Brandon se le encogía el corazón cada vez que alguien la nombraba.

—Una buena elección. Seguro que hacen buenas migas. Además, ella estaba deseando hacer algo más que las relaciones públicas del Majestic. —Brandon se pasó una mano por su cabeza pelada. Tenía la misma edad que Jack. Su estilo de vestir no resultaba tan clásico como el de su amigo, puesto que le encantaba llevar americanas con camisa pero odiaba la corbata. Los viernes, su día preferido, se vestía con una camiseta y unos vaqueros.

—Dentro de unos cuantos años será una excelente directora, si es lo que quiere. Aunque tenga una abultada experiencia necesita foguearse en el hotel. Veremos que le depara el futuro.

—¿Estás seguro que la causa de la falta de sueño es por los vecinos? —preguntó Brandon.

Jack pestañeó, ya que le costó sobreponerse al brusco cambio de conversación.

—¿Qué insinúas? —intentó disimular pero su amigo lo tenía bien calado desde el principio.

—Que esa tal Sally Green te tiene el cerebro absorbido.

—No digas tonterías —hizo un gesto de desdén con la mano—. Además, ni siquiera la conoces.

—Pero he visto las fotos de la entrevista. Es una mujer muy atractiva.

—Ya estás igual que mi abuela. Tú y ella haríais una buena pareja. Todo el día de cotilleo.

—Entonces yo pasaría a ser tu abuelo.

—Bueno, dejémoslo ahí. No quiero imágenes desagradables instaladas en mi cabeza. Búscate una novia, que ya va siendo hora.

—Quién fue a hablar.

—Una cosa te digo. No pienso hacer ningún movimiento hacia Sally. Esto es puro negocio. Te lo dije desde el principio. Además, no

es mi tipo.

Capítulo 6

En un suburbio de Queens se encontraba la casa de la familia Green, encajonada dentro de un complejo adosado cuya máxima alegría para la vista era un minúsculo jardín en la entrada. El resto estaba compuesto de hormigón, cemento y unas rejas a las que no vendría mal una mano de pintura. Sally había decidido pasar unos días con su familia antes de alojarse en el Majestic, pues se le antojó estar más tiempo con ellos antes de que la vorágine de su nuevo empleo se lo impidiese.

Su madre había convertido su dormitorio en una especie de trastero donde todo tenía cabida, aunque fuese en el rincón más inverosímil. Pero a Sally no le sorprendió puesto que eso había ocurrido nada más encontrar su primer puesto de trabajo en el hotel Latham. Cinco años después regresaba a casa y eso le producía una extraña sensación de abatimiento, hasta tal punto que pensó que lo mejor hubiera sido alojarse directamente en el hotel. Entre las maletas, ropa y abalorios de su madre no disponía de mucho espacio para dejar su equipaje mientras recordaba su vida en aquella habitación, cuando era suya. Se dijo a sí misma que no podía reprocharle a sus padres que no conservaran su habitación tal y como había sido siempre. La vida seguía adelante y ella debía asumirlo.

Linda había preparado una cena por todo lo alto, casi sin escatimar en gastos. Pechugas de pollo bañadas en champán acompañadas de patatas y verduras cocidas. De postre, un delicioso tiramisú. A su hermana siempre se le había dado de maravilla cocinar. Rápidamente

el salón se llenó de los cálidos y deliciosos olores de la cocina.

—¿Cómo van las cosas por el restaurante? ¿Alguna novedad a destacar? —preguntó Sally mientras comenzaba a degustar su plato.

—Lo de siempre. El ayuntamiento ha subido los impuestos ¡igual que hace dos años! —su madre no pudo evitar una expresión de disgusto—. Nuestros ingresos están estancados pero no nos podemos quejar. A otros les va peor.

—Siempre hemos ganando lo suficiente para estar a flote. Este negocio es así. Hay que mantener un equilibrio y tener contentos a los clientes —dijo su padre, procurando aportar una visión más optimista —. Pero, Sally, mejor cuéntanos sobre tu nuevo empleo. Estarás muy contenta.

—Te pagarán un montón —apostilló su madre, con los ojos brillantes.

—Mamá… —dijo Linda.

—Es igual, Linda —dijo sonriéndole a su hermana—. El sueldo no está nada mal, pero hubiera aceptado por la mitad. Tenía ganas de regresar a casa y además con un puesto de más responsabilidad.

—Esta es tu ciudad, Sally. No sé por qué tuviste que irte a París. ¿Qué se te ha perdido ahí? —Su madre negaba con la cabeza.

—Experiencias, pero de eso tú no entiendes —Sally enseguida percibió que su madre aún le reprochaba que no se hiciera cargo del restaurante familiar y que hubiera preferido proseguir con su carrera en el mundo de los hoteles. Se arrepintió inmediatamente de haberse quedado en casa antes de instalarse en el Majestic.

—Ni se te ocurra hablarme así. Soy tu madre, y solo he dado mi opinión.

—Yo también he dado la mía. ¿O es que no puedo?

—Por favor, que estamos cenando… —dijo su padre en tono conciliador, alzando las manos.

Se formó de pronto un espeso silencio. Su madre y Sally evitaron mirarse, pues ambas deseaban calmarse y no amargar la noche a los demás.

—¿Alguien quiere más pollo? —preguntó Linda para aliviar la tensión.

—No, gracias, pero está delicioso. Enhorabuena —Sally le guiñó un ojo. Linda se había pasado horas y horas en la cocina del Green House echando una mano en la cocina.

—Yo tampoco, cariño —Su padre se recostó sobre el respaldo de la silla y se palpó el estómago, satisfecho.

—Me subo a la cama. Me duele un poco la cabeza. Buenas noches a todos —dijo Catherine con seriedad. Antes de que nadie pudiera decir nada, ella ya subía las escaleras.

—Ya veo que mamá sigue igual que siempre. Nunca cambiará —

Sally se cruzó de brazos, sin importar que su madre le oyera desde el piso de arriba.

—Traeré el postre —dijo Linda caminando hacia la cocina.

—Te ayudo —Sally se levantó para acompañarla.

En la cocina apenas si había un par de sartenes sucias. Linda además de excelente cocinera también se preocupaba de mantener limpio su espacio de trabajo. Abrió la nevera y fue cortando tres trozos de tiramisú de iguales proporciones, excepto la de su padre, que era doble.

—¿Sigues yendo al centro social? —preguntó Sally mientras sacaba los platos y los tenedores.

—Ya no puedo, apenas si tengo tiempo con el restaurante.

—Pero si eso te encanta, no entiendo cómo dejaste tus estudios de trabajadora social.

—Sally, no empieces otra vez —dijo subiendo el tono de voz, aunque en cuanto se percató, recuperó su timbre normal—. Siempre con el mismo tema. Ya te he dicho mil veces que estoy haciendo lo que me gusta, llevar el restaurante de la familia.

—No es verdad. Ese no es tu sueño. ¿Por qué no luchas por él como yo hice?

—¿No te cansas de decirme lo que tengo que hacer? Estoy harta de que te veas como un modelo. Estoy contenta con mi vida. Entiéndelo de una vez.

Linda fue colocando delicadamente los trozos de tiramisú sobre los platos.

—Tu vida es ayudar a los demás, eso es lo que te apasiona. No llevar un restaurante. Eso es muy sacrificado y hay que tener verdadera vocación o no tener otra alternativa. Lo haces para no desilusionar a nuestros padres.

—Baja la voz, que papá te puede escuchar.

—Me da igual. Si no se lo dices tú, se lo diré yo. Son nuestros padres, y los queremos, pero no podemos hipotecar nuestra vida por ellos.

—Nada más lejos de la verdad, Sally. He crecido en el restaurante y forma parte de mi vida. Lo llevo bajo mi piel. Estoy encantada, lo creas o no.

—Y dale. ¡Qué testaruda eres!

—Quién fue a hablar.

# #

Sally se quedó con la boca abierta. Bajo el dintel de la puerta su despacho se extendía como una golosina para la vista. Una mesa de

cristal de diseño a modo de escritorio, las paredes blancas, inmaculadas, decoradas con diferentes cuadros del mapa del mundo; y el suelo, enmoquetado. Un pequeño sofá tapizado de aspecto confortable junto a una mesa auxiliar también de cristal hacía las veces de recibidor. Pero, sin duda, lo mejor era lo que se encontraba detrás de la ventana: unas magníficas vistas del esplendor de Central Park en noviembre. Casi se podía oler la fragancia natural de los olmos invadiéndolo. Nada que ver con el despacho de París, pequeño y lúgubre.

Tomó asiento tras la mesa de cristal, caminando como si flotara en una nube, y se recostó sobre el respaldo, sin dejar de sonreír. No se cansaba de pasear la vista por todo los objetos que componían su despacho. Se sentía inspirada, como una artista en su taller a punto de acometer su obra maestra. Por fin, al igual que en París, subió las piernas a la mesa y apoyó la cabeza sobre las manos. Su postura favorita, algo incómoda aunque cargada de simbolismo. Es cierto, algo masculina pero a ella no le importó porque había en ella una especie de provocación. «Soy la primera mujer directora de un hotel de lujo…». No pudo evitar regodearse en la maravillosa sensación de éxito.

Como era de esperar, Jack Donaldson irrumpió de la manera acostumbrada. Sin llamar a la puerta. Al ver a su nueva directora con los pies sobre la mesa en actitud confiada y relajada, se llevó un pequeño susto.

—Ya veo que te has acomodado rápidamente —dijo con ironía.

—Esta es la última vez que entras sin llamar, Jack —advirtió Sally, sentándose correctamente.

—No es para tanto —se defendió y, mirando a su alrededor, preguntó:—. ¿Qué te parece? Lo he mandado decorar especialmente para ti. Una forma de darte la bienvenida.

—La verdad es que me encanta. Me parece… diferente, y muy luminoso.

—Los despachos suelen ser todos muy parecidos, pero estoy de acuerdo contigo en que este es diferente.

Jack se acercó para besarle cortésmente la mejilla. Enseguida se dejó envolver por el olor sutil y refrescante del perfume de Sally. Se alejó como pudo para que su juicio no se viera perturbado.

—Por cierto, espero que todo acabara bien en el hotel Crillon. ¿O te pusieron muchos inconvenientes para dejarte marchar?

—Al principio no estuvieron muy receptivos y eso que les avisaba con la suficiente antelación, pero les convencí de que no merecía la pena quedarme si no iba a entregarme al cien por cien. El señor Laurent es una persona muy sensata y acabó cediendo aunque a regañadientes. Me alegré mucho de no llevar la situación al límite.

—Ellos sabían tan bien como yo que vales tu peso en oro. ¿Conoces ya el hotel?

—No, acabo de llegar. Estoy deseando que me presentes a todo el mundo.

Jack sonrió. Se percató de que llevaban un buen rato hablándose de tú en vez de usted, como había sucedido en París. Era un paso natural ya que su relación sería frecuente.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Sally arqueando una ceja.

—Oh, de nada, una tontería. Vamos al vestíbulo, empezarás por ahí a conocer las tripas del Grand Majestic —dijo imprimiendo a su voz un tono dramático.

Caminaron hacia el ascensor mientras conversaban sobre las diferencias entre París y Nueva York. En cuanto las puertas se abrieron entraron y cada uno se situó a una esquina. Jack pulsó el botón de la planta baja, pero antes de que las puertas se cerraran un nutrido número de clientes llenó el ascensor. Eran altos y corpulentos, vestidos con traje, por lo que Sally pensó que se trataría de un equipo deportivo de élite.

—Son los San Diego Patriots —dijo Jack, como si le hubiera leído la mente. Él estaba al tanto de la llegada, puesto que siempre era una excelente publicidad que un equipo famoso se alojara en su hotel.

Al ser una gran cantidad de jugadores, el ascensor se quedó pequeño rápidamente. Jack y Sally se vieron arrastrados hasta situarse a casi un milímetro del otro. El espacio era tan reducido que Jack se vio en la obligación de apoyarse en los antebrazos de Sally.

—Creo que mi primera decisión como directora va a ser construir unos ascensores más amplios —dijo Sally alzando la barbilla y mirando fijamente los bellísimo ojos azules de Jack. Su aroma de recién afeitado le llegaba suavemente.

A Jack le costaba respirar. Estaba perdido en la inmensidad de Sally, cegado por el color miel de sus ojos. Era como si vislumbrara su corazón. Le bastaba un pequeño impulso para deslizar sus manos hasta las suyas. Sentir el roce delicado de su piel… «Basta, Jack. Ella está aquí solo por negocios». Se contuvo, pero su mirada echaba chispas.

—Lo que habría que fomentar, en vez de gastar dinero, es que los clientes usaran las escaleras. Es mucho más sano y no se gasta electricidad.

Mientras tanto, los jugadores de los Patriots, al margen de la tensa situación entre Jack y Sally al estar de espaldas, conversaban entre ellos sobre temas banales.

—Como se nota que eres empresario. Siempre pensando en el dinero —recriminó ella. Tensa por sentir las manos de él sobre sus antebrazos, invadiendo su espacio vital.

—No es lo único en lo que pienso.

El ascensor, al llegar al vestíbulo, soltó una pequeña sacudida, por lo que Sally, sin poder evitarlo, apoyó las manos sobre la camisa inmaculada de Jack. Fue solo un instante, pero Jack percibió una sacudida eléctrica.

—Me encanta saberlo —Sally sonrió, después bajó la mirada, afectada por la virilidad que desprendía la abrumadora presencia de Jack.

Se abrieron las puertas y el ascensor se fue vaciando poco a poco hasta que quedaron los dos. Se despegaron el uno del otro. Jack carraspeó y se recolocó el cuello de la camisa. Sally se atusó la melena. Después él hizo un gesto cortés para que ella saliera en primer lugar. Siguieron como si no hubiera sucedido nada, pero ambos sabían que no era así.

Capítulo 7

—Hola, abuela —dijo Jack al verla sentada en el lujoso vestíbulo del hotel, en uno de los sillones de terciopelo rojo próximos a recepción, donde los huéspedes podían aguardar mientras se les preparaba su habitación. Desde ahí se lograba una visión perfecta de la fastuosa puerta giratoria, de los acabados en mármol, del tapiz del siglo XIX que colgaba en una de las paredes, de la lámpara de cristal del techo. En suma, de todos esos pequeños y maravillosos detalles que hacían del Grand Majestic un hotel de primera categoría.

Sally, de primeras, se quedó algo desconcertada, ya que no era frecuente conocer a un familiar del propietario en el primer día de trabajo. Observó complacida el beso cariñoso de Jack en la mejilla de su abuela.

—Sally, te presento a mi abuela, Angela Donaldson —dijo con un indisimulado orgullo en el tono de su voz—. Abuela, te presento a la nueva directora, Sally Green.

—Encantada —dijo ella. Angela asintió con la cabeza al responder «igualmente» mientras se levantaba del asiento. A Sally le encantó la calma que transmitía en sus movimientos, esa serenidad madura que encerraba una experiencia vital, sin duda, interesante y enriquecedora. Vestía con una blusa de color salmón sobre la que llevaba una elegante rebeca de punto. Su melena plateada estaba impecablemente peinada, sin un solo pelo fuera de su sitio y lucía un collar bañado en oro, discreto pero elegante. En el apogeo de su vida, sin duda, sus facciones fueron de esas que atraían hombres como

moscas. A pesar del tiempo transcurrido aún conservaba vestigios de su antigua belleza.

Jack miró su voluminoso reloj de pulsera.

—Sally, mi abuela hará de anfitriona. Nadie mejor que ella conoce las entrañas del Majestic. Me encantaría acompañaros pero tengo una reunión importante —Volvió a besar a su abuela, esta vez a modo de despedida.

Antes de que Sally dijera algo, Jack ya enfilaba hacia la entrada a paso apresurado.

—Es un encanto, y como nieto es el mejor.

—Se ve que le trata con cariño.

—No me puedo quejar. La verdad es que me visita con frecuencia —dijo con una sonrisa entre dientes—. Venga, empezaremos el recorrido por el sótano. ¿Es la primera vez que visitas el Majestic?

—Mi padre me trajo una vez para una visita muy corta al bar. Nos tomamos una manzanilla con pastas.

—Qué recuerdo más entrañable. Me ha dicho Jack que vienes de París. Dime, ¿sigue siendo tan bonita como siempre?

Sally se fijó en que en los ojos de Angela brillaban como los de un niño. Estaba encantada con su papel de cicerone.

—Oh, por supuesto. Es una ciudad muy especial. Por muchos años que pasen sin visitarla, sé que siempre la guardaré en un sitio especial de mi corazón.

—Estuve allí en mi luna de miel —soltó un pequeño suspiro, como si de repente le llovieran miles de recuerdos—. Mi Robert, que en paz descanse, se esforzó por cumplir mi sueño de viajar a Francia. Nos alojamos en el George V.

—Qué maravilla —dijo sabiendo a la perfección que se trataba del mejor hotel de París.

—Sí, es verdad. La cena más romántica de mi vida fue en un pequeño y coqueto restaurante italiano en el barrio Montmartre. Parece que fue ayer… las velas, la música, la deliciosa lasaña de verduras. Qué recuerdos, mi querida Sally, qué recuerdos. ¿Tú estás enamorada?

—Ahora mismo no.

—Pero una mujer tan guapa como tú seguro que lo ha estado. Bueno, las cosas llegan cuando llegan, no cuando quiere. ¿A que sí?

Sally se dejó arrastrar enseguida por la simpatía y la ternura de Angela. No comprendía por qué ella era la más indicada para enseñarle el hotel, pero intuyó que lo sabría tarde o temprano, así que decidió colocarse en sus manos.

Después de caminar por un pasillo y bajar unas sobrias escaleras que se encontraban lejos de la vista de los huéspedes, llegaron a la cocina. A través de los ventanales Sally observó a multitud de

cocineros atareados en sus faenas, ajenos a las miradas curiosas de las dos mujeres. El olor dulce de la mantequilla y la harina le cosquilleó el estómago.

—A diferencia de otros hoteles, nosotros no compramos, sino que fabricamos los cruasanes y los panecillos —dijo Angela—. Así, nuestros clientes lo tienen todo recién hecho. Les encanta.

—No lo dudo. Son de esos detalles que solo un hotel de lujo puede conseguir.

—Exacto —dijo, complacida.

Sobre una mesa de aluminio brillante y enorme los cocineros preparaban la masa y le daban forma para luego introducirla en el horno. Sally recordó de que en el hotel Crillon se prefería comprar todo fuera para ahorrar costes. Le encantaba que su nuevo hotel se distinguiese del resto.

—Mira, allí está el economato —dijo la abuela de Jack señalando una puerta que dejaba entrever los artículos de comida colocados con esmero en baldas metálicas.

Caminaron lentamente por los estrechos pasillos de la cocina procurando no estorbar a los empleados.

—Sally, el hotel ya lo conocías por su renombre, pero te diré algo que muy pocas personas conocen.

—¿El qué? —preguntó con creciente curiosidad.

—Este hotel fue uno de los primeros en no discriminar a la gente por razas. El dueño de aquel entonces fue un progresista que labró su fortuna fabricando armamento para el ejército. Compró el hotel y se instaló en el ático con su flamante esposa, una bellísima dominicana. No le importó el escándalo y por eso el hotel pasó unos duros años sin casi clientela distinguida, hasta que la situación se fue normalizando.

—¿Cómo sabe todo esto, Angela?

—Trabaje aquí hace ya… unos cuantos años —dijo sonriendo—. Pasé por casi todos los puestos, pero donde más tiempo estuve empleada fue en recepción. Me encantaba mi trabajo.

—¿Por qué lo dejó?

—Ya sabes, eran otros tiempos. Robert me pidió que no trabajara y yo estaba tan enamorada que no me pude negar. Era muy joven, pero no lo miro con pena, al contrario, con la satisfacción de haber trabajado en el Majestic durante cinco años —Sally se sentía cada vez más subyugada por la personalidad de la anciana.

—Ahora te presentaré al chef, el Sr. Lester. Su comida es algo clásica pero exquisita. Prepárate porque aún nos queda mucho por ver. Después iremos a la lavandería y después al restaurante…

Por un momento, Sally temió que Angela se agotara demasiado, pero cambió de opinión en el acto. Aquella mujer desbordaba vitalidad y probablemente hasta ella se cansaría antes.

# #

Al filo de las nueve de la noche subió a su habitación, en la última planta. Aún sentía el estómago lleno debido a la suculenta cena en La Cascada junto con Angela. Las maletas se encontraban entre la cama y una pequeña mesa auxiliar de madera. Llevaban ahí todo el día, esperando a que su dueña las abriera, pero para Sally había sido imposible encontrar un hueco para llevarlo a cabo.

Conocer el Majestic había sido más agotador de lo que pensó en un principio. Gracias a Angela conocía todos los rincones y a casi toda la plantilla. Pensó que de llegar a su edad le gustaría ser como ella, preservar esa arrolladora energía, esa agudeza y ese estado físico envidiable. Se percibía el cariño que tenía al Majestic y lo interesante era que resultaba contagioso. A veces se ven los edificios como una suma de ladrillos, columnas y hormigón, pero entre las cuatro paredes del hotel Majestic han podido suceder las historias más extraordinarias: declaraciones de amor, traiciones, confesiones, luchas de poder e incluso nacimientos.

Un hotel de primera categoría es un mundo en sí mismo, un mundo ideal donde se respiran una comodidad y un lujo exquisito pero más allá de la fachada, vibra la confianza de los huéspedes por convertirla en su casa por unos días.

Sally curvó los labios. La elección de Angela para mostrarle el Majestic no había sido fruto del azar. Jack había elegido convenientemente a alguien capaz de transmitir su amor por el hotel. Y era un movimiento que le había encantado. Pero ahora sentía el enorme desafío de liderar al Majestic a su siguiente etapa, y no deseaba cometer ningún error. Se lograría paso a paso, siguiendo una estrategia que consistiría en dotar de buenos cimientos a su proyecto.

Cerró los ojos. Gracias a la suavidad del colchón, notaba los músculos relajados. Su alma reposaba cándidamente preparándose para lo que se avecinaba en los próximos días. El rumor del tráfico le llegaba lejano, pero le gustaba porque le acompañaba. Los pies le estaban matando pero era una muerte lenta y, en el fondo, agradecía sentirse agotada porque eso significaba que lo había dado todo. Sally no podía concebir la vida sin entregarse a fondo a lo que ella adoraba: los hoteles.

«Es una pena que mis padres no lo hayan comprendido nunca», pensó. Sally recordó aquel día en el que les reveló de que, al finalizar sus estudios en Cornell, no se haría cargo del Green House, puesto que ella prefería trabajar en un hotel de Manhattan. La cara de su madre se volvió incrédula y avinagrada. Su padre guardó silencio y miró hacia otro lado, dolido. Ellos habían pagado por sus estudios para que

el Green House diera un salto cualitativo y esperaban con ansia que su primogénita tomara las riendas en el futuro. A Sally se le formó un nudo en la garganta, pero en su fuero interno estaba convencida de su decisión. Años después aún podía palpar suavemente la *traición* flotando en el ambiente de casa. Linda fue quien intercedió entre ambas partes para que la sangre no llegara al río. Siempre Linda al rescate con su buen corazón y evitando herir sensibilidades.

De repente, recibió un mensaje de Linda al móvil. A Sally le alegró que se acordara de ella a pesar de que el Green House le ocupaba mucho tiempo personal.

«¿Qué tal tu primer día?»

Sally escribió su respuesta tecleando tumbada sobre la cama, con el resplandor de la pantalla iluminando su rostro.

«Muy bien. Con muchas ganas de empezar el segundo». Apretó el botón de enviar y se quedó mirando el techo, con el móvil en la mano que vibró casi enseguida con el mensaje de su hermana.

«¡Me alegro mucho!»

Se levantó de la cama, pues decidió que le apetecía darse un baño relajante. Ese sería el colofón a su primera noche como directora del Majestic. Después vendrían los días duros, pero ese instante era suyo y le apetecía regodearse en su propia intimidad. Abrió el grifo para que la bañera se fuera llenando de agua caliente. Un par de batas con el emblema bordado del hotel colgaban esperando ser usadas. Al fondo se ubicaba el retrete con un teléfono al alcance de la mano. «Por fin, un baño normal. No como en París que en las casas tienen el retrete separado del baño». El espejo ocupaba el ancho de la pared y sendos lavabos estaban encastrados en una piedra oscura, rugosa pero muy sofisticada. Al descalzarse percibió el calor que emanaba del suelo, gracias al radiador escondido bajo las baldosas de pizarra.

Comprobó la temperatura, se desnudó y se fue introduciendo en la bañera con la delicadeza propia de una reina. El agua recibió a su cuerpo plácidamente, absorbiendo cada poro de su piel. Pronto sintió la húmeda calma derramándose sobre ella, desanudando la tensión. Conocía gente que odiaba los hoteles porque le resultaba un lugar impersonal, pero para Sally era todo lo contrario. Se sentía como en casa. Si dependiera de ella viviría para siempre en una habitación como en la que estaba alojada aquella noche.

Capítulo 8

La mañana del día siguiente la pasó en su despacho, entre montañas de documentos urgentes que necesitaban su aprobación. Consideró que algunas cuestiones las debía consultar con Jack, pues él conocía mejor el hotel y sus prioridades. No obstante, se afanó en reducir su lista de consultas a las mínimas posibles. Entre ellas, la construcción de unos tanques de agua para conseguir la suficiente presión para los jardines interiores de la última planta. La ayuda de Joseph Stefano, su secretario, fue determinante. Era un joven menudo con una incipiente calvicie pero despierto y eficaz, y enseguida Sally se percató de que sería un recurso valioso.

—Srta. Green…

—Ya te he dicho que me llames Sally, Joseph —dijo sin levantar la cabeza de los papeles. Joseph le miraba desde la puerta.

—Es la falta de costumbre. Con el anterior director todo era más formal.

—Pues las cosas cambian, así que más vale que te vayas acostumbrando. Hay que ser flexible. —Sally escribía en su ordenador mientras hablaba, pues le disgustaba perder tiempo.

—Sally —dijo pronunciándolo lentamente, como si quisiera fijarlo en la memoria—. Ha llamado el director de bebidas y alimentos para que autorice unas horas extras de los ayudantes de camareros.

—Luego me pondré en contacto con él. Gracias, Joseph.

—¿Puedo hacer algo más por ti?

—No, gracias. —Ella levantó la vista fugazmente para sonreírle.

Era la primera vez que disponía de un secretario y era algo que en un principio le pareció chocante, pero debía de acostumbrarse a ello. El volumen de trabajo era alto y necesitaba organización.

Volvió a concentrarse en su tarea cuando Jack apareció en el despacho. Esta vez no irrumpió como de costumbre porque la puerta ya se encontraba abierta.

—Buenos días, Sally —dijo Jack cerrando la puerta tras de sí.

Ella no pudo evitar dar un golpe sobre la mesa, frustrada por no continuar con su trabajo. Fue un gesto que no pasó desapercibido para Jack, sin embargo, lo ignoró.

—Buenos días, Jack. Aquí estoy, poniéndome al día.

Jack tomó asiento y cruzó las piernas, poniéndose cómodo. Cuando Sally clavó la vista en él se quedó sin aliento. Aquella mañana el cielo estaba nublando pero los ojos de Sally brillaban como dos soles. «Es tan atractiva que duele», se dijo.

—¿Cómo fue el recorrido con mi abuela? —preguntó mientras mentalmente procuraba que el apabullante físico de Sally no le distrajera.

Ella sonrió ampliamente. Al evocar su encuentro con Angela se llenó de una súbita alegría.

—Me encantó. Es una mujer extraordinaria, con mucha vida. —Sally se recostó sobre el asiento.

—Sabía que te caería bien. Mi abuela tiene muchos amigos y se la pasa de fiesta en fiesta. Todo el mundo se queda asombrado cuando dice su edad.

Se fijó que al hablar Jack de su abuela la expresión de su cara cobraba una nueva dimensión, fugazmente tierna.

—¿Necesitas algo? —preguntó Sally con cierta impaciencia.

—No, bueno, en realidad sí. Quiero presentarte a Andrea, tu segunda de a bordo. Ayer estuvo enferma, por eso no te la pude presentar. Vamos a su despacho. Nos está esperando.

—Ahora no puedo —dijo bruscamente—. Tendrá que esperar, quiero terminar este papeleo. Quedaremos para almorzar.

—No puedo almorzar con vosotras. He quedado con unos inversores en un restaurante del SoHo.

—¿Va a ir Andrea?

—No —respondió encogiéndose de hombros.

—Entonces comeré con ella. Por favor, díselo. Gracias —Sally puso las manos en el siguiente documento, ignorando a Jack, quien se inclinó sobre la mesa, con las manos apoyadas y la corbata italiana colgando.

—Yo no soy tu chico de los recados. Que no se te olvide —dijo frunciendo el ceño.

Sally le miró a los ojos.

—Ni a mí me gustan que me digan lo que debo hacer. Me contrataste para dirigir este hotel, así que déjame llevarlo a mi manera o despídeme.

Se formó un silencio al instante en el que se podía palpar la tensión entre ambos, con el aire cargado de electricidad. Antes de que ninguno volviera a reaccionar, Sally impulsivamente, sin pensar en lo que hacía, le agarró de la corbata y lo atrajo hacia ella. El atractivo rostro de Jack quedó a un milímetro de su boca. Sally cerró los ojos y se abalanzó sobre sus carnosos labios, robándole el aliento. Jack perdió el equilibrio, aunque no se golpeó contra la mesa de cristal gracias a que estaba apoyado sobre sus manos. Su cuerpo se agitó en el aire y al sentir el roce ansioso de la lengua, Jack abrió los ojos de par en par, desconcertado. No podía dar crédito a lo que estaba sucediendo.

—Lo he hecho porque me ha apetecido y si hay algo más yo decidiré cuándo —dijo Sally, aún con el sabor de Jack vibrando en su boca.

—Eso está por ver —Jack rodeó la mesa como una fiera salvaje, sin quitar los ojos de su presa. El corazón de Sally brincaba de nervios. Jack la levantó de la silla con una mano agarrando con fuerza el antebrazo de Sally, quien se dejó hacer, sorprendida también.

Le pasó la mano por detrás del cuello y la miró directamente a los ojos, brevemente pero con intensidad, notando las chispas que saltaban como una fina lluvia que todo lo abarca y lo transforma. El beso fue apasionado, dulce e inolvidable. Calmaba pero a la vez avivaba el fuego de ambos corazones. Sally se entregó, bajando las defensas, mostrando su vulnerabilidad, dejándose avasallar por una boca hambrienta de ella, insaciable. Las rodillas le temblaron.

Las lenguas se enredaban, ansiosas, celebrando el encuentro. El beso era como una antorcha que ardía bajo un cielo estrellado. Jack olvidó la arrogancia de Sally, sepultada por la fulminante y vívida sensación que lo recorría de los pies a la cabeza. Deseaba más. Quería que la vida siempre fuese ese instante de conquista y excitación.

# #

Sally desvió la mirada procurando aplacar el destello de calor que brotaba de su pecho. Luego se separó de Jack y tomó asiento, deseando recobrar cierto orden en su agitada alma. Las palabras no le salían de la garganta, pues estaban estancadas, incapaces de brotar a la luz, empujadas a un lado por la emoción del momento. Deseó que fuera él quien rompiera el silencio incómodo.

—Esto es totalmente inesperado… —dijo Jack mientras posaba una

mano sobre el pecho. En su interior, las imágenes eróticas de Sally y él se agolpaban en su cabeza. Era frustrante soñar con tirar los objetos de la mesa de un golpe furioso y poseerla allí mismo, desgarrándole la blusa, subiéndole la falda y sentir que estaba dentro de ella. Parpadeó buscando asentarse en la realidad mientras el ritmo de su corazón recobraba los pausados latidos.

—Hagamos como si no hubiera pasado nada. Es lo mejor —Sally fingía echar un vistazo a los documentos, aunque en realidad estaba pendiente de él.

—Te doy la razón —dijo Jack con una mano en el bolsillo y la otra mirando distraídamente su reloj, procurando serenarse al recordar lo que Sally le había dicho de forma disimulada: se acostarían cuando a ella le apeteciese. Y por ese motivo empezó a odiarla—. Sería una estúpida forma de echar al traste nuestra relación profesional. Todavía hay mucho que hacer.

Sally alzó la vista y apoyó la barbilla sobre su mano, contemplando a Jack. No era ni mucho menos una mujer promiscua, más que nada porque muy pocos hombres le habían atraído. Por eso ella era quien escogía, no al revés.

Jack empezó a darse la vuelta para marcharse, sin embargo, algo le hizo detenerse, ya que una pregunta cristalizó en su cabeza.

—¿Por qué me has besado?

Resultaba irresistible al verle de pie, atractivo y confuso.

—¿Por qué me has besado tú después?

—Porque me besaste primero, pero no te desvíes del tema. ¿Por qué me besaste?

—Iba a darte un beso en la mejilla, pero calculé mal. Eso es todo.

—¿Y lo que dijiste después?

Sally se cruzó las piernas y los brazos, luego frunció el ceño.

—Olvídalo. Me arrepiento de lo que te dije. ¿Algo más? Tengo mucho trabajo.

—No se puede decir algo así y hacer como si nada.

—¿Cómo que no? ¿Quién lo dice? ¿El Papa?

Jack suspiró.

—Eres como una niña.

—Y tú me irritas —gruñó Sally.

Él avanzó hasta su mesa y levantó un dedo para decir algo, pero alguien apareció en el despacho, acaparando las miradas. Se trataba de Andrea. Era una mujer rubia, de pelo corto, madura, piel de alabastro y de sus labios colgaba una sonrisa genuina. Llevaba una rebeca de color burdeos y sostenía una fina carpeta en la mano.

—Perdón, por interrumpir —dijo tímidamente.

—Hola, Andrea —dijo Jack.

—Hola, Jack. Ya me han dado el alta y he pensado en presentarme

—miró a Sally sin dejar de sonreír y se acercó para estrecharle la mano—. Encantada, Srta. Green.

—Por favor, llámame Sally.

Andrea se quedó mirando a los dos, dudando si preferían estar a solas. Habló rápidamente con las mejillas ruborizadas.

—Están los empleados alborotados, Sally. Tu llegada ha sido todo un impacto.

En un primer momento, no supo a qué se refería, pero luego cayó en la cuenta de a qué se debía el bullicio.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Jack mirando a ambas mujeres.

—Esta mañana Sally ha enviado un correo electrónico a los jefes de departamento. Pedía que comunicaran a los empleados que van a subirles los sueldos un 3%.

—¿Cómo? —A Jack casi le da un infarto.

—¿No lo sabías? —preguntó Andrea, sorprendida.

Jack apretaba los puños mientras miraba a Sally, quien se recostaba sobre su asiento, desafiante.

—Por favor, déjanos solos, Andrea —dijo Jack con un tono áspero.

—Ante de irme, os recuerdo que la fiesta de presentación de Sally es en Liberto —dijo ella, sabiendo que se avecinaba una tormenta entre ellos—. Encantada de conocerte.

—Igualmente —Sally sonrió y pensó en las buenas sensaciones que le había transmitido su primera impresión.

Jack cerró la puerta. Le pareció increíble que en unos pocos minutos pasara del desconcierto, a la la excitación y después al enfado. Estaba a punto de volverse loco. Tomó aire profundamente para ganar unos segundos al ímpetu que lo dominaba. Ese instante lo aprovechó Sally para defenderse.

—Es una cantidad pequeña y no será efectiva hasta mediados del año que viene.

—¿Por qué no me has consultado?

—Por dos razones. Primera porque te dije que iba a ser independiente. Y segunda porque te ibas a negar.

Jack se movía de un lado a otro, nervioso. Le apetecía gritar para desahogarse. Nunca nadie había socavado su liderazgo de una forma provocativa. A cada segundo, la odiaba más.

—¡Trabajas para mí! No estás autorizada a dar ese tipo de órdenes. ¿Cómo puedes pensar que voy a quedarme de brazos cruzados?

—Adelante, despídeme, pero vas a perder a una persona que sabe muy bien lo que está haciendo. Si quiero dar un impulso cualitativo al hotel, primero necesito ganarme la confianza de la plantilla. ¿Es que no te das cuenta de que ellos no son números? Los empleados son lo más valioso del Majestic.

—¡Ya lo sé! Nadie te ha pedido que me des lecciones. No estás

tratando con un novato.

—Entonces sabrás que he tomado la decisión correcta. Lo que te molesta es que no hayas dado tu aprobación.

—¡Claro! —exclamó él mirando al techo.

Sally negó con la cabeza. A Jack se le ocurrió despedirla sin miramientos, sin embargo, eso sería como reconocer un error, uno bien gordo. Y eso no se lo podía permitir, como seguramente ella había pensado. Debía aguantar más tiempo y controlarla más de cerca. Se preguntó si sería posible. Sally Green era un auténtico torbellino.

Capítulo 9

Sally se echó vestida sobre la cama de su habitación. Las luces estaban atenuadas, así que la ciudad refulgía de noche al otro lado del cristal de la ventana. Como de costumbre, se encontraba agotada por un arduo día de trabajo, así que cerró los ojos y dejó que el sonido del tráfico la arrullara. Primero centró su atención en el beso que se había dado con Jack y, al evocarlo, volvió a estremecerse. Enseguida se arrepintió y deseó que no hubiera sucedido. «No pude contenerme», pensó. De repente se rió maléficamente al recordar la cara de perplejidad de Jack cuando se enteró del anuncio de subida de los salarios. Para Sally era un golpe sobre la mesa que dejaba a las claras quien mandaba.

Llamaron quedamente a la puerta. Sally se extrañó pues no había pedido cena ya que con su merienda-cena, consistente en un pequeño sándwich de salmón ya había sido más que suficiente.

—¿Quién es? —preguntó en voz alta moviendo los menores músculos posibles de su cuerpo.

—Soy tu hermana —se oyó lánguidamente.

—¡Linda! —exclamó poniéndose de pie con cierta pesadez.

«Espero que no haya pasado nada grave», pensó mientras acudía a abrir la puerta. Al abrirla, Linda le enseñó una bolsa.

—Te dejaste los zapatos de Armani en casa.

—¿De verdad? Tampoco era tan urgente, podías haberme enviado un mensaje y yo los hubiera recogido. ¿Y me trajiste el abrigo? —Sally se hizo con la bolsa y se apartó para que su hermana pasara.

—No, eso se me olvidó —dijo cerrando los ojos—. Acabamos de cerrar el restaurante y pensé que estaría bien pasarme. Te llamé pero no lo cogiste.

—¿Me llamaste? —se desplazó hasta la mesa, donde había dejado el bolso. Metió la mano para coger su móvil. Sí, en la pantalla estaba la notificación de la llamada perdida—. Perdona, no me di cuenta.

—No te preocupes. Estarías ocupada… —Su hermana se acercó a la ventana para maravillarse con la vista. Conocía el Majestic, incluso alguna vez había pisado el vestíbulo, pero nunca había conocido unas de sus habitaciones. Le parecía demasiado lujo para una chica humilde. Tenía miedo de dónde ponía la mano por si rompía algo muy costoso.

—Cuando quieras te invito a almorzar y te enseño el hotel.

—Oh, sí, me encantaría —dijo Linda con la voz cargada con la ilusión de un niño. Estaba convencida de que el restaurante La Cascada sería una inspiración para ella—. La comida tiene que ser deliciosa.

—Sí, está buena, aunque su carta no se ha renovado en diez años. No lo entiendo. Parece que el anterior director era muy de la vieja escuela.

—No sé porqué, pero me he acordado esta mañana de aquella vez cuando éramos pequeñas que empezaste a vender a los amigos de nuestros padres unos boletos para una rifa. El premio era un televisor de segunda mano.

—¡Es verdad! ¿De quién era el televisor? Creo que de un vecino.

—¡Mío! Era el que estaba en mi cuarto. Rifaste mi propio televisor sin decirme nada.

Ambas rieron con ganas. Sally estaba sentada en el borde de la cama, mientras que su hermana se acomodaba en el sofá.

—Creo que el castigo de papá y mamá fue el mayor de toda nuestra infancia.

—Sí, me dejaron sin paga durante un año —Sally negó con la cabeza—. Estuve llorando un fin de semana entero. Me pareció tan injusto.

—Te vi tan triste que les rogué para que te levantaran el castigo, pero nada, fueron implacables.

—Aprendí la lección de la manera más dura. Si vas a regalar el televisor de tu hermana, que no te pillen —Sally soltó una risa. Linda tuvo ganas de tirarle uno de los cojines, pero se contuvo. Su hermana era incorregible. Era una rebelde sin remedio.

—Estoy orgullosa de ti, Sally. Has llegado muy alto y tan joven… Ese Jack Donaldson tiene un ojo tremendo para captar talentos.

Sally carraspeó. Nombrar a Jack era como destapar el tarro de las esencias, así que cambió rápidamente de tema de conversación.

—Linda, ¿por qué no estudias para educadora social?

—Oh, Sally, otra vez con lo mismo… Ya te lo he dicho mil veces. Estoy a gusto trabajando en el restaurante.

—Pero tu don es ayudar a los demás. Haz lo que te gusta, no lo que nuestros padres quieren.

—Tengo veintiséis años ya es muy tarde para empezar a estudiar.

—No digas tonterías, por favor. Ni que tuvieras noventa. Solo tienes que perder el miedo a decepcionarles. —A Sally le enfurecía que su hermana complaciera a sus padres, solo para evitar cualquier tipo de tensión en la familia. Recordó que incluso rompió con su novio de entonces cuando él se mudó a París, y ella se vio obligada a hacerse cargo del restaurante.

—Estoy en el restaurante porque quiero. Nada más, Sally. No busques excusas retorcidas. Soy la encargada y me gusta. Lo llevo en la sangre.

—Pero, dime una cosa, ¿te apasiona?

—¿Que si me apasiona?

—Sí, ¿te apasiona llevar el restaurante? A mí me apasiona mi trabajo. ¿Y a ti?

Linda se removió en el sofá. Se tomó unos segundos para responder, suficientes para que Sally supiera que había dado en el clavo.

—No me apasiona, me gusta. ¿Cuál es la diferencia?

—¡Toda! —exclamó, frustrada por la miopía de su hermana.

—¿Te sientes realizada, te llena como persona? Hazte estas preguntas y sé honesta contigo misma.

—Oh, Sally. Déjame tranquila. Eres una mandona, siempre lo has sido.

Sally se dejó caer de espaldas sobre la cama. Adoraba a su hermana, por eso le dolía que consumiera su juventud en un trabajo que no le estimulaba solo por complacer a sus padres.

# #

Desde la azotea del restaurante Liberto, en el corazón del SoHo, se disfrutaba de unas espectaculares vistas de la ciudad al aire libre. El tiempo era agradable y bastaba con una prenda de manga larga para soportar el frío de la noche. Se trataba de una lugar informal, con varias barras de comida japonesa y mexicana, y varias mesas para quien gustara sentarse mientras comía. Los camareros pasaban entre la gente con bandejas cargadas de bebidas y recogiendo las copas vacías. Unas esmeradas y bien iluminadas macetas de rosas rojas y

margaritas, bordeando los límites de la azotea, aportaban un nota sutil y elegante. La música provenía de un DJ vestido con unas gafas enormes, chaqueta y pantalones metálicos lo que confería a la cena un toque pintoresco. El ambiente era relajado, lo que propiciaba las conversaciones en grupo. De vez en cuando se oía un estallido de carcajadas.

Sally llevaba toda la velada hablando con un sinfín de personas, de las que luego no recordaba ni sus nombres ni por qué se encontraban en la fiesta. Jack la fue paseado de aquí para allá para que se diese a conocer a todo el mundo. Era una especie de presentación en sociedad de la nueva directora del Grand Majestic. La felicitaban por su nuevo trabajo y le deseaban mejor. Ella lo agradecía con la mejor de sus sonrisas, pese a que se sentía la ansiedad al recordar la montaña de tareas pendientes: repasar las cartas, revisar los precios de las habitaciones, reformas, leer algunas quejas de los huéspedes, *etc.*

—Me siento como un mono de feria —dijo Sally cuando fueron a la barra japonesa a por sushi.

—Es lo normal. Todo el mundo quiere conocerte y eso es bueno. Ha venido mucha gente de todos los estamentos: política, deporte, arte… En esta ciudad cuando mencionas comida gratis, la gente se vuelve loca. No te preocupes, es solo una vez en la vida.

—Menos mal. Ni siquiera me he podido cambiar. Llevo la misma ropa que esta mañana.

Jack la miró de arriba a abajo. Su primera reacción fue decirle que estaba radiante, sin embargo, se contuvo. Después del arrebato de pasión en su despacho, se había prometido que su relación sería estrictamente profesional. Por el bien de los dos.

—No te preocupes por eso. Ahora solo dos horas más y ya te puedes ir a casa.

—¿Dos horas? Esto no estaba en mi contrato.

—¿Cómo que no? Mira en la letra pequeña —dijo con una media sonrisa y luego recitó de memoria la siguiente:— «La abajo firmante se compromete a asistir a toda clase de eventos sociales a requerimiento de la dirección…».

—Te lo estás inventando. ¿Me has tomado por tonta?

Antes de que Jack pudiera responder, apareció Angela Donaldson. Enseguida Sally sonrió con ternura y ambas mujeres se besaron en la mejilla. Las dos expresaron su alegría de verse. Jack cogió de la cintura a su abuela, quien lucía un vestido cruzado de color negro que le quedaba fenomenal. Llevaba en la mano una copa de vino tinto.

—Tenía muchas ganas de verte.

—Gracias, abuela, qué cariñosa eres —dijo guiñándole un ojo.

—A ti no, tonto. A Sally —Jack simuló su enfado cruzándose de brazos como un niño pequeño—. Quería preguntarte por tus primeros

días en el Majestic. ¿Todo bien?

—Estoy encantada, Angela. Con mucho trabajo, pero gracias a ti consciente de todo el prestigio y la historia del hotel. Además, me encantó que me presentaras a muchos de los empleados.

—Me alegro, de verdad.

—Mi abuela es que vale su peso en oro —dijo Jack, después de engullir un rollito de sushi.

—Me ha dicho un pajarito que vas a subir el sueldo de la plantilla —a su nieto le cambió la expresión de la cara—. Déjame que te diga que me parece una medida de lo más acertada. Todos son unos profesionales de la cabeza a los pies.

—Eso, abuela, tú incítala… —Jack negó con la cabeza. Nunca lo admitiría, pero esa decisión demostraba un arrojo singular.

—No hace falta. Sally tiene personalidad para hacer lo que crea conveniente.

«¿Se puede adorar más a esta mujer?», pensó Sally.

—Que conste que no lo dudo. Si no, no le hubiera pedido que dejara París por Nueva York.

—Fue una suerte que estuvieras en París por otros negocios, ¿verdad? —dijo Sally con cierta ironía.

—Una tremenda casualidad, sí —Jack no iba a admitir nunca que cruzó el Atlántico expresamente para contratarla.

El DJ hizo un cambio de registro. Después de una música pausada, aumentó el ritmo por si alguien se animaba a bailar. Sin embargo, la gente prefirió conversar y comer.

Al cabo de unos minutos, se integró Andrea al improvisado grupo bebiendo un refresco de cola con pajita. Angela la saludó cariñosamente.

Mientras conversaban animadamente, a Sally le extrañó el comportamiento de Andrea. Con frecuencia, miraba hacia atrás, como si buscase a alguien e incluso en ocasiones parecía distraída. Jack y Angela no se percataron, pero Sally sí. Disimuladamente siguió la mirada de Andrea hasta un grupo de hombres sentados a las mesas. Todos estaban de espaldas menos uno. Brandon Harper, el contable de Excelsior Guest y amigo de Jack. Había hablado en un par de ocasiones con él y su impresión era positiva. Andrea, a punto de beber otra vez de su pajita, soltó un delicado suspiro sin dejar de mirarlo.

Capítulo 10

La cena se acercaba poco a poco a su fin y Sally, cansada, sintió la necesidad de marcharse al hotel. Después de interminables presentaciones y charlas intrascendentes se esforzaba por no bostezar. Además, Angela, Brandon, Jack y Andrea se habían desperdigado, lo cual era un buen momento para retirarse sin que nadie se lo impidiese. Tomaría un taxi y en veinte minutos estaría metida en la cama. Esa era una idea que la seducía por completo.

Sorteando a la gente llegó al baño y, al regresar, expandió la mirada por la azotea por si acaso se perdía algo antes de marcharse. Todos continuaban apurando las copas, pues las barras de comida se habían cerrado, aunque el DJ seguía procurando avivar la inagotable energía de los invitados.

En medio del bullicio, Sally inspiró el fresco aire de Nueva York y se acordó de París. «¿Qué hora es allí?» pensó mirando su reloj de pulsera. Pensó que probablemente estaría a punto de iniciar la jornada matutina en el Crillon.

Echó un vistazo por si veía a Jack, pero como no fue así, decidió que socialmente ya estaba bien por ese día. Le llamaría desde el taxi y le rogaría que le excusara a todos en su nombre. Justo cuando giraba el cuerpo para enfilar hacia la salida, notó cómo una mano se aferraba a su codo. Sintió el contacto como unas tenazas en la piel.

—Hola, Sally…

El corazón se le detuvo. Conocía la probabilidad de volver a encontrarlo, pero siempre albergó la esperanza de que fuera lo más

tarde posible. Thomas Rudd era unos diez años mayor que ella. Su mentón era amplio, como de boxeador y su nariz, aguileña. La mirada era fría y penetrante. Vestía sobriamente, con traje, chaleco y corbata de tonalidad oscura. En un gesto temperamental, Sally apartó el codo. Odiaba que ese hombre volviese a tocarle. Odiar quizá era una palabra demasiado suave, más bien, le repugnaba.

—No me toques —exigió.

—¿Qué ocurre? ¿Ya no saludas a los viejos amigos? —dijo con una espesa sonrisa—. Por lo que veo se te ha subido el cargo a la cabeza.

—Me marcho. El aire empieza a oler mal —Sally, sin darse cuenta, apretaba los puños, rabiosa. El pasado emergía de repente como una afilada aguja.

—Has vuelto a Nueva York y puedes disimular lo que quieras, pero tú y yo sabemos por qué has vuelto.

—Estás enfermo, Thomas. No quiero que vuelvas a dirigirme la palabra nunca más. ¿Me has oído?

—No entiendo por qué esa actitud tan hostil, la verdad. —Thomas escondió sus manos en los bolsillos y encorvó ligeramente la espalda, en una postura confiada.

Dentro de ella pugnaba el ímpetu de abofetearle, sin embargo, no quería atraer la atención de la gente, ya que luego la abordarían a preguntas. Simplemente se dio la vuelta y se marchó hacia la salida. Con un nudo en el estómago, decidió bajar las escaleras en vez de tomar el ascensor, en caso de que a Thomas se le ocurriera seguirla.

Los ojos se le volvieron acuosos y todo el cuerpo le temblaba. Sus tacones resonaban por las escaleras. Solo quería llegar a la calle para coger un taxi, refugiarse en el hotel, despertarse mañana… El dedo le sirvió para secar las lágrimas para así evitar que el rímel se le corriera. De la otra mano llevaba su bolso de cuero. Al llegar a la entrada del edificio, no había nadie, solo viandantes por las aceras y la calle congestionada de tráfico.

—¿Dónde estabas? Te he visto salir, he bajado por el ascensor y… —Jack alzaba las manos con el rostro serio, molesto por la huida de Sally, pero al acercarse descubrió las mejillas rojas, indicio de que había llorado. Su expresión cambió—. ¿Qué te pasa?

Jack la sujetó por los hombros. Sally no quería alzar la vista, avergonzada, pero él alzó su barbilla para que sus miradas se encontrasen. Se preocupó al atisbar en los ojos de ella dolor y tristeza.

—Llévame a tu casa y hazme el amor, Jack —musitó.

Él la abrazó, sin comprender nada de lo que estaba sucediendo. La sorpresa y la lujuria le invadieron de golpe.

—¿Estás segura? —preguntó.

Sally asintió lentamente con la cabeza. Necesitaba con desesperación olvidarse del terrible presente, refugiarse, sentir… Sabía

que las paredes de su habitación se le echarían encima si se quedaba sola aquella noche. No podía llamar a su hermana o a sus padres porque la llenarían de preguntas. Nadie sabía su secreto.

Tomaron un taxi y se dirigieron al céntrico apartamento de Jack, en la Séptima. En el camino, él la rodeaba por los hombros, en silencio, acariciando su mano. Anhelaba preguntarle, pero sabía que lo mejor era callarse. Sea lo que fuere que causara su pesar, ella prefería guardarlo para sí misma. Jack inconscientemente se arregló el pañuelo que sobresalía del bolsillo de su chaqueta. Su mente no dejaba de pensar en si iba a hacer lo apropiado, tal y como le habían enseñado siempre. «¿Es digno aprovecharse de la situación?», se preguntó. Besó a Sally en la frente, que parecía más calmada. Si la rechazaba, cabía la posibilidad de que ella se sintiera peor y eso la alejaría para siempre.

# #

Se despertó al oír un murmullo de voces a lo lejos. En cuanto abrió los ojos, Sally se sobresaltó pues ignoraba dónde se encontraba. La penumbra no le ayudaba a discernir lo que tenía a su alrededor, aunque una cosa era cierta: se encontraba en un dormitorio que no era el suyo. «¿Estaré en otra habitación del hotel?», se preguntó, aturdida aún por el sueño. Entrecerró los ojos y miró a ambos lados de la cama. Al descubrir que se encontraba sola sintió un soplo de alivio. Sus ojos se fueron acostumbrando a la escasa luz que entraba por la ventana hasta que distinguió un armario empotrado, una serie de pequeños cuadros y una cómoda de aspecto viejo e industrial, de diseño. «No, no puedo estar en el hotel. Estoy en la casa de alguien», se dijo, cada vez más intrigada.

Pasó la mano sobre las suaves sábanas y le apeteció, por un instante, tumbarse y seguir durmiendo. Pero luego se percató de que llevaba la misma ropa que anoche, excepto por los zapatos, y aquello le acabó de despertar del todo. Como un fogonazo, recordó subir a un taxi con Jack.

—¿Dónde estoy? ¿Estoy en su habitación? —se preguntó.

Si era así, le pareció pequeña para su posición económica. Así que debía de tratarse del cuarto de invitados o de la servidumbre, porque Jack era de esos hombres que seguro disponían de servicio en casa. Se apoyó sobre el borde de la cama y buscó sus zapatos. Al no encontrarlos, corrió la cortina para observar un patio interno rodeado de más ventanas. Oyó el ulular de una sirena de policía en la distancia.

Al caminar por la moqueta sintió el cosquilleo en la planta de los pies y era una sensación que no le disgustaba, sin embargo, no

deseaba aparecer descalza delante de Jack o de desconocidos. Gracias a que había entrado más luz la habitación se reveló en todo su esplendor. El papel pintado color turquesa, la mesilla de noche de blanco inmaculado y un cabecero tapizado en blanco y negro de una foto de Times Square. Una decoración que denotaba un buen gusto por el diseño pensó Sally.

Antes de salir de la habitación rogó para que hubiera un baño privado, pues por nada del mundo quería dar a conocer su melena revuelta. Sus plegarias fueron escuchadas y al asomarse al pasillo que terminaba en la puerta, encontró un interruptor que iluminó un baño. Era otra preciosidad. Los azulejos color esmeralda resplandecían como si los acabaran de limpiar. La bañera estaba cerca de una ventana redonda, de ojo de buey, y evitaba las salpicaduras con un fino muro. Un bonito ramo de margaritas se ubicaba en una esquina regalando un olor primaveral.

Había conocido baños muy elegantes de hoteles lujosos, pero este era diferente, más personal y distinguido. Le entraron unas enormes ganas de darse una ducha relajante, pero prefirió posponerlo hasta averiguar dónde se encontraba. Le hubiera producido cierta incomodidad desnudarse en el baño así como así. Se calzó con unas pantuflas blancas, pues no había encontrado sus zapatos, y salió de la habitación.

Lo primero que se encontró fue un pasillo que continuaba la decoración suntuosa de la habitación, con espejos enormes y luces en un techo artesonado. Fue pasando por las puertas de otras habitaciones, algunas cerradas, otras abiertas, hasta que oyó el sonido de los cubiertos al chocar con los platos. Por fin, alguien le ayudaría a resolver el pequeño misterio en el que estaba sumida.

Siguió caminando hasta que llegó a un salón de suelos de parqué, muebles oscuros y una mesa de madera con grabados arabescos. Una gran ventana presidía la estancia, escoltada por finas cortinas de terciopelo. Más allá se apreciaba la calle, con gente caminando o paseando al caniche de turno.

Sin cruzar el umbral, Sally observó a Jack mientras desayunaba. Sobre la mesa se disponían varias mermeladas, mantequilla y copos de avena. Jack, con las piernas cruzadas, bebía de su taza de café mientras consultaba algo en su iPad. Su pelo abundante y rubio estaba húmedo. Mantenía la servilleta de tela sobre el regazo y sobre el respaldo de la silla colgaba su chaqueta color azul con la punta del pañuelo blanco sobresaliendo, como un copo de nieve.

Jack mantenía alta su concentración, no era hombre que perdía el tiempo, siempre con un propósito en el horizonte, siempre procurando controlar todo al detalle. Al recordar el beso en la oficina, esbozó una sonrisa. Sus ojos abiertos cómicamente de par en par al cogerle por la

corbata, aunque enseguida él le regaló un beso de película, de esos que dejan escapar un suspiro. «¿Dónde me he metido? Lo que estoy sintiendo no es apropiado», pensó Sally.

La mente de Jack bullía de ideas y planes futuros para su empresa. Buscaba socios para adquirir unos cuantos hoteles cerca de los aeropuertos para darles una vuelta de tuerca. Le gustaba diversificar por si acaso corrían malos vientos para su sector de lujo. «El dinero en el banco no genera nada, solo telarañas, así que necesita estar en constante movimiento», pensaba mientras degustaba el sabroso café con leche. En el iPad comprobó con satisfacción sus inversiones en la bolsa. Era un mercado con mucho riesgo pero después de aprender de varios tropiezos se tomaba un tiempo para investigar cada inversión. Su plan era comprar acciones a largo plazo y solo vender cuando llegara la hora de la jubilación. Divisar el futuro bien construido, como un puente de plata a seguir, le generaba confianza.

Instintivamente desvió la mirada hacia la puerta y allí se encontró a Sally, sonriéndole.

Capítulo 11

El aspecto matutino de Sally era cuanto menos curioso, con su imponente vestido oscuro y las medias negras contrastando con las sencillas pantuflas de invitado. Un poco despeinada y con vestigios del maquillaje se veía cansada pero más entera que la última vez que le vio. Su sonrisa floreció de su joven rostro con un encanto maravilloso, como una estoica flor en medio de la tormenta. Sus ojos le miraban fijamente, un tanto apagados por el sueño. Jack recordó el apasionado beso, cuando la envolvió con sus brazos en su despacho y su cuerpo inmediatamente se volvió rígido. Se agarró con una mano al reposabrazos de la silla para frenar su impulso de acercarse a ella y perderse en el sabor eterno de su boca. Anoche se había mostrado vulnerable sin motivo aparente y él aún estaba desconcertado, así que se obligó a pensar fríamente.

—Buenos días —Jack sonrió y le hizo un gesto para que sentara a la mesa.

—Buenos días —Sally se sintió algo cohibida, sin saber qué decir, así que no se atrevió a dar un paso—. Tienes una casa preciosa, Jack.

—¿Te gusta? Me alegro. Contraté a la mejor diseñadora de interiores de la ciudad. Es la mejor opción si quieres convertir un inmueble en un verdadero hogar.

Por otra puerta apareció un señora con uniforme directa a recoger los platos del desayuno de Jack.

—Flora, mi invitada querrá desayunar.

—Será un placer —dijo asintiendo con la cabeza.

—No es necesario, Jack, puedo desayunar en el hotel —levantó la mano para impedir que la sirvienta se molestara—. La verdad es que solo quería saludarte, darte las gracias e irme. No quería ser brusca.

Jack recordó las palabras que le susurró Sally antes de subir al taxi. «Hazme el amor». El dilema que llevaba consigo se resolvió por arte de magia, pues ella se había dormido en el trayecto a casa. Sin vacilar sería capaz de arrojarla sobre la mesa y poseerla con furia, pero dudaba de que ella incluso se acordara de esa palabra pronunciadas de repente, en la calle. «Es posible que hasta yo lo haya soñado», se dijo.

—Sally, no seas tonta. Me encantará acompañarte. Además, como comprenderás, es el mismo desayuno que en el hotel. Ya que estás aquí, siéntate y disfruta de esta encantadora mañana —Jack hizo un gesto a la empleada para que le sirviera el desayuno y esta desapareció enseguida, después miró a Sally—. Si no desayunas aquí, le diré al servicio que no te deje salir al trabajo, aunque sea tirar piedras contra mi tejado.

A regañadientes, ella tomó asiento como una niña castigada a comer verduras. Se sentía incómoda y deseaba marcharse a su habitación del hotel para ducharse, cambiarse y concentrarse en el trabajo.

—¿Dónde están mis zapatos?

—Ah, espero que no te importe, los he mandado a limpiar. Ya verás, estarán tan resplandecientes que te podrás peinar en ellos —Jack no dejaba de sonreír, recostado sobre la silla, incluso divertido por la situación—. ¿Cómo has dormido?

—Muy bien. La cama es muy confortable, pero no tanto como la de mi habitación —dijo con sarcasmo.

—Pues es la misma marca.

—Entonces la base es distinta.

—Es la misma —dijo Jack, sonriendo, divertido. Con Sally siempre era un juego saber quién llevaba razón, incluso en las conversaciones más nimias.

Sin darse cuenta, sumergió la mirada fugazmente en el pronunciado escote del vestido. La apartó aterrado de que ella se hubiera percatado. Por suerte, la sirvienta regresó con café, tostadas con caviar y un yogur natural. Cuando se fue, Jack se sintió con la libertad de iniciar una conversación algo más íntima.

—¿Estás bien? Anoche te vi… triste, sobre todo al final, en el taxi —dijo, preocupado.

Sally, de golpe, recordó la aparición de Thomas Rudd como si hubiera evocado una pesadilla. Instintivamente se cruzó de brazos, como protegiéndose. Thomas le había arruinado la noche. Después recordó encontrarse con Jack en la calle, y el instante en el que le

exigió que le hiciera el amor. Lejos de sentirse avergonzada, clavó la mirada en Jack.

—Perdona si anoche te hice sentir incómodo.

—Oh, para nada, Sally. Al contrario, quería ayudarte —dijo hablando de su deseo de acostarse con ella— pero al final no hubo falta. ¿Qué te pasó?

—Había discutido con mis padres por teléfono —Sally mintió descaradamente, ya que lo último que necesitaba era que él supiera lo que significaba ese maldito hombre en su vida. Recordó la forma cariñosa de abrazarla en el taxi.

—Debió de ser algo muy duro porque te dejó afligida —La atractiva sonrisa de Jack había dejado paso a una expresión severa.

—Ya sabes cómo son las familias. ¿Cómo te llevas con tus padres? —preguntó para cambiar de tema al tiempo que mordía una tostada de caviar, sabor que no le agradó especialmente.

—Murieron, pero no cambies de tema —dijo Jack inclinándose sobre la mesa—. Sally, ya sé que nuestra relación es profesional, y entiendo que no quieras hablar de lo que te pasaba, pero quiero que sepas que si necesitas algo, lo que sea, aquí estaré para ti.

—Gracias, Jack —agradeció mirándole a los ojos azules. Respiró profundamente antes de seguir hablando—. No es nada grave, solo viejas rencillas familiares.

—Apenas nos conocemos, pero espero que algún día te lleves la impresión de que soy una persona en la que se puede confiar.

Eso es algo que Sally había pensado y estaba de acuerdo.

—Lo mismo digo. Espero que tengamos eso en común. —Sally dio un sorbo al café y dejó caer una pregunta distraídamente—. ¿Vives solo en este palacio?

Jack giró la cabeza, en un gesto que Sally no pudo descifrar. El olor de los huevos revueltos con champiñones le abrió el estómago.

—Sí. ¿Por alguna razón en particular?

—Oh, por ninguna, por ninguna. Simple curiosidad.

# #

Después de una semana, Sally sintió que empezaba a tomar fuerza como nueva directora del Grand Majestic. Aunque pasaba la mayor parte del tiempo en su despacho, lograba encontrar tiempo para pasearse por la recepción, el restaurante y la cocina, donde realmente palpitaba el ritmo del hotel. Le gustaba intercambiar impresiones con los camareros y el jefe de cocina, el Sr. Lester, para observar a través de sus ojos el servicio que se ofrecía al cliente. Las reseñas en internet sobre La cascada eran buenas, aunque no excelentes.

—¿Qué te parece la carta que tenemos? —preguntó Sally un día a Andrea mientras almorzaban en el restaurante. Ella se había pedido un lenguado a la plancha y Andrea una brocheta de cordero.

—A mí me gusta —dijo después de saborear la carne. El ambiente en el restaurante era sosegado, con la mitad de las mesas ocupadas y los huéspedes inmersos en sus propias conversaciones. Sobre las paredes colgaban tapices de grandes dimensiones y cada uno de ellos desprendía un áurea a antiguo y sofisticado. Los techos eran altos, abovedados, donde, solemnes, unas lámparas de cristal alumbraban con señorío. La Cascada era fiel al reflejo del espíritu del hotel: clásico, legendario, grandioso.

—La media de los platos ronda los doscientos dólares, si la comida no está rica es para clamar al cielo, pero ¿hace cuánto que no se cambia la carta?

—Si no recuerdo mal, hace más de cinco años.

Sally hizo un mohín de disgusto.

—Demasiado tiempo. Está bien tener costumbres pero de vez cuando hay que sorprender al público. Si siempre haces lo mismo, siempre obtendrás los mismos resultados.

—De momento, la afluencia de clientes es buena, aunque no es tan buena como la del Waldorf Astoria, por ejemplo.

—Este hotel es mil veces mejor que ese. Por cierto, Andrea, ¿cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

—El mes que viene cumpliré un año. Jack me trajo de la mano para que trabajara con él. Antes trabajé en las oficinas centrales de Starbucks durante once años.

—Interesante… —dijo la directora mientras tenía la copa de agua alzada. Esperaba que ser más joven que ella no le supusiera ningún contratiempo, pues Sally estaba encantada con su profesionalidad y su experiencia—. Pues seguro que estarás de acuerdo conmigo en que el Majestic necesita un cambio, algo sorprendente, y que eso atraiga la atención de los medios.

—Estoy totalmente de acuerdo. ¿Qué tienes en mente?

—Un nuevo chef para La Cascada.

Andrea se removió sobre la silla.

—El Sr. Lester es toda una institución…

—Lo sé, pero creo que ha llegado la hora de un relevo. Ahora mismo existen tendencias en la gastronomía que no podemos ignorar. Debemos marcar el camino, no fijarnos en lo que hacen los demás.

—Me parece muy valiente.

—Sé lo que estás pensando. Seguro que Jack tiene algo que decir.

Un joven camarero acudió presto a servir más agua.

—Me has leído la mente. A él le encanta Lester.

—Se lo sabré vender —dijo Sally, confiada en lo fuerte de su

posición.

—Vaya, mira quién viene por ahí —Andrea miraba hacia la entrada, donde Brandon hablaba con el «hostess». Vestía con una camisa blanca y un chaleco de lana. El corazón empezó a latirle más deprisa. Andrea pensaba que era demasiado guapo y demasiado joven para ella, pues le sacaba unos diez años a Brandon.

Al percatarse de la presencia de Sally y Andrea, Brandon se acercó a la mesa mostrando la mejor de las sonrisas. Las saludó con entusiasmo y Sally le pidió que se sentara con ellas. A decir verdad, no había dispuesto de oportunidades para conocerle, y era importante al tratarse de la mano derecha de Jack. Le costó no mirar a Andrea y atisbar un centelleo en sus ojos. Recordó el suspiro discreto que ella había dejado escapar en la fiesta. Era evidente que Andrea sentía algo por Brandon. ¿Y él, sentía algo por ella?

—Llevo toda la mañana mirando la pantalla del ordenador. Veo números y tablas por todas partes —Brandon tomó asiento y un camarero le colocó enseguida los cubiertos y la servilleta. Para beber se pidió una cerveza sin alcohol.

—No envidio nada tu puesto de trabajo. Para los números soy una negada —Andrea cruzó las piernas y jugueteó nerviosamente con las pulseras.

—A mí encantan. Son divertidos, aunque en pequeñas dosis. Hoy me quedaré hasta tarde. Mañana tengo reunión con Jack para presentarle las cuentas y es de los que revisan todo hasta el último detalle. Le gusta estar encima de todo.

«Igual que yo», pensó ella.

—Espero que esté todo en orden —dijo Sally, pensando en que necesitaba a un Jack libre de preocupaciones para que ella pudiera desvelarle su deseo de relevar al jefe de cocina.

—¡Pues yo me marcho! —exclamó Andrea bruscamente, poniéndose de pie, haciendo tambalear la mesa. Sally y Brandon se quedaron petrificados—. Perdón por el susto, yo también tengo trabajo que hacer y no quiero que se me haga tarde.

—Quédate un poco más —dijo Brandon.

—No, gracias.

—Está bien, como quieras… Andrea —dijo Sally, desconcertada—. Aún te queda comida en el plato. ¿No vas a tomar postre?

—No, gracias. Ya no tengo apetito. Luego nos vemos.

—Adiós, Andrea —dijo Brandon esperando que ella le contestase, pero ella solo hizo un gesto inexpresivo con la cabeza.

Brandon, a su pesar, observó alejarse a Andrea. Pensó lo que sospechaba desde un principio: desde que la conociera hace un año él no le caía bien.

Capítulo 12

El interior del Lincoln Center era imponente, empezando por el techo que se asemejaba a un cielo nocturno inabarcable. Después, por la inmensidad del escenario, austero pero profundo. La platea era un océano de asientos confortables capaz de albergar a cientos de personas, aunque los mejores asientos se ubicaban en el palco. Desde allí se observaban las caras de los bailarines y la definición de sus maravillosos cuerpos de atletas. Se movían con la elegancia de las plumas flotando en el aire.

Angela se agarró entusiasmada al brazo de su nieto cuando la primera bailarina interpretó un maravilloso «adagio» al ritmo de una música exquisita. Todo el público estaba en silencio sepulcral, conmovido por la emoción que desprendía cada uno de sus saltos y piruetas.

—Esta rusa de nombre impronunciable es magnífica —susurró Angela a Jack.

—Te lo dije. Su fama le precede —dijo también susurrando.

Al poco, llegó el intermedio y el público salió a tomar una copa, fumar, o simplemente charlar. Angela seguía aferrada al brazo de su nieto, deseosa de presumir ante todo el mundo de su juventud y gallardía. Intercambiaron impresiones sobre El cascanueces con los demás asistentes, algunos viejos conocidos de asistir a otras obras de ballet. Angela y Jack no desentonaban en medio de trajes de etiqueta, vestidos brillantes y expresiones comedidas. Eso sí, Jack esta vez había renunciado a sus chaquetas de colores vivos por algo más formal.

Sabía que a su abuela le gustaba más lo clásico.

—Gracias por traerme, Jack. Lo estoy disfrutando como una niña.

Él le dio unos golpecitos cariñosos en la mano.

—No hay nada que agradecer, abuela. A mí también me gusta desde pequeño. Recuerdo que entonces eras tú la que me traía.

—Sí, sí, me acuerdo como si fuera ayer. Por suerte mi memoria es como la de un elefante. No me puedo quejar. ¿Te acuerdas de Marjorie?

—Claro que sí.

—Tiene principio de Alzheimer.

—Eso es muy triste.

Ambos llegaron hasta unos ventanales desde donde se observaban las célebres fuentes de la plaza. Había personas paseando alegremente, pese al frescor de la noche.

—¿Y Sally? —preguntó su abuela.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Cómo le está yendo? No la veo desde la fiesta.

—Bien, se dedica en cuerpo y alma al hotel y eso me encanta. Hace un buen equipo con Andrea.

Angela se quitó una pelusa de su vestido.

—Sally es una mujer especial, muy competente. Estoy convencida de que triunfará.

—Ya veo que eres su fan número uno.

—¿Está soltera? —preguntó con aire inocente.

—Abuela… —Jack adivinó la intención de su querida abuela. A decir verdad, se veía a kilómetros de distancia.

—Solo he hecho una pregunta. Nada más.

—Que yo sepa, no tiene ninguna relación estable —dijo recordando el beso con cierta nostalgia. Evocó la sorpresa, el calor y el ritmo desbocado de su corazón. Si le desvelaba a su abuela aquel mágico instante se le iba a disparar la alegría y la tensión. Estaba deseando verle sentar la cabeza de una vez.

—Una mujer como ella llama la atención constantemente. Seguro que alguno intentará hacer algo tarde o temprano.

—Personalmente me irrita. Es muy testaruda. Siempre quiere tener razón.

—Oh, vamos, lo dices como si fuera un defecto tremendo. Para llegar hasta donde ella ha llegado seguro que ha tenido que pelear mucho. Nadie regala nada. Fíjate en tu abuelo. Trabajaba desde que salía al sol hasta que se ponía. ¿Quieres que te cuente un pequeño secreto de él?

Intrigado, Jack asintió con la cabeza.

—Él odiaba el ballet —Angela se echó a reír ligeramente.

—¿Cómo? Pero si no faltaba cada sábado.

—Lo hacía por mí. Era un hombre maravilloso —dijo con la mirada brillante—. Dispuesto a todo para complacerme. Casarme ha sido lo mejor que he hecho en mi vida. Entre otras cosas, porque si no hubiera sido así, no te hubiera tenido como nieto.

Jack le regaló un cariñoso beso en la mejilla. Su abuela deseaba que él fuera feliz y eso le emocionaba.

Una vez que finalizó el ballet y dejó a su abuela en casa, Jack se quedó pensativo mientras conducía de regreso a su apartamento. Las calles de Nueva York continuaban bullendo de actividad. El glorioso Empire State lucía en lo más alto un disfraz de luz de varios colores, el rojo y el amarillo.

# #

Sally llegaba tarde a su cita con Tony en Central Park. Le había parecido una excelente idea verse en un entorno diferente, lejos de la formalidad de un despacho. Además, y este es un dato que obvió mencionar a propósito, prefería que su encuentro fuera lejos del radar de Jack, por si acaso le preguntaba por él. Con una chaqueta doble abotonada color antracita, la melena al viento y unos zapatos negros, fue caminando en medio del aire melancólico que desprendían los árboles en otoño. Se cruzaba con gente que paseaba deliciosamente o simplemente leía un libro sentada en un banco. Era una mañana fría pero el sol alumbraba con fuerza. Se acordó de pasarse por la casa de sus padres para recoger unos de sus abrigos favoritos.

Volvió a mirar su reloj y para amortiguar la impaciencia de Tony, le envió un mensaje al teléfono diciendo que estaba a punto de llegar. Aceleró el paso mientras notaba un hormigueo por la espina dorsal. Hacía dos años que no veía a Tony, justo después de que abandonara el hotel Latham, donde trabajaba como jefa de recepcionistas. Por lo que había averiguado discretamente gracias a Andrea, continuaba en el mismo puesto de siempre. Tony era de un pueblo de Dakota del Sur, pero neoyorkino de adopción.

Lo distinguió al verle a lo lejos, alto, fuerte y con el pelo oscuro rapado a lo mohicano teñido de rubio platino. Estaba de pie con los brazos cruzados mirando la primorosa fuente de Bethesda, en cuyo borde la gente se sentaba para descansar o sacarse una fotografía. Vestía con una chaqueta de cuero negra y unos pantalones vaqueros. «Tony siempre fiel a su estilo rebelde», pensó. Al verla, él abrió los brazos y sonrió cálidamente. Se abrazaron y se contemplaron uno al

otro durante unos segundos.

—Sally, ya era hora de que me llamaras. Te he echado de menos —dijo tomándola por los brazos—. Estás tan guapa como siempre.

—Gracias, siempre tan adulador. Me encanta tu pelo. Está lleno de «glamour» —replicó ella con una sonrisa entre dientes.

—Me apetecía un cambio, ya sabes. ¿Tomamos algo?

—Si no te importa prefiero caminar. Me espera un día de varias reuniones y me viene bien estirar las piernas.

—Vaya con la nueva directora del Majestic… Es increíble el salto que has dado en tan poco tiempo. Tienes que estar muy orgullosa de ti misma… y tan joven.

—No me puedo quejar, Tony.

Pasearon por la orilla del lago, con las barcas de remos deslizándose sigilosamente de un lado a otro. Los pasajeros eran parejas o familias dispuestas a una experiencia diferente.

—Te fuiste tan de repente del Latham que no tuve tiempo ni de despedirme. A los pocos días me dijeron que estabas en Francia.

Cuando decidió quedar con Tony supuso que, inevitablemente, el pasado saldría a relucir. Por suerte, emocionalmente había disfrutado de tiempo para mentalizarse.

—Necesitaba un cambio de aires. El ambiente allí se volvió tóxico de repente.

Tony se detuvo y frunció el ceño, extrañado. Le habían llegado rumores de los motivos de Sally para marcharse, pero siempre quiso comprobarlos.

—¿Qué pasó?

—Tuve una discusión con Thomas. Dimití ese mismo día —Sally estaba deseando cambiar de tema. No podía culparle, ya que era normal su curiosidad.

—¿Por una discusión?

—Olvídalo. Fue hace dos años —dijo ajustándose la correa del bolso y continuando con el paseo—. Quiero pasar página. Para mí el Latham es ya historia. Majestic es el presente y por eso quería verte. Quiero que seas el nuevo chef.

Tony parpadeó. A decir verdad, no se esperaba la oferta. Pensaba que solo se trataba de verse con una vieja amiga de la que sabía poco de su vida últimamente.

—No sé qué decir. De momento estoy a gusto en el Latham.

—Por ese mismo. Te conozco, Tony, te hace falta un nuevo reto, algo diferente y especial. Quiero que me ayudes a poner de moda otra vez La Cascada. Necesito tu talento y profesionalidad —Sally hablaba con convicción. Más que la directora de un hotel parecía una empresaria—. Tendrás poder para elegir el estilo que quieras y traerte un par de personas del Latham, si es lo que quieres.

—El Grand Majestic… —dijo Tony como si soñara en voz alta.

—Es hora de un cambio. ¿Cuánto tiempo llevas en el Latham? ¿Diez años?

Tony asintió. Se le había ocurrido más de una vez cambiar de aires, pero Thomas siempre le acababa convenciendo con una interesante subida de sueldo. Se sentía valorado, pero ¿era eso motivo suficiente para trabajar allí hasta su jubilación?

Sally golpeó amistosamente el hombro de Tony.

—Venga, anímate. ¿Alguna vez has visto su cocina?

—No, por desgracia.

—Es gigantesca y con muchos años de historia. Te encantará. Te veo allí probando tus famosas salsas… Te prometo que no te arrepentirás.

Tony caminó con gesto pensativo, así que Sally no insistió más. Se limitó a que sus palabras cristalizaran en su mente como fuegos artificiales. Él debía salir de su zona de confort para plantearse iniciar algo extraordinario desde el principio. La responsabilidad sería mayor que en su actual hotel.

—¿Cuándo empezaría?

—En un par de semanas, pero puedo esperarte un poco más si me lo pides. Tony, eres el primero de la lista —dijo Sally cruzando los dedos dentro del bolsillo de su abrigo, ya que se trataba de una mentira piadosa. En realidad, era el único.

—No voy a negarte que estoy tentado, Sally. Pero voy a necesitar un par de días para pensármelo. Para mí el Latham es como mi familia.

—Está bien, consúltalo con la almohada —Sally pensó de que al menos no había recibido una negativa rotunda—. Tienes mi número. Llámame cuando hayas tomado una decisión.

Capítulo 13

Andrea estuvo muy callada durante la mañana, lo cual no era de extrañar puesto que su mente estaba en otro sitio. Al finalizar la jornada tenía una cita con un hombre al que había contactado en una aplicación del teléfono. Era la primera vez que se atrevía a una especie de cita a ciegas, pues en realidad estaba al tanto de los rasgos faciales pero en modo alguno lo conocía. Se habían intercambiado algunos mensajes para romper el hielo durante un par de días hasta que Tim propuso que se citaran, espontáneamente sin esperar a más rodeos. Ella dijo sí de inmediato. Su última relación había acabado de forma dolorosa, dos años atrás, cuando descubrió a su novio acostándose con otro hombre. Le dolió el engaño tanto como no percatarse de la orientación sexual de Robert. Sufrió durante un tiempo hasta que empezó a preguntarse si quería seguir viviendo amargada el resto de su vida. Pensó que ya era hora de dejar atrás el duelo y atreverse con una nueva relación que le hiciera soñar con un luminoso amor. Es cierto que se ilusionó con Brandon, pero debía admitir que estaba fuera de su alcance. Probablemente saldría con modelos.

Al llegar con antelación, Andrea tomó asiento en uno de los bancos de Union Square. Sacó el paquete de tabaco y un mechero esperando que el chute de nicotina calmara sus rodillas temblorosas. Justo delante de ella un grupo de perros jugueteaban en un área exclusiva. Pensó que en las citas con desconocidos había algo de locura que no acababa de comprender. Era como una especie de juego donde se procuraba mostrar y ocultar al mismo tiempo. No se sentía preparada

del todo. Además, todas sus relaciones se habían iniciado conociendo de antemano a su pareja. Luego se preguntó que adónde le había llevado esa estrategia. «Quizá necesite un cambio», admitió.

Puntual como un reloj suizo, Andrea cruzó el umbral del bar donde había quedado, con suerte, con el futuro padre de sus hijos. Se agarraba a la correa del bolso para descargar los nervios que le invadían por completo. Paseó la mirada por el local. No era un sitio especial, aunque había conocido peores. La música provenía de un televisor donde emitían vídeos musicales. En un rincón, un par de jóvenes jugaban al billar mientras tomaban unas cervezas. Las paredes eran de ladrillo rojo, lo que le daba un aire moderno. «¿Por qué habrá quedado aquí?».

Sentado en una mesa negra, pequeña y rectangular esperaba Tim. Para su sorpresa, su aspecto físico era fiel a la fotografía, lo que le hizo ganar puntos, así, nada más empezar. Bebía una Coca-Cola en vaso.

—¿Tim? —preguntó.

El hombre alzó la vista y sonrió.

—¡Andrea! Encantado de conocerte —se estrecharon la mano y ella tomó asiento, dejando el bolso colgando del respaldo de la silla. Antes de sentarse se maldijo por no acordarse de tomar un chicle de menta por si acaso olía a tabaco.

Andrea calculó que rondaría su misma edad. En sus ojos refulgía una cierta calidez que le hizo sentir cómoda.

—Es la primera vez que quedo con alguien con solo intercambiar un par de mensajes —dijo Tim, atropelladamente. Sin darse cuenta, jugueteaba con la botella del refresco—. ¿Quieres tomar algo?

—Sí, una jarra de vodka.

Tim abrió los ojos, espeluznado.

—Es broma, es broma —se apresuró a aclarar—. Me conformo con una manzanilla.

—Menos mal —dijo con gran alivio.

A los pocos segundos, el corazón de Sally sufrió un sobresalto. Al otro lado de la sala, cerca de la ventana, estaba Brandon sentado en una mesa, en frente de una chica pelirroja, esbelta y de nariz respingona. Brandon posaba una mano sobre la de ella a la vez que sonreía.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Tim—. Parece que has visto un fantasma.

—¿Eh? No, no, perdona. Me estaba acordando de algo del trabajo que no he terminado. Mañana me espera una buena regañina de mi jefa —Andrea miraba de reojo a Brandon. Quería concentrarse en su cita, pero Brandon cerca de ella le agitaba todos los sentidos.

—Espero que no sea muy grave —dijo Tim, comprensivo.

—¿Eh? No, está bien —Andrea incomprensiblemente empezó a sudar. Era una mezcla de celos, rabia y frustración.

El camarero sirvió la manzanilla y ella pensó que le vendría bien para distraerse, pero estaba ardiendo. Sintió que empezaba a marearse. Le estaban sucediendo demasiadas cosas al mismo tiempo, por lo que pensó desesperadamente que necesitaba un breve receso.

—Perdona, voy un momento al servicio —dijo levantándose con apremio—. Es una emergencia.

—Oh, no te preocupes.

En el baño, Andrea deseaba mojarse la cara a modo de método para centrarse en Tim, pero temió que se le difuminara el maquillaje, así que solo apoyó las manos en el lavabo y se miró al espejo.

—No seas patética. Tienes que olvidar a Brandon. No estés celosa. Ese hombre no es para ti —se dijo como si fuera un mantra.

Al salir del servicio, se tropezó precisamente con Brandon. Estaba guapísimo con un jersey canela por cuyo cuello asomaba una camisa blanca. Llevaba una barba de tres días. El aire se llenó del perfume de él y Andrea sintió que se estremecía.

—Andrea, qué casualidad —dijo Brandon.

—Pues sí. No te he visto antes —titubeó ella, maldiciendo su escasa locuacidad.

—¿Es ese tu novio?

—¿Quién? —preguntó, extrañada.

—Ese hombre que bebe una Coca-Cola. Os he visto juntos y no querría interrumpir.

—Sí, es mi novio —dijo sin pensarlo—. ¿Por qué? ¿Pasa algo?

Brandon alzó las manos a la defensiva. Andrea siempre era tan encantadora, tan especial, con esa mirada curiosa e inocente a la vez.

—No, por Dios. No pasa nada. Solo preguntaba porque me he puesto celoso.

—¿Celoso? ¿Pero tú no estás con una pelirroja despampanante?

Él se percató de que le había visto con anterioridad.

—¡No! —exclamó entre risas—. Es mi hermana.

Andrea, colmada de alegría, sintió que flotaba sobre una pradera. Entonces sus miradas conectaron por un segundo y, de golpe, se formó un silencio. Ninguno de los dos se movía. El aire se volvió tenso, peligroso. Andrea tragó saliva.

Brandon inclinó la cabeza y la besó en la boca tomándola por la cintura, palpando su vibrante cuerpo. Había algo muy sensual en la manera en que se dejó besar, sorprendida, presa del arrebato. La saboreó por completo llenándose de la urgencia por poseerla. Los brazos de ella colgaban hasta que poco a poco se posaron en su pecho.

Al terminar de besarla, Brandon se quedó mirándola mientras ella dejó escapar un suspiro. Andrea sentía una mezcla de desconcierto y

duda. Él la liberó sintiéndose culpable.

—Perdona, Andrea… Tienes novio. No sé lo que he hecho —por un momento Brandon había volado surcando el cielo pero el aterrizaje estaba siendo desastroso y cruel. Las emociones bullían bajo su piel, imparables.

Antes de que Andrea, aún con un nudo en la garganta, pudiera decir algo, él se marchó apresuradamente.

# #

—No te arrepentirás, Tony. Bienvenido a bordo —dijo Sally al teléfono, sentada a su escritorio. Después de colgar, su desbordante alegría le hizo agitar un puño en el aire. Pensó en apoyar los pies sobre la mesa, pero esta vez lo dejó para más adelante. Antes de nada debía avisar a Jack de la nueva contratación para La cascada. Su ventaja era que, al esperarse algún tipo de confrontación, se llenó de argumentos para derribar sus opiniones una a una. Sally sabía que ella contaba con una posición sólida para influirle, aunque al ser el dueño, él siempre podía negarse a cualquier petición.

Llamó a su secretaria para preguntarle si se encontraba en su despacho. Al obtener una respuesta afirmativa se le pasó por la cabeza pedirle una cita, aunque enseguida cambió de opinión. Se plantaría en su despacho sin más a contarle la noticia. Antes de colgar le pidió a la secretaria que no le mencionara su llamada. Se levantó de la mesa y se detuvo un momento en el baño privado, donde se atusó la melena oscura y se cuidó de estar presentable.

Hacía un par de días que no veía a Jack en el hotel y empezaba a echarle de manos, aunque jamás se lo reconocería en persona. Su viril presencia, sus mechones rubios, sus americanas coloridas y sus ojos del azul del cielo eran como un soplo de aire fresco y revitalizador. Le estaba resultando más complicado de lo que pensaba el separar el trabajo de lo personal. No podía engañarse. Era un riesgo con el que contaba al aceptar la propuesta de Jack. Pensó que podía sobreponerse, anudar sus emociones pero su magnetismo era avasallador. Irradiaba una fuerza sobrenatural que costaba ignorar.

Saludó con cortesía a su secretaria, una señora mayor algo seria, e irrumpió en su despacho de la misma irritante manera que él tenía por costumbre. Abriendo la puerta sin llamar. Sentado en el sofá repasando unos documentos, Jack soltó un divertido respingo. Un par de hojas cayeron al suelo. Sally se mordió los labios para contener la risa.

—¡Maldita sea! —exclamó Jack fulminando con la mirada. Abrió la boca para reprocharle su manera de entrar, pero Sally le retó en

actitud desafiante, con los brazos cruzados. Entonces se percató que sería contradictorio, dado que era una peculiaridad suya la de entrar sin llamar—. ¿Qué quieres?

—Vaya, ¿no estamos de buen humor, eh?

—Sally, tengo una mañana muy liada —gruñó al tiempo que recogía los papeles del suelo.

—He contratado a un nuevo chef para La Cascada. Se llama Tony Hernández y trabajaba en el Latham. Es joven y con enorme talento, justo lo que necesitamos —al pronunciar su última palabra, notó la rigidez apoderándose de su cuerpo, preparándose para la reacción de Jack.

—Está bien. Confío en ti. Espero que sepas lo que haces.

Sally levantó las cejas, sorprendida.

—¿Y ya está?

—Claro, ¿qué esperabas? —Jack se puso de pie. Llevaba una chaqueta color turquesa con coderas que iluminaba su rostro, pantalones chinos y un cinturón de piel. Por dentro le divertía confundir a Sally. Seguramente ella se esperaba que él se opusiera a la contratación de un chef.

—Nada —dijo, aún no convencida del todo.

—Eso sí. Tendrás que decirle al Sr. Lester que está despedido.

«Ajá. Esa es su pequeña venganza», se dijo, pero le pareció que era justo. No iba a ser un plato de buen gusto, desde luego. Se sentiría fatal por prescindir de toda una institución del Majestic.

—Ya veo…

—¿Algo más? —preguntó Jack, cortante.

—¿Por qué estás de mal humor?

—¿Yo? En absoluto. Solo estoy ocupado. Hablaremos más tarde.

Al salir, Sally se quedó pensativa mientras regresaba a su despacho. De alguna manera, Jack había dicho la última palabra. No solo no se había negado, sino que además parecía estar de acuerdo. Sin duda, a solas, él se regocijaba de su victoria. Toda la responsabilidad ahora estaba sobre los hombros de Sally.

Horas más tarde, Andrea y ella caminaban por la acera que rodeaba al hotel, pues habían decidido almorzar juntas en un restaurante chino no muy lejos de allí. Andrea había oído hablar maravillas y deseaba conocerlo, además era agradable cambiar de escenario de vez en cuando. Después volverían al despacho para preparar la fiesta de reinauguración de La Cascada.

Charlaban tranquilamente cuando Sally vio acercarse a Thomas de frente. Su primera reacción fue de alarma pero, gracias a que Andrea le acompañaba, se sintió aliviada. Thomas se acercaba a grandes zancadas, no disponía de tiempo para cambiar de acera, así que se preparó para el enfrentamiento. Sally se detuvo, causando que Andrea

se detuviera también, extrañada.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —La mirada de Thomas era fría como un témpano de hielo.

—No quiero hablar contigo —Sally tomó del brazo a Andrea para que ambas siguieran caminando rodeándole, pero Thomas no se iba a rendir tan fácilmente. Sin perder la compostura, pues estaban en un lugar público a la luz del día, les adelantó y se colocó frente a ellas.

—Me quitas a mi chef, así como así. ¿Cómo te atreves? ¿Es una especie de venganza?

Sally no quiso decir nada para no aumentar la tensión. Andrea seguía asustada, sin saber cómo reaccionar. Los rasgos faciales del hombre le sonaban vagamente, aunque no lo lograba ubicar.

—Mejor cojamos un taxi —dijo Sally, al ver que Thomas no iba a dejarla en paz.

—¿Adónde crees que vas? Solo quiero hablar contigo.

Andrea alzó la mano justo cuando pasaba uno, sin embargo, Thomas al ver que se escapaban agarró el brazo de Sally. La situación se volvió más tensa. Esta vez no iba a permitir que la amedrentase. Sin pensarlo dos veces, le soltó un bofetón. Thomas no se movió, escupiendo fuego con la mirada. Andrea se quedó con la boca abierta, pero Sally la empujó hacia el taxi, que esperaba con el motor en marcha y el taxista con turbante, impaciente.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó Andrea.

—Es mi antiguo jefe. Un capullo.

Capítulo 14

A eso de las once de la noche, Sally llegó en taxi al portal de la casa de sus padres. Deseó que todos estuvieran dormidos para no despertarles, coger su abrigo y marcharse sin hacer ruido. Así pues, metió la llave en la puerta, le dio un par de vueltas y abrió la puerta sigilosamente.

Dentro de la casa hacía bastante calor, pues sintió la calidez apoderarse de su cuerpo inmediatamente. Desde la cocina le llegó el olor de la cena y creyó distinguir un ligero aroma a pescado y cebolla. Su estómago rugió a causa del hambre. Había pospuesto la cena hasta volver a su habitación en el Majestic para pedir algo al «Room Service».

Vio a su padre sentado a la mesa del salón escribiendo en un portátil con la única luz de una lámpara. Alrededor no había más que penumbra. Le observó detenerse un instante con aire pensativo, como buscando inspiración, para tomar un sorbo de una copa de brandy.

—Papá… —dijo Sally en voz baja.

Paul Green giró la cabeza, alarmado. Estuvo a punto de escupir el alcohol al descubrir a su hija, aunque, con una mano en el pecho, se contuvo. Se recobró enseguida del susto.

—Perdón, pensé que estaríais durmiendo… —dijo ella.

—No te preocupes —Sonriendo, su padre se levantó de la silla con una sonrisa amplia y ambos se fundieron en un tierno abrazo.

—No sabía que ibas a venir. Te he echado de menos, cariño.

Sintió cómo la voz grave de su padre la mecía como dentro de una

burbuja inmune al paso del tiempo.

—Yo también. ¿Escribes tan tarde?

En la pantalla del ordenador, sobre un fondo blanco, se observaba una serie de largos párrafos ocupando toda la pantalla.

—Ya sabes, estoy con mi libro sobre el Green House.

—¿Lo vas a publicar?

—No lo sé, acabo de empezar. Cuando termine se lo enviaré a alguna editorial, a ver qué me dicen. Quiero también publicar una serie de fotografías, en la mitad del libro —Los ojos de su padre centelleaban de ilusión—. A ver si Linda y tú me ayudáis a escoger. Hay cientos y cientos.

Sally acarició la mejilla de su padre y él sonrió, acentuando las arrugas de su rostro. Estaba muerta de cansancio, pero su padre era su debilidad, así que merecía la pena estar cada minuto a su lado. Se alegró de que dispusieran de ese pequeño tiempo para los dos solos. Cuando trabajaba en el restaurante era difícil pasar tiempo con él.

—¿Qué te parece ahora?

—¡Fantástico! —exclamó elevando la voz, aunque luego hizo un mohín arrepintiéndose, por si eso despertaba a su mujer y a Linda.

—Antes de que se me olvide, estáis invitados a la inauguración del nuevo La Cascada. Va a ser una fiesta por todo lo alto.

—¿Ah, sí? Pues no nos lo perderemos —dijo su padre mientras tomaba un álbum de fotos de la repisa para colocarlo sobre la mesa. Sally y él se sentaron, dispuestos a hurgar en el pasado de la familia. Enseguida reconoció el álbum era de tapas duras, de color esmeralda con ribetes blancos. Cuando era adolescente, más de una vez lo había hojeado sentada en el salón.

La primera foto que su padre le mostró fue la de la antigua fachada del restaurante, el día de la inauguración. La juventud de sus padres destacaba por encima de todo. El pelo abundante de su padre y un bigote pintoresco, la melena lisa de su madre que caía en cascada, sus caras radiantes y orgullosas por posar frente a su propio negocio… Catherine llevaba a Linda en brazos, con apenas un año. Mientras que su padre apoyaba las manos en los hombros de Sally, vestida con falda y un coqueto lazo sobre la cabeza. Detrás de ellos, por encima, lucía el rótulo, austero pero sólido.

—¿Qué recuerdas de aquel día? —preguntó su padre.

—Recuerdo que estaba el restaurante lleno de vecinos y que no podía dar un paso sin tropezarme con nadie. Mamá se sentó en un rincón con Linda, a darle el biberón.

—Sí, vino mucha gente. Yo recuerdo que nos quedamos sin ingredientes ni bebidas en apenas un par de horas. No esperaba que todo el barrio fuera a acudir a la inauguración.

En la siguiente fotografía, los cuatro cenaban en una de las mesas

del rincón, que estaba repleta de botellas y vasos. Linda, por el motivo que fuese, lloraba a moco tendido y era consolada por su hermana. Su padre, sonriente, servía a su madre de una botella de vino. Sobre las paredes había colgada una decoración navideña.

—¿Quién tomó la foto? —preguntó Sally.

—Pues debió ser uno de los camareros. Ya no me acuerdo de quién exactamente. Lo que sí me acuerdo es que aquel día era un domingo que cerramos, y solo lo abrimos para los camareros, los cocineros y nosotros. Fue un día entrañable, recuerdo que te metiste en la cocina para preparar una tortilla francesa. ¿Te acuerdas de Vasily?

—Claro que sí —Vasily era un amor de hombre, recordó ella. Un hombre obeso, de cejas pobladas, que había nacido en Polonia. Nunca había tenido hijas, por lo que a su hermana y a ella las trató como si fueran sus sobrinas. Seguramente aparecería en el álbum más adelante.

—Lo que daría por revivir uno de esos días. Éramos tan jóvenes. Cómo se va la vida en un abrir y cerrar de ojos, Sally. No deja de sorprenderme. Todo parece que fue ayer. Vosotras, tan pequeñas e inocentes, y tu madre y yo cargados de ilusiones y proyectos. Sin lugar a dudas, fue la época más feliz de mi vida —sorprendentemente para Sally, una lágrima se deslizó por la mejilla de su padre y al verle tan vulnerable a ella se le hizo un nudo en la garganta. Posó su mano sobre el antebrazo de él, y su padre la palmeó con cariño—. Por eso estoy escribiendo este libro para que todo eso no se olvide.

—Eso nunca se olvidará, papá. Siempre lo llevaremos muy dentro de nosotras. Te lo prometo.

—Gracias, hija. Eso espero —Paul se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

Sally se inclinó para abrazar a su padre en medio de la quietud de la noche.

# #

Después de dejar la casa de sus padres, Sally tomó un taxi de regreso al hotel con el abrigo en una bolsa. Era de madrugada y soplaba un viento helado por las calles, aunque en el interior del taxi corría la calefacción a tope. La conversación con su padre la había dejado con una cierta melancolía burbujeando constantemente. Había logrado perturbarle el ánimo y ahora se sentía sola. Al igual que a su padre, le hubiera gustado retroceder en el tiempo y revivir la época en que los cuatro formaban una familia todo el tiempo.

Nadie tenía la culpa más que ella, pensó, dado que siempre había antepuesto su carrera profesional por encima de todo. Por primera vez

no deseaba regresar a su habitación para refugiarse en ella a solas. Estaba convencida de que ese aislamiento la hundiría aquella noche. Odió a su padre por contagiarle su súbita nostalgia.

Sacó el teléfono del bolso y buscó el contacto de Jack. Respiró profundamente pues no estaba del todo convencida de lo que deseaba hacer. Era demasiado tarde para llamarle. Miró por la ventanilla como si en alguna parte de la calle descubriría la respuesta. Entonces tecleó un mensaje: «¿Estás despierto? Necesito hablar contigo». Lo envió. Si no respondía, siempre podía excusarse en que se había equivocado de contacto.

Sin darse cuenta, empezó a mover el pie derecho, nerviosa. Sostenía el móvil mirando la pantalla con ansia. Pasó un minuto y no ocurrió nada. Jack debía estar durmiendo. Enviarle el mensaje había sido una estupidez.

Entonces su teléfono vibró y emitió un pitido de aviso. La respuesta de Jack aguardaba. Probablemente el mensaje lo había despertado. No fue necesario desbloquear la pantalla para leerlo. Era escueto pero significativo. «Cuando quieras». Sintió una oleada de nervios, pues ya no había vuelta atrás. «Voy a tu casa», replicó ella y, al segundo, llegó su respuesta «Vale».

—Cambio de planes. Vamos ahora a la Séptima Avenida —dijo inclinándose hacia el conductor.

—Como quiera —dijo el taxista.

Al cabo de unos minutos, Sally se encontraba caminado hacia el portal del edificio. El portero de noche le abrió con aire somnoliento pero con cortesía. Sin duda, Jack le había anunciado su llegada. Mientras subía sola en el ascensor se atusó el pelo frente al espejo y se humedeció los labios. Solo con pensar en Jack, notaba cómo su corazón aumentaba el ritmo poco a poco y cómo su cuerpo empezaba a estremecerse. Esta noche anhelaba que él le hiciera el amor salvajemente. Habían esperado demasiado tiempo.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, allí estaba él, ataviado con una bata de seda, pero abierta, dejando entrever su torso esculpido por los ángeles. Llevaba un bóxer ceñido, de la marca Calvin Klein. Sus mechones rubios se mostraban algo revueltos pero su pelo seguía siendo fabuloso. Una imagen erótica para enmarcar el resto de su vida.

—¿Ocurre algo grave? —preguntó con la voz aún arañada por el sueño.

—Cállate y llévame a la cama —Sally se abalanzó sobre él sintiendo que se desgarraba por dentro, tirando al suelo el bolso y la bolsa con el abrigo. Jack abrió los ojos, dio un paso atrás, sorprendido. Su educación siempre se había basado en la dignidad y la compostura.

—Si crees que puedes venir a mi casa cuando te dé la gana y decirme lo que tengo que hacer… —dijo con voz avinagrada, frunciendo el ceño, al tiempo que de la mirada de Sally nacían llamaradas—. Estás en lo cierto.

Sus manos se hundieron en su melena oscura mientras la devoraba en un beso lujurioso, dejando que la pasión encerrada por ella que le quemaba por dentro se liberara con la fuerza de un huracán. La atrajo aún más hacia su pecho, para avivar la pasión. Por su mente un único pensamiento destacaba del resto: poseerla como si fuera lo último que hiciera en su vida.

Sally se aferró a su cuerpo desnudo con las manos abiertas, acariciando tórridamente su piel suave, de terciopelo, al tiempo que la boca de Jack no le daba tregua. Sus lenguas se enroscaban, se frotaban, se necesitaban disparando la libido. Después Jack pasó al cuello mientras que su mano derecha se apoderaba de su trasero para que no se separara ni un milímetro. La quería ahí, a su merced. Ella, con los ojos cerrados, dejó escapar pequeños gemidos sensuales mientras aspiraba el intenso olor de su piel, el olor de un hombre atractivo.

«Al diablo con la decencia y la compostura», pensó él.

Desesperado, Jack la alzó en volandas y enfiló hacia el dormitorio por el largo pasillo. Sally se fue desabotonando la blusa bajo la expectante de mirada de Jack.

—Date prisa —dijo ella con la respiración entrecortada, sumida en una trepidante sucesión de fuertes y rápidos latidos del corazón. Jack aceleró el paso, maldiciendo el disponer de una casa tan espaciosa, ya que se moría de ganas de llegar a su dormitorio.

Al llegar, la luz tenue de la calle se derramaba por la cama matrimonial, desecha, aún con las arrugas de las sábanas. Jack la dejó caer con una mezcla de apremio y delicadeza y él cayó sobre ella, con la fiebre poseyendo su cuerpo, incapaz de pensar en la ternura, solo respondiendo con ansiedad a su sed sexual por Sally. Le arrancó la falda en un par de tirones, luego la blusa y el sujetador.

Sally le despojó de la bata que cubría su esplendorosa musculatura notando un fuego abrasador hirviendo dentro de ella. Su cuerpo estaba revolucionado, moviéndose a un lado y a otro ardientemente, como un animal salvaje. Al fin su urgente necesidad iba a ser colmada.

Las manos de Jack estaban poseídas por el ímpetu de algo desgarrador y vital: presionaban, soltaban, saqueaban… Una parte de él deseaba ofrecer más delicadeza, sin embargo, la pasión sepultaba ese minúsculo pensamiento. Sally no se lo reprochaba, ya que el inmenso placer que le originaba causó que tuviera que cerrar los ojos, como si la sensación fuera tan avasalladora que no perteneciera a este mundo.

Jack notó su aliento abrasador cuando se llenó la boca con los pezones erectos de sus pechos. Sally dejó escapar un ronroneo al tiempo que abrazaba la fornida espalda de Jack. Deseaba que la penetrara de una vez, así que se abrió de piernas. Era excitante cuando la embestía como una máquina perfecta, una y otra vez, sin descanso, buscando la chispa que desencadenaría el éxtasis. Cuando llegó, áspero y penetrante, fue una inolvidable explosión en la noche.

Fue todo tan deprisa y fuerte que Sally necesitaba más, mucho más de Jack Donaldson. Notaba su cuerpo temblando, rogando por otro viaje al infinito y a ella no le importó mostrarse vulnerable porque en ese instante no respondía a su cabeza, sino que estaba rendida a la fuerza de su propio éxtasis.

Jack, entre la penumbra, se deleitaba observando a Sally excitada, con las sensuales curvas de su maravilloso cuerpo, un territorio magnífico, suave, rendido al erotismo. Solo deseaba seguir explorando guiado por una pasión incontrolable por poseerla, por sumergirse en la esencia de Sally, por saborearla, por fundirse con ella como la noche y la luna. Entrelazó sus manos sobre la cama y acrecentó el ritmo hasta que ella gritó su nombre como un arañazo al aire.

Aún con el sonido ahogado de las vibrantes respiraciones, Sally hizo un esfuerzo voraz por colocarse encima de él. Jack la tomó por la cintura, acoplándose, y fue dibujando los frenéticos movimientos buscando el gozo estando dentro de ella, anhelando prolongar los destellos agonizantes y desesperados. Sus ojos quedaron hipnotizados por los movimientos de sus pechos, por los pezones erectos, por la cabeza de ella echada hacia atrás, perdiéndose en la infinita cumbre.

—Sally… —dijo él, invocando con solo su nombre el suntuoso placer que lo llenaba.

Las caderas de ella aumentaron el brío al tiempo que notaba las fuertes manos de él sobre su tibia piel. Jack la vislumbraba en medio de la penumbra, aturdido por su rotunda feminidad. Decidió que quería ahogarse en la exquisitez de una mujer repleta de sensualidad y poder. Como un grito lanzado hacia la profundidad de un valle cargado de bruma, Jack se vació dentro de ella.

Capítulo 15

Las mañanas soleadas son siempre el inicio de un día prometedor. A pesar de la época otoñal que reinaba en la ciudad, el sol proponía sus rayos en medio de un cielo nublado. Parecía más bien un día primaveral. Sally se despertó desnuda bajo las sábanas junto a Jack, que aún dormía. Enseguida se percató de que llegaba tarde al trabajo, pero le costaba un mundo moverse, pues notaba su cuerpo agotado. La orden del cerebro para levantarse no encontraba réplica en sus piernas o brazos. Más bien se decantaban por la quietud, seguramente encantados de que Jack, también desnudo, la abrazara con cariño. Le encantaba que sus mechones rubios cayeran despreocupados sobre su frente. Era un hombre atractivo y joven, en la flor de la vida. «Lo de anoche fue espectacular», pensó ella. Recordó cómo empezó con los recuerdos de infancia, de la familia abriendo el restaurante, y esa mezcla de alegría y nostalgia que le fue consumiendo hasta sentirse terriblemente sola. Intentó una vez más levantarse, pero no pudo, le fue imposible. Su cuerpo le exigía un rato más junto a Jack.

Él fue recobrando la consciencia poco a poco, notando el roce de la melena de Sally, para después percatarse de que la rodeaba con su brazo izquierdo, orientados hacia la ventana. También se quedó quieto. Antes de despertarse oficialmente debía pensar en qué palabras iba a pronunciar. ¿Qué decir después de una noche de tumultuoso sexo? Jack se sentía en las manos de Sally. Había perdido el control, se encontraba en desventaja y era una sensación que odiaba, pero, al mismo tiempo, le fascinaba conocer a alguien como

ella. Había perdido el control y ahora también se sentía confuso. ¿Acaso estaba sintiendo algo más que una simple fascinación? Por primera vez se había acostado con una mujer con la que trabajaba, aquello que siempre le pareció poco ético en los demás, él lo había quebrantado. Antes de que su cerebro especulase más y llegara a aterradoras respuestas, decidió abrir los ojos y empezar a moverse.

—Buenos días —dijo él, besando su hombro desnudo.

—Buenos días —dijo ella girándose parcialmente, sonriendo.

Jack deslizó la mano sobre su brazo mientras que con su otra mano se apoyó sobre la almohada para sostener la cabeza. Sally se giró del todo como si no quisiera romper el calor que formaban entre ambos. Detrás de Jack, sobre la mesilla de noche, yacía la blusa, tirada de cualquier forma.

—Estoy molida —Sally empezó a acariciar el pecho de Jack, suave y fibroso.

—Ha sido una noche muy intensa… —dijo Jack besándole la punta de la nariz. Tenía los ojos radiantes y no cesaba de sonreír.

Sally comenzó a deslizar la mano del pecho hacia el abdomen sin dejar de mirarle. Esperaba un momento más de tensión sexual, sin embargo, para su sorpresa Jack se apartó, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—Sally —masculló ante la mirada atónita de ella—. Seré honesto… No me siento bien con lo que pasó anoche y espero que no se vuelva a repetir. Nuestra relación ha de ser puramente profesional, por el bien de los dos.

—¿Lamentas lo que ha pasado entre nosotros?

Jack guardó silencio, sentándose en el borde de la cama.

—Claro que no, pero no quiero que salgamos lastimados. Siento que me he aprovechado de la situación, de mi puesto en la empresa. No, no es ético y es imperdonable por mi parte.

—He sido yo quien ha venido a tu casa y fui yo la que te dije que nos acostáramos aquella noche de la cena y no quisiste.

—Te quedaste dormida.

Sally no dejaba de mirarle con actitud pensativa. Le enternecía su honestidad y eso hacía que se sintiera aún más atraída. No tardó en gatear por la cama para abrazarle por detrás.

—No te comas la cabeza, Jack. Nos hemos dado un revolcón y eso es todo. Seamos profesionales, podemos serlo, y continuemos trabajando.

—No, no hemos sido profesionales. Ahora ya es tarde para cambiarlo —Jack, frustrado, no dejaba de darle vueltas en su cabeza. Siempre había tenido bien clara la frontera entre trabajo y placer, y fue aparecer Sally Green y esa línea gruesa se difuminó como por arte de magia.

—Anoche no estabas arrepentido. Disfrutaste tanto como yo. Además, ya no puedes hacer nada para volver atrás en el tiempo —dijo Sally.

Jack exhaló un hondo suspiro. En su interior se agitaban las emociones como un torbellino. Estaba de acuerdo con Sally. Ya estaba hecho. Pensó que de alguna forma siempre acababa perdiendo con ella. Él que siempre estaba acostumbrado a ganar en todo. En cuanto sintió el olor de Sally alcanzándole como una bruma, sus pensamientos se arrastraron con torpeza. Bastaba con algo muy leve de ella para trastocar sus esquemas. Miró el reloj de la mesilla de noche y se levantó para ducharse.

—Nos costará pero podemos hacer como si nada hubiera pasado. Somos adultos —dijo Jack, girándose hacia ella.

—Me temo que sí.

—Voy a ducharme. Si quieres, puedes ducharte en el cuarto de invitados.

Sally estaba arrodillada sobre la cama.

—Cerraré con pestillo la puerta por si acaso olvidas de repente que somos adultos —dijo guiñando un ojo.

—En el fondo te encanta provocarme —replicó con una sonrisa entre los dientes.

—No tan en el fondo…

Sally se quedó a solas en el dormitorio al tiempo que oía a Jack abrir el grifo y esperar que saliera el agua caliente. Se le pasó por la cabeza ducharse y desayunar con él, sin embargo, después de la charla seria que habían mantenido, quizá lo mejor era que se aseara en su habitación del Majestic. Se puso de pie para empezar la ardua tarea de buscar su ropa diseminada por el dormitorio.

Mientras tanto, a Jack se le iban apareciendo diversas escenas eróticas de la noche anterior; el majestuoso cuerpo de Sally, sus ojos incendiados de pasión, su voz desgarrada por el puro gozo. Cuanto más deseaba alejarlas, más se resistían en desaparecer. Era una pesadilla. Por un instante deseó que ella se uniera con él en la bañera, pero enseguida sacudió la cabeza, alejando la pecaminosa idea. Había sido la excepción de la regla de no mezclar pasión y trabajo. Si caía una vez más en los brazos de ella, sentiría que su mundo se tambaleaba.

# #

Brandon se pasó la mano por su cabeza pelada mientras estaba sentado en su despacho, a pocos metros del de Jack. El suyo era más pequeño y menos luminoso, pero eso no suponía un impedimento para

desempeñar su trabajo. A veces simplemente bastaba con una mesa, un ordenador y una conexión a internet. A su alrededor las estanterías estaban repletas de libros de contabilidad mezclados con otros de ficción. Miró la hora del ordenador, pasaban diez minutos de las nueve, por lo que dedujo que Jack ya estaría en su despacho. Habían acordado que esa mañana se reunirían para discutir el presupuesto de Excelsior Guest para el año que viene. Aunque Brandon deseaba contarle algo más a su amigo: su relación con Andrea. Por eso no dejaba de removerse en la silla, puesto que ignoraba cómo reaccionaría al ser Andrea prima de Jack.

Desde aquel beso robado cerca de los servicios, se habían visto en varias ocasiones, concretamente en cinco. Y en todas esas ocasiones las citas habían sido inolvidables. Andrea y él habían conectado en diferentes aspectos, tanto intelectual como sexualmente. De ahí que Brandon se sintiera como en una nube, pues después de un considerable tiempo con relaciones superficiales, por fin veía futuro sólido en una mujer. Estaba tan entusiasmado que su imaginación echaba a volar pensando en cómo sería vivir con ella en su apartamento de Tribeca. Por supuesto, no compartía con Andrea sus ocultos deseos puesto que no deseaba que ella se asustara.

Se rio de sí mismo al considerarse un adolescente enamorado. Y es que le había mandado al hotel un fabuloso ramo de rosas y lilium que esperaba fuese de su agrado.

El problema de la relación podía residir en la reacción de Jack cuando se lo dijese. Lo había pospuesto varios días por falta de arrojo, pero estaba decidido. Era mucho mejor que se enterara por él, que no con chismorreos. Guardó los documentos que debían revisar y salió de su despacho mientras procuraba domar su respiración. «En cuanto terminemos la reunión, le diré, como el que no quiere la cosa que estoy saliendo con Andrea y que tengo buenas intenciones. Somos adultos y se lo digo por cortesía», pensó.

Jack se encontraba con un aspecto inmejorable, sentado en el sofá mientras tomaba un café, leía la prensa desde su iPad. Vestía con una americana gris y, como era previsible, no podía faltar el pañuelo blanco sobresaliendo en punta del bolsillo. Al verle entrar sonrió a modo de saludo.

—Me estoy acostando con Andrea —dijo Brandon bruscamente, de pie, apretando la carpeta contra su pecho con ambos brazos.

Jack casi se cae al suelo del susto. Tardó unos segundos en recomponerse, asegurándose que no se había manchado su apreciada americana.

—¿Qué?

Brandon tragó saliva. Su pequeña estrategia había volado por los aires debido al nerviosismo.

—Andrea y yo llevamos cinco citas saliendo —Brandon carraspeó. Ese hubiera sido un buen inicio—. Y me gusta, y creo que también le gusto a ella.

La noticia era impactante para Jack, no solo por novedosa sino porque jamás se lo hubiera imaginado. «¿Cómo he podido pasar por alto un romance así en frente de mis narices?», pensó. Una vez lo asimiló se dio cuenta de que no le gustaba.

—Andrea te saca diez años, Brandon, diez —dijo Jack cruzándose de piernas.

—Igual que mis padres.

—Se divorciaron —replicó.

—Sí, pero se amaron durante muchos años. Ya me gustaría a mí vivir una relación como la que tuvieron ellos.

Era evidente que Jack debía adoptar otro punto de vista si quería convencer a su amigo que salir con su prima era un clamoroso error.

—Andrea es mi prima y tú eres un ligón. Te llevas una chica distinta a tu casa cada sábado. No quiero que la hagas sufrir. Olvídate, ella y tú sois como el agua y el aceite.

—Te prometo que no lo haré —dijo procurando imprimir convicción a sus palabras—. Ella es la definitiva.

—Te lo he oído decir miles de veces. Y siempre encuentras una excusa estúpida para romper con ellas, dejándolas con el corazón destrozado. No quiero que Andrea lo pase mal. No lo ha tenido fácil desde que su marido murió en un accidente de coche.

—Lo sé. Me lo ha dicho. Es una mujer especial.

—Brandon, es una mala idea. ¿De todas las mujeres de Manhattan por qué tenías que fijarte en ella? Es mi prima.

—Cuando estoy con Andrea, noto un hormigueo en la boca del estómago que…

—Somos viejos amigos —interrumpió—, te pido que no salgas más con ella. Déjala ahora que estás a tiempo. Luego será peor. Lo sabes por propia experiencia —Jack levantó el dedo, amenazante.

—No eres su padre y si lo fueras sería una decisión que ella tendría que tomar, no tú. Además, ¿no prefieres que estés con alguien que conoces en vez de un extraño?

—No me vengas con sermones. Quiero proteger a Andrea y tú le vas a hacer mucho daño.

—Esta vez te equivocas. No es como antes. Tengo ya treinta años y he madurado. Se acabaron las borracheras. Quiero sentar la cabeza.

Jack frunció el ceño, molesto porque no conseguía entrarle en razón. Se levantó y colocó los brazos en jarras emitiendo gruñidos, mientras que su amigo no le perdía de vista.

—En la vida he conocido a dos personas tan distintas. No va a funcionar, lo sé —dijo negando con la cabeza, imaginándose a su

prima llorando desconsolada.

—Siempre crees que todo lo sabes, pero no es así. Te equivocas, ya te lo he dicho. Y continuaré viéndola, con o sin tu permiso —Brandon se giró, cruzó el despacho echando humo y se marchó dando un portazo.

Capítulo 16

Gracias a sus expertas dotes de negociación con el departamento de Recursos Humanos, Sally consiguió una excelente indemnización para el veterano chef del Majestic. Se le pagaría el 70% de su sueldo hasta su jubilación. Salomon Lester, al contrario de lo que se esperaba, no opuso ninguna objeción a su retiro, sino más bien al contrario, se mostró agradecido. Ella se felicitó profundamente por no protagonizar una escena llena de tensión.

Aquella mañana, el día de la inauguración del reformado La Cascada, el cocinero se pasó a recoger el cheque y despedirse de todos.

—¿Qué planes tiene para el futuro? —preguntó Sally sentada a la mesa de su despacho.—. ¿Algún viaje con su mujer, quizá?

Salomon hizo una mueca de disgusto y se cruzó de brazos. Parecía por sus gestos que dudaba en contestar. Finalmente agachó la mirada mientras se frotaba las manos contra el pantalón de pana.

—Mi mujer tiene cáncer, se lo han diagnosticado hace unas semanas, así que voy a dedicar todo mi tiempo a cuidarla. Me necesita. Llevamos cuarenta años casados y ella nunca me ha fallado.

Sally se levantó de la mesa y tomó asiento junto al Sr. Lester. Alargó la mano para apoyarla en su antebrazo.

—Cuánto lo siento. ¿Cómo se llama su mujer?

—Donna.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien, dadas las circunstancias —dijo con un hilo de voz—. Ya ha

empezado con la quimioterapia en el Hospital Universitario de Brooklyn. Por suerte, Donna es una mujer fuerte y se lo toma con resignación.

—Si podemos hacer algo, por favor, díganoslo —Sally no se podía ni imaginar lo que el Sr. Lester debía estar sufriendo.

—Gracias, gracias —dijo el cocinero con una media sonrisa.

Por la tarde, empezaron a llegar los invitados, personas vinculadas al mundo de la hostelería, la política y la vida social de Nueva York. El ambiente era de lujo, trajes a medida, vestidos con lentejuelas y perfumes caros. Todos se quedaron con la boca abierta al descubrir el nuevo La cascada. En tiempo récord, las antiguas líneas clásicas y recargadas habían dado a paso a un nuevo diseño más moderno. El blanco predominaba por encima de otros colores, y habían derribado la pared que separaba la cocina del comedor dejando una mampara de cristal. Ahora todos los clientes podían observar a los empleados preparar los platos, lo que añadía un nuevo punto de vista a la experiencia. La carta, por supuesto, también se beneficiaba de las aptitudes del nuevo chef, Tony Hernández. Los tradicionales platos de carne y pescado se habían mutado en platos con influencia japonesa y cocina europea.

Andrea se preocupaba de presentar a Tony a todo el mundo, como si fuera un actor de moda. Era parte de su trabajo, pues necesitaban que se diera a conocer, que los invitados hablasen sobre la suculenta y novedosa comida, que la noticia se propagara por toda la ciudad y de ahí, al resto del mundo.

Sally se había preocupado de que el nombre de Thomas Rudd no apareciera en la lista de invitados, aunque dudaba de que hiciera acto de presencia. Le pareció legítimo que pensara que la contratación de Hernández era una venganza personal, pero en realidad no era así. No eran más que puros negocios. El talento de Tony hablaba por sí solo y nunca hubiera usado el Majestic para sus motivaciones personales. Eso sí, debía admitir que verle enfurecido aquel día le había alegrado.

En un rincón aparte, como si no desearan ser los protagonistas de la velada, Sally y Jack observaban a la gente tomando sendas copas de vino tinto. El duro trabajo ya había sido llevado a cabo, por lo que ahora solo se debía esperar a recoger los frutos pacientemente.

—Ese vestido rojo es deslumbrante. Te queda de maravilla —dijo Jack mirándola de arriba a abajo. Su espléndida figura se remarcaba a la altura de la cadera con un cinturón del mismo color. Lo más llamativo era el juego de transparencias y encaje justo por encima del pecho.

—Gracias. Fue una recomendación de Andrea. Hay una tienda en Canal Street que es maravillosa. Te la recomiendo cuando quieras llevar un vestido —dijo dándole un golpe amistoso en el codo.

Jack se pasó la mano por su abundante cabellera rubia.

—Muy graciosa. Te recomendaré una barbería cuando quieras afeitarte el bigote —replicó.

—¡Oye! ¡Idiota! —exclamó entre divertida e indignada, dándole un puñetazo en el brazo—. Cambiando de tema, quería comentarte que esta mañana el Sr. Lester me contó que su mujer tiene cáncer.

Jack se quedó mirándola, estupefacto.

—Qué pésima noticia. Lo ignoraba. ¿Cómo lo están llevando?

—Con resignación.

—Voy a hacer una cosa. El Sr. Lester se ha dedicado en cuerpo y alma al Majestic, qué menos que ayudarle en todo lo que podamos —Jack se llevó una mano al interior de su chaqueta y sacó su teléfono móvil.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a llamar ahora mismo a un amigo, que es oncólogo, para que los reciba gratuitamente por si les viene bien una segunda opinión. Es el mejor de la ciudad y ha tratado a mucha gente famosa.

A Sally le pareció un gesto noble por parte de Jack, tanto que le llegó al corazón. Mientras él hablaba por teléfono, ella comprobó también el suyo, después de sacarlo del coqueto bolso estilo malla dorada. No tenía mensaje alguno de parte de su familia. Confiaba en que acudirían a la inauguración para desearle suerte, pero por la hora que era todo apuntaba a que no acudirían. Empezó a escribir un mensaje de reproche, pero finalmente lo borró.

# #

La abuela Angela tampoco podía faltar a un distinguido evento que tuviera lugar en el Majestic. Vestida por completo de gris, de corte imperio, la falda crujía suavemente a cada paso. Llevando un martini en la mano, saludó a Sally con un efusivo abrazo.

—Me encanta tu vestido. El color te sienta de maravilla —dijo Sally fijándose en cada detalle de su festivo atuendo.

—Oh, qué exagerada eres, pero gracias. A mi edad una ya no sabe ni qué ponerse.

—Angela, me encantaría ser como tú cuando tenga tus años.

—Qué cosas dices —dijo Catherine haciendo un gesto con la mano.

—¿Has probado la comida? ¿Qué te parece?

—Déjame decirte que soy un gran fan de mi querido Salomon

Lester y cuando me enteré de su marcha me dio lástima. Comprendo que el Majestic necesite avanzar, pero es que él es una parte importante del hotel.

—Jack me contrató para tomar las decisiones más difíciles —dijo encogiéndose de hombros.

Angela tomó un sorbo de su martini. A su alrededor la gente formaba corros donde charlar y comer sin límite. De reojo, observó a Jack y a Tony intercambiando impresiones. Andrea y Brandon no estaban muy lejos, cerca de la entrada a la cocina.

—Claro que sí. Y es muy valiente de tu parte. No soy muy amiga de la comida japonesa, porque la verdad soy un poco tradicional, pero deseo que el restaurante tenga mucho éxito.

—Muchas gracias, Angela. Espero que todo vaya según lo planeado.

—No es que quiera echarme a temblar pero ¿tienes algún otro plan de cambio radical para el hotel?

Sally sonrió. A pesar de contar con la desaprobación de Angela, su forma de expresarlo era tan cordial que resultaba enternecedora.

—Voy a quitar las camas de las habitaciones y voy a poner hamacas. ¿Qué te parece? —dijo muy seriamente.

Durante un instante, Angela se quedó con la boca abierta, asustada, aunque enseguida se percató de que Sally bromeaba, así que estalló en una sonora carcajada.

—Por un momento, casi me da un ataque al corazón —dijo entre risas, alzando el martini y brindando con la copa de vino de Sally.

—No estoy tan loca —replicó guiñando un ojo.

Después de conversar con Brandon, Andrea sintió la necesidad de hacerlo con su primo. Llevaba toda la noche esperando la ocasión, sin embargo, siempre estaba rodeado de personas que deseaban contarle algo. Por fin, lo agarró delicadamente por el codo.

—Jack, tengo algo que contarte.

—¿Me lo puedes contar mañana? —dijo pensando que se trataba del tema de su relación con Brandon. En ese momento no le apetecía discutir con ella—. Tengo que hablar con…

—Ahora —interrumpió Andrea frunciendo el entrecejo—. Es importante.

Jack se quedó intrigado por la contundencia de su prima, así que guardó silencio. Para su sorpresa, ella le desveló el desagradable encuentro en la calle con Thomas Rudd, el antiguo jefe de Sally. Jack se quedó perplejo y luego se preocupó. Le dolió que no le hubiera dicho nada al respecto.

—Está claro que tienen un pasado —dijo Andrea—, y no muy agradable por lo que presencié. ¿Sabes? Me quedé pensando… ¿Y si ha contratado a Tony como venganza personal?

Jack rápidamente negó con la cabeza.

—Pongo la mano en el fuego por ella. Nadie profesional cometería semejante estupidez, y mucho menos alguien como Sally. Además, ¿cómo sabes que ella es la que se quiere vengar?

—Por lo que se decían en la calle, pero es posible que esté equivocada. ¿Conoces tú a Thomas Rudd?

—No, no le conozco.

—Estaba en la fiesta de presentación de Sally.

—¿Ah, sí? —dijo esforzándose en recordar por si en algún momento alguien se lo había presentado. Pero enseguida su pensamiento cambió de rumbo. Ató hilos. Aquella noche, en la calle, descubrió a Sally sumida en la tristeza. Pensó que sin duda se debió al encuentro con Thomas. Un latigazo de celos resonó en su interior. Su historia con él era un imprevisto con el que no contaba. Pero ¿a él qué más le daba? Por Sally sentía solo pura lujuria y nada más.

Agradeció a su prima que le desvelase el incidente, y se apresuró a hablar con Sally, quien departía amistosamente con el jefe de recepción y el arquitecto encargado de la reforma. Le pidió que hablaran en un aparte.

—Mi prima me ha contado la discusión con Thomas Rudd.

—¿Andrea es tu prima? —preguntó levantando las cejas, sorprendida.

—Sí, pero no nos desviemos del asunto. Estoy preocupado.

—Gracias, Jack, pero estoy bien —dijo agradecida por conocer su genuino interés por ella.

—Esta no es una conversación profesional, Sally. Nos hemos acostado juntos, no sé qué relación tenemos, pero espero que seas sincera conmigo. ¿Estás bien?

—Sí, de verdad —dijo alzando la vista hacia el techo.

—La noche de la fiesta de tu presentación estabas mal, lloraste —insistió—. ¿Fue por él?

—No quiero hablar de ello, Jack —dijo con un tono rocoso.

—¿Por qué?

—Porque no es de tu incumbencia. Es mi pasado, mi historia y lo comparto contigo si me apetece —dijo con unos ojos llenos de frialdad. Antes de que él pudiera replicar, Sally dejó su copa de vino vacía en una bandeja puesta sobre una mesa, se dio la vuelta y se perdió entre el gentío.

A Jack, con los brazos sobre la cintura, le desconcertó la actitud distante de Sally. De repente, se había erigido un grueso muro entre ellos. Estaba confuso y no sabía qué pensar. Le desesperaba todo lo que estaba pasando en su entorno. Primero, el sexo con la directora de su hotel, el enamoramiento de Brandon y Andrea, la aparición del enigmático Thomas Rudd. ¿Es que todo el mundo se había vuelto

loco?

Capítulo 17

Una Sally cabizbaja llegó temprano a la oficina al día siguiente. Le había costado dormir la noche anterior, puesto que la breve discusión con Jack sobre Thomas había centrado sus pensamientos. No había medido bien el alcance de sus decisiones al regresar a Nueva York y ahora se encontraba con personas revoloteando alrededor de su secreto. Albergaba la funesta sensación de que tarde o temprano se encontraría entre la espada y la pared. El pasado no la dejaba tranquila y sintió miedo de que la situación empeorase. Thomas parecía totalmente imprevisible. Se le pasó a ella por la cabeza dejar de nuevo la ciudad como dos años atrás y empezar de nuevo en otro sitio. Huir. Sin embargo, al hundirse en la silla de cuero de su despacho, lo descartó por completo. París había sido una experiencia enriquecedora, pero no se veía a sí misma empezando de nuevo en otro país. Luego se le ocurrió que sería bueno desconectar un fin de semana, descansar, aislarse del mundo, respirar en una burbuja donde fuese intocable. Se recostó sobre el respaldo en actitud pensativa.

De pronto oyó voces airadas que le llegaban de afuera. Al resultarle familiares, se levantó, llena de curiosidad y salió hasta el pasillo. La discusión provenía del despacho más alejado, el de Andrea, así que se acercó, preocupada.

Ella y Brandon, de pie, se movían nerviosos frente al escritorio. Aunque era un despacho pequeño cada rincón estaba bien aprovechado con muebles de diseño.

—Pensemos con frialdad todo esto, Andrea, te lo ruego. No quiero

interponerme entre tu primo y tú.

—Primero me dijiste que te daba igual lo que pensase. Ahora, cambias de opinión. ¿En qué quedamos? ¿Por qué te importa tanto lo que piense de nosotros? Ni que fuese mi padre.

—Solo digo que nos tomemos las cosas con más calma. Lo nuestro está yendo muy deprisa —dijo Brandon, luego guardó silencio cuando reparó en la presencia de Sally. Andrea se giró y, al verla, decidió que no le vendría mal un apoyo.

—Sally, por fin alguien sensato, ayúdame a hacerle entrar en razón. Supongo que ya sabes lo nuestro.

—Por supuesto —sabía el interés de ella, pero ignoraba que ya eran oficialmente una pareja. «¿Cómo se me ha podido escapar?», se preguntó.

—No tiene relación con Jack —apuntó Brandon, aunque en el fondo odiaba sentirse tenso cuando estaba con él.

—Íbamos a vivir juntos.

—Pero ¿cuánto tiempo lleváis saliendo?

—Una semana, pero es más que suficiente para mí. Estoy enamorada de él y no importa si es poco tiempo. Pero ahora me dice que es mejor como estamos, justo después de hablar con mi primo.

Brandon exhaló intensamente.

—Ya te he dicho que no tiene nada que ver. Solo que es mejor…

—…que nadie sepa lo nuestro.

—¡Yo no he dicho eso!

—¿Por qué no lo admites? Prefieres que escondamos nuestro amor —Una lágrima rodó por la mejilla de Andrea que fue secada rápidamente con un dedo.

Brandon se volvió hacia Sally, quien miraba a uno y otro como en un partido de tenis.

—¿Tienes algo que decir? —preguntó.

—Cuando os reconcilies, avisadme, os invitaré a almorzar.

Andrea, que estaba de brazos cruzados, seguía enfurruñada hasta que decidió que ya estaba bien.

—Tengo cuarenta años y no me da miedo decirlo en voz alta. He vivido, he sufrido, he estado enamorada y desilusionada unas cuantas veces. No soy tonta y sé que para convivir con una persona es bueno conocerse antes, pero tengo la corazonada de que lo nuestro no va a fracasar. Y quiero que tú también tengas esa impresión, y si no es posible, que al menos pienses que a veces es bueno hacer alguna locura, si no esta vida es increíblemente aburrida. Estoy cansada de convencionalismos. Tú eres más joven que yo, ¿y a eso a quién le importa? A quien no le guste, que no mire —dijo, orgullosa, clavando la vista en Brandon.

—Cariño, eres muy especial, pero… —dijo él, sin embargo, Andrea

se marchó del despacho. Brandon hizo el amago de ir detrás de ella, pero Sally le detuvo interponiéndose bajo la puerta.

—Déjala a solas un rato. Se le pasará. Luego le dirás todo lo que quieras cuando esté más calmada.

Brandon asintió con la cabeza, después se dejó caer sobre una de las sillas de madera frente al escritorio. Se pasó la mano por la cabeza, buscando tranquilizarse.

—La quiero tanto, pero la voy a perder. No sé si voy a poder digerir toda la presión por parte de Jack y la de ella. ¿Por qué todo es siempre tan complicado?

Sally sacudió la cabeza, pues Brandon había dado en el clavo de las relaciones amorosas.

—Tú conoces a Jack desde hace mucho tiempo, ¿de verdad crees que él se va interponer entre vosotros?

—Cuando se trata de su prima, se vuelve muy protector. No quiere que nadie le haga daño. Tiene poca familia pero siempre vela por ellos, como con su abuela.

—Si estás enamorado de ella, no te rindas, Brandon.

# #

Durante el transcurso del día, Sally recibió varias llamadas de su hermana, pero decidió que no le apetecía escuchar explicaciones sobre su ausencia de la fiesta. Tampoco contribuyó a que descolgara el teléfono el poco tiempo disponible, debido al frenético ritmo de trabajo que se había impuesto para que el nuevo La Cascada fuera un éxito. Entre Andrea y ella elaboraron una carpeta muy detallada para distribuir a los medios de comunicación, además de aprobar los nuevos anuncios que aparecerían en las revistas que se distribuyen en los aviones a los pasajeros de primera clase, un nicho de clientes muy apetecibles.

Sobre el escritorio se le amontonaban infinidad de documentos de otros departamentos, como mantenimiento y recepción, que esperaban su visto bueno. La maquinaria del Grand Majestic era imparable y era como un niño pequeño que necesita una constante supervisión. La ayuda de Andrea resultaba indispensable aunque Sally a veces pensaba que no era suficiente.

El timbre del teléfono fijo sonó por todo el despacho, interrumpiendo sus pensamientos. Afuera, había empezado a llover y las ventanas se llenaban de lágrimas de agua. Después de encontrar el teléfono sepultado por un montón de carpetas, lo descolgó para oír la voz de su secretaria:

—Srta. Green, le llama su hermana —dijo.

Sally se llevó la mano a la frente. La tenacidad de su hermana provocaba que se saliera con la suya. Si no contestaba a su móvil, ella encontraría otro camino.

—¿Te ha dicho si es urgente?

—Le he dicho que usted está ocupada, y me ha dicho que solo quiere hablarle.

—Dile que la llamaré en cuanto pueda.

—No está al teléfono, sino que está en el hotel, en el hall.

Sally soltó un improperio, por lo que la secretaria tuvo que retirar el teléfono de la oreja, pues no estaba acostumbrada a ese lenguaje procaz.

—Dile que bajaré en cuanto pueda. Gracias —y colgó mirando el reloj de su teléfono móvil. Pensó que su madre se debía de haber quedado a cargo del restaurante o quizá su hermana se tomó un día descanso, porque si no, no se explicaba que estuviese ahí a esa hora.

Se bebió de un sorbo lo que quedaba del zumo de naranja y terminó de rellenar la tabla de Excel donde apuntaba los ingresos del hotel desglosados en alojamiento, restaurantes y otros. Además pensó que debía de reunirse con el informático para que le comentara la viabilidad de unas ideas que le rondaban la cabeza. Recibió una llamada de Tony pidiéndole un ayudante de repostería con experiencia, pues el que tenían estaba de baja desde hacía ya un par de semanas.

—Tony, lo pensaré pero lo veo complicado. Como mucho podemos contratar a un becario para que eche una mano. Estamos ahora mismo en números rojos.

—¿Quieres o no un servicio de calidad? Porque si no es así, cambio la carta por un menú del día y despedimos a la mitad del personal.

Sally entornó los ojos. El típico chef herido en su orgullo… Qué fácil era para ellos pedir y pedir, como si fuese un hada madrina. Después de una media hora bajó a recepción sin olvidar todas las tareas pendientes para ese mismo día.

Su hermana le esperaba vestida con un abrigo que le quedaba una talla más grande y unos vaqueros. Estaba entretenida leyendo un libro, una biografía de un pintor, acomodada en un sillón tapizado, con las patas y el reposabrazos de un brillante color madera. Sobre el borde del asiento había apoyado el paraguas. Antes de acercarse a su hermana, saludó con la cabeza al recepcionista, quien se encontraba desocupado. Un matrimonio de edad avanzada esperaba su habitación custodiando las maletas y charlando en un idioma que Sally no entendió.

Ambas se abrazaron.

—¿Quieres que vayamos al bar a tomar algo? —preguntó Sally.

—No, no me queda mucho tiempo. Tengo que volver al restaurante

—dijo con una mezcla de urgencia y desazón.

—Sentémonos entonces —dijo colocándose a su lado.

—Te he llamado unas cuantas veces…—Su hermana meneó la cabeza, disgustada.

—Ya sabes que estoy ocupada.

A Linda no le convenció su explicación, pero de alguna forma comprendía el resentimiento de su hermana.

—Siento que no pudimos acudir a la fiesta.

—Está bien, no te preocupes —dijo su hermana, dándole un golpe amistoso en la mano—, pero es cierto que me sentí sola. Me hubiera venido muy bien vuestra compañía y apoyo.

—Íbamos a venir, pero tuvimos un problema en el restaurante.

—¿Cuál?

—Un cliente se puso agresivo con los camareros y algunos clientes. Se peleó con Sean. La verdad es que se armó una buena. Incluso vino la policía.

Sally se inclinó, pues no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Fue todo muy desagradable —continuó Linda—. Papá y mamá también se involucraron. Por lo visto ese cliente no estaba bien de la cabeza y no quiso pagar la factura. Tampoco era tan caras una pizza para dos y dos cervezas. Te lo digo, Sally, el mundo está lleno de locos que quieren amargar la vida a la otra mitad sana. Se necesita más ayuda de las instituciones para que la gente sea feliz y respete a los demás.

—Lo siento. No sabía nada —dijo sintiéndose mal por mostrarse enfadada con su familia.

—No es tu culpa, Sally. A todos nos hacía ilusión venir, pero pasó lo que pasó. He pensado que la semana que viene podemos organizar una cena los cuatro en el Green House, como en los viejos tiempos, ¿te apetece?

Por cosas como esta, Sally adoraba a su hermana. Ella siempre estaba dispuesta a mantener unida a la familia, cueste lo que cueste.

—Qué casualidad, hace unos días estaba en casa, viendo viejas fotografías.

Linda sonrió traviesamente.

—Lo sé, me lo dijo papá. Por eso he pensado que te gustaría.

—Claro que me gustaría —dijo Sally deseando que, por una vez, se respirara un ambiente de armonía. ¿Sería posible?

Capítulo 18

Regresó al despacho en cuanto se despidió de su hermana con la cabeza aún dándole vueltas a la próxima cena de los Green, aunque en cuanto tomó asiento nuevas tareas del hotel reclamaron su atención. Aún seguía cayendo una suave lluvia, pero el ritmo frenético de la ciudad no se detenía. La gente seguía cumpliendo inexorablemente con los horarios y compromisos.

Cuando estaba ordenando su escritorio para organizar el trabajo, llamaron a la puerta. Sally, frustrada, dejó escapar un resoplido de hartazgo.

—¿Y ahora qué pasa? —dijo alzando la voz.

Para su sorpresa, entró Jack luciendo una sonrisa de película. Como era costumbre, estaba arrebatador.

—Vaya, el Sr. Donaldson se ha dignado a llamar antes de entrar —Sally se cruzó de brazos y levantó la barbilla incapaz de disimular su satisfacción.

—Han salido los primeros resultados de La Cascada —Jack, inteligentemente, obvió el comentario—. Están calientes, recién salidos del departamento de marketing.

—¿Por qué te los han dado a ti primero? —preguntó Sally con una mueca de disgusto. Odiaba que interfirieran en su labor.

—Estaba ansioso por saberlo e intercepté a Andrea cuando venía a ofrecértelos —Jack dejó caer los documentos sobre el escritorio—. Vengo a felicitarte. Las críticas en internet son positivas, pero eso no es lo mejor. El restaurante está siendo un éxito y las reservas de

habitaciones han subido un diez por ciento.

Los ojos de Sally irradiaban un brillo colmado de felicidad. El triunfo respaldaba a todas luces su gestión al frente del hotel. Los nervios y el trabajo duro comenzaban a dar sus frutos.

—Pero no he llegado a donde estoy siendo un conformista, Sally. Quiero más, un veinte por ciento —dijo sentándose alegremente en el pico de la mesa.

—Pues contrata a un brujo, porque yo no me voy a comprometer a nada. Solo ofrezco dedicación al máximo.

—Eso me basta, Sally —pronunció su nombre casi como un ronroneo. Desde la última vez que se acostaron, Jack no había podido dejar de pensar en ella, pese a que se obligaba a no hacerlo. El problema residía en que por una mujer de la categoría de Sally estaba dispuesto a renunciar a su línea de conducta. Su atractivo era hipnótico y si no la poseía otra vez perdería la cordura.

Se levantó de la mesa y Sally detectó el centello ansioso en la mirada de él, lo que la agitó nerviosamente.

—Ni se te ocurra ponerme las manos encima. Estamos trabajando, Jack.

—Lo sé, pero me apetece hacer algo que nunca he hecho en mi vida profesional en ningún despacho.

—No quiero saber lo que es. Estoy ocupada para tus tonterías —el pulso de Sally se aceleró. Fingió que se concentraba en los papeles que abarrotaban su mesa, pero eso no sirvió para disuadirle. Él se acercó con una sonrisa afilada, así que Sally se levantó e hizo un movimiento para escapar por el lado contrario, pero Jack la agarró del antebrazo y la tomó entre sus brazos.

—Suéltame, Jack —dijo intentando zafarse, sabiendo lo que ocurriría si no se mantenía en sus trece.

—Solo mírame a los ojos y dime que no lo deseas tanto como yo.

Sally se negó porque sabía que su cuerpo empezaría a temblar. Entonces Jack la besó fuertemente en el cuello sin dejar de apretarla contra su cuerpo. Ella gimió al sentir la excitación recorrer su espina dorsal. El maldito sabía dónde atacar despiadadamente.

—Nos van a oír, Jack —dijo ella, desesperada, luchando contra el disgusto, la confusión y la lujuria.

—No me importa —murmuró.

Le despojó de un tirón de la rebeca dejando al descubierto los hombros que destacaban gracias a su vestido azul de cuello barco. Con rudeza le dio la vuelta para que ella apoyara las manos sobre la mesa de cristal. Su corazón se desbocó al sentir sus manos en la cintura y su boca ardiente humedeciendo sus hombros.

Jack se inclinó para introducir sus manos bajo la falda y recorrer sus piernas como si acariciara el terciopelo. Al ver el trasero con el

tanga de encaje color negro se mordió los labios, frenético, incapaz de pensar con claridad. Respiraba fuertemente preparándose para sentirse en la gloria.

Antes de embestirla por detrás, Jack le bajó la cremallera, le desabrochó el sujetador a toda prisa e introdujo sus manos frenéticamente para apoderarse de sus pechos. Cuando lo hizo, lejos de calmarse, sintió un burbujeo ardiente que empezaba a hacerse más grande.

Sally gimió cuando las poderosas manos de Jack se colmaron con sus pechos. Por un instante se fijó en las ventanas, en la lluvia y en ese murmullo lejano, cadencioso, que era como una música relajante y erótica al mismo tiempo. Le fascinaba sentir el cálido aliento de Jack sobre su nuca mientras su cuerpo se juntaba con el suyo, y satisfacía su ímpetu esculpiendo su cuerpo con las manos.

—Sally, me vuelves loco… —musitó.

Y le quitó el tanga y lo dejó caer un lado.

Ella oyó la forma apresurada de abrirse el cinturón y la cremallera. Instintivamente se abrió más de piernas. No tardó en recibir la punzante virilidad de Jack conquistando su interior. Su cuerpo se estremeció con un indescriptible gozo cuando se apoyó en su cadera para embestirla sin descanso. Jack, con apenas un hilo de aliento, cerró los ojos para concentrarse, implacable, en pleno delirio. La mesa se desplazaba un milímetro en cada sacudida, una pila de documentos se caía a la moqueta… Pero eso no importaba, Jack solo anhelaba derramarse dentro de ella.

De pronto, Sally cerró los ojos y soltó un grito de puro placer. Su cuerpo se relajó tanto que se inclinó aún más sobre la mesa. Jack no tardó en tocar el cielo y su cuerpo empezó a vibrar al tiempo que sus embestidas disminuían. Intentó evitarlo, sin embargo, el abismo que se abrió en su interior le impulsó a soltar otro grito desgarrador.

# #

Cuando terminaron de vestirse, Jack le dio un beso en la mejilla y la abrazó. Dejó que el silencio tejiera un escudo en el que refugiarse después de la tormenta de emociones. Ahora eran solo dos corazones rozándose, latiendo al mismo ritmo sosegado.

—Ha sido increíble —musitó al oído.

—Déjame tranquila, Jack —replicó ella, empujándolo.

—¿Y ahora qué mosca te ha picado si se puede saber, guapa? —Jack frunció el ceño. Después de tocar el paraíso, la realidad se desvelaba como un puñetazo en el estómago.

—Que estoy muy atareada. Y piensas que puedes llegar y hacer lo

que quieres.

—Pero si fuiste tú quien me besó primero y luego apareciste en mi casa para tener sexo. ¿Es que no lo has disfrutado? —dijo alzando las manos, desconcertado.

Sally se acercó con la mirada dura y le propinó un puñetazo en el hombro.

—No seas simple, Jack. Por favor.

—Dime lo que se te pasa por la cabeza.

—Es complicado —dijo ella, tomando asiento frente a su escritorio. No era justo para él, pero Sally deseaba poner sus emociones a buen recaudo para evitar salir lastimada. Estaba buscando cualquier pretexto para que entre ambos se levantara una pared de hielo.

—Yo te voy a decir lo que pasa por la mía —rodeó la mesa y empujó la silla hasta que Sally se giró hacia él. Siempre le habían gustado los riesgos, así que estaba dispuesto a correr uno, el más importante de su vida—. Estoy enamorado de ti.

—No sabes lo que dices. Estás borracho —Sally hizo el gesto con la silla para situarse frente a la mesa, pero Jack se lo impidió—. ¿No tienes alguna reunión a la que acudir?

Jack sonrió, pues había logrado sorprenderla.

—Las reuniones pueden esperar. Esto es más importante.

—Eres irritante. ¿Te he dicho ya que no te soporto? —Sally se irguió y cogió los documentos para sostenerlos bajo el brazo. Si Jack no se marchaba de su despacho, entonces lo haría ella, así que caminó hasta la puerta con el gesto airado.

—Tú también sientes lo mismo que yo. Confiésalo, Sally. —Jack la siguió, incluso por el pasillo.

Sally se detuvo de pronto y se volvió hacia él, no sin antes asegurarse de que nadie podía escucharles.

—Lo nuestro es puro sexo, Jack. Pensé que estaba claro desde un principio. Me decepcionas —dijo clavándole la mirada.

—¿Esa es tu manera de ir por la vida? ¿Con ese antifaz de indiferencia tan estúpido? Madura, que pareces una niña.

Sally le abofeteó sin dudarlo.

—No te atrevas a hablarme así, Jack —le dijo con voz áspera—. Lamento profundamente que te hayas confundido. No soy tu pareja ni busco un novio que bese por donde yo piso. Nuestra relación personal ha terminado.

—Eres una ciega, Sally. Tú y yo podemos ser felices, pero no sé por qué lo echas todo al traste. Nos necesitamos y nos complementamos, cualquiera puedo verlo. ¿Sabes lo que pienso? Que te gusta una vida cómoda, sin compromisos, porque te sientes vacía por dentro.

—¡No sabes nada de mí, Jack!

—Sé lo suficiente. Que eres una mujer con un talento increíble,

que tienes carácter y que somos parecidos. ¿Qué más necesito saber? Todos tenemos un pasado. Hemos cometido errores y aciertos, no hay nada de qué avergonzarse.

—¿Es que no comprendes que no estoy enamorada de ti? Me apasiona mi trabajo y quiero darlo todo por el Majestic, pero ni por un momento pienses que lo estoy haciendo por ti.

Un par de camareras se acercaban charlando entre ellas, pero con una mirada furibunda de Jack, retrocedieron sobre sus pasos.

—Yo no he dicho eso, Sally. Mira, será mejor que hablemos otro día sobre lo nuestro.

—No, Jack, no quiero volver a hablar sobre este asunto otra vez. Si lo mencionas de nuevo, te prometo que me iré del Majestic. No me pongas a prueba, porque soy capaz.

Jack suspiró. Prescindir de sus servicios sería para él una catástrofe, puesto que encontrarle un sustituto no sería una tarea ardua sino imposible. A ella le sobrarían las ofertas de empleo, de eso no cabía duda alguna. Pero lo más importante es que dejaría de verla todos los días. Eso sí sería insoportable.

—¿Podemos ser adultos y llevar esto con dignidad? —insistió ella con la voz cargada de tensión—. Tú no estás enamorado de mí. Crees que lo estás, pero no es lo mismo. ¿No ves la diferencia? No puedes decirme lo que siento. Solo yo lo sé.

—Está bien, como quieras —dijo Jack, cansado, y sin más se alejó con el corazón roto. La lluvia había cesado, aunque el cielo amenazaba tormenta.

Sally se quedó fotocopiando unos documentos, pero su cabeza estaba en otro sito. La sorprendente declaración de amor de Jack le había pillado con la guardia baja. Recordando la escena se percató de que enseguida se puso ella a la defensiva. Aún le costaba creer que Jack pensara que había algo más que lujuria entre ellos. ¿Es que acaso estaba en lo cierto?

Capítulo 19

Aquella misma noche, como cada jueves, Jack llevó a su querida abuela al Lincoln Center para que disfrutara de un nuevo evento cultural. En esta ocasión se trataba de una sesión de música en directo. Una gran orquesta liderada por el director de moda, un venezolano, se dedicaba a homenajear a los clásicos europeos del siglo pasado. El espectáculo de presenciar a cien músicos sobre un escenario era impactante. La acústica de la sala, al ser inmejorable, causaba que las notas musicales envolviesen al público por completo, que se quedaba sobrecogido por la experiencia. La abuela no podía reprimir su felicidad y movía las manos al ritmo como si la música se hubiera apoderado de ella.

En el momento del intermedio, Angela y su nieto pasearon calmadamente en silencio por el pasillo, mientras el resto de la gente formaba corrillos o pedía una copa en el bar. La abuela se apoyaba en el brazo de su nieto, un gesto que a ella siempre le encantaba.

—Estás meditabundo, ¿en qué estás pensando? —preguntó ella.

—En nada… Cosas del trabajo —respondió con el rostro serio.

—¿Seguro? Nunca te he visto tan ausente. En el cuarto movimiento de Las cuatro estaciones estabas mirando al techo. Tengo la intuición de que es esa chica, Sally. ¿Me equivoco?

Jack sonrió. A su abuela no se le escapaba nada.

—No te equivocas. Hace unos días le dije que estaba enamorado de ella.

—¿Y qué te dijo? —En realidad, Angela suponía que no se trataba

de la respuesta que él esperaba.

—Que no me correspondía.

—Vaya, siento oír eso. Desde luego es que no te conoce bien. Cualquier mujer daría lo que fuese por estar con un hombre como tú —dijo para animarle.

—Gracias, abuela. No sé qué haría yo sin ti —le plantó un beso en la mejilla—. Desde luego no me pienso rendir, porque tengo la corazonada de que ella siente lo mismo. No puedo estar equivocado. ¿Por qué las mujeres sois tan complejas?

—Porque somos más emocionales y los sentimientos no son blanco o negro, sino gris. Detrás de cada una de nuestras palabras siempre hay una emoción.

—Pues en el caso de Sally tiene que haber muchas, porque me trae por la calle de la amargura.

Tomaron asiento en un banco tapizado. La abuela saludó con un gesto de la mano a unos conocidos al tiempo que Jack le contaba el suceso en plena calle de Sally con su antiguo jefe. Al terminar, Angela se quedó muda de asombro. Le llevó unos segundos recomponerse.

—Debió de pasarlo fatal, pobre chica.

—Cuando se lo mencioné en la fiesta de La Cascada me envió a paseo. Ignoro qué clase de relación tendrían cuando trabajaban juntos.

—¿Crees que ella corre peligro, Jack? —instintivamente posó una mano sobre su pecho. Sentía un afecto especial por Sally y, por nada del mundo, le deseaba ningún mal.

—No la he visto preocupada, la verdad —Jack sacó el teléfono móvil del interior de su chaqueta—. Voy a llamar a Tony. Ambos trabajaron juntos. Quizá pueda decirme algo.

—Buena idea.

Jack apretó el botón y, a través de la voz, ordenó al teléfono que llamara al chef del Grand Majestic. Después de los saludos de cortesía, fue directo al grano. Su abuela estaba pendiente.

—¿Te enteraste del incidente con Thomas Rudd, cerca del hotel?

—Algo me han contado, Jack.

—Estoy intranquilo por la seguridad de Sally. ¿Tu exjefe es una persona violenta?

—El primer sorprendido soy yo. Thomas siempre ha sido una persona amable y profesional conmigo. Nunca he escuchado nada malo de él. No sé qué decir. Es posible que no se tomara bien mi marcha.

—¿Por qué se fue Sally del Latham, Tony?

De fondo, oyó risas de niños y el chapoteo del agua. Seguramente el chef se encontraba en casa bañando a sus hijos. Andrea le había contado que estaba divorciado y que compartía la custodia con su mujer.

—Se fue de repente —dijo en voz baja—, de la noche a la mañana oí que había dimitido y la verdad es que nunca supe la razón. Cuando quise darme cuenta ya estaba en París. Días después, me llegaron rumores de que estaba embarazada y que Tony, al estar casado, no había querido seguir con la relación.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Jack. Se despidió cordialmente de Tony y colgó el teléfono, que guardó de nuevo en su sitio. Aspiró profundamente.

—¿Qué ha pasado? Estás pálido como la nieve —dijo su abuela, agarrando el bolso con ambas manos.

Jack se giró hacia a su abuela y la tomó de un brazo.

—Me ha dicho que probablemente fueron amantes —Jack pensó en la fiesta en la terraza del restaurante, cuando descubrió a Sally con los ojos llorosos. Seguramente al ver a Thomas, se sintió destrozada al recordar su pasado. Posiblemente ella le amaba y eso le dolió como si le hubieran clavado un cuchillo.

—Eso lo explica todo, Jack. Hay mar de fondo entre ellos.

Él asintió con la cabeza, aunque aún estaba asimilando la información. Se arrepintió de haber hablado con Tony.

—¿Y si aún está enamorada de él?

—Pregúntaselo. Es la única manera de saber la verdad.

Volvieron al concierto. La música brotaba del escenario con pasión y armonía, pero Jack no dejaba de pensar en Sally y en la nueva revelación. «¿Es que acaso es posible que imaginara que entre nosotros existía algo más que sexo? ¿Me he querido engañar todo este tiempo?». Se le ocurrió que podía contratar a un detective privado para que respondiera si Thomas y ella tenían una relación. Sin embargo, las palabras sabias de su abuela retumbaron en la cabeza. Debía preguntárselo él mismo, pero ¿estaba dispuesto a afrontar la verdad?

# #

A las siete y cuarto el taxi de Sally se detenía en frente del Green House, un poco más tarde de lo previsto pero dentro de un margen razonable. A través de los ventanales se percató de que no había nadie, entonces comprendió de que Linda había decidido cerrar para los clientes. Después de abonar la carrera al taxista, golpeó suavemente la puerta de cristal de la entrada y esperó a que alguien le abriera. El atardecer caía sobre sobre las cumbres de los edificios de Nueva York.

Agradeció la idea de desvincularse del hotel por un rato. Necesitaba mantener la cabeza en otras cuestiones más prácticas. Al

contrario que otras mujeres, ir de compras le angustiaba, así que se dispuso a pasar un buen rato en familia. Si eso era posible…

Se sentía extraña por dentro y la culpa era de Jack, sin lugar a dudas. Su espontánea confesión de amor le había trastocado su equilibrio emocional. Era culpa de él por hablarle con el corazón en la mano, con esos ojos centelleando ilusión y ternura. Ahora se sentía fatal por pisotear sus esperanzas. Sí, ella se había sentido deseada, pero de una forma brutal Jack le había hecho caer de bruces a la realidad. Y luego estaba Thomas. No deseaba contarle nada sobre él. ¿Para qué?

Su padre se asomó tras la puerta. Al verla sonrió y le abrió la puerta para fundirse en un afectuoso abrazo.

—Qué guapo estás —dijo Sally al verle con un jersey azul sobre una camisa blanca.

—Muchas gracias, hija.

—¿Qué tal tu libro?

—Bien, he terminado una primera versión. Ahora tengo que corregirlo y pienso añadirle nuevos capítulos. Estoy ilusionado como un niño. Me encanta. ¿Sabes? Eso de recordar y buscar las palabras acertadas para plasmarlo es un juego muy gratificante.

Ambos caminaron hacia el área de las mesas. El olor a corcho y vino procedía del bar, que estaba vacío.

—Me alegro mucho. Espero que me dejes leerlo cuando termines.

—Por supuesto. Me vendrá bien tu opinión, aunque todavía me queda un tiempo considerable. Quiero que sea perfecto.

—¿Has elegido ya el título?

—Pues… Green House. Como ves, no me he roto mucho la cabeza —Paul se rió tímidamente. Después rodeó a su hija por los hombros y la acompañó hasta la mesa, que estaba preparada en el rincón de siempre. Incluso habían recuperado el desgastado mantel de cuadros rojos que estaba guardado en algún lugar del restaurante.

Linda y Catherine trajinaban en la cocina, en medio de un delicioso olor a bacalao. En una de las sartenes bullía la salsa de tomate en la que flotaban las verduras. En otro, las patatas sumergidas en agua caliente se ablandaban.

—Qué hambre tengo —dijo Sally, después de saludarlas con un beso en la mejilla.

—Espero que esta comida que ha hecho tu hermana esté a la altura de la directora del Majestic, que siempre cenará caviar con champaña —dijo su madre, con los brazos cruzados y mirada fría.

Sally contuvo la respiración y replicó.

—A mí siempre me han gustado los platos sencillos.

—¡Já! —exclamó su madre con sarcasmo.

—A ver, no empecéis las dos —Linda se limpió con el trapo que

colgaba del delantal, luego apagó los fuegos—. Esto ya está listo. Venga, todos a la mesa.

Con los cuatro sentados a la mesa, Paul escogió una de sus mejores botellas de vino blanco de la bodega y la abrió con el sacacorchos. Fue sirviendo una a una, mientras se le hacía la boca agua al mirar el bacalao. En el centro, Linda había colocado una ensalada con yogur natural, lechuga, avellanas y gajos de naranja. Catherine, al notar un poco de frío, subió la temperatura del termostato.

—Bueno, hacía tiempo que no teníamos una cena de los Green. Es como viajar al pasado —dijo Paul, que presidía la mesa.

—El pescado está increíble, Linda —admitió su hermana.

—Gracias, hermana —dijo, ruborizándose.

—Desde luego, heredó el don de la cocina de su padre —Catherine miró a su marido y este le guiñó un ojo.

—El aprendiz superó al maestro hace ya muchos, muchos años.

—Eso no es verdad, papá.

Durante los minutos siguientes la conversación giró hacia las habilidades culinarias de Linda, hasta que Sally recordó preguntarle sobre su voluntariado en la ONG Fundación Familia.

—Genial. El ayuntamiento nos ha concedido una subvención. Estamos todos muy contentos —la cara de Linda resplandeció de ilusión—. Si vieras cómo los padres nos agradecen todo lo que hacemos por sus hijos. A veces me entran ganas de llorar. El otro día encontramos a un vagabundo, Robert, una historia durísima, terrible. Nos la contó mientras le ofrecíamos café y galletas. Le insistimos que fuera a un refugio, pero no quiso. Hay gente que prefiere dormir en la calle. Es triste, pero es la realidad. Ojalá pudiera hacer más.

—Eso es tu pasión. Deberías dedicarte a ella, profesionalmente —dijo su hermana, sin poder contenerse.

—Ay, ojalá tuviera tiempo para todo.

—La tendrías si dejas el restaurante.

—¿Otra vez con eso? Estoy muy a gusto trabajando aquí, Sally. Te lo he dicho cientos de veces.

—¿Es que no veis que lo hace para complaceros? Le encanta ayudar a la gente, debería terminar sus estudios de graduado social y trabajar en una ONG o donde quiera. ¿Es que no lo veis? —insistió.

—Nadie le ha pedido que renuncie a nada, Sally. Ella lo ha querido. Ha querido seguir con el restaurante familiar antes que tú, que preferiste los hoteles de lujo. Sin duda, porque el Green House era poco para tus expectativas.

—¡Eso no es verdad! —exclamó Sally.

—Hija —dijo refiriéndose a su primogénita—. Estás equivocada. Siempre hemos respetado los deseos de Linda. Ella, de haberlo querido, hubiera continuado con sus estudios. Prefirió un trabajo

seguro con el que tener un futuro, ¿qué hay de malo en eso?

—¡Que no es lo que ella quiere! —Sally dio un puñetazo en la mesa. Le enervaba que sus padres fueran tan ciegos.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso te lo ha dicho ella? —preguntó su madre.

—No, pero es demasiado buena persona para admitirlo. No quiere herir vuestros sentimientos, porque sabe lo mucho que adoráis el restaurante, está lleno de recuerdos de la familia. Os dolería en el alma verlo vendido a otro dueño o adquirido para construir un supermercado.

—Deja en paz a tu hermana —Su madre se puso de pie y la señaló con un dedo—. No la culpes por verla feliz porque sus padres son felices. Lo que pasa es que eres una amargada, te avergüenzas de esta familia trabajadora. Tú, y tus aires de princesa.

Despacio, sintiéndose que todo le daba vueltas, Sally se puso de pie. Cogió su abrigo y su bolso, y corrió hacia la calle.

Capítulo 20

—¿Estás de broma verdad? —preguntó Brandon sintiendo que le hervía la sangre.

—No, no lo estoy —respondió Jack, muy serio. Los dos amigos estaban sentados en la limusina, camino al trabajo. Habían desayunado en un nuevo restaurante cerca del edificio de las Naciones Unidas—. Necesito que hagas un «tour», que te alojes en los mejores hoteles y que anotes tus impresiones. Se pueden conseguir buenas ideas para nuestra cadena. ¿De qué te quejas? Tienes todos los gastos pagados.

Brandon se rascó la barbilla en actitud pensativa. El lujoso vehículo se detuvo a causa de un semáforo en rojo. Como todas las mañanas en Manhattan, el tráfico era espantoso.

—Sí, pero ¿en Australia? ¿Cuánto tiempo?

—Unas dos semanas, aunque luego puedes ir otro mes a Asia, después a Europa…

—Pero yo solo soy el contable. No un experto en calidad de servicio.

—Necesito alguien de confianza, Brandon. Eres una persona responsable, sé que no te vas a desmadrar. Y que harás un uso sensato de los fondos de la compañía. Todos estamos en el mismo barco.

Brandon sonrió con cierta ironía mientras se removía en el asiento. Sobre su regazo descansaba el maletín de cuero lleno de documentos.

—Ya sé por qué lo haces. Por favor, Jack, es demasiado obvio —Brandon negó con la cabeza, como si estuviera frente a un niño

travieso. Jack quería alejarlo de Andrea de una manera descarada.

Su jefe y amigo se encogió de hombros.

—Es mi prima y quiero que sea feliz. Nunca te han faltado mujeres, ¿por qué no te fijas en otra?

—Ya lo hemos hablado, Jack, así que no quiero empezar otra discusión. Estamos muy a gusto juntos, y veo… que es una mujer con la que sentar la cabeza.

Jack soltó una carcajada justo cuando la limusina volvía a arrancar. Afuera, las aceras estaban llenas de gente que caminaba apresuradamente hacia sus trabajos. El día había amanecido con un estupendo sol, aunque era una fría mañana.

—Brandon, te he oído decir eso infinidad de veces. Mira, te vas a ir a Australia, Asia, Europa y cuando vuelvas ya hablaremos —la estrategia de Jack era que su relación con Andrea se enfriara. Estaba convencido de que solo era un capricho de su prima. Se sentía sola y, vulnerable, cayó en las manos de su amigo.

—No pienso ir, Jack. Me quedo aquí. Envía a otro en mi lugar —Brandon apretó las mandíbulas. La jugarreta de su amigo le parecía sucia, algo inesperado en él. Le dolía que no cayera en la cuenta de que lo que tenía con Andrea era auténtico y que nunca antes se había sentido así. Era cierto lo que decía Jack: no era la primera vez que cuando conocía a una chica afirmaba que era la última. Pero su corazón le revelaba que ahora estaba en lo cierto. Se había equivocado al pensar que vivir con Andrea era precipitado, ahora estaba más seguro que nunca de lo que quería.

—Brandon —dijo con una nota tensa en su voz—. Somos amigos, grandes amigos, pero también soy tu jefe. Necesito que te vayas de viaje, así te despejas un poco la mente.

—Jack, ¿estás sordo? —preguntó con la mirada fría como el acero —. Te estoy diciendo que no voy a ninguna parte.

—No es una sugerencia, Brandon. Como jefe te lo estoy ordenando, si no atente a las consecuencias —Jack no soportaba que nadie lo desafiase.

—¿Qué vas a hacer, me vas a despedir?

Jack notaba su cuerpo rígido. El ambiente en el interior del vehículo se hacía cada vez más denso.

—Es lo último que desearía hacer, pero si no me das otra opción no dudaré en prescindir de tus servicios.

—¿Sabes qué? Te lo voy a poner fácil, Jack. Dimito. Ya puedes buscarte a otro contable.

Jack asintió, guardando la compostura, aunque por dentro deseaba estallar a gritos. Prescindir de Brandon no entraba en sus planes, pero no podía cambiar de opinión, pues su posición como jefe se vería debilitada.

—Si eso es lo que quieres, adelante, no te lo voy a impedir —y se quedó mirando al frente.

Brandon le miró por última vez, deseando que la situación volviese a la normalidad. Sin embargo, Jack no estaba por la labor, pues sacó su teléfono móvil y empezó a toquetear la pantalla, ignorando a su amigo.

—Tom, detén el coche, por favor —dijo Brandon. El chófer le miró a través del retrovisor y asintió con la cabeza. Antes de bajarse, Brandon se giró hacia Jack—. Te deseo lo mejor.

—Yo también —dijo sin levantar la vista del móvil.

El portazo retumbó en el coche. Jack guardó el teléfono mientras maldecía en voz baja. Le costaba comprender cómo se había quedado sin amigo y contable en un abrir y cerrar de ojos. Estaba completamente convencido de que Brandon aceptaría encantado su propuesta del viaje. «¿Quién se iba a resistir a algo así?», se preguntó.

Al llegar a su oficina, su mal humor saltaba a la vista. Con el ceño fruncido y el paso decidido, solo le faltaba echar humo por la cabeza. Ninguno de los empleados del hotel se atrevió a darle los buenos días. Su secretaria lo hizo, pero solo obtuvo un gruñido a modo de respuesta.

Ya en su despacho, se le ocurrió llamar a Andrea para contarle que Brandon ya no trabajaba para ellos. Consideró que era mejor si él la llamaba para contarle su versión, pero después de esperar el tono, un mensaje automático le informó que no estaba disponible. Pidió a su secretaria que hablase con ella, pero al cabo de unos minutos le dijo que aún no había llegado a su despacho.

Jack entonces se esforzó por mantenerse ocupado mientras consultaba su correo, aunque le costó centrarse. Al cabo de un par de horas, el timbre del teléfono le sacó de su ensimismamiento. Al leer la pantalla se fijó que era su prima. Por fin.

—Andrea… —dijo él.

—Jack —interrumpió—. Brandon me ha puesto al corriente. Le has despedido.

—Yo no…

—Me parece fatal. Yo ya no quiero seguir trabajando para ti. Es más, estamos en el aeropuerto. Brandon y yo nos vamos a Canadá a empezar una nueva vida juntos.

#

«Maldita sea», pensó Jack cuando su prima le colgó el teléfono. Le entraron ganas de lanzarlo por la ventana, pero se contuvo. Se sentía frustrado y enfadado con el mundo. Le dolía parecer el villano cuando él solo deseaba proteger a su prima. Quería que ella fuera feliz, ¿es eso un crimen? Entonces, ¿por qué se sentía mal consigo mismo? Una voz interior le instaba velozmente a examinar sus decisiones mientras deambulaba por el despacho.

Entonces se le ocurrió que era mejor presentarse en el aeropuerto y hablar con ellos, llegar a algún tipo de negociación. Antes de pensárselo dos veces, salió disparado hacia el aparcamiento del hotel y pidió al chófer que lo llevara al aeropuerto JFK. En Nueva York convivían dos, pero La Guardia era para los vuelos dentro del país.

—Si debes saltarte algún semáforo en rojo, tienes mi permiso —le dijo.

—De acuerdo, jefe.

Sentado en la parte trasera de la limusina, mirando por la ventanilla, se dio cuenta de que no deseaba que la relación con Brandon y Andrea acabara de malas maneras. Él era su mejor amigo y Andrea su prima, por lo que la situación la debería haber conducido de otra forma. Exigirle que se fuera del país durante una larga temporada fue un despropósito. Pensó que quizá su distanciamiento de Sally le había originado una amargura que, sin querer, se filtró a su conciencia. Si él no era feliz, los demás tampoco.

Al cabo de unos veinte minutos, la limusina se detuvo frente a la puerta principal del aeropuerto. Justo en ese instante un enorme avión surcaba el cielo con gran estruendo, y Jack rogó que no se tratara del que llevaría a Brandon y Andrea. Al entrar se quedó mirando el panel de información de los vuelos. Sí, allí estaba el vuelo de American Airways a Montreal para dentro de cuarenta y cinco minutos, pero ¿cómo iba a dar con ellos? Llamó sin éxito por teléfono a su prima y a su amigo. Seguramente estarían tan molestos con él que no les culpó por no descolgar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Sally. De su mano colgaba una bolsa de viaje.

—¿Tú también te marchas? Me voy a volver loco —Jack cerró los ojos. Todo era como una pesadilla.

—No, lo que pasa es que Andrea me ha llamado para que le trajera algunas cosas de su despacho, y como no encontraba con qué traerlas, he usado mi maleta. Me ha dicho que me lo explicaría cuando nos viéramos y que dejaba el hotel. Parecía muy alterada. ¿Sabes lo que le pasa?

—¿Habéis quedado en algún sitio?

—Sí, en el Starbucks.

—Venga, vamos para allá —dijo apoyando una mano sobre la

espalda e instándola a que caminaran juntos.

—¿Qué ha pasado? —insistió Sally.

A regañadientes, Jack le puso al tanto de la situación. Sally se quedó con la boca abierta.

—Pero ¿es que eres un hombre de las cavernas? ¿En qué mundo vives?

—Todo es culpa tuya.

—¿Mía? —Sally se detuvo de repente, desconcertada por la acusación, pero Jack la cogió de la mano y tiró de ella. No había un segundo que perder.

—Si te dieras cuenta de una vez que soy el hombre de tu vida, pensaría con más claridad, pero, no, tú dale que no es así.

—No es mi culpa si eres un idiota. En pleno siglo XXI y diciéndole a la personas lo que deben hacer o sentir. No me extraña que Brandon y Andrea se marchen. Yo también me iría si intentaras boicotear mi relación.

—¿Te refieres a ese dichoso Thomas, verdad?

—¿Cómo? —Sally se detuvo nuevamente, y otra vez Jack la obligó a seguir caminando a toda prisa. Ella se quedó tan perpleja que le costaba hilvanar sus pensamientos. A su lado, un gran número de personas de diferentes nacionalidades arrastraban maletas buscando la puerta de embarque. Por megafonía se anunciaban los vuelos inminentes o se avisaba a los pasajeros despistados.

Justo cuando iba a exigirle una explicación por ese comentario, Jack vio a Brandon y Andrea, sentados en una mesa, agarrados de la mano. Cuando ellos le vieron, su expresión de dorada felicidad se evaporó al instante. A Jack le llevó unos segundos recobrar el fuelle, por lo que Sally aprovechó para entregarle la maleta a Andrea, quien la abrió para sacar algunas carpetas y libros personales.

—¿Qué haces aquí, Jack? —preguntó Brandon con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

—Lo he estado pensando y reconozco que me he equivocado. La situación se me fue de las manos. Ya sabéis que odio perder el control, pero esta vez exageré bastante. No hay necesidad de mudarse a Canadá, chicos. Os quiero en Nueva York y trabajando para Excelsior Guest. Os necesito.

—¿Seguro? —preguntó Andrea—. ¿Vas a dejar de ser un grano en el culo?

—No me queda más remedio —Jack se encogió de hombros. Sally sonreía al verle arrepentido, casi suplicando el perdón de su amigo y su prima. En el fondo, su corazón era tierno y hermoso, como un ramo de flores.

Brandon se levantó y se fundió en un abrazo con su viejo amigo. Después Andrea y Jack se dieron otro abrazo cariñoso.

—¿Y ahora qué vais a hacer con las maletas? —preguntó Sally.

—Vamos a Montreal para que Andrea conozca a mis padres —dijo Brandon mirando a su novia—. Ya que tenemos los billetes me gustaría ir, sobre todo, para que no se lleven una desilusión.

—Claro que sí, cariño. Vamos de todas formas y el lunes que viene estamos aquí. Si a Jack no le importa.

—Por supuesto que no, adelante. Disfrutad del viaje y la familia —Jack se sentía enormemente aliviado, como si le hubieran quitado un peso de encima. Incluso sintió una sana envidia de la evidente atracción que sentían el uno por el otro.

Capítulo 21

Después de despedir a Brandon y Andrea, Jack y Sally caminaron hacia la salida del aeropuerto, donde les esperaba el coche. Él caminaba satisfecho de sí mismo por la forma como la que había resuelto una repentina crisis personal y profesional. Seguía sin estar convencido del romance entre su prima y su amigo, pero al menos le quedaba el consuelo de que lo había intentado todo para evitarlo. A partir de ese momento, dejaba a su prima a su aire.

—Aún me debes una explicación, Jack Donaldson —dijo Sally caminando junto a él. Pese a la reconciliación con Andrea y Brandon, él parecía algo melancólico.

—¿Sobre qué? —preguntó él, extrañado, caminando con las manos en los bolsillos del pantalón, como sin prisa.

—No entiendo qué me dijiste de Thomas Rudd.

Jack recordaba vagamente haberlo mencionado, lo cual consideró un error, pues ahora era esclavo de sus palabras.

—Me he enterado de la relación que tuviste con Thomas. Y…

—¡Yo no he tenido ninguna relación con él! —exclamó Sally alzando la voz de tal manera, que la gente se quedó mirándolos.

—Tranquila, no es para ponerse así —dijo Jack, desconcertado por su tensa reacción.

A Sally se le formó un nudo en la garganta. Unas terribles imágenes se agolparon en su mente, un recuerdo doloroso, salvaje e inolvidable. Su mirada se volvió borrosa por las lágrimas. Jack, al percatarse, la tomó por los brazos con una honda preocupación.

—¿Qué ocurre, Sally? ¿Qué tienes?

Ella apoyó la cabeza sobre el pecho de Jack.

—Él me violó.

Ella no pudo más. No le importaba confesarlo en el aeropuerto, rodeada de extraños. Sencillamente no podía aguantarlo por más tiempo. Llevaba con el secreto a cuestas dos años, sin compartirlo con nadie, corroyéndole lo más profundo de su alma.

Jack, desolado, rabioso, la abrazó sintiendo la amargura de la impotencia. No podía cambiar el pasado y era frustrante. «Maldito canalla ese Thomas Rudd», pensó. Todo su dinero, su éxito como hotelero no servía para ayudarla. Sally había sufrido y él solo podía acompañarla en su acusado dolor. Algunas personas se detenían, curiosas, preguntando si Sally estaba bien. Jack con un gesto de la mano les agradecía el interés pero que necesitaban privacidad.

Permanecieron unos minutos, ahí de pie, como formando una isla en medio de la civilización, una isla en la que solo habitaban ellos dos. A cada segundo que Sally pasaba entre sus brazos, sentía cómo la tristeza remitía paulatinamente. Le agradeció que no dijera nada, solo que estuviera ahí para consolarle. Las lágrimas seguían brotando sin cesar, pese a que ella las secaba con los dedos. Jack la besó tiernamente en la coronilla al tiempo que subía y bajaba las manos sobre su espalda. No podía ni imaginarse lo que ella había sufrido todo ese tiempo.

—Lo siento —musitó él.

—Gracias —dijo ella, con un hilo de voz.

—Y siento también haber metido la pata diciendo que Thomas y tú erais pareja.

—Está bien —dijo ella, más calmada.

Jack, suavemente, le alzó la barbilla con la mano hasta que sus ojos se enredaron. En la mirada titilaba una inmensa tristeza que a él le partió el corazón, pues odiaba verla sufrir.

—Dime si puedo hacer algo por ti, lo que sea —dijo él.

Sally sonrió levemente.

—Gracias, Jack.

—Por hoy ya hemos tenido demasiadas emociones. Hoy no vamos a trabajar ninguno de los dos, vamos a… un sitio que te encantará. Estoy convencido.

El encanto de Jack era arrebatador, pero ella no deseaba causarle más distracciones.

—Tengo un montón de trabajo y seguro que tú también. Además, estoy bien, de verdad —protestó.

—Hay cosas más importantes que el trabajo —dijo tomándola de la mano y caminando hacia la entrada—. El hotel puede seguir sin nosotros unas cuantas horas más.

—¿Adónde me llevas?

—Es una sorpresa —dijo con una sonrisa entre los dientes.

Caminaron sin soltarse de la mano hasta que llegaron a la limusina. Jack, gentilmente, le abrió la puerta de la limusina y Sally se acomodó, intrigada. Antes de sentarse, él susurró la dirección a su chófer, el cual asintió con la cabeza.

Al poco, el lujoso vehículo circulaba por Southern State, con Sally apoyando la cabeza sobre los hombros de Jack, y él rodeándola con el brazo, acariciando su mano.

Jack le regaló un profundo beso en los labios que a Sally le sirvió como una medicina para calmar sus horrorosos recuerdos. Ella se acurrucó aún más junto a su cuerpo, en el fondo deseaba que ese pequeño viaje no acabara, puesto que nunca se había sentido tan protegida.

Fueron abandonando la ciudad, así que el paisaje fue cambiando de tremendos rascacielos a una visión más modesta. Un océano de casas con jardín, frondosos árboles, calles pequeñas y una vida más calmada, en vista de las expresiones relajadas de la gente que caminaba por las aceras.

Al cabo de una hora y media, el coche se detuvo frente a una fabulosa casa de dos plantas, rodeada de un inmenso jardín. No era tan pomposa como el resto que la rodeaba, pero desprendía carácter gracias a que en la azotea brillaba una pared de cristal de colores. Cuando Sally se bajó del coche, la suave brisa del mar le lamió el rostro. No cabía duda de donde se encontraba: en Los Hamptons.

—Este es sitio es una maravilla, Jack —dijo Sally, asombrada.

—Bienvenida a mi refugio. Vamos, te lo enseñaré por dentro —Jack le tomó de la mano y cruzaron el jardín lleno de buganvillas, helechos y palmeras. Con el invierno a las puertas, la temperatura era aún agradable.

No se oía a la marabunta de gente ni de coches de la ciudad desplazándose a alguna parte. Solo se oía el silencio, un bonito y reparador silencio.

# #

Complacida, Sally llegó hasta una salita decorada con paredes tapizadas de color turquesa con estampados blancos a mano. Los cuadros evocaban tiempos pasados, con fotografías en blanco y negro de adustos hombres y mujeres vestidos con ropa de la época, combinados con otros donde se mostraban monedas antiguas pulcramente ordenadas en columnas. Los apliques de las lámparas eran de metal, curvados, elegantes. Junto a un bar repleto de vasos y

licores, se alzaba una estantería de madera noble que albergaba libros gruesos y antiguos. Todo estaba cuidado hasta el más mínimo detalle. Era una decoración donde se mezclaba lo moderno y lo antiguo. Y eso a Sally le encantó.

Tomaron asiento en un sofá de cuero que miraba hacia el jardín y, más allá, el mar se extendía con inmensidad y esplendor. De vez en cuando se oía el graznido de las gaviotas. Un señor de aspecto afable les sirvió un ligero tentempié que constó de unos sándwiches y dos Campari Soda. Después se retiró discretamente por una puerta lateral.

—¿Quién es? —preguntó Sally, después de dar un mordisquito a la comida.

—El Sr. Holmes. Él y su mujer nos cuidan la casa cuando no estoy, que es durante la semana. Son un matrimonio encantador y de absoluta confianza. Los contrató mi abuela, que tiene un buen ojo para calar a las personas.

—No sé si querría a alguien viviendo en mi casa. Me sentiría incómoda.

—Créeme. Te acostumbras.

Sally se descalzó y se puso cómoda en el sofá, estirándose hasta que los brazos de Jack la recibieron. Entrelazaron las manos. Él la miró de arriba a abajo, contento de estar a su lado. Si de Jack dependiese, permanecerían en esa postura el resto del fin de semana.

—Eres la primera persona a la que he contado lo que me pasó —dijo Sally.

—Me gusta que confíes en mí. Debes de haberte sentido angustiada por guardar ese secreto ahí dentro todo el tiempo.

Ella asintió con la cabeza, ya que no existían palabras en el mundo para describir lo que había sufrido en silencio. Ahora se sentía aliviada y lamentó haberlo guardado durante tanto tiempo.

—Me sentía avergonzada, no lo sé. Ni siquiera se lo he dicho a mi hermana. No quería que sufrieran.

—Seguro que encontrarás el momento para decírselo. Imagina cómo te sentirías si fuese tu hermana la víctima.

—Lo sé.

—¿Lo denunciaste a la policía?

—Claro que lo hice, pero es una persona con dinero y contactos. Enseguida el fiscal archivó la denuncia por falta de pruebas. Era su palabra contra la mía. Pareció como si nunca hubiera sucedido, hasta yo misma dudé un momento de si lo había soñado. El mundo seguía igual, pero yo por dentro estaba rota.

Sally se irguió, tomó un sorbo de su bebida y sintió un escalofrío al recordar la violación. Se le agolpaban las emociones en la boca del estómago. Necesitaba exorcizar sus demonios.

—Los primeros años en el Latham apenas cruzaba alguna palabra

que otra con él. Me parecía un hombre inteligente y taciturno. Su esposa apenas se dejaba ver por el hotel. Y, de repente, un día, no sé por qué, empezó a fijarse en mí. Me llamaba a su despacho sin ningún motivo para charlar, se sentaba a mi lado, me cogía de la mano, me piropeaba… Ahora es todo evidente, lo que planeaba, pero entonces jamás pensé que estuviera interesado en mí. Un hombre casado… Nunca se me pasó por la cabeza —Jack la tomó de la mano. En su mirada se atisbaba la angustia del pasado—. Un día me llamó a su despacho con cualquier excusa y me pidió que cenáramos algo en un restaurante que acababan de abrir, pero me negué diciendo que había cenado. Me sentía tan impotente, porque yo quería salir de esa oficina, me estaba asfixiando, pero al mismo tiempo una parte de mí me decía que no exagerara, que en cuanto notara la falta de interés, me dejaría en paz. Pero me equivoqué… De repente, la expresión de sus ojos cambió, se volvió oscura y antes de que pudiera darme cuenta, me agarró de los brazos y… —Sally rompió a llorar desconsoladamente. Cada lágrima era como una flor marchita que se alejaba de su corazón asustado. Aquel fatídico instante la había marcado para siempre. Jack se acercó a ella y le entregó el pañuelo de su americana. Después la abrazó fuertemente, conmovido.

—Lo siento tanto, Sally. No es justo —murmuró, notando cómo las lágrimas humedecían su ropa. Le dolía sentir la profunda delicadeza de una mujer combativa, siempre a la altura de las circunstancias. Eso hizo que la amara aún más, si era posible.

—Hablaré con mis abogados. Iremos a por ese bastardo. Tiene que pagar lo que hizo.

—Gracias, pero quiero olvidarlo, Jack. No soportaría que mi intimidad se airase, que todos supieran lo que me ha pasado.

—¿Estás segura?

—Quiero pasar página. Seguir con mi vida —dijo desviando la mirada—. Además, como te dije, no tengo pruebas. Fue inteligente, no me pegó, no me hizo ninguna marca. Solo me rasgó la falda.

—Como quieras, pero quiero que sepas que no estoy de acuerdo —Jack la besó en sus húmedas mejillas, como si cada beso fuera una tirita para su alma—. ¿Hay algo que pueda hacer para que te sientas mejor?

—No dejes de abrazarme —musitó, emocionada.

Jack siguió abrazándola durante un buen rato, en silencio, como si forjara un escudo para que nada de lo malo del mundo le dañara más. Sally cerró los ojos, asimilando los latigazos de aflicción que no dejaban de sacudirla. A pesar de la tormenta, siempre se afanó para seguir siendo ella misma, si no, hubiera estado perdida.

Él tomó la mano de ella y la fue besando como si fuera un manjar exquisito. Después cayó suavemente sobre sus carnosos labios para

besarla con lentitud, disfrutando de la pausa, del ritmo sereno, de una cierta languidez maravillosa.

—Sally, esta vez será distinto —dijo Jack con un hilo de voz.

—No, lo quiero como siempre —dijo ella pero sin convicción, como una reacción inconsciente. A decir verdad, sentía un hormigueo que avanzaba inexorablemente, como una ola que nace pequeña.

—Déjame a mí, Sally. Ya es hora de probar algo nuevo —Para Jack, atrás quedaba el legendario fuego de la pasión para dar paso a la maravillosa ternura.

Él deseaba poseerla, pero no como fruto del arrebato salvaje, sino como algo irrenunciable para lo que ambos habían nacido. Sally sintió su mano tomándose su tiempo para primero rodearle su cintura y luego subir hasta el cuello, la mejilla, la frente. Jack era un pintor besando aquí y allá con esmero aportando luminosidad, excitación, deseo. Volvió a besarla en la boca deleitándose en cada roce de las lenguas, pues no quería perderse ningún detalle del sabor de Sally. Fue un beso que los dejó a ambos sin aliento, y a ella sintiendo que su cuerpo era un fino manto de lino, ligero y suave. Ambos cruzaron intensamente la mirada y se percataron de que ese momento inolvidable de ternura les unía más que cualquier otra cosa. El experimento estaba funcionando.

La observó, bellísima. Se prometió a sí mismo que, antes de conducirla a la cumbre, la llenaría de incondicional amor. Sally abrió los labios, dejando escapar un suspiro que decía que necesitaba más de su suavidad, sin ser un ansia. Era como si respirara a través de sus caricias. Jack le abrió la blusa botón a botón sin dejar de besarla.

Las fuerzas abandonaron el cuerpo de Sally, quien se tumbó sobre el sofá, deslumbrada por el efecto que él estaba consiguiendo con tan poco. Jack se colocó encima y se perdió en el laberinto de su piel, causando en ella un cúmulo de sensaciones que la estaba aniquilando lentamente.

—Jack… —musitó, cerrando los ojos, a la deriva, notando su cuerpo sólido sobre el de ella.

—Te quiero solo para mí. Para nadie más.

Antes de que ella pudiera protestar, Jack se aventuró a adentrarse en su suntuoso cuello, recogiendo cada sensación como un fruto maduro y delicioso. Recorría cada poro de su piel una y otra vez, asegurándose que le hicieran palpitar como nunca. Sally escuchó voces en la lejanía, el sonido espumoso de las olas, la brisa del viento ulular por los rincones de la casa. Todo en ella era temblor y suavidad al mismo tiempo.

¿Cómo se había perdido la magnitud de esa perturbadora sensación?, se preguntó Sally, cada vez más perpleja. Se colocó de medio lado para ofrecer a Jack nuevos territorios por descubrir y él le

despojó de la blusa y el sujetador, dispuesto a complacerla. La devoraba sin prisa sabiendo que le causaba un profundo gozo.

Cuando ya no pudo más, se volvió a colocar encima de ella, entrelazó sus manos sobre las suyas sobre el sofá y la guió hasta las primeras llamas. Sally arqueó el cuerpo y abrió los ojos para observar el pecho desnudo de Jack, musculoso, de acero, golpearla como si fuera un guante de seda. El placer brotó como una fuente bajo el sol, limpio y resplandeciente.

La tarde se fue posando sobre ellos, con sus cuerpos titilando de deseo y amor, pero aún sin colmarse del todo, por lo que Jack se las arregló para encontrar un camino nuevo hacia otro clímax. Eran dos bailarines disfrutando de una música llena de murmullos, ardor y ternura que atravesaba los corazones hasta quitarles el último aliento.

Cuando Sally volvió a abrir los ojos supo que había dormido algo. Los rayos del sol se difuminaban anunciando a su ritmo el anochecer. Jack se había ausentado, por lo que se levantó para buscarle, a pesar de que en su cuerpo aún vivía ese delicioso letargo relajando sus músculos. Se vistió con la blusa, la falda y obvió el sujetador.

Caminó con la precaución de saber que en cualquier momento se cruzaría con el matrimonio Holmes. Por suerte, no le llevó demasiado tiempo encontrar a Jack. Solo fue necesario seguir el rastro del olor a pasta que llegaba alegremente de la cocina. Jack, vestido con un delantal, sacaba del horno una fuente de pasta cubierta de queso fundido.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó levantando las cejas, pasmada.

—No, solo me he puesto el delantal para ver la cara de atontada que has puesto. Ha merecido la pena —dijo mientras dejaba la comida sobre la encima—. La Sra. Holmes se ha marchado con su marido a cenar por ahí y nos ha dejado esta maravilla. ¿Tienes hambre?

—Un poco, sí. Como no hemos almorzado…

—¿Cómo que no? Pues tú estabas deliciosa. Repetiría con mucho gusto.

—No te lo discuto. Ha sido un sexo increíble —dijo Sally atusándose el pelo.

—Ha sido más que sexo, Sally —Jack se fue a por ella y la rodeó por detrás. Le encantaba su olor tan femenino.

A Sally se le aceleró el pulso, pues comprendía perfectamente la insinuación y sus implicaciones.

—Jack, eres un príncipe maravilloso y me encanta estar contigo pero te equivocas —le dijo acariciando su mejilla.

Él se apartó para colocarse con los brazos en jarras. Iba vestido con

la camisa y unos vaqueros, aunque caminaba descalzo.

—No, eres tú la que te equivocas —dijo con una sonrisa entre los dientes—. Estamos hechos el uno para el otro. Lo que hay entre nosotros no es lujuria, es amor y en mayúscula.

—¿Cómo estás tan seguro si puedes saberse? —preguntó, desafiante.

Jack le tomó de las manos y la miró fijamente.

—Porque quiero que pasemos juntos el resto de nuestras vidas. Quiero que te cases conmigo.

Capítulo 22

—¿Cómo? ¿Casarnos? Ahora sí que te has vuelto loco de remate. Lo último que me faltaba, pero ¿qué te pasa? ¿Te ha dado demasiado sol en la cabeza?

El concepto de matrimonio le causó a Sally un repentino vértigo. Casi sintió que necesitaba apoyarse en la pared para no caerse redonda al suelo.

—No, en absoluto, estoy más cuerdo que nunca —dijo, dolido por su desaforada reacción—. Eres tú la que parece que ha escapado de un psiquiátrico porque no te das cuenta de lo más evidente, de lo que cualquier persona vería con naturalidad. Que estamos hechos el uno para el otro. Nos necesitamos.

—¡Siempre con lo mismo! Pareces un disco rayado.

—Y tú siempre con la terquedad propia de una mula. Es increíble. De una u otra forma el destino nos ha puesto en el mismo camino. Juntos nos irá de maravilla. Dejemos de pelear de una vez. Nos casaremos donde se casó mi abuela, en St. Patrick.

Los ojos de Sally se abrieron como platos.

—¡Pero si es tradición que se case la novia donde quiere!

—Está bien, nos casaremos donde quieras.

Sally se percató de que le había tendido una pequeña trampa. El miedo le arañaba el corazón cuando se imaginaba vestida de novia. Sencillamente, casarse no entraba dentro de sus planes.

—¡No me líes, Jack! Ya te he dicho que no me quiero casar. ¿Es que no podemos continuar como hasta ahora? ¿Cuál es el problema?

—Que no es suficiente para mí, Sally. Quiero que construyamos una vida juntos, de verdad, no cada uno por su lado y que nos veamos de vez en cuando. No puedo creer que no veas la diferencia.

—Apenas nos conocemos —dijo ella abriendo un nuevo argumento, esperando que diese con el definitivo que le disuadiese.

—Mis padres se casaron después de dos meses de relación. Se enamoraron y supieron que querían estar juntos el resto de sus vidas. Por desgracia, murieron, pero el tiempo que pasaron juntos fue maravilloso.

Ella se puso de pie y deambuló por el salón, de un lado a otro, pensando en cómo iba a salir parada de la discusión.

—Me alegro mucho, de verdad, pero no quiero casarme ni contigo ni con nadie. Y ni se te ocurra decirme otra vez que soy cabezota —dijo levantando el dedo, desafiante.

—¿Sabes cuando supe que eres la mujer de mi vida y que quería casarme contigo?

—No me interesa saberlo.

—Te lo diré igualmente —Jack se levantó y de un tirón la atrajo hacia él—. Cada vez que hemos hecho el amor porque cuando te miraba a los ojos era como si te mirara al corazón. Temblaba y eso nunca me ha pasado con ninguna mujer.

Sally no pudo evitar emocionarse, pese a que se esforzó por no exteriorizar sus sentimientos, aquello le hubiera dado esperanzas.

—Pero eso no es todo —continuó—. Los dos somos ambiciosos y nos encanta el mundo de los hoteles. Hay química de sobra. ¿Qué más necesitas?

—Que me dejes tranquila. Sabía que era un error desde el principio —dijo negando con la cabeza.

—Oh, mientes. O lo que es peor, te engañas a ti misma.

—Lo que pasa es que eres un arrogante, y no aceptas mi negativa —el pánico amenazaba con invadirla pues no quería admitir que Jack llevaba razón.

—Dime, por qué no, Sally. ¿Fue por lo que te pasó en el Latham?

—No, no tiene nada que ver —No, Sally, sabía con certeza que los hombres no le producían pavor a pesar de su traumático incidente—. Dime una cosa, ¿tú nunca tienes miedo a fracasar?

—¿Fracasar? No, porque ya he fracasado muchas veces.

—Yo sí tengo miedo a fracasar, Jack —dijo notando cómo dolía exponerse a otra persona—. Por eso nunca acepté el hacerme cargo del Green House cuando mis padres me lo pidieron. Solo con no pensar que no colmaba sus expectativas me ponía enferma. De pequeña siempre sacaba las mejores notas para lograr el aprecio de mis padres. Nunca les decepcionaba. Nunca he fallado en nada porque siempre he evitado el arriesgarme, porque es mejor ser competente,

productiva, eficaz. Así quiero que todo el mundo me vea.

Por fin entraba en el corazón de Sally, pensó Jack. Conocía bien esa brumosa sensación de fracaso sobrevolando la cabeza, pero no hay mejor manera de espantarla que, precisamente, fracasando. Como le había enseñado su padre.

—Sally, dedicas demasiado tiempo y energía en obsesionarte con esa idea. Libérate de esa opresión, de esas cadenas que te impiden ser feliz. Mira, aceptaste el trabajo en el Majestic y todo está saliendo a pedir de boca. Supiste arriesgarte.

—Me gustó cómo me mirabas en París, como a una mujer triunfadora dispuesta a llevar la dirección de uno de los mejores hoteles de Nueva York. Me sedujiste y fue imposible decir que no, me fascinaba la idea ser la primera mujer directora. Además, echaba de menos a mi familia.

—Sally, eres una mujer inteligente para saber que no se puede ir con miedo por la vida. Hay que atreverse a vivir.

—Me llevó seis años convencerme de que era una buena profesional, puede que tarde mucho más en convencerme de que estoy preparada para vivir con alguien el resto de mi vida.

Ella no pudo más y volvió a tomar asiento, pues se sentía exhausta emocionalmente. No era fácil para Sally analizar su interior de esa forma tan minuciosa.

—¿Por eso nunca contaste a nadie que te habían violado? ¿Para que todo el mundo te siguiera viendo como una mujer perfecta, triunfadora?

—Sí —dijo a regañadientes—. Lo pensé durante mucho tiempo y creo que esa es la razón. ¿Sabes? Antes he mentido. Dije que no acepté hacerme cargo del restaurante de mis padres porque tenía miedo a fracasar, pero en realidad no es así. No lo acepté porque quería una carrera profesional por todo lo alto, en los mejores hoteles del mundo. Mi madre siempre tuvo razón. El Green House me pareció que no estaba a mi altura.

Jack la sujetó por la barbilla y la miró.

—No, no es verdad. Lo que pasa es que no te quieres nada, Sally. Y eso es un error. Piensas que vales por tu imagen de éxito profesional y eso es un error. Eres una mujer buena, de corazón noble. Eres mucho más que un puesto directivo en un hotel, por eso te amo profundamente.

Algo tembló dentro de ella y sintió que su fortaleza comenzaba a tambalearse con las primeras grietas. Resultaba conmovedor estar delante de un hombre que se preocupaba por ella.

—Gracias, Jack —musitó.

—¿Es que no te das cuenta de que me necesitas?

—Yo no necesito a nadie —Se hizo para atrás.

—Esa es la forma de pensar que te ha condenado a estar sola viviendo en una fría habitación de hotel. Deberías tener una casa propia, un hogar. Por eso quiero que construyamos uno, los dos. Ya verás cómo es una experiencia maravillosa. Ábrete a mí y no te arrepentirás.

El brillo en los ojos de Jack era casi cegador. Era vibrante cómo pronunciaba cada palabra, con que pasión y arrebato, como si la vida le fuese en ello. Que un hombre como él se fijara en ella le producía una felicidad inmensa, sin embargo, le costaba asimilarlo.

—Yo no quiero que cambie nada. Quiero seguir volcada en mi trabajo. Esa es mi vida. ¿Por qué alterar las cosas entre nosotros?

—Porque quiero tener hijos contigo. Uno, dos, cuatro, los que sean pero contigo —dijo tomándola de la mano—. Porque me haces sentir vivo y porque no he amado a ninguna otra mujer como te amo a ti. ¿Te parece suficiente o quieres más motivos?

—Si pensarás con claridad, como yo, no dirías eso.

—¡Es que no hay que pensar con claridad, Sally! —exclamó, frustrado por toparse una y otra vez con el muro que ella interponía—. Hay que pensar con el corazón. Déjalo que hable, porque lo tienes amordazado, encerrado en una prisión de cristal. Insisto, déjalo que te hable y te sorprenderás.

—No sé si puedo darte lo que pides, lo siento, de verdad —tragó saliva para no balbucear—. Será mejor que te hagas a la idea de que esto es lo que puedo ofrecer. No hay más.

—No quiero perderte, Sally.

—Pues entonces no insistas, si no cada uno irá por su lado y esta vez para siempre. Si es preciso, dejaré mi cargo en el hotel. Piensa lo que está en juego y toma una decisión. Está en tus manos.

Jack se frotó los ojos con los dedos. Necesitaba un instante de respiro para asimilar la irritante tozudez de Sally. Empezó a escocerle en lo más profundo de su ser el dolor del rechazo. Se sentía en medio de las ruinas de un edificio que acababa de desplomarse.

—Solo diré una cosa más.

—Dime… —murmuró.

—Te amo y siempre te amaré, aunque pasen mil años —Se inclinó hacia ella y la besó apasionadamente.

Cuando Sally llegó por la tarde a su habitación del Grand Majestic se alegró de disfrutar de un rato de soledad. Recordó las palabras de Jack sobre la frialdad del lugar y admitió que había algo de verdad en su afirmación. El silencio podía ser a veces intimidante, por eso encendió el televisor y dejó que llenara el vacío mientras su cerebro seguía maquinando ideas para el trabajo. El tiempo pasaba volando

cuando lograba concentrarse con el fin de ser productiva.

Sin embargo, al poco de empezar, la palabra «matrimonio» era una enorme fuente de distracción. Aparecía constantemente reclamando atención, causándole un sudor frío. Ser esposa requeriría mucho tiempo que debería robar a su trabajo, y eso a ella le parecía inconcebible. La solución resultaba sencilla. Jack necesitaba poner los pies de nuevo sobre la tierra porque ella nunca desearía casarse.

Capítulo 23

Camino a la casa de su abuela, Jack aún seguía dándole vueltas al doloroso rechazo. En realidad, doble, pues en total habían sido dos las declaraciones de amor a las que Sally había dado la espalda. No se arrepentía de haber expresado sus sentimientos, puesto que estaba convencido de que ella era la mujer de su vida, pero era duro admitirse a sí mismo que su orgullo había salido apaleado. Por si esto no fuera poco, no dejaba de notar un vacío a su lado cuando Sally no estaba. La echaba de menos terriblemente.

Ella le había amenazado con marcharse del hotel si Jack se empeñaba en pedirle matrimonio. La conocía muy bien, por lo que supo que no se trataba de una pose fingida. Pensó que prescindir de sus servicios era un lujo que ni el Grand Majestic ni él podían permitirse. Así pues, decidió que sería prudente mantener cierta distancia con ella, ceñirse en exclusiva a conversaciones profesionales, anudando sus emociones. No sería sencillo y reflexionó si sería capaz de llevarlo a cabo. ¿Qué otra alternativa se le planteaba? Enseguida se le llenó la cabeza con imágenes de ambos en la cama y él, oprimiendo su corazón, porque sabía que solo obtendría una pasión temporal y poco más.

No, le resultaría imposible hablar únicamente sobre ventas, clientes o planes de expansión con ella. Entonces se le ocurrió que establecer temporalmente un espacio que los separara para que los sentimientos de Sally maduraran y bajara la guardia. Jack, a pesar del riesgo que conllevaba, estaba decidido a mantenerse firme en ganarse

el rotundo sí de ella.

Aunque no era jueves, Jack decidió que era un buen momento para hablar con su abuela y, por qué no, buscar algo de consuelo. Se bajó de la limusina y subió las escaleras del coqueto portal de la casa y llamó al timbre, que resonó por la primera planta. Era casi la hora de la cena, aunque sabía que su abuela no cenaba hasta mucho más tarde.

La asistenta le abrió la puerta al poco tiempo.

—Hola. ¿Está mi abuela?

—Sí, Sr. Donaldson. Está en su dormitorio viendo la televisión —dijo colocándose a un lado.

—Gracias. No hace falta que me anuncie. Subiré.

Las escaleras le llevaron hasta la primera planta, donde siguió un pasillo decorado con acuarelas enmarcadas en las que aparecían ramos de flores. Su abuela estaba tumbada sobre la una enorme cama, con una manta sobre las piernas. En la televisión emitían un programa de viajes por Europa.

—Jack —dijo Angela abriendo los brazos—. Qué alegría verte.

—Hola, abuela —Se abrazaron y luego Jack se separó para sentarse en un sillón junto a la mesilla de noche. La calefacción estaba encendida y sintió el reconfortante calor envolviendo su cuerpo.

—Acabo de hablar con Andrea por teléfono —dijo, entusiasmada —. Está muy feliz con Brandon. Qué cosas, sale con tu mejor amigo.

—Sí, menuda sorpresa cuando me lo dijeron.

—¿Hacen una bonita pareja, no te parece?

—Encantadora —dijo con cierta ironía. Prefirió omitir los obstáculos que había erigido entre ambos por proteger a su prima—. Son el uno para el otro.

—El otro día almorzamos los tres juntos en un restaurante del SoHo. Conocía a Brandon, por supuesto y su fama de mujeriego, pero al verles juntos noté que saltaban chispas. Es posible que con la buena de Andrea siente la cabeza—. ¿Y tú, cómo estás?

—Bien —respondió sin mucha convicción.

Su abuela se hizo con el mando a distancia y apagó la televisión. Adoraba a su nieto, así que cualquier mínima preocupación le perturbaba el ánimo. Al no estar su hija, Angela había compartido el papel de abuela y madre al mismo tiempo.

—Jack, ¿qué te pasa?

—Me marcho a Australia.

—¿Cómo?

—Me voy de viaje para alojarme en los mejores hoteles de Australia y Europa con el fin de recabar nuevas ideas para mi cadena. Echaré de menos nuestros jueves culturales, pero solo serán unos meses.

—¿Tan de repente?

—Bueno, llevaba tiempo pensándolo, la verdad. Es más, se lo ofrecí a Brandon pero lo rechazó. No quiere separarse ni un segundo de Andrea. Yo, como estoy soltero, me puedo marchar el tiempo que me plazca.

Ángela entornó los ojos al detectar algo bajo las palabras de su nieto.

—¿Tiene algo que ver con Sally? —se aventuró a preguntar.

—Sí, bastante, abuela. Estoy enamorado de ella hasta los huesos, incluso le he propuesto matrimonio —su abuela se quedó con la boca abierta—, pero ella se resiste. No quiere que nada cambie entre nosotros, así que me marcharé para que me eche de menos. Veremos a la vuelta si algo ha cambiado. Le pediré a Andrea y Brandon que te lleven al Lincoln Center.

—No te preocupes ahora por eso. Además, no será lo mismo sin ti —dijo sonriendo tiernamente—. Me da mucha pena que te marches, pero la verdad es que es una razón de peso. Estoy convencida de que en cuanto se entere ni dejará que te marches. Es una mujer inteligente. Se dará cuenta pronto.

Jack estiró las piernas e inspiró profundamente. No se había equivocado al buscar la compañía y el cariño de su abuela, pues ella nunca le decepcionaba.

—Me gustaría tener algo como lo que tú tuviste con el abuelo. Una vida juntos, un hogar. Formar una familia… —dijo con la mirada ensoñadora— y cuanto antes empiece mucho mejor.

—Lo conseguirás, créeme. Por cierto ¿cuándo te marchas?

—Espero que en una semana —respondió. Por nada del mundo se lo pensaba confesar a su abuela, pero antes de viajar a Australia debía encargarse de Thomas Rudd.

# #

Desde el restaurante situado en la última planta del New York Marriott Marquis, Jack disfrutaba, sentando a la mesa después de una deliciosa comida, de un café irlandés. Le encantaba la fabulosa combinación de whisky, café y nata bañando el paladar. A su alrededor las mesas estaban vacías, aún sin montar para el servicio de cenas. Los camareros detrás de las barras limpiaban la cubertería y rellenaban las cámaras frigoríficas. Sin duda, lo mejor del restaurante era la inolvidable vista de Manhattan. Los rascacielos parecían al alcance de la mano, como árboles en un bosque de asfalto y hormigón. Y más allá de los innumerables tejados formando un tapete, se

divisaba la bahía. Era complicado huir de la sensación de magnificencia que flotaba en el aire cuando la ciudad respira a tus pies. Jack no solía regocijarse en esa sensación tan placentera a menudo, pero cuando lo llevaba a cabo siempre se acordaba de sus padres. Le hubiese gustado mostrarles hasta donde había llegado él solo, sin ayudas, sin apoyarse en ser el hijo de un célebre empresario.

Bebió un sorbo más del café y miró su reloj. Thomas Rudd estaba a punto de llegar. Le había citado en un lugar apartado para que pudieran hablar con tranquilidad y cierta discreción. Nadie debía saber que se iba a producir la conversación entre ambos. Por lo que había averiguado de él a través de terceras personas, se trataba de un buen profesional, abnegado y cumplidor, aunque poco dado a los cambios radicales. Procedía la costa este, de Providence, de la costa este y se había graduado en una universidad de segunda fila. Es cierto lo que afirmó Sally acerca de que contaba con influyentes amistades gracias a su matrimonio con la hija de un senador, pero no se trataba de algo que impresionara a Jack. «No hay nada más influyente que el dinero», pensó.

Cuando pasaban tres minutos de las dos de la tarde, las puertas metálicas del ascensor proveniente del vestíbulo del hotel se abrieron de par en par. Jack no se molestó en mirar, sino que continuó deleitándose con el café y las vistas. Oyó los pasos de su chófer y Thomas aproximarse a la mesa, y entonces sí que les dedicó una mirada. Su chófer se alejó para tomar asiento en la barra y Jack invitó a Thomas que se sentara con un gesto de la mano.

—Pensaba que el restaurante cerraba para el almuerzo —dijo el director del Latham.

—Así es, pero conozco el dueño y me ha hecho un favor —replicó Jack con seriedad.

Thomas vestía con un traje gris metalizado, camisa blanca y una corbata azul marina. Sus ojos se movían inquietos, pese a que su pose transmitía calma.

—¿Quiere tomar algo, Sr. Rudd?

—No, gracias. Estoy bien —dijo con una sonrisa protocolaria.

—Debería probar este café. Resucitaría a un muerto —Jack tomó un sorbo más, pausadamente, tomando la iniciativa de la conversación.

—He de decir que me sorprendió su llamada.

—He oído hablar tan bien de usted que me apeteció conocerle, Sr. Rudd.

—La sensación es mutua, Sr. Donaldson. Su éxito como empresario le avala. Cada hotel que compra se convierte en oro —Thomas, secretamente, anhelaba que le ofreciera un puesto de director en uno de sus hoteles de lujo. Su carrera llevaba tiempo estancada, y era algo

que no acababa de entender, pues se consideraba llamado para mayores logros.

—Le agradezco sus palabras —dijo colocando el café de nuevo sobre la mesa. Reprimió el profundo deseo de cogerle por la corbata y darle una buena tunda por amargar la vida de Sally. Sin embargo, se contuvo. La venganza que tenía planeada era mucho más placentera —. Si pudiera elegir un hotel para trabajar, ¿cuál sería?

—Bueno, siempre me ha parecido un sueño el Waldorf Astoria y el Grand Majestic —dijo Thomas, sintiendo un cosquilleo de ilusión en el estómago.

—No son malas elecciones. Alabo su excelente gusto —Jack sacó una hoja doblada del bolsillo interior de su chaqueta y se inclinó sobre la mesa—. Bueno, me imagino que quiere saber por qué le he citado.

—Así es.

—Tengo el enorme placer de comunicarle que está usted despedido del Latham con efecto inmediato. Sus objetos personales se le enviarán a su casa, así que no se le ocurra acercarse a la oficina.

Thomas soltó una carcajada.

—¿Es una broma, verdad?

—No, no lo es —dijo Jack, disfrutando cada minuto de todo lo que se le avecinaba a Thomas—. Está usted despedido.

—¿Cómo es eso posible? Usted no es el dueño del hotel.

—Lo acabo de comprar esta misma mañana a Vincent Miller —dijo con una sonrisa entre los dientes.

—¿Qué estupidez está diciendo? ¿Con quien se cree que está hablando? —preguntó Thomas poniéndose en pie enérgicamente.

—Se lo demostraré.

Jack sacó el teléfono móvil y marcó el número de Miller ante la cara estupefacta de Thomas. Gracias al manos libres, se oyó la voz cascada de Joe Miller.

—Vincent, tengo delante de mí a Thomas. No se cree que hayamos cerrado un acuerdo. Por favor, ayúdale a comprender.

Se oyó un carraspeo.

—Es verdad, Thomas. Me ha ofrecido un gran acuerdo. Lo siento, estás en sus manos —Vicent colgó bruscamente antes de que Thomas pudiera protestar.

Jack cruzó las piernas con gesto despreocupado. Lo hubiera dado todo por meterlo en la cárcel, pero al menos verle derrotado era un consuelo. Thomas apretó los puños hasta que los nudillos se pusieron pálidos.

—¿Por qué?

—Tú sabes por qué —espetó Jack clavándole la mirada.

En la mirada llena de ira de Thomas, Jack se percató de que brillaba una luz de comprensión. Enseguida le había relacionado con

Sally.

—¡Esa zorra mentirosa! —exclamó Thomas mientras con ambas manos cogía la mesa redonda y la arrojaba al suelo con gran estrépito. El chófer se acercó frunciendo el ceño, pero Jack le hizo un gesto para que se detuviese. La situación estaba bajo control.

Jack se puso de pie transmitiendo un gran autodominio y se ajustó la chaqueta.

—Le prometo que haré todo lo posible para que no vuelva a trabajar en un hotel. Ni siquiera de botones. Está usted acabado. Le recomiendo que se busque otra profesión. Y como se acerque a ella lo lamentará —Dicho esto, se fue caminando hacia el ascensor.

Capítulo 24

En un diminuto callejón cerca de Union Square, se encontraba encajonado el albergue municipal de Fundación Familia, de la que le había hablado su hermana. A decir verdad, llevaba con tiempo de conocerlo, pero los diferentes compromisos se lo habían impedido. Ante ella se alzaba un edificio de dos pisos de ladrillos rojos, con la escalera para los incendios colgando de la fachada y tres ventanas en cada planta. El letrero de la Fundación estaba situado justo encima de la puerta, entre dos lámparas oxidadas.

Al entrar vio a una chica afroamericana sentada a una mesa de madera redonda repleta de documentos y llaves. Enfrente de ella una pareja de avanzada edad con ropas sucias leía las normas del albergue.

—¿En qué le puedo ayudar? —preguntó con cortesía.

—Estoy buscando a mi hermana Linda.

La mujer esbozó una amplia sonrisa.

—Oh, sí, claro, está en la cocina —y señaló con la mano una puerta abierta al otro lado del pasillo.

Sally caminó mientras a lo lejos se oía el llanto de un niño que le causó un hondo estremecimiento. La labor de la Fundación le pareció necesaria y encomiable y se sintió culpable por no haberla conocido antes. Significaba mucho para su hermana.

El comedor albergaba dos kilométricas mesas a las que estaban sentadas un buen número de personas con bandejas de comida humeante. Aunque la escena era desoladora, muchos de ellos lo soportaban con una esmerada dignidad, con expresiones serias

algunos, pero otros con una genuina sonrisa. Había tanto hombres como mujeres.

Linda le llamó por su nombre agitando la mano desde el fondo, donde quedaba la cocina. El olor a patatas y sopa de pescado le cosquilleó el olfato. Su hermana llevaba un delantal del que colgaba un trapo para limpiarse las manos. La cocina, aunque pequeña, aprovechaba cada rincón con brillantez gracias a innumerables estantes para almacenar la comida. Detrás de ella, un par de voluntarios limpiaban el extractor de humos.

—Sally, qué bien que estás aquí —dijo Linda abrazándose con su hermana.

—Estoy orgullosa de ti. Siempre pensando en ayudar a los demás —Sally miraba a su hermana pequeña con arrobo.

—Muchas gracias —La cara de Linda se iluminó como un árbol de Navidad—. La verdad es que hay gente a la que le hace falta. Los pobres lo están pasando mal. Y el invierno ya está aquí y hará un frío terrible. Es una pena que no podamos acogerlos a todos.

—Quería hablar contigo, pero ya que estoy me gustaría echar una mano.

—Genial. Ayúdame a pelar patatas, si no te importa. Te veo demasiado elegante para esa faena —Sally lucía una gabardina y por debajo un jersey de lana grueso y unos pantalones de algodón.

—No te preocupes, Linda.

Ambas hermanas tomaron asiento alrededor de un barreño donde iban soltando la piel.

—¿Cómo están mamá y papá?

—Bien. Mamá ahora mismo está en el restaurante, cubriéndome, y papá ya terminó el libro.

—¿Ya? Qué rápido. Me apetece leerlo.

—Yo ya lo leí. Es maravilloso —dijo Linda.

—¿Y yo por qué aún no?

—Ya te lo dirá, tranquila.

Deseó que Linda llevara razón, pues se moría de ganas por revivir los recuerdos de Green House.

—¿Te dijeron algo sobre lo que pasó en la cena?

—No, nada. Fue una discusión más. Eso pasa hasta en las mejores familias.

Sally asintió con la cabeza. Por desgracia, la suya no era una excepción. Quería a su madre, pero a veces la sacaba de quicio. Nunca pensaba lo que decía, a veces solo hablaba para hacer daño.

—Quería que nos viésemos para contarte que ayer Jack me propuso matrimonio.

Los ojos de su hermana se abrieron de par en par, incluso dejó de pelar patatas.

—¿Qué le dijiste?

—Que lo olvidara.

—Sally, por favor, tendrá el corazón destrozado el pobre —dijo meneando la cabeza.

—Yo no tengo ninguna culpa. Estábamos muy a gusto, sin problema y, de repente, empezó a cambiar y a hablarme de amor. No tengo tiempo para enamorarme. Tengo mucho trabajo.

—Oh, Sally. Tú siempre haciéndote la dura. Estás volcada en tu profesión y eso es bueno, pero ¿por qué no dedicas tanto tiempo y energía en ser feliz con una persona?

—Soy feliz, Linda. Me va muy bien en el hotel. No necesito a nadie para ser feliz.

—Entonces, ¿no estás enamorada de él?

—En absoluto —respondió sintiendo un picor en el antebrazo—. Me encanta estar con él. Se me hace extraño si no oigo su voz, si no le tengo cerca. Además, no sé cómo ni por qué, pero confío en él. Creo que le puedo contar mis secretos, que me escucharé y me apoyará. Él dice que somos parecidos, yo no sé si iría tan lejos. Y el sexo es genial.

—¿Te estás oyendo? —preguntó mirando fijamente a su hermana —. Estás enamoradísima.

—Anda, calla, y pela patatas —dijo Sally bruscamente. Después dejó escapar un suspiro—. El matrimonio son palabras mayores, Linda. Es para toda la vida.

—¿Es que tienes miedo de que sea un fracaso?

—Tengo miedo de que se entere de lo frágil que soy. No soy como él piensa, que soy perfecta y exitosa. Soy insegura y si me caso con él lo descubrirá, y se llevará una enorme decepción. ¿Es que no lo entiendes?

Linda se levantó y colocó las patatas peladas en un barreño con agua. Después volvió a sentarse junto a su hermana. Necesitaba elegir bien cuidadosamente las palabras para transmitir el mensaje correcto.

—Lo que entiendo es que piensas que el éxito de tu trabajo te hace mejor persona por dentro. Te equivocas por completo. No le vas a decepcionar porque él ha visto en ti unas virtudes únicas, pero tú te empeñas siempre en autodestruirte. Por eso nunca has tenido una relación estable, de años. Solo he conocido a uno de tus ligues. Siempre centrada en tu carrera, en tu carrera…

Sally se sintió derrotada.

—Lo sé. Debería haberlo hecho mejor.

# #

Los días siguientes transcurrieron con una carga importante de

trabajo para Sally, ya que una célebre cantante de música pop había decidido alojarse en el hotel con su séquito de más de veinte personas. Debido a que se trataba de dos conciertos en el Madison Square Garden habían alquilado una planta en exclusiva durante una semana. Algo que no era extraño, pues ansiaba que nadie violase su privacidad. Para el Grand Majestic se trataba de una gran noticia porque con la presencia de la estrella aumentaba el prestigio del hotel. Eso significaba más reservas y más apariciones en los medios de comunicación.

El enorme esfuerzo y dedicación que implicaba que todo saliese a la perfección y que la cantante estuviera satisfecha con el servicio del hotel, fue la perfecta válvula de escape para que Sally sepultara sus preocupaciones acerca de la relación con Jack. No se habían cruzado por el hotel y ni siquiera habían intercambiado mensajes o llamadas. La reunión con los diferentes departamentos a primera hora de la mañana todos los días, le absorbía todo el tiempo disponible.

Por suerte, el bagaje profesional de Andrea le ayudaba en no pocas ocasiones para resolver imprevistos. Como cuando el representante de la cantante exigió una mesa de pimpón a las diez de la noche. O cuando ordenaron con un solo día de antelación un pan integral fabricado únicamente en Holanda. Era en esos momentos cuando era necesario ser resolutivo, pese a las irrefrenables ganas de tirarse de los pelos. «Es parte del oficio», se dijo Sally.

Por suerte, la semana pasaría pronto y Andrea y ella volverían a recuperar el ritmo habitual de trabajo. Desde que la relación con Brandon se había hecho oficial, daba gusto estar al lado de Andrea, ya que siempre estaba de buen humor y con una sonrisa envidiable. Se notaba ese grado de pasión que brotaba entre ellos, como un torrente que nadie puede detener. Además, la diferencia de edad no representaba ningún obstáculo.

En principio aquella primera reunión de la mañana con el departamento de Recepción se presentaba sin sobresalto alguno. Sally comentaba las últimas novedades y cómo se iba a proceder a efectuar el «check out» del séquito de la cantante. Todo debía realizarse con minuciosidad y armonía. Ella había decidido aplicar un jugoso descuento a la factura debido a la enorme cantidad de dinero que se habían gastado en el hotel. Las cenas en La Cascada habían sido recurrentes y con críticas positivas.

A punto de terminar la reunión, Tony apareció por el despacho con una expresión inquieta dibujada en su cara. Desde la puerta, con un gesto, le dijo a Sally que quería hablar con ella. Entonces esperó a que los responsables de Recepción se marcharan y entró en el despacho. Sally estaba apoyada sobre el borde de su mesa.

—Me acabo de enterar de una noticia que te va a dejar pasmada —

le dijo Tony.

—¿Qué ocurre? —Sally se irguió, intrigada.

—Despidieron a Thomas del Latham. Me he enterado hoy pero ocurrió al principio de la semana.

—¿Cómo?

—Ha sido de la noche a la mañana, de repente. Nadie sabe bien el motivo, aunque al parecer han vendido el hotel por un buen dinero y adivina quién lo ha comprado.

—¿Quién?

—Excelsior Guest.

—¿Jack? —La noticia le sacudió el cerebro. No resultaba complicado relacionar la consecuencia de haberle desvelado su secreto. A su manera, Jack se había vengado. Esa preocupación porque se llevara a cabo cierta justicia emocionó a Sally. Demostraba las hechuras de Jack, las de un buen hombre con un corazón inmenso que se afligía por los demás.

—¿Te había contado algo?

—No, para nada —A Sally le llevó unos segundos calmar el ansia que bullía en su interior. La mezcla de respeto por el gesto de Jack, pero también la satisfacción de que le ocurriera una desgracia a ese desalmado. Aunque ni mucho menos restauraba esa tristeza que siempre llevaría a cuestas.

—Voy a hablar con él —dijo ella saliendo disparada hacia su despacho, antes de que Tony pudiera decir nada más.

Anhelaba darle a Jack un sincero agradecimiento por tomar partido a favor de ella. A través del teléfono resultaría muy frío, por lo que optó por verle en persona. Le apetecía abrazarlo, besarlo y darle las gracias desde lo más profundo de su ser. Era obvio que no se trataba de una maniobra profesional, sino una forma de estropear la vida de Thomas. Al acercarse a la mesa de la secretaria sintió un pellizco en la boca del estómago al pensar que, en unos segundos, estaría frente a él. Tan atractivo y seguro de sí mismo como siempre.

—Quiero hablar con Jack —dijo a su secretaria.

—No está.

—¿A qué hora vuelve? —Sally miró su reloj de pulsera.

—Está de viaje, en Sídney. Pensé que lo sabría.

Se sorprendió de que nadie se lo hubiera mencionado. Ni siquiera Andrea. «¿Es que es un secreto?», pensó.

—¿Cuándo vuelve?

—No tiene fecha segura, pero me ha dicho que en unos seis meses. Si es urgente puede comunicarse a través del correo electrónico. Lo tiene operativo.

Aquellas palabras le sentaron como si le hubieran dado con un tiesto en la cabeza. Jack se encontraba a más de quince mil

kilómetros. ¿Cómo se supone que iba a aguantar todo ese tiempo sin él?

Capítulo 25

Desde la habitación del hotel, Jack observó la casa de la Ópera de Sídney dominando la bahía. La forma puntiaguda del techo le recordó curiosamente a una serie de caparazones enterrados. La luz caía sobre el edificio de hormigón causando un brillo cegador en los cristales. Se acordó de su abuela y de la ilusión que le causaría presenciar uno de los numerosos espectáculos de música que se celebraban. Si disponía de tiempo pensaba comprarle algún detalle en la tienda de suvenir. Se sintió aliviado al recordar que Andrea y Brandon la llevarían al Lincoln Center para que no perdiera su cita cultural. Además, pensaba llamarla cada semana para contarle sus impresiones de las ciudades que visitaría y preguntarle cómo se encontraba. Aún no había definido el día exacto para su regreso, pero esperaba que fuera el suficiente para que Sally sufriera por su ausencia. No le extrañó en absoluto que le costara olvidarse de ella. Aparecía constantemente en sus ensoñaciones.

Por suerte, el trabajo le ayudaba a despejar su mente. Se encontraba en uno de los hoteles más exclusivos, el Park Hyatt Sidney, y sus anotaciones en el iPad iban en aumento a cada instante. Le encantó la idea de encontrarse una chimenea en su suite, porque ello le daba a la habitación un aire más cálido y confortable. La decoración jugaba mucho con el blanco y un mobiliario sencillo, sin ornamentos excesivos. Aunque el Grand Majestic era conocido por su estilo más clásico, Jack estaba abierto a nuevas ideas con las que debatir con Sally. Como se suele decir, renovarse o morir. Otro aspecto que le

pareció llamativo es la inclusión en la suite de una habitación exclusiva para el spa, con dos camillas en el centro y un espejo con marco de madera.

El hotel era diferente al situarse al borde del muelle, ya que no se trataba de un inmenso edificio sino de una construcción de cuatro plantas. A Jack le encandilaba ese tipo de hotel con algo que lo hacía único, por eso en vez de inspirarse para mejorar el Majestic, pensó que quizá sería mejor construir uno parecido en la costa este de Estados Unidos. Sonrió al pensar que cada vez que soñaba con un nuevo hotel para la cadena, se sentía como un niño.

Miró su reloj donde aún conservaba la hora de Nueva York —catorce horas menos—, ya que no podía permitirse el lujo de desconectarse de lo que acontecía en su empresa, por si sucedía algún imprevisto. Pese a que notaba el cuerpo aún víctima del desfase horario, con el paso de los días terminaría acostumbrándose.

Su teléfono móvil sonó desde el dormitorio, así que Jack se desplazó preguntándose quién podía ser. Si se trataba de alguien de Nueva York sería plena noche. Al ver el nombre de Brandon en la pantalla, esbozó una sonrisa.

—¿Has visto ya a los koalas? —preguntó su amigo nada más descolgar.

—No, todavía, no —respondió Jack de buen humor.

—Bueno, pues dales recuerdos de mi parte cuando los veas.

—Lo haré. ¿Todo bien por allá?

—Sí, sin problema. La cantante y su numeroso séquito se marchó encantados con nuestro servicio. Sally le ofreció un generoso descuento si hablaba bien de nosotros en su cuenta de Instagram.

—No se le escapa una —dijo con admiración.

—Jack, mi equipo y yo vamos a empezar a crear una cuenta especial para el Latham. ¿Cuáles son tus planes? ¿Me puedes adelantar algo?

—Este año ha sido un año magnífico, Brandon, pero el año que viene va a ser mejor —dijo pensando en su sueño de construir un Hyatt Park en Estados Unidos—. Entre otros planes quiero encontrar una personalidad para el Latham. Un concepto que venda y que lo haga diferente. Si va a pertenecer a nuestra cadena, que sea por un buen motivo.

—No entiendo que viste en ese hotel para comprarlo.

—Digamos que fue una corazonada —Jack consideraba todo el asunto de Thomas Rudd y Sally confidencial incluso para su mejor amigo—. Se presentó la ocasión y ya está.

—Se podía haber conseguido a mejor precio.

—Lo sé, pero créeme, a la larga será un buen negocio.

A Brandon no se le pasó por alto que el Latham había sido el

penúltimo hotel dónde había trabajado a Sally. Además, Jack había despedido al director inmediatamente, situación que no era habitual. Le resultaba insólito que Jack hubiera adquirido el Latham en un abrir y cerrar de ojos, cuando para el Grand Majestic le llevó cerca de seis meses. Brandon no quiso insistir por teléfono, pensó que ya encontraría el momento para conversar sobre el tema.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Trabajaré un poco más y me daré un paseo. Hace un día maravilloso, aquí estamos ya en verano. Igual hasta me doy un chapuzón en la piscina.

—¡Qué envidia me das! Aquí empieza a hacer un frío terrible. Tengo que ir por la calle con una bufanda tapándome la boca.

Después de despedirse, desde el televisor, a través de una aplicación, navegó por la carta del servicio de habitaciones a con el mando a distancia. Le maravilló el menú donde a través de imágenes se podía escoger el almuerzo o un refrigerio, con la misma facilidad como si estuviera eligiendo una película. Además, por si fuera poco, podía elegir que le enviaran el pedido a cualquier parte del hotel. «Genial», pensó.

# #

El agua de la enorme piscina brillaba bajo el cielo australiano. El color entre oscuro y azul del fondo evocaba el fondo del mar, lo que a Jack le pareció tremendamente original. Alrededor se desplegaban un buen número de hamacas donde los clientes se tumbaban a tostarse la piel. El calor era incisivo pero no sofocante. Para Jack resultaba irónico encontrarse a principios de diciembre con una temperatura tan alta. Después de deleitarse con un buen chapuzón, tomó asiento en la barra del bar para tomarse un refrescante cóctel. Unos minutos atrás se había tomado el ligero refrigerio ordenado en su habitación. Después de una mañana de intenso trabajo, se merecía un descanso. Volvió a acordarse de comprarle un suvenir a su abuela, como de esas cosas que no podía olvidar.

—¿De dónde viene, caballero? —le preguntó el camarero mientras le preparaba un daiquiri de fresa. En la barra, un par de clientes de aspecto hindú bebían con una pajita sus respectivos cocteles.

—De Nueva York.

—Oh, la capital del mundo. ¿Negocios o placer?

—Negocios, por supuesto. Aunque también, por qué no decirlo, también hay algo de placer. Es difícil resistirse al encanto de Sídney.

—Le doy toda la razón.

El camarero terminó de echar el ron y agitó la coctelera. En ese

instante sonó el teléfono, que tenía sobre la barra, al lado de su cartera. En la pantalla apareció el nombre de Sally. Pensó en contestarlo, pero luego decidió que prefería que sufriera un poquito más. Apenas acababa de empezar el viaje, así que dispondrían de otras oportunidades para charlar. Si se trataba de una urgente llamada profesional que ella misma se desenvolviese, para eso la había contratado. Después de que tomara la decisión de aumentar el sueldo a sus empleados por su cuenta, ya nada le sorprendería de Sally. Así pues, tomó el teléfono y lo silenció.

—Vaya, muy maduro por tu parte castigarme con el tratamiento de la indiferencia —dijo Sally a su espalda.

Jack se giró con el cuerpo agarrotado de repente. Tuvo que admitir que no se esperaba lo que sus mismísimos ojos le estaban contando. Sally Green se encontraba delante de él, en Sídney, Australia. Su melena oscura estaba algo agitada, sin duda debido a las horas del vuelo, así como unas ligeras ojeras daban cuenta del eterno e incómodo trayecto en avión. A pesar de su evidente cansancio, su belleza seguía, como siempre, deslumbrante. Y eso era un aspecto de ella que no dejaba de sorprenderle a Jack.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, aunque por dentro no cabía en sí de gozo. Que estuviera allí de cuerpo presente solo significaba que su plan había funcionado, aunque mucho antes de lo previsto.

—Sabes muy bien lo que hago aquí, idiota. Tú lo tenías más que planeado.

—¿El qué? ¿Hacerte sufrir? Pero qué arrogante eres, Sally. El mundo no gira a tu alrededor. Por cierto, ¿cómo sabías que estaba aquí?

—Tu secretaria me dio el nombre del hotel y, ahora, en recepción les dije que era la Sra. Donaldson.

—¿La Sra. Donaldson? —Jack no puedo evitar sonreír. Pronunciar esas palabras era como música para sus oídos.

—No pongas esa cara de tonto, por favor. Que conste que odio que te salgas con la tuya. Además, me estoy asando con esta ropa. ¿Por qué nadie me dijo que esto era verano?

Jack se acercó y la rodeó por la cintura. Él estaba vestido solo con un bañador, el cuerpo medio húmedo y lleno de músculos. Ella con una gabardina, medio despeinada y con una maleta pequeña. Él colocó suavemente una mano en la mejilla para besarla con absoluta devoción. El camarero y los clientes hindúes se quedaron mirándoles, extrañados.

El corazón de Sally retumbó al notar los labios sobre los suyos, el roce de las lenguas… el anhelo por besarle que llegaba a su fin después de horas incontables suspirando por tenerle a su lado.

—Te amo —dijo con un hilo de voz, mirándole fijamente.

Esas dos palabras bastaron para que Jack sintiera que flotaba. Le había costado arrancarlas de la boca de Sally, pero el esfuerzo había merecido la pena.

—Eres dura, amor mío —Jack le acarició la mejilla con una dulzura infinita.

—Lo sé —dijo sintiendo un estremecimiento—, pero no tanto como te imaginas. He sido feliz a mi manera… Me da pánico decepcionarte, que te des cuenta con el día a día de que soy otra persona. Siempre me ha gustado proyectar la imagen de seguridad que me da mi trabajo. Es un error, lo sé, pero no he podido evitarlo. Nunca he querido casarme, pero es posible que ya sea hora de salir a la luz, de arriesgarme, de decir que esta soy yo, con mis defectos y mis virtudes. Ya no quiero vivir más en una habitación de un hotel, quiero una casa, necesito un hogar.

El puño que atenazaba su corazón se aflojó de repente, justo cuando una ligera brisa lamió su cara. Todo le pareció un tanto irreal. Los dos, en Sídney, proclamando su amor con La Casa de la Ópera como testigo desde una piscina, bajo el sol del verano en diciembre. Sí, un tanto irreal pero mágico también.

Jack la envolvió fuertemente con sus brazos y la besó largamente. En vista de la festiva situación, el camarero fue preparando otro cóctel.

—Te voy a hacer feliz, Sally. ¡Vamos a vivir una vida de ensueño!

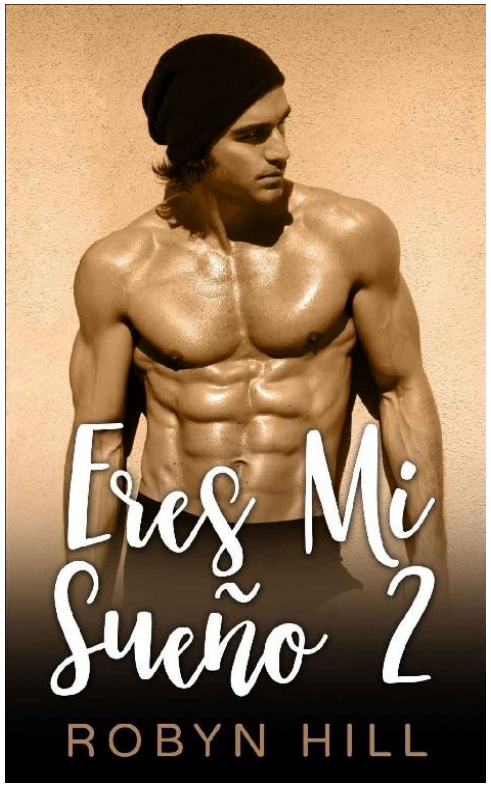
—Más te vale, Jack Donaldson —los ojos de Sally se humedecieron—. Porque si no te romperé la cabeza con un jarrón o con lo que encuentre más a mano.

—Entonces recuérdame que revise si estoy al corriente de pago de mi seguro privado de salud, por si acaso.

Ambos se rieron.

CONTINUARÁ…

(Si te ha gustado la novela, considera apuntarte al newsletter de Robyn Hill para estar atenta a los siguientes libros. Por favor, haz clic aquí.)



«Eres mi sueño 2», de Robyn Hill, YA A LA VENTA, es la segunda entrega de la trilogía de las hermanas Green. La chispa del amor, del sexo y las disputas familiares se mezclan al pie de los rascacielos de Nueva York.

A pesar de que no es feliz, **Linda Green** sigue manejando el restaurante a petición de sus padres. Odia los enfrentamientos y no quiere decepcionarlos. Su refugio es la labor altruista en la fundación a la que dedica sus horas libres.

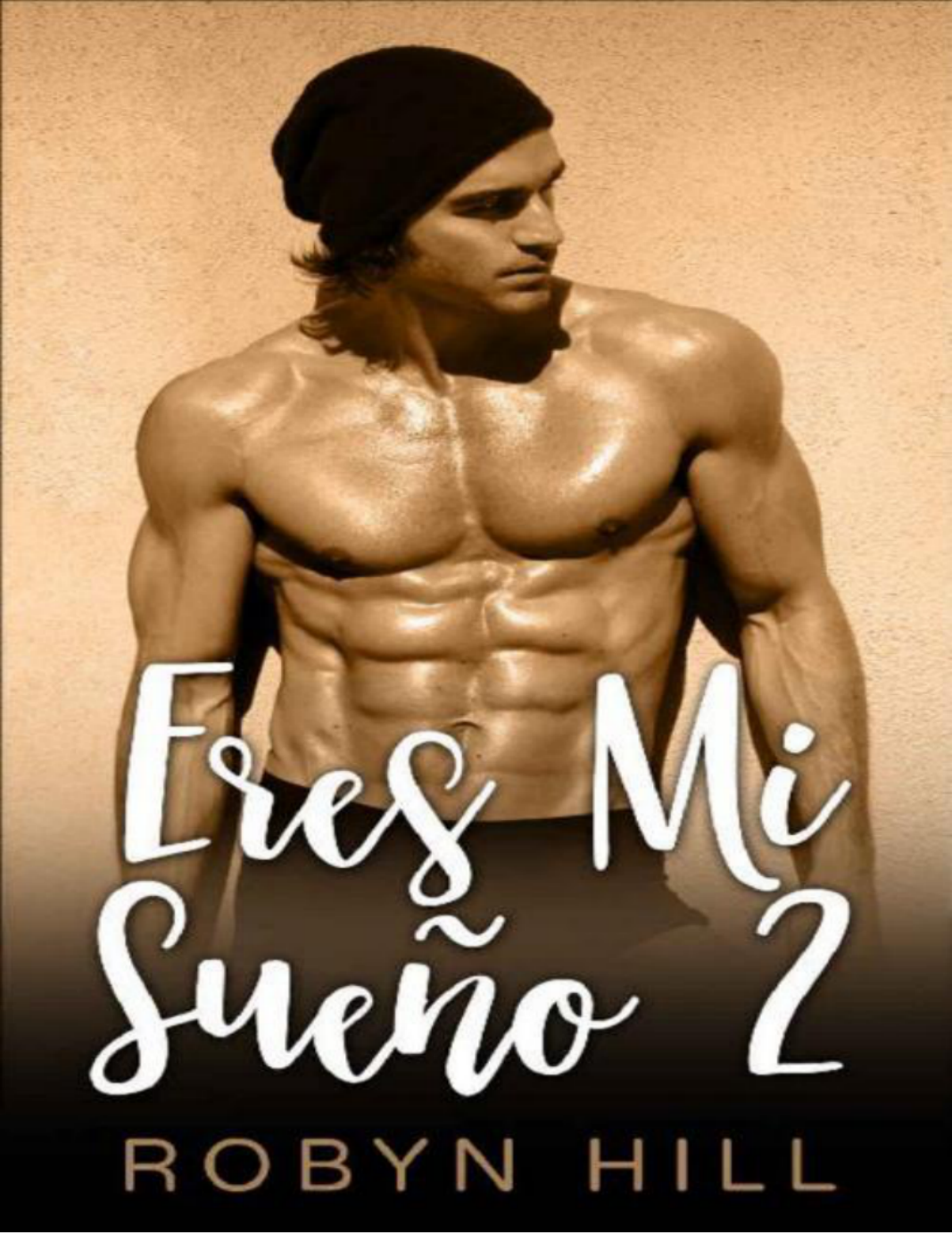
La llegada del misterioso fotógrafo **River Crowe** para promocionar la fundación causa un enorme revuelo en el corazón de Linda. La atracción es mutua aunque River no permanecerá mucho tiempo en la ciudad. Otro destino le aguarda. A pesar de que River no le promete nada, Linda no puede evitar entregarse en cuerpo y alma.

Descárgate la novela y **entra en un mundo donde el romance, la pasión y la ganas de vivir marcan a las inolvidables hermanas Green**.

Consigue la novela aquí, en Amazon.

Table of Contents

Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25


Eres Mi Sueño 2
ROBYN HILL

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo

Capítulo 1

En el Green House faltaba poco para el cierre. No quedaba más que una pareja de tortolitos como únicos clientes, a los que se veía disfrutar de la velada, sonriendo e intercambiando dulces miradas, por lo que a Linda le dio lástima apresurarles. De todas formas, aún le restaban varias tareas pendientes, como preparar el pedido de las bebidas y el de la cocina para el día siguiente.

Le dijo a Sean que se marchara a casa pues ella se encargaba de bajar la persiana metálica y echar el candado. Como era de esperar, el camarero se ofreció a quedarse hasta el final pero Linda le disuadió para que se marchara a casa y descansara. Ella sola se podía encargar de todo. Además, su madre la estaba esperando en la oficina para regresar juntas a casa y Sally estaba sentada a una de las mesas cerca de la entrada, disfrutando de una riquísima porción de tarta de queso estilo New York.

—Está delicioso —dijo Sally entre un bocado y otro, cerrando los ojos maravillada por el cremoso sabor bañando su paladar. Desde pequeña siempre había sentido predilección por ese postre casero. Lo bueno de ser adulta es que ahora nadie le podía impedir tomarlo cuando le apeteciese—. Me comería otro más, pero no lo voy hacer porque si no, voy a explotar.

Sally se llevó la mano a su prominente barriga. Había notado vida en su interior en forma de adorable patadita.

—Mi hijo va a ser karateka, no hay duda. No para de usar mi barriga como gimnasio. Se lo he dicho a Jack un montón de veces,

pero dice que exagero.

—¿Te ha dado una patada? —preguntó Linda desde el mostrador con la mirada llena de ilusión—. Ay, cómo me gustaría poner la mano y sentirla.

—Lo que yo quiero es que salga de una vez. Parezco una hipopótama. Y los antojos de pastel de queso me están llenando de calorías. Linda, cásate, pero no te quedes embarazada, te lo advierto.

—Pero si ha de ser lo más bonito del mundo —Linda sonreía a la vez que abría y cerraba las cámaras de frío, donde guardaban los refrescos y demás bebidas. Apuntaba en su móvil lo que necesitaba para luego enviarlo al proveedor. La experiencia le había ayudado a no pedir de más ni de menos. Lo justo y necesario.

—Sí, sí, es muy bonito. Pero cada vez que me levanto de la silla necesito una grúa —Echó una ojeada al plato por si quedaba alguna migaja que llevarse a la boca, pero estaba inmaculado. Hizo una mueca de disgusto y evitó mirar la barra para caer en una nueva y calórica tentación. En un lado de la mesa reposaba el manuscrito del libro de su padre.

—Por cierto, ¿qué te ha parecido? —preguntó Linda, señalándolo con la mirada.

Sally tomó aire para responder a la pregunta, pues se sentía especialmente sensible. Todo le afectaba de una manera muy intensa.

—Me encantó —dijo por fin—. Ha sido como viajar en el tiempo. Está muy bien escrito y con una delicadeza que me ha sorprendido. ¿De dónde habrá salido su vena creativa? La verdad es que siempre he pensado en papá como en un bruto de buen corazón.

Linda estalló en una sonora carcajada. Para bien o para mal, su hermana siempre decía lo que pensaba.

—Ojalá que alguna editorial se lo publique. Me haría tan feliz verlo en las librerías… Me sentiría muy orgullosa —dijo Linda.

—Sí, es bonito pensar en nuestra historia siendo leída por gente desconocida. Y si es un éxito de ventas, el Green House se llenaría todos los días. ¡Hasta Hollywood haría una película! ¿Quién me podría interpretar a mí? —se preguntó alzando la vista hacia el techo.

—Anda, calla, que ya tenemos suficiente trabajo para que, además, el restaurante se convierta un sitio de moda.

La pareja de la mesa se había cogido de la mano de una forma tan amorosa que Linda sintió un pinchazo de envidia. Se imaginó, sin motivo aparente, que probablemente serían recién casados.

Catherine bajó por el estrecho pasillo que conducía a la oficina. Tenía la frente arrugada y con aspecto de profunda concentración mientras caminaba. Al ver a Sally, sonrió, y su hija le devolvió la sonrisa. Desde el inicio del embarazo, era como si ambas hubieran iniciado una soterrada tregua. A Catherine le emocionaba el ser

abuela y estaba contando las horas para acunar a su nieto, por lo que no le apetecía mantenerse distante de su hija.

—Qué mala cara traes —dijo Sally.

—Estoy cansada de tantos números. Los veo flotando alrededor de mí. ¿Te llevo a casa?

—Sí, pero tenemos que esperar a que se vayan esos dichosos clientes —los señaló con la barbilla—. ¿Es que no tienen casa?

—Déjales tranquilos. ¿No ves que están enamorados? Mira, se comen con los ojos —dijo Linda—. Mamá, lleva a Sally en coche a su casa. Yo iré andando a la nuestra. No es tan tarde. Es verano y aún es de día. Esperaré mientras termino de hacer la caja. Seguro que a nuestros clientes les queda poco para irse.

—Como quieras, hija. Ah, te informo que hemos cambiado de cuenta bancaria desde hace unos cuantos días. Solo para que lo sepas que ya no usamos West Bank.

—¿Y eso? Siempre ha sido nuestro banco.

—Nada importante, pero el nuevo nos da un mayor interés y es más fácil operar con ellos a través de la página web.

—Bueno, como quieras —dijo Linda saliendo de la barra para ayudar a su hermana a levantarse.

—¿Seguro que no es mejor que te esperemos? —preguntó su madre.

—Iros tranquilas —Linda tiró de su hermana y la rodeó por la cintura. Catherine se acercó para ayudarlas, pero enseguida se percató de que no era necesario.

—Mamá, vámonos rápido que empiezo a tener ganas de ir al baño… —advirtió la hermana mayor—. Ya me entiendes.

Al cabo de unos minutos, Linda se quedó sola a la barra. La cuenta de los tortolitos ya estaba pagada, así que inició el recuento de la caja. Como era costumbre, lo guardaría en un estuche con cremallera y lo pondría en la caja fuerte de la oficina para que su madre lo fuese a ingresar al banco al día siguiente.

Justo a mitad del proceso, oyó cómo las sillas se desplazaban sobre el suelo y pasos hacia la salida. Dejó lo que estaba haciendo con objeto de despedirse de la pareja. Linda se fijó en que iban cogidos de la mano, transmitiendo el profundo amor que los unía.

—Disculpa la tardanza. Se nos ha ido el tiempo volando —dijo él.

—Sin problema. Espero que todo haya estado a vuestro gusto.

—Sí, estaba todo riquísimo —dijo ella, sonriendo.

Desde la puerta Linda les vio alejarse por la acera. Se acordó de Marc, el francés con el que salió una larga temporada y con el que tuvo que romper cuando él se mudó a París por trabajo. Le hubiese gustado acompañarle pero sus padres le suplicaron que llevara las riendas del Green House.

Se obligó a ahuyentar ese oscuro recuerdo de su pasado, que ya nada le aportaba. Oyó un ruido extraño y se quedó quieta con los oídos alerta. El silencio del restaurante era abrumador. En la puerta no había nadie. Pensó entonces que lo había imaginado, por lo que después de unos segundos de espera no le concedió importancia y se dirigió a la mesa a recoger las copas y los platos. Se llevó una alegría al descubrir treinta dólares de propina, aunque lamentó no habérselo agradecido en persona a la amable pareja.

Cuando caminaba de vuelta hacia la barra con las copas en la mano, aporrearon la puerta de una forma tan estruendosa y súbita que se le escurrieron de las manos. Las copas estallaron en añicos contra el suelo. Al dirigir la vista hacia la puerta, asustada, descubrió a un joven de vestimenta desarreglada mirándola con el ceño fruncido.

# #

Después del sobresalto inicial, Linda respiró hondo para recobrar la calma. Pese al aspecto desaliñado del hombre había algo en él que le inspiraba confianza, aunque siguió manteniendo la precaución por si acaso.

Sin abrir la puerta, se acercó para preguntarle qué quería. Pensó que lo más práctico era recoger los trozos de cristal después de hablar con él.

Le bastaron unos segundos para percatarse de que sus ojos, boca, nariz y mentón trazaban un rostro hermoso. Llevaba el pelo castaño peinado hacia atrás, voluminoso y rebelde. Era alto y delgado.

—Me envía Emily. Soy el fotógrafo —dijo él alzando las cejas, como si no fuera necesario explicar nada más. Acarreaba una mochila a sus espaldas y un petate, que había dejado en el suelo. Vestía completamente de negro.

—¿Emily? —Linda se quedó pensativa.

Al ver que ella parecía incapaz de reaccionar, él resopló, como si le molestara ofrecer más explicaciones.

—Sí, Emily Blume, de la fundación Familia. Estoy buscando a Linda.

Por fin, cayó en la cuenta. Ahora todo encajaba. Se sintió algo tonta por no haberse percatado antes.

—Oh, perdona —dijo abriendo la puerta apresuradamente y colocándose a un lado para que pasara.

—No te preocupes —El hombre cogió el petate y entró en el restaurante—. Ya sé que no estaba previsto que nos reuniéramos aquí, pero el tiempo se me ha ido volando y, casi sin darme cuenta, llegué al barrio y pensé en saludarte. Vi el letrero que dice «Cerrado» pero

como reparé en alguien que estaba dentro, me acerqué. Vaya, un bonito restaurante —dijo mirando a su alrededor—. ¿Está Linda?

—Soy yo.

—¿Tú? —preguntó, sorprendido—. Cuando Emily me dijo que regentabas un restaurante, pensé que sería una persona vieja, ya sabes, de cuarenta años o así.

—Es el restaurante de mis padres, así que he tenido algo de ventaja —Linda notaba cómo las mejillas se ruborizaban. Sus ojos no se cansaban de mirarlo—. ¿Cómo te llamas?

—River, River Crowe.

—River… —Linda sintió un cosquilleo cuando pronunció su nombre. Fue como un lento mordisco a un dulce.

—¿Dónde tienes la escoba y el recogedor? —preguntó él fijándose en los trozos de cristal—. Esto ha sido culpa mía, así que yo lo recogeré.

—No importa, de verdad. Lo hago yo misma —Linda se encaminó hacia la cocina mientras procuraba aplacar todos sus sentidos, que estaban en ebullición. Emily, la supervisora, le había hablado del fotógrafo hacía unas semanas, pero el caso es que ya lo había olvidado con tantas cosas en la cabeza a las que debía prestar atención. Se extrañó de la juventud de River para ser un fotógrafo reconocido. «¿Cuántos años tiene? Quizá un par más que yo», pensó.

Linda regresó provista de una escoba y el recogedor. River intentó apoderarse de ellos, pero ella se hizo a un lado con rapidez.

—No hace falta. Ya lo hago yo —dijo Linda.

—Ni hablar. Fue culpa mía. Te di un susto de muerte. Seguramente pensaste que sería un vagabundo que venía a atracarte a punto de anochecer.

—No digas tonterías, anda. No me asusto tan fácilmente —dijo sin mirarle.

—Ya lo veo —dijo con ironía.

River volvió a intentar hacerse con la escoba. Linda seguía en sus trece, por lo que ambos forcejearon hasta que el fotógrafo, con ambas manos, se hizo con la escoba atrayendo a Linda bruscamente hacía él, quien no la soltaba por nada del mundo. Por un instante los dos se quedaron a una brizna de aire el uno del otro. Se formó un tenso silencio. Ella se recogió un mechón que le había caído sobre la cara a la vez que tragó saliva cuando la poderosa luz que brotaba de los ojos verdes de River le acarició el corazón.

—Apártate, que puedes hacerte daño —dijo River con una media sonrisa entre cínica y arrogante. Su piel estaba bronceada como si fuera un exquisito fruto maduro.

—¿Limpiando con la escoba y recogedor?

—Muertes más tontas han ocurrido.

A Linda le pareció que su bonita mirada encerraba algo de melancolía, como una pequeña llama de angustia que no cesaba de palpitar.

River terminó de recoger los añicos de cristal, se fue a la barra y, siguiendo las indicaciones de Linda, abrió la basura y depositó los restos de lo que una vez fueron dos excelente copas.

—Pensé que nos veríamos en la fundación —apuntó Linda, una vez que pudo recobrar el dominio de sus pensamientos.

—Sí, pero la verdad es que tenía curiosidad por conocerte. Emily habla maravillas de ti. Además, me dio por pasear por este barrio para fotografiar lo que surgiera. Soy muy de pasear.

—Claro, un fotógrafo siempre tiene que tener los dedos en el gatillo.

—Exacto.

Linda fue a dejar la escoba y el recogedor a la cocina.

—¿Tienes hambre? —preguntó mirando la cesta del pan sobre la encimera, cubierta por una servilleta.

—Llevo todo el día de acá para allá desde que bajé del avión, así que tengo un agujero en el estómago —River siguió curioseando por las paredes, llena de fotografías y recuerdos.

—¿No ha sido incómodo caminar con el petate? —preguntó Linda aún desde la cocina.

—Sí, pero estoy acostumbrado. Además, tampoco pesa tanto —River sonrió para sí mismo. Su intención había sido solo acercarse a saludar a Linda pero estaba sintiendo que una potente atracción los mantenía unidos. Le entraron unas irrefrenables ganas de tomarle una fotografía, pues sus ojos almendrados y su piel de alabastro le habían cautivado, pero se contuvo. Seguramente se negaría a posar para un desconocido.

Al comprobar que Linda tardaba en salir de la cocina, se acercó, curioso. Enseguida le llegó el olor a pan tostado y su estómago empezó a rugir.

—Pero ¿qué haces? —preguntó al verla preparar sobre la encimera un bocadillo de fiambre con rodajas de tomate y aguacate—. No será para mí, ¿verdad?

—Pues claro que es para ti.

—Gracias, pero cenaré algo por ahí afuera. No quiero molestarte.

—Si no te lo comes, lo tiraré a la basura —dijo Linda con expresión seria.

El bocadillo presentaba un aspecto tan jugoso y rico que a River se le hizo la boca agua. Y ese suave olor a tostado… era como la guinda del pastel.

—Está bien, pero solo porque eres tú —dijo con una media sonrisa.

—Vamos a la barra. Te serviré una cerveza.

—Gracias, Linda. Eres muy amable.

—No, gracias a ti por el trabajo que vas a desempeñar para la fundación. Es muy bonito ayudar a los demás sin recibir nada a cambio, ¿verdad?

River solo pudo asentir con la cabeza, pues su boca estaba llena con el gigantesco mordisco con el que había recibido al bocadillo. Linda abrió una botella de cerveza bien fría y se la sirvió en un vaso alargado. Él bebió un sorbo largo dejando que se refrescara su garganta como si se hubiera colocado debajo de una cascada.

—Por cierto, ¿dónde te alojas?

—No lo sé. Me gusta improvisar. Ya encontraré algo por ahí o con la ayuda de internet. ¿Conoces algún sitio que sea bueno y que no esté muy lejos de aquí?

—Sí, mi casa.

# #

La noche lo dominaba todo cuando Linda y River entraron por la boca del metro. Al llegar al vestíbulo, el aire cálido les envolvió. Se cruzaron con un nutrido y bullicioso grupo de jóvenes que estaban a punto de subir por las escaleras.

—Linda, gracias por darme cobijo. Mañana buscaré un hotel sin falta —dijo River, sonriendo.

—No te preocupes. Puedes dormir en la habitación de mi hermana, que ya no vive con nosotros —muerta de curiosidad, pensó en preguntarle cuánto tiempo se quedaría en la ciudad, aunque no se atrevió por si acaso a él le parecía algo brusco—. A mis padres les encantará tener un invitado.

—Qué bien, acabo de llegar y ya me ha adoptado una familia. Desde luego, no puedo quejarme —antes de pasar por el torno, River se acercó a la máquina expendedora para comprar su billete—. Deja que te invite al billete, qué menos.

—Muchas gracias, pero tengo mi súper abono —Linda lo sacó del bolso y se lo enseñó—. Es carísimo, así que tengo que amortizarlo.

Bajaron hasta el andén y tomaron asiento. Al otro lado, un par de palomas revoloteaban sus alas moviéndose de un lado a otro, entre vigas de hierro. Por la megafonía se anunciaba la llegada de los próximos trenes.

—¿De dónde eres? —preguntó Linda—. Emily no me contó mucho sobre ti, salvo que eres muy bueno.

—Soy de Chicago, pero llevo mucho tiempo viajando por el país. Me fascina viajar. No suelo estar más de unos tres meses en un mismo sitio enfrascado en el proyecto que me toque. Me encanta porque

estoy conociendo los verdaderos auténticos Estados Unidos, no todo eso que sale en los medios de comunicación, que están manipulados. Vivimos en una época terrible, políticamente hablando, y prefiero experimentarlo todo a través de mi cámara —la cara de River se endureció. Linda dedujo que era un tema que le afectaba y se alegró de conocer a alguien diferente. El restaurante y el voluntariado en la fundación le absorbían todo el tiempo para conocer gente nueva—. Vengo de Nueva Orleans, y me preocupa lo que hay detrás del escenario. Hay mucha miseria, Linda. Pero el Estado no se preocupa en absoluto.

—Sí, es una pena, por eso creo que todos nosotros debemos aportar nuestro granito de arena para hacer una sociedad mejor, ¿no te parece?

—Estoy de acuerdo. Por eso, los voluntarios como tú son tan valiosos. Hacen que el mundo sea algo mejor.

El ruido del tren entrando como una exhalación les hizo girar la cabeza. Linda se puso de pie y River le imitó, aunque no le hubiese importado esperar al siguiente tren, pues permanecer junto a ella le generaba una inesperada calma. No solo se trataba de su profunda belleza, sino del vívido brillo que desprendían sus ojos castaños. Era como si pudiera asomarse a su corazón a través de ellos y verlo palpitar.

Los asientos del vagón estaban ocupados, por lo que ambos se colocaron en un rincón, cerca de la puerta. Por un instante River lanzó una mirada al vagón, a los pasajeros, su instinto profesional siempre le invitaba a descubrir lo que le rodeaba. Las caras, sus expresiones, sus miradas… eran como un poderoso imán para él. Si no fuera descortés se pasaría todo el tiempo fotografiando. Linda, mientras tanto, le miraba con descaro percibiendo en él un halo de soledad.

River, de improvisto, se giró hacia ella, quien rápidamente miró hacia un lado, apartándose un mechón de pelo de la cara. Se trataba de un hombre atractivo, con la cabeza bien amueblada y de alma generosa, pues había aceptado el reportaje sobre la fundación sin cobrar nada.

—Entonces, ¿es la primera vez que estás en Nueva York? —preguntó Linda.

—Sí, es increíble que haya tardado tanto en venir —dijo abriendo los ojos—. No sé por qué, quizá esperaba encontrarme con una buena razón para visitarla. Todo el mundo de la fotografía está aquí, y eso es algo que no me atrae, aunque sea tirar piedras contra mi carrera. Pero bueno, soy joven —se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo hablando de sí mismo—. Y tú, ¿eres neoyorquina?

—Sí, por los cuatro costados. Al contrario que tú, apenas he viajado. Cuando era pequeña, mis padres nos llevaron a Orlando, a

Disneyworld. ¡Me encantó! Es uno de mis mejores recuerdos. ¿Has estado alguna vez?

—No, y espero no estar nunca.

—¿Por qué?

—Porque es una cruel fachada. El mundo está hecho un desastre y allí mercadean con la ilusión de no hay ningún problema —dijo con un mohín de disgusto.

—Yo no veo ningún problema en evadirse de vez en cuando de la realidad. Es más, hasta lo considero sano.

—Es justamente lo que el gobierno quiere, que no te acuerdes de lo mal que lo hacen, o cómo controlan nuestras vidas —dijo con seriedad, sin dejar de mirar a Linda.

Linda negó con la cabeza.

—River, eres todo un fatalista.

Él se encogió de hombros. A pesar de su juventud, la vida le había enseñado que para sobrevivir era fundamental revestirse de una piel dura, a prueba del dolor más profundo.

Capítulo 2

A la mañana siguiente, River se despertó en el que fue dormitorio de Sally antes de que fuera a la universidad, según le había desvelado Linda. Era difícil formarse una idea de la personalidad de la hermana mayor puesto que el mobiliario se había reducido al mínimo: una cama, el armario empotrado y una estantería llena de libros. Las paredes no acogían ni un cuadro o póster del que extraer alguna pista. Aun así, no pudo evitar sentirse invadiendo la intimidad de otra persona. No en vano se encontraba en la casa de una familia a la que no conocía, una situación que no era la primera vez que experimentaba. Su trabajo de fotógrafo siempre le llevaba de acá para allá, conociendo gente nueva sin cesar.

River había dormido con placidez y se sentía pletórico de fuerzas. Es cierto que los muelles de la cama emitieron algún que otro quejido, pero no lo suficiente para que perturbara su sueño durante la noche. Por supuesto, el cansancio acumulado del viaje desde Chicago y el paseo por Times Square previo a conocer a Linda también había influido.

A través de la ventana observó, entre los edificios, una franja de cielo con ese color desvaído propio del amanecer. Volvió a expandir la mirada por el dormitorio pensando en cuál sería su siguiente movimiento. Se preguntó si Linda estaría despierta y le entraron ganas de saltar de la cama y averiguarlo. No le costó admitir que le gustaba estar a su lado, oír su voz y deleitarse con su encantadora timidez. Hacía tiempo que no disfrutaba de una sencilla conversación y eso

alimentaba más su curiosidad por ella.

Mientras se cambiaba de ropa se acordó de que debía encontrar un hotel para alojarse, ya que sería un abuso por su parte quedarse más tiempo en la casa de los padres de Linda. A él no le hubiese importado, puesto que odiaba los hoteles, pero tampoco quería ser considerado un aprovechado.

Salió al pasillo y el olor a café le indicó el camino hacia la cocina. Allí estaba sentado un hombre de aspecto bonachón, inclinado sobre una mesa circular, pegada a la pared. Al alcance de su mano, una taza humeante. Sobre la mesa se encontraba el manuscrito de un libro.

—Buenos días —dijo él con un gesto seco de la cabeza—. Me llamo River.

—Oh, tú debes ser el amigo de Linda. Yo soy Paul Green —dijo en voz baja.

Ambos estrecharon la mano con cordialidad. River atisbó ciertos rasgos faciales que evocaban a Linda. Sin lugar a dudas, era su padre.

—Oí ruido y supuse que te levantarías. Este café es para ti —Paul le señaló la taza—. Ponle azúcar, si quieres.

—Muchas gracias, pero así está bien —River se sentó a la mesa y se acercó la taza. El hombre irradiaba cercanía, igual que Linda—. ¿Qué está leyendo?

—Un libro que he escrito —dijo con cierto orgullo—. Lo estoy revisando una vez más para cazar alguna errata o modificar algún párrafo. Cada vez que lo leo encuentro un fallo. Es terrible.

—Comprendo cómo se siente, Sr. Green…

—Llámame Paul, por favor.

River sonrió, agradecido por alejarse de la formalidad.

—Paul, a mí me pasa igual cada vez que revelo una fotografía. Siempre pienso que el diafragma estuvo demasiado tiempo abierto, o que el ángulo no era el adecuado. Por eso pienso que la perfección no existe. Solo es una actitud.

—Exacto. Estoy totalmente de acuerdo. Podría pasarme lo que me queda de vida repasando el libro y seguro que encontraría un fallo. En algún momento hay que parar y aceptar lo que tienes. Si no, acaba uno loco.

Mientras tomaba un sorbo del café, a River le pareció fantástico encontrar a alguien que entendiera el proceso creativo. Era como hablar de igual a igual. Para su sorpresa aquel hombre de manos gruesas y callosas dejaba entrever un alma sensible.

—¿De qué trata el libro?

—Son una especie de memorias. Recojo toda la etapa de la familia desde que abrimos el restaurante hasta mi jubilación. Lo cuento todo. Mis alegrías, mis frustraciones, el éxito, el fracaso. Durante todos estos años he conocido profundamente todas las emociones del ser humano.

Espero que pueda ser de utilidad a alguien. Eso me haría mucha ilusión.

—Me encantaría leerlo, Paul —dijo River, curioso por conocer los entresijos del Green House. Al menos, el padre de Linda lo contaba con pasión y eso era una buena señal.

—¿De verdad? —el centelleo en la mirada delataba su enorme sorpresa.

—Sí, de verdad. Prometo leerlo y decirte lo que pienso.

—Me encantaría saber la opinión de alguien que no fuera mi familia. Ya sabes, a ellas les encanta pero, claro, soy su padre.

—No te preocupes. Seré objetivo.

Paul le entregó el grueso manuscrito y River lo colocó justo enfrente de él, después de leer la sencilla portada, que no era más que el nombre del restaurante sobre el nombre del autor.

Catherine entró en la cocina y, al percatarse de la presencia del joven, esbozó una parca sonrisa a la vez que dejaba un plato sucio en el fregadero.

—Hola, soy River —dijo él, sonriendo ampliamente.

—Hola —dijo ella y salió de la cocina sin dar a pie a una conversación. Pensó que se trataba de un chico tan atractivo que supo que Linda sucumbiría a sus encantos, como hizo con aquel maldito francés.

Catherine fue hasta la habitación de Linda, quien acababa de salir de la ducha, vestirse y, aún con el pelo húmedo, estaba terminando de hacer la cama.

—Linda, ¿cuánto tiempo se va a quedar ese? —preguntó en voz baja.

—Ay, mamá, no lo sé —Linda entornó los ojos, cansada de la eterna actitud de su madre de verlo todo como una amenaza.

—Pues dile que se vaya buscando un hotel. No me gusta que esté aquí.

—Va a ser de gran ayuda a la fundación para que nuestro mensaje de compromiso llegue a más gente. Qué menos que ser cortés y agradecida —Linda metió las sábanas bajo el colchón. Su madre estaba de brazos cruzados, quieta como una estatua.

—¿Es que es un vagabundo? Y esa forma de vestir… tan… Bueno, dile que se marche, ¿de acuerdo? Esta es una casa decente.

—Lo que tú digas, mamá.

# #

Al entrar en la cocina a Linda le sorprendió la conversación tan animada que mantenían su padre y River. Parecían dos viejos amigos

poniéndose al día. Tanto era así que les llevó unos segundos reparar en la presencia de Linda, quien había sacado de la nevera unas tartaletas de crema con el objeto de colocarlas en una vistosa fuente de cerámica. Con un invitado en la casa, a Linda le salía de dentro comportarse como la mejor anfitriona posible. Estaba convencida de que su padre no se había molestado en ofrecer a River algo más que un café.

—Buenos días, hija —oyó decir a su padre.

—Buenos días a los dos —Linda se giró un instante para sonreírles —. Se os veía tan concentrados en la charla que no os quise interrumpir.

—Hemos descubierto que tenemos mucho en común, cariño. Los dos somos «almas sensibles» —dijo Paul, fingiendo darse importancia, mientras guiñaba un ojo a River.

Linda estalló en una carcajada.

—No sabía que te habías convertido en un artista de la noche a la mañana —apuntó ella.

—Yo siempre he sido un poeta incomprendido —Paul alzó la mano como para advertir a los demás.

—Nunca es tarde para ponerse escribir, siempre y cuando haya algo que contar. Y tu padre tiene una historia entrañable para compartir. Estoy deseando leerlo —dijo River, mirando la fuente que Linda llevaba en las manos en dirección a la mesa—. ¿Esas son tartaletas de crema?

—Sí, os podéis quedar con mi ración. Yo comeré algo en el restaurante. Ahora no tengo hambre.

River y Paul se sirvieron una cada uno y enseguida se formó un silencio donde las mandíbulas de los dos hombres crujían con ferocidad.

—¿Mi padre te ha dejado su manuscrito? —preguntó Linda mirando a River con los brazos en jarras.

Él asintió con la boca llena, sumido en el delicioso placer de la bollería a primera hora de la mañana.

—Me fío de él —dijo Paul, una vez que hubo tragado su primer mordisco. Miró su reloj y se levantó de inmediato de la mesa—. Seguro que es capaz de darme una visión interesante. Le he pedido que sea duro conmigo. Perdonadme, pero es hora de mi paseo matutino y después iré a hacer unos recados que me ha mandado tu madre. Lleva detrás de mí una semana para que los haga. Deben de ser cuestión de vida o muerte.

—Paul, ha sido un placer conocerte. Espero que podamos conversar pronto otra vez —ambos se estrecharon la mano cordialmente.

—Yo también lo espero, hijo.

Antes de marcharse de la cocina, Paul regaló un beso en la mejilla a su hija.

—¿Vas a escribir al Rainey Park?

—Igual sí, ya veré…

Al quedarse a solas con River, a Linda le entró un tonto cosquilleo en el estómago. Tuvo el urgente deseo de salir corriendo pero se contuvo, aunque no se atrevía a sentarse delante de él por temor a que notara su turbación.

—Linda, siéntate. Tenemos asuntos que hablar.

—No me queda mucho tiempo. Tengo que abrir el restaurante.

—¿A qué hora abre?

—A las once.

River miró el reloj de su móvil.

—¡Pero si quedan tres horas y media!

—Bueno, me siento —concedió, al verse acorralada. La sonrisa de River era peligrosamente dulce. A pesar de que tenía el pelo algo alborotado su magnetismo seguía intacto, peligroso. Esta vez también se fijó en sus manos, alargadas y bellas como la de un pianista.

A él le fascinó la expresión luminosa de su rostro, por eso le llevó unos segundos recordar de lo que quería hablar con ella.

—¿A qué hora vamos a ir a la fundación?

—Pues miraré de escaparme después del servicio del almuerzo. Es una buena hora para hablar con Emily.

—Me parece perfecto, así tengo la mañana para hacer fotografías por la ciudad. ¿Algún sitio que puedas recomendar que no sean los típicos?

—La verdad es que todo en la ciudad es muy conocido —Linda adquirió una mirada pensativa—. Creo que te gustará la Fuente de la Paz, en la catedral de San Juan el Divino, en Harlem.

—Me pasaré sin dudarlo. ¿Puedo dejar el petate aquí?

A pesar de que las palabras de su madre exigiendo que River se marchara se cristalizaron en su mente, le resultaba una tarea sobrehumana pedirle que se marchara. Ni siquiera se le ocurría una forma de llevarlo a cabo con sutileza.

—Claro, sin problema. El tiempo que haga falta.

—Linda, muchas gracias. Tienes una familia increíble —dijo posando una mano sobre la de ella y dejándola unos segundos con la intención de que sus dedos se impregnaran del aroma de Linda. Se moría por fotografiarla y, sin duda, lo haría. Solo necesitaba encontrar la luz adecuada para que no se escapara ni un solo detalle de su impresionante belleza—. ¿Y tu hermana, vive en Nueva York?

—Sí. Vive con su marido, Jack Donaldson. Y trabaja en el Majestic.

—¿Ah, sí? El taxista que me trajo del aeropuerto me dijo que vuelve a ser uno de los hoteles punteros de la ciudad.

—Mi hermana es la directora y es muy trabajadora —apuntó con un deje de orgullo.

Linda se preguntó cuándo apartaría la mano, aunque estaba encantada con esa mínima conexión. No se había cumplido un día desde que lo conociera y ya empezaba a notar un vínculo especial. No sabía si asustarse o alegrarse, pues su grado de confusión iba en aumento.

—Con tu permiso, Linda, me voy a duchar y me lanzo a la calle —retiró la mano pero en ella aún reverberaba la vibrante sensación de su piel de alabastro.

—Estás en tu casa, River.

—Ah, por cierto —él se giró—. Esas tartaletas estaban de muerte. ¿Las hiciste tú?

—Sí, para el restaurante. De vez en cuando me apetece.

River se marchó, dejándola sola. Antes de recoger las tazas y la fuente vacía aprovechó para acariciarse la mano, allí donde él la había tocado dejando una indeleble huella.

Capítulo 3

Bien entrada la mañana, River tomó el metro desde Brooklyn hasta la parada de la calle 103, junto a Central Park, con su máquina fotográfica Nikon colgando del cuello y la mochila sobre su espalda. Ardía en deseos de continuar tomando fotos de la ciudad, como si deseara conquistarla y hacerla suya. Su visión de Nueva York por fin sería una realidad, después de que durante muchos años fantaseara sobre cómo sería ese encuentro. Le habían surgido oportunidades de conocerla antes, sin embargo, River consideró que aún no había llegado el momento oportuno. Necesitaba algo de más rodaje profesional para enfrentarse a una ciudad de tanta envergadura. Había recorrido el país hasta dar con el pueblo más aislado en Alaska sabiendo que tarde o temprano acabaría en la capital del mundo.

Pensó que llegar a la ciudad no era una meta sino un premio a la meteórica trayectoria que empezó en Los Ángeles. Se mudó desde Chicago con solo dieciocho años para buscarse la vida, cansado del ambiente que respiraba en casa. Después de innumerables trabajos, le llevó un tiempo considerable encontrar su verdadera vocación pero cuando lo hizo, supo que deseaba ser fotógrafo el resto de su vida. La vida es según el cristal con que se mire y la fotografía le permitía elegir siempre el ángulo que más le interesaba.

El día anterior había visitado Times Square y el Bryant Park. De esos dos lugares emblemáticos a River le interesaba sobre todo descubrir los rostros de las personas que acudían a visitarlos. Mujeres, niños, ancianos, adolescentes… Cada uno era singular a su propia y

única manera. Nueva York era un crisol de culturas y eso era una fuente de incalculable valor artístico.

Se decidió a caminar hasta la catedral de San Juan el Divino, pues se encontraba cerca de la parada de metro. Calculó el tiempo que le quedaba hasta la cita con Linda en la fundación y pensó que era más que suficiente. Ya se preocuparía más adelante de donde almorzar, puesto que ahora con el estómago lleno de tartaletas era incapaz de decidirse por algún tipo de comida.

No le sorprendió pensar que estaba deseando volver a ver a Linda. Le resultaba digno de elogio que una mujer tan joven pudiera regentar un restaurante familiar. Al parecer llevar las riendas de los negocios era una cualidad de los Green, pues su hermana era la directora del Majestic. Era la primera familia que conocía River con esa cualidad tan pintoresca. Paul y su mujer habían realizado un buen trabajando criando a sus hijas. Apenas había hablado con Catherine pero River albergaba la sensación de que no era bienvenido a la casa, así que se acordó de que debía buscar un alojamiento lo antes posible.

Desde hacía unos meses sus ingresos por sus reportajes le habían supuesto jugosos beneficios y contar con una posición desahogada era una indiscutible comodidad. Podía permitirse un buen hotel para el tiempo que pensaba permanecer en la ciudad, pero al conocer a Linda sintió que deseaba estar más tiempo con ella y dejarse inspirar por su natural belleza. Aún recordaba con placidez su charla en el restaurante, en el metro y luego en su casa. Deseaba besarla y tomarse su tiempo para saborear el momento, pues sabía con certeza que no lo olvidaría jamás.

Ocupando casi toda la manzana, la catedral resplandecía bajo los rayos del sol. La entrada occidental recargada de ornamentos de piedra influenciados por el estilo gótico le pareció un extraordinario regalo para la vista. Se podía perder uno en los miles de detalles que jaspeaban las gruesas y enormes paredes. El rosetón de vívidos colores se mereció una buena ráfaga de fotografías. Al levantar la vista a lo más alto, River reparó en que la construcción estaba inacabada. Gracias a un guía dirigiéndose a un reducido público de visitantes, escuchó que se produjo un incendio en 2001 que destruyó parte del transepto norte. Con discreción, River fotografió las caras sobrecogidas de los turistas al oír el relato.

No muy lejos del pórtico, la Fuente de la Paz se erigía en medio de un vistoso jardín. River dejó la cámara por un momento y se dedicó a contemplarla con la mente en blanco, buscando que le transmitiese una emoción. En cierta forma, la escultura de bronce era siniestra y eso le fascinó. La lucha del arcángel Miguel contra Satán. El bien contra el mal. Y alrededor la luna, el sol y varios animales siendo testigos de la atroz batalla.

Pese a que el arcángel parecía más poderoso, River percibió que Satán estaba ganando la batalla. Las tragedias que asolaban el mundo eran tan numerosas y devastadoras que resultaba imposible pensar de forma diferente. Por eso a él le costaba mirar con optimismo el futuro. No confiaba en que el ser humano fuera a arreglar todo el desaguisado que él mismo había causado a lo largo de la historia. A veces era necesario una venda en los ojos para finalizar el día sin volverse loco de pesadumbre.

A River le cundió el desánimo de repente. No era extraño que de repente las fuerzas le fallaran y sintiera la urgente necesidad de tomarse un respiro. Guardó la cámara en la mochila y buscó un sitio apartado donde tumbarse sobre el césped. Sorteó a algunos turistas que tomaban fotos con los móviles de ellos mismos usando como fondo la catedral o la estatua.

River se despojó de la mochila y sin soltarla la dejó cerca de su cadera. Se tumbó y cerró los ojos, agudizando los sentidos. Le llegó el suave olor de la madera, el murmullo del tráfico y las conversaciones, el roce de las briznas del cuidado césped en su mano. Al cabo de unos segundos, notaba en su interior cómo la oscuridad empezaba a invadirlo y él se sentía cómodo, la abrazaba sin reserva. El dolor le hacía sentir vivo.

# #

La hora del almuerzo se presentó agitada en el Green House. Linda se encargaba de cobrar las cuentas y atender a la barra, mientras que a Sean le correspondía ser el puente entre la cocina y los camareros. Formaban un equipo bien avenido, así que gracias a su entendimiento el trabajo se volvía más sencillo para todos. En la oficina, su madre seguía enredada con números e impuestos. Era un alivio para Linda que ella se encargara de la contabilidad y la fiscalidad, pues así disponía de más tiempo para centrarse en lo más significativo, la atención al cliente.

Había heredado de su padre una máquina bien engrasada gracias a que conservaba la mayoría de cocineros y camareros. Cada uno de ellos llevaba el tiempo suficiente para conocer en profundidad la cultura del Green House: profesionalidad, cortesía y buenos alimentos. Eso sí, detestaba dar órdenes por lo que siempre se dirigía a los empleados mediante una pregunta indirecta y ofreciendo una genuina sonrisa. En todo el tiempo que llevaba gestionando el negocio, no se había producido ninguna agria discusión con los empleados. Por ello, Linda se sentía afortunada de trabajar en el Green House.

Sin embargo, secretamente, como imaginaba su hermana, a

menudo sentía el roce de la infelicidad porque no se dedicaba en exclusiva a aquello que la llenaba. Trabajar en el Green House había sido una obligación que ella misma se había impuesto para no decepcionar a sus padres. Le hubiera roto el corazón verles colmados de tristeza después de tantos años de duro trabajo.

Por suerte, gracias al apoyo de Sean y, en ocasiones, de sus padres lograba escaparse a la fundación para ayudar en lo que fuese necesario. Nueva York era el símbolo del triunfo americano, pero detrás de los escenarios, en la trastienda, un buen número de personas sufría miseria y soledad. Ayudar a los desfavorecidos, ver brillar sus caras cuando se les tendía una mano, le daba sentido a su vida. Gracias a River llegarían a más gente que están en posición de ayudar económicamente a la fundación, puesto que se necesita una gran cantidad de recursos para mantener un edificio limpio y con camas calientes sin ayuda del gobierno.

El recuerdo de River le hizo curvar inconscientemente los labios. Esa enorme y brillante mata de pelo castaño le daba un aire indomable que se le había marcado a fuego en su mente. Alzó la vista para mirar el reloj que colgaba de la pared, bajo la estantería de bebidas alcohólicas. En pocas horas le volvería a ver y eso le creaba un cierto desasosiego. «¿Cuánto tiempo se va a quedar en la ciudad? Seguramente demasiado poco. De todas formas, un fotógrafo está siempre rodeado de famosos y modelos. Nunca se fijaría en una camarera».

El ruido de la puerta al abrirse le hizo volver a la realidad. No se trataba de un cliente, sino de Harry Stodd, el dueño de la carnicería donde habitualmente se surtía el restaurante. Era un hombre bajito, con abundante pelo en la sienes pero calvo como una bola de billar en la parte de arriba. Su negocio no estaba demasiado lejos, a unas cuatro manzanas hacia el este. Al igual que el Green House, era un negocio familiar, solo que Harry aún seguía al frente.

—Hola, Linda —dijo, con un severo tono de voz. Sobre su frente se apreciaban gotas de sudor.

—Hola, Harry —ella se limpió las manos en un trapo, rodeó la barra y fue a su encuentro—. ¿Qué te trae por aquí?

—Verás, es un asunto delicado. ¿Es este un buen momento para hablar?

—Por supuesto, toma asiento —señaló uno de los taburetes de la barra—. ¿Quieres beber algo?

—Una cerveza si no es mucha molestia. Estoy muerto de sed. Llevo toda la mañana de acá para allá.

Linda tomó una jarra y la colocó justo debajo del grifo de la cerveza. En pocos segundos, le sirvió la bebida logrando que tres dedos de chispeante espuma coronaran el vaso. Sin dudarlo, Harry

bebió un sorbo largo. Una expresión de cierta placidez ablandó su dura expresión.

—¿Cómo están tus padres?

—Bien, como siempre.

—Verás, he venido por un tema delicado —miró a los lados para comprobar que nadie oía la conversación—. No he recibido el pago de los últimos pedidos. Ya sabes que cada mes os paso por correo electrónico la factura y me enviáis el importe por una transferencia. Ya lo hacía con tu padre y no tengo ningún problema, pero llevo varios días sin recibir el dinero. Estoy preocupado, Linda. Todos tenemos facturas que pagar.

—Harry, cuánto lo siento. Ahora mismo vamos a arreglarlo. Acompáñame a hablar con mi madre —con un gesto de la mano invitó a que rodeara la barra y subiera las escaleras con ella. Seguramente ella tendría una buena explicación.

Su madre se encontraba frente al ordenador, entre montañas de papeles. En una esquina reposaba una taza de café vacía. Levantó la vista al reparar en la presencia de Linda y Harry.

—Mamá, ¿ha ocurrido algo con el dinero de Harry? Dice que no lo ha recibido.

—Qué raro. Di la orden de ejecutar la transferencia. Me acuerdo perfectamente. Lo voy a comprobar —Catherine se inclinó sobre la pantalla y empezó a teclear. Notó los hombros rígidos. Solo esperaba que ese pequeño contratiempo no demorase más su mañana de trabajo.

—No me corre prisa, Catherine. Solo vine para saber si todo estaba bien —dijo Harry, de pie junto a Linda.

Catherine cerró los ojos, como si se diera cuenta de algo.

—Aquí está la orden de transferencia, pero dice que no se ha podido hacer por un error en el número de cuenta destino.

—Mi cuenta está perfectamente —replicó Harry.

—El error es nuestro. Hemos cambiado de banco recientemente y me habré equivocado. Perdona, Harry —dijo Catherine, mordiéndose los labios. Luego se puso de pie—. Tenemos algo en efectivo aquí mismo. Podemos pagarte, ya que estás aquí.

—No, no, de verdad. Como os dije, no tengo ninguna prisa —los ojos de Harry ahora parecían más risueños que nunca—. Enviádmelo otra vez y ya está. Sabía que todo se trataba de un error burocrático.

—Como quieras —Catherine, relajada, volvió a sentarse.

Linda acompañó a Harry hasta la puerta, contenta de que todo se hubiera arreglado. Se despidieron amistosamente. Al girarse hacia la barra, se fijó en la hora y decidió que iría a casa a ducharse y a cambiarse para su reunión con River, pero antes le pediría a Sean que ocupara su puesto un par de horas.

Capítulo 4

A Linda le dio tiempo de pasar por casa, despojarse del uniforme, refrescarse, vestirse con una blusa de algodón y unos vaqueros y salir disparada a la sede de la fundación. Como el tiempo se le echaba encima, de forma excepcional se decidió por tomar un taxi.

Ignoraba cuánto tiempo le llevaría el encuentro con River y Emily, pero se obligó a tomárselo con calma. Con el Green House en buenas manos, debía tomarse responsablemente su papel como voluntaria y facilitar el trabajo de River. No era la primera vez que un fotógrafo pedía conocer los entresijos de la organización, pero sí era la primera vez que ella sería la cara visible y cercana para cualquier cosa que se necesitase. Que Emily confiara en ella causaba que se sintiera útil y esa sensación le agradaba, después de un considerable tiempo ayudando.

Al entrar, vio a River sentado en la salita de espera ojeando uno de los folletos. En una de las manos sostenía una botella fresca de agua. Sus miradas se cruzaron y el corazón de Linda sufrió una ligera sacudida. El efecto que causaba en ella le incomodaba más de lo que pudiera imaginar. Más le valía olvidarse de su incipiente atracción hacia él, puesto que River, una vez finalizada su labor, se marcharía de la ciudad a por el siguiente proyecto. Pensó que siempre se fijaba en los hombres que prefieren no echar raíces, y se preguntó a qué se debía esa horrorosa costumbre.

—Perdona por el retraso —dijo Linda esbozando una sonrisa.

—No te preocupes, no tengo otra cosa mejor que hacer —dijo

River con sarcasmo, cerrando el folleto y dejándolo sobre la mesita, junto al resto.

Linda se quedó algo desconcertada por su fría respuesta, pero no lo tomó en cuenta.

—¿Empezamos?

—Lo estoy deseando —Él agarró su mochila, sacó su cámara fotográfica y se la colgó del cuello mientras seguía los pasos de ella hacía un pasillo largo y bien iluminado. A lo lejos oyó la risa de varios niños.

—Si te parece bien, primero daremos un paseo por la sede y luego hablaremos con Emily en su despacho. Ella te dirá las familias a las que puedes fotografiar. El resto, mejor que no, por razones de confidencialidad.

—Lo comprendo —River guardó de nuevo la cámara en su mochila.

Llegaron hasta el final del pasillo. A un lado había una guardería, con varios niños al cuidado de una mujer mayor, quien saludó a Linda agitando la mano efusivamente. A su alrededor se amontonaban juguetes, cojines y algún que otro instrumento musical. Las paredes estaban llenas de dibujos. River se fijó en que los niños no tendrían más de tres años. Unos correteaban, otros jugaban con plastilina y otros dormían una siesta reparadora.

—Los padres sin recursos pueden dejar aquí a sus hijos mientras ellos buscan trabajo —explicó Linda—. Como no se pueden permitir dejarlos en una guardería, les echamos una mano. Más o menos les damos de seis meses como plazo, aunque según el caso podemos ser flexibles.

A River le llamó la atención la cara sonriente de los niños.

—Se les ve tan alegres —dijo más para sí mismo—, ignorando el grave problema en el que están sumidos sus padres, sin empleo, sin dinero. Es terrible. Y el gobierno hace más bien poco.

—Para eso estamos nosotros, River —dijo ella mirando su expresión sombría.

—Vuestra labor es fabulosa, pero no debería ser así. Si el país funcionara como debe ser no existirían ONG.

—Pues llevamos ayudando a las familias durante más de cuarenta años, sin más ayuda que las donaciones que recibimos de la gente. Y estamos orgullosos de ello.

—Y tenéis buenos motivos —dijo River intentando no parecer demasiado pesimista.

—El fundador fue un millonario filántropo llamado Phil Morrison. Amasó una gran fortuna con una cadena de restaurantes y decidió devolver a la sociedad parte de lo que había ganado gracias a ella y compró este edificio —Linda señaló hacia el patio interior—. Vamos

fuera.

Una pequeña fuente de agua lucía justo en el centro, en la intersección de cuatro pequeños caminos que dividían un jardín repleto de buganvillas y helechos. Los rayos del sol caían con dureza, sin embargo, las fachadas altas y frescas con sus respectivas ventanas amortiguaban el calor, creando enormes espacios de fresca sombra. Una familia estaba sentada en un banco de piedra. Mientras que los padres conversaban entre sí, el hijo se tomaba un helado con pasmosa tranquilidad.

—¿Y todas esas ventanas? ¿Son oficinas?

—No, son dormitorios. Los usamos en los casos más graves. Cuando los bancos desahucian a las familias y se quedan en la calle. Aquí les ofrecemos cama, techo y comida caliente hasta que encuentren un sitio mejor. Si quieres, podemos visitarlos para que puedes tomar unas fotos.

—Por supuesto. Para eso estoy aquí.

River sintió un cosquilleo en la boca del estómago, así que sacó su cámara de la mochila.

—Me encanta este pequeño oasis en la gran ciudad. Ponte en el centro, que te voy a sacar una foto.

—¿Una foto? —dijo ella, medio asustada.

—Será de lejos, no te preocupes —River sin dejar que Linda se opusiera, la tomó del brazo y la acompañó hasta la fuente, no sin antes cerciorarse de que se encontraba en el sitio adecuado—. Solo voy a tomar un plano general.

—¿Seguro?

—No seas tan desconfiada, Linda.

—Tienes razón, perdona.

Se alejó para buscar la mejor posición y cuando apuntó con su cámara accionó el zoom para encuadrar el hermoso rostro de Linda. Su mirada castaña centellaba, ajena a las intenciones de River de robarle un primer plano. Cuando estuvo satisfecho, accionó el disparador. Por fin, la poseía para siempre. Aunque transcurrieran cinco, diez o veinte años, River siempre podía recurrir a ver la fotografía y deleitarse con la belleza natural de Linda, como una postal rebosante de nostalgia. Estaba deseando revelarla para ver el resultado en blanco y negro. Sin lugar a dudas, sería un tesoro incalculable.

—¿Ya está?

—Sí, Linda. Siguiente parada —River tomó varias fotografías más del patio buscando el intenso contraste entre la sombra y la luz. Por último, retrató a la familia del banco de piedra de espaldas. Salvo la imagen de Linda, con el resto de fotos del patio tuvo la sensación, al finalizar, de que resultaban frías, sin alma. No bastaba con darse un

paseo por la sede. De alguna forma necesitaba involucrarse más para llegar al corazón, donde yace lo auténtico.

# #

Después del recorrido por el edificio, Linda y River tomaron asiento en el despacho de Emily Blume, la supervisora. En realidad, más que un despacho se asemejaba a una habitación con múltiple funciones. La mesa era ovalada, de madera barata, y a su alrededor se extendían un buen número de sillas. En una esquina, una pizarra llena de garabatos junto a una mesa auxiliar con folletos, una máquina de café y varias tazas sin usar. El sol de la tarde pegaba sin compasión sobre las ventanas, sin embargo, las persianas venecianas, a media altura, amortiguaban el calor reinante. River llegó a la conclusión de que la fundación no se rodeaba de grandes lujos, lo que resultaba coherente con sus objetivos.

Emily Blume era una mujer afroamericana de mediana edad, que vestía con una blusa de tirantes, gafas gruesas y en su pelo empezaban a aparecer algunas canas. Sus brazos eran rollizos, y sus manos se movían de un lado para otro gesticulando con énfasis.

—Bueno, ¿qué le ha parecido nuestra sede, Sr. Crowe? —preguntó Emily, inclinándose sobre la mesa y luciendo una cálida sonrisa.

—Magnífica, pero lo más importante es la labor que se hace aquí dentro. Linda me ha contado todo con detalle y he de decir que estoy impresionado —River había apoyado la cámara sobre la mesa. Estaba sentado entre la supervisora y Linda.

—Gracias, pero también debemos agradecerle a usted que nos dedique su tiempo para ayudarnos a llegar a más gente. El magazine de los domingos del New Yorker tiene una tirada espectacular, así que será un honor aparecer. Dígame, ¿cómo se le ocurrió la idea?

—Me encantaría llevarme el mérito, pero en realidad fue idea de la editora. La conozco. Fue jurado de un premio que gané desde hace un par de años y, desde entonces, estamos en contacto trabajando juntos de vez en cuando. Un día me llamó y me sugirió trabajar con ellos en una noble causa. No me lo pensé dos veces y aquí estoy. Nunca había estado en Nueva York, así que era un aliciente más.

Emily miró hacia el techo.

—Es como si hubieran oído nuestras plegarias. Estamos a punto de lanzar una nueva campaña de donación para acondicionar más habitaciones, así que sus maravillosas fotografías nos ayudarán, sin duda. ¿No es genial, Linda?

Ella asintió mientras de reojo observaba la pantalla del móvil, por si acaso Sean se ponía en contacto con ella. Para variar, se le hacía

tarde para regresar al Green House. Al menos estaba a punto de concluir su ayuda a River. Con el reportaje finalizado, carecía de sentido que se vieran más, lo que para ella, en el fondo, suponía un gran alivio. Sin él cerca, sus emociones volverían a recuperar su estado normal. Esa agitación constante en su interior le empezaba a angustiar.

—¿Existe algo más que podamos hacer por usted, Sr. Crowe? —preguntó Emily, recolocándose las gafas. Deseaba tanto que su campaña de donación fuera un éxito, que no escatimaría en ayuda para complacerle.

River se apoyó sobre el respaldo y suspiró. Había tomado fotografías de la sede, de los empleados, y ahora pediría una de Emily cerca de la ventana para cerrar el recorrido. Pensó que sería más que suficiente para que su editora le diera el visto bueno. No obstante, le faltaba una historia para enganchar al público. Si era necesario, la escribiría él mismo, así haría algo diferente.

—Sería fabuloso si pudiera conocer de primera mano a alguno de sus casos, de los muchos que seguro han vivido en los que se pueda palpar el espíritu de la fundación. Han ayudado a muchas familias, sepamos cómo y dónde.

Emily frunció los labios en actitud pensativa. Le gustaba como pensaba el joven fotógrafo.

—Buena idea —dijo mientras se levantaba, se dirigía a una enorme cómoda que casi ocupaba toda la pared y abría un cajón archivador. Consultó una carpeta y sacó unas hojas después de decidir que el caso se ajustaba a lo que pedía River—. Por supuesto, los nombres no se pueden divulgar, son confidenciales.

—Lo comprendo.

La supervisora se volvió a sentar.

—En ocasiones, enviamos un voluntario a una familia que no pasa por penurias, pero que necesita ayuda. Somos recomendados por los servicios médicos del estado cuando ellos no pueden hacerse cargo. Es cierto que, por desgracia, no podemos atender todos los casos por falta de recursos, pero un par al año siempre los acabamos llevando con mucho interés.

—¿De qué tipo de ayuda estamos hablando? —preguntó River, intrigado.

—Cuidados en el hogar. Un miembro de la familia, suelen ser personas mayores que necesitan asistencia pero no se le ofrece por diferentes motivos. Porque no quiere, por ejemplo.

—Suena interesante. ¿Sería posible estar en un caso desde el principio?

Emily cerró la carpeta y la dejó a un lado.

—Oh, claro que sí —estiró el brazo hasta alcanzar una gruesa

agenda llena de «post-it». Cogió uno de color rosa—. Tenemos a la familia Murphy. Me encantaría ayudarles, la verdad. La mujer, Valerie, se rompió una pierna al salir de la ducha. Además, tiene diabetes, artrosis y su vista está regular. Su marido se niega a recibir ayuda externa. Dice que él se apaña, pero no está en buenas condiciones físicas.

—Me parece un buen comienzo —dijo River.

—Perfecto, pues Linda será la voluntaria, ya que la conoces, y ya ha llevado un caso como este. Se le da genial.

—¿Yo? —dijo, desconcertada—. No sé si tendré tiempo con el restaurante.

—Solo te pido que lo intentes. Te prometo que me amoldaré a tus horarios —dijo River.

—Linda, por favor, es importante para nosotros. Solo serán unas horas —insistió Emily con carita de pena—. Enviaría a otro voluntario, pero sabes que no nos sobran. Te lo suplico.

Ambos le miraron, expectantes.

—Está bien —dijo ella con un hilo de voz, dándose por vencida.

—¡Genial! —exclamó Emily alzando los brazos, eufórica.

Ante la certeza de que pasaría más tiempo con ella, River notó en el estómago un burbujeo de euforia. «¿Por qué he tardado tanto en llegar a Nueva York?».

Capítulo 5

A River le pareció una excelente idea agradecer la hospitalidad de Linda cenando en el Green House. Además, después de empezar a leer el libro de Paul le intrigaba sentarse en un lugar cargado de una entrañable historia. La familia Green era trabajadora y honesta, y eso siempre es digno de admiración, sobre todo cuando llevar un restaurante requiere de mucho sacrificio y esfuerzo. Había hecho buenas migas con Paul y, al empezar a leer su libro, se había dado cuenta de que era un hombre que amaba a su familia y que siempre se desvivió por ella. Inevitablemente se acordó de su padre, debía llamarle y decirle que se encontraba en Nueva York, aunque no lo consideró como algo urgente. En cuanto encontrara un hueco, lo llamaría o le enviaría un mensaje al móvil.

Llegó con Linda al restaurante. Era temprano, por lo que apenas un puñado de mesas estaban ocupadas. La luz del día daba su último suspiro desvaneciéndose sobre el cielo, más allá de los rascacielos. El calor se tomaba un descanso y empezaba a sentirse el agradable frescor de la incipiente noche.

—Sean, te presento a River —dijo Linda.

Los dos hombres se estrecharon la mano con educación. A River le pareció que Sean exhalaba una energía encomiable, como si siempre necesitara estar en perpetuo movimiento. En el viaje de vuelta en metro, Linda le había contado que Sean era su mano derecha y el empleado con más antigüedad. Se sorprendió de su juventud, por lo que dedujo que debió empezar a trabajar en el Green House a una

edad temprana.

—Linda me ha hablado maravillas de ti —dijo River.

—¿De verdad? —la cara de Sean se encendió—. Espero que solo te haya contado lo bueno —y explotó en una sonora carcajada—. Bienvenido al Green House, River.

—Gracias, Sean.

—¿Ha venido mi hermana? —preguntó Linda.

—Sí, está sentada en su sitio favorito, saqueando nuestras reservas de tartaletas. Yo creo que va a tener mellizos, porque no es normal lo que está comiendo —dijo Sean, divertido.

—Ven, River, te presentaré a Sally. Es mi hermana mayor.

En una esquina, sentada a la mesa desde donde se contemplaba la calle a través del enorme ventanal, Sally estaba absorta con la cuchara camino de su boca. River contó hasta tres platos vacíos con restos de las famosas tartaletas de crema de Linda. No le sorprendió, ya que podía dar fe de que estaban riquísimas. Al acercarse, Sally alzó la vista y River pudo contemplar que la belleza de las hermanas era más que evidente.

—Sally, te presento a River, el fotógrafo que está haciendo el reportaje sobre la fundación —dijo Linda.

Ambos se estrecharon las manos. En los ojos de Sally refulgió una mirada de desconfianza que dejó al descubierto la diferencia de carácter entre ellas. Linda era más suave, mientras que Sally parecía más distante.

—Que dediques tu tiempo a ayudar a la fundación dice mucho de ti. Encantada —dijo Sally, echándose de espaldas y poniendo una mano sobre su gigantesca barriga—. ¿Trabajas en la moda habitualmente?

—No es mi estilo, aunque sé que se puede ganar mucho dinero. Me muevo más por retos personales. Busco lo auténtico.

—Mi hermana es la directora del Majestic —Linda no pudo evitar un deje de orgullo en sus palabras.

—Siempre he leído que está entre los hoteles más lujosos de la ciudad. Me gustaría conocerlo algún día.

—¿No lo conoces? Pues estás más que invitado —Sally se fijó en cómo Linda miraba a River y supo enseguida la atracción que ella sentía. Conocía bien a su hermana, así que más le valía que no lo negara cuando sacara el tema más adelante. A decir verdad, el fotógrafo tenía rasgos faciales principescos. Ella no tenía un mal gusto, no—. Linda, Andrea te ha invitado a la boda. ¿Vendrás, verdad?

—¿A mí? Pero si apenas la he conocido una vez y fue…

—No importa, la convencí para que te invitara. Será una boda por todo lo alto.

—Sigo sin entender por qué me ha invitado —Linda frunció el

ceño. River se hizo con una carta y tomó asiento.

Sally carraspeó.

—Bueno, la verdad es que, salvo a Jack y su abuela, no conozco a ningún invitado y me da mucha pereza conocer gente, así que le pedí el favor a Andrea.

—¡Sally! Tengo un montón de cosas que hacer —de repente su agenda se llenaba de compromisos a los que le arrastraban los demás. Era de locos.

—Linda, necesitas un descanso. Además, puedes llevar a un acompañante —y lanzó una mirada descarada a River, quien no se percataba de ser el centro de atención, concentrado en los deliciosos platos del menú. Concretamente, el salmón a la florentina le pareció un nombre muy sugerente.

La hermana pequeña sintió que sus mejillas ardían sin control. Por suerte para ella, River no se había percatado. Miró a Sally con tanta furia que se le pasó por la cabeza asesinarla allí mismo.

—Linda, no me mires así, que estoy muy sensible por las hormonas —palmeó su barriga, con gesto de resignación.

—Ya te daré a ti hormonas —dijo, refunfuñando—. No tengo ni vestido.

—Te presto uno. Venga, hermanita. Hazme ese favor. Esa boda sin ti será muy sosa. River, ¿te apetece asistir a una boda?

Él levantó con rapidez la mirada de la carta. Las hermanas le miraban fijamente, expectantes.

—¿Boda? —preguntó extrañado, removiéndose sobre la silla.

—Se casa una compañera y amiga de trabajo. Jack, mi marido, y yo vamos a ir. Linda está invitada pero necesita un acompañante. ¿Te apuntas?

—No hagas caso a mi hermana. Está loca —A Linda le temblaban las rodillas. Le aterraba que River pensara que era algún tipo de encerrona—. Iré sola si hace falta.

A River las bodas le producían cierta indiferencia, sin embargo, esta presentaba un aliciente inesperado: Linda.

—Me apunto. Siempre y cuando no tenga que ejercer de fotógrafo… Si voy es como invitado, es decir, a comer gratis y a emborracharme —River sonrió con picardía.

—Por supuesto. Faltaría más —dijo Sally, exultante de alegría.

# #

Sentada en el despacho, la conversación entre River y sus hijas llegó a Catherine con nitidez a través de las estrechas escaleras. Se disponía a dar por finalizada la jornada, después de un largo día

actualizando informes, de correspondencia con bancos y subiendo a la nube varias copias de seguridad de sus declaraciones fiscales a Hacienda. Se moría de ganas por llegar a casa, darse una buena ducha y sentarse a ver la televisión. Cualquier cosa con tal de alejarse de la dichosa contabilidad del Green House. Pero ante de irse del despacho debía hablar con su hija para sacarse la espina que sentía dentro de ella desde que presenciara la llegada de River a su casa. Esos ojos verdes y ese aire de suficiencia a ella no le engañaban y, seguramente, se moría de ganas de acostarse con Linda. Por eso, ella no se lo pondría fácil.

Se levantó y llamó a su hija a viva voz. La esperó mientras cerraba con llave el armario metálico con carpetas y facturas de los proveedores. Al oír sus pasos, el cuerpo se le volvió rígido.

—¿Me llamabas, mamá? —preguntó Linda nada más asomarse al despacho.

Catherine, de pie, se cruzó de brazos. Respiró hondo para calmar la furia que se había instalado dentro de ella.

—Linda, ¿River se va a quedar esta noche otra vez en casa?

Ella pestañeó, sorprendida por la pregunta. Con todo el trajín de la visita a la fundación y el restaurante se le había olvidado por completo ese tema.

—La verdad es que no se lo he preguntado.

—Te dije que no se podía quedar más noches. ¿O no?

—Sí —concedió—, pero no entiendo por qué. Sally no usa su dormitorio y él está todo el tiempo fuera, en la calle.

—¿Es que es un muerto de hambre? ¿No tiene dinero para buscarse un alojamiento?

—Sí, tiene un buen trabajo, lo que pasa es que no es algo prioritario para él. Su forma de vida es viajar de acá por allá, a la aventura. Hoy, Nueva York. Mañana, Alaska, qué sé yo.

—¿Estás de broma, verdad? Ese River lo que es es un aprovechado. Y si no espabilas, pronto se meterá en tu cama y te arruinará la vida. Conozco muy bien a los de su calaña. Soy vieja, ya lo sabes.

Los ojos de su madre despedían una ira pavorosa. Linda tragó saliva. Odiaba encontrarse con discusiones porque empezaba a dolerle la cabeza. Sin embargo, algo le empujó a defenderse.

—Sé cuidarme de mí misma.

—No, no sabes —Catherine avanzó a su hija. Le entraron ganas de zarandearla, pero se quedó a un par de metros de ella—. Eres buena por naturaleza y la gente se aprovecha. ¡Despierta de una vez, Linda!

—Ya basta de darme lecciones. Si quieres que River se vaya, díselo tú misma.

—Encantada.

Ninguna de las dos se percató de que sus voces llegaban hasta

donde se encontraban Sally y River, quienes intercambiaron una mirada de asombro. Enseguida, él reaccionó, levantándose de la mesa.

—Dile a tu madre que no hace falta que me diga nada. No quiero ser la causa de una discusión. Me marcho. Encontraré alojamiento por internet. Solo necesito ir a casa a recoger mi petate —River no estaba indignado por la descortesía de Catherine, pero sí abatido por Linda. Ella no se merecía que su madre estuviera enfadada con ella.

—Siento mucho que hayas oído esto. Mi madre tiene un carácter muy agrio. Yo tengo llaves de casa. Vamos en un taxi, es lo mínimo que puedo hacer.

—Sally, muchas gracias. Seguramente esté Paul en casa. No quiero molestar a nadie más.

En ese momento, aparecieron Catherine y Linda bajando por las escaleras. Sally lanzó una ceñuda mirada a su madre, quien no se dio por aludida. Linda observó a River, que ya se dirigía hacia la puerta con el rostro serio. Enseguida se dio cuenta de que había oído la discusión de su madre. Linda abrió la boca, pero antes de que dijera nada, River se le adelantó.

—Mi intención no ha sido abusar en absoluto. Me marcho a tu casa a recoger mi equipaje y buscarme un hotel.

—Perdona, River. Yo… —dijo Linda, apenada hasta la médula.

—Mira lo que has hecho, madre. ¿Estás contenta, verdad? —Sally, sentada, negaba con la cabeza, contrariada. Su madre siempre intentaba buscar la mínima excusa para cargar contra su hermana.

—En absoluto. Me hubiera gustado que las cosas se hubieran encauzado de otro modo —dijo Catherine, con forzada dignidad—. Además, seguro que River encuentra un lugar donde se sienta más libre. Me voy a casa. Buenas noches a todos.

Catherine salió por la puerta y enseguida el ambiente se desinfló de tensión. Ahora se podía respirar con tranquilidad. No obstante, para River no era motivo para quedarse, pues su orgullo estaba herido, aunque no lo quisiera admitir.

—Linda, nos vemos pasado mañana —dijo él—, para el caso de la familia Murphy. No te olvides.

—Descuida, te llamaré —dijo ella, dando un paso.

River se colocó la mochila y enfiló hacia la puerta. Tenía hambre, pero ya encontraría algo que echarse al estómago.

—¡Espera! Aunque no puedo ni moverme, por suerte mi cabeza discurre perfectamente —Sally suspiró, cada pequeño movimiento sobre la silla le costaba un mundo—. Quédate en mi casa. Hay espacio de sobra. Tenemos un cuarto de invitados al que no sacamos provecho.

—No, rotundamente no. ¿Es que tengo cara de mendigo? Puedo costearme un hotel decente. Soy fotógrafo —dijo alzando la barbilla.

—Guárdate tu arrogancia para el que la necesite, forastero. En cuanto terminemos de cenar, vas a venir conmigo te guste o no. Me vendrá bien un poco de compañía porque Jack está todo el tiempo en el hotel. Además, así hago rabiar a mi madre, que es uno de mis pasatiempos favoritos.

River miró a Linda con la boca abierta, buscando que le dijera si se trataba de una propuesta seria o una tomadura de pelo. Linda se encogió de hombros, como diciendo «esa es mi hermana, ¿qué le voy a hacer?».

Capítulo 6

River se dejó arrastrar por las hermanas Green con un cierto grado de complacencia y de intriga por saber cómo acabaría todo ese embrollo. Excepto la madre, toda la familia rezumaba una generosidad, un encanto sin límites y eso causaba que empezara a desarrollar un cierto afecto. Él había viajado por todo el país y, para sorpresa suya, porque su visión siempre fue fatalista sobre todo y todos, no se encontró más que bondad. A pesar de eso, una parte de él siempre se inclinaba a pensar que lo negativo sucedería cuando menos lo esperase. Debido a su bagaje personal resultaba complicado pensar de manera diferente. No había más que fijarse en las familias de la fundación donde trabajaba Linda, sumidas en graves problemas de complicada salida. River se consideraba un afortunado, pues trabajaba en lo que le apasionaba y viajaba sin ataduras, apoyándose en el presente. Ni en el pasado ni el futuro. El presente.

Cuando River finalizó el recorrido por el abrumador y lujoso apartamento de Sally, se quedó sin palabras. Nunca había conocido a alguien con tanto dinero. Además, contaban con un ama de llaves, como en las películas, que organizó una ligera cena en el salón, confortable hasta decir basta. Sally le acompañó, aunque después de hartarse de tartaletas, solo tomó un vaso de agua y una pieza de fruta.

—¿Cuánto tiempo planeas quedarte por aquí? —le preguntó ella bruscamente.

—Cuando termine mi tarea aquí, me lo propondré. Aunque después de un lugar tan salvaje como Nueva York, me gustaría algo

más tranquilo, como un pueblo en Minnesota, por ejemplo. Aunque puedo cambiar de opinión de un día para otro.

River sintió que Sally lo examinaba con detenimiento, pues se rascaba el mentón y guardaba silencio a intervalos.

—Entonces, vas y te diriges a ver qué surge, ¿cómo es eso?, ¿así te ganas la vida?

—Básicamente sí. Tomo fotos, las vendo a distribuidores, recibo encargos, me presento a concursos… Es genial no tener un jefe al que aguantar todos los días. Hago lo que me place.

—Un poco de ambición no vendría mal a tu carrera, River.

—¿Para qué, para tener un televisor más grande?

—No, para no estancarte. Tarde o temprano te cansarás de esa vida de nómada digital, como lo llaman ahora.

River se encogió de hombros, ya que realmente era algo que nunca había pensado con seriedad. Una voz grave le hizo girar la cabeza. Un hombre alto, con buena planta entró en el salón.

—River, te presento a Jack, mi marido.

Ambos se saludaron con un buen apretón de manos. Sally lo presentó como un amigo de Linda. Jack llevaba la chaqueta colgando del brazo, pero en cuanto tuvo la oportunidad lo dejó sobre el respaldo de la silla. Saludó con un beso en los labios a Sally, y se dejó caer pesadamente sobre el sofá, rodeándola por los hombros. Lanzó un breve suspiro mientras estiraba las piernas sobre la mesa.

—Menudo día en el hotel. De reunión en reunión. Por suerte, Andrea y Brandon están realizando un trabajo fabuloso. Los echaré de menos cuando se vayan de luna de miel —Se agachó y besó la enorme barriga de Sally—. Y qué ganas tengo de que salgas tú de ahí.

—¿Has cenado?

—Sí, en el hotel. Uno de los platos estrella de Tony. Riquísimo, como siempre.

River se percató del juego de miradas, de la gozosa intimidad que emanaba de ellos y decidió retirarse, pese a la insistencia de sus anfitriones para que los acompañara. En realidad, River llevaba todo el día esperando con ansia un momento especial. Revelar las fotografías. Lo digital presentaba innumerables ventajas es cierto, sin embargo, nada era comparable a la magia del revelado clásico.

Colocó el petate sobre la cama y sacó las herramientas, depositándolas con esmero: revelador, fijador, el rollo a revelar, la probeta, una pequeña jarra, pinzas, tanque de revelado y tijeras. De la mochila sacó la bombilla roja, que había comprado en una tienda cerca de Times Square, pues la de siempre se le había fundido en su anterior viaje.

Consideró el cuarto de baño como la mejor opción para la primera fase, el revelado. Así que trasladó todos los instrumentos y los fue

depositando como pudo en el lavabo y en la tapa del retrete. En la bañera colocó los tanques con el líquido químico. Todo era rudimentario y algo incómodo, pero a River no le importaba. Había estado en situaciones peores.

Después de cargar la película en el tanque, preparó el revelador y el fijador. En el cuarto de baño solo se oía la respiración de River mientras aplicaba el proceso escrupulosamente, de memoria ya después de tantas veces. Había aprendido viendo vídeos en internet una y otra vez. River se consideraba un romántico de la fotografía, por eso a menudo prefería las técnicas antiguas, las que nadie utilizaba ya.

Al cabo de unos diez minutos vertió agua fría en el tanque para eliminar los haluros no expuestos. A continuación, el secado y, la parte final, colgar el revelado con unas pinzas en la barra de la cortina de la ducha.

Las vibrantes imágenes de la ciudad y la fundación fueron apareciendo, casi al mismo tiempo, como si fuera la obra de un alquimista. No importaba las veces que lo hubiera llevado a cabo, su ilusión siempre se mantenía intacta cuando llegaba a la parte final. En ese fugaz instante se encerraba todo el misterio y la grandeza de la fotografía.

Por fin, el negativo de Linda. Al ampliarlo en un papel plastificado con la ayuda de las pinzas, River sintió un estremecimiento cuando se iluminó poco a poco con el rostro de ella. «Su sonrisa dulce y sus ojos risueños son un mundo en sí mismo. Desde ahora, es uno de mis tesoros». Ardía en deseos de mostrarle la fotografía a Linda. Estaba seguro de que se sentiría avergonzada al principio, pero en el fondo le encantaría.

# #

El matrimonio Murphy vivía cerca del parque Washington, en un edificio cuya fachada se componía de ladrillos rojos y ventanas con marcos oscuros. Al lado del coqueto portal decorado con plantas, se ubicaba una peluquería con un toldo sobre el escaparate. Era la primera hora de la tarde y el sol caía con dureza sobre el asfalto. Linda esperaba a la sombra de uno de los árboles que adornaban la acera, pues River le había enviado un mensaje al móvil anunciando un pequeño retraso por culpa de un despiste al tomar el metro. Como estaba siendo costumbre, Sean se había quedado a cargo del restaurante en su ausencia gracias a un acuerdo por el cual ella, al regresar, le permitiría dar por terminada la jornada e irse a casa. Agradeció que fuera tan sencillo trabajar con Sean.

River apareció acarreando su máquina fotográfica colgada al

cuello, una botella de agua en la mano y la mochila sobre la espalda. En cuanto él la reconoció le lanzó una impactante sonrisa que a Linda casi la deja sin respiración. Su atractivo relucía más a la luz del sol y la forma de caminar, con una mezcla de elegancia y tremenda seguridad en sí mismo, le pareció digna de ser enmarcada. Linda hacía todo lo posible por encontrarle defectos, pero cuanto más se empeñaba, más fracasaba. River era tan distinto a Marc, y quizá por eso le gustaba tanto.

Saludó con un afectuoso beso en la mejilla a Linda, quien al no esperarlo no midió bien sus pasos y acabó pisándole. River, divertido, cerró los ojos simulando un terrible dolor.

—Menos mal que no te he dado un beso en la boca, si no me arrancas la cabeza —dijo, irónico.

—Perdona, soy una tonta —Linda se mordió los labios, gesto que a River le pareció enternecedor.

—¿Tienes sed? Hace un calor de mil demonios —levantó la botella para ofrecérsela.

—No, gracias, River. —dijo sonriendo—. ¿Cómo te están tratando mi hermana y Jack?

—De maravilla. Mejor que en un hotel, aunque la verdad es que echo de menos tus tartaletas de crema.

Linda se sintió halagada hasta el tuétano, tanto que no supo qué decir, así que sugirió bruscamente que fueran a conocer a los Murphy. Después de llamar al portero automático, subieron por las escaleras hasta el primer piso y llamaron al timbre. Linda le señaló con el índice la cámara y River la guardó en el acto en su mochila, junto a la botella de agua.

—Me gustaría ver las fotos de la fundación —dijo mientras esperaban a que les abriesen.

—Cuando quieras. Te van a gustar, pero te confieso que revelé una foto tuya que me parece fabulosa. Sales muy guapa.

—River, no me dijiste que me sacarías —dijo con tono áspero, aunque enseguida se arrepintió pues parecía el tono de una niña pequeña y quejumbrosa.

Él la tomó del brazo, sintiendo el electrizante contacto con su piel. Una breve y punzante oleada de nervios le conquistó. Tenía unas enormes ganas de besarla ahí mismo, en aquel edificio desconocido, resguardados del calor y la inhóspita ciudad. Pero cuando oyó pasos acercándose debió olvidarse de su sueño.

—Ya hablaremos de esto más adelante —dijo River con un hilo de voz.

La puerta se abrió con un quejido. Ante ellos, con una mirada bañada en la desconfianza estaba Jim Murphy. Rondaría los setenta años, bien afeitado, y vestido con un pantalón largo y una polo. Se

apoyaba en un bastón cuyo mango, del color del marfil, se curvaba con gracia. No dijo nada, sino que examinó de arriba a abajo a Linda y a River.

—Sr. Murphy, soy Linda Green y River Crowe de la fundación Familia —dijo impresionada por la rigidez que emanaba de su cuerpo.

Al oír la palabra fundación, el Sr. Murphy torció el gesto.

—¿Qué quieren? Me parece que ya he dejado bien clara mi postura.

—Nos gustaría hablar con tranquilidad con Valerie y usted por si podemos echar una mano de alguna forma. No queremos molestar —dijo Linda alzando las palmas de las manos.

—Pues entonces pueden marcharse. Gracias… —dijo cerrando la puerta.

—¿Quién es, Jim? —se oyó una frágil voz de mujer, a lo lejos.

—De la fundación, cariño —dijo, apartándose un poco de la puerta.

—Que pasen, que pasen. A ver qué quieren.

El Sr. Murphy dejó escapar un suspiro de resignación, así que se colocó de perfil sin decir nada, franqueando la entrada.

—Al fondo a la izquierda —dijo señalando con el bastón.

Linda y River caminaron por un pasillo alfombrado en el que una de las paredes estaba decorada con múltiples espejitos, apelotonados formando como una especie de original nube. Al pasar por la puerta de la cocina ambos observaron los platos sucios acumulados en el fregadero y la basura derramándose del cubo, rodeada de moscas.

—Se fatiga rápidamente, así que sean breves —dijo el Sr. Murphy.

—No se preocupe —dijo River, girándose hacia él y moviendo la cabeza en señal de asentimiento.

Valerie Murphy yacía sobre la cama con la pierna derecha escayolada desde la rodilla hasta el tobillo. Apoyaba la espalda sobre una serie de cojines para lograr una postura cómoda para ver la televisión, que estaba encendida en un canal de deportes. Un ventilador se movía con parsimonia desde un rincón, cerca de la mesilla de noche, donde un par de gafas de pasta y un vaso de agua con hielo esperaban su turno para ser usados.

—Qué agradable sorpresa —dijo la Sra. Murphy alzando las cejas y esbozando una débil sonrisa. Llevaba el pelo recogido en una sencilla coleta y vestía con una camisa de manga corta. A un costado de la cama se le acumulaba un buen número de revistas de cotilleos.

Linda volvió a presentarse sin olvidarse de mencionar a River. Ambos se acercaron para estrechar la fláccida mano de la mujer. River miró a Linda y de su expresión dedujo que se sentía apenada por la situación de la buena mujer. Se lamentó de no poder usar la cámara para retratarla. Su cara era tan fascinante y expresiva…

—¿Cómo se encuentra, Sra. Murphy?

—Bien, supongo que no puedo quejarme, aunque esto de estar tumbada todo el tiempo en la cama es una pesadez. ¡Y este calor es espantoso!

Linda notaba el peso de la mirada de Jim Murphy en su cogote, ansioso porque la visita llegara ya a su fin. Sin embargo, ella tenía claro cuál era el objetivo de su presencia en aquella casa y no se dejaría amedrentar.

—En el hospital le hablaron de la fundación, ¿verdad? —la Sra. Murphy asintió lentamente—. Hacemos muchas cosas por ayudar a las familias, y una de ellas es prestar asistencia en casa. Estamos aquí por si necesitan cualquier cosa, por pequeña que sea.

La mujer abrió la boca, pero su marido se le adelantó.

—Ya le he dicho que no necesitamos a nadie —gruñó—. Yo cuido de ella sin ningún problema.

—No lo dudo, Sr. Murphy, pero no se trata de que estamos aquí todo el tiempo, sino de unas horas al día haciendo tareas básicas, como cocinar, limpiar…

—Lo que ustedes quieren es ganar dinero a nuestra costa.

Linda se giró para mirar a su esposa, pero ella se encogió de hombros, como si fuera imposible razonar con él.

—Nuestra fundación se financia con donaciones. No cobramos por ayudar —dijo con seriedad.

—Me parece muy bien, pero no nos va a convencer. Detestamos ver a extraños en nuestra casa cotilleando en asuntos privados.

—La labor de la fundación es una maravilla, si le diera una oportunidad se sorprendería —insistió River.

—Mi mujer está cansada, hagan el favor de marcharse —el Sr. Murphy, con la ayuda del bastón, se acercó hasta Linda para interponerse entre ella y su mujer.

—Jim, solo quieren ayudar… —dijo Valerie, negando con la cabeza.

—¡Pues que ayuden a quienes lo necesitan! —bramó alzando el bastón—. Los Murphy no, desde luego. En esta familia nos ayudamos los unos a los otros.

Linda movió la cabeza para comunicarse con Valerie, pero Jim no dejaba de moverse, obstaculizándola. La tensión iba en aumento, así que River, para evitar problemas, tocó el hombro de Linda, invitándola a que se marcharan.

—Sra. Murphy, si nos necesita, llámenos —dijo Linda, saliendo de la habitación.

—Gracias por venir, hija, pero como dice él, estamos bien. Saldremos adelante.

Linda y River caminaron por el pasillo, seguidos del Sr. Murphy,

quien continuaba refunfuñando, con el rostro crispado.

—Sr. Murphy, deje que venga una hora a la semana —insistió ella —. No entiendo cuál es el problema.

—Ya se lo he dicho. Ahora, ¡márchense de mi casa y no vuelvan más!

River abrió la puerta y mientras Linda franqueaba el umbral, alzó una mano para que el anciano se tranquilizara. Tenía la respiración agitada y temió que le pasara factura a su salud.

—Solo queremos echar una mano, pero ya nos vamos —dijo River.

—Eso espero —cuando ambos pisaron el rellano de la escalera, el Sr. Murphy cerró la puerta tan fuerte que resonó por todo el edificio.

River pestañeó, incrédulo ante la situación que acababa de vivir. Linda, por su parte, se cruzó de brazos y se sentó en las escaleras. Él se acercó y la rodeó por el hombro, sin decir nada. Sabía que ella tarde o temprano hablaría.

—La cocina necesita limpiarse y seguramente toda la casa. El Sr. Murphy no da abasto. ¿Cómo le puede ayudar cuando ella quiere tomarse un baño? Ya lo has visto tú. Yo solo quería que la Sra. Murphy nos pidiera ayuda y entonces me hubiese quedado. ¿Por qué el Sr. Murphy no quiere? Oh, qué pena —dijo Linda con un nudo en la garganta.

—Supongo que será orgullo. El Sr. Murphy no creo que sea tonto. ¿Es habitual encontrarse una situación como esta?

—No, es la primera vez —dijo ella. Sentir el contacto físico de River le ayudó a sentirse mejor. La rabia, poco a poco, se iba difuminando.

—¿Qué se hace ahora, pasar a otro caso?

Linda suspiró, negando con la cabeza.

—En absoluto. Hablaré con el hijo para ver si puede interceder. En la fundación me darán sus señas —dijo con determinación. River pensó que, aunque su apariencia era suave, por dentro era una mujer con determinación y eso le encantó.

—Querrás decir que hablaremos, porque yo también estoy implicado y quiero arrimar el hombro —River retiró la mano del hombro y entrelazó la mano con la suya. Después la miró fijamente a los ojos. Tenía su rostro a menos de diez centímetros. Ambos sonrieron. Él se moría por besarla, intrigado por saber a qué sabría su boca.

Cuando estaba a punto de inclinar la cabeza, sonó el móvil de ella, rompiendo el encantamiento. Con cierta torpeza, Linda metió la mano en el bolso y sacó el teléfono. En la pantalla aparecía el nombre de Sean.

—Linda, tenemos un problema —dijo él nada más descolgar—. Mary se ha puesto mala y estamos cortos de personal. Ya sabes que

tampoco está Hassan, que se pidió unos días para la boda de su primo. Necesitamos camareros. ¿Cómo lo arreglamos?

—Voy allá ahora mismo —dijo antes de colgar.

Linda se puso en pie.

—¿Ocurre algo grave?

—Tengo que ir al Green House. Necesito encontrar un camarero para esta noche. Buscaré por internet, en una página donde la gente se ofrece para trabajar por horas.

—Yo he trabajado de camarero —dijo mientras bajaban por las escaleras.

—¿De veras? ¿Qué experiencia tienes?

—Un montón de años en Los Ángeles. Puedo ayudarte y así sales del apuro, pero con una condición.

—A ver, ¿cuál?

—Que cenes conmigo —Sonrió con picardía.

A Linda se le apretó el corazón y empezaron a temblarle las rodillas. Una parte de ella se negaba a aceptar el trato, quería marcar distancias por temor a salir herida, sin embargo, se sentía tan halagada que un hombre de mundo se fijara en ella que no pudo más que sonreír luminosamente, mientras notaba a sus mejillas ponerse rojas como el tomate.

Capítulo 7

El Green House estaba a reventar, las mesas llenas, la música sonando de fondo, los camareros yendo y viniendo con las bandejas… Desde la barra Linda preparaba las cuentas y el cambio, servía bebidas y supervisaba que todo estuviese en orden. Sus padres estaban en casa y su hermana estaría con Jack devorando algún antojo de última hora. Según las cuentas, faltaban un par de semanas para dar a luz. Sean se manejaba con fluidez dentro y fuera de la cocina, como un director de orquesta, asegurándose de que todas las mesas recibían el servicio correcto, ordenando los platos a la cocina para que luego los camareros los sirviesen con la debida diligencia.

A Linda le entusiasmaba ver el restaurante tan lleno de vida y consideraba un honor que desconocidos los eligiesen para disfrutar de una velada en familia, con amigos o con su pareja sentimental. En la actualidad, pocos son los eventos donde las personas puedan mirarse cara a cara para conversar o reírse. Por eso su familia nunca optó por colgar un televisor para ofrecer un look más moderno. El Green House destilaba cierto aroma antiguo y esa era su esencia, por lo que no deseaba cambiarlo por decoraciones minimalistas o menús de veinte platos cocinados con nitrógeno.

Entre las personas que rodeaban la barra, mientras servía una copa de vino rosado, vislumbró a River llevando una bandeja repleta de vasos. Caminaba serio, con soltura, como si fuera una habilidad que corriera por su sangre desde siempre. La camisa blanca le quedaba como un guante e iluminaba su apolíneo rostro. Su abundante pelo

castaño no era el más apropiado para un camarero, pero se trataba de una emergencia, así que no iba a pedirle que se cortara el pelo. Le resultaba extraño que todo un fotógrafo se manejara tan bien con la bandeja, pero River le había mencionado que ejerció muchos años en Los Ángeles, seguramente para pagarse los estudios o el alquiler de la habitación. Ambos eran tan distintos y, seguramente por eso, se sentía fascinada. River parecía no tener miedo a ningún desafío de la vida, mientras que a Linda siempre le costaba tomar decisiones. Temía siempre decepcionar a quienes apostaban por ella.

River se acercó hasta la barra a paso acelerado y se hizo un hueco entre los clientes. Para llamar su atención le rozó la mano como en una suave caricia, que no pasó desapercibido para ella. Sintió el calor del contacto como un capullo floreciendo en primavera.

—Linda, la cuenta de la mesa dieciséis y la veintiuno.

—Marchando —dijo ella cerrando la botella del rosado, limpiándose las manos en un trapo y colocándose frente al terminal de venta.

Al regresar a su puesto, se cruzó con Sean, que salía de la cocina para echar una mano mientras un compañero se fumaba un cigarrillo en su descanso.

—River, ¿todo bien? —le dio una palmada amistosa en el hombro.

—Sin problema. Mis mesas están controladas.

—Te felicito. Si quieres le digo a Linda que te haga empleado fijo —Sean sonrió, divertido.

—No, gracias. Ya bastante tengo con mi trabajo, pero está siendo divertido recordar mis años como camarero.

Un cliente, expectante, levantó la mano y River se acercó hasta la mesa. Resultó que solo deseaba entregarle una buena propina por su servicio.

Dos horas después el ritmo se volvió más pausado, lo que agradeció porque las plantas de los pies empezaban a acusar el frenético esfuerzo. Sean se acercó para decirle que su cena estaba lista y que le estaba esperando en la cocina. Enseguida River notó el ansia por llenarse el estómago con algún alimento.

En la pequeña mesa de madera con mantel de hule, en un rincón, le habían servido un buen plato de arroz con huevo. Coincidió con un agradable cocinero que resultó tener un segundo trabajo en otro restaurante, por lo que cumplía sesenta horas semanales. River revivió la camaradería de los trabajos con empleados y la echó de menos, pues el oficio de fotógrafo se alimentaba de horas y horas de soledad. No cambiaría por nada del mundo su estilo de vida, pero debía confesar que a veces le resultaba duro despertarse y no saber por unos segundos si se encontraba en Alaska, Minnesota o Texas.

Entró Sean y se acercó a la mesa donde estaba River.

—Ya pasó el tsunami de clientes. Si quieres dejarlo, adelante. Ya he hablado con Linda y nos apañamos de aquí al cierre con los que estamos.

—Gracias, Sean.

Diez minutos después se había cambiado y puesto su ropa oscura de siempre. Antes de marcharse a casa de Sally, se detuvo en la barra para hablar con Linda.

—Gracias, River. Nos has salvado el día. Además, lo has hecho muy bien.

—De gracias, nada. Tenemos un pacto, así que fijemos una noche para salir a cenar.

A Linda le brilló la expresión del rostro y ese inesperado destello le causó a River un vuelco del corazón, que la miraba como si estuviera apoyado sobre el marco de una ventana, disfrutando de un paisaje cautivador.

—Ah, claro. Es verdad —dijo distraídamente, apartándose el pelo de la cara—. Pues cuando quieras.

—Mañana mismo —dijo él con inmediatez.

—¿Mañana? —Linda abrió los ojos, sintiendo un súbito vértigo—. ¿Por qué mañana?

—¿Y por qué no? ¿Es que tiene usted una cita con el presidente?

Ella le sacó la lengua, divertida.

—Está bien —concedió, aunque por dentro le parecía tan pronto, que sus nervios ya empezaban a aflorar. Hubiera deseado negarse, pero le había dado su palabra y pensaba cumplirla, como le habían enseñado sus padres.

# #

Después de una deliciosa cena en un bonito restaurante, Sally y River decidieron prolongar la velada dando un bonito paseo por el High Line, el célebre parque elevado del que River desconocía su existencia. La agradable temperatura de la noche veraniega invitaba a ello y la ciudad les rodeaba desplegando su reino de luces alrededor.

—Antes era una vía de tren que dejó de usarse en 1980, y mira ahora es uno de los parques más emblemáticos de la ciudad —dijo Linda.

—La capacidad de reinventarse constantemente es maravillosa. Todo se recicla, nada se pierde. De un trozo de metal oxidado sale…

vida —River, con un gesto de las manos, abarcó el parque. Paseaban por un estrecho camino lleno de arbustos y flores iluminado por pequeños pero potentes focos a ras de suelo. A un lado era extraño observar a los edificios desde una nueva perspectiva. A lo lejos, por el otro extremo, el Hudson permanecía en calma, con un velero lleno de luces navegando con parsimonia hacia un destino desconocido. Así se sentía Linda cuando estaba con River, como una potente luz alumbrando en medio de la oscuridad. Deseaba acomodar su cabeza en el hombro y caminar de la mano hacia donde el parque les llevara —. Es una lástima que no haya traído mi cámara. Podría hacer un bonito *time-lapse* para recordar esta noche.

—Es una pena, sí.

Sin saber muy bien por qué, a Linda esas palabras le sonaron como a despedida. Le dolía al recordar que River acabaría marchándose a otro lugar donde posar su mirada. Ardía en deseos de preguntarle cuándo se marcharía pero una parte de ella no quería saberlo, solo quería dejarse llevar.

—Menos mal que siempre llevo el móvil conmigo —dijo River sacando el dispositivo de su bolsillo—. No haré un *time-lapse*, pero sí un selfi contigo.

—Oh, todo un fotógrafo tomando un selfie —dijo con ironía—. ¿No es desperdiciar tu talento?

—Probablemente, así que no se lo digas a nadie.

Ambos se colocaron con el parque detrás de ellos. No eran los únicos que habían tenido la ocurrencia de pasear aquella noche, y en la vista previa de la cámara aparecieron de fondo grupos de personas que estaban sentadas en uno de los bancos, o paseaban con niños y perros. En una ciudad donde primaba el hormigón y las prisas era estimulante encontrar parques donde respirar y recuperar el ritmo pausado.

River rodeó a Linda por la cintura para atraerla hacia él, luego juntaron sus mejillas y sonrieron, mirando hacia el teléfono. El perfume de vainilla embriagó a River, quien por un instante estuvo tentado de besarle el cuello, pues el vestido de color malva lo dejaba al descubierto. La piel le pareció tersa, como un manto de terciopelo. Intentó prolongar lo máximo que pudo ese momento de contacto con ella, hasta que no tuvo más remedio que tomar la foto.

—Sales muy guapa —dijo él cuando miraron el resultado.

—No digas tonterías —replicó Linda.

—Te la envío por correo para que tú también la tengas —River, con un par de gestos con los dedos, adjuntó la foto y se la envió. Después se guardó el móvil de nuevo en el bolsillo, aunque inmediatamente se lo volvió a sacar cuando oyó el pitido anunciando un mensaje de correo. Intrigado, leyó el mensaje. Linda se percató de

que la expresión de River se volvió tensa.

—¿Ocurre algo? —dijo después de que River guardara un extraño silencio.

—Sí, perdona. Es un mensaje de mi padre diciendo que a ver si nos vemos en la exposición de Chicago. El museo ha reunido a fotógrafos locales para organizar un homenaje a la ciudad con nuestros trabajos.

—¿Te molesta que tu padre esté allí?

—No —respondió guardando las manos en los bolsillos. A Linda le pareció un gesto defensivo, hermético—. Lo que pasa es que no hace tiempo que no lo veo. Prefiero ir a mi aire, la verdad.

—¿No te llevas bien con tus padres? —preguntó Linda, consternada.

A River no le entusiasmaba hablar de su vida personal, pero con ella la situación era bien diferente. Desde el principio, nada más conocerla, algo le transmitió que se podía confiar en ella.

—Mi madre se fue hace doce años —dijo sintiendo un punzante dolor en la garganta—. Mi madre y mi hermana pequeña murieron en los atentados terroristas de Londres, en el 2005.

—Eso es terrible. Lo siento mucho —dijo quedándose helada.

River la miró y en ese fugaz instante Linda comprendió por fin el dolor y la soledad que lo atenazaban. Perder a parte de su familia se imaginó que estaría grabado a fuego en su alma el resto de su vida. No se le ocurrió nada más apropiado qué decir, así que guardó silencio mientras reanudaban el paseo. Dudaba de si a él le apetecía hablar de ese tema tan doloroso.

—Gracias —dijo, lacónico—. Ellas estaban de vacaciones unos días visitando a una amiga de mi madre, que pensó que sería un viaje interesante conocer Europa. Yo iba a ir pero debido a que mis notas fueron terribles al terminar el año, tuve que quedarme en casa para estudiar. Irónicamente, eso me salvó la vida. Si no, hubiera estado con ellas en ese maldito autobús…

—Debió ser un golpe tremendo, además siendo un niño. ¿Qué edad tenías?

—Quince.

—¿Quince? —dijo asombrada—. Qué injusto que a esa edad tan temprana uno tengo que cargar con ese dolor. A veces la vida es tan cruel. ¿Cómo se llamaban?

—Mi madre, Nora. Y mi hermana, Erica —al pronunciar en voz alta sus nombres sintió en su interior como si dos velas titilasen. Siempre le ocurría.

Linda le acarició el brazo y se arrimó, como si quisiera compartir el peso del luto con él. Eso invitó a que River siguiera abriendo su corazón.

—Tengo grabado con fuego el día 7 de julio de 2005. Me levanté

un poco tarde porque no había podido dormir bien la noche anterior. Estaba solo en casa, porque mi padre se había ido a trabajar —hablaba conteniendo la emoción—. Me preparé el desayuno y encendí la televisión. No había nada interesante, así que hice un barrido de canales hasta que me encontré con la imagen de una calle llena de policías. Era un noticiario y cuando leí el rótulo que decía «Ataque terrorista en Londres» sentí que todo a mi alrededor daba vueltas. Me levanté del taburete de la cocina y fui a coger mi teléfono. Recuerdo que el corazón me latía a mil por hora. Nervioso, sin poder estar un segundo calmado, llamé a mi madre. Los tonos sonaban y nadie respondía. Recordé que a Erica le hacía una ilusión tremenda subirse a uno de esos autobuses de dos plantas porque los había visto en alguna película. Al no obtener respuesta, llamé a mi padre a su oficina. Le dije, con la respiración agitada: «Ha habido un atentado en Londres con no sé cuántos muertos y mamá no coge el teléfono». Mi padre me dijo que me calmara, y que no me dejara llevar por la imaginación. Que me mantuviera firme hasta saber más datos…

River exhaló un suspiro y se detuvo unos segundos para tomar aire.

—No tienes por qué contarlo si no quieres —dijo Linda dulcemente.

—Me apetece contarlo. Es la primera vez que lo hago en toda mi vida —dijo él con gravedad.

A Linda le sorprendió, y se sintió halagada de que confiara en ella para contarle algo que llevaba guardado en su interior por tanto tiempo. Esperó a que él decidiera continuar.

—Mi padre me dijo que esperara en casa, que iba a hacer algunas llamadas a la policía, a la embajada y que luego me llamaría. Nunca el tiempo se me ha pasado más lento. Los minutos parecían horas y la televisión no decía nada nuevo, repetían las mismas imágenes una y otra vez. Yo sentí que me asfixiaba, que no pensaba con claridad. Llamé a mi madre una docena de veces. ¿Sabes lo que hice?

Linda negó con la cabeza.

—Recé. Y ni me acordaba de la última vez que había pisado una iglesia… Pero estaba desesperado y no sabía qué hacer, ni qué pensar. No sé cuánto tiempo pasaría hasta que oí un coche aparcar en frente de casa. Extrañado, abrí la puerta, y al ver que se trataba de mi padre eché a llorar porque sabía por qué estaba ahí, en casa, cuando debía estar en el trabajo. Estaba ahí para protegerme, para darme consuelo. No hizo falta que viera su cara al salir del coche. Ya sabía que traía malas noticias —River tragó saliva, pues resultaba complicado revivir aquel fatídico día en que le arrebataron una parte de él.

—Ojalá pudiera hacer algo para aliviarte, River. Lo debiste pasar fatal. Nadie debería perder a nadie tan joven.

—Y mucho menos de esa forma tan violenta y despiadada. Es duro reconocerlo, pero la maldad existe en este mundo, Linda.

—Sí, pero hay más bondad.

—No estoy de acuerdo. Todos los días hay guerras, asesinatos, destrucción. Algún día este planeta volará por los aires.

—Si eso es lo que dice el destino, así será, pero lo que no vamos a hacer es dejar de sentir. Tenemos que salir adelante, nos guste o no.

Los ojos de Linda vibraban de emoción. Si alguien era capaz de insuflarle algo de optimismo, ella era la indicada. Para River, una mujer que ayuda a los demás desinteresadamente es una fuente de inspiración.

Caminaron un tramo más hasta que encontraron unas escaleras que daban hacia una estrecha calle repleta de coches aparcados. Ninguno de los dos deseaba que la noche se acabara, así que compraron unas tarrinas de helado en un puesto ambulante y tomaron asiento. Linda se lo había pedido de pistacho y River de limón.

—Ese helado tiene muy buena pinta. ¿Me das un poco? —preguntó él.

—Ni hablar. Es mío. Si quieres uno de pistacho, te compras otro.

River soltó una estruendosa carcajada. Le pareció divertido toparse con el temperamento de Linda.

—Me quedo con el de limón. Si quieres, te doy un poco —dijo él, guiñándole un ojo.

—No, gracias. El pistacho es mi favorito. Si no engordasen, me tomaba hasta otro.

—Por cierto, ¿cuándo vamos a visitar al hijo de Jim y Valerie? Me gustaría saber cómo termina todo esto.

—A ver si después de la boda. Estoy ocupada con el restaurante. Entonces, ¿vas a ir?

—¿A la boda? Pues claro. Eso sí, me tienes que acompañar a comprarme un traje decente. En mi equipaje no suelo llevar ropa para bodas o bautizos. Para el día a día me basta con lo que tengo.

—Sí, ya veo que te encanta el negro…

—Linda, ¿me tienes miedo?

—¿Qué? ¿Qué tontería es esa?

—Respóndeme.

—Claro que no te tengo miedo. ¿Por qué lo tendría que tener?

—Entonces, pégate a mí, que quiero decirte algo.

Linda se acercó sobre el peldaño de hormigón hasta que ambos se tocaron. Entonces River estiró el cuello y la besó por sorpresa. Primero fue un beso rápido en los labios. Después, al comprobar que Linda se quedaba de piedra, posó una mano sobre su mejilla y la besó lentamente, con pasión, devorando cada milímetro de sus labios, de su lengua, aspirando su dulce sabor a pistacho. La ciudad se difuminó a

su alrededor y la gente, el ruido, quedaron lejos. Linda seguía inmóvil, respondiendo a su beso pero como si su cuerpo no supiera cómo reaccionar, todavía sujetando la tarrina. El sabor de River caló en ella como si hubiera recibido la caricia de la brisa al amanecer. Se intercambiaron una mirada en la que ambos comprendían el momento mágico que estaban viviendo. Un primer beso nunca se olvida.

—Esto era lo que quería decirte, Linda. Que me moría de ganas por besarte.

Un súbito calor se apoderó de las mejillas de ella. Deseó que no se notara al ser de noche.

—Lo has expresado muy bien —dijo ella, sonriendo con timidez.

—Tengo el don de la palabra —River hundió la cucharita en la tarrina y se regaló otra ración de helado, la última. Linda también había terminado, así que se levantó, las tiró a la basura y tendió la mano a Linda para que se levantara.

Siguieron caminando por High Line cogidos de la mano.

Capítulo 8

Linda tenía mucho en qué pensar. Había cruzado una línea significativa con River y ya no había marcha atrás. Era inútil negar la atracción que sentía por él pero aquella mañana en el Green House se preguntó, examinando su corazón con detenimiento, si sentía algo más. Notaba sus palpitaciones alteradas cada vez que estaba junto a él y, lo más impactante, el beso, ese bonito e inesperado beso lleno de ternura que le regaló en el High Line, le provocó un alegre hormigueo en el estómago que casi aún lo podía sentir. Eso no le ocurría con cualquiera, esa única sensación solo brotaba cuando empezaba a aparecer el amor de verdad. «Dios mío, ¿estoy enamorada de River? Pero ¿hace cuánto días que lo conozco?».

Tenía sentimientos encontrados puesto que en su futuro ella se imaginaba casada y con hijos, sin embargo, River era un nómada, siempre ansioso por explorar nuevos lugares. Atisbaba difícil establecer una relación sólida y con futuro. Más le valía quitarse ese enamoramiento usando el sentido común, de esa forma, no sufriría. Cuanto más sienta por él, más dolorosa será la despedida.

—Linda, ¿estás bien? —preguntó Sean, acercándose a la barra.

Ella pestañeó, volviendo a la realidad.

—Sí, ¿por qué?

—Llevas un minuto negando con la cabeza y con esa botella de whisky en las manos. Pensé que te habías vuelto loca.

Linda se fijó en la botella. Se había abstraído con sus pensamientos, olvidándose de lo que tenía entre manos.

—No, idiota. No me he vuelto loca. Estaba pensando en mis cosas, eso es todo.

—¿En qué estabas pensando tan concentrada si se puede saber?

—Oh, nada importante. Cosas mías —Linda dejó la botella sobre la repisa mientras intentaba recordar cuál era su siguiente tarea.

Sean, con ganas de hacerla rabiar, iba a insistir un poco más, pero en ese momento entró en el restaurante Harry Stodd, el dueño de la carnicería. Nada más ver su expresión, Linda supo que algo no marchaba bien. Tenía el ceño fruncido y su mirada era particularmente fría.

—Buenos días, Harry, ¿todo bien? —preguntó ella.

—No, Linda. Yo diría que todo está mal.

Salió de la barra y fue a su encuentro. Debía de tratarse de un asunto grave, así que lo mejor era tratarlo con tacto. No solo les unía una relación profesional, sino además se trataba de un viejo amigo de la familia.

—¿Nos sentamos?

—La verdad es que preferiría estar de pie. Además, no tengo mucho tiempo. He dejado el negocio con mi sobrino, pero está empezando y no lo veo muy seguro —Harry, sin darse cuenta, convirtió sus manos en puños debido a la tensión acumulada—. Linda, tu madre y tú me dijisteis que el pago se iba a solucionar, pero han pasado cinco días y todo sigue igual. Me debéis dinero y, perdonadme, pero estoy empezando a ponerme nervioso.

Linda sintió que algo le atenazaba la respiración. Odiaba encontrarse en ese tipo de situaciones. Le dolía ver a Harry angustiado.

—Harry, ¿estás seguro? Mi madre dijo que lo iba a arreglar todo. ¿Es que no te he llegado la transferencia?

—¿Qué crees que estoy haciendo aquí? Y eso no es todo. También se debe la factura de enero. No es muy alto, por eso no os dije nada, pero el del mes pasado lo necesito con urgencia. Al igual que vosotras tengo facturas que pagar.

—Lo siento mucho, de verdad. Mi madre no está, ha salido a hacer algunos recados, pero déjame subir a la oficina para ver qué puedo hacer.

Harry se cruzó de brazos sobre su oronda barriga y con un gesto seco de la cabeza, mostró su acuerdo. Linda subió por las escaleras y en cuanto pisó la oficina, llamó a su madre por teléfono, pero estaba comunicando. Linda suspiró de rabia. Su madre llevaba la contabilidad y se encargaba de pagar a los proveedores. Lo de cambiar el banco no había sido una buena idea.

Esperando encontrar la orden de pago del banco, cogió la carpeta de donde sabía que ella guardaba todos los comprobantes del año

fiscal. Si encontraba el de Harry se lo mostraría y entonces solo quedaba hablar con el banco para pedir explicaciones. Tomó asiento en la mesa redonda y abrió la carpeta, que estaba llena de papeles.

Lo que vio le dejó casi sin respiración. Había una enorme cantidad de facturas pendientes: luz, teléfono, proveedores, *etc.* Su madre, de puño y letra, había anotado la suma total adeudada en una hoja suelta. La cantidad era muy elevada. El pulso de Linda se aceleró. «¿Cómo no sabía nada de esto?». Pensando que todo era un clamoroso error, decidió que debía consultar la cuenta bancaria a través de internet.

Encendió el ordenador y consultó las claves que su madre le había enviado por mensaje, días atrás, para que ella también las tuviera, por si acaso. Después de introducirlas, accedió al estado de la cuenta. Cuando descubrió que el dinero en la cuenta no llegaba a los veinte dólares, el mundo se le vino abajo.

—Debe de ser un error —musitó, cada vez más nerviosa.

Incapaz de aguantar por más tiempo sentada, se puso de pie de repente. Harry le esperaba abajo, impaciente, y ella, antes de comentarle nada, debía hablar con su madre. A pesar de la situación, aún guardaba la esperanza de que su madre le pudiera aclarar por qué la cuenta del restaurante carecía de dinero.

Le volvió a llamar, pero la línea seguía ocupada. Aspiró aire y dejó que se llenaran los pulmones. Se repitió una vez más que su madre lo aclararía todo.

Su móvil sonó y cuando vio en la pantalla que se trataba de su madre, lanzó un suspiro de alivio.

—¿Qué ocurre, hija?

—Mamá, ha venido otra vez Harry Stodd. ¿Por qué no le has pagado ya?

Se formó un repentino silencio.

—Ay, este maldito banco nos está causando problemas. Hablaré con el director en persona. Dile a Harry…

—Basta de mentiras, mamá —interrumpió—. Acabo de ver el saldo de la cuenta del restaurante. ¡No hay dinero! ¿Qué está pasando?

—Hija… —la voz de su madre sonó presa de la desesperación. Hubiera esperado disponer de más tiempo para contárselo debidamente, pero no había podido ser. Ahora tenía que afrontar las consecuencias—. No tenemos dinero.

—¿Qué? —Linda sintió que la oficina giraba a su alrededor. Tomó asiento al pensar que iba a desmayarse de un momento a otro—. ¿Cómo es posible? Estamos casi llenos todas las noches.

—Antes de que tomaras el restaurante, pasamos una mala racha. No te diste cuenta pero la clientela empezó a escasear. No fue nuestra culpa, fue la época de la famosa crisis en todo el mundo. Fue terrible.

No venía nadie, ¿te acuerdas? No nos viste preocupados porque tu padre y yo decidimos pedir un préstamo. El banco no nos lo quiso dar hasta que pusieron por las nubes los intereses, entonces no tuvimos más remedio que decir que sí. ¿Qué otra opción teníamos? Era el préstamo o el cierre. Tu padre no quería y, la verdad, yo tampoco. Todos los meses hemos ido justos. El negocio va bien hasta hace un año o así, pero el dueño del local nos subió el alquiler. ¡El doble! Ahí empezaron los problemas. Aún no hemos saldado la deuda con el banco y aunque la caja hace dinero, no es suficiente. Se nos va mucho con los salarios…

—¿Por qué nos han subido el alquiler al doble? Eso tiene que ser ilegal.

—El contrato terminó y el dueño nos dijo que si no pagábamos lo que él quería, que nos fuéramos. El local está bien situado y seguro que habría buenas ofertas. Le dije que hemos cumplido siempre con el alquiler, pero eso no le sirvió de nada. Linda, lo siento mucho. Quería decírtelo, pero no queríamos desilusionarte… He hecho malabares estos últimos meses para que cuadraran las cuentas, hasta que no he podido más.

—¿Lo sabe papá?

—Sí, se lo dije hace unas semanas. Está tan consternado como yo.

—¿Qué soluciones hay?

—Declararnos en bancarrota y cerrar el restaurante.

—¡No! —fue un grito que le salió del alma—. Eso nunca.

Los ojos de Linda se humedecieron. Sentía una mezcla de rabia, miedo y confusión. No podía dar crédito a lo que su madre le estaba relatando. Durante todo el tiempo la habían mantenido al margen sabiendo que el futuro de Green House se tambaleaba. Empezó a sollozar porque se sentía traicionada y porque el Green House corría peligro de desaparecer.

—Entonces ¿qué hacemos? —preguntó su madre. Catherine tampoco quería cerrar el restaurante, pero las opciones escaseaban. Había negociado sin éxito con su anterior banco para que les rebajaran las cuotas. Y en el nuevo no querían saber nada. Todas las puertas se cerraban cuando las cosas venían mal, como si fueran apestados. Catherine, en la calle, se refugió en un portal. Se dio cuenta de que sentía temblores por todo el cuerpo. En cuanto terminara de hablar con su hija se pediría una manzanilla para tranquilizarse en el primer bar que se encontrase.

—Pediremos prestado a Sally. Ella nos ayudará. Somos su familia —dijo Linda secándose una lágrima con la mano.

Catherine se imaginó que tarde o temprano su hija recurriría a Sally. Su orgullo le había impedido dar el primer paso.

—Si crees que es lo más conveniente, pídeselo. Veremos que dice.

—Seguro que sí —dijo Linda con autoridad—. ¿De cuánto dinero estamos hablando?

—De unos cuarenta mil dólares. Con eso será suficiente para ponernos al día. Si no, tendremos que empezar a despedir a gente.

—Estoy convencida de que nos lo dará. Solo hay que buscar un buen momento para decírselo. A Harry le voy a dar dinero de mi propia cuenta. Se lo merece. Siempre ha sido leal con nosotros.

—Como quieras, hija. Seguiremos hablando más adelante de todo esto. Lo siento mucho.

A menudo la vida te pasa por encima. Lo que se creía que era sólido se rebela como una farsa y no queda más remedio que afrontar la cruda realidad. Notaba el peso de la responsabilidad sobre sus hombros. Por primera vez se había dado cuenta de que Sean y los demás compañeros dependían del trabajo para pagar sus facturas, las de sus familias, para conseguir sus sueños, para salir adelante, en definitiva, dependían de ella. Y Linda no quería fallarles.

Capítulo 9

En más de alguna ocasión a River se le había pasado por la cabeza comprarse un coche para así ganar independencia y no estar sujeto a los horarios de los autobuses, aviones o trenes. Pensó que sería estimulante comprarse un viejo Cadillac descapotable y recorrer las carreteras, cruzando desiertos, montañas nevadas y ciudades emblemáticas. Sería como un fiel acompañante de sus aventuras. El único inconveniente es que no entendía nada de mecánica y temía que le ocurriera un imprevisto en mitad de ninguna parte y que no pudiera continuar el viaje. Además, si le surgía un trabajo en la otra punta del país, viajar con el coche le impediría moverse con rapidez. Bueno, todo era cuestión de sopesarlo con tranquilidad.

River sintió el aguijonazo de la envidia cuando tomó asiento en el Tesla Y de Jack, camino a la boda de Andrea y Brandon. Sentado en la parte de atrás, junto a Linda, se quedó estupefacto ante el despliegue de lujo y tecnología del coche, uno de los más avanzados del mundo. Si no recordaba mal el modelo que conducía Jack se acercaba a los ochenta mil dólares. Sin retrovisores, puesto que ofrecía un panel con varias cámaras sujeto al salpicadero y, lo más impresionante, es que se podía conducir solo, siempre y cuando alguien se sentara frente al volante por si era imperioso recuperar el control. Jack le había contado que con una carga eléctrica de seis horas el coche disponía de autonomía hasta trescientos kilómetros. River, irónico, sonrió para sí mismo pensando que en el futuro no serán necesarios fotógrafos, sino que bastará con usar robots programados para esa tarea.

Mientras Jack y Sally hablaban de asuntos relacionados con el Grand Majestic, River estrechó con ternura la mano de Linda, quien le agradeció el gesto con una sonrisa. Vestía con un apabullante vestido color verde con adorno de strass, escote corazón y una sugerente cremallera a la espalda. Llevaba el pelo recogido en un elegante moño con una distinguida trenza que le daba un toque personal.

—Estás espectacular —le dijo River.

—Gracias —dijo ella, sintiéndose profundamente halagada—. ¿Has estado antes en Maplewood?

—No, es la primera vez. ¿Y tú?

—Recuerdo que cuando éramos niñas una vez nuestros padres nos llevaron, aprovechando que los domingos entonces cerraba el restaurante. Es un pueblo bonito, con hermosos paisajes y donde la gente acude a practicar senderismo. Hay una bonita cascada. Maplewood está llena de vegetación por todas partes. ¿Traes la cámara?

River señaló la mochila que descansaba a sus pies. La cámara era como una prolongación de sí mismo. Sin ella se sentía incompleto.

—Nunca salgo sin ella. Es como mi tarjeta de crédito —dijo, divertido, pero Linda solo esbozó un atisbo de sonrisa, lo que extrañó a River.

—Esta mañana te veo un poco seria, ¿estás bien?

Linda, incapaz de disimular su estado de ánimo después de conocer que el restaurante pasaba por graves apuros, hizo un mohín de disgusto.

—He estado mejor, la verdad, pero hoy es un día de celebración, así que ya hablaremos más adelante, si quieres —dijo para evitar que él siguiera indagando, y que su hermana les escuchase y se enterara del problema del Green House.

—Entonces háblame de los novios —dijo sin dejar de estar preocupado por ella. Se recordó que luego, cuando estuvieran a solas, volvería a preguntarle sobre el tema.

—Se llaman Andrea y Brandon, son compañeros de Jack y Sally en el hotel. Bueno, él, es el contable de la empresa de mi cuñado. Por lo que me ha contado mi hermana se quieren locamente, son el uno para el otro. Estuvieron a punto de dejar la empresa —bajó el tono de la voz hasta convertirlo en un susurro—, porque Jack no quería que se casaran.

—Vaya historia, como una telenovela —dijo con una sonrisa irónica.

—El amor puede con todo…

Linda miró su reloj y calculó que llegarían a Maplewood en una media hora gracias a la escasez de tráfico. Aunque le estaba haciendo un favor a su hermana, sintió las ganas de disfrutar del evento como si

los novios fueran amigos suyos de toda la vida. Una boda era, por encima de todo, un acontecimiento de contagiosa alegría, donde los problemas se dejaban aparcados por unas horas.

—Es cierto, pero yo no veo la necesidad de firmar documentos para atar a la otra persona. Creo que la pareja debe ser libre en todo momento. Nunca se sabe lo que puede pasar. Como decía alguien, la causa del divorcio son los matrimonios. Me parece una ceremonia del siglo pasado. ¿Tienen hijos?

—No, pero según mi hermana a Andrea se le dan bien y está deseando tener uno —dijo Linda, arrugando la nariz ante la idea del matrimonio de River—. Brandon está de acuerdo.

—Lo tienen todo planificado, lo comprendo, pero ¿dónde está la sorpresa? Parece que siguen un guion, más que disfrutar de una vida apasionante llena de retos.

—Se pueden tener retos y a la vez sentirse seguro.

—Lo veo un contrasentido, Linda.

Ella meditó un instante, buscando las palabras adecuadas. Se giró completamente hacia él, sin dejar de soltar su mano. Mientras tanto, Jack y Sally seguían conversando sobre sus temas, ajenos a Linda y a River.

—¿Tienes una casa?

—No, no tengo —se encogió de hombros, restando importancia—. Mi padre vive con su esposa en Chicago, pero esa ya no es mi casa, es la de ellos. No suelo ir mucho. Voy libre y sin ataduras, allá donde me plazca. Conozco gente y luego me marcho en busca de la siguiente aventura. Cuando estás al límite, es cuando verdaderamente te conoces por dentro.

«Qué vida más vacía», pensó Linda, conmovida, pero de alguna forma comprendía que alguien que ha perdido a su madre y a su hermana a una edad tan temprana, y de una manera tan horrible, no crea en generar vínculos. River era, en esencia, un alma solitaria.

—¿Ya sabes adónde vas a ir después de Nueva York? —preguntó ella, temiéndose la respuesta.

—Iré a Chicago unos días pero volveré. Después no tengo ni la más remota idea. A cada momento cambio de opinión —River sonrió entre dientes—. ¿A qué es genial?

# #

En un invernadero, en el centro de Maplewood, al resguardo del incisivo calor se iba a producir la ansiada ceremonia. El techo estaba formado por gruesas y ajadas vigas de madera de las que colgaban finas cortinas sujetas a las paredes. Al fondo, una enorme cristalera

que dejaba apreciar, al otro lado, el maravilloso colorido del jardín, el color violeta de los pensamientos y el esplendoroso rojo de las buganvillas formando un mosaico inigualable. Justo enfrente, el altar se había erigido coronado con un excelso arco lleno también de flores, a cual más vistosa. Por todo el lugar se habían colocado sillas de color blanco dejando un amplio espacio en el centro a modo de pasillo. A todos les pareció un lugar con un encanto especial para que dos personas se juraran amor eterno.

—¡Jack, Sally! —se oyó entre el corrillo de los invitados que esperaba junto a la puerta con forma de arco. Sin dar tiempo a responder, Angela Donaldson, vestida con un sencillo pero llamativo vestido de una pieza azul marino, un collar de perlas que le llegaba hasta casi el ombligo y una bonita pamela. Angela abrió los brazos con una alegría exultante, como si no los hubiera visto en años. Ella había decidido adelantarse con objeto de pasar unos días en Maplewood para respirar aire puro y llenarse de paseos al atardecer. También había echado una mano a Andrea con los imprevistos del vestido.

—Qué alegría veros tan guapos. Sois la pareja ideal —dijo Angela, mirando a uno y a otro.

—Abuela, ¿por qué no vas así de elegante al ballet? Atraerías todas las miradas… —dijo Jack después de saludarla con un afectuoso beso.

—Cuando llegue a tu edad quiero ser como tú, Angela —dijo Sally.

—Aunque está mal que yo lo diga —Angela bajó su voz, como si estuviera a punto de compartir un secreto de estado—, con este vestido estoy causando sensación. Ya me han pedido el teléfono un par de veces, dos señores que no están nada mal, apuestos y con exquisita educación.

Jack y Sally se rieron con ganas. A Jack le costaba ver a su abuela con un novio a su avanzada edad, pero después de oponerse fieramente sin éxito a la boda de Andrea y Brandon, había aprendido a no meterse en el corazón de nadie, salvo el suyo.

Minutos después, la abuela Angela fue solicitada por unas viejas amigas, así que dejaron a solas a Jack y a Sally, momento que aprovechó ella para recordarle lo que debía decirle a River, así que mientras ella se llevó a Linda al servicio para retocarse, Jack se acercó al fotógrafo.

—River, disculpa que no haya estado mucho en casa para charlar contigo.

—No te preocupes, Jack. Comprendo que tienes muchas obligaciones.

Un camarero se acercó a ellos para ofrecerles algo de beber, así que ambos se hicieron con una copa de cerveza. Luego caminaron sobre el mullido césped que rodeaba el invernadero. Poco a poco iban llegando más invitados.

—¿Está todo a gusto en nuestra casa?

—Oh, sí. Me encanta. Creo que no podía estar mejor en otro sitio.

—Me gustaría algún día ver tus fotos, nunca se sabe cuándo se puede necesitar un buen fotógrafo para la compañía.

—Estaré encantado, Jack —dijo mientras pensaba que sería fabuloso viajar por los hoteles de Excelsior Guest tomando fotografías mientras preparaba otros proyectos más personales. Al contrario que la moda o la publicidad, los hoteles le gustaban.

Jack carraspeó mientras intentaba recordar con exactitud todo lo que Sally le había dicho.

—River, escucha, Sally y yo tenemos algo que pedirte.

—¿Ah, sí? —dijo River antes de tomar un espumoso sorbo de cerveza.

—Sally conoce bien a Linda y yo empiezo a conocerla también en profundidad. Es una chica adorable y con un corazón generoso.

—Estoy de acuerdo —y, echándola de menos, sin querer la buscó fugazmente con la mirada. Estaba junto a su hermana hablando con otros invitados.

—Ella se desvive por los demás y es buena en ello, pero el trabajo en el Green House le corta las alas. Ella siempre quiso estudiar para trabajadora social pero sus padres le pidieron que se hiciera cargo del negocio para que no desapareciera y, claro, ella aceptó, incluso sabiendo que en el fondo no quería seguir los pasos de su padre.

—No lo sabía.

—Ella nunca se quejó, por supuesto. Mira, sabemos que eres su amigo, así que también querrás lo mejor para ella. Coméntale que solo se sentirá realizada si hace lo que le gusta. No digas que yo he dicho esto, porque el problema es que las hermanas Green son testarudas, pero al menos tenemos que intentarlo. Piénsalo y ya me dirás lo que sea.

—Bueno, Jack, no hay mucho en qué pensar. Estoy totalmente de acuerdo con vosotros. Yo pienso de la misma manera, por eso me dedico en cuerpo y alma a la fotografía. Y, créeme, yo la he visto en acción y creo que a ella le llena más la fundación que llevar el Green House. ¿Sus padres no se han dado cuenta?

—A Paul, sobre todo, le ilusiona que el Green House siga vivo, es como su proyecto vital, su legado, y ver cómo desaparece le rompe el corazón y Linda lo sabe.

—No lo sabía, Jack. Agradezco que me lo hayas dicho. Espero comentárselo en cuanto tenga ocasión.

Jack asintió con la cabeza. Linda formaba parte de su familia y nada le complacería más que verla satisfecha con su vida. Habían ganado a uno más para la causa y eso le hizo sentir optimista. Sally se alegraría de la respuesta de River.

—Sally y yo creemos que necesita un empujoncito. Eso es todo —concluyó Jack antes de diera comienzo la ceremonia.

# #

Mientras Jack y River charlaban apenas a unos metros de distancia, Sally y Linda encontraron un momento para hablar. La hermana mayor ardía en deseos de preguntarle sobre River, así que tomaron asiento en una mesa circular de madera decorada con un bonito centro de orquídeas.

—Te mira con unos ojos… Está claro que River siente algo por ti —posó una mano sobre la barriga notando otra patadita.

—Nos besamos el otro día en High Line. Fue tan romántico, Sally… —dijo rememorando las vibrantes sensaciones de aquella noche mágica.

—Me alegro mucho por ti —Sally se acordó de lo mucho que sufrió por la ruptura con Marc, pero eso era agua pasada—. Lo veo un hombre interesante, creativo, hasta enigmático, fíjate.

Linda le desveló el oscuro pasado de River, la horrible muerte de su madre y su hermana. Sin darse cuenta, se estremeció. Sally, emocionada, sensible a causa del embarazo, sintió la irresistible pulsión de soltar unas lágrimas.

—Qué tragedia —dijo negando con la cabeza—. Quedarse sin madre y hermana por culpa de unos locos. El peso que debe sentir sobre sus hombros…

—A veces veo en su mirada una brizna de melancolía, pero es algo que no se le puede reprochar.

—¿Estás enamorada de él? —preguntó bruscamente. Aunque el sol pegaba con fuerza, se habían refugiado bajo las frondosas ramas de un roble disfrutando de una buena porción de sombra.

Linda miró a River por un instante, a lo lejos. Estaba de espaldas, hablando con Jack. Sea lo que sea se les veía a ambos muy concentrados en la conversación. El traje que le había ayudado a elegir le quedaba perfecto. Siempre agradecía verle con algo blanco, le iluminaba su bello rostro.

—Creo que sí… hasta hoy. Dice que el matrimonio es muy restrictivo, y yo no pienso como él. Es posible que tengamos puntos de vista muy opuestos. Tú y Jack, por el contrario, es parecéis sacados del mismo molde.

—Bueno, ya sabes que yo no estaba muy segura de casarme, pero el muy canalla me acabó convenciendo.

—Se os ve tan enamorados. Y ahora vas a ser mamá… —dijo Linda con una media sonrisa.

—Hija, ya sé que me espera un infierno, pero lo dices de una forma que parece más bien un pésame.

—Perdona, hermana, es que no me siento bien —Linda sentía su cuerpo alicaído, sin fuerza—. Tengo que pedirte una cosa.

—¿Qué ocurre?

Linda enterró la mirada en el suelo. Le costaba un mundo sacar el problema del restaurante a la luz.

—Como no me lo digas ya te arranco la cabeza —dijo Sally mirándola fijamente.

—Necesito dinero para que el Green House no cierre.

—¿Cómo?

—El casero ha aumentado el alquiler y el banco no quiere negociar un préstamo que papá y mamá pidieron cuando estalló la crisis. Hará unos diez años, más o menos.

—Pero… si siempre que voy está lleno de gente. ¿Cómo es posible?

Linda se encogió de hombros, optando por no desvelar que sus padres nunca le habían contado nada. De lo contrario la reacción de Sally hubiera sido temible.

—¿Me prestarás el dinero, por favor? Te lo devolveré. Te lo prometo.

—Claro que sí. Tú solo tienes que decirme la cantidad y te firmaré un cheque.

«El cielo se me ha abierto», pensó Linda, aliviada.

—Cuarenta mil.

Sally pensó que lo sacaría de su propia cuenta bancaria en vez de la que compartía con Jack, al que pensó que se lo diría más tarde. No le gustaba que hubiera secretos entre ambos. Además, estaba segura de que la apoyaría sin dudarlo.

—¿Será eso suficiente para que el restaurante salga a flote? —preguntó Sally.

—Eso espero —dijo Linda con un hilo de voz.

Capítulo 10

Bajo una carpa gigantesca se habían dispuesto las mesas para el banquete y formado un espacio considerable, justo en el centro, que actuara como pista de baile. El vals entre la novia y el novio emocionó a todos los invitados, quienes formaron un gran círculo alrededor para arropar al recién estrenado matrimonio. Andrea y Brandon se miraban el uno al otro embelesados mientras sus cuerpos se fundían armoniosamente con la música, con gestos sutiles y llenos de gracia.

Al poco, las parejas se fueron sumando paulatinamente acompañando a los novios y el resto regresó a sus mesas para repetir postre o tomar alguna copa para seguir con la celebración.

Para Sally las opciones se reducían a esperar en la mesa, ya que en su estado de gestación la movilidad era más bien limitada. Mientras Jack bailaba con su abuela, se quedó mirando a los niños que jugueteaban en el jardín, disfrutando de una manzanilla para digerir la excelente comida. Pronto tendría un chiquitín correteando por la casa. ¿Niño o niña? Quién sabe, pues ambos habían acordado no saberlo hasta que naciera el bebé. El nombre lo decidirían más adelante, pues no era necesario saberlo de antemano. Mirarían la cara del bebé y se dejarían llevar por la inspiración del momento.

Entre la nube de invitados, se fijó en que River y Linda conversaban animadamente. Se apreciaba que se devoraban con los ojos, y ella sonrió complacida, pues había pedido a Andrea invitar a su hermana y a un acompañante no para que le hicieran compañía, sino para darles un empujoncito. Estaba ansiosa porque su hermana

encontrase el amor definitivo, como le había sucedido a ella.

Jack dejó en manos de un invitado a su abuela para sentarse junto a Sally.

—Tu abuela es incombustible —dijo ella arreglándole el nudo de la corbata que se había desajustado con el movimiento del baile.

Él pidió a un camarero un licor de menta y entrelazó la mano con la de ella, acercando la silla.

—Es increíble la vitalidad que tiene. Seguramente se va a acostar más tarde que nosotros.

—No lo dudes. Se le ve radiante y eso que será bisabuela en muy poco tiempo —Sally sonrió dulcemente a su marido y Jack posó una mano sobre su barriga. Aún le costaba creer que iba a ser padre y sería justo decir que a veces, al pensarlo, se estremecía de orgullo y miedo al mismo tiempo.

—Por cierto, le he pasado una copia del libro de tu padre a un amigo que trabaja en una editorial. Dice que le echará un vistazo. De momento yo no le diría nada a tu padre, por si acaso.

—Le haría tanta ilusión verlo publicado… —dijo mordiéndose los labios.

—Y a mí que se lo publicasen. El Green House ha sido una parte importante de la comunidad. Todo el mundo lo conoce. Se lo merece, aunque hoy en día las editoriales buscan primero el rendimiento económico, claro. Tampoco las podemos culpar por eso. Llamaré a este amigo de aquí a unas semanas para ver qué me dice.

—Gracias, amor —y le dio un beso en los labios—. Esta noche te compensaré —murmuró con ojos traviesos.

—Me da mucho morbo eso de tener sexo con una mujer embarazada. Es diferente pero también muy estimulante.

—Más te vale que te guste, si no, no habría nada que hacer. Además, dicen que es bueno para la gestación. ¿Será verdad?

—No lo sé, pero nosotros hemos cumplido —Jack le regaló un beso en el hombro—. Estás preciosa, Sally, como siempre.

—Veremos si piensas igual cuando me tengas que llevar en volandas hasta el coche. Entre la comida y el bebé no puedo andar ni un paso. Que ganas tengo de que nazca ya.

Jack pensó que había llegado el momento de decírselo. Había pensado en desvelarlo más adelante, pero ¿por qué esperar cuando se trata de una estupenda noticia?

—Cariño, he estado pensando…

—Buff, qué miedo.

Ignoró su comentario irónico y se puso serio.

—Cuando fundé Excelsior Guest me propuse que fuera una de las mejores cadenas hoteleras del mundo. Quería que mis padres, de estar vivos, se sintieran orgullosos de mí por haberme labrado una carrera

sin la ayuda de nadie, a base de éxitos y tropiezos. Aunque aún queda mucho camino por recorrer he conseguido mucho…

—No me cabe ninguna duda —Sally le acarició la mejilla y luego Jack le besó la mano.

—Necesito a alguien a mi lado que tenga la misma visión que yo, y he pensado que ¿quién mejor que tú? Quiero que seas mi socia en Excelsior Guest.

Sally abrió los ojos de par en par, sin saber qué decir.

—Sé lo que estás pensando —dijo Jack—, pero no, no vas a tener que abandonar la dirección del Majestic. La diferencia con respecto a ahora es que tendrás voz y voto en las decisiones importantes. Nuestros caminos se juntan un poco más, eso es todo.

—Amor, me encantaría, pero no quiero que te sientas presionado. Es tu compañía, tú la fundaste de la nada…

—Quiero que sea oficialmente nuestra, de los dos, bueno, de los tres —dijo mirando la barriga—. Estoy convencido.

Sally conocía muy bien a Jack, por lo que supo que antes de contarle sus planes, él había sopesado todas las ventajas e inconvenientes. Y que no pararía hasta convencerla.

—Entonces que así sea. Gracias, cariño, y espero estar a la altura de las expectativas.

—Lo estarás, créeme, «socia». Juntos vamos a conseguir que la compañía dé un paso más adelante. ¡Que tiemble la competencia! —exclamó, divertido.

Sally sonrió con calidez. El camarero llegó con el licor de menta y Jack se lo bebió de un sorbo, celebrando la nueva incorporación.

# #

En mitad de uno de los bailes, River no pudo más y, de la mano, se llevó a Linda fuera de la carpa. Ella se afanó por seguir sus pasos, pues él marcaba un ritmo apremiante. Cruzaron un grupo de niños que jugaban alborozados en un parque infantil. Los sonrientes novios se hacían fotos con los invitados usando el bonito pinar a sus espaldas.

—¿Adónde vamos? —preguntó Linda, curiosa.

River la miró pero no dijo nada. En cuanto llegaron al invernadero, sonrió para sí mismo al comprobar a través de los cristales que no había nadie. Todos estaban bajo la carpa ocupados bebiendo y bailando al son de la música, incluidos Sally y Jack.

Nada más entrar, sin esperar a más, River le devoró la boca con ansia, sujetándola por la cadera y posando una mano sobre su mejilla. Linda soltó un respingo pero en cuanto sintió sus labios apoderándose de los suyos, se rindió por completo. Ella también lo deseaba. Buscar

un sitio privado para besarla le pareció muy romántico.

A diferencia del beso en High Line, este parecía más ansioso, más desesperado, más sexual. River la atrajo hacia él y los cuerpos se juntaron como si pertenecieran el uno al otro. Linda le agarró del brillante pelo castaño para que no dejara de besarle, porque de hacerlo las chispas que sentía por dentro se evaporarían. Era un gesto de codicia que incluso a ella le sorprendió. La música se oía lejana, pero el canto de un pájaro sobrevolando el invernadero la dejó sumida en un paraíso. El gemido de placer resonó en la garganta y River aceleró la intensidad, rebañando todo lo que encontraba a su paso con una digna maestría.

Dieron un paso atrás y la espalda de Linda tocó la madera de la pared. «Tócame», pensó ella, anhelando que River tomara sus piernas, las separara y la hiciera suya. Tenía la certeza de hasta dónde sería capaz de llevarla, de cómo sus manos moldearían su cuerpo hasta romperlo en mil pedazos. Pero él solo se apretó contra ella, y empezó a besuquearle el cuello, embrujado por el dulce olor que emanaba de su piel.

—Desde el primer momento que te vi te deseo tanto que me duele hasta cuando respiro, Linda —musitó River.

Ella cerró los ojos al sentir que se le aceleraba el pulso, como si acabara de pronunciar un encantamiento y todo en ella se derritiera aún más. Intercambiaron una mirada en la que Linda suspiró al ver sus dos ojos verdes brillar como dos esmeraldas. Enseguida notó la mano acariciándole la rodilla, deslizándose sobre su muslo. Sin embargo, sin esperarlo, River la volteó con fuerza de tal forma que se quedó mirando a la pared.

En un breve instante Linda se pudo percibir que su mirada se volvió oscura, como si alguien encendiera un interruptor. Entonces notó cómo le metía las manos bajo la falda y le deslizaba las bragas hasta las rodillas, mientras que con una mano la obligaba a inclinarse hacia la pared. Linda hizo el ademán de erguirse, no muy cómoda con la postura. Estaba a punto de quejarse pero las palabras no salían de su boca. La suavidad con la que pensó que River la trataría estaba a punto de convertirse en algo más brusco y salvaje. Le apretó tan fuerte en la cadera que pensó que le saldría un moratón. Oyó cómo River se bajaba la cremallera del pantalón mientras que con la otra mano se hizo con la muñeca de ella, inmovilizándola.

—Ay —dijo Linda.

Entonces River se percató de hasta dónde estaba dispuesto a llevar su lujuria y la voz de su conciencia le pidió moderación. Soltó la mano de Linda y se subió los pantalones, tremendamente avergonzado.

—Perdóname, he perdido el control —balbuceó. Una gota de sudor frío brotó de las raíces de su pelo.

Linda se subió las bragas y se recolocó la falda. Aún estaba confundida por el rumbo que había tomado un momento que ella llevaba esperando con ilusión desde que lo conoció.

—¿Qué te ha pasado?

—No lo sé. El deseo me ha nublado la razón. Estaba como poseído, loco —Cerró los ojos y reprobó su actitud una vez más. Nunca le había pasado—. No volverá a pasar. Te lo prometo.

—Tampoco ha sido para tanto.

—¿No? Pues no sabes cuánto me alegro oírte decir eso.

—Además, me gusta saber que he sido capaz de provocar ese grado de excitación en un hombre. Si lo piensas es hasta halagador —dijo ella, para que River se sintiera un poco mejor consigo mismo—, pero me he asustado un poco, la verdad.

—Soy un animal —dijo negando con la cabeza.

River la abrazó, todavía abochornado y triste. Ella sonrió, satisfecha por la reacción de él. Sabía muy bien que River era incapaz de hacer daño a una mujer, pues su esencia como persona era noble. A ella se le daba de maravilla captar esas vibraciones. Linda lo rodeó por los hombros y se besaron, como si no hubiera sucedido nada.

—Me encanta besarte. Sabes a mar, cielo y estrellas —le dijo River, inspirándose cada vez más en ella.

—Eso es precioso, amor.

Él la tomó de la mano y, volviendo a cruzar la lustrosa hierba, volvieron a la carpa para disfrutar del resto de la velada.

Capítulo 11

Después de un largo paseo en metro desde el centro de Manhattan, llegaron al «Blue Chip», el negocio del hijo de Jim y Valerie Murphy, que estaba situado en el East Village, en la esquina de la 4 con la Avenida 53, cerca de un restaurante de kebabs. Linda le había pedido a River visitar la tienda lo más temprano posible para luego acudir al Green House y no ausentarse a la hora del almuerzo. Él no puso ninguna objeción, pues disponía de abundante tiempo libre. Cuando no estaba con ella le gustaba pasear con su cámara y tomar fotos.

Al descubrir el escaparate lleno de ordenadores y monitores, confirmaron de que se trataba de un negocio de informática. Un letrero pegado a una columna afirmaba que también se llevaban a cabo reparaciones. El aspecto de la fachada era bueno, aunque sin alardes. Lo justo para ofrecer una imagen aseada y respetable. No se trataba de una franquicia, sino más bien de un negocio propio. Al fondo se percataron de la presencia de un hombre, detrás de un mostrador, que parecía ocupado atendiendo el teléfono. River y Linda pensaron que se trataba del hijo de Jim y Valerie, George.

—¿Preparada? —preguntó River, sonriendo.

Ella asintió con la cabeza, aunque notaba el cuerpo algo rígido a causa de la incertidumbre que le generaba la visita, pues ignoraba cuál sería la reacción de George cuando le expusieran el problema sobre la mesa. Lo desconocían todo sobre la relación que mantenía con sus padres. Pensar en Valerie y en su precario estado le infundió ánimos.

Al entrar expandieron la mirada. Dos grandes estanterías de metal, colocadas a cada lado de la pared, repletas de teclados, ratones, *routers* y auriculares captaron su atención. La impresión era similar a la de la fachada, todo austero y práctico. Linda pensó que un toque femenino no le vendría mal a la decoración. Oyeron cómo el hombre colgaba el teléfono fijo.

—¿En qué les puedo ayudar? —preguntó el hombre, cuya edad sobrepasaba los cuarenta años. Llevaba puesto un gorro con la visera hacia atrás, como si quisiera aparentar un aire juvenil. Estaba sin afeitar y la camiseta era del tipo deportivo, con la marca bien visible a la altura del pecho.

—¿Eres George? —preguntó River, acercándose al mostrador.

George frunció el entrecejo.

—Sí, ¿os conozco?

Linda se colocó junto a River. La primera imagen que se llevó del hijo de Jim y Valerie fue positiva. Su mirada parecía honesta.

—Yo soy Linda Green y él es River Crowe. Somos de la fundación Familia. No sé si has oído hablar de ella. Básicamente nos dedicamos a ayudar a las familias que nos piden ayuda, o son los hospitales quienes nos avisan cuando el sistema de salud no puede.

George entornó los ojos, como si comenzara a comprender el motivo de su presencia en su tienda.

—Me suena el nombre, pero nada más. ¿Es sobre mis padres, verdad?

Linda asintió.

—Hace unos días fuimos a visitarles y creemos que podemos ayudar, bueno, nos gustaría mucho. Pero estamos aquí para preguntarte cómo ves tú la situación, por si a nosotros se nos escapa algo —Linda procuraba usar toda la diplomacia posible para no herir la sensibilidad de George. No deseaba que él los percibiera como unos metomentodo, sino como a alguien que solo deseaba ayudar sin ningún interés personal.

George inspiró profundamente mirando hacia el techo. El tema no era sencillo de abreviar pero decidió que merecía la pena esforzarse.

—Mi madre tiene la salud muy frágil y necesita asistencia permanente, eso está claro, y más desde que se rompió la pierna, pero el trato con mi padre es… complicado. ¿Han hablado con él?

—Prácticamente nos echó de la casa —apuntó River. Linda le fulminó con la mirada, gesto que no le pasó desapercibido.

—No nos echó, nos invitó a que nos fuéramos —dijo ella intentando suavizar el comentario.

George puso una expresión como si supiera perfectamente lo que había pasado.

—Hay que entender a mi padre —afirmó con un deje de

resignación—. Fue militar durante treinta y ocho años, sargento de la Fuerza Aréa con una cruz por servicio distinguido y el corazón púrpura por caer herido en Vietnam. Toda su vida se ha regido por reglas y manuales. Y, claro, en casa siempre se ha comportado de forma similar. Para él es casi imposible distinguir entre su carrera y su vida normal con su familia.

—Pero su madre necesita cuidados constantes… —dijo Linda.

—Mi padre es consciente de la situación, pero no le gustan los cambios. Además, en su escuadrón siempre había la máxima de que «solo se pueden cuidar entre ellos mismos». Y para él su esposa forma parte de ese escuadrón.

Gracias al hijo, River comprendía mejor el temperamento del viejo Jim. Ya no le parecía un cascarrabias, sino un hombre que le costaba asimilar los cambios.

—Yo mismo he ido a cuidar de mi madre, pero la convivencia con él es difícil y siempre acabamos discutiendo. Lo quiero, es mi padre, pero está muy chapado a la antigua. Y mi madre nunca le discute sus decisiones.

—¿Y si cuentan con la ayuda de alguien que la cuide, que la bañe, le prepare la comida..?

—Lo he pensado, pero no me puedo permitir contratar alguien. Esto no da para mucho —dijo abarcando la tienda con las manos—. Apenas si cubro los gastos.

—No te preocupes, George, nosotros podemos ayudar. Por eso existe la fundación —Linda sonrió y River se percató de cómo se le iluminaba la cara—. La asistenta corre por nuestra cuenta, solo te pedimos que hables con tu padre y le convenzas de la idea. ¿Qué te parece?

Se rascó la barba, pensativo. River se dio cuenta de que George se parecía físicamente más a su madre.

—Lo veo bien. Si la fundación se encarga de todo, será genial. Mi madre tendrá la atención que se merece. Sin embargo, no sé si podré convencer a mi padre. Es un hueso duro de roer.

—Seguro que podrás, George. Confío en ti. Tenemos que ayudar a tu madre. ¿Lo llamarás? —La emoción de Linda vibró con cada palabra, así que enseguida River recordó la conversación con Jack en la boda.

—Sí, lo intentaré. Por mi parte que no quede.

# #

Al salir de la tienda de informática, caminaron hacia la parada de metro, que no estaba muy lejos, apenas a un par de manzanas. El sol

ascendía por el cielo, pero aún no había llegado a la cúspide, por lo que se disfrutaba de una temperatura agradable. Rebasaron a una señora que empujaba el carrito de la compra y que llevaba puesto unos auriculares, después unos niños con patines les adelantaron mientras hablaban ruidosamente entre ellos.

River pensó que era el momento idóneo para conversar con ella seriamente.

—Linda, te he estado observado mientras hablabas con George. Y he llegado a la conclusión de que este voluntariado te llena mucho más que trabajar en el restaurante. Se nota que le echas corazón y alma a ayudar en los demás.

Ella le miró con ojos risueños, pues había dado en el clavo.

—¿Tanto se me nota?

—Tu expresión cambia completamente. No sé cómo decirlo, te veo llena de vida e ilusión. No es frecuente ver a personas que deciden compartir su tiempo libre ayudando a desconocidos. Vivimos en un mundo terrible, ya te lo he dicho, y no me extrañaría que llegáramos a una III Guerra Mundial o que nos fuéramos al traste con el cambio climático.

—Qué pesimista eres —dijo Linda, aunque entendía sus motivaciones.

—Así es cómo lo siento —River no deseaba que la conversación girase hacia cómo él ve el mundo, así que lanzó una pregunta—. ¿Cuánto tiempo llevas a cargo del Green House?

—Unos dos años más o menos.

River pensó que era una cantidad considerable de tiempo empleada en algo que no la hacía feliz. Él sabía por experiencia que el mundo de los restaurantes era muy sacrificado: horarios amplios, trabajos físicamente pesados y a veces lidiar con clientes maleducados. Demasiado para tan poca recompensa.

—¿Cómo te sientes? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Bien… —Linda respondió encogiéndose de hombros. River encontró por fin el hilo del que tirar.

—No lo dices muy convencida.

Después de acostumbrarse a ser la responsable del restaurante, valoraba su cometido con cierta distancia, como algo que debía hacer de todas formas, por lo que no valía la pena quejarse.

—¡Bien! —exclamó exageradamente, agitando el puño.

River sonrió, divertido, ya que Linda se lo tomaba con buen humor.

—¿Has pensado alguna vez en trabajar como trabajadora social?

Linda cerró los ojos, cansada de oír el mismo consejo.

—Ya veo que te lo han dicho antes, pero no veo por qué no lo haces. Has nacido para ello.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Mis padres me pidieron que llevara el restaurante y Sean, Mary, Hassan y los demás dependen del Green House para llegar a fin de mes. No puedo cerrar y ya está.

La sirena de una ambulancia interrumpió la conversación, así que esperaron unos segundos hasta que dejó de molestar. Habían finalizado el encuentro con George antes de lo previsto, así que no había prisa alguna por llegar al restaurante.

—Es muy noble por tu parte, pero ¿y tu felicidad? ¿es que no cuenta?

—No se trata de eso, River. Soy feliz en el Green House, de verdad.

—Te estás engañando a ti misma. Si en la vida no hacemos lo que nos gusta, ¿entonces que nos queda?

—El Green House es importante para mis padres. Soy su hija, ellos me dieron la vida, no puedo hacer lo que me venga en gana. Soy una persona responsable.

—Tu hermana lo ha hecho.

—Ella es ella y yo soy yo —quiso zanjar. Al igual que con su hermana, prefirió omitirle que sus padres le habían ocultado las dificultades económicas que sufría el restaurante. No quería que nadie los pusiera en su contra—. En esta vida no siempre puede uno hacer lo que le apetece.

—Somos nosotros quienes nos ponemos barreras. Solo quiero que me respondas una cosa: ¿qué pasaría si alguien te dijera que nunca más vas a ayudar a alguien que lo necesite?

—Me moriría —dijo sin pensar. Y se arrepintió enseguida de darle más argumentos a River.

—¿Lo ves? A mí me pasa lo mismo. Me moriría si alguien me dijera que no puedo ser fotógrafo. Es mi vida, mi pasión —sin darse cuenta se llevó la mano derecha al pecho—. Si alguien me lo arrebata, estaría perdido.

—Estoy de acuerdo contigo, pero las circunstancias de cada uno son diferentes. Así estoy bien, ¿para qué cambiar?

—Eso es lo que le pides a Jim Murphy, que cambie también.

Linda miró hacia otro lado, como si fuera imposible conversar con River con sentido común. Él vio que Linda no deseaba hablar más del tema, así que la retó.

—Tu hermana y Jack tienen razón.

—¿Cómo? ¿Ellos te han dicho que hables conmigo? —Linda sintió una inyección de rabia. Las mejillas le ardían.

—Sí, pero estoy de acuerdo con ellos. Ellos son tu familia, te quieren y yo… —se paró para elegir las palabras con cautela— me preocupo por ti.

—¡Mis padres son también mi familia! ¿Es que no lo ves? —exclamó Linda, indignada, deteniéndose y clavando la mirada en River. Se sentía como si fuera víctima de un complot.

—Está bien. Sin enfados, por favor. No hablemos más del asunto —River estaba sorprendido por la reacción. Era la primera vez que salía a la superficie el genio de Linda.

—Te lo agradezco —dijo, procurando domar el enfado que se había apoderado de ella. Retomó los pasos sin decir nada, dejando que las aguas volvieran a su cauce. No era una persona con carácter, como su hermana, pero a veces se enfadaba, claro—. Perdona si me he puesto así, River. Sé que tú solo quieres ayudarme. Pero llueve sobre mojado con este tema.

—No te preocupes por mí —River la rodeó por la cintura y la besó en la frente. Linda sonrió, complacida. Poco después, sin despegarse el uno del otro, bajaron por las escaleras del metro.

Capítulo 12

Armado con su cámara Nikon, River volvió a sentir la llamada de la ciudad para ser fotografiada. Le hubiera gustado la compañía de Linda, pero las obligaciones del restaurante la mantenían atada. A veces se veían por la tarde, después del almuerzo y hasta la hora del servicio de la cena, o en su día libre. El resto del tiempo River se dedicaba a conocer la ciudad o charlar con Sally en su casa. Precisamente con ella había quedado para almorzar en el Majestic, algo que ilusionaba a River, que por fin conocería por dentro el hotel del que tanto hablaban las hermanas Green.

En vez de desayunar en la casa, decidió tomarse un café y un bollo en una tienda que hacía esquina a un par de manzanas. Se fijó en la clientela, caras aún somnolientas, con escasas ganas de conversar, todos absorbidos en sus pensamientos. River pensó que estarían a punto de entrar a trabajar y no pudo más que sentirse privilegiado por el oficio que desempeñaba, pues le permitía fijar sus propios horarios. Se sentía libre, con el mundo desplegado a su disposición. Solo era necesario señalar un punto en el mapa y sería suyo.

Por primera vez sintió que algo se rompía al pensar en su inminente futuro. Linda. Ella nunca dejaría su ciudad, su familia, su trabajo para disfrutar con él de la aventura de viajar. ¡Qué diferente sería su vida si ella decidiera acompañarle! Aspiró hondo mientras procuraba espantar los callejones sin salida a los que llegaba cuando pensaba en el momento en que terminara su labor en Nueva York. Si uno pudiera apagar y encender sus sentimientos con un interruptor…

Pero eso no era posible porque iría en contra de la propia naturaleza del ser humano. De lo contrario, seríamos robots. Más valía aceptarlo como un don maravilloso.

Después de desayunar llegó hasta el parque Washington Square, en cuyo centro se extendía una plaza ovalada de cemento, muy cerca del arco. Por todos lados se veían árboles y flores, así que la gente aprovechaba para sentarse cerca y dejarse envolver por ese pequeño oasis dentro de la inmensa ciudad. De pronto, unas notas musicales le llamaron la atención. Unos metros más allá, rodeado de turistas, un grupo de música callejero tocaba alegremente, marcando el ritmo con una batería y un par de guitarras. Nadie cantaba, solo tocaban, improvisando pero con estilo y fuerza.

River se acercó, tomó un par de fotos generales para luego, con cierto disimulo, fotografiar la cara de las personas. En realidad, era lo que más le interesaba. Las expresiones. Las posturas. Su ropa. El brillo de la mirada. Todo eso le parecía fascinante y tenía algo de *voyeur*. Los monumentos estaban bien pero le resultaban tibios, sin garra. Uno de sus referentes era Richard Avedon, el cual había sido un célebre retratista al que le bastó un fondo blanco para extraer de cada personaje, famoso o desconocido, algo que le hacía distinto a los demás. Precisamente Avedon había nacido en Nueva York. Con toda seguridad, él también había salido a fotografiar en Washington Square en busca de algo auténtico: una mirada propia.

Horas más tarde, después de recorrer el hotel junto con Sally, tomaron asiento en una de las mesas de La Cascada. Sally deseó haber transmitido amor y pasión a la hora de mostrarle el Majestic tal y como le había enseñado Angela cuando ella le sirvió de guía.

—Me encanta —dijo River, colocándose la servilleta sobre el regazo—. Es un hotel con mucha personalidad. Es Nueva York puro.

Sally sonrió, complacida ante los halagos. Se sentía orgullosa del Majestic y no lo disimulaba. En los ojos del fotógrafo se reconoció ella la primera vez que lo pisó, cuando era adolescente y su padre le trajo a visitarlo brevemente.

—¿Cuál ha sido lo que más te ha gustado, River?

—La recepción me ha parecido un sitio de película. Tiene una bóveda que me ha dejado boquiabierto. En general, todo me parece elegante y acogedor. ¿Llevas mucho tiempo trabajando?

—Algo más de dos años. Vine de París con la misión de relanzar el hotel y, poco a poco, lo estamos consiguiendo —dijo mirando a su alrededor—. Tengo muchas ganas de volver. En cuanto dé a luz voy a contar las horas para pisar mi despacho otra vez. Es cierto que Jack, en mi ausencia, está haciendo un buen trabajo, pero no le digas que te lo he dicho. Si no luego no hay quien le ponga los pies en la tierra.

Un camarero se acercó y después de entablar una breve

conversación con Sally, tomó nota de las bebidas. River, con la carta en la mano, le dijo que se encontraba en sus manos y que aceptaría que ella eligiese por él. Una vez que el camarero tomó nota, los dejó a solas. Sally hizo el gesto para inclinarse sobre la mesa, pero debido al tamaño de su barriga volvió a apoyarse en el respaldo del asiento.

—No me suelo ir por las ramas, así que te lo diré claramente. ¿Qué intenciones tienes con Linda?

River sonrió, nervioso. Le llevó unos segundos asimilar la repentina pregunta, pues Sally le había pillado con la guardia baja.

—Me gusta, me gusta mucho —dijo sintiendo una hormigueo en la boca del estómago—. Es una mujer especial. Nos estamos conociendo.

—Ella está perdidamente enamorada de ti —dijo seriamente.

—¿Cómo? —River se reacomodó en el asiento tapizado. Algo en su interior se iluminó.

—Ella no me lo ha dicho, pero basta con mirarla a los ojos cuando habla de ti para saberlo. La conozco muy bien. Mejor de lo que ella se cree.

—No lo sabía. Me dejas en qué pensar.

Sally clavó los ojos en él. Lo que iba a decirle era importante.

—River, me caes bien, pareces una buena persona, pero tengo que decirte una cosa. Más te vale no hacerle daño, si no, te las verás conmigo.

—No quiero hacerle daño. La respeto demasiado —Frunció el ceño. Se sintió ofendido de que alguien pensara que era capaz de tratar a Linda como no era debido.

—Me alegro —Sally suavizó el tono de sus palabras con una sonrisa maternal. Su hermana era la mejor persona que conocía y odiaría verla con el corazón roto.

# #

Pensándolo con detenimiento, a Sally le pareció extraño que su hermana nunca le hubiera contado nada sobre las deudas del restaurante hasta el mismo momento de pedirle el dinero. Era un tema demasiado importante como para no sacarlo en las numerosas conversaciones que habían mantenido. Además, le resultaba sorprendente que fuera capaz de disimular tan bien la angustia de tener unas fuertes deudas. La preocupación de despedir al personal sería como una espina permanentemente clavada en el corazón. Linda era demasiado sensible para gestionar una situación tan tensa sin

compartirlo con nadie.

Después de almorzar y echarse una pequeña siesta reparadora decidió que debía hablar con ellos para conocer los pormenores. Aprovechando que Linda estaba en el restaurante, se dirigió en la limusina de Jack hasta la casa de sus padres. Sintió un creciente desasosiego abriéndose paso dentro de ella al imaginarse sentada delante de ellos comentando el tema, aunque se obligó a sí misma a no dejarse llevar por sus emociones, cosa que le ocurría con frecuencia.

La cara de su padre fue de auténtica sorpresa cuando vio a Sally entrar en la casa. Apagó enseguida el televisor y fue a saludar a su hija con un beso. Después llamó a Catherine, quien estaba leyendo en su dormitorio, y ambas se saludaron también con un beso.

—¡Qué ganas tenemos de que salga del horno! —bromeó su padre mirando la barriga de Sally.

—Yo también, pero bueno, ya falta poco —dijo ella, sonriendo.

—¿Qué te trae por aquí o es una visita de cortesía? —preguntó Catherine.

—Un poco de todo —Sally dejó caer un medio suspiro. Por suerte, a pesar de que el sol pegaba fuerte sobre el edificio, gracias al aire acondicionado se notaba un agradable frescor.

Su madre y ella tomaron asiento en el sofá y su padre tomó una silla de la mesa y la giró para sentarse, costumbre que tenía siempre cuando se iban a abordar temas importantes en la familia. Por la expresión de su hija sabía que esta era una de esas ocasiones.

—Linda me ha puesto al corriente de la situación del restaurante y quería hablarlo con vosotros.

Paul y Catherine intercambiaron una mirada expectante. De una u otra forma sabían que deberían dar explicaciones tarde o temprano, así que no les pilló por sorpresa.

—Antes de nada, gracias por el dinero que nos has prestado. Nos va a venir muy bien —dijo su padre, quien luego miró a su esposa por si quería añadir algo, pero ella se cruzó de brazos. Su orgullo no le permitía agradecer el gesto de su hija.

—No tiene importancia. Somos familia y quería ayudar, pero ¿sabía Linda lo del préstamo al banco y la subida del alquiler?

—Lo del préstamo no se lo dijimos en su momento porque no queríamos preocuparla. Y el alquiler fue hace poco pero…

—Tampoco se lo dijisteis —Sally también estaba dolida por ignorar unos hechos tan relevantes del restaurante, pero no quiso incluirse para no darle pie a su madre a que le recordara que no era de su incumbencia, pues no quiso dirigir el restaurante—. ¿Por qué?

—No queríamos preocuparla. Pensamos que podíamos salir adelante hasta que subieron el alquiler —Catherine hizo un mohín con

la boca. No resultaba fácil decirle a su hija que el negocio se va a pique, así que ella intentó pelear hasta el último momento. Nadie se lo iba agradecer, ni siquiera su marido.

—Pero entonces el dinero que he dado es solo un parche. ¿Cuánto queda para terminar de pagar el préstamo?

—Seis años.

—¿Todavía seis años? —Sally negó con la cabeza, contrariada. La desazón pugnaba por invadirla por completo.

—Fue una crisis mundial. Algo había que hacer… —se defendió su padre.

—¡No ocultarlo! Al menos Linda debería haberlo sabido. No es justo que le pidierais que se hiciera cargo del restaurante. Después de todo esto, sigo sin entenderlo.

—Se lo preguntamos y ella aceptó. Y yo vi en sus ojos ilusión —dijo su padre, cansado de justificarse ante Sally.

—¿Y qué pasará dentro de seis meses? ¿Tendré que poner dinero otra vez?

—Nadie te ha pedido nada —respondió Paul.

—La obligación de un hijo es ayudar —Catherine suspiró de rabia contenida—. Además, no lo niegues, te gusta venir como la salvadora de la familia.

—Catherine… —dijo Paul, consciente de que había sobrepasado un límite.

—No, déjala, papá. Que eche todo el veneno.

Su madre desvió la mirada y se cruzó de brazos.

—No pienso poner ni un dólar más en el restaurante —Sally se detuvo un instante. Las hormonas hicieron que se le llenaran los ojos de lágrimas—. Os aviso, así que más vale que busquéis otras soluciones. ¡Yo no soy el banco de la familia!

Furiosa, se puso en pie como pudo, apoyándose sobre el reposabrazos del sofá, con esfuerzo debido al peso del embarazo. Su padre fue ayudarle, pero Sally lo rechazó con un gesto contundente. Cogió su bolso y enfiló hacia la puerta sin decir nada más. Necesitaba aire para volver a respirar con normalidad.

Capítulo 13

El Cheesecake Factory estaba situado en el Queens Bulevar, dentro de un centro comercial llamado Queens Center. No obstante, disponía de una entrada directamente de la calle, formando esquina. El famoso letrero anunciando el restaurante colgaba por encima del techo que decoraba la puerta de cristal. No era una hora punta, así que encontraron una mesa con rapidez cerca de la ventana, que estaba medio cubierta por una persiana plisada. Una camarera de ojos saltones y sonrisa tímida les tomó nota y, al poco, depositó sobre la mesa una ración de pastel de queso coronada por una brillante capa de frambuesa. La sirvió con dos tenedores pequeños.

—Tengo que confesarte algo —dijo River clavando la vista en Linda, quien le miró, expectante—. Es la primera vez que hago esto con alguien. Generalmente prefiero rendir homenaje a mi hermana en su cumpleaños solo por mi cuenta.

—Me siento honrada de que hayas querido que te acompañara. Significa mucho para mí —Linda apoyó los brazos sobre la mesa y se inclinó hacia adelante. River estaba tan guapo como siempre y cuando revelaba detalles llenos de sensibilidad, le parecía que era un hombre sencillamente irresistible.

—¿Quieres empezar tú primero? —River empuñó el tenedor, dispuesto a atacar.

—No, creo que es lo mejor que lo hagas tú. Como dices, es tu homenaje. Así que has de hacer los honores.

—Por una vez, te haré caso —dijo River, sonriendo con picardía.

En silencio, como si fuera un ritual sagrado, cortó un modesto trozo y se lo llevó a boca. Pronto sintió un estallido de sabores cremosos mezclados con la dulce frambuesa. Cerró los ojos para concentrarse mejor, como si fuera un experto catador mundial de tartas de quesos. Antes de que Linda le preguntara, River asintió con la cabeza lentamente a la vez que levantaba el dedo pulgar, subrayando su conformidad.

—¿Entonces es un ritual que haces todos los años? —preguntó Linda antes de probar la tarta.

—Sí. Esté donde esté, cada veinte de julio me pido una ración de tarta de queso, que era su favorita.

A Linda le pareció una manera muy tierna de acordarse de su hermana. River hizo un gesto como si hubiera caído en algo y sacó su móvil para enseñarle una foto de Erica. Tenía una melena rubia impresionante, pero lo que más llamaba la atención era unos ojos almendrados que cortaban la respiración. Encontró cierto parecido con River en la forma respingona de la nariz.

—¡Qué guapa! —exclamó ella sin dejar de mirar la foto.

—Sí, lo era —Aunque había visto mil veces la foto, lo hizo una vez más. Como siempre, una sensación lúgubre se apoderó de él, como si una telaraña cubriese su corazón de repente.

—¿Qué edad tenía cuando…?

—Diez.

Linda detectó un tenso silencio en la expresión de su cara, por lo que alargó el brazo para estrecharle la mano sobre la mesa. No se podía ni imaginar el tormento que debía acorralarle. Por un momento River se quedó ausente, ensimismado en sus pensamientos.

—Me estaba acordando aquella vez que fuimos a patinar sobre hielo en Chicago, a un lugar que se llama The Rink —River esbozó una sonrisa cargada de nostalgia—. Era la primera vez para ella. Mi padre la llevó de la mano durante un buen rato para que no se cayera, y después de dar vueltas ya fue capaz de hacerlo sola por unos metros. Era pequeña pero cogía las cosas al vuelo. Al poco tiempo se convirtió en su pasatiempo favorito y cada domingo había que llevarla si no se enfurruñaba en su cuarto. Mis padres me obligaban a ir con ellos, porque yo no quería soltar la consola de videojuegos. Al final recuerdo una vez que ella y yo patinamos juntos. Fue bonito. En alguna parte de casa deben estar los álbumes de fotos.

—Ojalá algún día pueda verlas. Me gustaría ver más fotos de tu familia.

—Aquí tengo algunas.

River trasteó el móvil y se lo pasó para que viera unas cuantos fotos que siempre le acompañaban, gracias a que las había guardado en la nube. Linda fue deslizando el dedo sobre la pantalla y viendo

una selección de fotografías. En ellas aparecían los cuatros sonrientes y cercanos en diferentes viajes e incluso en casa, en Navidades. A todas luces, se trataba de una familia unida y repleta de cariño. Era injusto que ellas ya no estuvieran junto a River y su padre.

Inevitablemente, Linda pensó en lo que sería que alguien le arrebatase a sus padres o a Sally de su lado. «Me moriría», reflexionó, sintiendo que se quedaba congelada solo de pensarlo. Nadie podía culpar a River de sentir que la vida le debía algo.

—¿Y tu padre, cómo ha llevado el duelo?

Él meditó la respuesta con una mirada oscura, como si el peso de sus pensamientos fuera demasiado abrumador.

—Oh, muy bien. Se echó novia al año siguiente —dijo con un nítido resentimiento en el tono de su voz—. No perdió ni un segundo.

A Linda, de primeras, le sorprendió, pues parecía una actitud fría, pero luego lo consideró desde otro prisma.

—Se debió sentir muy solo.

—Yo también, Linda —apretó las mandíbulas con fuerza—. Pero mi padre debió volcarse en mí y no con la estúpida secretaria de su consulta. Seis meses después estaba viviendo con nosotros. En cuanto cumplí los dieciocho, me fui de casa. Era insoportable vivir en un mundo adonde yo no pertenecía.

—¿Te fuiste de casa? —Linda parpadeó, asombrada por el arrojo. Ella jamás hubiera reunido el valor necesario para hacer algo así.

—Me fui a Los Ángeles a buscarme la vida. Ya nada me retenía en casa. Quise ser policía pero tengo una enfermedad congénita del corazón y no pasé las pruebas —dijo con resignación—. Trabajé de mil cosas hasta que encontré la fotografía.

Una llamada al móvil interrumpe la conversación. Linda aprovecha para regalarse otra ración de tarta, pues está tan deliciosa como la que suelen ofrecer en el restaurante. Por desgracia, últimamente no ha disfrutado de tiempo para meterse en la cocina a preparar unas cuantas.

—Hola, guapa —dijo River con una sonrisa entre los dientes.

Al oír el piropo, Linda detiene por un instante el gesto de llevarse otra pequeña ración para ella. Él no se percata de que lo mira con desconfianza.

—El trabajo de la fundación va sobre ruedas. Precisamente estoy ahora mismo con una de las voluntarias. Estamos siguiendo un caso que me está ayudando a entender cómo ayudan a las familias en apuros. Podría escribir una pieza que acompañe a las fotos de la fundación y el personal. Creo que va a ser muy interesante, Pamela —River miró a Linda y le sonrió, aunque parecía muy concentrado en la conversación—. Buf… ¿con quién dices, un senador? Es un halago que cuenten conmigo pero no es un tema que me interese… No me gusta

la política ni los políticos. Te lo agradezco, Pamela, pero paso. Hablamos pronto.

River colgó la llamada, guardó el móvil en el bolsillo y se dispuso a morder otro trozo de tarta, inclinándose sobre la mesa. Al alzar la vista, allí estaban los ojos de Linda esperando dulcemente una aclaración. Esa tal Pamela la había dejado con la mosca detrás de la oreja, aunque esperaba que no se notara demasiado.

—Es la editora del New Yorker preguntándome cómo iba el reportaje.

—Ah —dijo ella fingiendo despreocupación—, ¿has trabajado con ella antes?

—Sí, pero solo un par de veces para venderle unas fotografías mías para ilustrar algunos artículos. Además, tenemos algo en común. Su marido es de Chicago, como yo.

Linda suspiró discretamente.

—¿Sabes? También me ha ofrecido un encargo pero lo rechacé.

—¿Por qué?

—Porque se trataba de retratar a un senador demócrata que ahora está en boca de todos. El periódico le va a hacer una entrevista extensa para el dominical.

—¿Así que te permites el lujo de rechazar el trabajo? —dijo con un deje de admiración. Linda dejó el tenedor sobre el plato, como dando a entender que renunciaba a la tarta.

—Me gusta eso que alguien dijo una vez de que hay que trabajar para vivir pero no vivir para trabajar. Seguro que emplearé el tiempo en algo que me llene por dentro. Puede que tenga que apretarme el cinturón más adelante, pero sobreviviré.

Linda detectó en las palabras de River un intento de señalar su propia vida, con la decisión de gestionar el Green House en vez de estudiar para ser trabajadora social.

—No todos tienen la oportunidad de elegir, pero me alegro mucho que tú sí.

River la cogió de la mano y abrió la boca, pero enseguida Linda le interrumpió.

—Sé lo que vas a decir, pero no insistas. Ya hemos hablado sobre esto.

—No es verdad —dijo él, reculando porque Linda le había leído la mente, así que improvisó otra tema que también iba a poner sobre la mesa y que ardía en deseos de ver su reacción—. Quiero que vengas a la exposición de Chicago.

—¿Chicago? —dijo, perpleja.

—Lo dices como si te pidiera viajar a la China —River jugueteaba con la suave mano de ella; cada roce era como una ola que lo colmaba de vida y esperanza—. El museo de Arte Contemporáneo me ha

incluido en una selección de fotógrafos nacidos en Chicago para exponer nuestros mejores trabajos. Linda, me haría una enorme ilusión que vinieras conmigo. ¿Conoces la ciudad?

—No, pero de todas formas, no voy a poder. Estamos muy liados en el restaurante —Linda hizo un mohín de disgusto. Después, volvió a usar el tenedor para rebañar un trozo de tarta, incapaz de vencer la tentación.

—Tampoco se trata de un mes, solo es un fin de semana. Saldremos un viernes y el domingo estaremos de vuelta.

—¿Cuándo es?

—La semana que viene.

Linda abrió los ojos como platos.

—¡Imposible! No tengo tiempo para organizarlo todo. River, me siento halagada pero no es posible.

—¿Hace cuánto que no te tomas unos días libres?

—Pues… —se esforzó por recordarlo—. Bastante tiempo, pero no es el mejor momento —se acordó de los problemas económicos del restaurante y le entró un fugaz mareo. Decidió contárselo a River, pues siempre le había dado la impresión de ser una persona en la que se puede confiar.

—No lo sabía. Lo siento mucho —fue como un jarro de agua fría—, pero ¿está todo arreglado?

—Temporalmente sí. Voy a hablar con el dueño para ver si nos puede bajar el alquiler. Estoy segura de que sí.

—Dime si puedo ayudar de cualquier forma.

—Gracias, River. No esperaba menos de ti —A Linda se le agitaba al corazón cada vez que él se mostraba generoso y compasivo. Era un hombre que había sufrido y, sin embargo, no dejaba que la oscuridad se lo tragase. Luchaba por lo que creía.

—Puede que sea un egoísta, pero no retiro mi invitación. Vendrá bien desconectar un poco y retomar fuerzas. Las necesitaremos para lo que se avecina.

—River, me gustaría pero…

—Estoy dispuesto a ponerme de rodillas delante de todo el mundo. Significa mucho para mí que vengas conmigo.

¿Qué mujer dice que no cuando el hombre del que está enamorada le pide un favor? River, al ver que vacilaba, se levantó de la silla para hincarse de rodillas. Los clientes dejaron lo que estaban haciendo para centrarse en él. Linda se rio con ganas. Además, sus ojos verdes eran como dos estrellas que brillaban en la noche. Era imposible escapar a su influjo.

—Sí, iré contigo a Chicago.

River se levantó y, dejándose llevar por la alegría, la besó en los labios.

Capítulo 14

Más tarde, el sofocante calor empujó a River y a Linda a refugiarse en la casa de Sally y Jack, donde el aire acondicionado funcionaba perfectamente, refrescando cada rincón. Después de saludar a Flora, subieron al cuarto de invitados, pues River deseaba enseñarles las fotografías sobre Nueva York que había revelado. Nada más entrar, a Linda casi le da un ataque al corazón al encontrarse un intenso desorden: ropa por el suelo, la petaca tirada cerca de la ventana y la mesa cubierta de papeles. Se le pasó la cabeza adecentar el cuarto pero se negó a hacerlo. River ya era mayorcito.

—Flora me ayuda a tener cierto orden, pero no dura mucho. Por suerte, no le ha dicho nada a Maggie —y añadió en voz baja—: es nuestro pequeño secreto.

Sintiéndose ligeramente avergonzado, River fue recogiendo ropa del suelo a toda velocidad mientras Linda tomaba asiento en la cama que, por suerte, estaba hecha. La ventana dejaba entrar un chorro de luz de la calle. Los coches pasaban, aunque las aceras se veían desiertas. Era extraño al tratarse de una ciudad como Nueva York que no detenía su flujo de personas ni por un segundo.

River le acercó un puñado de fotografías para que las viera mientras él guardaba la ropa en el armario y en los cajones. Linda las colocó sobre la cama para obtener una mejor perspectiva.

—Son preciosas, River —dijo, emocionada. Su primera impresión fue que el blanco y negro originaba un elegante contraste. Predominaban las caras con sus expresiones y miradas únicas de

hombres y mujeres de todas las edades, de todas las razas. Algunos miraban directamente a la cámara, otros miraban a algún lugar indefinido. Cada imagen encerraba cierta poesía que calaba hondo en la visión de Linda.

—Gracias —River observó a Linda medio tumbada sobre la cama, con las piernas al aire gracias a unos vaqueros cortos, en una actitud que distraídamente era sexy a más no poder. Una llamarada de deseo loco le cruzó el pecho. Deseaba poseerla ahí mismo. Llevaba tiempo combatiendo esa pulsión sexual con el sentido común. Recordó que Sally le pidió que no le hiciera daño, y él, por su estilo de vida, no podía prometerle una relación—. ¿Cuál te gusta más?

Linda se llevó un dedo a los labios, dudando, hasta que finalmente señaló el retrato de un músico callejero que tocaba la guitarra sobre un banco de Central Park. Al fondo se veía un taxi amarillo desenfocado por efecto de la lente. En la sonrisa se adivinaba una felicidad incontestable.

—Sí, es una de mis favoritas —River se tumbó detrás de ella para oler su piel y su preciosa melena oscura—. Hablé con él y me contó que viene de una familia de artistas. Dice que el parque le inspira y va a menudo por ahí a poner música a todo lo que se cruza por delante.

Ella replicó algo pero River la oía demasiado lejos, casi imperceptiblemente. En su interior combatían la razón contra el frenético deseo. Su cuerpo le exigía que la tomara ahí mismo. Rápido, sin pensar, de lo contrario, su desesperación no le dejaría en paz.

Linda notaba la respiración ardiente en su cuello, por lo que se dio la vuelta y se tumbó boca arriba echando chispas a través de sus ojos. Estaba bajo el influjo del atractivo de River, su creatividad y belleza le otorgaban un aura irresistible. Él tragó saliva mientras seguía luchando contra sus demonios, pero estaba perdiendo porque en su fantasía ya estaba devorando su piel como si fuera un animal hambriento. Oía incluso su propia respiración jadeante. Cerró los ojos para domar su instinto, de lo contrario sería su perdición.

—River, quiero darte las gracias —dijo ella, casi en un susurro.

—¿Por qué? —su cuerpo seguía en permanente tensión. Posó una de manos sobre su brazo esperando recuperar el control pero fue peor y la apartó rápidamente, como si le quemara.

—Te has convertido en pocas semanas en una persona importante para mí. Sé que estás de paso, pero no puedo evitar sentir… Bueno, ya sabes lo que quiero decir… —Linda le acarició el brazo como si valiera más un gesto que mil palabras. Después se volvió hacia él buscando que la abrazase. Sin embargo, él se echó para atrás, alejándose de ella.

—¡Linda, joder, para de una vez! —exclamó con la voz ronca.

—¿Qué te ocurre, River?

—Que estoy a punto de caer en el abismo y tú me estás empujando, ¿es que no lo ves?

Ella negó con la cabeza. Entonces él en un movimiento rápido se colocó sobre ella, sosteniéndole las muñecas con las manos. En los ojos de Linda vio asomarse el pánico, así que la besó esperando que lo rechazara, así todo hubiera sido fácil para él, pero Linda correspondió el beso. Había llegado el momento que ambos esperaban con tanto ahínco.

—Linda, te deseo con toda mi alma —su pulso estaba a mil— pero no puedo prometer nada.

Ella le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—No me importa, de verdad.

Con el ímpetu de quien cumple una fantasía milenaria, River sintió que su corazón iba a explotar de gozo. Se había imaginado su cuerpo desnudo pero la realidad superaba cualquier sueño imaginable. Le resultó casi imposible regular su fiebre y sus movimientos fueron toscos, salvajes, egoístas. A ella le excitaba verle tan entregado a su cuerpo, con una avidez abrumadora. Ni siquiera encontraba tiempo para desnudarla por completo, ya que no había un segundo que perder. Esa voracidad sexual la excitaba pero también la temía.

Entonces se vio arrastrada por la lava oscura que manaba de River, impactándola y llevándola hacia territorios nuevos, excitantes pero también siniestros. Ella dejó escapar un gemido mientras su cuerpo se debilitaba hasta la extenuación gracias a unas manos expertas que se movían en armonía, como una partitura musical. La mirada de River estaba perdida, flotaba en la cima desviviéndose por permanecer el máximo tiempo posible. Linda susurró su nombre mientras él la colocó con fuerza sobre su regazo, posando sus férreas manos sobre su cadera a la que instó a moverse con rapidez para despeñarse por el acantilado de la locura.

La espalda de River tocó la cama, cerró los ojos y se mordió los labios notando que su cuerpo temblaba de placer. Una parte de él le susurraba que al fin Linda era suya y eso le estimulaba aún más. Ella se arqueó hacia atrás y su melena cayó sobre la espalda como una cascada. River abrió los ojos y, al ver a Linda, cabalgar sobre él le pareció una de las imágenes más sensuales y bellas del mundo. Y él se sintió un privilegiado porque la naturaleza le había regalado uno de sus dones.

Ambos se estremecieron cuando River se apoderó de sus senos pálidos, pequeños pero maravillosos por su suavidad y su perfección. Después apretó los pezones sonrosados deseando empujar a Linda un poco más fuera del mundo corriente y adentrarla en otro donde sus cuerpos se fundían hasta el último estallido.

River, sin darse cuenta, negó con la cabeza. Anhelaba bajar el

ritmo y recuperar algo de dulzura pero su corazón se movía como impulsado por una fuerza desconocida que le impedía sosegarse. Su esencia se volvió calor, simplemente calor que le nublaba la cordura, aniquilándole hasta convertirlo poco a poco en ruinas en un viaje lleno de gloria e infierno.

Se irguió para tomar posesión de nuevo de la cadera, ayudándola con ambas manos sobre su electrizante piel. Quería que ella gritara de puro gozo, que su cuerpo fuera atravesado por un latigazo de ardor que quedara marcado para siempre. Y lo logró.

—River… —musitó, cabalgando en la pasión.

Él no pudo más. Consiguió que ella se colocara de espaldas sobre la cama para que River pudiera devorarla, como un continente al que es imperioso conquistar antes de que se extinga. Linda sintió los dedos moverse agitados aquí y allá, sobando el tronco, las nalgas y los muslos, dejando un rastro de saliva. Después River se echó sobre ella, separándola sobre las piernas a la vez que ella extendía los brazos sobre la colcha. Se dio cuenta de que la ventana estaba abierta y que alguien del edificio del frente les podía ver, sin embargo, detenerse era como frenar un grandioso tren que viajaba a mil por hora. Imposible.

Con la respiración entrecortada, River le dio la vuelta para que sus miradas se engancharan en medio de la bruma. Existían porque se veían reflejados en los ojos del otro, como una fuente de luz y poder del que brotaba un ardiente deseo. Ella enterró las uñas en su espalda de acero, donde todo era músculo y sudor. River jadeó sobre el cuello de Linda pero no detuvo su cadera de fuego, embistiéndola, abriéndose paso entre las llamas.

El sudor le brillaba en la frente, pero era lo último en que Linda pensaba. Sería un milagro si lograba sobrevivir a ese ataque continuo de carne, lujuria y placer que se intensificaba a cada segundo, creciendo como un alud de sensaciones indescriptibles, de sensaciones que viajaban dentro de ella hasta convertir su cuerpo en una masa deshabitada que empezaba a morir poco a poco, como una luz suicida que se va desvaneciendo.

Un cúmulo de vibraciones circulaba por sus venas desde la cabeza hasta los pies. Ni siquiera se dio cuenta de que River apretaba sus pechos con furia y luego los lamía, los besaba, los estrujaba con una tremenda desesperación. El siguiente clímax la arrasó como una tempestad cargada de ira.

Entonces se abrazó a él y rodaron sobre la cama. Linda también quería su parte del festín, así que con la boca fue recorriendo el torso bien esculpido con el mismo anhelo que River. Fue de arriba hacia abajo siguiendo el sendero de gloria que la llevaría hasta el final del túnel. Con la mano encontró su miembro enhiesto y lo tomó para que

la lujuria fuera cubriendo el rostro de River como una rápida caída. Ella tampoco se quedó atrás, sin soltarlo, notando el excitante poder que la embargaba.

—Quiero más… —dijo River, jadeando.

—No puedo…

Siguiendo su instinto, la cogió de las caderas y la volvió a tumbar sobre la cama pero esta vez dejó que sus piernas descansaran sobre sus hombros. Se echó sobre ella y la penetró tan profundamente que Linda gimió de dolor y satisfacción. Aún no había empezado a embestirla, solamente deseaba estar dentro de ella lo más hondo posible. En torno a él todo era temblor, un violento temblor que amenazaba con agarrarlo por dentro y matarlo.

Ahora sí, empezó a moverse dentro de ella sin dejar de mirarle la expresión contraída de quien está sumida en un mar delicioso y fiero abrasándola por dentro. Los profundos gemidos de ella lo alentaban y, por fin, los músculos se contrajeron notando una quemazón mientras se vaciaba dentro de ella. Agotado, se dejó caer sobre ella y durante un buen rato solo se oyeron los jadeos invadiendo el dormitorio.

Capítulo 15

River se quedó mirando el techo mientras recuperaba el fuelle, después se giró hacia Linda, quien estaba de espaldas, sumida en su absorto silencio. Le besó el hombro y le rodeó con su brazo buscando de nuevo la fragancia de su piel. Deseó que fuera de noche para dormir con ella hasta el día siguiente, pero la luz de la calle indicaba que aún quedaba tiempo hasta el ocaso. Un cierto remordimiento le carcomía, puesto que se había comportado con tosquedad, como un desconsiderado. A pesar de que intentó lo contrario, su cuerpo obedeció a sus propios instintos primitivos.

Le acarició el brazo con ternura esperando que ella dijera algo, pero parecía que su boca estaba sellada. Linda tenía la mirada enterrada en alguna parte entre la pared y la cómoda de madera. Era como si hubiera echado perder algo entre los dos. Necesitaba recuperarla.

—He sido un bruto más que un amante —susurró al oído—. Lo siento, Linda. Sé que no es disculpa pero te deseaba tanto… Y no pude dominarme —el perdón le supo a poco.

—¿Me deseabas? —Linda, aún recuperándose del esfuerzo físico, sintió que sus palabras brotaban de ella sin pensarlas demasiado. Se sentía vacía y llena al mismo tiempo, pese a ser términos opuestos.

—Y te sigo deseando, no vayas a pensar otra cosa —su propia voz le sonó débil, así que dejó de hablar durante unos segundos. La calle poco a poco se llenaba de gente y tráfico. Volvían de nuevo al mundo real.

—Por una vez no pasa nada —dijo Linda con un hilo de voz. Tendida sobre la cama, se sentía a gusto con su desnudez y con River preocupándose por ella.

—Espero que no lo digas para que no me sienta mal.

Linda se giró para que comprobara a través de sus ojos que no mentía.

—Por una vez no pasa nada —repitió, sonriendo. Le parecía adorable que River tuviera remordimientos. No se había equivocado con él: era una buena persona. A Linda no le importaba ni el dinero ni el aspecto, solo que tuviera un corazón tan grande que no le cupiera en el pecho.

—Tendría que haberte tratado con más suavidad —insistió.

—De verdad, está todo bien —Ella le acarició la mejilla con la mano y sus ojos refulgieron de emoción—. Por un parte me siento halagada si soy capaz de provocarte ese estado. Mi hermana siempre se ha llevado todos los piropos.

—Eres mucho más guapa que tu hermana. Créeme. Mucho más.

El rostro de ella se encendió al oír esas bonitas palabras. Hacía tiempo que nadie la colmaba con esa ráfaga de felicidad.

—Gracias, cariño —y se quedó mirándole, embelesada, acariciando su pecho—. Eres un sol… Te amo.

River tragó saliva. Durante unos instantes no supo qué responder. El peso de la ilusión que brillaba en sus ojos castaños le estaba partiendo el alma.

—Yo… —sencillamente las palabras no le salían, así que bajó la mirada. Sabía que tarde o temprano esta conversación tendría lugar, pero aun así le pilló desprevenido.

—No te preocupes. No necesito que tú también me lo digas.

Lo dijo con tanta dulzura y humildad que conmovió a River. Sería sencillo mentirle solo para que no le asaltara la tristeza, pero él tenía claro que no podía mentirle. Ella no lo merecía.

—Me encanta estar contigo, Linda. Eres maravillosa pero estar enamorado son palabras mayores.

—Lo sé, pero yo no puedo evitar sentirme así —dijo sin perder la sonrisa—. Me conozco y me has robado el corazón. Eres alguien especial, River. Hasta tu nombre te hace diferente. ¿Crees que habría hecho el amor si no estuviera enamorada de ti?

Nunca se podría decir a sí mismo que no lo vio venir. Sally se lo advirtió aquel día en el Majestic y él, como un necio, dejó arrinconada esa advertencia porque sabía que lo inmovilizaba.

—Ahora me haces sentir como un miserable, Linda —hizo el gesto de levantarse. De pronto no se sentía digno de estar a su lado, sin embargo, Linda lo detuvo.

—Soy mayorcita, River. Sabía dónde me estaba metiendo. No es

culpa tuya porque yo me pude haber alejado en cualquier momento —Linda le buscó con la mirada, pero River solo negaba con la cabeza.

—Nunca debí consentir que lo nuestro llegara tan lejos. He jugado con tus sentimientos.

—No es verdad y deja de castigarte de una vez. No es culpa de nadie. Yo me entregué a ti sabiéndolo.

—Linda, yo no puedo amarte —le quemó la garganta al pronunciar esas dolorosas palabras—. No tengo casa, voy de hotel en hotel, sin saber qué va a pasar mañana. Es imposible darte lo que quieres, una casa, niños, familia… Tengo mil aventuras que me están esperando.

—No te estoy pidiendo nada.

—Pero es lo que te gustaría.

—Sí, claro que me gustaría, pero no soy tan frágil como piensas —dijo con seriedad—. Saldré adelante pero sin arrepentirme de haberte amado. Creo que es una de las sensaciones más bonitas del mundo.

—Si tuviera un trabajo estable en Nueva York y un proyecto de vida, creo que me casaría contigo sin dudarlo. Pero no es así. Me muevo sin ataduras, libre. Me gusta esta vida porque nunca esperas nada de nadie, y así te evitas el dolor. Jamás te pediría que abandonaras el Green House por mí. Me importas mucho.

—Y tú a mí también —dijo apoyando la cabeza en el hombro. River la rodeó con el brazo—. Solo espero que algún día encuentres eso que estás buscando, sea lo que sea.

—Yo también —Y la besó en la cabeza. «Aunque todavía no sé lo que es», pensó.

Sonó el teléfono de River. Buscó con la mirada el pantalón hasta que lo encontró tirado en el suelo pero cuando estaba a punto de levantarse para atender la llamada, de pronto, cerró los ojos como si hubiera dado cuenta de algo. Luego se volvió a tumbar junto a Linda, quien le miró, interrogante.

—No importa. Lo cogeré en otro momento —le dijo, pero el timbre siguió sonando.

—¿Seguro? Puede ser importante. Es muy insistente.

Prefirió contarle la verdad antes de que pareciera que ocultaba algo.

—Es mi padre —dijo con cierto hartazgo.

—¿Tu padre? ¿Cómo lo sabes?

—Siempre me llama en el cumpleaños de mi hermana. Ya sabes, para saber cómo estoy y esas cosas de «padre».

—¿Y no lo coges?

—No me apetece hablar con él. Estoy a gusto contigo. Además, siempre me pregunta lo mismo… —dijo con cierto desdén.

Él conocía a su familia, así que Linda sintió curiosidad por saber algo más de su padre, a fin de cuentas, era lo único que le quedaba.

—¿Es que nunca le vas a perdonar? —preguntó besándole el pecho.

River lanzó un gruñido.

—No me apetece hablar de eso ahora —su rostro se volvió serio.

—Como quieras —dijo, ella, dolida. Después guardó silencio, ya que no deseaba atosigarle—. Pero si alguna vez te apetece hablar que sepas que lo haré encantada.

—Es algo muy personal, Linda —frunció el ceño.

Enseguida se arrepintió de sus palabras, porque con ella había compartido más que con ninguna otra persona.

—Lo siento, es que no quiero estropear este momento. Estábamos tan bien… hasta que sonó el teléfono. Mi padre, siempre estropeándolo todo —sacudió la cabeza, molesto.

—Me estaba gustando mucho que te abrieras a mí y, de repente, te cierras en tu caparazón. Si quieres dejarme fuera, yo no te insistiré.

Los ojos de ella se enfriaron, cosa que no pasó desapercibida para River.

—Mi padre siempre me llama este día, pero… para mí es como si fuera una formalidad para él. No creo que lo «sienta» tanto como yo. No quiero decir que no las eche de menos, pero él recompuso su vida y yo no puedo actuar como si no hubiera pasado nada. ¿Me entiendes? No puedo visitarle en Acción de Gracias o Navidades con su mujer y sus dos hijos, como si fuera un miembro de una familia más. Parecería que intento borrar de mi mente a mi madre y a mi hermana. Los miro y todo me parece tan falso. Yo no puedo pertenecer a ellos. No son mi familia. Y, no me entiendas mal, Susan y sus dos hijos son buenas personas, pero no puedo aguantarlos cuando están en mi casa. Es como si viviera en otra dimensión, por eso me fui en cuanto tuve la oportunidad. No los odio, ni quiero ir en plan rebelde, pero hay algo dentro de mí que se resiste a claudicar. Estuve confundido y dolido y mi padre se refugió en ellos, pero ¿y yo?, ¿dónde?, ¿con quién? Lo necesitaba y me falló. Sé que me quiere y que ayudará en todo lo que él pueda, pero cuando se trata de mi madre y mi hermana desaparece en la niebla. A veces pienso que yo soy un recordatorio viviente de la tragedia, y que por eso mi padre prefiere mantener solo un contacto mínimo conmigo, de compromiso. Quizá sea algo injusto por mi parte pensar así, pero no puedo evitarlo.

River se irguió sobre la cama y miró por la ventana, pero a nada en concreto. Solo estaba reuniendo fuerzas para continuar. Linda no dijo nada mientras le observaba.

—Una vez me escapé de casa, pero la policía me encontró. Le prometí a mi padre que no volvería a hacer algo así, y a Susan también, que la vi asustada. Y cumplí mi promesa nunca lo volví a hacer, sin embargo, una vez me preparé para un viaje del que no iba a

volver nunca…

—¿Qué quieres decir?

Bastó una mirada de soslayo para que Linda comprendiera la terrible gravedad. Aquel secreto estaba enterrado en el corazón de River profundamente, pero ella, con paciencia y amor, había sabido cómo llegar hasta él.

—Dios mío… —dijo tapándose la boca con las manos.

—Lo había visto en las películas y pensé que sería algo sencillo, más que llenarme de pastillas. Esperé a que se fueran todos a misa en el coche de mi padre y fui al garaje —tragó saliva mientras revivía el doloroso recuerdo—. Con la puerta cerrada encendí el motor del coche, se oyó un chispazo y empezó a ronronear. No sé cómo pero me sobrepuse a imaginarme las reacciones de mi padre, Susan y sus dos hijos. Puse la mente en blanco y esperé convenciéndome a mí mismo de que me encontraría mejor cuando llegara al final. Era un adolescente pero no era tan tonto para pensar que me encontraría con ellas al final del túnel. Solo era eso, que me sentía que sobraba, que tendría que haber muerto con ellas. Ese era el alimento de mi furia. Me desperté ahogándome, y creo que fue mi instinto de supervivencia lo que causó que rebañara mis últimas gotas de energía para, con los ojos rojos, bajarme del coche y salir del garaje a trompicones. Una vez que me recuperé, abrí la puerta para que saliera el humo rogando que ningún vecino se le ocurriera asomarse a la ventana y alarmarse. Por suerte, no pasó nada. Vinieron mi padre, Susan y sus hijos y nunca sospecharon. La vida continuó para ellos como si nada hubiera pasado.

—Eras un niño… Lo debiste pasar fatal —dijo Linda, cada vez más enamorada de un hombre que luchaba, muy dentro, por vivir sin cicatrices.

River asintió quedamente, resignado. Temió que ella lo mirara de otra forma, como si tuviera miedo de él o, peor aún, que sintiera compasión. Pero ya no podía volver atrás. Le había desvelado su secreto y albergaba sensaciones encontradas.

—Se aprende a vivir con ello. Es como un sueño oscuro que a veces te asalta cuando menos te lo esperas.

—No sé si voy a saber explicarte esto bien, River. Pero creo que debes estar orgulloso de ti mismo. Con esto no quiero decir que tienes que sentirte pletórico o alegre todo el tiempo. Pero, a pesar de todo, has logrado ser alguien, convertirte en un fotógrafo prometedor siendo fiel a tus valores, a tu pasión. Eso es digno de destacar, y merece que también lo tengas en cuenta. No te has quedado en un rincón peleado contra el mundo. Has sabido canalizar esa rabia en algo positivo. Es admirable.

—Ahora me conoces mejor. Ya no tengo ningún secreto más. Este

soy yo con mi terrible pasado —River sacudió los hombros en un gesto de resignación.

—Me halaga que me lo hayas contado. ¿Has vuelto a tener esa terrible idea otra vez?

—No, nunca. Me gusta estar vivo —dijo con una sonrisa entre los dientes—. Aún me queda mucho por hacer.

Linda tomó sus mejillas con la mano y le plantó un beso en los labios. Quería que esa pequeña corriente de energía negativa que aún lo atenazaba se perdiera para siempre. Una cálida sonrisa se dibujó en el rostro de él. Y ese pequeño gesto, esa sonrisa iluminando su rostro, fue como si de repente se levantara una brisa y jugueteara con el pelo de Linda.

—Por eso estoy enamorado de ti, porque eres siempre decidido y buena persona —antes de que River dijera que él no sentía lo mismo, ella continuó rápidamente—. Y ya sé que tú no me amas, pero no voy a vendar a mi corazón para que tú estés a gusto. Es lo que siento y no me importa proclamarlo a los cuatro vientos. Estar enamorado es algo maravilloso.

Linda cogió la almohada y le golpeó en la cara, para que espabilase un poco. Todo el bonito pelo de River le cayó sobre sus ojos de cualquier forma. Cuando él estaba a punto de contraatacar con un cojín del suelo, llamaron a la puerta con estruendo. Ambos se quedaron inmovilizados, mirándose uno al otro como si hubieran visto un fantasma.

—Srta. Green, Sr. Crowe —se oyó la voz de Flora, agitada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Linda.

—Es la Sra. Donaldson… ¡Está en el hospital! Ha roto aguas.

Fue como si Linda hubiera recibido un *electroshock*, pues se bajó de la cama y empezó a moverse velozmente de un lado a otro, recogiendo sus prendas a lo loco, para sorpresa de River.

—¡Dios mío, voy a ser tía! ¡Voy a ser tía! Voy a ser la tía más enrollada del mundo. Consentiré a mi sobrino o sobrina todo lo que pueda. Le prepararé tartas, dulces y bollos —dijo, ilusionada.

Capítulo 16

En la cama del hospital apoyada sobre el cabecero, a Sally le embargaba la emoción mientras sostenía a su hijo con ambos brazos. Pese al cansancio, su cara brillaba como un enorme sol. No despegaba sus ojos de él al tiempo que su corazón se hinchaba de orgullo y amor. Sencillamente era prodigioso lo que acababa de suceder, casi inexplicable. De su interior había nacido una vida y eso, a todas luces, era mágico y maravilloso. Consciente de que siempre recordaría ese momento, se esforzó por guardar en su memoria cada mínimo detalle, el ligero peso de su cuerpo, los ojos cerrados, el olor de su piel, la cabeza pelona, la profunda sensación de fragilidad…

A su lado estaba Jack, sentado en el borde de la cama, rodeando a su esposa con el brazo, inclinando la cabeza sobre su hijo y con una sonrisa cargada de asombro y dicha. Había cancelado sin dudarlo todas sus reuniones para el día y no pensaba despegarse de su esposa e hijo. Jack se sentía que flotaba en una nube. No puedo evitar acordarse de sus padres, de cuánto le hubiese gustado que estuvieran con él y de cuánto le habían querido cuando nació, puesto que él albergaba las mismas sensaciones en ese instante.

—Entonces, ¿qué nombre le ponemos? —preguntó Jack.

Sally examinó la cara de su hijo en busca de inspiración. Fue un ejercicio de completa introspección, bucear dentro de su alma para encontrar el nombre perfecto, que debía surgir espontáneamente, sin ningún condicionante externo. Le pareció que era una forma bonita de ponerle el nombre que le acompañaría para siempre.

—Aún no se me ocurre nada, cariño. Me gustaría esperar un poco más. No hay ninguna prisa.

Jack le besó tiernamente en la cabeza.

—Claro que no. Mientras tanto le llamaremos «nuestro fabuloso bebé» —Jack volvió a acariciar su carita con exquisita delicadeza, como si tuviera miedo a hacerle daño. Parecía tan a gusto en brazos de su madre.

—Tiene tu barbilla y tus ojos —dijo Sally mirando a su marido, sonriendo.

—Es verdad. Parece que son rasgos que se van heredando. Siempre me decían lo mismo con respecto a mi padre.

—Qué ganas tengo de que conozca su cuarto. La cuna le va a encantar.

—Hasta a mí me dan ganas de probarla. Se ve tan mullida que es posible que me eche una siesta cuando esté desocupada.

—Ni se te ocurra, abusón —dijo Sally dándole un codazo cariñoso. Después se giró hacia el bebé con ganas de que ese instante durara para siempre. Le besó en la punta de la nariz.

—Tus padres te van a querer mucho —susurró—.Ya verás qué felices seremos los tres.

El bebé, de repente, bostezó. A través de las mantas, Sally notó cómo su cuerpo se movía ligeramente.

—¿Quieres sostenerlo?

—Me encantaría —respondió poniéndose de pie. Sally, con sumo cuidado, se lo pasó a sus brazos. El cuerpo de Jack vibró cuando lo sostuvo. Se dio cuenta de que su vida había cambiado para siempre y que a partir de ese momento viviría para proteger y ayudar a su hijo.

—Ahora somos una familia —dijo Sally mirando la bonita composición que formaban padre e hijo siendo bañados por la luz del atardecer que entraba por la ventana. A lo lejos las puntas de los rascacielos se hundían en el cielo.

—La familia Donaldson… Me encanta cómo suena —Jack sonrió como un niño ilusionado. A Sally las lágrimas le nublaron la vista de tan emocionada que estaba. Jack se sentó otra vez en el borde de la cama y la besó en los labios para consolarla.

Al poco, Linda y River entraron en la habitación después de llamar quedamente a la puerta. Entraron cargados de globos y flores con tal cantidad que casi ni se les veía las caras. Linda no pudo aguantar más y se abalanzó sobre su hermana, quien había vuelto a hacerse cargo del bebé. Sally estaba agotada y se moría por dormir aunque solo fuesen cinco minutos, pero también le gustaba ver las reacciones de alegría de su familia.

Linda se quedó con la boca abierta. River felicitó a Jack estrechándole las manos. Después sin que nadie se percatara sacó una

fotografía con su Nikon encuadrando a todos. Quería captar el ambiente de intimidad en una simple imagen.

—Sally, es precioso… —Su hermana le instó a cogerlo en brazos y Linda no se lo pensó dos veces, pues llevaba meses esperando ese momento con unas ganas tremendas.

—Hola, sobrino. Soy tu tía Linda. Encantada de conocerte —le dijo ella de pie, en mitad de la habitación, con los sentimientos a flor de piel. El bebé no se inmutó, seguía sumido en su placentero sueño—. Se parece a ti un montón, hermanita.

—No estoy de acuerdo —dijo Jack con una sonrisa entre los dientes.

—¿Y papá y mamá? —preguntó Sally.

—Están a punto de venir. Quizá les haya pillado el tráfico cuando venían en coche.

River se acercó a la madre y la besó en la mejilla.

—Felicidades, Sally,… y buen trabajo.

—Gracias —dijo con la mirada jovial—. Luego nos enseñas la fotografía. Como me hayas sacado horrible, te las verás conmigo.

—No te preocupes. Saldrás preciosa. Te lo prometo.

Linda seguía de pie con el niño a cuestas. Notó que el corazón le latía con fuerza. No se quería ni imaginar lo que sentiría cuando tuviera el suyo. El milagro de la vida y ella lo sostenía entre sus brazos. River, a lo lejos, se deleitaba con la expresión de dulce devoción de Linda mirando al bebé.

—Bueno, ¿y este ángel?, ¿tiene nombre? —preguntó Linda, devolviendo su sobrino a los brazos de Sally.

—Pues aún no lo hemos decidido —Jack tomó asiento. Se moría de ganas de pronunciarlo.

De repente le vino la inspiración y Sally dio con su nombre mientras acunaba a su hijo. Fue como si alguien lo hubiese plantado en su cabeza desde otra dimensión, desde un tiempo remoto.

—Ya lo tengo —dijo, mientras todos la miraban con expectación—. Se llamará Michael… Michael Donaldson. ¿Qué te parece, cariño?

—Maravilloso.

# #

Después de la visita del hospital, Linda y River caminaron por la calle en dirección a la próxima boca de metro disponible. Ella debía acudir al restaurante para el servicio de noche y él decidió acompañarla. Ambos caminaron de la mano de manera natural, simplemente disfrutando de la compañía del otro. Eran una pareja más caminando por Nueva York. Mientras se cruzaban con más

personas por la acera, River se fijó en la sonrisa ensimismada de Linda.

—¿En qué piensas? —preguntó.

—En mi sobrino. Va a crecer en una familia que le va a querer muchísimo. Otros no tienen tanta suerte, pero él sí la ha tenido. Además, no le va a faltar de nada. Es una tontería pero qué ganas de que crezca un poco más para jugar con él y llevarlo de paseo a alguna parte. Es casi como si yo fuera su hermana mayor.

—Vas a ser una tía estupenda —Le guiñó el ojo.

—Gracias, River —dijo asintiendo con la cabeza—. ¿Sabes? Hoy habrán nacido cientos de niños alrededor del mundo, o incluso miles, no lo sé. Es una auténtica bendición.

Era la primera vez que River presenciaba a un recién nacido en brazos de su madre, recién salido del «horno». Aún estaba procesando la experiencia, masticándola, desgranando cada gesto de Sally, Jack y Linda para comprender que era un momento decisivo en sus vidas. Se había sentido algo ajeno al ambiente familiar que reinaba en la habitación, aunque le pareció comprensible. Al fin y al cabo él era solo un testigo. De pronto le entró vértigo al pensar la enorme responsabilidad que recaía sobre Sally y Jack. Iban a criar a un niño en mundo en el que alguien te puede arrebatar lo que más quieres en cuestión de segundos. Era arriesgado, pero deseó que a ellos les saliera todo de perlas.

—¿Preparada para Chicago?

Linda estaba a punto de responder cuando su móvil sonó dentro de su bolso. Pensó que sería Sean para preguntarle por su regreso al Green House, pero el número era desconocido. Sin saber el motivo, intuyó que no le iba a agradar.

—¿Linda Green? —dijo una voz de hombre al descolgar.

—Sí, soy yo.

—Soy George Murphy, el padre de Jim y Valerie. ¿Es buen momento para hablar?

—Adelante, George. Te escucho.

El ruido del tráfico era intenso, así que se detuvo para refugiarse en el portal de un supermercado. Aún se oía el zumbido de coches y motos aunque ya no tanto.

—Al final convencí a mi padre para que aceptara su ayuda y vino una asistenta, pero la cosa no ha salido como esperábamos. Estamos en comisaría.

—¿Cómo? —la voz de Linda se quedó helada. River frunció el ceño —. ¿Qué ha ocurrido?

—Mi padre ha golpeado con su bastón a la asistenta en un brazo. Ella ha llamado a la policía y por eso estamos aquí hasta que la policía decida qué hay que hacer.

—¿Y tu madre?

—Está en casa pero no te preocupes la llamo cada media hora para ver cómo se encuentra.

—¿En qué puedo ayudar entonces?

—He decidido volver a casa una temporada para ayudar a mi madre, pero me gustaría que hablaras con mi padre aquí en comisaría para que le convenzas de que tarde o temprano necesitaremos ayuda. Yo tengo un negocio que atender y no tengo mucho tiempo. Sé que le estoy pidiendo mucho, Linda, entenderé si no quieres venir a hablar con él. Ya sabes, es un hombre difícil.

Al cabo de una media hora aproximada, ambos se presentaron en la comisaría. Después de hablar con George, Linda le pidió a River con tacto que le dejara hablar a solas con Jim, a lo que él no opuso ningún inconveniente. Jim estaba sentado en un banco, aguantando con una mano sobre el bastón y el semblante pétreo. Su hijo les había contado que la asistenta había decidido no presentar cargos, así que Jim no sería procesado. Linda aprovechó que George seguía hablando con los policías y la asistente para sentarse a su lado.

—¿Me recuerda, Sr. Murphy? —le dijo con una sonrisa.

—¿Le ha llamado mi hijo? —preguntó, mirándola desconfiado.

Ella asintió. Ignoraba cómo encarar la conversación, así que decidió improvisar.

—La situación es complicada y a veces viene bien una mirada objetiva, ¿no le parece?

—Esa mujer me estaba robando dinero y me enfadé. Es cierto que pude haberme excedido, pero que te roben en tu propia casa es intolerable —dijo acompañando su última palabra con un golpe de bastón en el suelo.

Linda entendió que necesitaba un golpe de efecto en la conversación para generar un vínculo con él.

—¿Cómo conoció a su mujer, Sr. Murphy? Tengo curiosidad.

El hombre arqueó las cejas, sorprendido por la pregunta. Carraspeó, dándose tiempo para prepararse, mientras miraba al fondo del pasillo, donde unos policías redactaban unos informes.

—Ella trabajaba en la biblioteca del Bryant Park. Y yo acudía todos los días para leer la prensa internacional después de mi adiestramiento en el cuartel. Pedía el Times de Londres y me sentaba a la mesa. Otros se iban de bares pero a mí me gustaba el silencio de la biblioteca. Se ve que jubilaron a la funcionaria de siempre porque un día vi a Valerie en su lugar. Me enamoré de ella al instante. Recuerdo muy bien el día: doce de enero de 1975. ¿Sabe por qué recuerdo tan bien esa fecha?

—No, ¿por qué?

—Porque fue un día antes de que me llamaran a filas. Llevaba

tiempo deseando entrar en combate y la espera se me estaba haciendo eterna. Por fin, embarcaríamos en el portaaviones y pilotaría un avión sobre el océano Índico. Estaba excitado. Por fin, mi sueño se haría realidad. Pero entonces había un problema. No sabía cuándo iba a volver y sabía que una mujer como Valerie iba a tener una fila de pretendientes. ¿Qué hice? La invité a salir ese mismo día.

—¿Ella dijo que sí?

—Pues claro. La verdad es que mi uniforme de militar imponía en aquella época —el Sr. Murphy se rio por lo bajo. A Linda no dejaba de sorprenderle la expresión entre nostálgica y feliz con la que contaba la historia. Era como tratar con un nuevo Sr. Murphy. Su cara se encendió por momentos—. Como no tenía mucho tiempo, le pedí que saliéramos esa misma noche. Me costó convencerla pero finalmente me dijo que sí. La recogí en un taxi y la llevé a un restaurante de Times Square que por aquel entonces era el no va más. Pedimos los dos lo mismo, una sopa de mariscos de primero y solomillo de segundo. ¡Qué guapa estaba Valerie aquella noche! Radiante… Todos los hombres la miraban. Durante toda la noche tenía la percepción de que era ella la mujer de mi vida pero al día siguiente me marchaba a la guerra. Desconocía cuando iba a volver y si lo iba a hacer. Al final de la cena, al postre, se me ocurrió una idea. ¿A que no sabe cuál? Le pedí matrimonio.

—¿El mismo día de la cita? No me lo puedo creer.

—Ella me miró a los ojos. Temblaba de emoción. Nunca lo olvidaré. Me dijo que sí. Nos casamos dos meses después en la embajada americana en Tailandia. Desde entonces estamos juntos.

—Es una historia maravillosa, muy romántica —dijo tomando al Sr. Murphy del brazo. El corazón de Linda se mecía suavemente, ilusionada por el romanticismo que envolvía al matrimonio—. Y siguen enamorados como el primer día.

El Sr. Murphy se mordió los labios y asintió lentamente. Después de narrar la historia, volver a la realidad le resultó algo cruel.

—Tengo que cuidar de ella. No puedo fallarle —en su dura mirada se atisbaba cierta solemnidad.

—Sr. Murphy, si ama a su mujer tanto como dice, debe aceptar ayuda externa. Lo que ha pasado esta noche ha sido un aviso. Lo siguiente puede ser un verdadero problema. Valerie necesita cuidados intensivos.

El antiguo sargento de la aviación exhaló un suspiro. Cerró una mano convirtiéndolo en un puño, como si quisiera estrujar la rabia que le hervía por dentro.

—No más excusas, ni agresiones que le pueden buscar la ruina —insistió, buscando la mirada del hombre—. Deje que le ayudemos y Valerie estará mejor, que es lo que queremos todos. ¿Prometido?

El Sr. Murphy sintió como si le arrancaban un brazo. No era sencillo admitir su propia fragilidad a un hombre que había participado en una cruenta guerra.

—Está bien —dijo a regañadientes.

Capítulo 17

Nada más verla ante sus ojos, la fachada del Museo de Arte Contemporáneo transmitió a Linda una gélida sensación de perfecta geometría. Los ángulos, el color grisáceo, las filas ordenadas de ventanas, la llamativa escalinata que precede a la entrada, a cuyos lados se desplegaba un cartel anunciando la exposición de fotografía de los nuevos talentos de Chicago, y un conjunto de tres estatuas de figuras humanas que parecían dar la bienvenida a los visitantes. Habían llegado ese mismo día desde Nueva York en avión, se habían alojado en un bonito hotel en el centro y se habían lanzado a la calle para que Linda conociera la ciudad de manos de River. Por la tarde, después de comer, habían regresado al hotel para prepararse con cierta urgencia para la exposición. No les sobraba el tiempo, así que todo se sucedió con rapidez.

Al entrar en el imponente vestíbulo del museo, Linda percibió claramente el estado de excitación de River. Sus ojos se movían inquietos y no dejaba de ajustarse la americana, como si le resultara incómoda. Sin embargo, Linda nunca le había visto tan atractivo. El elegante atuendo, curiosamente, le confería un aire bohemio que resultaba muy sugerente. Allí estaba ella, en nada más y nada menos que en Chicago, acompañándole en uno de los días más importantes de su vida.

Siguiendo la corriente de invitados que tranquilamente ascendía al primer piso por las escaleras, ambos llegaron a la sala de la exposición. Linda ardía en deseos de contemplar el trabajo de River

porque pensó que sería maravilloso. Él era un artista genuino, con una visión única. River, por su parte, torcía el gesto de vez en cuando al ver la enorme cantidad de gente que se desperdigaba por la sala. De un momento a otro juzgarían su trabajo en directo, algo a lo que no estaba acostumbrado. Aun así, al mismo tiempo, le resultaba estimulante compartir sus fotografías con personas que, en principio, no guardaban nada en común con él. Sin darse cuenta, sonrió mientras se mezclaban con la gente, gesto que no pasó desapercibido para Linda que inteligentemente lo interpretó como una pista de lo orgulloso que se sentía. No todo el mundo expone en uno de los museos más importantes del país.

—Por ahí viene el comisario de la exposición —le dijo River.

Un hombre vestido completamente de blanco, con pajarita y gafas redondas se acercó a ellos. Saludó a Linda con cortesía y felicitó a River por su trabajo. Sus gestos nerviosos contrastaban con el suave murmullo que invadía la sala. Después de una conversación de unos diez minutos, se marchó para hablar con otros artistas, dejándolos solos, momento que aprovecharon para acercarse al muro donde estaban expuestas las fotografías de River. Entre tantas cabezas costaba obtener una visión amplia de cada una de ellas, pero Linda se las ingenió para conseguirlo.

—Se trata de un parte de mi colección llamada Sueños. Retrato a gente de la calle durmiendo —explicó River.

Las fotografías eran enormes, en blanco y negro, de esta forma se captaba mejor cada detalle de la expresión del retratado. Eran hombres y mujeres de diferentes edades, de cualquier ciudad o pueblo, con el rostro curtido por los años, durmiendo en bancos o apoyados en los escaparates, en suma, despojados de sus hogares. Un tema con el que Linda conectó inmediatamente. River había conseguido mostrar el problema de una forma descarnada pero bella al mismo tiempo. Ella sabía que dentro de él, bajo esa capa de cierta oscuridad, la sensibilidad brotaba como un torrente.

—River, me encantan. Creo que tienes mucho talento —dijo ella, entusiasmada—. Eres todo un artista.

—Gracias —dijo él. Las emociones le bullían bajo la piel. Le gustaba mostrar sus fotografías, aunque no podía evitar sentir una cierta violación de su intimidad.

Fueron tomando bebidas y canapés, hablando con representantes y directores de otros museos. El comisario se acercó para hablar con River, aunque luego se marchó poco después. También hubo tiempo para que River y Linda conocieran al resto de fotógrafos que también exponían junto a él. Se respiraba un ambiente creativo y de celebración.

—Enhorabuena, hijo —le dijeron a River por la espalda y cuando

se giró descubrió a su padre y a Susan. Enseguida los saludó con un beso en la mejilla.

—Ella es Linda, ha venido conmigo de Nueva York —dijo River, y acto seguido, se estrecharon la mano ceremoniosamente. Julian Crowe era un hombre apuesto, con una melena plateada y unas facciones agradables y tostadas por el sol. Tenía más pinta de aventurero que de dentista. Llevaba una camisa de cuadros de manga corta y unos pantalones de pinzas.

—Estamos muy orgullosos de ti, River —Susan era unos pocos años más joven que él. Su sonrisa se asomaba sincera y sus ojos centelleaban de ilusión.

—Gracias, y gracias por venir.

—No lo dudamos ni un segundo. Podías haberte quedado en casa, Linda y tú, claro —La voz de su padre sonó como un reproche cariñoso.

—No queríamos molestar —replicó River.

Susan se colgó de su brazo, como si quisiera mostrarse cálida. River sonreía, aunque Linda pensó que quizá estuviera algo incómodo.

—Si no es molestia. Es tu casa, ya lo sabes. Para la próxima vez, te esperamos. Además, te echamos de menos, ya lo sabes. Por cierto, ¿cómo te va en Nueva York? ¿Vas a estar mucho tiempo?

—Está siendo muy interesante, y no sé cuánto tiempo me queda. Poco, supongo. Estoy aún con el reportaje de la fundación que os comenté —dijo sabiendo que la respuesta afectaría a Linda.

—¿Después dónde irás? —preguntó Susan.

River se encogió de hombros. No quería ni pensarlo.

—Adonde el destino le lleve con su cámara, ¿verdad, hijo?

# #

Durante el resto de la velada hasta que regresaron a la habitación del hotel después de cenar River se sintió extraño. La conversación entre su padre, madrastra y Linda aún le perturbaba sus pensamientos, como si le hubiera provocado una onda que seguía deslizándose sin saber si moriría antes de llegar a la orilla. Esperaba que Linda le comentara algo sobre ellos y que de alguna forma le convenciera de que se arrimara más y que no solo mantuviera contacto telefónico más o menos continuo. Nunca había habido ninguna señal que le indicara que no era bienvenido a su casa, al contrario, ellos siempre se habían expresado con gestos agradables y buenos propósitos, lo cual no le facilitaba en absoluto su voluntario aislamiento.

—Mañana vamos a tener que madrugar —dijo Linda confirmando los billetes desde su teléfono móvil.

—Estaría bien meternos en la cama lo más temprano posible… —River se deslizó sobre la cama con una sonrisa picarona.

Linda le soltó un cojinazo en toda la cara, aunque le encantó sentirse deseada una vez más.

—Estoy muerta. No hemos parado en todo el día —River se colocó a su lado, abrazándola por detrás, dejando que el suave aroma de su piel le llegara hasta los huesos. El aire acondicionado marcaba una temperatura agradable de 25º, si por River fuera dormiría en esa postura hasta el día siguiente.

Pasaron unos minutos en silencio, ambos cómodos oyendo solo su acompasada respiración. Afuera, ya había anochecido y brillaban las luces de Chicago.

—Me pregunto qué pasará ahora mismo en la casa de los Murphy. Espero que estén bien —dijo River.

El genuino deseo de que los Murphy salieran adelante y dicho de esa forma tan espontánea, encantó a Linda. Le pareció maravilloso que no fuera la única que se preocupaba por ellos.

—Seguro que sí. El Sr. Murphy, aunque sea un testarudo, me da la impresión de que tiene un corazón de oro y sigue enamorado de su mujer después de cuarenta y dos años casados.

—Cuarenta y dos… —repitió River con una inflexión en el tono que transmitía asombro.

De repente, ella evocó la entrañable historia de amor entre Jim y Valerie, una historia de esas inolvidables y que hacían que mereciera la pena ser voluntaria en la fundación, pese a la dificultad de compaginarlo con el trabajo. Pensó que el amor es el verdadero motor del mundo y que puede con todo.

—Hay matrimonios para toda la vida —musitó Linda.

El móvil de River empezó a sonar y a vibrar sobre la mesilla de noche. Desde la cama alcanzó a ver el nombre en la pantalla: Pamela Taylor. Cerró los ojos, contrariado. Estuvo tentado de cancelar la llamada pero no serviría de nada, pues ella volvería a llamar.

—River, hace días que intento localizarte, ¿dónde te metes? —Pamela hablaba con apremio.

—Hasta arriba de trabajo. Lo siento, Pamela —River se levantó de la cama y se dirigió hacia la ventana para no molestar demasiado a Linda.

—No importa. ¿Cómo va el reportaje?

—Muy bien, pero aún estoy en ello —prefirió omitir que se encontraba en Chicago para que no se alarmara.

—¿Todavía? River, se me echa encima la fecha de entrega. ¿Ocurre algo? Tampoco estás investigando un crimen, es un reportaje de lo más sencillo. Lo necesito ya.

Pamela tenía razón. River era consciente de que había disminuido

la velocidad de su ritmo de trabajo para prolongar el máximo tiempo posible con Linda. En cuanto entregase el reportaje, llegaría el momento de moverse a otra ciudad y esa idea le estaba matando.

—Tengo las fotos y te las puedo pasar en cuanto me digas. Me gustaría contar personalmente una historia familiar que estoy viviendo en primer plano, colaborando con una de las voluntarias. Creo que va a ser muy emotiva. Solo necesito un poco de tiempo.

—¡Nosotros solo te pagamos por la fotos, cariño!

—Lo sé. No me importa. Lo hago porque me gusta.

—Si en dos días no tengo toda la pieza, paso al siguiente y la fundación se queda fuera. ¿Entendido? —su voz sonaba algo alterada, pero River comprendió la presión con la que ella trabajaba.

—De acuerdo, pero no sufras. Lo tendrás.

—Eso espero.

Después de colgar, volvió a la cama para retomar la postura que había dejado junto a Linda. Era como un náufrago volviendo a la orilla de su fabulosa isla. Ella le preguntó si estaba todo bien, a lo que River respondió contándole el motivo de la llamada y quitándole hierro al asunto.

# #

Durante la noche a Linda le costó conciliar el sueño. Dio vueltas y vueltas sobre la cama hasta que sintió un insoportable hormigueo en la espalda. Entonces se levantó en mitad de la penumbra y, de la pequeña nevera, se hizo con una botella de agua de la que se sirvió un vaso. Bebió sorbo a sorbo, sin prisa. River dormía con placidez.

El problema financiero del restaurante era una losa demasiado pesada para ignorarla. Todo se jugaba a una carta: la reunión con el hijo del propietario. De alguna forma les tenía que rebajar la mensualidad del alquiler, de lo contrario, sería inviable el Green House. Era terrible sentir sobre sus hombros el peso de la responsabilidad. Sus compañeros, las familias que dependían del trabajo, sus padres; todo ello era una sensación agobiante que no la dejaba tranquila.

Capítulo 18

Sin comentar una palabra al respecto con nadie, ni siquiera con River o Sally, Linda llegó hasta el despacho de la familia Chambers, los dueños del local. Mientras subía por el ascensor del viejo edificio de oficinas ubicado en el Upper West Side, se lamentó de que el viejo Chambers ya no estuviera al cargo. De estar vivo pensó que jamás hubiera subido el alquiler de una forma tan brusca, pues las relaciones de sus padres con él habían sido excelentes. El viejo Chambers era un hombre piadoso al que siempre le sudaban las manos cuando debía anunciar una subida del alquiler. Toda su vida había sido un hombre trabajador hasta que tuvo la suerte de heredar unas propiedades y se convirtió en rentista. Linda lo recordaba desde pequeña con el olor a menta de los caramelos que siempre se llevaba a la boca para disimular el olor a tabaco.

Un hombre impecablemente bien vestido le recibió en el vestíbulo del despacho con una sonrisa radiante.

—Tengo cita con el Sr. Chambers —dijo Linda.

—Tome asiento, por favor —el hombre le señaló un sofá de cuero junto a una mesita de cristal a juego, después tomó asiento en su mesa para avisar a su jefe mediante el teléfono.

A Linda le cundió el desánimo nada más percatarse del estilo de la decoración. Muebles de material noble, cuadros enormes de plexiglas, ambientador de vainilla, suelo de parqué y el ronroneo del aire acondicionado. Atrás, en el tiempo, quedaba el aire cercano y familiar del vestíbulo con una foto de su familia sobre una mesa sencilla y unas

cuantas sillas alrededor donde la gente se sentaba y charlaba para amenizar la espera. En realidad no había transcurrido mucho tiempo, pero a Linda le pareció siglos y sintió una vaga sensación de pérdida.

«Al menos tengo que intentar convencerle de que nos baje el alquiler», pensó.

Su madre lo había intentado, pero Linda, que la conocía como la palma de su mano, confiaba en que no hubiera sido lo suficiente humilde para conseguirlo. Probablemente lo exigió y esa no era la estrategia que iba a usar ella.

Al cabo de unos minutos, la puerta de cristal esmerilado se abrió de par en par. Linda, que se esperaba a un hombre de unos treinta o cuarenta años, se llevó una sorpresa al descubrir que Sam Chambers tenía el pelo blanco y un bigote largo y abundante. Era alto y delgado como su padre aunque, a diferencia del viejo Chambers, percibió cierta distancia en la sonrisa que le lanzaba desde el umbral. Vestía también sin mácula, con una camisa de manga larga, corbata y pantalones caqui. A Linda le costó recordar si alguna vez se había cruzado con él.

Después del saludo protocolario, pasaron al elegante despacho. Sobre la mesa de cristal, en un rincón, Linda vio que los caramelos de menta aún seguían ahí, quizá como homenaje a su padre.

—Cómo ha cambiado todo… —dijo ella para romper el hielo mientras se acomodaba en la silla.

Sam Chambers, también sentado, recostó la espalda sobre el respaldo y miró con orgullo su despacho.

—Mi padre siempre vio la decoración como algo superfluo, pero yo he preferido darle un toque más personal y profesional al mismo tiempo. Cada uno tiene su estilo, ¿verdad?

—Tu padre era un buen hombre. Y se le echa de menos.

—Sí, lo era. Aprendimos muchas cosas de él, aunque mi padre nunca fue un hombre de negocios —Linda comprendió que Sam ya sabía el motivo de su visita y estaba preparando el terreno—. Siempre quiso pasar más tiempo en la naturaleza que detrás de una mesa. Yo soy todo lo contrario. Me encanta mi trabajo.

Linda carraspeó, pues debía sacar el tema cuanto antes.

—Sam, entiendo que diriges un negocio, pero vengo a hablarte del alquiler —sintió cómo el estómago se le cerraba—. Seré directa contigo: con esa mensualidad estamos abocados a cerrar.

Sam Chambers frunció el ceño y se llevó una mano a la barbilla en actitud pensativa.

—No lo entiendo.

—¿Qué ocurre? —Linda se inclinó sobre la mesa.

—Esta misma mañana he vendido el local a tu hermana.

—¿Cómo no me has dicho nada, Sally? —preguntó Linda en la casa de su hermana, al poco de salir del despacho de Chambers—. Es algo que me incumbe y parece que lo has llevado en secreto.

Michael dormía plácidamente en su cuna, chupándose el dedo como si fuera la golosina más rica del mundo. Las dos hermanas se cambiaron a la salita de espera para hablar con más comodidad.

—Perdona, Linda. Es un tema que ha llevado Jack exclusivamente, le comenté la situación y él me pidió permiso para hacer averiguaciones y contrastar precios de otros locales hasta formalizar una oferta justa para ambas partes. Hasta que no estuviera firmado no quería decirte nada.

—Me siento como una tonta, como si no contara para nada. Todo el mundo me dice las cosas siempre tarde —Linda negaba con la cabeza, frustrada.

—Primero, me entero tarde de que el restaurante está cerca de la bancarrota.

—¿A qué te refieres? ¿Cómo que te enteraste tarde?

Linda pensó que ya era demasiado tarde para desdecirse, pero su estado de rabia era tal que le daba igual todo.

—Mamá me lo contó todo hace tres semanas. Lo del préstamo, lo de la subida del alquiler. No tenía ni idea de nada.

—¿Cómo es eso posible? Nos lo tendrían que haber dicho, sobre todo, a ti. —Sally no podía estarse quieta; paseaba por la habitación con las manos en jarras.

—Déjalo estar, Sally. Seguramente estén arrepentidos —Fue a tomar del brazo a su hermana, pero esta no quiso en un gesto brusco. Odiaba las injusticias y mucho más cuando la víctima era su hermana —. No es para tanto. Lo hicieron para protegernos.

—¡Siempre les defiendes! —exclamó con brusquedad.

—Y tú siempre aprovechas cualquier cosa para atacarles. Son nuestros padres —dijo Linda, evitando alzar la voz.

—¡Lo sé, pero eso no les da derecho a nada! —Enseguida se mordió los labios para no seguir gritando, pues se acordó de que su hijo dormía en la habitación de al lado. Con lo que había costado que se durmiera…

—¿Cuáles son tus planes ahora con el Green House?

—Nada ha cambiado. Por mi parte y la de Jack, todo seguirá igual. Mamá y tú tomaréis todas las decisiones.

Aunque sabía que su hermana no había adquirido el local para especular, se sintió aliviada. Que nada se alterase significaba una buena noticia. Ahora había llegado el momento de contarle a su

hermana sus propios planes.

—Yo no. Lo dejo —dijo frotándose las manos nerviosamente—. No quiero seguir trabajando en el restaurante.

Sally pestañeó, incrédula.

—¿Cómo? —se acercó a su hermana para comprobar que no se trataba de una broma. Linda no bromeaba a menudo pero debía estar segura.

—Lo que has oído.

—¡Pero si hemos comprado el local por ti más que nada! No lo puedo creer —Sally soltó un gruñido.

—Pues haberlo consultado antes. Además, eres tú quién me viene insistiendo para que haga lo que me apasione. Pues ya está, lo he hecho.

Sally estaba a punto de explotar de los nervios, pero era evidente que su hermana llevaba toda la razón, lo que le irritaba aún más.

—Por fin voy a estudiar para ser trabajadora social —continuó Linda con seguridad en sí misma, satisfecha de por primera vez sentir que su vida le pertenecía.

Sally suspiró.

—Cuánto me alegro —y ambas hermanas se fundieron en un cariñoso abrazo.

Capítulo 19

La repentina decisión de Linda alegró tanto a River que la invitó a cenar para celebrar el nuevo rumbo de su vida. Durante la velada en un bonito restaurante vietnamita los ojos de River no dejaron de centellear, se cogieron de la mano y se besaron cuando dieron un paseo por el centro. Casi sin proponérselo llegaron a la casa de Sally y Jack, donde disponían de más intimidad que en la casa de sus padres.

Mientras River conversaba con sus anfitriones, Linda fue a visitar a su sobrino y es que se le caía la baba cada vez que lo tenía ante sus ojos. Después lo esperó en su habitación y, en silencio, fue paseando la mirada por su ropa y sus pertenencias. Le pareció tan maravilloso como acariciarle la piel. Aunque se encontraba ausente, ella podía percibir su presencia con la cámara réflex, las camisetas y pantalones oscuros, las notas escritas a manos sobre el escritorio. Le apeteció quedarse dormida en medio de sus objetos, como si fuera dueña de ellos por una noche y, por extensión, de River.

Linda pensó que era fascinante sentirse deseada por un hombre como él. River le había abierto su misterioso corazón, desvelándole un pasado de tormento y soledad. Había sufrido y mucho, pero lo admirable de él es que no había caído en un pozo, se había agarrado a la vida con firmeza para construirse un porvenir. No todo lo que le rodeaba era perfecto, por ejemplo, la tibia relación con su padre pero ¿quién lo tiene todo en orden?

Como si una espina se le clavara en lo más hondo de su ser recordó que más pronto que tarde River se marcharía. Se había enamorado dos

veces y las dos fueron con intensidad y pasión, pero parecía que era víctima de alguna maldición gitana, puesto que ellos siempre tenían que partir hacia alguna parte lejos de ella. No puedo evitar sentir una punzada de celos por su hermana; Sally había encontrado el amor verdadero y ahora tenía un hijo entre los brazos. ¿Cuándo sería su turno? No es que sufriera de impaciencia, pero ardía en deseos de sentir esa misma vibrante felicidad que el rostro de su hermana reflejaba día tras día.

Un pensamiento le llevaba a otro. Recordó el amor que sus padres se profesaban desde que ella tuvo consciencia. Se volcaron en el Green House y en educar y querer a sus dos hijas para que no les faltara de nada. Por supuesto, habían sufrido altibajos y momentos de graves crisis, sin embargo, ambos supieron que por nada del mundo renunciarían a la persona que amaban. El amor tiene sus rutinas, pero también es un torrente sinuoso que al final desemboca en un océano lleno de esplendor.

Por otra parte, había decidido perdonar a sus padres por ocultarle la situación financiera del Green House. Su forma de entender la vida le obligaba, en un conflicto, a comprender el punto de vista de la otra persona. Los baches económicos del restaurante los asimilaron como parte del negocio, algo con lo que no querían preocupar a sus hijas, puesto que el Green House significaba mucho para ellas. De alguna forma, quisieron protegerlas para que no cundiera el desánimo y la melancolía. Sus padres pensaron que esa era la mejor manera de proceder y cuando algo se hace con la mejor intención no cabe lugar para el reproche.

Se imaginó la cara de sorpresa cuando les revelara que Sally había comprado el local y que ella dejaba la gerencia para estudiar. Ella esperaba que se lo tomaran a bien, además no se iría de la mañana a la noche, les daría tiempo para encontrar un sustituto o vender el restaurante. Al pensar en eso último se le heló la sangre y se sintió culpable. Rogó para que fuera una decisión acertada y que no terminara cambiando de opinión. Al final, Sally y River llevaban razón insistiéndola en que se dedicara a lo que le apasionaba, pero el momento definitivo fue cuando habló con el Sr. Murphy. Aquel cascarrabias con su fabulosa historia de amor le conmovió de una forma que le puso el vello de punta y fue como una revelación. Ella necesitaba ayudar a más personas.

Cuando River entró en el cuarto, encontró a Linda tumbada en la cama, esperándole.

—Sé que te lo he dicho más de una vez esta noche, pero no puedo evitarlo —dijo mientras se colocaba a su lado y la abrazaba—. Estoy muy orgulloso de ti. Al tomar una decisión como esa demuestras lo valiente que eres.

—Gracias —dijo. Poco a poco notaba que su vida empezaba a cambiar, pero solo era el comienzo. Aún le quedaba mucho por recorrer.

—Vas a ser la mejor trabajadora social de Nueva York. No he conocido a nadie con una vocación tan clara como la tuya.

Las palabras sinceras y cariñosas de River le ayudaban a sentirse confiada de que todo saldría bien. A veces viene bien oír aquello que necesitamos y River se había percatado de que las dudas surgirían en cualquier momento.

—River…

—Dime, cariño.

Linda le miró a los ojos verdes y tragó saliva.

—Hazme el amor… suavemente.

Él esbozó una suave sonrisa. Aquellas palabras eran música para sus oídos.

—Será un placer —susurró. Antes de empezar, se levantó para apagar la luz de lámpara cenital y encender la de la mesita de noche. El ambiente se volvió más íntimo de golpe. Linda le miró con arrobo desde la cama.

Primero, medio tumbado sobre ella, le regaló un beso cargado de sensualidad, jugando con el sabor húmedo de su boca, mordisqueando el labio con delicadeza y habilidad, lo que causó un ronroneo de Linda, como una forma de despertar la libido. Su cuerpo se estaba preparando para abrirse sin fronteras al placer.

River anhelaba sentir sus manos sobre los pechos de Linda, acariciarlos, besarlos, cubrirlos con la desesperación que ardía en su interior. Quería que en su boca se instalara el intenso sabor de su piel porque era como oxígeno que él necesitaba para respirar. El cuerpo de Linda lo acercaba al mundo, a lo que lo rodeaba, lo hacía sentir vivo. Cuando se aferraba a él, se aferraba a todo aquello que deseaba pero que no había podido conseguir. Necesitaba a Linda más de lo que nunca imaginó.

Se desnudaron sin prisa, entre caricias y besos apasionados, casi sin darse cuenta, templando el ímpetu que empezaba a dominarles. Linda arqueó su espalda, preparándose. Para River ella era una divinidad que se ofrecía a él sin ataduras, liberando una energía tan sensual y magnética que era imposible escapar.

Rodaron por la cama bañados por la penumbra, abrazados, sin dejar de besarse, con las manos acariciando la electrizante piel del otro. El corazón de Linda palpitaba y ella sintió como el amor que albergaba por River se expandía hasta desbordarle la mirada cuando él, a su vez, la miraba con loco deseo. Era maravilloso estremecerse al sentir el deseo y el amor como una única fuerza inexpugnable; era maravilloso sentirse atrapada en un viaje hasta el placer más

profundo; era maravilloso cómo se encendían sus sentidos y se llenaban de River.

Linda gimió.

Él conocía ya su cuerpo, esbelto y sensual, pero esta vez se tomaba su tiempo para besar cada rincón, cada curva de piel en un frenesí cada vez más incontrolable. Las llamaradas se sucedían continuamente y River quería fundirse con ella en un fuego abrasador y eterno. Había unas necesidades que necesitaba liberar y de las que no era consciente, pero cuando lo hizo lo arrasaron hasta dejarlo aún más sediento de Linda.

Deslizó su boca sobre su cuello y sobre la espalda, quería abarcar cada rincón de su cuerpo con sus labios pero le era imposible saciar su deseo. River le dio la vuelta y fue bajando lentamente hasta que llegó al sexo de Linda para causarle una serie de sacudidas gloriosas que hizo que ella se sujetara a las sábanas y dejara escapar un gemido demencial. Le importó poco si alguien de la casa podía oírles. Sencillamente era una explosión de placer que era imposible de neutralizar.

—Ahora… —susurró, casi sin respiración.

Linda volvió a arquearse, cerrando los ojos esperando con ansia el momento de ser traspasada. Antes de hacerlo River se regaló la imagen de verla tumbada, esperándole y atravesada por el gozo. Aquello le excitó aún más.

Por eso cuando se introdujo en ella fue como conquistar el paraíso, hacerlo suyo para siempre. Sus mundos se vinieron abajo y solo quedaban ellos, exhaustos, insaciables, heridos. Cada respiración era la última. Cada estallido de placer era una caída sin freno. Cada latido era un temblor en sus cuerpos que amenazaba con destrozarlos.

Los pies de Linda abrazaron la cadera de River con fuerza, exprimiendo el salvaje furor que le llegaba de él. Los muelles de la cama chirriaron fundiéndose con el sonido del choque de una piel con otra y los suspiros de Linda, quien cada vez se notaba más engullida por un huracán de gozo hasta casi dejarla aturdida sobre la cama. River por un instante cerró los ojos y no supo dónde estaba, pues tuvo la consciencia de que moría y volvía a resucitar antes de vaciarse.

Quiso susurrar el nombre de Linda pero las fuerzas le fallaron. Cayó a un lado con el cuerpo aún todavía saliendo de la avalancha de sensaciones que le embargaban. Pese a que sus brazos se rozaban no se movieron durante unos minutos. A ambos les gustaba la quietud después del glorioso y pausado desenfreno. Sus corazones retumbaban aunque poco a poco recuperaban el fuelle. A lo lejos se oía música, probablemente de algún vecino ruidoso. Ya era noche cerrada en Nueva York.

Ella se giró y descansó su perfil en el pecho de River, quien la

rodeó con los dos brazos.

—No me apetece nada irme a casa… —dijo Linda.

—Quédate a dormir. No creo que a tu hermana le importe —dijo River.

—Me encantaría pero mañana tengo cosas que hacer. Si me quedo aquí llegaré a casa mañana al mediodía, y como tendré que ir luego al restaurante luego no me dará tiempo para nada —acarició el torso musculoso de River y se reacomodó—. Solo cinco minutos más, por favor.

La risa retumbó en la garganta de River.

—Pareces una niña pequeña madrugando para ir al colegio.

—No fastidies —dijo Linda con un mohín de disgusto.

River la besó en la cabeza tiernamente.

—El sexo ha sido muy especial, Linda. Me ha temblado todo. Espero que tengamos tiempo para otro…

—¿Sabes que me apetece? Una buena ducha.

Ella sonrió, traviesa. Le gustaba tanto sentirse deseada que no cabía en sí de gozo. Dejándose llevar por su instinto, le mordió unos de los pezones a River.

—Hmmm… —dijo él con un fugaz brillo en la mirada—. La noche promete.

Capítulo 20

Después de pasar casi una noche entera en vela en su dormitorio, River terminó el reportaje para el New Yorker. Sin lugar a dudas, era el trabajo que más le había costado, puesto que nunca antes había escrito nada, ya que su trabajo siempre había ceñido a sacar fotografías. Se sentía más fotógrafo que periodista pero estaba orgulloso por cómo había narrado la historia de los Murphy, a los que había cambiado de apellido, por supuesto, para no herir susceptibilidades. Estaba contado en primera persona y con suma sencillez, a modo de diario personal. Deseó de todo corazón que le gustase a Linda, pues era un homenaje velado a la labor que desempeñaba ella en la fundación.

Antes de escribirle un mensaje a Pamela para contarle que el encargo estaba finalizado, se encontró con aquello que sigilosamente iba retrasando para no pensarlo con profundidad: su marcha. Una vez finalizado el trabajo, carecía de sentido prolongar más tiempo su etapa en Nueva York. Otra ciudad, otra aventura le estaba esperando y corriendo por sus venas ya sentía el chute de adrenalina. Sin embargo, dejó escapar un suspiro cuando se hizo con el teléfono y encontró el contacto de su editora. Sin lugar a dudas, había pasado los mejores momentos de su vida y ahora tocaban a su fin. Luchó para que el desánimo no le dominara.

Pensó en pedirle a Pamela otro encargo en la ciudad, pero consideró que sería una actitud egoísta. Él no podía satisfacer el estilo de vida de Linda y quedarse aquí supondría dañarle el corazón. Y era

lo último que deseaba hacer. Se prometió que recordaría cada momento con ella como un preciado tesoro.

Después de enviarle el mensaje a su teléfono a su editora, desde su ordenador le envió por correo electrónico el texto y las fotografías. Acto seguido imprimió una copia para Linda. Por fin se tumbó en la cama sin desvestirse cuando el sol empezaba a despuntar por el horizonte de rascacielos. Hacía unas horas Linda había estado tumbada en su cama, desnuda, perfecta, maravillosa y era como si pudiese sentirla a su lado. Una cosa tenía clara: le iba a costar olvidarla.

# #

Sally preparó a Michael para su primera visita al Majestic. No era una visita cualquiera, puesto que Andrea y Brandon habían vuelto de su luna de miel y Jack había propuesto almorzar en el hotel para que les contasen los pormenores del viaje. Sally estaba impaciente por saludarles y por presentarles a su hijo, así que llegó con algo de adelanto a la cita, aunque enseguida se dio cuenta de que había sido una maniobra acertada. El portero del hotel y el personal de recepción la rodearon para conocer al niño y hacerle carantoñas. No solo eso, sino que la jefa de recepción lo cargó un rato para deleite de los presentes.

—Qué sociable es —dijeron—. Y qué guapo.

Michael sonría, movía sus grandes ojos y hacía aspavientos con la mano. Sally no cabía en sí de gozo al verlo siendo el centro de atención de todos.

—Se parece al Sr. Donaldson —dijo uno.

—¿Qué dices? La barbilla es la de la señora —dijo otro.

Después de las rondas de presentaciones Sally, empujando el carrito, se dirigió al restaurante donde ya le esperaban. Al pasear por su querido hotel le entró una corriente de nostalgia. Su fervor competitivo le empujaba a regresar al despacho, remangarse y ponerse a trabajar. Ahora era, junto a Jack, la propietaria del Majestic y la responsabilidad era máxima. Él podía expandir la cadena todo lo que deseara, pero ella solo ambicionaba ser la directora del hotel por mucho tiempo. No era descabellado pensar que quizá algún día su hijo pudiera darle el relevo, pero antes le obligaría a empezar como camarero y luego lo rotaría en otros puestos, para que conociera en profundidad todos los departamentos. Y si deseaba trabajar en otro ámbito fuera del mundo hotelero, sus padres le apoyarían con igual intensidad.

—¡Sally! —se oyó la voz de Andrea desde el fondo de La Cascada.

Los tres tomaban un aperitivo.

—Por fin, vamos a conocer a Michael —dijo Brandon, poniéndose de pie. Lo primero que llamó la atención fue los rostros bronceados de Andrea y Brandon. Luego se fundieron en un cariñoso abrazo.

—Os hemos echado de menos —dijo Sally.

—Cariño, creo que nuestro próximo hotel será en Bali —dijo Jack, después de saludarle con un beso en los labios–. Me están hablando maravillas de la playa y del hotel.

—Toma, un regalito para Michael —dijo Andrea entregándole una cajita envuelta primorosamente en papel de regalo. Sally al abrirlo con cuidado descubrió un chupete y un sonajero—. Lo compramos en el hotel de Bali. Para que tenga uno de repuesto, por si acaso.

Brandon ya estaba cargando a Michael, quien no dejaba de mirar alrededor preguntándose qué diablos estaba pasando. Andrea se acercó para acariciarle la mano. Olía a perfume dulzón. Jack y Sally, sentados, veían divertidos la escena. Él la tomó de la mano y la besó.

—Has hecho un trabajo increíble —afirmó Jack mirando a su hijo.

—Los dos. Ha sido un trabajo en equipo —replicó ella.

—Pero tú siempre serás la jefa del equipo —Jack sonrió entre dientes. En su pecho latía el orgullo de haber formado una bella familia, los Donaldson.

Entonces, Jack se acordó de una mala noticia. Mientras Andrea y Brandon seguía concentrados en Michael aprovechó el momento.

—Cariño, tengo noticias sobre el libro de tu padre —dijo sabiendo que su esposa se iba a sentir decepcionada—. Los de la editorial lo han rechazado.

Sally hizo un mohín de disgusto. Por suerte, no le había mencionado nada a su padre.

—¿Han dado algún motivo?

—Ellos buscan algo más comercial. Novelas de suspense o romance.

—Pues ellos se lo pierden —gruñó Sally.

# #

Al pisar la calle, después de salir de la redacción del New Yorker, se encontró con que disponía de tiempo libre para fotografiar. Notaba el gusanillo cosquilleando su estómago, así que decidió caminar sin ningún plan establecido, captando aquello que la ciudad desvelase ante sus ojos. La reunión con Pamela había sido muy productiva. Se había pulido el texto y le comunicó que saldría impreso en el dominical. Así pues, le pareció conveniente aplazar su marcha hasta la publicación del reportaje, de esta manera lo disfrutaría junto a Linda.

Le pareció que sería un momento especial cuando viera el fulgor de la ilusión brillando en sus ojos.

Antes de que doblase la esquina su teléfono móvil sonó. Le llamaba Linda y le pareció extraordinaria la coincidencia de pensar justo en ella. Nada más descolgar, por el tono apremiante de su voz, supo que algo andaba mal.

—River, me ha llamado George… Han ingresado a Valerie en el hospital.

Se apartó del tráfico para oír con mayor nitidez. En el cruce se habían acumulado varios coches que no dejaban de pitar.

—¿Qué ha pasado?

—Se desmayó y no recupera la consciencia —casi podía palpar la angustia de Linda al otro lado del teléfono—. Me gustaría ir al hospital, pero estoy trabajando y no me puedo escapar. Sean tiene el día libre.

River se percató de que Linda le pedía que fuera a interesarse en su nombre. No lo dudó ni un instante.

—¿Dónde está ingresada?

—En el Universitario —Linda tragó saliva—. La pobre Valerie… Jim lo tiene que estar pasando fatal.

—Voy para allá y te iré informando.

—Gracias, eres un sol —dijo, emocionada.

Al ignorar la ubicación del hospital, optó por usar un taxi, puesto que acudir en metro le retrasaría notablemente. Por suerte, no era hora punta, por lo que no presentó problema alguno encontrar uno con rapidez. El taxista, que llevaba un micrófono bluetooth colgando de la oreja, en cuanto supo el destino, asintió con la cabeza y salió disparado.

River se imaginó la frustración de Linda por no acudir al hospital para acompañar a los Murphy. En poco tiempo, ella había creado un profundo vínculo con ellos que le pareció asombroso. George la había llamado casi como si fuera un miembro más de la familia. Era asombroso su poder de empatizar con las personas.

Linda no le había mencionado dónde se encontraba Valerie, pero dedujo que se encontraría en Urgencias, por lo que preguntó en recepción. Cinco minutos después en mitad de un largo pasillo bien iluminado, encontró a Jim y George, ambos sentados en la sala de espera. Enseguida el hijo tomó la palabra para explicar que su madre esa misma mañana sufría de náuseas, pero que no parecía nada grave y, de pronto, se desmayó.

—Linda quería estar con vosotros, pero el trabajo se lo impide —se excusó River.

—Lo entendemos —dijo George.

El Sr. Murphy parecía una estatua, sin hablar, sentado y con las

manos aguantado su bastón, la mirada perdida. Su expresión era gélida pero River intuyó que por dentro debía estar muy preocupado. Se sentó junto a George, que llevaba una camisa de manga corta y un bolígrafo guardado en el bolsillo ubicado a la altura del pecho. Nervioso, se estiraba continuamente la camisa por el faldón, como si se le pegara a la piel a cada rato.

—Gracias por venir —dijo George—. Os habéis volcado tanto con nosotros que pensé que era lo correcto avisaros.

—Has hecho bien. Nosotros también estamos preocupados —River miró al Sr. Murphy para cerciorarse de que no le estaba escuchando, aunque era difícil saberlo con certeza—. ¿Cómo está tu padre?

George se encogió de hombros.

—Mi padre es como un muro que no deja ver sus emociones, pero lo conozco y sé que está sufriendo. Mi padre sin mi madre estaría perdido.

—Cuarenta años casados… —dijo River, con asombro.

—Cada vez será más difícil encontrar matrimonios con esa duración. La gente se casa más tarde y tiene hijos más tarde. Mis padres son de los últimos de esa «estirpe».

Linda le había contado la maravillosa historia de cómo se conocieron y casaron en la primera cita. Es de esas historias que nunca se olvidan. Le envió un breve mensaje al móvil para decirle que ya estaba con los Murphy.

—¿Cómo está llevando la presencia de la asistenta en casa?

—Muy bien. Mi madre y yo estábamos con la boca abierta. Parecía otra persona. Ya no era tan cascarrabias y dejaba trabajar a la chica. Mi madre estaba encantada, pero justo en el mejor momento le pasa esto —George lanzó un pequeño suspiro de tristeza y River le palmeó el hombro con cariño. Era evidente que, aunque el parecido físico provenía de su padre, había heredado el carácter de su madre, como le había sucedido a él mismo.

El Sr. Murphy golpeó el bastón en el suelo y se levantó para estirar las piernas. George se inclinó hacia River.

—Mi madre me dijo una vez que no se arrepentía de haberse casado con mi padre al poco de conocerle. Fue una locura que nadie de su familia entendió, pero se dejó guiar por su corazón y acertó de pleno.

River asintió con la cabeza. Recordó otra vez a sus padres y la manera en que todo se truncó. Por suerte, aún guardaba recuerdos de los mejores momentos de los Crowe.

De pronto, apareció un joven médico con las manos metidas en los bolsillos de la bata.

—¿Familia de Valerie Murphy?

Los tres se acercaron inmediatamente mientras se afanaban por

escudriñar la expresión del médico. Enseguida sonrió y alzó las manos, como deseando tranquilizarles.

—Está estable. Solo ha sido un tremendo bajón de azúcar a causa de una infección leve, pero al tener diabetes le ha causado el desmayo. Pueden visitarla, pero solo dos personas al mismo tiempo.

George y su padre siguieron al médico, mientras River, aliviado, escribía un mensaje a Linda con la buena noticia. Qué contenta se iba a poner.

Capítulo 21

—¿Cómo? —preguntó Catherine, reacomodándose en el sofá. Estaba sentada junto a Paul quien tenía los ojos bien abiertos y parpadeaba. Toda la familia, incluido el pequeño Michael, se había reunido en la casa de los Green.

Linda carraspeó. Le estaba costando más de lo que pensaba. Su hermana le sonrió, como si le enviara fuerzas, mientras que con una mano agitaba cariñosamente el carrito para que su hijo siguiera durmiendo.

—No ha sido fácil tomar la decisión, pero es lo que quiero —dijo sintiendo un nudo en el estómago—. Quiero trabajar en lo que me gusta. El Green House significa mucho para mí pero… no es lo mío.

Catherine cruzó los brazos y negó con la cabeza mirando a Sally, a quien supuso promotora de la idea, pero su hija entendió lo que pensaba su madre y decidió defenderse.

—A mí no me mires, mamá. Es cierto que hace tiempo que se lo sugerí, pero ella es lo suficiente mayor para tomar sus propias decisiones.

—Tú siempre le has metido esa idea en la cabeza.

—Yo no le mentí sobre las cuentas del restaurante… —dijo Sally sabiendo que eso dolería a su madre.

—Basta, por favor —exigió Linda. Le resultaba doloroso ver a su familia dividida—. No necesito a nadie para tomar mis propias decisiones. Ha sido un proceso largo en el que he pensado mucho. No quiero que el Green House desaparezca, pero es que me he dado

cuenta de que soy más feliz haciendo lo que más me gusta, que es ayudando a la gente.

—Entonces tendremos que cerrar —dijo Catherine—. Yo no puedo llevarlo. Se requiere esfuerzo y ganas. Y adiós a la fuente de ingresos.

Paul decidió intervenir y, apoyando los codos sobre sus rodillas, se inclinó.

—Linda, a tu madre y a mí nos encantaría que siguieras en el restaurante, pero también queremos que seas feliz. Si no quieres seguir, no pondremos ningún inconveniente. Quizá me equivoque, pero siempre pensé que te hacía ilusión, ¿es que no es así?

—Al principio, sí, pero…

—Temía decepcionaros —interrumpió Sally.

—No, no, es verdad —dijo su hermana, aunque en el fondo sabía que era cierto—. Quería continuar porque no quería que cerrase. Me daba mucha pena.

—Pues al final lo has conseguido —espetó Catherine. Paul le clavó la vista y ella suspiró mirando hacia otro lado. Una parte de ella se sentía culpable por no haber gestionado mejor la contabilidad del restaurante. La otra parte le consolaba diciendo que lo hizo lo mejor que pudo. Pese a que no lo manifestaba, pensar que se iba a cerrar el restaurante le rompía el corazón. Habían volcado tanto trabajo, energía y recuerdos que ahora se iban a evaporar de un día para otro.

—¿Qué vas a hacer con tu vida? —preguntó su padre.

—Voy a estudiar para ser trabajadora social —Linda sintió un poco de vértigo. Su vida iba a sufrir un cambio radical y aún le costaba creerlo.

—¿Cómo lo vas a pagar? —preguntó su madre.

—Pediré un préstamo o trabajaré a media jornada.

—Trabajará en el Majestic de lo que ella quiera —Sally miró a su hermana y ella sonrió, agradecida—. Pero hay una cosa que debéis saber.

Paul y Catherine se miraron, expectantes.

—Jack y yo hemos comprado el local al hijo de Chambers. Pensé sobretodo en Linda porque de esta forma ya no tenía que pagar el alquiler, pero si ella se marcha podemos traspasar el negocio. Seguro que encontraremos buenos profesionales que sepan llevar adelante un negocio tradicional. Podemos venderles la licencia. ¿Qué os parece?

Paul se rascó el cuello a la vez que valoraba la idea. La expresión de su rostro reflejaba cierto disgusto.

—No me sentiría a gusto que unas manos extrañas llevasen el restaurante. Podrían convertirlo en algo muy diferente a lo que es. Creo que sería complicarse la existencia. No sé qué opinarás tú —dijo mirando a su mujer—, pero yo casi prefiero que cierre para siempre pero con orgullo.

—Si es lo que quieres tú, me parece bien —afirmó Catherine, quien lanzó una mirada de pesar a su marido, pues sabía bien cuánto le entristecía cerrar aquello que montaron desde cero. Después pensó en qué iba a invertir su tiempo una vez que el Green House cerrara, pues odiaba quedarse en casa sin hacer nada.

—Sally, ¿y tú no quieres llevarlo? —preguntó su hermana.

Desde el carrito brotaron unos ruiditos que indicaron que Michael se acababa de despertar, así que se levantó para cargarlo en brazos mientras sopesaba la respuesta.

—Me encantaría, pero ya no doy abasto. Tengo muchos frentes abiertos y no podría dedicarle el tiempo que necesita el restaurante. Lo siento.

—Entonces el Green House cerrará —dijo Paul.

—¿Y qué va a pasar con Sean, Mary y Hassan? —preguntó con un nudo en la garganta—. Sally, ¿los contratarás para el Majestic?

—Haré lo que pueda.

El ambiente se cargó de una melancolía inconsolable. Ninguno de los cuatro encontraba palabras de consuelo. Irremediablemente se cerraba un capítulo más de la familia Green. El restaurante ya era cosa del pasado.

# #

Sobre el mostrador de la barra del Green House, River había extendido el suplemento dominical del New Yorker, justamente en las páginas donde se mostraban las fotos de la fundación y el texto narrando la historia de los Murphy, aunque usando nombres ficticios. A su lado, Linda leía con sumo interés y se deleitaba con las fotografías, aunque al verse en una de ellas sintió algo de vergüenza. River deseaba de todo corazón que le gustase el reportaje y por la luz que desprendían sus ojos intuyó que así era. No obstante, le quiso preguntar.

—¿Y bien? —preguntó con cierta ansia.

—Me encanta —dijo apoyada en la barra—. Las imágenes son fabulosas y la historia está muy bien escrita. Verla impresa me ha emocionado.

—En honor a la verdad Pamela ayudó a pulirlo. No soy escritor, soy fotógrafo pero la experiencia ha valido la pena.

De repente, Linda agitó los puños.

—¡Las donaciones serán importantes y podremos ayudar a más gente! —Linda sintió un subidón tan alto de adrenalina que, de repente, sin importarle que algunos clientes se dieran cuenta, le plantó un sonoro beso en la boca. River soltó un respingo pero en cuanto

notó los suaves labios de ella se dejó hacer. Linda se sonrojó y se puso a limpiar una botella sabiendo que la estaban mirando, incluso Sean se quedó con la boca abierta.

—Es la mejor recompensa que he tenido nunca por un reportaje —afirmó River. Le gustó ver animada a Linda después de la profunda tristeza que suponía cerrar el restaurante. Se sentía orgulloso de ella, por ser capaz de tomar una decisión difícil pero necesaria.

Linda había avisado a Emily Blume por teléfono de la publicación del reportaje, así que se imaginaba que su dicha era compartida en ese momento por ella y los demás miembros de la fundación, que también estarían encantados con las fotos y el texto de River.

—Me encantan las fotos —dijo mirándolas una vez más, mientras le servía otra jarra de cerveza—. Le has dado a la fundación no sé, un toque poético, interesante… auténtico. Me gusta esta del patio interior y no porque salga yo, que conste, y esta de Emily en su despacho rodeada de papeles.

—Me alegra mucho haber ayudado y poner mi granito de arena —dijo mientras observaba el hermoso perfil de Linda ojeando el reportaje. Se había recogido el pelo en una coleta y un mechón de pelo le colgaba recortando su cara. Con la barbilla apoyada sobre la mano transmitía una imagen de belleza, serenidad e inocencia que a River lo estaba consumiendo poco a poco. La deseaba todo el tiempo y le costaba mantener la compostura delante de clientes y empleados. Temía que aquel momento formara parte de un recuerdo más que se iría desvaneciendo con el tiempo. De la misma manera que el hecho de ser amantes para convertirse en amigos y luego, con los años, en solo alguien más del pasado. Pensó que, con toda probabilidad, volvería a Nueva York en un futuro y se preguntó cómo se sentiría ante la idea de llamarla para tomar algo o cenar. Se pondrían al corriente de sus vidas y luego se marcharía cada uno por su lado hasta la próxima ocasión.

Los mensajes de alegría de parte de Emily y las demás compañeras de la fundación causaban que el móvil no dejara de vibrar en sus manos. Le mostró los mensajes a River, quien esbozó una sonrisa mientras sostenía la cerveza. Después llamó a Sean para que leyese también el reportaje, pues no quería que nadie se lo perdiese.

—Enhorabuena, River. Las fotos son geniales.

—Gracias, Sean. Te lo agradezco.

Linda cerró el periódico con mimo, lo dobló y lo guardó cuidadosamente bajo la barra. No dudaba de que sería un objeto muy valioso al que acudiría a él con frecuencia.

—Entonces, ¿qué vas a hacer ahora? —preguntó Linda con un deje de tristeza. Era consciente de lo que significaba la publicación del reportaje y se había esforzado por mentalizarse ante lo inevitable.

River había dejado huella en su corazón, sensación que ella necesitaba volver a palpar.

—Me marcharé a una ciudad fronteriza. Hace tiempo que me atraen. Quizá México. Aún no lo he decidido —River tomó un largo sorbo de cerveza mientras escudriñaba la reacción de Linda, que parecía calmada. Pensó que era un tonto al pensar que ella le rogaría que se quedase o que rompería a llorar.

—Suena interesante. Seguro que haces unas fotografías estupendas. Ojalá las pueda ver algún día. Algo me dice que te vas a convertir en un célebre fotógrafo.

River hizo un gesto con la mano restando importancia al elogioso comentario de Linda.

—Te mandaré un enlace para que las veas y me des tu opinión. Por cierto, cambiando de tema, me gustaría que me acompañaras a elegir un marco para una foto que he hecho de Michael. Es lo mínimo que puedo hacer después de lo bien que Jack y tu hermana se han portado conmigo —iba a decir que se había sentido como en casa, pero rectificó a tiempo puesto que siempre huía de las palabras que hacían referencia a hogar—. He estado muy a gusto.

—Claro que sí.

—Después podemos cenar en un restaurante y dar un paseo por High Line… Y tomarnos un helado.

Linda sonrió con calidez. Ambos intercambiaron un fugaz destello con la mirada cuando recordaron que High Line había sido escenario de su primer y glorioso beso.

—Me parece una gran idea, River.

Capítulo 22

Mirándose al espejo del cuarto de baño, mientras se extendía colorete en las mejillas, sintió de pronto que el corazón se le encogía ante la inminente marcha de River. Ahora sí, casi sin darse cuenta, había llegado el momento de la despedida. Él se iba a marchar mientras que ella permanecía en Nueva York, desconcertada y alimentándose de los bellos recuerdos. No obstante, no merecía la pena trasladarse al futuro todavía, aún quedaba una noche mágica junto a él. O al menos eso esperaba.

Para esa noche tan especial había elegido soltarse la melena y vestirse con un top de lunares con los hombros descubiertos y unos pantalones cortos vaqueros. No fue sencillo dar con el atuendo adecuado, pero finalmente lo consiguió. Se despidió de sus padres y tomó un taxi, que la dejó en el restaurante. River ya la estaba esperando. Enseguida se dio cuenta de que la camisa de cuadros arremangada que llevaba puesta era nueva, pues nunca antes se la había visto y los colores brillaban. Como siempre, estaba guapísimo y olía a recién duchado lo que le pareció irresistible.

El restaurante resultó ser un japonés de moda, el Blue Ribbon Sushi, en el SoHo, donde sirven el mejor sushi de la ciudad, según le había recomendado Jack a River. Aunque los precios estaban por las nubes, pensó que la ocasión merecía la pena.

—Solo tiene un pequeño defecto —dijo River, mientras cruzaban la entrada y veían las escaleras.

—¿Cuál?

—No admiten reservas. Pero merece la pena esperar, créeme.

Estaba abarrotado, con gente tanto en la barra como en las mesas, se oían el entrechocar de los cubiertos y el murmullo de las conversaciones. Los camareros iban y venían con rapidez vestidos con elegantes uniformes. De la decoración resaltaba la madera tanto en el suelo como en las paredes, bañadas por diminutas luces desperdigadas por el techo. A Linda le pareció ver una cara conocida de la televisión comiendo con fruición acompañado de más personas, pero no estaba segura del todo. Después se dedicaron a elegir los platos para luego evitar pensarlo demasiado a la mesa.

Cuando por fin les llegó su turno sus estómagos suplicaban por comida. Al tocarles en la barra presenciaron en primera fila cómo los cocineros cortaban y preparaban el pescado con un aplomo y seguridad abrumadores. Más que cocineros parecían soldados en plenas maniobras. El olor a salsas era intenso y agradable.

Una vez que tomaron asiento, ordenaron el salmón y el pulpo, les sirvieron la bebida, y Linda y River se centraron en ellos mismos. A su alrededor los comensales charlaban y bebían con una envidiable cara de alegría. Si había hilo musical, no se oía por el murmullo de las conversaciones.

—Por cierto, ¿cómo se ha tomado la plantilla del Green House el próximo cierre? —preguntó River.

Linda entornó los ojos. Le dolía recordarlo.

—Con tristeza, la verdad. Les cuesta creer que se queden sin trabajo después de tantos años. Es que somos como una pequeña familia y… —se detuvo ante la tristeza que la embargaba. River le acarició la mano y ella agradeció su apoyo sonriendo. Retomó fuerzas suficientes para continuar—… Son todos grandes profesionales y encontrarán trabajo seguro. Le he dicho a mi hermana que contrate a todos los que pueda, pero ella dice que a todos no va a poder ser. Lo único que yo puedo hacer es escribir cartas de recomendación a quienes me lo pidan. En fin, es una pena que el Green House deje de existir, pero es ley de vida.

—Siempre tendréis el libro de vuestro padre, no es lo mismo, claro, pero al menos cuando sintáis la nostalgia podéis leerlo.

—No sé de dónde ha venido la vena escritora de mi padre, pero me parece genial que en esta nueva etapa de su vida se entretenga con algo tan bonito y enriquecedor como la escritura.

—Me gustó mucho. Y cómo habla de vosotras… Se nota que os quiere mucho. —River miró de reojo el humo que salía del grill y no pudo evitar pensar que sería una bonita fotografía. Pero no era una noche para su pasión, sino para dedicarla a Linda.

—Será un libro que pasará de generación en generación.

—Es justo lo que le dije yo también cuando le devolví el

manuscrito —abrió la boca para desvelarle una cosa a Linda, pero enseguida la cerró porque justo llegaba el camarero con la tabla de madera donde se exponía el pescado como si de un bufé se tratara. El colorido estimulaba todos los sentidos.

—Entonces, ¿te vas a la frontera? —preguntó Linda.

—He cambiado de opinión. Creo que iré a la estación de tren y elegiré un destino al azar, aunque me gustaría que fuese algo por la costa este. Me apetece algo de playa.

—¿Florida?

River se encogió de hombros.

—Es posible… —tomó un sorbo de cerveza—. Y tú, ¿qué vas a hacer? ¿Cuáles son tus planes?

—Me voy a matricular en la universidad pública para obtener un graduado en trabajadora social. Trabajaré en el Majestic y continuaré en la fundación —los ojos de Linda centelleaban de felicidad.

—Qué bien. Lo tienes todo pensado.

Ella asintió con la cabeza. No veía la hora de matricularse en la universidad, pues estaba ansiosa por aprender. Le esperaba una vida de universitaria llena de retos y desafíos.

—No sé, es posible que me cueste un poco volver a estudiar. He perdido la práctica.

—No dudes ni por un momento en tu capacidad. Lo vas a bordar. Lo sé. Te conozco —dijo clavándole la mirada, admirando su personalidad y su belleza. Tenía unas ganas terribles de hacerle el amor apasionadamente, sin embargo, volvieron los pensamientos en los que se reafirmaba que era preferible terminar como amigos.

Después de terminar la cena, River pagó la cuenta y se subieron a un taxi con destino al High Line. La temperatura de la noche era maravillosa, ni frío ni calor.

—Me gustaría acompañarte a la estación, ¿qué te parece? —dijo Linda una vez en el parque, caminando por el pasaje del mercado de Chelsea. Un bonito lugar donde tienen cabida exposiciones artísticas en lo que fue una antigua estación de tren.

—Que la despedida va a ser dolorosa…

Algo en el tono de voz de River hizo pensar a Linda que se refería a ella. De repente, la rabia le hirvió por dentro pero supo frenarse.

—Te piensas que me voy a quedar con el corazón roto y llorando sin parar, ¿verdad?

—No se trata de eso, Linda —él esquivó su mirada.

—Entonces, ¿de qué se trata, River? —explotó ella—. Explícamelo. Quieres irte a hurtadillas pensando que será lo mejor para mí. ¿Cómo sabes lo que es mejor para mí? ¿Lees la mente? Lo que pasa es que te piensas que estoy hecha de cristal y que me quedaré hundida de tristeza. Pobrecita Linda, ¿verdad?

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Hacer como si nada hubiera pasado entre nosotros? ¿Como si no significaras nada para mí? Solo quiero protegerte.

—¿Protegerme? Lo único que quieres es no sentirte mal contigo mismo. Empezar de cero en una nueva ciudad como si con eso pudieras ponerte un corazón nuevo. ¿Es así como piensas que funcionan las personas? Tú cámara debería servirte para alumbrar el alma de las personas y de los objetos, pero seguramente deberías apuntarla a ti mismo en vez de a los demás. Lo siento mucho por ti.

River notó como si una afilada flecha le desgarrara por dentro. Nunca pensó que Linda le pudiera causar semejante amargura. Lo peor era que ella tenía razón.

—No quiero tu compasión —se defendió.

—Ni yo la tuya, River. Estoy enamorada de ti pero eso no significa que me vaya a hacer monja cuando te vayas. Hace días que te echo de menos. Estás conmigo pero como si desearas marcharte de una vez y no sabes cómo decirlo.

—Son imaginaciones tuyas. No estoy deseando marcharme, pero es algo que tarde o temprano he de hacer. Es mi estilo de vida. Si quieres que me vaya ya dilo cuanto antes.

—¿Estás de broma? No quiero que te vayas —dijo cada vez más calmada—. Pero acepto tu decisión, porque no me queda otro remedio, pero terminar así, de una forma tan fría creo que no está a la altura de lo que hemos vivido tú y yo.

Los ojos de Linda lo miraban con intensidad. Algunas parejas y familias paseaban también disfrutando de la noche veraniega, pero River no les prestó atención.

—¿Qué quieres de mí, Linda? —dijo con un hilo de voz.

Ella miró hacia la calle, a los coches, a las farolas, a esa luz artificial que bañaba la ciudad como si ese simple gesto le llenara de fuerza. Temió sentirse ridícula al responder, pero pensó que nunca se lo iba a perdonar si no se atrevía.

—No lo sé… Quiero que durmamos juntos… que hagamos el amor por última vez en tu habitación —alzó la vista para encontrarse la mirada de River y sintió, por un segundo, que la iba a rechazar—. Quiero tener ese recuerdo, ¿vale? Y si no tú quieres, pues dímelo y ya está.

River se acercó a ella, la tomó por los brazos, sintiendo el suave roce de su piel y se quedó mirándola como quien mira embelesado un amanecer. El corazón empezó a latirle con fuerza.

—Linda, por más que lo intento no puede sacarte de mi cabeza. Te deseo desde el primer momento que te conocí.

# #

Otra vez los muelles del colchón suspiraron al recibir los cuerpos de los jóvenes amantes. Como les gustaba a ellos, sumidos en la erótica penumbra, sin desvestirse, buscaron la boca de cada uno. La primera sacudida de placer recorrió el cuerpo de Linda como una droga de la que nunca se saciaba. River, tumbado sobre la cama, la abrazaba colocando sus manos sobre el trasero de ella, concentrado en perderse en el oasis húmedo que respiraba en sus labios, en su lengua, en su irresistible sabor a mujer. En su interior pugnaba el deseo más feroz contra el deseo más tierno creando una tensión insoportable.

Poco a poco River la fue desvistiendo. Primero los shorts vaqueros para que sus manos sintieran la frescura de sus preciosos muslos. Era tan sexy solo sentir el roce de su piel de seda que cerró los ojos para continuar con el beso apasionado. Quería llenarse los sentidos con su aroma, su lengua y su carne de fuego.

Linda le desabotonó la camiseta obedeciendo el estremecimiento que no dejaba de vibrarle desde la cabeza a los pies. En la quietud de la habitación se oía el chasquido de los besos y los ronroneos de placer de ambos. Los cuerpos se fundirían en uno solo hasta el final.

River paró un momento para posar las manos sobre sus mejillas y beber de sus ojos castaños, dominado por una necesidad imperiosa de recibir su luz.

—Tengo que fotografiar tus ojos. Son una maravilla.

Linda sonrió, halagada en lo más profundo. Le gustaba cuando él se esforzaba por hacerle sentir especial. Terminaron de desnudarse entre llamaradas, besos húmedos y alientos entrecortados.

Entonces él cambió de postura y la penetró con una mezcla de ansia y ternura; los ojos abiertos, las pupilas dilatadas y esa eterna sensación de pertenencia del uno al otro. Las manos entrelazadas sobre la cama, los corazones latiendo al mismo ritmo. Linda y River eran, en aquella pequeña habitación de Nueva York, dos sombras entregadas al aroma del gozo, celebrando la alegría de vivir y de sentir algo único y fabuloso.

Linda exclamó el nombre de River como una suerte de liberación cargada de emociones y recuerdos. Todo era un placer sensual que le hacía temblar el cuerpo, por eso cuando el orgasmo se cristalizó con su violencia, se derrumbó.

Capítulo 23

Al día siguiente, River, en el desayuno, se despidió de Sally, Jack y Michael. Tal y como había mencionado a Linda, a modo de agradecimiento por la estancia les regaló una foto en color de Michael durmiendo plácidamente en su cuna. El marco era de plata; elegido sabiamente por Linda en una coqueta tienda en el Greenwich Village. Sally y Jack le desearon lo mejor en mitad de un caluroso abrazo y esperaron que les avisara si volvía alguna vez a la ciudad.

A un lado Linda observaba la cortés despedida sintiendo un pellizco en el estómago. Su cuerpo aún estaba caliente de haber dormido junto a él y recibido las caricias sobre su espalda durante toda la noche.

De pronto le llegó un mensaje al móvil de River anunciando que el taxi ya estaba esperando frente al portal. El equipaje era tan liviano como cuando vino pero le pareció estimulante despedirse en coche de la ciudad.

En el asiento de atrás, River rodeaba los hombros de Linda. Ambos sonreían y daban la sensación de que ambos se iban de viaje, no solo él. El amanecer teñía el cielo de un color púrpura desvaído mientras que Nueva York se despertaba paulatinamente. Los dos guardaban un silencio pero era cómodo y conciliador, pues habían pactado huir de la melancolía y abrazar la felicidad de haberse conocido. Linda pensó en pedirle que le avisara en cuanto llegase al destino que fuese, pero luego pensó que era mejor si se trataba de una decisión suya.

La estación de Grand Central se levantaba en pleno centro como

una obra arquitectónica singular, con una fachada evocando el estilo clásico jaspeado con estatuas de dioses romanos. Con innumerables entradas desde la calle, las personas entraban y salían como si fuera un hormiguero. Ambos cruzaron el vestíbulo de bóveda inmensa y se detuvieron en el panel de los horarios, junto a otros pasajeros.

—Elige tú mi próximo destino —le dijo, sonriendo.

—¿En serio? Es una gran responsabilidad. No quiero pifiarla.

—Venga, será divertido —le dio un suave empujón en la cadera.

—Bueno, como quieras —y alzó la cabeza con aire dubitativo. Leyó las ciudades, pero ninguna le decía nada hasta que se topó con Nashville—. Suena divertida.

—¿Nashville? —River sopesó su próximo destino. La ciudad era célebre por su industrial musical y por su variada oferta nocturna de entretenimiento—. No está mal, Linda. Creo que serás la encargada de elegir mis próximos viajes.

—Pues entonces, ¡adjudicado!

La suerte acompañó a River y pudo comprar un ticket de ida, uno de los escasos que quedaban.

—Queda una hora para la salida. Me encantaría que te quedaras, pero si tienes que irte no quiero entretenerte.

—No te preocupes. Está bien. Una hora se pasa rápido. Tomemos algo en un bar.

Se sentaron en un Starbucks y esperaron a que les avisaran por sus cafés. River alargó la mano y se hizo con su mochila, de la que sacó un objeto envuelto en papel de regalo que depositó sobre la mesa sin decir nada más. Linda abrió los ojos de par en cuanto se percató de que ella era la destinataria.

—Oh, River. Yo no te he comprado nada. Me siento fatal —dijo Linda, emocionada.

—Mucho mejor. Los regalos deben hacerse así, sin esperar nada a cambio —afirmó él.

Embargada por la curiosidad, Linda abrió con mucho cuidado el regalo, procurando no romper el envoltorio. Cuando sostuvo con sus manos el regalo sintió que el corazón se le derramaba. Era una fotografía de ella mientras dormía, en la cama, con la espalda desnuda, jugueteando con el claroscuro. Una imagen que destilaba un excitante erotismo. Linda sintió cómo las mejillas le ruborizaban.

—Nunca antes me había visto así… —musitó ella.

—Eres hermosa y sensual —dijo River sin importar que los clientes le oyeran—. No lo olvides nunca.

—No sé qué decir.

—No hace falta que digas nada. Solo espero que la conserves con cariño. Está hecho por un fan tuyo.

El dependiente llamó a River y le entregó los humeantes cafés, que

llevó hasta la mesa. Un hormigueo extraño recorría el cuerpo de él, una extraña sensación de pérdida empezaba a penetrarle hasta lo más hondo.

—Te echaré de menos, River.

—Tengo que irme. Cuanto más tiempo me quede contigo, más difícil será la marcha. Me duele reconocerlo pero yo no soy el hombre que buscas.

—Lo sé. Tú siempre vas en busca de la próxima aventura…

River sintió rígida la columna vertebral.

—Lo dices de una manera que me hace sentir miserable.

—No era mi intención. Perdona, River —le dijo cogiéndole de la mano mientras que con la otra sostenía el café. Su voz sonaba calmada.

—Todo está bien. Las despedidas no son fáciles. Para mí tampoco —y dijo nuevamente, pero esta vez poniéndose de pie—. Tengo que irme.

Ambos salieron de la cafetería. Por megafonía anunciaban la salida para Nashville.

—¿Quieres que nos digamos adiós aquí? —preguntó ella.

River asintió. No deseaba prolongar más la agonía. Ambos se abrazaron durante largos segundos, como rebañando las últimas sensaciones, cerrando el vínculo que los había unido. Después terminó besándola suavemente. Nunca se saciaba de su sabor.

—¿Qué vas a hacer ahora? —sus manos seguían entrelazadas.

—Voy al restaurante y después a la fundación.

—Nunca te voy a olvidar, Linda.

—Yo tampoco.

Sus manos se separaron a cámara lenta y cada uno se fue por un lado opuesto de la estación. Cuando llevaba unos pocos pasos, River se giró esperanzando de encontrarse con la última mirada, pero Linda se fue sin mirar atrás.

# #

River estaba a punto de llegar a New Jersey, camino a Nashville. Aún le quedaban casi dos días de viaje en tren, sin embargo, no era algo que temiese, sino más bien al contrario le encantaba disfrutar del paisaje y tomar fotografías de paisajes y viajeros distraídos. Su cuerpo estaba preparado para afrontar el fatigoso viaje, pero ¿y su mente? Todavía se encontraba en Grand Central rememorando la escena de

despedida con Linda. Sus ojos habían refulgido al descubrir la fotografía y eso le llenaba de felicidad. Pensó que probablemente lo guardaría en el cajón de la mesilla de noche, entre su ropa interior, puesto que se trataba de una imagen demasiado erótica para ser colgada de una pared. Le gustaba la idea de que lo guardara en un lugar privado como si fuera un agradable recuerdo de lo que tuvieron.

«Quizá si ella me hubiera pedido que me quedase…», pensó con la mirada posándose en los edificios que se veían más allá de los raíles de la estación. Parpadeó varias veces como si con ese simple gesto pudiera deshacerse de las imágenes que generaba su mente. La fantasía de un final distinto se imponía con la fuerza de un martillo golpeando su cabeza. Linda con los ojos bañados en lágrimas rogando para que se quedase, y él aceptando, conmovido. Música de violines y el amor triunfa de nuevo.

Pero ella no había mirado atrás cuando se despidieron. Se marchó camuflándose entre las demás personas, como si ya fuera imposible aferrarse a ella. Se lo llevó todo y él se quedó sin nada. River albergó la sensación de que Linda sintió su mirada en el cuello, pero prefirió no girar la cabeza. Era una mujer sensible pero también con sentido común y pensó que era lo mejor no girarse. O quizá nada de eso había sucedido y él se dejaba llevar por sus pensamientos.

De todas formas, si lanzaba una mirada objetiva a la situación, le parecía fabulosa su vida. Llegaría a Nashville y después a otra ciudad. ¿Quién puede tener semejante de libertad? Sin horarios, ni atado a un escritorio. Era un privilegiado al vivir de esa manera. Todos le tenían envidia cuando contaba los sitios adónde había estado. Solo cuando por su condición física no pudiera moverse establecería una casa, su cuartel general. Pero a sus veintisiete años, aún quedaba una eternidad para ese momento.

Llegaría a Nashville de madrugada, cansado pero con la excitación a tope. Y luego a encontrar un hotel para dejar el petate y salir a perderse en la noche de los bares.

# #

Con todas sus fuerzas se concentró en el trabajo del Green House para retomar de nuevo la rutina y olvidarse de River. Ella como siempre sirviendo bebidas en la barra y cobrando a los clientes, que se despedían agradecidos. Sean y el resto de camareros trabajando a destajo en la sala, al igual que en la cocina. El ruido de las conversaciones, los pedidos, el olor a cerveza la envolvieron como una nube que la aislaba del dolor.

Sus labios sonreían para dar una buena imagen, aunque se

encontraba sola otra vez. «¿Por dónde estará River?», se preguntó. Se lo imaginó sentado en su asiento, con la cámara sobre el regazo, buscando un encuadre que le llamara la atención. Era un artista y necesitaba un mundo sin fronteras. Cuando su mente volvía a River, Sean llegaba para hacerle reír y pedirle más bebidas.

—¿Todo bien? —preguntó él, sin dejar de moverse. Era puro nervio.

—Genial —respondió ella, agradecida por el interés de su viejo amigo.

—¿Seguro? Te noto algo ausente.

—De verdad. Estoy bien, solo algo cansada.

En cuanto Sean se marchó con la bandeja, se afanó en buscar algo que hacer para no pensar más de lo debido. Nadie le pidió que preparase una cuenta o sirviera más bebidas, así que se hizo con un trapo y se puso a limpiar con ímpetu la barra, donde algunos clientes tomaban algo esperando su mesa.

Se mordió los labios. Le faltó la respiración por un instante. Se agachó y se puso a limpiar una de las cámaras frigoríficas. De pronto sintió el corazón hecho añicos. ¿Cómo era posible sentirse tan vacía? La tristeza le atenazó el pecho con tanta fuerza que sintió que todo le daba le vueltas. Debía calmarse para que los clientes no se extrañaran de nada, sin embargo, la sensación era tan abrumadora que no podía levantarse. Las conversaciones se seguían sucediendo, las risas, el arrastrar sillas, los timbres de los teléfonos móviles… Una tras otra las lágrimas fueron brotando de sus melancólicos ojos hasta que vio borroso. Aprovechando el ruido, agazapada tras la barra, con el trapo en la mano, rompió en sollozos.

# #

Cuando River puso un pie en el Green House desvió la mirada hasta la barra, pero descubrió que estaba vacía. Linda debía estar atareada en cualquier otra parte del restaurante, por lo que habría abandonado su puesto habitual. Al tratarse de la hora del almuerzo, no le sorprendió la enorme cantidad de clientes sentados a las mesas ni el agradable olor de la comida flotando en el ambiente. Sean, a lo lejos, tomaba un pedido con su simpatía habitual. Estaba dispuesto a llegar hasta él y preguntarle dónde se encontraba Linda, cuando con el rabillo del ojo se percató de una sombra que emergía de la barra. Era ella. Sintió un golpe de excitación que se difuminó cuando se percató de que algo le ocurría a Linda. Estaba de espaldas y por el movimiento de las manos parecía que se estaba secando las lágrimas. Al girarse hacia la barra descubrió una rojez alrededor de sus ojos. Sin duda,

había estado llorando.

Ignoraba el motivo de su tristeza. Pensó que sería él o algo relacionado con el restaurante, pero verle en ese estado de desconsuelo le urgió a actuar. Nadie merece sufrir.

—¡Linda! —exclamó desde la puerta, pero a causa del gentío no le oyó. Ella lanzó a una mirada a los clientes de la barra y les fue retirando platos y vasos sucios. River se encaminó hacia ella haciéndose un hueco entre un mar de cuerpos, incluyendo a un grupo de sacerdotes novicios que comían con fruición de pie. No sin dificultad, llegó hasta la barra, dejó la mochila y el petate en el suelo y se metió dentro ya que era la única manera de hablar con ella sin gritos. Linda giró la cabeza, sorprendida, y River distinguió entre la bruma de sus ojos la amargura del corazón roto.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Linda, sintiendo que le faltaba el aire.

—Lo sabes perfectamente —dijo acercándose a ella—. Me he bajado en Washington y he tomado un billete de vuelta.

Ella luchó para no volver a llorar pero las fuerzas que brotaban en su interior eran demasiado salvajes. Sin remedio cayó una brillante lágrima detrás de otra. Como si se diera cuenta en ese instante, dejó lo que tenía entre las manos en el fregadero.

—He sido un idiota, Linda. O peor aún, un ciego idiota. He pasado el mes más feliz de mi vida —sintió la quemazón en el estómago al pronunciar esas palabras. Dejó que pasara y tomó las manos de Linda. Los clientes de la barra poco a poco interrumpieron sus conversaciones y se fijaron en la conversación como si estuvieran en el teatro— y dejé que mi pasado lo borrara de un plumazo. Mi pasado era mi zona cómoda y viniste tú y despertaste mis cinco sentidos, pero yo no quería salir de lo que conocía, me daba miedo expandirme, emprender otro camino, pero en el tren, sin ti, me di cuenta de que se me hace imposible vivir sin que estés a mi lado. No sabía lo que era el amor hasta que te conocí —de repente, se hizo un silencio sepulcral en el restaurante. Los clientes de las mesas, los sacerdotes, Sean y los empleados estaban pendientes de River y Linda, pero ellos seguían a lo suyo. River tomó las manos entre las suyas, perdido en el temblor que palpitaba en su corazón—, pero al ver que llevabas tan bien la separación supuse que yo también podía asumirlo. Tú te arriesgaste cuando me dijiste que me amabas pero yo no estuve a la altura y quise huir. En la estación me quedé frío, desamparado, pensé que ya me habías borrado de tu corazón.

—No es cierto… yo… —Linda no pudo continuar porque River la estrechó contra él, apoyó una mano sobre su mejilla y la besó, incapaz de contenerse. Ella lo rodeó por la cintura. Clientes y empleados irrumpieron en aplausos y vítores, contagiados de la desbordante

felicidad. Linda se quería morir de vergüenza.

—Me quedo en Nueva York a vivir por tiempo indefinido. ¡Quiero estar contigo todo el tiempo! ¡Oírte reír, besarte, abrazarte, dormir a tu lado…! Te quiero, Linda —dijo River sonriendo, notando cómo una ligera brisa lo atravesaba.

Ella abrió la boca pero se quedó sin palabras, tal era el cúmulo de emociones que la embargaban. River la amaba y estaba dispuesto a quedarse en Nueva York. La vida, de repente, era perfecta. Los ojos verdes y chispeantes de River, y las expresiones de asombro de los clientes la tenían paralizada.

—¡Dile que le quieres! —exclamó uno de los sacerdotes novicios alzando la cabeza entre la multitud.

Linda, River y el restaurante estallaron a carcajadas. Sin soltarse de las manos, sus cuerpos se relajaron y disminuyeron la solemnidad del momento.

—Yo también te quiero, River —y lo abrazó con todas sus fuerzas como si quisiera confirmar que no se trataba de un sueño.

Capítulo 24

Días después de enterarse de que River se quedaba en la ciudad para prolongar el romance con su hermana, Sally continuaba instalada en la alegría. La llegada del fotógrafo había sido decisiva y la vida de Linda había dado un vuelco tremendo. Sin lugar a dudas, los Green disfrutaban de un buen momento, pues ella se había casado, había formado una familia y Linda por fin iba a dedicarse a lo que más le apasionaba.

Lo único que empeñaba la buena situación era el cierre del Green House. Mientras daba el pecho al pequeño Michael se esforzó en encontrar una solución pero ni ella ni Jack daban con ello. Tenía claro que no dispondrían de tiempo para supervisar ellos mismos el negocio, así que lo idóneo pasaría por alquilar el local o venderlo. Sally era partidaria de lo segundo, puesto que resultaba lo más cómodo, ya que encontrar a un inquilino fiable y cumplidor requería un notable esfuerzo. Es más, había comprado el local para ayudar a la familia, no para actuar como rentista. Al igual que su hermana, lamentaba que la plantilla del Green House se quedara sin empleo, así que, tal y como le había prometido a su hermana, decidió que intentaría contratar a todos los que pudiera para el Majestic.

Su teléfono móvil sonó y, entre tirones de la boca de su hijo, consiguió contestar con una sola mano. En la pantalla aparecía el nombre de Sean, lo cual le pareció asombroso, pues estaba pensando precisamente en él. Después del saludo habitual Sean le pidió dejarse caer por su casa con objeto de pedirle un favor, algo que a Sally le

intrigó mucho. Así pues, quedaron para dentro de una hora, tiempo suficiente para que Sally terminara de dar el pecho, consultar unos asuntos del hotel y arreglarse un poco.

Cuando colgó supo enseguida de qué se trataba el asunto. Sean le pediría el favor de buscarle trabajo en el Majestic, lo que resultaba curioso puesto que ella estaba ya inclinada a hacerlo. Valoraba con creces la amistad y la profesionalidad de Sean forjadas a lo largo de los diez años que llevaba trabajando para la familia. Era un camarero excelente, con carisma y apasionado por el trato al cliente. Sin duda, pensó Sally, que sería un gran fichaje para el hotel. Jack también estaría encantado de que trabajase para ellos. ¿Qué pasaría con el resto de la plantilla? Se prometió que examinaría cada caso con detenimiento.

El tiempo se le pasó volando y cuando llamaron a la puerta, recién acababa de salir de la ducha. Por suerte, Flora recibiría a Sean y lo conduciría con gentileza al salón. Mientras afuera el sol caía sin remedio sobre las aceras, en la casa el aire acondicionado mantenía una temperatura agradable. Antes de bajar, se cercioró de que Michel disfrutaba de un sueño reparador, lo besó en la frente y bajó para hablar con Sean.

Como era habitual en él, estaba de pie, inquieto, mirando por la ventana. Repasaba mentalmente todo lo que venía a decirle a Sally, pues no quería que nada se le quedase en el tintero. En cuanto reparó en su presencia, se encaminó rápidamente y se abrazaron. Sean preguntó por Michael, al que ya había conocido cuando su madre lo presentó en el Green House.

—Para nuestra sorpresa, duerme como un lirón por las noches. No, no suele dar mucha guerra —dijo Sally.

—Buff, pues cuánto me alegro por vosotros. Mi madre siempre me dijo que fui un llorón nocturno —dijo con una sonrisa entre dientes.

Sean la miraba con orgullo. La había conocido cuando era una estudiante y siempre auguró un brillante porvenir a una mujer inteligente y estudiosa. Aunque no era familia, siempre el trato entre ambos había sido muy afectuoso.

—Sally, seguro que te preguntarás por qué he venido a verte —dijo Sean.

Ella asintió con la cabeza, por lo que Sean se quedó sorprendido.

—Me encantaría que trabajaras en el Majestic.

Sean abrió la boca dejando ver su fila de dientes blancos y rio con estruendo. Sally abrió los ojos como platos.

—No se trata de eso, pero te lo agradezco.

—¿Ah, no? ¿Entonces de qué se trata? —Ella acomodó los puños sobre la cadera.

Sean se tomó un momento para dejar claro del primer momento el

plan que llevaba pensando desde hace semanas, cuando se enteró del cierre del restaurante.

—Queremos gestionar nosotros el Green House y pagarte el alquiler. Verás, Sally, los chicos y yo no queremos empezar a trabajar en otros restaurantes. Lo estuvimos hablando y todos estamos de acuerdo en que el negocio va bien, no para hacerse rico pero sí para tener un sueldo decente. Además, nos llevamos muy bien y no queremos separarnos, entonces se me ocurrió la idea de asociarnos, ser nuestros propios jefes. Nosotros, que la conocemos tan bien, seguiríamos con la cultura del Green House. Aún no he hablado ni con tus padres ni con tu hermana, porque creo que llegaremos a un acuerdo económico, pero el favor que te pido es que, como no podemos asumir un alquiler tan alto como antes, que nos hicieras un precio razonable. ¿Cómo lo ves?

Sally se quedó sin palabras, sorprendida por el espíritu emprendedor de Sean y los demás. Enseguida se percató de que había sido previsible en las expectativas.

—Claro que sí, Sean. Me encanta la idea. Cuenta con nuestro apoyo —dijo sin titubear, impresionada por la iniciativa.

Como impulsado por un muelle, Sean la abrazó con efusión, tanto que ambos casi caen al suelo. Para ella también era una forma de quitarse un problema de la cabeza: qué hacer con el local. Aunque perdiesen dinero, ayudarles lo compensaba sin duda.

—¡Muchas gracias, Sally!

—¡Deja de estrujarme! —exclamó, divertida, intentando desembarazarse, pero Sean no la saltaba. Se sentía exultante. Su plan no podía fallar.

# #

«¿Dónde estará mi padre? Tengo que hablar con él», se preguntó Linda, al salir del restaurante. El sol apuraba sus últimos rayos sobre Nueva York y la luz se suspendía entre el día y la noche, en un espacio sin definir, pausado y mágico. Le llamó varias veces al móvil, pero estaba apagado o fuera de cobertura. Linda pensó que probablemente lo segundo. Llamó a su madre para preguntarle dónde estaba y ella le respondió que en Rainey Park, como era costumbre desde que empezó a escribir su libro. Se había marchado hacía poco para dar un agradable paseo, después de que el sofocante calor les había dado tregua hasta el día siguiente. Su madre había estado a punto de

acompañarle, pero finalmente se había quedado en casa.

Linda no podía esperar hasta que su padre regresara, así que decidió acercarse al parque, pues no quedaba demasiado lejos del Green House. Caminando no dejaba de sentir una especie de inquietud de la que deseaba librarse lo antes posible. Oyó un bip proviniendo del teléfono, se apresuró a sacarlo del bolso y a revisar el mensaje por si se trataba de su padre, pero no era así, el remitente era River. «¿Se lo has dicho ya?», preguntaba él. A toda prisa le respondió que no y apretó el botón de enviar.

Por suerte, Linda sabía sin mucho margen de error donde solía sentarse su padre a leer un libro, el periódico o escribir. De lo contrario acabaría cansada de buscarlo por todo el parque.

No tardó en divisar su figura de espaldas a orillas del East River, sobre un suelo de listones de madera descoloridos y rodeado de setos y árboles. Estaba sentado a una mesa, escribiendo, aunque Linda estaba demasiado lejos para saber de qué se trataba.

—¡Papá! —exclamó su hija mientras se aproximaba. Notó que el pulso se le aceleraba, pues estaba ansiosa por hablar con él.

Paul, sorprendido, se giró y al ver a su hija esbozó una sonrisa.

—Te he estado llamando —le reprochó Linda.

Su padre metió la mano en el bolsillo, sacó su móvil y descubrió que se había quedado sin batería.

—Estos malditos cacharros… —rezongó.

El efusivo abrazo de Linda le pilló a Paul por sorpresa. Los ojos de Linda chispeaban de felicidad.

—¿Qué ocurre? ¿Nos ha tocado la lotería? —preguntó él.

—Mejor aún. ¡Te van a publicar el libro!

—¿Qué? —dijo Paul con la cara desencajada.

—Me ha llamado River hace un rato, estaba en el restaurante. Su editora, una tal Pamela no sé qué, leyó una copia del manuscrito y se lo pasó a su exmarido, que lleva una editorial de autores locales. ¡Le encantó y quiere conocerte!

El corazón de Paul empezó a latir a toda velocidad. Se puso de pie, incapaz de asimilar la buena noticia sentado. Por un instante, se perdió en sí mismo, olvidando dónde estaba y con quién. Su pequeña y modesta historia llegaría a manos y ojos de personas desconocidas a las que esperaba entretener y emocionar. La ilusión se le disparó hasta el cielo.

Solo cuando su hija le abrazó volvió a tomar conciencia de dónde se encontraba. La besó ligeramente en la sien.

—Estoy tan contenta… —dijo ella sin soltarle.

—Me he quedado sin palabras —Paul sintió el calor de su hija llenándole por completo—. River me entregó el manuscrito, así que debió hacerle una copia sin decirme nada. ¿Lo sabe tu madre?

—No. No he querido decirle nada. Quería contártelo a ti primero. ¡Qué contenta estoy! —repitió—. Mi padre va a ser un escritor publicado…

Paul escrutó el rostro de su hija asustado por la velocidad del tiempo. Hacía nada era una chiquilla y en un abrir y cerrar de ojos se había convertido en una mujer adulta. Pronto le daría un nieto, igual que Sally le había dado uno de los mejores regalos de su vida: Michael. Era abuelo y escritor publicado. ¿Se podía ser más feliz?

Como si de un relámpago se tratase, su mente se iluminó.

—¡Vamos a comprar una botella de champán y a celebrarlo en casa! Llamaremos a Sally y a Jack.

—Una gran idea.

Los dos emprendieron el paso, pero Linda se detuvo al darse cuenta de que su padre olvidaba sobre la mesa de madera, el móvil y unos papeles. Lo guardó todo en el bolsillo de su pantalón. Después retomaron sus pasos hacia el centro del barrio.

—¿Y esos papeles?

—Son los bosquejos de una novela que quiero escribir —afirmó con un deje de orgullo.

—¿Una novela de ficción?

—Sí. Quiero ambientarla en Nueva York. Dicen que hay que escribir sobre lo que uno conoce, así que… vamos a ver si es cierto.

—Seguro que también te la publican. Ya lo verás.

—Aún queda mucho para eso.

—¿Y de qué trata?

—Todavía no lo sé —Paul aceleró el paso, ya que tenía unas irrefrenables ganas de llegar a la licorería. Doblaron un par de esquinas y cruzaron varias calles hasta que por fin llegaron. Durante el camino, Linda había llamado a su hermana para desvelarle la buena noticia y pedirle que fuera a celebrarlo a casa, cosa a la que Sally accedió, encantada.

—Quiero el champán más caro —dijo al empleado nada más pisar el negocio—. Me van a publicar un libro y quiero celebrarlo.

El dependiente se encogió de hombros. Era evidente que no compartía la misma alegría que Paul Green.

—Tengo un Veuve Clicquot de importación. Cuesta mil dólares.

—¡Me lo llevo! —dijo sin pensarlo dos veces.

—¡Papá! —reprochó Linda, asustada por el precio—. Es mucho dinero. Mejor algo más barato.

Paul sacudió la cabeza, como dando a entender al empleado que cedía a las pretensiones de su hija.

—Tengo un Salon Blanc por cuatrocientos.

—Me lo llevo. Un día es un día y quiero algo exclusivo. Sí, señor. Ernest Hemingway lo aprobaría.

El dependiente le cobró y guardó la botella en una bolsa. Padre e hija salieron de la licorería rumbo a la casa de los Green. Linda fue llamando a todos para que se pusieran de camino a la casa.

Cuando quedaban unos pocos metros para llegar, la visión de Paul se volvió borrosa y sintió que las fuerzas le fallaban. Se detuvo.

—¿Ocurre algo, papá? —Y Linda vio con espanto que la luz de sus ojos se oscureció de repente. La radiante expresión de júbilo se volatizó dando a paso a una aplastante seriedad. Se acercó a él para tomarle de la cadera.

—No, estoy bien. Solo es un mareo —dijo con un gesto de la mano, restando importancia—. La felicidad se me ha subido a la cabeza, eso es todo.

Sin embargo, su padre seguía encorvado, sin dar ni un paso y lo que es peor con una gélida sensación creciente.

—Linda, escúchame —dijo con un hilo de voz—. Perdona si no he sido un buen padre… Debería haberme dado cuenta de que tu sueño era ayudar a los demás… No hacerte cargo del restaurante. Fui un tonto y un egoísta. Quería que el Green House fuera mi legado para toda la familia y lo fastidié. Perdóname, Linda.

Paul se desplomó sobre el suelo sin que su hija pudiera evitarlo.

—¡Papá! —el pánico se apoderó de ella—. ¿Qué te ocurre?

Intentó erguirse pero no lograba reunir la energía necesaria mientras sentía el aliento de su hija en el rostro. Notaba el corazón latiendo con normalidad pero de pronto algo se rompió dentro de él.

—¡Ayuda! ¡Socorro! —gritó Linda, desesperada. El dependiente de la licorería y un transeúnte se acercaron rápidamente para interesarse —. ¡Llamad al 911!

El dependiente sacó el móvil de su bolsillo y, con las manos temblorosas, marcó el número.

—Entonces ¿me perdonas, hija? —preguntó casi en un susurro.

—Claro que te perdono —sus ojos empezaron a llenarse de gruesas lágrimas—. Pero no quiero pensar en eso ahora. Levántate, tenemos que ir a un hospital.

—No, puedo. Parece que llegó mi hora… Te quiero, hija. Por favor, díselo también a Sally…

—¡Levántate te digo! ¡Maldita sea! —Linda lo agarró por la cintura pero no podía con el peso—. ¡Ayúdame a levantarlo!

El transeúnte, un hombre de edad similar a su padre, se agachó rápidamente por el otro lado. Entre él y Linda lograron levantarle por la espalda, pero la cabeza de Paul cayó hacia atrás, inconsciente.

—¡Papá!

Linda miró al transeúnte con desesperación, pero este se encogió de hombros, impotente. Con cuidado lo depositaron sobre el suelo y ella le palmeó la mejilla repetidas veces para que volviera en sí.

Parpadeando, Paul masculló unas palabras. Linda se agachó para oírlas con nitidez.

—Me marcho… —y lanzó su último aliento.

—¡No, papá! —lo agarró de la camisa y lo zarandeó con rabia, mientras las lágrimas le impedían ver con claridad. Todo a su alrededor era una mancha borrosa.

Epílogo

Después del funeral, se reunieron en el Green House para almorzar familiares, amigos y vecinos del barrio. Qué mejor lugar que aquel que había amado Paul Green casi toda su vida, dando lo mejor de sí para que sus clientes obtuvieran la mejor experiencia. Allí, entre esas cuatros paredes, habían crecido sus hijas y, aunque el negocio iba a ser traspasado, una parte de él siempre estaría presente.

Como era de suponer, el restaurante estaba a rebosar. Todos querían despedirse de Paul no con tristeza, sino con la alegría y la suerte de haberle conocido. También se apoyaba a la familia Green para que se sintieran arropados e incluso se habían traído comida hecha en casa para que nadie tuviera que cocinar. Así pues, sobre las mesas de la sala se habían dispuesto como una especie de improvisado bufé donde aquel que tuviera apetito se sirviera él mismo. Las hermanas Green decidieron abrir cerveza y refrescos para los sedientos, aunque fueron Jack y River quienes se encargaron de surtir el bufé cuando la bebida empezaba a escasear.

Catherine, Sally y Linda estaban sentadas, rodeadas de gente con la que hablaban y compartían viejas anécdotas de la familia. Junto a Linda tomó asiento Sean, quien a pesar del momento no dudaba en sonreír mostrando su carácter tierno y optimista.

—Toma, te he traído cerveza —le dijo a Sally, que cargaba a Michael quien, con los ojos inmensos, miraba con desconcierto todo lo que ocurría a su alrededor.

—Gracias —Sally sonrió y aceptó el vaso. Había llorado en el

funeral hasta quedarse vacía y, como tenía el estómago cerrado, pensó que le vendría genial beber algo porque notaba la boca seca de tanto hablar.

—Vuestro padre fue como un segundo padre para mí —le confesó poniendo una mano sobre la suya—. Me lo enseñó todo sobre el oficio y nunca lo olvidaré. Espero ser un sucesor digno del Green House.

—Seguro que sí, Sean. Lo harás muy bien. Y gracias por hacerlo. Nos apenaba mucho tener que cerrarlo y ahora tú le vas a dar una nueva vida. Es maravilloso, ¿a que sí, mamá? —Linda se giró hacia ella, pero la mirada de Catherine estaba vacía. Su hija le entrelazó las manos y la besó en la mejilla.

—Se me hace tan extraño estar sin él… —balbuceó Catherine. Pese a que la música y comida invitaba a una despedida alegre de su marido, Catherine se resistía a mostrarse complaciente con el giro dramático que había dado su vida. Linda no tardaría en marcharse de casa y se le antojaba insoportable el inminente peso de la soledad. Le pareció que buscar consuelo era una tarea imposible.

Sally paseó la mirada por el restaurante y pensó que su padre se sentiría contento al verlo lleno de caras conocidas. Vio a un primo lejano en silla de ruedas gesticulando con aspavientos, seguramente hablando de su padre. Se oyó el llanto de un bebé mezclado con las risas procedentes de un rincón. La gente entraba y salía, incluso le costó reconocer a algunas personas. En algún sitio había leído que cuando alguien muere significa que ha cumplido su ciclo vital. Así pues, su padre se había despedido cumpliendo uno largo y fructífero, algo que era digno de destacar. Jack se abrió paso para acercarse a Sally.

—Cariño, quiero estar seguro de que sabes que estoy a tu disposición para cualquier cosa que necesites. Solo pídemelo.

—Gracias, corazón —dijo Sally, agradecida, saboreando amargamente el dolor.

—Me estaba acordando aquella vez que se fue la luz en el restaurante y papá —Linda miró a su madre y a su hermana—, ni corto ni perezoso, sacó las velas del almacén y convenció a todos de que era mucho mejor así, una velada romántica, con las velas sobre la mesa.

—Invitó a todos al postre por las molestias —recordó Catherine.

—Y desde aquella noche una vez al año preparaba una velada así, a la luz de las velas. Lo llamaba el «viernes romántico» —Sally negó con la cabeza, divertida—. Papá tenía cabeza para los negocios.

—Salvo aquella vez que decidió vender cuadros de un pintor local. Montó una mesa para que los clientes al marcharse comprasen un cuadro.

—Sí, pero lo hizo, no por dinero, sino para apoyar el arte del

barrio. Estaba muy comprometido con la promoción de los artistas. Creo que siempre quiso ser uno.

—Y lo fue. Un escritor —dijo Catherine con orgullo—. Qué pena que no va a ver su libro publicado. Le hubiera hecho tanta ilusión… Qué desgracia más grande.

Se formó un silencio desgarrador. Resultaba casi increíble la cruel ironía del destino, aunque Linda comentó que sería como si una parte de su padre siguiera con ellos. Ahora ellos serían responsables de gestionar la publicación en su nombre y debían realizar un trabajo impecable en honor a su padre. Todas tenían ganas de que se llevara a cabo lo antes posible.

—Una buena foto de portada sería una de la familia entera cuando se abrió el Green House —apuntó River—. Le daría un toque muy personal.

—Sí, además, tenemos mucho material de donde elegir la mejor imagen —Linda tenía ya una foto en mente.

Sally, urgida por un sentimiento que la aguijoneaba, se levantó de repente y cruzó el salón en dirección a la cocina. En el camino se encontró con el primo lejano que iba en una silla de ruedas. Llevaba unas gruesas gafas y su pelo rizoso se veía poblado de canas.

—Me estaba acordando de aquel viaje que hicimos a Long Island. Qué viaje tan bonito, ¿te acuerdas? Dormimos en aquel hotel tan horrible, con las camas que parecían como dormir en el suelo. Tu padre tuvo que dormir en la bañera porque decía que era más cómodo.

Ella asintió. Su padre había protagonizado tantas historias que le parecía encantador que todos le homenajearan de esa forma.

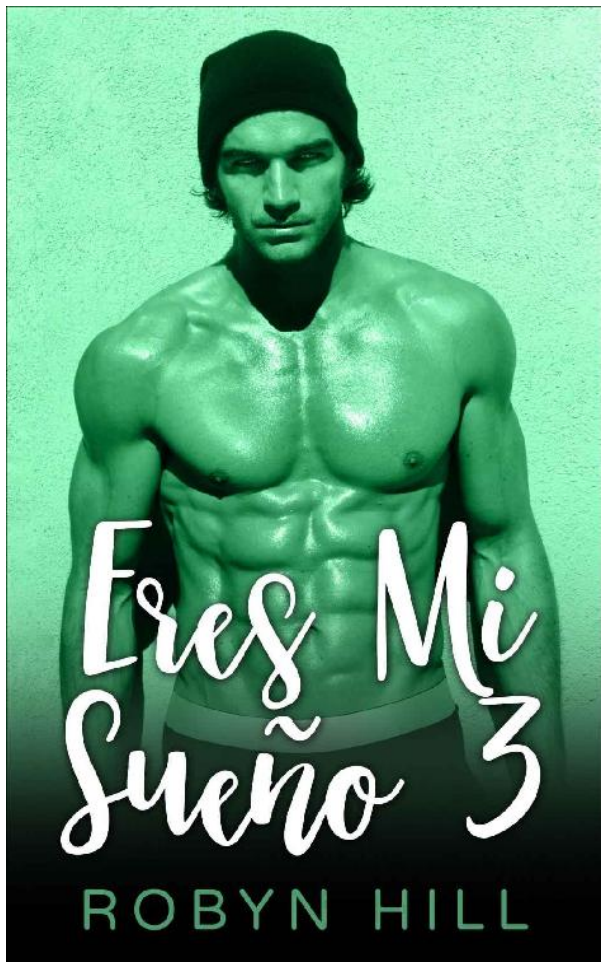
—Sí, al despertarse dijo que en su vida había dormido tan bien —su prima sonreía de oreja en oreja—. Nunca he conocido a un hombre tan bueno como Paul Green. Es una pena que se haya ido. Cómo lo echo de menos.

Cuando Sally llegó a la cocina, abrió la nevera y, sobre la encimera de aluminio, se sirvió un vaso de agua fresca. No estaba sedienta, pero necesitaba un momento de paz para serenarse y recobrar fuerzas. De repente, rompió a llorar. Las lágrimas enrojecieron sus ojos. Sintió miedo al ser consciente de lo vulnerable que era.

Su hermana entró en la cocina, buscándola, y al oír los sollozos se apresuró a abrazar a su hermana. No dijo nada más, ya que no hacía falta. Desde la muerte de su padre no habían dispuesto un momento para ellas. Sally posó sus manos sobre la de su hermana y continuó llorando, liberándose, dejando que la rabia se fuera poco a poco de su cuerpo.

Se tenían la una a la otra para siempre.

CONTINUARÁ…



«Eres mi sueño 3», YA A LA VENTA, cierra la maravillosa trilogía de las hermanas Green. Una novela de amor pleno y llena de momentos para enmarcar.

De la forma más casual, **la escritora Madeleine Cole descubre que su querido padre no es su padre biológico**. Su madre le confiesa que lleva la sangre de Paul Green, un americano que vive en Nueva York. Ansiosa por obtener más respuestas, decide mudarse para descubrir realmente quién es. Allí entra en el mundo de Linda y Sally,

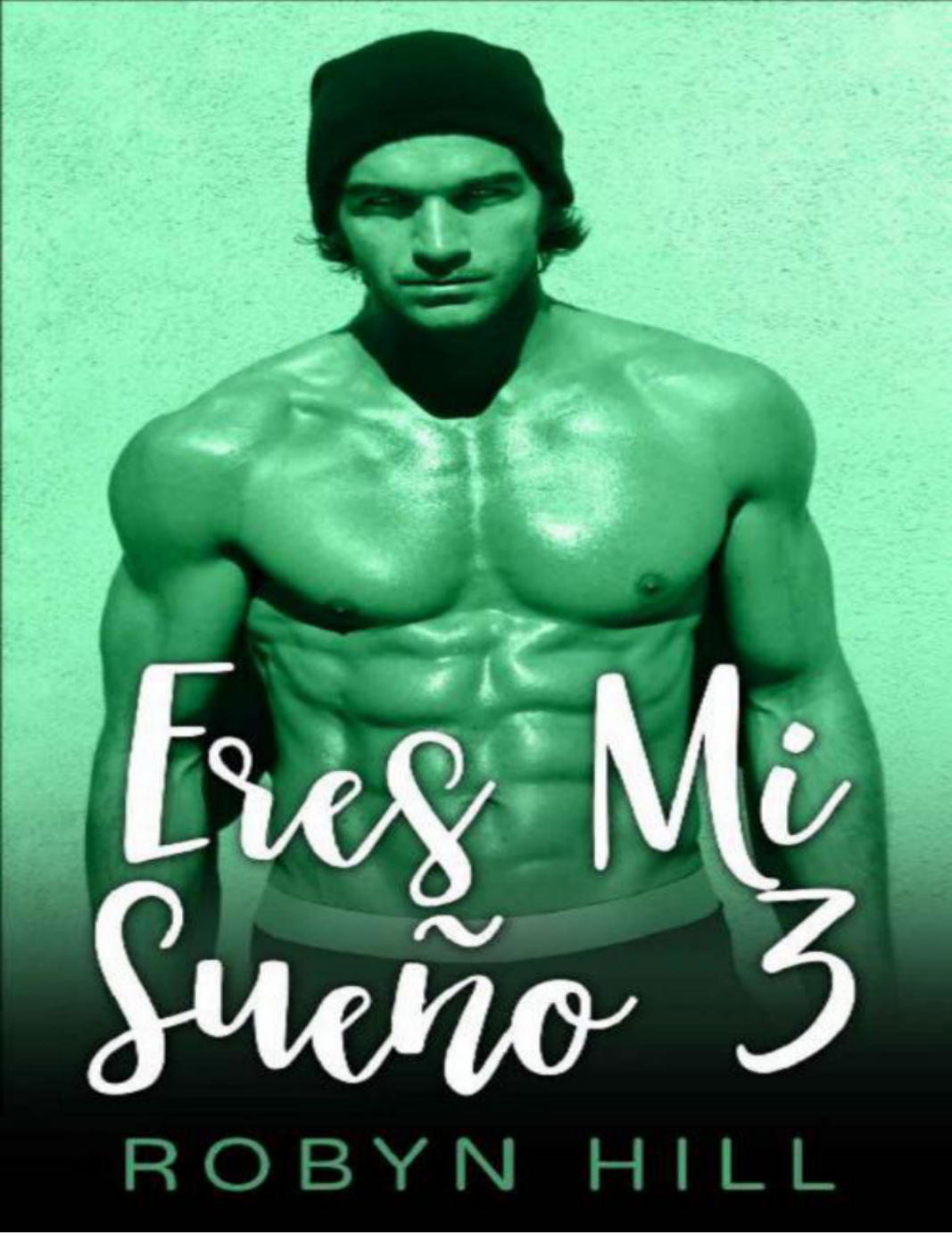
quien la recibe de uñas.

Lo que jamás esperaba es que **un hombre guapo, emprendedor y con unas enormes ganas de sentirse vivo fuera a descubrirle un nuevo tipo de amor al que no estaba acostumbrada**. Un amor luminoso, con el corazón en la mano y capaz de ilusionarla como nunca.

Descarga ya la novela aquí, en Amazon.

Table of Contents

Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo


Eres Mi
Sueño 3
ROBYN HILL

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo
Más novelas de Robyn

Capítulo 1

Madeleine deseaba marcharse lo antes posible. Lanzaba miradas a hurtadillas al reloj de pulsera, esperando que las agujas avanzaran a toda prisa hasta marcar las nueve de la noche. Sin embargo, apenas habían transcurrido veinte minutos desde que se iniciara la fiesta que daban en su honor.

Necesitaba a James con desesperación, pero él no se encontraba en ese bonito y lujoso salón que la editorial había alquilado en un céntrico hotel de Londres. A su pesar, la rodeaba un grupo de señores vestidos con elegantes trajes y miradas solemnes que departían copa en mano y canapé en la otra. Se oían el entrechocar de las copas, risas estruendosas y una música ambiental cargada de instrumentos de viento. Madeleine no conocía a nadie, a excepción de Gary, su editor, al que por cierto no veía por ninguna parte desde que se saludaron al principio de la velada.

Sobre un improvisado escenario su editorial había colocado una réplica de la portada de la novela, a un tamaño lo suficientemente amplio para que se apreciaran todos los detalles del colorido. Un hombre a lo lejos corriendo por un callejón oscuro, una farola alumbrando parte de una ciudad misteriosa, las letras del título grandes, sólidas e impactantes. «La desaparición del Sr. Philips». Un faldón rojo anunciaba la décima edición con más de medio millón de ejemplares vendidos.

—Enhorabuena, Madeleine. Me imagino que estarás orgullosa —dijo acercándose un desconocido de pelo blanco, ojos saltones y tez

blanca como la leche.

—Sí, lo estoy. Cuando imagino medio millón de personas imbuidas en mi historia me da cierto vértigo, la verdad —dijo casi mecánicamente, como si fuera parte de un guion mil veces repetido.

Pasó un camarero ofreciendo copas y Madeleine se hizo con una de vino blanco. Esperaba que con la ayuda del alcohol lograra relajarse un poco más. Nunca se había sentido cómoda en esos ambientes de celebración de egos.

—A mí también me ocurrió lo mismo con mi primer millón de lectores. Luego te acostumbras. Si cada vez que nos ponemos delante del ordenador para escribir pensamos en todos esos lectores, nos quedaríamos paralizados. Yo ya voy por la quinta novela de la saga de mi detective Raymond Cave. Cada vez se vende más... —inclinó la cabeza en un gesto estudiado y astuto.

—Me alegro —dijo secamente Madeleine.

—¿Ha leído alguno de mis libros?

—Sí, me encantan —respondió ella, aunque no era cierto. Le resultaba demasiado ofensivo admitir a uno de los escritores más importantes de Inglaterra que le desagradaba el ambiente machista que insuflaba a sus historias de detectives.

El salón estaba lleno de escritores reconocidos con presencia habitual en los medios de comunicación. No le hubiese extrañado que cada uno llevara con orgullo mal disimulado una pegatina pegada al pecho con su nombre y la cantidad de ejemplares vendidos. Por eso deseaba marcharse cuanto antes, pues con apenas medio millón era de las últimas de la lista, lo que le hacía sentir fuera de lugar, fuera de ese olimpo de escritores consagrados de novela criminal. «Pensarán que yo solo soy una novata con suerte».

Después de que transcurriera otra larga tanda de insufribles minutos, Madeleine dejó su copa sobre una arrinconada mesita y se dispuso a poner tierra de por medio.

James la estaba esperando afuera.

Sin despedirse de nadie y pensando que ya había cumplido con creces se encaminó hacia la salida. Se le ocurrió enviarle después un mensaje al teléfono de Gary excusándose por la repentina ausencia. Cuando por fin alcanzaba la puerta y con ello su ansiada libertad, notó una mano que se aferraba al codo y la frenaba por completo.

—¿Adónde vas, corazón? —preguntó Gary entornando los ojos, con la expresión de institutriz malévola dirigiéndose a su rebelde pupila.

—¿Dónde estabas? Te he estado buscando por todas partes —Madeleine pensó que si desviaba el tema al menos tendría alguna posibilidad de mantener su dignidad a flote.

—A mí no vengas con esas, reina del drama. Estoy peloteando a

todos los escritores que han venido a cenar de gorra. Quiero presentarte a unos cuantos. A lo mejor hasta mojas esta noche. El sexo entre escritores debe ser... apasionante —dijo con sarcasmo. Gary medía como dos metros, presumía siempre de piel bronceada y llevaba el pelo tan corto que mostraba sus profundas entradas sin pudor.

Madeleine, pillada en falta, se rindió a la evidencia. Se dejó guiar por Gary durante una media hora más entre conversaciones insípidas y brillos superficiales. Incluso una escritora joven, de su misma edad, también presumía de cuantiosos lectores. Por fin, al cabo de un rato y aprovechando que su editor se entretenía en elegir su siguiente canapé, se fugó procurando que nadie reparase en ella.

Aceleró el paso al llegar a la calle, pues llegaba tarde a su cita con James. Era una fría noche de enero. Miró hacia los lados de la larga avenida hasta que se percató de que los faros de un Mercedes se encendían en medio del grueso manto de la oscuridad, como en una película de espías. Sintió una corriente de alivio y felicidad instantánea. Con un movimiento inconsciente de la cabeza se apartó el abundante y grueso flequillo rubio de la frente y se dirigió al coche, que estaba aparcado al otro lado de la calzada.

Al subir, tomó asiento en el lado del acompañante y se inclinó para besar a James en los labios. Su rostro estaba iluminado por la luz fluorescente del salpicadero. Le acarició la mejilla, notando el cosquilleo de su fina barba. En su mirada percibió cierto cansancio, aunque su elegancia y compostura seguían ahí, evidentes hasta para un ciego.

—Por fin —dijo James.

—Perdóname, pero estaba atrapada. Gary no me dejaba ni a sol ni a sombra. Tenía ganas de salir y verte, amor mío. ¿Qué tal ha ido tu ensayo?

—Fenomenal —dijo, sonriendo. Estiró la mano y acarició la suave mejilla de Madeleine. Sus ojos azules resplandecían a pesar de la escasa luz que los rodeaba. Bajo su abrigo estaba vestida de blanco y James pensó que nunca la había visto tan atractiva—. Estrenamos la obra en dos semanas pero los actores ya están en su punto de madurez. Estamos rabiosos por estrenar. Las entradas están agotadas ¿Vendrás, verdad?

—No me lo perdería por nada del mundo —dijo Madeleine. Su ánimo había dado un vuelco por completo. De la ansiedad había pasado a la seguridad de encontrarse con un hombre que irradiaba éxito y confianza en sí mismo en cada gesto, mirada y cada palabra que pronunciaba—. Me apetece cenar en un sitio romántico, a la luz de las velas, bailar...

Madeleine dejó que su imaginación flotara. Después de bañarse en la multitud le apetecía una conversación cómplice y seductora como a

cualquier otra pareja.

—A mí también, cariño, pero le he pedido a un viejo amigo que nos deje su apartamento en Chelsea. Te encantará. Pediremos comida a domicilio y después veremos una película o haremos el amor. ¿Te gusta mi plan?

—Me encanta —dijo Madeleine no sin cierta decepción, aunque le gustaba estar con James de cualquiera manera.

# #

Llevaba días con enormes ganas de conocer la nueva casa de sus padres en un pequeño pueblo no muy lejos de Cambridge, en Waterbeach. Su padre llevaba jubilado un año después de toda una vida dedicada a la enseñanza universitaria en el campo de las matemáticas. Su madre aún trabajaba desde casa traduciendo libros de autores franceses. Ambos habían abrazado desde siempre la idea de mudarse al campo en cuanto tuvieran la ocasión. No es que estuvieran cansados de Cambridge, sino más bien se trataba de gozar de un contacto permanente con la naturaleza: cultivar un huerto, criar unos cuantos perros, paseos épicos hasta el atardecer y dormirse con el susurro de los árboles mecidos por el viento.

Gracias a la ayuda del GPS de su Mini rojo llegó con puntualidad a la casa de la que tanto había oído hablar. Bajo un cielo plomizo, un grueso y esplendoroso césped rodeaba un caserón de piedra con ventanas enrejadas y una puerta de madera de doble hoja. Del tejado sobresalía una chimenea de la que se escapaba humo. «No han tardado mucho en estrenarla», se dijo.

Justo cuando se bajaba del coche recibió un mensaje de James al móvil. «Llevo todo el día pensando en ti». Ella sonrió y decidió que más tarde le contestaría. El ruido del coche había alertado a sus padres, puesto que ambos salieron a recibirla a la puerta. A medida que se fue acercando comprobó en la expresión de sus caras una felicidad abrumadora. Parecían más jóvenes, cargados de una ilusión tremenda por enseñar su apreciado tesoro reservado para el disfrute de unos cuantos privilegiados.

Madeleine quedó impresionada por lo rápido que habían convertido un lugar frío e impersonal, según las fotografías que había visto, en un cálido hogar. Apenas había transcurrido un mes desde la compra hasta esa fría mañana en que ella ponía un pie en la casa. Liada con la promoción de su novela, apenas había dispuesto de tiempo para echarles una mano con la mudanza, lo cual le hizo sentirse algo avergonzada.

Mientras su madre le enseñaba las habitaciones, su padre avivaba

el fuego con el atizador. Subieron al primer piso. Las vistas del dormitorio eran maravillosas, con un horizonte lejano de colinas verdes y encrespadas. La decoración en general transmitía cierto clasicismo. En cada rincón, con pequeños detalles de sus viajes y de amor a la naturaleza, se apreciaba el toque de su madre. La habitación de invitados, también con unas vistas de postal, aún no estaba terminada, pues faltaba pintar las paredes y la reja presentaba óxido aquí y allá.

—Este será tu cuarto cuando vengas a visitarnos —dijo su madre, orgullosa.

—¡Elizabeth, sale humo del horno! —exclamó su padre desde abajo.

Detrás de sus gafas de montura transparente, los ojos de su madre se agrandaron de repente.

—¡El salmón!

Enseguida salió disparada hacia la cocina para salvar el almuerzo. Madeleine decidió que merecía la pena seguir con la inspección ella misma a la espera de que su madre volviese para rematar la faena. Unas escaleras conducían a lo que Madeleine entendió que debía tratarse de un altillo, así que subió sin más.

Un viento helado le dio la bienvenida mientras observaba cajas sin abrir junto a otras abiertas. El ambiente era seco y algo tétrico. Las vigas de madera cruzaban la estancia conformando el sólido techo sobre el que empezó a oírse finas gotas de lluvia repiqueteando. Una ventana a ras de suelo ofrecía una luz suficiente para formarse una idea de la dimensión del altillo.

Justo cuando se dirigía a las escaleras para bajar, algo llamó su atención dentro de una caja. Era una fotografía en color que sobresalía con torpeza de un libro, seguramente como consecuencia del trajín de la mudanza. Se agachó para cogerla. La imagen de su madre, joven, atractiva y veinteañera, le sedujo de inmediato. Posaba de medio perfil mostrando una sonrisa magnífica, vestida con una rebeca sobre los hombros y una blusa con encaje.

Pero lo extraño era el hombre que tenía a su lado, pues Madeleine no lo reconoció. Sin lugar a dudas no era su padre. Tenía un rostro joven, afable, barbilla puntiaguda y una expresión ensoñadora. Lo sorprendente era que el desconocido estaba a punto de besarla en los labios con el consentimiento de ella, que lo esperaba con ojos anhelantes. La pose de ambos era espontánea y vibrante. Madeleine dio la vuelta a la foto para descubrir el año en que fue tomada: 1985. «Se tratará de algún novio de mi madre cuando estuvo en Estados Unidos. ¿Sabe papá de la existencia de esta foto?».

Atraída por la curiosidad, paseó la mirada por el resto del contenido de la caja. Más libros, ropa, hasta vasos envueltos en papel.

Parecía una de esas cajas donde se guarda lo que no cabe en otro sitio, a la espera de encontrarle el lugar adecuado. Las voces de sus padres le llegaban de la cocina. Estarían preparando la mesa, por lo que el salmón parecía que había sobrevivido. Removió los objetos con las manos hasta que encontró algo que causó que sus sentidos se pusieran alerta. Un sobre de un color desvaído y con alguna diminuta mancha de humedad. Reconoció la pulcra letra de su madre.

Estaba dirigido a Paul Green y en la dirección aparecía el nombre de un restaurante: el Keens Steakhouse, en Nueva York. Estaba abierto por un lateral del que sobresalía una carta. Se acercó a la ventana para disponer de más luz y empezó a leerla con cierta ansiedad. Ni siquiera se le pasó por la cabeza pedirle permiso a su madre. Si se trataba de una carta de amor, lo que la hacía más intrigante, ella quería enterarse de primera mano.

Cuando llegó la mitad sintió que su mundo se derrumbaba.

Capítulo 2

—Mamá, ¿qué es esto? —preguntó Madeleine nada más bajar de las escaleras. Elizabeth estaba colocando los cubiertos sobre la mesa del salón, cubierta por un mantel rojo que había pertenecido a la abuela y que se conservaba en perfectas condiciones. Su madre giró la cabeza distraídamente, pero cuando reparó en lo que llevaba su hija en la mano, notó que le faltaba aire. Dejó caer los cubiertos sobre la mesa y se marchó rápidamente a la cocina sin decir nada más, como si huyendo pudiera deshacer lo que le venía encima.

Madeleine, con la boca abierta, esperó unos segundos por si su madre regresaba para ofrecerle las pertinentes explicaciones. Sin embargo, oyó un murmullo airado en la cocina, así que, aún desconcertada por la reacción de su madre, se dirigió a reunirse con ellos. El pulso estaba desbocado. Intuía que se encontraba en un momento decisivo en su vida pero ignoraba hasta qué punto iba a trastocarla. Cuando, segundos antes, bajaba por las escaleras una parte de ella esperaba que todo fuera una broma, pero la evidente reacción de su madre equivalía a dar por cierto lo que afirmaba la carta.

Al llegar a la cocina, su madre se llevaba a la boca una copa de vino tinto. Su padre, perplejo, miró a su hija y luego a su esposa. Madeleine lanzó una apremiante mirada a sus padres. La única que no deseaba saber nada de miradas era su madre, quien de un largo sorbo se tragó el vino. A pesar de que ella sabía que tarde o temprano iba a llegar ese momento, que incluso había imaginado posibles diálogos y réplicas de su hija, jamás pensó que anidaría una vergüenza tan

avasalladora que le impediría mirar a su hija a la cara.

—¿Me vas a decir de una vez qué ocurre? —preguntó Dave, aún con la botella en la mano, sin saber qué hacer con ella.

—Lo sabe —dijo Elizabeth mientras miraba su copa vacía, como si fuera un pozo por donde le gustaría perderse.

—¿El qué sabe?

—¡Lo sabe! ¡Maldita sea! —exclamó apretando los puños y con la mirada acuosa. Después se apoyó en la encimera, cruzando los brazos y enterrando la mirada en el suelo.

Dave solo pudo asentir con la cabeza, comprendiendo al fin.

—¿Cómo lo has sabido? —le preguntó a su hija.

Madeleine alzó la mano para mostrar la carta y la fotografía. Dave hizo un mohín con la boca, reprochando silenciosamente el descuido de su esposa. Luego aspiró con tranquilidad, resignado a lo inevitable.

—¿Entonces es cierto lo que dice la carta, es cierto que tú no eres mi padre? —Madeleine sintió que su corazón se asomaba a un acantilado con el mar embravecido. El tiempo se suspendió.

—Es cierto, hija —admitió Dave—. Lo siento.

Madeleine se preguntó si todo era una pesadilla, pero enseguida se respondió que no, porque entonces ya se habría levantado envuelta en sudores. Un diluvio de preguntas se le cristalizaron en la mente, pero se encontraba demasiado aturdida para desgranarlas. Su padre fue a consolarla, pero su hija rechazó su abrazo marchándose al salón. Sentía que algo dentro de ella se resquebrajaba y luego se derrumbaba con estrépito. De repente ignoraba lo que era verdad y lo que era mentira. Tomó asiento en el sofá, tapándose la cara con ambas manos y encorvada sobre sus piernas.

Su madre tomó asiento a su lado consciente que debía domar su ansiedad y mostrarse solícita con su hija, pese a que le costaba un mundo. Le dolía en el alma verla así, derrotada, confusa, conmocionada. Temió que su hija la odiara para siempre. Deseaba que el día llegara a su fin y que fuera ya la mañana siguiente, cuando ya todo estuviera dicho y las emociones, ahora desbordadas, volvieran a su cauce. Dave, por su parte, se sentó al otro lado de su hija posando una mano sobre su antebrazo.

—Quiero que sepas que aunque yo no soy tu padre biológico, te quiero como si por tus venas corriera mi propia sangre —dijo Dave. Elizabeth asintió en silencio mirando a su marido. No albergaba ninguna duda sobre que él siempre había sido un buen y cariñoso padre.

Madeleine apartó las manos para descubrir su cara empañada en lágrimas.

—¿Por qué me habéis mentido? ¿Por qué? ¿Por qué nunca me lo habéis dicho? —preguntó, llena de rabia.

—Nosotros... Yo... —titubeó su madre. Le costaba hilvanar las palabras, pues ver a su hija desolada la mataba por dentro.

—Fuimos cobardes, cariño. Eso fue lo que pasó. No nos atrevimos a afrontar la verdad. Cuando cumpliste los veintiuno pensamos que había llegado el momento, pero nos echamos atrás. Siempre encontrábamos una excusa a la que aferrarnos, siempre lo dejábamos para el año siguiente. Fue una actitud egoísta, probablemente. Lo hicimos lo mejor que pudimos. Créeme.

—En realidad, fue culpa mía. Tenía miedo por cómo reaccionarías y fui yo quien pedía a tu padre que lo pospusiéramos un poco más. Guardé la carta y las fotos por eso, porque pensé que serían de utilidad. Esto es una noticia devastadora, lo sé, pero no dejes que cambie tu vida. Es más, tu vida sigue igual, con nosotros. Somos tus padres con todo el peso de la palabra.

—¿Cuándo pensabas decírmelo, cuando cumpliera noventa años? —dijo con sarcasmo.

Dave soltó una carcajada, aunque Elizabeth lo fulminó con la mirada.

—Claro que no, Madeleine —su madre entornó los ojos, como indignada por la pregunta—. Supongo que cuando tu vida ya estuviera madura, cuando ya no le dieras tanta importancia. Tienes solo treinta y tres años. Aún te queda mucho por delante.

—Hay tanto que quiero saber...

—Pregúntanos. Te prometo que te diremos toda la verdad.

Se oyó un chisporroteo del fuego. Afuera seguía lloviznando. El salmón se había enfriado, pero ya nadie tenía apetito. Madeleine se removió en el asiento.

—¿Quién es Paul Green?

# #

Resulta sencillo adivinar cómo transcurrieron los siguientes días después de la revelación. Madeleine se sentía inmersa en una especie de niebla donde le era imposible mirar más allá de sus pasos sin detenerse para comprobar el terreno que pisaba. Tenía mucho en qué reflexionar, discutir, investigar, reprochar y volver a reflexionar. Pensó, por ejemplo, que seguramente su padre biológico se habría casado y habría tenido descendencia. En otra parte del mundo quizá existiese otra familia a la que estaba unida de una forma extraña y repentina. Y esa familia lo ignoraba. Era desconcertante a la vez que sobrenatural.

También pensó que siempre había sentido una conexión más

íntima con su madre, ¿de alguna forma inconsciente intuía la verdad? ¿o era simple casualidad? Las dudas le hervían ocupando todos los pensamientos, que la asolaban día y noche, como una fiebre. Ya nunca miraría a su padre de la misma manera, pese a que lo amaba con locura. Algo se interponía entre ambos para siempre que no era sencillo de definir, una especie de viento temeroso que iba y venía sin saber dónde reposar. Él le había enseñado cómo era la vida, pero había sido el profesor sustituto y ahora debía esforzarse para olvidarlo.

En su dormitorio, tumbada sobre la cama rompió a llorar. Quería que todo pasara y volver a la rutina de sus pensamientos, a la de su siguiente novela y a la de James. Quería dar un salto en el futuro para verse en calma, afrontando las horas, los minutos y los segundos como si nada de esto hubiera cambiado su vida.

En un momento de sosiego llamó a James y se lo contó todo procurando que su voz sonara frágil, pues anhelaba que él abandonara lo que estuviera haciendo y corriera a su lado. Lo necesitaba. Se sentía terriblemente sola en su apartamento de Cambridge.

—Lo siento. Cuesta entender que tus padres no te lo hayan dicho antes. Pero, Madeleine, no dejes que te afecte. Tu padre te quiere y lo sabes. Perdónales.

—¿Puedes venir? —dijo, desamparada.

James suspiró.

—Hoy no puedo, cariño —dijo él con voz cálida—. Me es imposible. Mira, hagamos una cosa. Si puedo te aviso, ¿qué te parece?

—Bien —dijo con desapego.

—Te compensaré. La semana que viene me puedo escapar el sábado y reservarlo para nosotros solos. Champaña, música, baile... ¿Cómo suena eso? Ya verás cómo te olvidas de todo. Me paso a buscarte. Te compraré flores.

Ella arrojó el teléfono sobre la cama sin importarle si caía o no sobre el suelo. Por suerte, rebotó varias veces y se quedó cerca de las almohadas. La voz de James, confusa al no obtener respuesta, sonaba lejana e insignificante.

Se le pasó por la cabeza sentarse en el escritorio y seguir escribiendo la segunda novela que tanta expectación había despertado, pero no se encontraba con las fuerzas suficientes. Además, se había encallado en una escena, lo que significaba una buena dosis de frustración.

Decidió entonces que se tomaría un paseo. Si se quedaba más tiempo en casa la cabeza le acabaría por explotar. Se abrigó bien, con bufanda y abrigo, pero cuando abrió la puerta le entraron dudas de si luego se arrepentiría. Después de cinco largos minutos de indecisión, optó por quedarse en casa lamiéndose las heridas, así que se despojó

de la bufanda y el abrigo y tomó asiento en el salón, no sin antes hacerse con una novela de la que llevaba leída la mitad.

Antes de terminar el párrafo se había desconectado de la historia, y no por aburrimiento, sino porque se percató de que no concebía el resto de su vida sin saber si su padre biológico estaba vivo o muerto. La duda le perseguiría como una sombra infatigable. «¿Cómo saberlo?», se preguntó. La única referencia en su poder era el restaurante que aparecía en el remate de la carta el Keens Steakhouse, donde él trabajó, según le había contado su madre.

En un par de clics de su ordenador se encontraba en su web, donde una amplia fotografía recibía a los visitantes. Paredes de madera barnizada con cientos de cuadros colgados de diferente tamaño, mesas redondas cubiertas con holgados manteles blancos y dispuestas minuciosamente para el servicio. En fin, destilaba un amor sobrio por la tradición que a Madeleine le pareció encantador. Llevaban más de cien años abiertos, así que pensó que sería un restaurante popular. Esperando encontrar fotos del personal navegó por los diferentes apartados de la web, sin embargo, no dio con nada que fuera útil a sus intereses.

La única forma que se le ocurrió para dar con el paradero de Paul Green pasaba por contratar a un detective privado. Al pensarlo sintió un hormigueo en el estómago. Le resultaba irónico que ella, una autora de novelas criminales, recurriera a un detective pero sin duda era la decisión correcta si deseaba resultados en breve, pese a que le disgustaba airear sus dramas personales frente a un extraño. Los honorarios serían elevados, por supuesto, aunque por suerte su primera novela le había generado suculentos derechos de autor, suficiente para vivir holgada los próximos años. No era rica pero contaba con el suficiente dinero para permitirse un decente nivel de vida.

Antes de ponerse manos a la obra, pensó que sería bueno llamar a James para pedirle su opinión, caso de que su idea de buscar a su padre fuera un lamentable error. También le preguntaría si consideraba que debía comentárselo a sus padres.

Miró el reloj del móvil. A esa hora James estaría cenando con su esposa e hijos, así que decidió esperar hasta el día siguiente.

Capítulo 3

Los ojitos de Erica miraban intensamente la cara iluminada de su madre, Linda, quien la sostenía, sentada en un sillón. Sentir en sus brazos a su propia hija la colmaba de una felicidad que intuía nunca iba a cesar. A su lado se encontraba River sentado sobre uno de los reposabrazos y rodeando con su brazo los hombros de Linda. En silencio las miraba sabiendo que esa imagen la guardaría para siempre en su corazón. La mujer que amaba y su hija, que llevaba el nombre de su hermana, juntas, en un prodigio de la vida incomparable con cualquier otra cosa. River les pertenecía y él sentía que ellas le pertenecían. Los tres iban a ir de la mano de ahora en adelante compartiendo alegrías y penas, pero con la certeza de que siempre estaría ahí si lo necesitaban. Nunca les fallaría.

—Hija mía, te vamos a dar un inmenso cariño. Te esperábamos con los brazos abiertos y vienes para redondear nuestras vidas. Te quiero con toda mi alma —dijo River, inclinándose sobre ella para tocarle la manita. Erica bostezó y luego movió la cabeza, como acomodándose.

—Qué bonito, amor —Linda se enjugó las lágrimas que empezaban a brotarle. Para su sorpresa no se encontraba agotada, pues el parto había resultado sorprendentemente sin complicaciones. Lo que deseaba era llegar a casa para que Erica conociera su cuarto que con tanto esmero habían preparado durante los últimos meses.

Jack, que estaba junto a Sally en la habitación alzó su teléfono, buscó un bonito encuadre aprovechando la luz que entraba por la ventana e inmortalizó el instante. Enseguida mandó una copia al

correo electrónico de River.

—Espero que no sea muy duro al juzgar mis cualidades como fotógrafo —guiñó un ojo a su esposa.

—Lo tuyo son los negocios, cariño —Sally, a su vez, le guiñó un ojo.

Michael, quien estaba en el suelo jugando con las llaves de casa, se acercó correteando a Linda y a River. Alzó la cabeza y sonrió, travieso. Sally dio unos pasos y lo tomó en brazos para presentarle en sociedad a su prima.

—Mira qué prima más guapa tienes. Cuando sea un poco mayor podrás jugar con ella, pero, ojo, que tienes que cuidarla también, ¿eh? —dijo Sally mirando a su hijo, quien a su vez miraba a Erica con los ojos abiertos de par en par. Michael gorgoteó agitando los brazos y las piernas.

—Parece que dice «encantado» —dijo River, divertido.

—Es que lo hemos educado muy bien —dijo Jack, fingiendo un orgullo desmesurado.

—¿Puedo tomar a mi sobrina en brazos? —preguntó Sally, ansiosa.

—¡Claro que sí! Déjame a mí a Michael —señaló Linda.

Las hermanas se intercambiaron los hijos. Sally se acordó de su padre y de la inmensa ilusión que habría sentido al conocer a su segundo nieto. Linda y ella les hablarían a Michael y a Erica de cómo era su abuelo, les enseñarían fotos y les hablarían del Green House. La memoria de su padre perviviría por muchos años.

Jack se acercó para tomarle una nueva foto.

—Me he convertido en el fotógrafo oficial de la familia. Si el negocio de los hoteles va mal, puedo pedir trabajo a River —dijo con ironía.

—Cuenta con ello, aunque primero empezarás como becario.

—Mientras trabajes con modelos no me importa.

Sally oyó el comentario pero no picó, pues sabía que Jack le gustaba hacerla rabiar. Ella seguía ensimismada con su sobrina, a la que besó en la coronilla. Enseguida le vinieron los emotivos recuerdos del nacimiento de Michael, año y medio atrás. Los cuatro se encargarían de que entre Erica y Michael se creara un vínculo al que nunca renunciarían. Era excitante contemplar cómo se iban cumpliendo los ciclos naturales de la vida. La llegada de Erica abundaba en la dicha de los Green-Crowe-Donaldson. A todos les esperaba un futuro apasionante lleno de amor y proyectos.

El teléfono de River vibró en su bolsillo. No se sorprendió cuando descubrió que en la pantalla figuraba el nombre de su padre. Descolgó en modo videoconferencia y lo saludó con entusiasmo. Sally decidió que era el instante adecuado para volver a cambiar de hijos y le entregó Erica a su hermana y esta le entregó a Michael.

—Es una pena no poder estar ahí —dijo su padre, colmando la pantalla con su cara—. A ver si venís pronto por Chicago para conocer a nuestra nieta. Os esperamos con muchas ganas.

—Prometido. Haremos una visita —dijo mostrando a la cámara a Erica y a Linda, con un imperial orgullo de madre.

—Ah, es una preciosidad. Qué encanto —afirmó Susan, quien había ocupado el puesto de Julian en la pantalla—. ¿A quién se parece?

—¡A mí! —respondieron al unísono River y Linda. Todos rieron a mandíbula batiente.

—No es cierto —dijo River apartándose el flequillo de la frente—. Por suerte se parece más a Linda. Es tan guapa como su madre.

Llevando un gran ramo de flores, apareció Catherine poco después, también con un brillo de premura en los ojos por conocer a su segundo nieto. Linda dejó que la sostuviera y Catherine lanzó un suspiro de excitación.

—Si tu padre estuviera aquí... bueno... —dijo sintiendo un nudo en la garganta mientras comía con los ojos a Erica. Sally se acercó a ella y le restregó los brazos con cariño. Era duro para todos notar la ausencia del patriarca.

—Mamá, ¿dónde has estado? Te hemos llamado hace horas.

—Perdí el móvil, aunque luego lo recuperé. Estaba bajo el sofá. A saber cómo llegaría hasta ahí. Perdóname, Linda —dijo su madre, sin darle importancia, aunque por dentro se le encogió el corazón. Odiaba mentir a sus hijas.

# #

Si bien le encantó la presencia de la familia, Linda agradeció un poco de tranquilidad después de las veinticuatro horas más agitadas de toda su vida. Todo el mundo se había marchado (incluida Erica) menos River que había acudido a la cafetería del hospital para ordenar algo de cena para ambos. En realidad, la hambrienta era Linda ya que la comida del hospital había consistido en una sopa de verduras, una tortilla con embutido y una pieza de fruta. Demasiado escaso para su voraz apetito. Recostada sobre la cama repasaba los acontecimientos del último año y medio. Había sucedido todo a una velocidad de vértigo: conocer a River, irse a vivir con él y luego tener una maravillosa hija. ¿Qué más se podía pedir? Ah, y su sueño cumplido de ejercer a tiempo completo como trabajadora social en la fundación, codo a codo con Emily.

El teléfono vibró para anunciar un nuevo mensaje que contribuía a llenar la pantalla de notificaciones felicitando a los nuevos padres.

Cuando vio el nombre de Sean se apresuró a leerlo. Por desgracia, el nacimiento le había pillado en casa de sus abuelos, en Washington, y no podría conocer a Erica hasta dentro de unos días. Estaba loco por sostenerla en brazos. Linda se recostó sobre la almohada riéndose al leer que Sean se consideraba un tío más de la niña. Le respondió que Erica estará encantada.

Cuando Linda echaba de menos el Green House se acercaba para visitarles y comprobar que todo marchaba sobre ruedas. Sean, Mary y Hassan estaban cumpliendo las expectativas al mando del restaurante, sobre todo el primero pues era el que manejaba todos los asuntos del restaurante. Sally le había contado que pagaban puntualmente el alquiler y su madre recibía un tanto por ciento de las ventas por cederles la reputación y el material. Adoraba a Sean como un hermano y le deseaba que el Green House fuera un triunfo.

Justo cuando Linda sentía el peso del sueño sobre los párpados, apareció River por la puerta con una bolsa que desprendía un olor tan fabuloso que la despejó por completo.

—Lo siento, pero no he podido resistir la tentación. El bocadillo de pollo a la plancha es una gozada —dijo él acercándose a la cama. Sabiendo muy bien el motivo sintió una oleada de nervios.

—Bueno, mientras me hayas dejado un poco, me parece bien.

—Te he traído uno completo para que lo disfrutes a tus anchas —River sacó el bocadillo, lo desenvolvió y se lo entregó depositándolo sobre la mesa plegable que hacía las veces de mesilla de noche.

Mientras Linda comía su bocadillo, River estaba sentado en la orilla de la cama, mirándola con auténtica adoración. Alargó una mano para acariciarle el antebrazo, luego entrelazó una mano. Intentó aplacar el nerviosismo que volvía a aflorar pero le costaba. Estaba deseando confesarlo y ver qué ocurría.

—Qué orgulloso estoy de ti, amor mío. Acabo de ver a Erica durmiendo y estaba tan guapa... Se me ha puesto la piel de gallina. Nunca pensé que ser padre fuera algo tan emocionante, y yo qué pensaba quedarme soltero toda la vida, ahora digo en voz alta «mi hija» y casi me desmayo...

Linda le lanzó una mirada llena de dulzura.

—Vas a ser un padre estupendo, cariño. Lo presiento.

—Si tú estás a mi lado, lo conseguiré. No te quepa la menor duda.

River no pudo aguantar más. Pensaba pedírselo en casa pero si lo demoraba más su corazón sufriría un ataque.

—Linda, escúchame. Llevo tiempo pensando en lo siguiente...

Ella abrió los ojos, expectante, y cuando se percató de que River se hincaba de rodillas sobre el suelo y sacaba un estuche de terciopelo del bolsillo, quiso morirse ahí mismo. No había nadie más en la habitación y, afuera, en el pasillo no se oía ni el vuelo de una mosca.

—Recuerdo la primera vez que te vi en el Green House, estabas tan atractiva que causaste una impresión en mí que todavía perdura. Desde ese instante he sentido que si no estás cerca de mí me falta el aire. Necesito que me mires todos los días para asegurarme que existo. Cuando me levanto todos los días y oigo tu voz decir «buenos días» me estremezco y pienso que soy el hombre más envidiado del mundo —La cara de Linda estaba ya empañada de lágrimas—. Me has aceptado con mis virtudes y defectos y has sido paciente conmigo. Es más, siempre me has dejado ser yo mismo. Lo que no sabes es que me has mejorado como persona. Somos ya una familia y quiero demostrarte que voy a estar contigo el resto de mi vida, cuidándote, cuidando a Erica. Linda, ¿te quieres casar conmigo?

Ella se tapó la boca con las manos, emocionada hasta los huesos. El estuche contenía un anillo de diamantes en oro rosa que deslumbró la mirada de Linda. La inscripción rezaba: «Te amo con todo mi corazón. River». Luego se sorbió la nariz mientras asentía repetidas veces con la cabeza. La expresión de River se volvió gozosa, sublime. Se irguió y con suma delicadeza le colocó el anillo en el dedo anular.

Las mejillas de Linda adquirieron un tono rosado que desvaneció la palidez de su rostro. Todo su cuerpo se alimentó de la felicidad inmensa que sentía. Miró el anillo decorando su dedo como si fuera un sol alumbrando el mar al amanecer. Con ambas manos tomó la cara de River y le besó con pasión. Si alguien le hubiera dicho que estaría tan enamorada de un hombre que sería capaz de perder la cabeza, no le hubiera creído, pero era cierto.

Capítulo 4

Un mes después, Madeleine aterrizaba de madrugada en el aeropuerto JFK después de un vuelo largo y tedioso. Había conseguido dormir algo, pero no lo suficiente para que su cuerpo se mantuviera con cierta energía. Se sentía de mal humor y no veía la hora de reposar en una mullida cama hasta volver a ser persona. Se resignó al hecho de que aún quedaban un par de horas hasta llegar al hotel, pues debía recoger su equipaje, pasar por la aduana y coger un taxi.

Pensó que Nueva York no podía haber cambiado mucho desde la última vez que la visitó, hacía unos diez años. Después de graduarse en la universidad se decidió tomar un año sabático para viajar sola por el mundo. Madeleine recordaba esa etapa llena de absoluta libertad en la que acumuló un sinfín de experiencias que gustosamente volvería a repetir. Conocer Estados Unidos, México y Brasil a su aire, sin guiones establecidos, y un poco a la aventura, le ayudó a conocerse un poco mejor y expandir sus límites. Se sentía orgullosa de lanzarse así, en un viaje para probarse a sí misma, como un bebé aprendiendo a caminar.

Bajo el brazo llevaba el informe que el detective privado le había entregado un par de semanas atrás. Lo había leído con minuciosidad. A pesar del elevado precio de sus honorarios, consideraba que había merecido la pena el desembolso. Ahora conocía algunos detalles biográficos de su padre, Paul Green, y de sus hermanastras, Sally y Linda.

La noticia de que su padre había muerto sumió a Madeleine en una extraña burbuja. Ignoraba con exactitud cuáles eran sus sentimientos

al respecto. Triste porque jamás lo llegaría a conocer, privándole de una experiencia memorable, pero al mismo tiempo sin un pesar muy doloroso puesto que era una persona que había estado ausente de su vida. Quizá lo que más le molestó fue que ya no sería capaz de extraer información valiosa sobre ella misma al conocerle. Físicamente era similar a su madre pero pensó que en algunos rasgos de la personalidad eran diferentes y por ahí seguramente se notaba la influencia genética de su padre. Ahora más valía no forjarse ilusiones sobre este tema. Quizás sus hijas le ayudasen a componer el carácter de su padre o quizá le diesen con la puerta en las narices.

Primero pensó en llamarles por teléfono, pero luego decidió que le resultaba un medio demasiado frío para un primer acercamiento. Además, no estaba del todo convencida de cómo vencer su reticencia inicial sin parecer demasiado ansiosa o una lunática. Seguramente, le dominaría el nerviosismo y acabaría perdiendo una oportunidad magnífica. Se imaginaba en la situación de Sally y Linda y comprendía que la verdad que deseaba revelarles les causaría una enorme conmoción. ¿Cómo reaccionaría si fuese ella misma quien recibiera la noticia de que de repente tiene dos hermanas? A todas luces, con un enorme escepticismo. Requeriría pruebas , por eso Madeleine estaba dispuesta a colaborar con todo lo que estuviera a su alcance. En el peor de los casos, tomarían un café las tres y nunca más se volvería a ver.

Cuando, desde el taxi, contempló la fachada del hotel Majestic se llevó una grata impresión. Estaba iluminada por una serie focos creando un bonito contraste sobre las ventanas de las habitaciones.

La curiosidad le había podido y, en cuanto el informe desveló la ocupación de Sally Green, acudió a internet para refrescar la memoria con una imagen del legendario hotel. La realidad, por supuesto, era más impactante. El Majestic parecía con sus remates dorados encima de la entrada como una antigua y sólida joya que hubiese sobrevivido con dignidad el paso del tiempo.

Debido a lo tardío de la hora, dudaba de que Sally se encontrara en el hotel, pero aun así sintió un pellizco en el estómago, como un aviso de que le separaban pocas horas para conocerla. Se había decidido por la hermana mayor para un primer acercamiento sin otro motivo que el logístico, puesto que Madeleine necesitaba alojamiento en la ciudad y Sally regentaba uno. Además, convertirse en huésped de su hotel pensó que le allanaba el camino.

En la vasta recepción del hotel la registraron en unos minutos, pero antes de que la recepcionista la despachara, Madeleine sacó un sobre de su bolso y lo colocó sobre la mesa colocando una mano encima, como protegiéndolo. La recepcionista, una chica joven con gafas, la miró con un brillo de desconcierto en sus ojos.

—Me gustaría que le entregasen este sobre a Sally Green. Es importante —dijo deslizándolo hasta ponerlo al alcance de la recepcionista, quien frunció el entrecejo.

—¿A Sally Green?

—¿Es la directora del hotel, verdad?

—Sí, sí. Solo que no es usual este tipo de situaciones.

Madeleine se inclinó sobre el mostrador, que brillaba a causa de la luz de las lujosas lámparas que colgaban del techo.

—¿Entonces hay algún problema?

—No, no, en absoluto. Lo tendrá en su mesa a primera hora de la mañana —la chica sonrió y guardó el sobre en un cajón.

Mientras subía con el botones en el ascensor, se preguntó una vez más si la forma para saber de Sally Green era la correcta. En vez de afrontarla con una conversación directa, Madeleine pensó que resultaba más apropiado anunciarse sutilmente, por eso en el sobre había una copia de la carta que su madre nunca le envió a su padre y una copia de la foto de ambos en el Keens Steakhouse. Por un momento pensó en entregarle los originales, pero a última hora se arrepintió por lo arriesgado de perder unos documentos tan valiosos para ella.

El botones le mostró la habitación y se marchó con una buena propina en el bolsillo. Madeleine, agotada, sin deshacer el equipaje, se dejó caer sobre la cama de tamaño matrimonial como si fuera un mar en calma. «Bueno, la semilla está plantada. Ahora solo queda esperar», pensó. Miró su reloj que aún conservaba la hora de Londres, cuatro horas más. Eso significaba que su cuerpo entendía que era hora de levantarse, por lo que no podría dormirse. Madeleine suspiró, frustrada.

# #

A Madeleine le costó esperar a Sally con los brazos cruzados. Sopesó la idea de presentarse en el Green House sin revelar su identidad, simplemente como una clienta que acude a almorzar, para así curiosear por el restaurante con más libertad. Según el informe del detective, su padre lo había traspasado a los empleados, aunque las hermanas solían reunirse allí con cierta frecuencia.

Debido a que las Green ignoraban su aspecto físico, no suponía ningún riesgo encontrarse con ellas. También le tentaba la idea de observarlas en la distancia y llevarse una primera impresión. En el informe también se había incluido unas fotos de las caras de Sally y Linda, pero verlas con sus propios ojos le atraía más.

En general estaba asombrada por la profesionalidad del informe,

tanto es así que incluso tuvo la sensación de ser una espía en plena misión. Supo, por ejemplo, que ella misma era la hermana mayor y que también, de repente, era ya tía. Le llamó la atención el contraste entre su vida más solitaria y la de ellas, con familias consolidadas. Madeleine pensó en James en el acto, como el hombre con el que le gustaría empezar la suya propia, sin embargo, estaba casado y sus promesas de abandonar a su esposa cada vez eran menos creíbles. Se había acomodado a una relación a todas luces insatisfecha, algo que procuraba pensar lo menos posible, puesto que terminar con ella le asustaba. Prefería ser la otra antes de quedarse sola y se había acostumbrado a engañarse a sí misma pensando que algún día acabaría casándose con él.

El sol se atisbaba en el cielo de Nueva York entre gruesas nubes que sobrevolaban los rascacielos. Madeleine optó por caminar hasta el restaurante en vez de tomar un taxi o el metro, pues le pareció interesante evocar su primera estancia en la ciudad. Le resultaba divertido comprobar si había cambiado algo sustancialmente en su ausencia. Pensó que, a pesar de encontrarse con alguna diferencia interesante, nada le atraía lo suficiente como para vivir en una ciudad tan salvaje como Nueva York. Sin dudarlo, prefería la tranquilidad de Cambridge.

Después de una larga caminata, llegó sin ningún contratiempo al restaurante, cuyo letrero resplandecía encima de la puerta. A través de la amplia ventana se observaban una serie de mesas y se adivinaba el interior, compuesto de más mesas y una barra. Había algunos clientes pero no demasiados, quizá porque aún era temprano para almorzar. Se dijo que era tonta por sentirse algo nerviosa, pues su padre ya no guardaba relación con el restaurante pero, con el apellido en el nombre del restaurante, no podía evitar sentirse que toda su pequeña aventura se volvía real.

Al entrar sintió un pellizco en el estómago. Miró a su alrededor procurando captar el ambiente en el acto hasta que una serie de fotos colgadas en la pared, cerca de la barra capturaron su atención. Los camareros iban y venían sin reparar en su presencia. Los clientes, escasos, almorzaban sin mucho alboroto, sumidos en sus propias conversaciones. Al acercarse, no le costó reconocer a un hombre de mediana edad en la fotografía sonriendo con amabilidad rodeado de camareros y cocineros. Se trataba de su padre. Si lo comparaba con la fotografía del Keens Steakhouse, los años habían dejado huella en sus facciones, aunque conservaba el atractivo que sin duda encandiló a su madre. Le dio apuro sacar el teléfono móvil de su bolso y tomar una fotografía porque, sin duda, era un comportamiento extraño y quizá algún empleado se lo recriminase.

—Ese es el fundador del restaurante, Paul Green, que en paz

descanse. ¿Le puedo ayudar? —se oyó una voz detrás de ella. Al girarse, un hombre apuesto, alto, de ojos vivos y de complexión delgada le sonreía. Era Sean.

—Sí, bueno... no. En realidad, sí —dijo y sonrió, incómoda, consciente de su torpe indecisión.

Sean pensó enseguida que era la mujer más hermosa que había visto en su vida. Su media melena rubia brillaba, al igual que sus hipnóticos ojos azules. Resistió la tentación de dar un paso hacia ella y tomarle de las manos, pues sintió la imperiosa necesidad de tocarla. Algo en ella le había golpeado con violencia el corazón.

—¿Ha venido a almorzar? —preguntó él.

—Sí. Una mesa para uno, por favor.

Se alegró de que aquella bella mujer apareciera sin acompañante, aunque eso no significara nada. Su acento británico y solemne le pareció fascinante. Le acompañó hasta una de las mejores mesas, cerca de la ventana. Sintió una opresión en el pecho que casi le impedía respirar. En un gesto caballeroso tomó el respaldo de la silla y le ayudó a sentarse, algo que Madeleine agradeció, encantada. Sean acudió a la barra para hacerse con una carta que luego le entregó.

—¿Qué me recomiendas? —preguntó, tuteándole. Le miraba con una mezcla de cortesía y oculta excitación. Había algo en él que le transmitía una genuina autenticidad.

—La brocheta de langostinos. Está tan rica que, aunque no te lo creas, ¡la gente rebaña los platos con la lengua! —exclamó Sean, riéndose de su propia exageración. Madeleine no pudo más que reírse también, contagiada por la espontaneidad de Sean. Entre ambos con celeridad se estableció un clima que iba más allá del rígido protocolo entre camarero y cliente.

—Pues me pido una brocheta, a ver si continúo con la tradición de limpiar el plato con la lengua.

—Al fondo tenemos una pared con fotos de clientes enseñando sus platos y la lengua. Algo me dice que te pondremos en un sitio bien visible.

—¿De verdad?

—No, es mentira —Sean guiñó un ojo—. ¿Cómo vamos a tener unas fotos así de los clientes? Este es un sitio respetable.

Madeleine negó con la cabeza, divertida. Después le entregó la carta.

—Ya veo que te gusta tomar el pelo a los clientes. Y luego esperarás una buena propina... —dijo, desafiante.

—Solo a los que merecen la pena. Por eso más te vale dejar una buena propina, si no, te dispararemos por la espalda.

—Ah, se me olvidaba que estaba en Estados Unidos... Aquí las armas se venden como caramelos.

—Exacto. Es que somos muy dulces —dijo él al marcharse a la cocina para pinchar la orden en el tablón de comandas.

Después de que Sean le sirviera una botella de agua con una pieza de limón, Madeleine se quedó unos instantes con la mirada perdida, sintiendo que la presencia del camarero le había generado una alteración en su interior que no cesaba. Con la barbilla apoyada sobre las manos en actitud de espera, se esforzó por no mirar a Sean por el rabillo del ojo. Luego negó con la cabeza, avergonzada por sentirse como una adolescente enamoradiza. Además, le entraron remordimientos por el inocente coqueteo.

En medio de la deliciosa brocheta, trató de imaginarse a su padre trabajando en el restaurante. Atendiendo a clientes, sirviendo bebidas, tomando pedidos por teléfono, *etc.* ¿Y si hubiera sido el cocinero? El informe no lo aclaraba, sin embargo, en la fotografía en la que aparecía con su madre se adivinaba por el uniforme que se trataba del camarero. El inesperado y tórrido romance de su madre le había sorprendido de una manera tan abismal que aún le costaba explicárselo a sí misma. Desde que era pequeña había tenido a su madre como una mujer formal, pendiente de los convencionalismos, es decir, chapada a la antigua. En las conversaciones que había mantenido con ella a lo largo de su vida siempre había dejado entrever que Dave había sido su primera y única relación. ¿Se había enamorado de Paul Green o se había tratado de una simple aventura de una noche? Probablemente nunca sabría la verdad y pensó que quizá era lo menos relevante. «Qué distinta hubiera sido mi vida de haber nacido en Nueva York», pensó.

Un pensamiento le llevaba a otro hasta que cayó en la cuenta de su padre adoptivo. Lo había pensado cientos de veces después de conocer «el secreto», aunque no se tratara de su padre natural ella jamás dejaría de llamarlo «papá». Su relación había sufrido un brusco vuelco que le había dejado confusa los primeros días, pero ella no se podía permitir el lujo de alejarse de él. Era su padre y lo quería. Ser padre no es un concebir a un hijo, sino criarlo con amor y devoción, y eso lo había cumplido Dave de forma holgada. Según le habían contado en la finca de Waterbeach su padre había aceptado iniciar su relación con su madre sabiendo que estaba embarazada. Y eso dejaba a las claras de cuánto amaba a su madre.

A punto de terminar la brocheta, Linda Green y su hija Erica, que llevaba en un carrito, entraron en el restaurante. Madeleine se quedó congelada. No le costó reconocerla gracias a la fotografía del informe. Clavó su mirada en ella mientras caminaba a la barra para acercarse a Sean, quien hablaba con un compañero. Por un instante, debido a la determinación con la que se dirigía a él, pensó que se darían un beso en los labios a modo de saludo, pero no fue así y a Madeleine le

sorprendió sentirse aliviada.

Tenía a su hermana a escasos metros de ella.

«¿Será una buena persona? Espero que sea así».

Sean la acompañó hasta la otra punta del restaurante y la acomodó en una mesa redonda. Linda, quien lucía una expresión serena, arrinconó el carrito de tal forma que vigilaba a su hija mientras estaba sentada. Madeleine se preguntó si quizá Sally ya le había informado del sobre que le había enviado a través de la recepción del hotel. Pensó que lo prudente era esperar un poco más.

—No has dejado ni una migaja. ¿Ves? Te dije que es un plato para chuparse los dedos —dijo Sean mientras se inclinaba hacia ella para retirarle el plato y para aspirar el olor que emanaba Madeleine. «Huele a primavera», pensó él, fascinado.

—He estado a punto de limpiarlo con la lengua, pero me he contenido. Sí, estaba bueno, mis felicitaciones al chef.

—Espero que nos recomiendes a tus amigos.

—Lo haría encantada, pero viven en Inglaterra. Estamos un poco lejos, ¿no te parece?

—¿Estás de paso, eres turista? —Sean abrió los ojos de par en par, liberando un centelleo que no pasó desapercibido para Madeleine. Pensó que tenía la excusa para pedirle su teléfono: enseñarle la ciudad.

—Más o menos —dijo, vacilante—. Llegué ayer y estaré unos días por aquí, digamos que esperando acontecimientos. Puede que vuelva pronto a casa, la verdad es que no lo sé.

—Suenas misteriosa. Me gusta —dijo sonriendo astutamente—. ¿Vas a tomar postre?

—¿Voy a tener que rebañar el plato también?

—Por supuesto. Es la tradición de este restaurante. Ahora vengo y te dejo la carta de postres. Todos caseros.

Sean se marchó a la cocina con el plato y los cubiertos. En cuanto volviera a la mesa le pediría el número de teléfono, el correo electrónico o su dirección en Nueva York. Se aferraría a cualquier detalle para volver a verla porque había surgido una química entre ellos que era imposible de obviar.

—Oye, ¿qué te pasa, Sean, que tienes cara de tonto? —le gritó el friegaplatos. A su alrededor los platos, cacerolas y sartenes se le acumulaban.

—Me he enamorado. Te lo prometo.

—Tú siempre con la cabeza llena de pájaros —dijo, con una sonrisa entre dientes.

—Le voy a pedir el teléfono y me va a decir que sí. Lo presiento.

Después de salir de la cocina, se pasó por la mesa de Linda por si necesitaba algo. Después tomó la carta de postres de la barra y

silbando se dirigió a la mesa. Se preguntó dónde podría llevarla para impresionarla. Debía ser un lugar especial.

Frenó en seco cuando descubrió que la mesa estaba vacía. Al acercarse un poco más observó un billete de cien dólares bajo la copa de agua.

Capítulo 5

Linda pensó que su hermana se había vuelto loca. Le había llamado a su trabajo en la fundación, a media mañana, después de reincorporarse a las pocas semanas de dar a luz. La ventaja de contar con una pareja que trabajaba por su cuenta era su flexibilidad de horarios, así que River se quedaba con Erica por las mañanas y por la tarde le correspondía a ella.

—A ver explícamelo otra vez porque no lo entiendo, Sally —Linda estaba sentada en la mesa ovalada, no muy lejos de Emily, con la mesa llena de papeles pues estaban preparando el anuario de la fundación.

Sally, al otro lado de la línea telefónica, suspiró.

—Hace un par de días la recepción del Majestic me hizo llegar un sobre que contenía unos papeles. No le eché cuentas hasta esta mañana. En el sobre hay una foto de papá cuando era joven con una mujer que no sé quién es, y una fotocopia de una carta, fechada en 1986, donde una tal Elizabeth le dice supuestamente a papá que está embarazada. Y una breve nota manuscrita en la que alguien llamado Madeleine Cole pide una reunión conmigo urgente. Linda, ¿lo entiendes? Según esto tenemos una hermana.

Linda miró de reojo a Emily, quien estaba enfrascada imprimiendo más hojas desde su ordenador personal. Teniendo en cuenta la naturaleza del asunto, Linda optó por encontrar un lugar donde hablar con más libertad.

—Eso es imposible —dijo una vez que se trasladó a una pequeña aula, al fondo del pasillo.

—¿Por qué? —preguntó Sally.

A decir verdad, Linda no encontraba ningún argumento que pudiese desmontar la afirmación de su hermana.

—Yo nací en 1988, así que papá pudo haber tenido otra relación —insistió Sally.

Linda sintió la imperiosa necesidad de sentarse sobre uno de los pupitres. La noticia le había aturdido de tal manera que no sabía ni cómo reaccionar. Eso de levantarse una mañana y descubrir la existencia de una hermana, así de sopetón, no era fácil de asimilar.

—Entonces papá nos lo ocultó —dijo Linda.

—Eso parece.

—No lo entiendo. No parece propio de él.

—Lo sé —Sally, sentada en el escritorio de su despacho miraba por la ventana, también inquieta como su hermana. Por más que lo intentaba le costaba adivinar cómo afectaría a su vidas la irrupción de una hermana, si era cierto todo este revuelo—. Tenemos que hablar con mamá y preguntárselo. A lo mejor ella sabe algo.

—¿Qué puede querer esa mujer, dinero?

—No lo sé. Se aloja durante varios días en el hotel, así que parece que no busca eso, aunque puede ser una simple fachada. Todo me parece extraño, me huele mal.

—Sí, ¿y por qué ahora?

—No tengo la menor idea. De todas formas, creo que debemos hablar con mamá en persona y contárselo lo antes posible. A mí hoy me es imposible, ¿se lo dices tú?

—Está bien. Me pasaré por su casa después del trabajo —Linda vaciló—. ¿Aunque no crees que debemos hablar con... esa mujer primero para ver si quiere algo?

—Si mamá sabe algo es bueno que nos lo diga, y así vamos preparadas. Es mejor hablar con ella primero.

—Me temo su reacción. No creo que le haga ninguna gracia.

—Desde luego que no, Linda, pero quizá estamos construyendo castillos en el aire. Igual esto es una broma pesada o un error, que también puede ser. No nos volvamos locas y pensemos con frialdad, paso a paso.

—¿Vas a verte con esa mujer? Quizá te la encuentres por el Majestic y... —Linda volvió a ponerse de pie y empezó a deambular por la clase.

—Linda —interrumpió su hermana—. De momento la mejor estrategia es hablar con un abogado y que nos aconseje, no sea que vayamos a meter la pata. Tenemos que dar la impresión de que no nos importa demasiado y que tenemos bien atadas nuestras emociones por lo que pueda pasar. No sabemos quién es Madeleine Cole ni lo que pretende. Hay que andarse con pies de plomo, ¿de acuerdo?

—Sí, de acuerdo. Te llamaré en cuanto hable con mamá.

Linda, después de despedirse de su hermana, volvió al despacho ensimismada. Pensó que debía llamar a River para ponerle al tanto, aunque luego consideró que se lo diría en casa, con tranquilidad.

—¿Estás bien, Linda? Tienes la cara blanca —dijo Emily nada más verla cruzar el umbral de la puerta.

—Era mi hermana. Cosas de familia, ya sabes, pero estoy bien. Gracias.

Linda agradeció que el trabajo de la fundación le distrajese de los pensamientos que le llenaban la cabeza. Se prometió no pensar en el dichoso asunto hasta después de salir del trabajo. Luego iría directo a casa de sus padres para hablar con su madre, pues no era cuestión de posponer la conversación. Así pues, se reacomodó en su silla y se inclinó sobre los papeles que necesitaba corregir y ordenar. Había sido un buen año, con un número importante de casos resueltos con satisfacción, lo que significaba muchas familias con una mejor calidad de vida. Los donantes estarían complacidos.

Una chica de recepción se asomó por la puerta.

—Linda, te busca alguien.

Ella levantó la cabeza de la mesa.

—¿Quién es?

—Dice que se llama Madeleine Cole.

# #

Londres, 4 de noviembre de 1986

Querido Paul:

No sé ni cómo empezar. Esta es la carta más importante de mi vida y me cuesta elegir las palabras. De hecho, he perdido la cuenta de las veces que he empezado para luego romper la carta en mil pedazos y arrojarla a la basura.

Finalmente he decidido que lo mejor es soltarlo y ya está: estoy embarazada. Comprendo que es una noticia que te dejará perplejo, al igual que a mí. Llevo varios días con sentimientos encontrados y sin saber qué hacer. Por supuesto, ni se me ha pasado por la cabeza contárselo a mis padres. Me matarían. Ellos son muy religiosos y no conciben un hijo fuera del matrimonio, pero temo que se percaten cuando mi barriga vaya aumentando de tamaño. Solo se lo he contado a un buen amigo de toda la vida, Dave, y me ha tranquilizado mucho desahogarme con él.

Me gustaría hablar contigo y saber qué opinas. El tiempo que pasamos juntos fue maravilloso y no me arrepiento de haberme entregado a ti. Eres un hombre bueno, considerado y honesto. Creo que llegamos a conocernos bien el uno al otro, por eso te pido que no dudes de mí. Eres el único con el que he estado.

Te he escrito al restaurante porque no recuerdo con exactitud el número del portal de tu edificio, ni el nombre de la calle. ¡Siempre he sido muy despistada con las direcciones! Espero que te hagan llegar la carta y me respondas lo antes que puedas. Estaré pendiente del correo.

Te mando un abrazo y un beso enorme,

Elizabeth.

Linda dobló la carta con esmero, la guardó de nuevo en el sobre y se la entregó a Madeleine. Ambas estaban sentadas en el recibidor, en un cómodo sofá de tela donde las visitas esperaban. La recepcionista detrás del mostrador atendía las llamadas telefónicas sin descanso. Se quedó con la fotografía unos segundos más para cerciorarse de que el joven que aparecía era su padre, después se la entregó a Madeleine. Pensó en que su hermana se molestaría si supiera que estaba hablando con ella, pero la curiosidad le dominaba.

—Mi madre nunca envió la carta porque no estaba segura de si Paul pensaría que intentaba atraparlo, ya sabes. —dijo Madeleine—. La dejó reposar unos días mientras se decidía a enviarlo o no. Y entonces apareció Dave para declararle su amor y convencerla de que se casara con él. Ella no le amaba con la misma intensidad pero pensó que era la mejor opción para salvar el honor de la familia. Estaba aterrada con la idea de que la echaran de casa. Por suerte, con el tiempo se enamoró locamente de él y a día de hoy, siguen felizmente casados.

Linda sentía la cabeza embotada y el ánimo perturbado, como con mal cuerpo. La mujer que tenía delante de ella se expresaba con convicción, aunque por sus gestos también se le notaba cierto nerviosismo. En cuanto la conoció y le dijo quién era hubo algo en su cara, quizá la forma de la mandíbula con la barbilla puntiaguda, que le recordaba a su padre, y eso hizo que el pulso se le acelerara.

—¿Y has venido de Londres solo para decirnos esto?

—Bueno, vivo en Cambridge, no muy lejos de Londres. Sí, he venido para presentarme y, bueno, entiendo que quizá haya que hacerse una prueba de ADN para ver si somos hermanas. Yo a mi

madre le creo a pies juntillas, pero comprendo que vosotras tendréis dudas. Esta carta no es una prueba sólida pero junto con la foto seguro que da qué pensar.

—Desde luego... ¿Cómo nos has encontrado?

Madeleine miraba a Linda procurando atisbar en sus ojos si la consideraba una lunática o encerraba algo de verdad en lo que afirmaba. La impresión que se llevó cuando la vio en el Green House la ratificó en aquel momento en la fundación. Se trataba de una mujer calmada con la que se podía hablar sin tensión. Desconocía el carácter de Sally, pero esperaba que fuera como ella. De ser así, no sería descabellado pensar que las tres podrían desarrollar una relación cordial. Se dio cuenta que le hacía ilusión tener hermanas.

—Contraté a un detective para que siguiera la pista de Paul —le costaba decir «padre» y además delante de ella—, y de ahí a vosotras. También supe que había muerto, aunque no sé de qué.

—De un aneurisma. Estaba con él cuando murió en la calle.

—Lo siento, Linda —Madeleine posó una mano sobre el antebrazo de ella—. Debió de ser muy duro.

Linda asintió con la cabeza, agradeciendo el gesto. Conociendo a su padre seguro que, de haber sabido que Elizabeth estaba embarazada, se hubiera casado con ella. Él era así, siempre dispuesto a hacer lo correcto.

—Entonces tú y yo somos hermanas —dijo en voz alta, como si pronunciando esa frase le ayudara a asimilar el golpe.

—Yo estoy convencida. Mi madre no me ha mentido jamás. Solo falta que vosotras lo estéis.

Se formó un silencio incómodo para ambas hasta que Linda tomó la palabra.

—¿Y después qué pasará si se confirma lo que piensas?

—No lo sé —se encogió de hombros—. No tengo nada pensado al respecto. Lo que tenga que suceder que suceda. Estoy abierta a todo. No tengo billete de vuelta a Inglaterra. Puedo trabajar en cualquier parte del mundo con un ordenador, así que no tengo prisa.

—¿A qué te dedicas?

—Soy escritora de ficción. El año pasado salió mi primera novela y antes trabajaba como correctora de textos en una editorial.

Como un relámpago, la respuesta sacudió el cuerpo de Linda. Su padre había publicado un libro y Madeleine afirmaba ser escritora, además del cierto parecido físico. No podía ser tanta coincidencia. En su interior supo, sin necesidad de prueba genética alguna, que esa mujer británica que había aparecido de repente decía la verdad. Madeleine era su hermana.

Capítulo 6

Nada más terminar la conversación con Madeleine, Linda volvió otra vez al aula y llamó a su hermana para contárselo. Si no conseguía hablar con ella, llamaría a River, casi le daba igual, pues lo que deseaba con desesperación era contárselo a alguien. No sabía cómo explicárselo pero se sentía contenta después de haberla conocido. A decir verdad, Madeleine Cole le había caído bien. Parecía una mujer sencilla, sin pretensiones y honesta. E incluso si afinaba más, juraría que había palpado un vínculo lejano entre ambas, aunque no estaba segura del todo de si eso había sido fruto de su imaginación.

—¡Ha estado aquí! —exclamó a su hermana en cuanto ella descolgó.

—¿Quién? ¿De qué estás hablando? —Sally caminaba hacia las cocinas para hablar con el chef sobre la posibilidad de organizar el banquete de un multimillonario mexicano.

—Madeleine Cole ha estado aquí. Vino para hablar conmigo y enseñarme la foto y la carta —y antes de que Sally se lo reprochara, se adelantó—. No pude hacer nada. Se presentó sin más en la fundación.

Sally negó con la cabeza. Si esa mujer hubiera osado presentarse en su despacho sin anunciarse, la hubiese mandado al diablo. Pero su hermana era de otra naturaleza.

—Pero ¿qué quiere esa mujer?

—Pues supongo que quiere conocernos. ¿Qué harías tú en su lugar? ¿No tendrías curiosidad?

—Es posible —admitió Sally.

—Yo creo que dice la verdad. Lo he notado... —dudaba porque sabía que su pálpito no era sencillo de explicar.

—Eso a mí no me basta, Linda —dijo con cierta brusquedad—. Hablaré con el abogado y si está de acuerdo nos haremos unas pruebas de ADN. Después ya veremos. Te llamaré en cuanto sepa algo. ¿Has hablado con mamá?

—Es casi la hora de marcharme, me paso ahora por su casa para contárselo. Ay, no sé cómo decírselo. A ver si le va a dar un ataque o algo. Igual compro algo parecido al Valium antes de verla.

—Pues procura que esté sentada antes de soltarle nada. Lo bueno es que parece que papá no sabía nada. Eso lo exime. No me cabe ninguna duda de que, de haberlo sabido, hubiera hecho algo.

—Estoy de acuerdo. Papá era una buena persona y no la hubiera dejado tirada.

Veinte minutos más tarde, Linda salió de la fundación y tomó el metro para acercarse a la casa de sus padres. Después de mucho dudarlo, decidió comprar un tranquilizante sin receta por si acaso lo necesitaba. Más vale prevenir que curar. Se detuvo en una farmacia del barrio para comprarlo, lo guardó en el bolso y luego siguió su camino hasta la casa.

A pesar de que llevaba un año ya viviendo con River en un apartamento de Brooklyn, que era de su propiedad gracias a un préstamo del banco y otro de su hermana, Linda conservaba las llaves de casa de sus padres, pues River, Erica y ella misma solían pasar allí los fines de semana para que su madre disfrutara de su nieta. Después almorzaban en familia en el Green House, donde muchas veces se juntaban con su hermana, Jack y Michael.

Antes de meter la llave en la cerradura de la puerta, Linda aspiró profundamente. A su madre no le iba a sentar bien la noticia y sabía que armaría revuelo. Y su hermana tan tranquila en el trabajo...

—Mamá, soy yo —dijo entrando en el salón, que estaba vacío y en silencio. La luz de la tarde se filtraba a través de las vaporosas cortinas. En el aire flotaba un aire a arroz que provenía de la cocina, así que se asomó para descubrir una olla sobre la encimera. A Linda le sorprendió pues estaba intacta y su madre no solía preparar comida de un día para otro.

—¡Mamá! —volvió a llamarla y al no obtener respuesta pensó que estaría en la calle, comprando algo en el supermercado. Al encontrarse el silencio como única respuesta, metió mano en el bolso y se hizo con el móvil para llamarla.

De pronto oyó unos ruidos que provenían del dormitorio. Aguzó el oído cuando escuchó gritar a su madre. A Linda se le heló la sangre. Asustada, dejó caer el bolso y corrió para ayudarla. Abrió la puerta de un empujón y lo que vio le dejó sin aire. Su madre estaba desnuda con

un hombre, también desnudo, sobre ella en la inconfundible posición del misionero.

—¡Mamá! Pero ¿qué...?

Catherine giró la cabeza y abrió los ojos como si hubiera visto un fantasma.

—¡Linda!

Aturdida por lo que acababa de presenciar, Linda regresó al salón con la imagen aún fija de su madre y ese hombre en su cabeza. Cuanto más intentaba borrarla de su mente, con más vehemencia se resistía a desaparecer. Se dejó caer sobre el sofá y, con el pulso acelerado, metió la mano en su bolso para sacar el tranquilizante. Había sido un día con demasiadas sensaciones, así que se tomó una pastilla.

A los pocos segundos, salió su madre abrochándose la bata y se sentó junto a ella.

—Hija, lo siento. No sabía que ibas a venir —dijo con la voz ronca—. Déjame que te explique...

—No hace falta —dijo levantando una mano.

—Me hubiera gustado contártelo personalmente, pero no sabía cómo hacerlo. Tuve miedo. —su madre se atusó la melena—. Estoy saliendo con alguien, Linda.

—Ya me he dado cuenta. Gracias, mamá —Linda abrió los ojos y suspiró. Rezó para que antes de terminar el día no sucediera ninguna otra cosa digna de mención.

Su amante apareció tímidamente en el salón frotándose la calva. Por suerte, estaba vestido. Linda, al reconocerlo, se quedó con la boca abierta. Su madre se mordió los labios, incómoda.

—Hola, Linda —alzó la palma de la mano para saludar y se quedó a una prudente distancia. También notaba la tensión en el ambiente.

Era Harry Stodd, el dueño de la carnicería.

# #

Gracias a la intervención de Jack, el resultado de la prueba de ADN estuvo resuelto en menos de una semana en lugar de las dos o tres semanas habituales. Al ser positivo, Linda convenció a Sally de que lo

más civilizado era que las tres se reuniesen para hablar y acercar posturas. Ellas no podían dar la espalda a la verdad de que, aunque a Sally le costase admitirlo, en Madeleine Cole corría la sangre de su padre. Sin asomo de duda, eran familia.

Sin embargo, Catherine hizo oídos sordos a la petición de Linda, pues consideraba que no tenía nada que ver con ella. Su vida ya estaba lo suficiente agitada para que una desconocida viniera del pasado a reclamar lo que fuera que viniera a reclamar. Dejó a sus hijas que manejaran el asunto según les conviniera, siempre y cuando a ella no le costase renunciar a parte de la herencia de Paul. Sally y Linda la tranquilizaron cuando le mencionaron que Madeleine era una escritora famosa, así que dudaban de que su presencia en Nueva York fuera para disputar el dinero generado por el traspaso del restaurante, que era más bien discreto.

Así pues, era un delicioso mediodía, casi primaveral, cuando Sally acudió al apartamento de Linda para recogerla e ir a un restaurante del Green Village, donde se habían citado con Madeleine.

Enseguida Sally, mientras acomodaba el carrito en el maletero del coche, percibió en la risueña mirada de su hermana, un estado de excitación ante la cita.

—¡Vas a conocer a tu hermana! ¿A qué es maravilloso?—Linda le regaló un abrazo espontáneo.

—Hermanastra —corrigió, alzando un dedo—. Linda, no te hagas ilusiones. Comeremos con ella, hablaremos de temas superficiales y poco más. La tendremos en Facebook y veremos sus fotos. No creo que forme parte significativa de nuestras vidas —Sally esperaba de corazón que el resultado hubiera sido negativo. Ahora se sentía incómoda ante la remota posibilidad de que el círculo familiar se expandiese. Era como si se escapara de su control. No podía reprochar a su padre lo que sucedió y eso le tenía confundida.

—¿Cómo lo sabes? Yo presiento todo lo contrario. Lo que pasa es que todavía no la conoces. Y todo lo que está haciendo me parece de lo más normal, lo que yo haría en su lugar. Ya verás, dale una oportunidad. Es una buena persona.

Sally, frente al volante, dispuesta a arrancar, se encogió de hombros. Se acordó de que su hermana era buena calando a las personas, así que no objetó nada más. Pero una cosa tenía clara y es que el afecto no se impone. Quizás si hubieran conocido cuando eran pequeñas la situación sería diferente, pero ellas ya eran adultas, con una vida encaminada e independiente...

#

Mientras se miraba al espejo de su habitación en el Majestic, inspiró aire por la nariz y luego lo soltó con lentitud. Madeleine se había cambiado varias veces buscando el conjunto perfecto para la cita con sus hermanas. Incluso se había comprado ropa nueva en una tienda de prestigio, aunque luego la apartó por parecer demasiado ostentosa. «Lo mejor es ir medio informal medio arreglada… Qué nerviosa estoy». Por fin, se decantó por un mono pantalón color azul marino de manga corta y unos zapatos canela sin mucho tacón. Ya solo le quedaba elegir un abrigo para resguardarse del frío.

Desde que encontró la carta en el altillo de la casa de sus padres, todo había sido como pisar un campo de minas y ahora sentía que llegaba a un momento determinante que definiría la futura relación entre las tres. Madeleine deseaba tenerlas delante de sí y comprobar cómo un hilo invisible le unía a dos desconocidas, lo que supondría una experiencia inolvidable. No se alarmó al pensar que su curiosidad como escritora le estaba empujando desde el principio a dejarse llevar por impulsos. Además, si regresaba a casa con una idea de cómo era su padre por boca de ellas, más lo que le pudiera contar su madre, podría componer un fiel retrato de su padre.

Se acordó de James y sintió la tentación de llamarle, aunque luego se arrepintió. En su país se acercaba la hora de cenar y él estaría en casa, con su esposa e hijos. A miles de kilómetros de distancia, de repente, albergó la sensación de que otra Madeleine se había quedado en Cambridge esperando con ansia a que él se escapara a hurtadillas y se deslizara hasta ella en mitad de la noche. En Nueva York, vivía otra Madeleine, esperando entrar en contacto con una nueva familia que la recibiría con cierta tibieza y eso también era un desafío. «¿Seré capaz de romper sus barreras?». Eso era lo único que le preocupaba en ese momento. James estaba lejos y se dio cuenta de que no lo echaba de menos tanto como había pensado en un principio.

Se puso un abrigo de cuadros, cogió su bolso y salió de la habitación con determinación. Cogería un taxi y se plantaría en el restaurante dispuesta a ofrecer la mejor versión de sí misma.

Ya no había vuelta atrás.

Capítulo 7

Madeleine apenas dispuso de unos segundos para asimilar la imagen de Sally y Linda esperándola en la mesa del concurrido restaurante. Al verlas juntas sintió cómo una poderosa certeza emergía de repente y le atenazaba. A Linda ya la había visto, pero descubrir a Sally le causó cierto nerviosismo, porque acudió a ella en primer lugar para entregarle la carta y la fotografía sin obtener respuesta. Enseguida comprendió que encontraría más resistencia en ella que en Linda. Y su temor se confirmó cuando Sally le dirigió una distante mirada y un gélido un apretón de manos, mientras que el recibimiento de Linda fue más afectuoso, al mostrarle una amplia sonrisa y ofrecerle un ligero beso en la mejilla. Madeleine pensó que era un buen inicio que la diferencia de edad entre las tres no era muy acusada, así que no costaría encontrar temas de conversación afines.

—¿Cómo estás? —preguntó Linda, al volver a sentarse. Ni ella ni su hermana habían traído a sus hijos después de acordarlo para evitar distracciones. Si decidían presentarlos a Madeleine, seguro que se presentaría otra ocasión.

—Muy bien. ¿Y vosotras? —Madeleine tomó asiento. Enfrente estaba sentada Sally y a su lado, Linda. El restaurante Bistro estaba abierto a la calle y la luz bañaba el interior, donde ellas permanecían sentadas, cerca de la barra. La decoración de las paredes era una mezcla entre espejos enmarcados, rótulos luminosos y pizarras con la carta dibujada con alegres colores. Los camareros vestían con delantales negros y camisetas del mismo color, peinados modernos y

una rabiosa juventud.

—Mejor imposible —dijo Sally con cierta desidia. Linda, por debajo de la mesa, le dio un discreto puntapié.

—Me encanta el sitio. ¿Venís a menudo? —preguntó Madeleine mirando a ambas procurando evitar silencios incómodos.

—No, es la primera vez —respondió Linda mirando a su hermana —. Me hablaron bien de este sitio en mi trabajo, así que pensé que por qué no probar.

—Teníamos que elegir un sitio neutral, tampoco te íbamos a abrir las puertas de nuestras casas, si es lo que esperabas —Sally desvió la mirada con arrogancia.

Madeleine comprendió que, definitivamente, Sally era la villana. Se preguntó quién de las dos se parecía más a su padre. Esperaba que fuera Linda, porque de lo contrario, iba a resultar demasiado doloroso acercarse a ellas.

—No esperaba nada. Solo conoceros para que me hablarais de nuestro padre —Madeleine cruzó las piernas, conteniendo la rabia—. Tenéis que entender mi situación. De repente, un día descubres que tu padre no es tu padre. Toda tu vida parece como un telón que siempre ha estado cerrado y al abrirlo nadie te dice qué es lo correcto y qué no lo es. Solo te mueves según tu intuición.

—Creo que yo hubiera hecho lo mismo que tú, ¿verdad, Sally?

—Prefiero no pensarlo, la verdad. Todo esto me resulta tan extraño. No sé si me acostumbraré. ¿Cuánto tiempo vas a estar por aquí? —preguntó sin malicia, aunque luego se arrepintió por si Madeleine la malinterpretaba.

«Todo depende de cómo me recibáis», pensó.

—No lo sé —dijo, encogiéndose de hombros—. Puedo escribir desde cualquier parte. Solo me hace falta el ordenador.

—Sí, pusimos tu nombre en internet y vimos que eres una reputada escritora —dijo Linda, impresionada—. Lo que no sabes es que nuestro padre también escribió un libro.

A Madeleine se le abrieron los ojos. Ese detalle no apareció en el informe. Se inclinó sobre la mesa, interesada. Resultaba muy revelador que en su árbol genealógico apareciera otro escritor, como si ser escritora formara parte de su destino.

—Es una pena que se me haya olvidado un ejemplar en casa —dijo Linda—. Pero la próxima vez te lo traeré. Ya va por la segunda edición. Trata sobre la historia de nuestro restaurante, el Green House, desde los comienzos hasta que mi padre se jubiló. Tienes que conocerlo.

—Almorcé allí la semana pasada, nada más llegar de Inglaterra —sus hermanas se miraron sorprendidas—. Me informé para encontraros y el restaurante formaba parte de vuestras vidas. Me encantó ver a

Paul en unas bonitas fotos que colgaban de la pared. ¡Y lo buena que estaba la comida! Por cierto, que me atendieron de maravilla. Un camarero muy guapo.

Las hermanas se intercambiaron una mirada pensando en Sean.

—Me parece interesante que los dos seáis escritores —dijo Linda.

—A mi hermana le interesa mucho la creatividad. De hecho, se va a casar con un fotógrafo en otoño.

—Ah, enhorabuena —Madeleine le sonrió.

—Estás invitada —dijo Linda, sin pensarlo.

Sally dejó escapar un discreto suspiro de protesta, pero que no pasó desapercibido para Madeleine, a quien no se le escapaba nada. Apareció el camarero y tomó nota de las bebidas y la comida.

—Muchas gracias. Me encantará asistir —dijo, maravillada por la generosidad de Linda. Sin esfuerzo, sintió que empezaba a brotar cierto afecto por ella, y eso que la acababa de conocer—. ¿Y tú, estás casada, Sally?

Madeleine sabía la respuesta pero no iba a desvelar que había encargado un informe a un detective, ya que les podía resultar ofensivo.

—Sí, y tenemos un hijo, Michael.

—¿Por qué no le enseñamos unas cuantas fotos? Así conocerá a sus sobrinos, ¿verdad? Tengo una perfecta.

—Sobrinos, tengo sobrinos... —repitió Madeleine para sí misma.

—Se llaman Michael y Erica. ¿A qué son guapísimos? —preguntó Linda enseñando una foto de ambos tomada en su apartamento, al poco de nacer Erica. Michael sostenía a su prima sobre su regazo sentado en el sofá, con cara de absoluta perplejidad.

—Son lindísimos —dijo Madeleine, encantada. Se moría por conocerlos, aunque no se atrevió a expresarlo para que no se sintieran presionadas—. Veo que sois una familia muy unida.

—¿Tienes hijos o estás casada? —preguntó Sally.

—No, no tengo hijos, ni estoy casada.

—¿Novio? —preguntó Linda.

Madeleine se quedó pensativa, con la mirada perdida.

—Es complicado...

# #

Bajo un cielo ceniciento amenazando lluvia, Madeleine, desde el coche, reparó en la reja metálica de color negro donde colgaba el nombre del cementerio formando una ligera curva: Holy Cross. A ambos lados dos gruesas columnas de piedra, a cuyos pies se extendía un seto de un verde intenso, estaban coronadas por una cruz. Más allá

se veía un paseo de gravilla flanqueado por enormes abetos y algún que otro sauce.

—Bueno, ya estamos aquí —dijo Linda, al volante. A su lado viajaba River, y detrás Madeleine junto a la cuna con su sobrina, Erica.

—Me gustan los cementerios —River miraba por la ventanilla—. La gente lo ve como algo siniestro, pero en realidad son un canto a la vida.

—Pues yo nunca me he parado a pensar si me gustan o no —dijo Linda—. Simplemente cumplen con su función: honrar a nuestros antepasados.

Linda disminuyó la velocidad del coche y por el retrovisor miró a Madeleine, por si acaso prefería dar media vuelta y volver a Manhattan. Sin embargo, ella permanecía en silencio, mirando también por la ventanilla, así que continuó hasta que se encontraron con un doble arco de piedra amparado por un tejado a dos aguas. Desde lo alto, una cruz se hundía en el cielo grisáceo. Detuvo el coche justo al lado de otros vehículos. Era sábado y otras familias habían tenido la misma idea. A pesar de que se encontraban lejos del tráfico, de vez en cuando se oía a lo lejos algo de tráfico.

Todos se bajaron del coche y enseguida aspiraron el aire a piedra y césped húmedo. Acudir al cementerio había sido petición de Madeleine, sin embargo, no estaba del todo segura si merecía la pena o si se trataba de un gesto más para sí misma, como para aliviar su conciencia. Supuso que lo averiguaría una vez se encontrara frente a la lápida de su padre. Quizá se revolvería en su tumba si supiera que tiene una nueva hija de la que nunca había oído a hablar. Pudiera ser que, de estar vivo, eso le hubiera causado indiferencia o tristeza. Ella nunca lo sabría.

River sacó el carrito del maletero del coche, lo extendió y Linda colocó a Erica con el mayor de los cuidados. Madeleine les observaba complacida de presenciar una pareja tan bien avenida. A todas luces, estaban enamorados y eso le alegró, sin saber muy bien por qué. Erica dormía con placidez, ajena a todo y Madeleine se moría de ganas de que despertara para maravillarse cargando en brazos a su sobrina. River, con el móvil de ella, le había sacado una fotografía junto a Erica antes de que subieran al coche, y de inmediato la había guardado dentro de la carpeta de Favoritos.

—No está muy lejos. Es por ahí —dijo Linda empujando el carrito y señalando un mar caótico de lápidas negras, blancas o salmón. El tamaño variaba y algunas destacaban gracias a bonitos ramos de flores o incluso pequeños arbolitos que parecían resguardar el descanso eterno.

—Espero que no llueva. Nos hemos dejado los paraguas en casa —

apuntó River. Expandió la vista intentado recordar la lápida de Paul, pero le resultó imposible. Caminó en silencio unos pasos más hasta que pensó en su madre y su hermana, enterradas en Chicago. Cuando fueran a visitar a su padre, le pediría a Linda que fueran a visitar sus tumbas.

—Es un cementerio precioso —dijo Madeleine.

—Desde luego que sí. Lo tienen muy bien cuidado, ¿verdad? —Linda miró a River, quien asintió con la cabeza.

Al poco, llegaron hasta una lápida que se alzaba sobre una base de piedra. El nombre de Paul Green estaba esculpido en letras grandes bajo una austera cruz. En un lateral, las fechas de nacimiento y defunción. Linda y River se quedaron unos pasos atrás, dejando espacio para Madeleine.

Ella se acuclilló y enseguida se dio cuenta de por qué había pedido visitar la tumba. Hasta ese momento todo le había parecido etéreo. Estar allí le ayudaba a tomar conciencia de la realidad. A pesar de que era un desconocido se trataba de su padre, del hombre que le dio la vida. Presenciar su tumba era como culminar el proceso iniciado cuando descubrió la carta de su madre. El vértigo de la revelación, el rencor, la ira... Todas esas sensaciones terminaban ahí mismo. Por suerte o por desgracia, la vida debía continuar, aunque ella sentía que algo había cambiado en ella.

Madeleine se levantó y se dirigió hasta ellos.

—Gracias por traerme. Significa mucho para mí. Me resulta muy duro no haberlo conocido.

—Mi padre era una buena persona y le echamos de menos —dijo Linda, emocionada, tomando del brazo a Madeleine. River se hizo cargo del carrito y los cuatro volvieron por donde habían venido. Madeleine echó la vista atrás, como si quisiera rebañar el último detalle de la lápida. No estaba segura de si volvería algún día.

Capítulo 8

Después de tres semanas, para su sorpresa decidió que deseaba permanecer más tiempo en la ciudad, pese a que nunca había sentido predilección por Nueva York. No le cabía la menor duda de que el cálido recibimiento de Linda había contribuido a tomar esa decisión. Mientras que Sally le había dedicado miradas ácidas y palabras secas, la hermana pequeña le había abierto las puertas de su vida de par en par, sin condiciones. Intuía que si regresaba a Cambridge sin profundizar en la relación con Linda y su familia, después sería más complicado. Les unía algo, aunque de momento era frágil. Lo que Madeleine esperaba dar a entender sin palabras a las hermanas Green es que no venía a exigir nada, solo a sumar.

El Majestic le había encantado, pero al considerar que su estancia se prolongaría unos meses más, se decantó por alquilar un pequeño apartamento en el centro del SoHo. Ansiaba sentirse «como en casa» en un espacio más personal y con al menos una habitación. Gracias a un compañero de trabajo de Linda, se enteró de un ático amueblado, con grandes ventanas y un salón con amplias estanterías llenas de libros. Este pequeño detalle le sedujo de inmediato. Le encantaba rodearse de libros como si fueran adorables mascotas. En su casa de Cambridge disponía de una estantería que ocupaba toda una pared con libros ordenados por colores. El casero, pese a contar con otras ofertas, no dudó en ofrecer el apartamento a una escritora conocida que además contaba con referencias, así que pocos días después pagó la fianza y dejó el hotel. Lo único que compró fue una cafetera en un

Best Buy para tomarse una generosa dosis de cafeína por las mañanas. El apartamento estaba bien equipado para todo lo demás.

A los pocos días se obligó a retomar la escritura. Después de varias semanas de paseos, visitas y lecturas sintió la necesidad de dedicar las mañanas a trabajar en su nueva novela. Si dejaba pasar más tiempo, luego le costaría más. Así pues, se organizó para, en vez de escribir en casa, acudir a diario a una de las bibliotecas más emblemáticas de la ciudad, la Jefferson Market, en el Lower Manhattan, a unos quince minutos andando.

Le gustó sentarse en una de las alargadas mesas de madera y escribir en medio de un respetuoso silencio, junto a otras personas que estudiaban o también escribían. Unas enormes y bonitas vidrieras dejaban entrar una enorme cantidad de luz, convirtiendo la biblioteca en algo parecido a un pequeño oasis dentro del vertiginoso ritmo de Nueva York. Cuando su cuerpo le pedía tomarse un respiro, paseaba por las diferentes plantas buscando tropezarse con alguna novela que llevarse a casa. Solo una vez la reconocieron para pedirle un autógrafo, a lo que ella se prestó gustosamente. Por suerte, su fama no era avasalladora, como el caso de otros autores. Ella se podía permitir el lujo de preservar su intimidad sin demasiado esfuerzo.

Por las tardes se dedicaba a pasear, ir al cine, visitar alguna exposición o simplemente se quedaba a leer en casa. Poco a poco sintió que le tomaba el pulso a la calle y borró de un plumazo algunos prejuicios sobre la ciudad. Su padre biológico había nacido aquí, así que ya no podía mirar Nueva York como antes. Ahora palpitaba un componente emocional imposible de eludir.

Una tarde, después de almorzar, su móvil sonó. Cuando leyó el nombre de James en la pantalla suspiró largamente. No era la primera vez que llamaba, por lo que supuso que seguiría insistiendo en el transcurso de los días. Descolgó.

—¿Dónde te metes, Madeleine? Estaba preocupado —la voz de James sonaba apremiante.

—Hola, James —Madeleine paseaba por el salón, algo nerviosa—. Lo siento, he estado ocupada.

—Te echo de menos, cariño.

Las palabras fueron como una daga que amenazaron con clavarse en su corazón, pero decidió que sería fuerte.

—James, he estado pensando...

—Qué mal suena eso. Hoy no, estoy teniendo un pésimo día. Dime que vas a volver mañana mismo. No puedo estar sin ti por más tiempo. Me voy a volver loco.

—No sé cuándo voy a volver. Me gusta vivir aquí. Además, tengo familia que me ha recibido con cariño y que quiero conocer un poco más. Creo que estoy enderezando mi vida después de perder el

control.

—¿Y qué hay de mí? Te necesito.

Madeleine cerró los ojos. Se imaginaba la expresión sufrida de James y le dolía en el alma, pero no quería ceder. Necesitaba más tiempo para ella misma.

—Tienes a tu mujer y a tus hijos. Lo siento, pero tendrás que esperar. Volveré, pero no sé cuándo.

—Madeleine, no entiendo lo que ha pasado. Comprendo que hayas tenido que ir a Nueva York, pero ¿quedarte a vivir en una ciudad que siempre has odiado? ¿Y qué hay de tu vida aquí, tus padres, yo...?

—Ya te he dicho que volveré. A lo mejor el mes que viene, o dentro de seis. No lo sé. Cuando llegue el momento, te lo diré.

—Si quieres cortar conmigo, dilo de una maldita vez, Madeleine, y no andes con juegos existenciales.

—No sé lo que quiero, James. ¿Es que no lo entiendes? Aquí estoy a gusto y he alquilado un apartamento. ¿Por qué no vienes tú?

Se formó un repentino silencio. Madeleine esperó con paciencia hasta que obtuvo una respuesta.

—Me gustaría, pero no puedo. No puedo justificar en casa un viaje a Nueva York, de repente, con la obra a punto de estrenar. No, imposible. Eleanor sospecharía.

—Pues yo también tengo mis obligaciones aquí.

—¡Tú puedes trabajar desde aquí, yo no puedo!

Ella dejó que una pausa rebajara la tensión.

—Ya te he dicho que volveré, pero que no sé cuándo.

—Como quieras —el tono de James se volvió gélido—. Yo no voy a insistir más. Creo que ya me he humillado bastante. Tú sabrás lo que haces, pero solo te digo una cosa: no me pidas que nos veamos cuando estés aquí, sola y triste.

—James... —dijo Madeleine.

Pero había colgado.

# #

La mañana había transcurrido como otra cualquiera. Sean se había levantado algo tarde y, después de desayunar, había visitado el gimnasio durante una hora. Como de costumbre, se había dedicado a correr sobre la cinta durante un buen número de kilómetros, a modo de calentamiento para luego empezar con el circuito de pesas. Esa semana su turno era por la tarde, así que disponía de un tiempo considerable antes de dirigirse al Green House. Una de las ventajas de acudir al gimnasio con regularidad era que le ayudaba a vaciar la

mente de problemas o pensamientos inútiles. Se limitaba a ejercitar su cuerpo mientras se concentraba en contar los movimientos o el tiempo de cada ejercicio mientras sudaba con alegría. Al final, para relajarse, se recompensaba con unos minutos en la sauna. En suma, aunque fuera por un rato pequeño se olvidaba de todo y se ceñía a liberar endorfinas. Era como su válvula de escape.

Justo después de salir del gimnasio, en la calle, le pareció ver de espaldas a aquella chica británica que había conocido en el restaurante y que había desaparecido como por arte de magia. Sin embargo, al acercarse descubrió que no era ella y ese impulso que había actuado como una súbita corriente eléctrica desapareció sin más. Desilusionado, siguió su camino hasta su apartamento. A decir verdad, le costaba olvidarse de aquella mujer, como si estuviera respirando en el inconsciente por temor a perder el recuerdo de la conversación, del juego de brillantes miradas y de su deslumbrante belleza. Pensó que ella quizá ya estuviera en su país en los brazos de otro hombre.

Habló con sus padres por teléfono para saber cómo estaban y acordar una próxima visita. Luego almorzó una ensalada con un aliño de mostaza y miel. Cuando quedaba una hora para su turno, salió de casa para coger el metro. Estaba deseando ver a sus compañeros, a los que consideraba amigos, para hablar y bromear sobre cualquier cosa. Le gustaba que, a pesar de que le había elegido como responsable, él seguía manteniendo la misma cercanía con ellos. Acudir al trabajo, al menos para él, no era un suplicio.

Al entrar al Green House, sonrió en cuanto vio a Linda sentada en su mesa de siempre. Se acercaría para darle un fuerte abrazo. Esperaba que hubiera traído a Erica, pues le gustaba considerarse el «tío Sean». Estaba ya abriendo los brazos cuando reparó en la persona que la acompañaba en la mesa. Se quedó inmóvil durante unos segundos cuando reconoció aquellas facciones.

«¡Es ella!», pensó y, por un momento, consideró que estaba soñando. Miró a su alrededor esperando a despertarse, pero nada de eso sucedía, entonces dedujo que todo era real. Mientras tanto, Linda y Madeleine le miraban, extrañadas, porque Sean se había quedado plantado como una estatua en mitad de la sala.

—Es Sean, es alguien como de la familia. No sé lo que pasa. Parece atontado —dijo Linda.

Madeleine recordó enseguida al camarero que le había atendido cuando pisó por primera vez el Green House. Recordó la honda impresión que le había causado y que ella se fue sin despedirse, lo que le avergonzaba. Deseó que no lo recordara.

—¡Linda! —exclamó Sean por fin, volviendo a la Tierra. Se saludaron con efusión, como si no se hubieran visto en miles de años y

no en días. Pero ella comprendía que así era Sean, siempre imposible contener su explosividad.

Sean se dirigió a Madeleine con los ojos centelleantes. Su belleza, punzante, se clavó en el acto en su corazón.

—A ti te recuerdo bien, chica británica. Te fuiste sin decir adiós —dijo con un divertido resquemor. Sean se fijó en que su mirada parecía poseer un destello de vida misterioso y sereno a la vez. Sintió que una fuerza le arrastraba hacia ella.

—Mil perdones —dijo Madeleine, mordiéndose los labios—. No tengo excusa.

—Sean, te presento a mi hermana, Madeleine.

—¿Cómo? —Sean alzó las cejas, desconcertado—. No entiendo nada. ¿Tu hermana has dicho? Pero vamos, a ver, ¿es que estoy en una realidad paralela? ¿Y Sally, quién es, tu abuela? ¿De dónde has sacado a esta guapísima mujer?

—Será mejor que te sientes —dijo Linda, señalándole la silla. Sean, intrigado hasta la médula, obedeció.

Linda pasó a desvelarle todo el embrollo familiar con pelos y señales. Madeleine iba añadiendo alguna que otra cosa para completar el relato folletinesco. Sean, al terminar, se quedó mudo de asombro.

—Es raro que Sean se quede sin palabras —dijo Linda a Madeleine.

Sean dio señales de vida suspirando largamente.

—Es que es de esas historias que solo esperas que pasen en el cine o en los libros. Nunca en la vida real. Ni me imagino cómo os debéis sentir.

—Yo un poco rara, pero me voy acostumbrando —dijo Madeleine.

—Sí, creo que yo siento lo mismo.

—¿Te vas a quedar mucho tiempo? —preguntó Sean, con evidente intención. El giro que había dado la situación le abría un abanico de posibilidades. No podía permitir que alguien se le adelantara. Se fijó con discreción en que no llevaba alianza. Si tenía una relación en su país, aún no estaba todo perdido.

—De momento he alquilado un apartamento en el SoHo y estoy encantada con mis rutinas de paseos, escrituras, teatros... Ah, dentro de nada es la exposición de River en el Majestic. Quiero pensar en el día a día.

—Me gusta tu filosofía —dijo él—. Esta es una ciudad de la que nunca te vas a aburrir.

Linda notó el interés de Sean en Madeleine. Lo conocía demasiado bien para no detectar cuándo estaba interesado en una mujer.

—Bueno, mientras me despido de todos en la cocina—dijo ella sin evitar sonreír—, os dejo que os vayáis conociendo.

Sin dudarlo, Sean ocupó el asiento de Linda para estar más cerca. A él no le importaba lo más mínimo que sus intenciones se divisaran a

cientos de kilómetros. Enseguida notó el perfume de Madeleine envolviéndolo sutilmente, despertando sus emociones más íntimas.

—¿Entonces tú eres ahora el dueño del Green House? —preguntó Madeleine.

—No exactamente. Todos los empleados se lo compramos a la familia y somos todos los responsables, aunque estuvimos de acuerdo en que yo probara a gestionarlo, porque soy el que más experiencia tiene. Aprendí el negocio de... tu padre y quiero conservarlo tal y como él lo imaginó. A los clientes les encanta. Hay unos cuantos asiduos desde hace años y que agradecen que no hagamos muchos cambios.

Madeleine se fijó en sus manos, fuertes y bonitas, pero lo que más le sorprendía era la profunda vitalidad que emanaba de todo su cuerpo, era como un torrente de energía y, si no te andabas con cuidado, resultaba fácil que te atrapara la corriente.

—Supongo que a los clientes no les gustan mucho los cambios —apuntó Madeleine.

—No mucho, pero a veces es necesario para atraer a clientela nueva. Cada año hay un par de platos nuevos. Hay que mantener un equilibrio entre tradición y modernidad. ¿Te ha gustado la comida?

Una familia numerosa con niños correteando se levantó de la mesa y se despidió con cierto alboroto. Cuando se marcharon, el restaurante se quedó medio vacío, pues ya casi había finalizado la hora del almuerzo. Hassan y Mary se dirigieron a la mesa a recoger vasos, cubiertos y los platos del postre.

—Sí, me ha encantado. Y cuando vine la primera vez, también me gustó mucho. Creo que te lo dije.

—Un momento, ahora que lo pienso... ¿Aquel día que viniste tú sola fue para «espiar»? ¿Fue la primera vez?—Sean, divertido, entornó los ojos y alzó el dedo como si quisiera regañarla.

Madeleine estalló en una carcajada.

—Sí, lo confieso. Tenía una enorme curiosidad y no me pude resistir. Tienes que comprenderme, Sean, hacía poco que sabía que mi padre biológico había muerto y no tenía nada donde agarrarme. Aunque fuese un negocio, pensé que alguna información podía obtener.

—¿Y qué conclusión sacaste sobre Paul?

Madeleine cruzó las piernas y se recostó sobre la silla. No era una pregunta fácil de responder, ya que requería buscar hondo en su interior, como si uniera piezas de un rompecabezas.

—La restauración es un negocio duro, con muchas horas de atención al público, así que lo primero que me dice es que era un hombre sacrificado, trabajador, con vocación de servicio. También que era un hombre familiar. Lo digo por lo bien que se llevan Sally y

Linda. Ah, y con una vertiente creativa, la escritura, sin duda es lo que más me une a él. También soy escritora.

—¿Escritora? Me parece genial. ¿Que escribes, ficción, ensayo, poesía?

—Ficción. Mi primera novela fue un thriller policíaco. «La desaparición del Sr. Philips».

—No lo he leído —admitió Sean—. Me encantaría tener más tiempo para leer. El último libro que leí fue uno de gestión empresarial. Todavía lo tengo sobre mi mesita de noche.

A Madeleine le sentó bien que Sean no supiera quién era, porque así todo le parecía más natural. Odiaba las conversaciones interesadas, pero con Sean se apreciaba un interés verdadero en ella como persona. Esa naturalidad con la que le trataba le parecía arrebatadora.

—A ver, déjame ver tu mano de escritora —dijo Sean, de repente. Madeleine tendió la suya y Sean notó cómo la suavidad de su piel se derramaba sobre su mano. Los dedos eran pequeños pero destilaban una poderosa elegancia rematada por un anillo de mariposas bañado en oro. Madeleine, a su vez, sintió la mano dura como una piedra pero suave al mismo tiempo. Ambos se miraron, conscientes de que la llama se había encendido—. Es una maravilla —Pero Madeleine no supo si él se refería a su mano o a ella en su totalidad.

Permanecieron unos segundos con las manos entrelazadas, sin que ninguno impusiera el deseo de deshacerlas. A ella le gustó la personalidad de Sean: seguro y a gusto consigo mismo. Pero al mismo tiempo temió lo que podía suceder cuando un hombre la miraba con ese brillo tan especial.

—Tengo que confesarte una cosa, Madeleine —Sean se inclinó hacia ella.

—¿Qué?

—No he dejado de pensar en ti. Cuando te fuiste sin tener la opción de pedirte tu teléfono, el mundo se derrumbó. No ha habido ni un segundo en que haya olvidado nuestra conversación. Ya te puedes imaginar lo que pensé cuando te he vuelto a ver hoy. Por desgracia, no soy un poeta, pero creo que volví a nacer —Sean pensó en besarla ahí mismo, sin embargo, su intuición le dijo que sería un error. En su lugar, pasó una mano por su media melena rubia y se lo acarició.

A Madeleine le temblaron las rodillas. Apartó la mano con brusquedad.

—Me siento muy halagada, Sean —dijo rascándose la barbilla, incómoda— pero ahora mismo me gusta estar sola. La gente lo ve como algo malo, pero no es para tanto.

Sean no se desarmó, al contrario, seguía sonriendo, sabiendo de que el destino le había dado una segunda oportunidad. Y esta vez no la iba a desaprovechar.

—Estoy convencido de que nos volveremos a ver —dijo mientras que con el rabillo del ojo observaba a Linda acercarse.

Capítulo 9

En los días siguientes la figura de Sean fue cobrando relevancia para Madeleine. A veces, en los momentos más insospechados, ella se sorprendía a sí misma negando con la cabeza cuando se acordaba de él, como espantando la idea de que se hubiera plantado en su mente con una facilidad pasmosa. «Estoy convencido de que nos volveremos a ver», le había asegurado con una seguridad arrolladora y una voz sutil. Ella dedujo que Sean se ayudaría de las hermanas Green para llegar a ella y, a decir verdad, no le importó. Sean no se había visto intimidado ni por su fama ni por su dinero, algo que le había ocurrido en alguna otra ocasión. Como si determinados hombres no soportaran la idea de que una mujer ganara más dinero o que fuera célebre. Entonces se acordó de James porque con él nunca había albergado esa sensación. Desde luego que no podían existir dos hombres tan diferentes como James y Sean. Eran como el día y la noche.

Esa noche estaba en casa, sentada en el cómodo sofá envuelta en el aire caliente de la calefacción. Las ventanas de los edificios de enfrente estaban iluminadas e incluso si se miraba con atención se observaban fragmentos de la vida de los vecinos. Sin embargo, Madeleine estaba absorta leyendo el último capítulo escrito esa misma mañana en la biblioteca y con un bolígrafo azul señalaba las correcciones que necesitaba el texto. Para ella el trabajo era lo primero, y si se alejaba demasiado de él luego le costaba un mundo volver, pues necesitaba que la historia siempre estuviese viva en su cabeza, sin descanso.

Después de mucho pensarlo, se había decidido a rectificar y usar su propia vida como detonante de la historia. El hecho de que alguien descubra por azar que su padre no es su padre biológico provoca una fuerte sacudida emocional que le pareció valioso para iniciar la trama. Lo más significativo es que provoca una crisis en la identidad de quien lo sufre que no sabe muy bien cuándo se cerrará. Madeleine iba a convertir su novela en una historia contrarreloj de una escritora que busca a su padre biológico para descubrir que ha sido asesinado. Ese era el corazón de la historia y ya solo debía ajustar algunos engranajes para que todo cobrara sentido. Ya le había ocurrido con anterioridad, de repente, una idea brilla con luz propia y para usarla es necesario eliminar algunas cosas. Mezclar realidad y ficción en sus novelas resultaba uno de sus mayores placeres: la razón por la que se había convertido en escritora.

Al leer un pasaje en el que la protagonista llama a su madre, a Madeleine se le ocurrió que ella debía actuar de idéntica manera. Le había llamado al poco de llegar de Cambridge, pero después solo intercambiaron algún mensaje esporádico por teléfono. Seguramente, a su madre aún le duraba el disgusto y el miedo de que ella estuviera enfadada para el resto de su vida pero, a decir verdad, echaba de menos su voz.

Buscó el contacto en el teléfono y, sabiendo que en Waterbeach aún no habrían empezado a cenar, la llamó. Casi al instante, su madre descolgó.

—Hija, ¡qué milagro!

—Hola, mamá —ella sonrió. Se imaginaba a su madre sentada a la cocina y el horno a pleno rendimiento preparando algún postre—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, aquí estoy, sola, tu padre ha salido a hacer algunos recados, pero volverá pronto —de repente, su voz tembló—. Cuánto me alegro de que me hayas llamado, Madeleine. ¿Has encontrado lo que estabas buscando?

—Bueno, según cómo se mire. He conocido el restaurante que fundó Paul, aunque ya no le llevaba él y también he conocido a sus hijas, mis hermanas.

—¿Y cómo son?

—Sally, la mayor es un poco bruja, la verdad. Puedo palpar su hostilidad a cien kilómetros. Pero Linda, la pequeña, es un encanto y ha sido fácil hacer migas con ella. Tengo la sensación de que seguiremos en contacto. Está casada, con un hijo recién nacido, y su marido también es accesible. Me llevaron a la tumba de Paul, creo que te lo dije.

A Elizabeth se le encogió el corazón. A pesar de que habían transcurrido poco más de treinta años desde la última vez que le vio,

le recordaba con enorme cariño el tiempo que pasaron juntos. Le hubiera hecho ilusión que ambos se hubieran conocido.

—Qué pena que no esté —Elizabeth se quitó las gafas, las dejó sobre la mesa y se restregó los ojos. Notaba que las lágrimas pugnaban por salir. Desde que su hija se enteró de la verdad, notaba una espina en el corazón—. Hija, creo que no te lo he dicho, pero me gustaría que me perdonaras. Cometí un error al no decírtelo antes. Quería protegerte, pero es posible que también me quisiera proteger a mí misma. No quería causarte problemas que no supiera resolver... Creo que... Tuve miedo. Perdóname.

La voz desgarrada de su madre le traspasó el pecho. Hasta entonces solo había pensado en ella misma y no en cómo se sentiría su madre. Madeleine empezó a ver borroso a causa de las lágrimas.

—Claro que te perdono, mamá.

Elizabeth, con el rostro enrojecido, sonrió aliviada.

—Sé que es una tontería, pero es como si hubieras encontrado a otra familia y ahora nos dejaras solos. ¿Cuándo vas a volver? Te echamos de menos.

—Mamá, mi familia sois vosotros. Nunca me vais a perder, pero entiende que estoy intrigada y de repente es como si fuera la misma, pero siendo otra al mismo tiempo. Es confuso y no es fácil de explicar, ni siquiera para mí, que soy escritora.

—Bueno, ya nos dirás cuándo vuelves.

—O también podéis hacerme una visita. ¿Qué os parece? Seguro que ha cambiado mucho desde que tú estuviste.

La voz de su madre se volvió tan animada como de costumbre.

—No me parece mala idea. A ver si nos animamos. Quién sabe.

Madeleine sonrió al colgar la llamada. Por desgracia, ninguna de las dos podía cambiar el pasado, por lo que la única manera de sobrellevarlo era afrontar el presente con decisión.

# #

Era una tarde agradable con el cielo despejado y una ligera brisa corriendo por el parque del Puente de Brooklyn. En el río Este navegaban varias embarcaciones llenas de turistas y algún que otro intrépido velero. Sobre la explanada de césped recién cortado, la gente se tumbaba o sentaba sobre mantas o sin ellas, dirigiendo la mirada hacia el célebre puente cruzando el río y más allá a los rascacielos de Manhattan. Una hilera de bancos de madera se extendía cerca de la orilla, todos ellos ocupados, con más gente hablando, tomando fotos o comiendo.

Sentada en uno de los bancos, Linda echó una ojeada a Erica,

arropada en el carrito, durmiendo con una envidiable placidez. Catherine estaba a su lado, velando por Michael, que estaba despierto jugando con un osito de peluche dentro de su propio carrito. Sally, de vez en cuando, dejaba que la abuela pasara tiempo a solas con su nieto. A Linda le divertía observar cómo la expresión de su madre se volvía de una exquisita ternura cada vez que lo miraba.

—Bueno, ¿qué tal es esa Madeleine? —preguntó su madre.

—Sally no la aguanta, pero a mí me cae bien. Me parece una persona sencilla, sin pretensiones. ¿Cuándo la vas a conocer?

—De momento, no tengo ninguna gana. Eso de que sea hija de Paul, aún me cuesta creerlo. Sí, ya sé que la prueba de ADN es irrefutable, pero en mi corazón no tiene ninguna validez. ¿Se va a quedar a vivir aquí?

Linda se encogió de hombros.

—No lo sé. Creo que ella se siente a gusto a su aire, sin planes. Se puede permitir el lujo de vivir donde le apetezca, aunque me confesó el otro día que echa de menos a sus padres. Espero que venga a menudo, así estrechamos lazos.

—No sé qué necesidad tienes de tratar con ella, la verdad.

A Linda le irritaba que su madre siempre intentara dirigir su vida, pero esta vez para evitar confrontaciones, se sacó un as de la manga.

—Mamá, ¿cómo te va con Harry?

En el acto su madre se removió sobre el banco. Se abotonó la rebeca, aunque no hacía frío. Aún no se sentía cómoda hablando de él a su hija. Supuso que se debía a su sentimiento de culpabilidad. A veces, se levantaba por las mañanas con la farragosa idea de que le estaba siendo infiel a Paul.

—Bien —dijo Catherine secamente—. Me hace mucha compañía y, en poco tiempo, le he cogido un enorme cariño. Él también es viudo y eso nos une.

—¿Estás enamorada?

Catherine miró a Michael y se inclinó para sacarlo del carrito y cargarlo en brazos con mimo. Se oyó el timbre de una bicicleta que pasaba justo delante de ellas. Linda dejó a su madre que respondiera cuando le apeteciera.

—Tu padre ha sido el hombre de mi vida y no creo que sea capaz de amar de la misma manera. Con Harry es un amor tranquilo, sin exigencias, cada uno con su propio espacio vital y eso me está ayudando a paliar la ausencia de tu padre. Eso sí, me cuesta no compararlo. No es justo para Harry, pero a veces me sale sin querer —la voz de Catherine resonaba llena de melancolía.

—Se lo tienes que decir a Sally, mamá.

Michael, travieso, se zafó de los brazos de su abuela, caminó un poco y se quedó en el suelo, intrigado por un perro que estaba a su

lado, que lo ignoraba por completo. Catherine quiso volver a cargarlo, pero Linda con un gesto le indicó que lo dejara a su aire.

—Sí, pero todavía no me atrevo. Dame un poco más de tiempo, Linda.

—No creo que se lo tome a mal.

—Pues yo creo que sí. No le va a gustar y ya sabes que es muy explosiva. Siempre dice lo que piensa. Si Harry detecta alguna desavenencia familiar igual se echa para atrás. Él no quiere ser un problema.

—¿Él se lo ha dicho a su hijo? —Linda vio cómo su sobrino se llevaba una piedra a la boca y se la quitó—. Michael, suelta eso.

Catherine asintió con la cabeza.

—Sí. Y se lo ha tomado bien, por eso Harry también me ha aconsejado que se lo diga a Sally cuanto antes. Bueno, a ver si encuentro el momento. ¿Por qué no se lo dices tú?

—Mamá, por favor... —dijo con tono cansado.

Catherine alzó la palma de la mano.

—Está bien, está bien, se lo diré yo —miró a su nieto que se había puesto en pie y se puso a corretear alegremente por el césped—. ¿Tú que piensas de Harry?

—Papá siempre hablaba bien de él. Y a mí siempre me ha parecido una persona decente. Me chocó al principio que... estuvieras con Harry, pero si estás contenta me alegro.

Catherine, sonriendo, alargó la mano y la puso sobre la de su hija, agradecida por su apoyo. Linda, a su vez, palmoteó con cariño la mano de su madre. Después Catherine giró la cabeza para vigilar a su nieto que se había puesto a balbucear con otro niño, como si fuera un viejo amigo.

Al pensar en confesarle a Sally su idilio con Harry sintió un pellizco en el estómago. Le iba a costar.

Capítulo 10

Sin duda, el esfuerzo había merecido la pena. Sally y Jack estaban satisfechos ante el gran número de invitados de la alta sociedad neoyorquina presentes en la exposición de River. Para tan magna ocasión, el Majestic había cedido uno de sus salones más exclusivos, ataviado con grandes cortinas doradas, techos altos y paredes con elegantes candelabros que parecían traídos del siglo XIX. River había seleccionado unas veinte fotografías en blanco y negro que se habían colgado sobre las paredes en orden cronológico. Cada una de ellas iluminada por su propio foco para resaltar la visión del artista. A una altura considerable un autorretrato de River dominaba la exposición. Se le veía de perfil, abrigado sobre un fondo de ciudad indeterminado, con la mirada perdida y el abundante pelo hacia atrás.

River estaba rodeado de personas que deseaban felicitarle, preguntarle sobre alguna foto o sencillamente hacerse un retrato junto a él. Linda, desde la distancia, le observaba con profundo orgullo siendo el centro de atención. A veces se le veía serio, pero otras se le veía disfrutar hablando con sus admiradores. Él le había confesado que era la parte que menos le gustaba de su profesión, pero comprendía que era necesario promocionarse.

Junto a Linda se encontraba Madeleine, ambas vestidas con bonitos conjuntos de una pieza, zapatos de tacón y perfumadas. Cada una con su copa de vino mientras no dejaban de asombrarse por la enorme asistencia de público y el amplio abanico de edades.

—Las fotos son maravillosas. River tiene mucho talento —dijo

Madeleine.

—No me extraña su éxito. Si vieras con qué pasión se dedica a su oficio. Lo ama —Linda miró a su hermana y sonrío—. Los meses que vienen tendrá unas cuantas exposiciones más. Y ya ha recibido ofertas por todo el lote de esta noche.

Madeleine señaló con la mano una fotografía que mostraba un amplio desierto y una mujer madura pilotando una motocicleta a toda velocidad, envuelta en una fina capa de arena.

—Esa es mi favorita. Me transmite una gran sensación de fuerza.

—Sí, es muy buena —Linda asintió con la cabeza—. Esa la hizo en uno de sus innumerables viajes por el desierto de Nevada. Sé que le tiene mucho cariño, bueno, como a todas. Todas son como un pedacito de él —se giró hacia ella al acordarse de algo que le rondaba la cabeza desde semanas atrás—. Por cierto, ¿te quedarás para mi boda?

—Me encantaría, Linda. Es todo un honor —y en su tono de voz Linda advirtió una palpitante emoción.

—Espero que estés por aquí. Aún no hemos empezado con los preparativos, pero imagino que será pronto. Mi hermana dice que me va a regalar a un profesional que planifica bodas para que no esté tan agobiada.

—Un regalo magnífico —admitió Madeleine después de dar un pequeño sorbo a su bebida. De repente, sin saber muy bien por qué, se acordó de la fiesta de celebración por la décima edición de su novela y de la noche que pasó con James.

River, abriéndose paso entre los invitados, se acercó a ellas con una evidente expresión de alivio. Besó a su prometida en la mejilla y la tomó de la cintura, como si fuera algo que llevara deseando desde el inicio de la velada.

—River, estás en la cresta de la ola —dijo Madeleine acariciándole un brazo.

—Buff, no me queda saliva de tanto que estoy hablando. Tengo la boca seca. La gente quiere tocarme y preguntarme un sinfín de cosas. Es bonito pero también agotador.

Madeleine comprendía bien esa sensación, pues a ella le ocurría con cierta frecuencia.

—Quédate un rato con nosotras. Te protegeremos con uñas y dientes —dijo Linda alzando un puño, divertida. Después envió un mensaje al móvil de su madre para que le contara cómo le iba con Erica, a la que estaba cuidando en su casa. Se había prometido que esa noche despejaría su mente, pero le fue imposible. Al poco, recibió la respuesta de su madre comentando que después de darle el biberón, dormía con placidez.

El cuerpo de Madeleine se volvió rígido cuando vio acercarse a

Sally con Jack. Ambos vestían con una elegancia envidiable. Él, de traje y ella con un vestido negro precioso de Armani. Ya los había visto cuando llegaron, pero había sido un saludo fugaz. Pensó en escaparse para observar más de cerca las fotografías, aunque enseguida lo descartó porque sería evidente su «huida».

—Espero que lo estéis pasando genial —dijo Sally.

—Jack, Sally —dijo River—. Gracias otra vez por la exposición. Habéis puesto un gran empeño y no sé cómo agradecerlo.

—No te preocupes, cuñado —Jack palmeó amistosamente el hombro de River.

—Está siendo una noche de éxito, eso es lo importante. Qué alegría tener un verdadero artista en la familia —dijo Sally, ignorando deliberadamente a Madeleine.

—Madeleine es escritora también, igual que papá —apuntó Linda —. Por cierto, Madeleine, un día de estos quiero enseñarte fotos antiguas de la familia. En casa de mi madre hay un montón de álbumes.

—Me parece una idea fabulosa —A Sally le fascinó la idea de bucear en el pasado de su padre biológico.

—Pero papá no escribió sobre crímenes ficticios —insistió Sally—, escribió desde el corazón porque quería mostrar su mundo personal a los lectores. A mí eso me parece de gran valor.

Madeleine sintió la urgente necesidad de replicar al sentirse señalada en público.

—El thriller también puede servir para mostrar un mundo propio, Sally —dijo con serenidad—. No solo es entretenimiento, también emociona. Escribir siempre es bucear en tu interior, como un ejercicio retrospectivo. Y, gracias a personajes y arquetipos, se aprende mucho sobre la vida.

—Si eso te alivia la conciencia, mejor para ti —Sally forzó una sonrisa, y Madeleine cerró el puño. Sus miradas echaban chispas.

—No se trata de alivio, sino de cultura general —Antes de que Sally pudiera responder, se dio media vuelta dispuesta a pasear por la exposición.

Desde la entrada, a lo lejos, alguien la reconoció.

# #

Con paso apresurado, Sean entró en la sala atestada de gente y buscó con la mirada a las hermanas Green. Había calculado mal el tiempo y, a su pesar, llegaba tarde. Solo deseaba que Madeleine no se hubiera marchado, después de pedir a Sally que lo invitase a la exposición y después de comprarse un traje nuevo para lucirlo esa

tarde, sus expectativas eran altas. Llevaba días sin verla y eso le parecía como cruzar un desierto sin agua. No había medido bien el alcance del impacto que en él Madeleine había causado. Era mucho mayor de lo pensado en un principio.

Se acercó a saludar con un efusivo beso a las hermanas Green, así como a Jack y a River, al cual felicitó con un abrazo el éxito de público. En cuanto transcurrieron alrededor de cinco minutos y al no verla con ellos no dudó por preguntar por Madeleine. Linda la buscó con la mirada y casi enseguida la señaló con la mano entre el gentío. Sean respiró aliviado, gesto que no pasó desapercibido para Sally, aunque guardó silencio.

Una vez que se disculpó con sus amigos, se dirigió hacia ella tomando dos copas de una bandeja que llevaba un camarero. A decir verdad, acudir a exposiciones no era el pasatiempo favorito de Sean, pero a él no le importaba estar rodeado de personas de una posición social más elevada. Cuando atisbó a Madeleine ella estaba mirando de frente una fotografía de una pareja de ancianos sentados en el porche de su casa. Sus caras, pobladas de arrugas, expresaban una felicidad contagiosa.

—Te dije que nos volveríamos a ver —dijo Sean, al acercarse por detrás. En cuanto Madeleine, intrigada, se giró hacia él Sean agrandó las pupilas al quedarse estupefacto. El pelo rubio, los ojos azules y un vestido que entallaba su figura le golpearon en el alma.

Ella, al reconocerle, encendió su cara con una amplia sonrisa. Sean estaba arrebatador con su traje oscuro y una corbata morada. Parecía una estrella de cine. Tomó la copa de vino que le tendía.

—Tengo que darte la razón, aunque sospecho que sabías que estaría aquí. Tienes fuentes de información muy a la mano —dijo Madeleine.

—A veces hay que echar una mano al destino. No todo puede ser su responsabilidad —Sean alzó la copa para brindar.

—¿Por qué brindamos?

—Por el destino, por supuesto. Aunque no siempre sea perfecto, te ha traído hasta aquí y te ha dado dos hermanas.

Ambos chocaron las copas y se miraron en silencio mientras bebían. Madeleine atisbó en él un brillo desafiante y poderoso.

—Bueno, técnicamente sí, pero una no puede ni verme.

—¿Sally, verdad? Tiene un corazón que no le cabe en el pecho, pero le cuesta ofrecerlo. Ella le gusta proteger a su familia y es algo desconfiada, pero no le digas que te lo he dicho o me arrancará la cabeza.

—No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo. Ni aunque me torture lo confesaré —dijo Madeleine, divertida.

—Así me gusta, por lo que veo la educación británica no es tan

salvaje como yo pensaba.

—Oye, no te pases —Madeleine frunció el ceño.

Sean soltó una carcajada estruendosa. Se dio cuenta de que le gustaba hacerla rabiar por cualquier tontería.

—Mujer, si es una broma —Le tomó del brazo y la sacudida que notó en ella en el corazón fue parecida a un doble mortal sin red—. ¿Dónde está tu sentido del humor? Seguro que tienes alguna mala opinión de los americanos. A ver, dime una.

—Vuestra cocina es espantosa. Es aburrida y muy calórica.

Sean movió la cabeza, como a regañadientes. Aún no deseaba despegar sus dedos de su piel, así que los fue deslizando hasta que entrelazó la mano.

—Es posible, pero aquí tenemos cocinas de todo el mundo. Puedes elegir lo que más te gusta.

—Pero no son vuestras. Hablo de algo autóctono, de la tierra. No lo vas a admitir, por lo que veo —Madeleine cambió el peso de su cuerpo de una rodilla a otra. De repente, la exposición se le había olvidado, así de enganchada estaba en el diálogo con Sean.

—No tengo más remedio que admitirlo, no somos un país perfecto, Madeleine.

—Nosotros tampoco.

—No es verdad. De algo imperfecto no puede salir alguien perfecto como tú. Eres bellísima —Era impactante para ella darse cuenta del efecto de sus palabras, cómo notaba una brisa cálida en su interior y cómo el pulso se le aceleraba. Sean se acercó más a ella para posar la mirada largamente en sus labios. Notó el grave y peligroso peso de sus intenciones. Entonces Madeleine dio un paso atrás y movió el torso hacia un lado, nerviosa por los sentimientos encontrados que le generaba la presencia de Sean. Bebió un sorbo de vino para tranquilizarse.

Sean decidió improvisar una estrategia para que la noche siguiera su curso natural.

—¿Te apetece bailar?

—¿Cómo? ¿Ahora? —Madeleine se quedó desconcertada. Le resultó más aterrador que hablar en público.

—No, vayamos a un club que conozco. No está lejos. Tienen música en directo. ¿Te gusta bailar, verdad?

—Sí —respondió, aliviada— aunque no le he practicado mucho. Ya sabes, soy un ratón de biblioteca y, además, por si fuera poco, tengo problemas de equilibrio.

—No te preocupes, si veo que estás a punto de caerte al suelo te aguantaré con mis brazos. Lo último que quiero es que te lastimes —Sean la tomó de la mano y, sorteando a la gente, enfilaron hacia la salida.

# #

Madeleine y Sean se despidieron a toda de prisa de la familia Green, tomaron un taxi con rumbo a la calle 13 esquina con la 35 y, al cabo de unos veinte minutos de tráfico denso, llegaron a Cache. La primera impresión que se llevó Madeleine del club fue decepcionante, pues la fachada reflejaba un edificio de hormigón austero, sin encanto, envuelto en la penumbra, aunque Sean le pidió que no extrajera conclusiones hasta entrar. La música les llegaba lejana, pero a medida que fueron subiendo las escaleras del primer piso, se volvió nítida y vibrante. Se cruzaron con personas que bajaban y otras parejas, apresuradas, les adelantaron.

—Ahora mismo es el club de moda —le dijo Sean para que se fuera preparando—. Tiene tres plantas, cada una con música distinta. La última es en la azotea. ¿Hay algo así en Cambridge?

—Allí más bien solemos acostarnos pronto —dijo ella, resignada, hundiendo la mirada, entre intrigada y ansiosa, desde la puerta a lo largo de todo el club. Lo que observó le llenó de asombro. Gente joven bailando con ímpetu, moviendo con vitalidad las caderas, los brazos, las piernas, como poseídos por una inagotable fiebre. Potentes focos de una luz morada se inclinaban sobre ellos, en una larguísima barra servían bebidas sin cesar y un cierto calor parecía apoderarse de todos los cuerpos.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó él al oído.

—No, gracias. Ya he bebido bastante en la exposición.

Sean, de la mano, condujo a Madeleine hasta el centro de la pista. Ella estaba entusiasmada porque era como si la llevaran a algún tipo de club clandestino. Cuando regresara a su país, no se cansaría de contar que una noche bailó en un edificio de tres plantas. Se detuvieron en un pequeño claro cerca de una columna de madera barnizada, donde la gente dejaba sus bebidas. Resultaba intimidante la habilidad de algunas parejas, que casi parecían auténticos profesionales.

—No te fijes en ellos. Nosotros seguiremos nuestro propio ritmo —Sean, al ritmo de una palpitante música latina, empezó a mover sus caderas con una flexibilidad casi hipnótica. Sus ojos chispeaban de alegría. Madeleine se dio cuenta de que toda la energía que siempre emanaba de cada uno de sus movimientos seguramente provenía del baile. Ella empezó con timidez, pero gracias a que Sean la guiaba pronto notó cómo la música la agarraba con fuerza y no la soltaba.

En pocos segundos se dio cuenta de que Sean era una auténtico experto, lo que no le extrañó. La tomaba de la cintura y de la mano, daba unos pasos hacia atrás y otros hacia adelante, pero siempre muy

cerca de ella, sin despegar la mirada. Era emocionante formar parte de un minúsculo mundo dentro del gran mundo que formaba New York. Madeleine bailaba con un hombre atractivo y amable y la excitación por la novedad corría por sus venas, sacudiéndola.

Sean estaba pletórico. Aunque no era la primera vez que acudía con una mujer, con Madeleine la experiencia estaba siendo sorprendente. A diferencia de lo que había pensado en un principio, no era una mujer tímida amparada en los libros, sino una mujer desatada y sexy que bailaba con gusto y estilo, pese a ser casi una novata, como ella misma había confesado. Ella era una mujer ilustrada, de posición elevada, pensó Sean, sin embargo, el baile los colocaba en el mismo nivel, sin distinciones. Por eso a él le producía indiferencia su dinero o su fama.

Después de un buen rato de baile, las gotas de sudor aparecieron bañando la frente de cada uno. Madeleine se abanicó con la mano y Sean comprendió que había llegado el momento de tomarse un respiro. Aún quedaba noche y tampoco era plan de gastar toda la munición a las primeras de cambio. Se hicieron paso entre la gente y llegaron hasta la barra, donde pidieron dos botellines de agua fresca.

Mientras esperaban, Sean observó cómo se acercaban dos chicas de tez morena, una de pelo liso y otro de pelo ondulado. Llevaban las orejas llenas de pendientes y vestían con unas mini faldas provocativas. Una se llamaba Gloria y la otra Atenea.

—Hola, Sean. Qué gusto verte —dijo la del pelo liso, Gloria, acercándose a besarle en la mejilla—. ¿Por qué no me dijiste que tú venías esta noche?

A Madeleine no le pasó inadvertida la forma en que se pegaron a él.

—Surgió así de repente. Por cierto, os presento a Madeleine.

Ambas chicas examinaron de arriba a abajo el vestido de ella y luego sonrieron forzadamente. Atenea mascaba chicle sin parar hasta que formó una pompa que estalló en frente de la cara de Madeleine.

—Nos vamos, Sean. Luego nos llamas —dijo Gloria haciendo el gesto con la mano simulando un teléfono.

—Disculpa. Son dos viejas amigas de Puerto Rico.

—Ya veo que eres un asiduo... —dijo Madeleine no sin intención.

Quisieron subir a la terraza pero un nutrido grupo de gente obstaculizaba las escaleras, así que decidieron tomar aire saliendo a la calle. Cerca de la puerta, una pareja de jóvenes fumaba a sus anchas. Un taxi amarillo se detuvo y bajaron tres personas de origen asiático con ganas de morirse por una buena fiesta.

Madeleine y Sean se apoyaron en el capó de un coche aparcado enfrente del edificio, uno junto al otro, cada uno con su botellita de agua mineral, aunque él ya se lo había bebido toda. Sean no dejaba de

mirarla pero ella se resistía a alzar la vista porque intuía lo que iba a ocurrir. Bajó la vista, tomó un sorbo de agua y cerró con todo el tiempo del mundo la botella. A unos cuantos metros, en la esquina, un par de adolescentes pasaron riendo y armando alboroto. La noche les rodeaba como si solo existiera para ellos.

—Bailas de maravilla, Madeleine —le dijo mientras la rodeaba por la cintura. Luego le posó un par de dedos bajo la barbilla y fue lentamente alzando la cara. Los ojos azules de ella centellearon.

—Es como si estuviera viendo el cielo —susurró.

Sean inclinó la cabeza, con el corazón desbocado, cuando ella giró la cabeza hacia otro lado.

—No —dijo secamente.

Disgustado, se maldijo a sí mismo, pero enseguida se recompuso. Nadie le había dicho que iba a ser fácil.

—Como quieras, pero esto no ha acabado así.

Capítulo 11

Las primeras luces de la mañana invadieron lentamente el dormitorio de Sean. Como de costumbre se empezaron a oír los pitidos tempraneros de los coches y el estruendo de los camiones de la basura. Estaba tumbado sobre la cama con los ojos abiertos rememorando la noche anterior, disfrutando de Madeleine; el roce de sus manos y el olor de su piel mientras, apasionados, se entregaban a la música en la pista de baile. Era delicioso recrear de nuevo las veces que deseara el juego de miradas, el lenguaje del cuerpo, el sonido de su voz... Al mismo tiempo sentía cierta nostalgia y decepción porque todo aquello ya no existía, se le había escapado de las manos sin que él pudiera evitarlo, como una nube que se aleja por el cielo.

Se preguntó si siempre iba a ser así, que cada vez que pensara en ella le atraparía un sentimiento de vacío y anhelo. Su cerebro y su cuerpo no acababan de entender estas nuevas sensaciones que le producía Madeleine. Sean siempre había mostrado un interés pasajero en las mujeres y ahora al encontrarse suspirando por ella sabía a ciencia cierta que era a quien llevaba toda la vida esperando.

En cuanto se levantara, desayunara y se aseara el día quedaría inaugurado y, con él, sus pensamientos se centrarían en lo que tenía por delante. No era un hombre de lamentaciones, pero esa mañana deseaba disfrutar solo por un poco más de tiempo tener a Madeleine para él solo. Cambió el curso de los acontecimientos imaginando que en vez de una brusca negativa ambos se besaban a la luz de la luna. «Tarde o temprano lo conseguiré. No puedo privarme del mayor

placer del mundo: sus labios», pensó con las manos bajo la cabeza y una confianza arrolladora.

Cayó en la cuenta de que en mitad de la noche había oído el pitido anunciando un nuevo mensaje, pero al alargar el brazo y hacerse con el teléfono descubrió que había sido un sueño, pues en la pantalla no había prueba de ello. Pensó en enviarle un mensaje expresando lo especial que había sido la noche, pero luego cambió de idea y se puso de perfil para dormir un poco más.

Alrededor de una hora después, el timbre del teléfono le despertó. Le costó unos segundos situarse antes de leer en la pantalla el nombre de Linda. Sonrió al intuir el motivo de su llamada y luego apoyó la espalda en el cabecero para hablar con comodidad.

—Sean, ¿cómo has pasado la noche? —preguntó Linda con verdadero interés.

—Más solo que la una. Y eso no es lo peor, fui a besarla y se puso de perfil la muy pérfida.

Sean oyó el discreto lamento de Linda en forma de chasquido con la lengua.

—Vaya, lo siento, aunque ya era hora de que alguna se te resistiese, ¿eh? Pero no te rindas. Yo creo que hariais una buena pareja, de verdad.

—¿Tú crees? Pues yo también pienso de la misma manera, Linda. ¿Te imaginas que fueras mi cuñada?

Ella rio con ganas. Si lo suyo con Madeleine acababa en boda, se demostraría que la vida está llena de sorpresas inimaginables. ¿Quién le hubiera dicho hace un par de meses que tenía una hermana inglesa?

—De todas formas, tú ya eres como de la familia, así que no me cuesta imaginarlo.

—Siempre has sido un encanto, Linda. Aunque estoy contento por ti, echo de menos no verte todos los días en el restaurante. No es lo mismo.

—Yo también te echo de menos, que conste. A ver si vamos la semana que viene a almorzar al restaurante.

Acabada la conversación, Sean se levantó de la cama con energía renovada y fue directo a la ducha. Bajo el agua, mientras se enjabonaba, no puedo más que volver a pensar en Madeleine. Era como si todo gravitara alrededor de ella.

El deseo se manifestaba entre ambos de un modo de escandaloso, de eso no cabía ninguna duda. Sean había casi palpado su interés en el fulgor constante de su ojos, en la manera que se arrimaba a él, en la inflexión de su tono de voz... Pero el irresistible deseo no bastaba para Sean. Había algo más encerrado deseando expandirse por el mundo como un huracán. Lo único que deseaba saber era si ella también sentía la llamada del amor tan fuerte como él.

# #

Días después, aprovechando su día libre en el restaurante, Sean acudió a casa de Sally para visitar a Michael, al que le había comprado un regalo. Había almorzado con unos amigos en un restaurante de Times Square, así que cuando llamó al timbre de la puerta eran alrededor de las tres de la tarde. Al ser domingo, Sally y Jack se encontraban en casa después de una ardua semana de trabajo en el hotel. Los tres estaban en el salón, sentados sobre la alfombra jugando con su hijo a construir pequeñas columnas con figuras de madera. Michael reía con una luminosa gracia mientras Sally le tomaba fotografías con el móvil desde todos los ángulos imaginables. Jack se puso en pie para saludarle con un afectuoso abrazo, gesto que fue imitado por su esposa.

Después de los saludos, Sean entregó el regalo a Michael, que resultó ser un bonito libro de tapa dura que emitía sonidos de pájaros al pasar de página. Michael, sentado aún sobre la alfombra, miraba con devoción el regalo, siempre con una cándida sonrisa colgando de los labios. Sally lo cargó entre los brazos y se lo pasó a Sean, quien lo recibió con entusiasmo. Lo fue paseando por el salón mientras le cosquilleaba por el cuerpo, causando más risas en Michael. Después lo dejó en el suelo para que correteara mientras le perseguía haciendo muecas. Sally y Jack, aprovechando el receso, se sentaron en el sofá para reponer fuerzas.

Al cabo de un cuarto de hora, Sean se desplomó en un sillón, frente a sus anfitriones, exhausto.

—¡Es agotador! —exclamó, despatarrado.

—No me digas —dijo Jack, con ironía—. Y luego tendremos sesión de cine viendo por enésima vez «Buscando a Nemo». Ya nos sabemos hasta los diálogos de memoria.

Sally, aprovechando que Sean estaba en casa, aprovechó para contarle algo que le rondaba la cabeza desde la noche de la exposición de River en el Majestic.

—Linda me contó lo que pasó o, mejor dicho, lo que no pasó entre Madeleine y tú, Sean. Aquella noche vi en tus ojos una expresión que nunca antes había visto. Como amiga tuya que soy, tengo miedo de que te vayas a enamorar de ella.

—¿Por qué? ¿Es que es una bruja? —dijo sonriendo.

Sally estuvo tentada de responder que sí, pero no deseaba que la antipatía que sentía por ella saliera a relucir.

—Ella se marchará a su país y te dejará con el corazón roto.

—Ya es tarde. Estoy enamorado de ella, Sally.

—Cariño, Sean ya es mayorcito —intervino Jack—. Además, como

bien sabes, hay emociones que son difíciles de controlar. Los dos son solteros y son mayores de edad. Que cada uno aguante su vela.

—Jack, cállate —dijo ella y luego se inclinó hacia adelante para seguir hablando con Sean—. Ella es una escritora conocida, rica, y estoy convencida de que solo quiere jugar contigo. Tú has trabajado duro toda tu vida. Sois de clases sociales diferentes. Nunca funcionará. Ella es una británica estirada y que está aquí solo para malmeter en nuestra familia. Linda está de su lado, pero ella está de lado de todo el mundo, siempre. Espero que tú no te dejes comer la cabeza. Sé inteligente y protégete.

Sean cruzó las piernas, tomándose su tiempo para responder, ignorando las expectantes miradas de Jack y Sally, quien sabía que estaría rabiosa por hacerle esperar.

—Somos amigos desde hace más de diez años, Sally así que sé que lo dices con buena intención, pero como dice Jack, ya soy mayorcito. Soy el único responsable de mis actos. Estoy preparado para lo que venga.

—Además, no es de tu incumbencia, Sally —Jack ignoró el gesto de impaciencia que le dedicó su esposa.

—Él es un viejo amigo y ella es mi hermanastra —dijo con severidad—. Claro que es de mi incumbencia. Soy yo la que tiene que poner un poco de sentido común en su cabeza.

Sean se levantó del sillón y fue a sentarse junto a Sally, a quien tomó de las manos. Pese a que por su tono duro pudiera parecer lo contrario, él sabía que solo estaba preocupada por él. El afecto era mutuo.

—Tengo la sensación de que Madeleine no es como te parece a ti. Y defenderé este pensamiento hasta el final. Cuando tú te casaste con Jack sabías que era el hombre de tu vida, pues esa misma certeza es la que tengo yo aquí —se señaló el corazón.

—Qué cabezota eres, Sean —ella alzó las manos, como dejándolo por imposible—. Tarde o temprano, ella se marchará de Nueva York. Seguro que está tomando ideas para una próxima novela y luego se marchará. Y te quedarás solo y triste.

—Pues entonces vendré a tu casa para que entre Jack y tú me levantéis el ánimo. Ah, y también con la ayuda de Michael, por supuesto —el niño, ajeno a todo, pidió a su madre con un fuerte balbuceo que lo cargara. Sally, resignada, asintió lentamente con la cabeza y después cargó a Michael sobre su regazo. Ella siempre le ayudaría en todo lo que estuviese en sus manos.

—Puedes contar con nosotros, Sean. Esta es tu casa —dijo Jack.

Sean se acercó para abrazarse con Jack como agradecimiento a su afirmación. Ambos se palmearon la espalda con entusiasmo. A Sean siempre le emocionaban los gestos de desinteresada generosidad.

—Gracias, Jack. Siempre me he sentido así en vuestro hogar —Sean sonreía como un niño con zapatos nuevos.

Con Michael jugando con el libro de los pájaros, Sally pensó que era el momento de contarle algo sobre Madeleine que habían descubierto no hacía mucho.

—Jack, enséñale la noticia a Sean. Creo que debe saberlo —dijo Sally.

—¿Qué noticia? —Sean frunció el ceño.

Jack, desplazándose hacia una bonita mesa en cuyo centro destacaba una jarra de cristal medio llena de arena, caracolas y piedrecitas romas, le hizo un gesto apremiante con la mano para que lo acompañara. Ambos se sentaron frente a un ordenador portátil. Sean miraba a Jack y a Sally, expectante, pero sus caras no dejaban translucir ninguna emoción. En un par de clics Jack mostró en la pantalla el artículo que mencionaba Sally.

—Esto es —dijo él—. Lo localicé con una simple búsqueda en Google. Has de entender que teníamos curiosidad por Madeleine. Cuando termines de leerlo, te enseñaré otro.

Sean comprobó que se trataba de la web de un periódico londinense, el Daily Star, del cual nunca había oído hablar. En letras grandes y oscuras rezaba el siguiente título: «Escritora de misterio desaparece misteriosamente». Estaba fechado un año atrás. Sean, con la cara seria, carraspeó y se dispuso a leer el artículo con una extraña sensación flotando en su cuerpo. Una foto de ella en primer plano acompañaba la noticia.

«Como si de una novela de suspense se tratara, nadie sabe dónde se encuentra la escritora Madeleine Cole, autora del best seller «La desaparición del Sr. Philips», lo que ha causado una gran conmoción en la localidad donde reside, en Cambridge. Sus padres dieron aviso a la policía en la noche del pasado domingo, después de que se ausentara todo el fin de semana. La última vez que la vieron ella se disponía a regresar a su casa, después de una tranquila cena en familia. Según su madre, Elizabeth Cole, durante la velada la actitud de su hija fue de lo más corriente y nada les hizo sospechar de lo que ocurriría después. La sombra del secuestro planea sobre la desaparición, aunque de momento el matrimonio rechaza cualquier tipo de especulación hasta disponer de certezas palpables, como una llamada telefónica exigiendo un rescate. Sin embargo, un detalle parece apuntar a esa preocupante dirección. El coche, un Mini de color rojo y negro, fue encontrado a las pocas horas por un granjero en el Parque Stourbridge Common, con el morro destrozado contra el grueso tronco de un árbol. La puerta del piloto estaba abierta de par en par y se ha encontrado sangre sobre el volante que, a falta de confirmación oficial, pertenece a la escritora. Los angustiados padres

se están sirviendo de los medios de comunicación para propagar la noticia a toda la ciudad, caso de que alguien tuviera conocimiento de lo que pudo pasar o si la ha visto entre ayer y hoy. Su padre, Dave, piensa que está viva y que pronto tendrán noticias suyas. La policía, por su parte, no descarta ninguna hipótesis».

Sean apoyó la espalda sobre la silla con una expresión confusa. Sally y Jack le miraron esperando esa clase de reacción. La misma que habían tenido a ellos cuando leyeron el artículo. No obstante, aún quedaba una segunda parte.

—Antes de que la imaginación te vuelva loco —dijo Jack cerrando la tapa del portátil—. Te digo que el otro artículo del que te hablaba nos disipa todas las dudas. Si quieres te lo muestro, pero básicamente lo que dice es que la encontraron a los pocos días.

—¿La encontraron? ¿Qué había pasado? —La cabeza le daba vueltas ante tanta sorpresa.

—Resulta que estuvo alojada en un hotel llamado Ashley todo el tiempo que estuvo desaparecida —aclaró Jack—, que fueron unos tres días. Una empleada del hotel la reconoció cuando fue a cambiarle las sábanas a su habitación. La policía acudió de inmediato y ella admitió enseguida que era Madeleine. La llevaron a comisaría donde se reunió con sus padres. Estaba en perfectas condiciones físicas y cuando le preguntaron qué había pasado, ella respondió que había perdido el control del coche, que se había golpeado la cabeza con el volante y que se quedó amnésica. Fin de la historia.

Jack y Sally guardaron silencio hasta que Sean decidiera hablar. La historia era demasiada extraña para asimilarla de golpe. Era como si todo hubiera quedado patas arriba y, de repente, volviera el orden de la forma más sencilla y lógica.

—¿Y Madeleine no llevaba documentación encima? —se preguntó Sean—. ¿Cómo se registró en el hotel si no? Se supone que en todos los países civilizados piden el carné de conducir o el pasaporte.

Sally asintió con la cabeza.

—Es lo mismo que hemos pensado nosotros, pero no hay nada al respecto en los artículos. Seguro que algo esconde, para mí esa Madeleine no es trigo limpio.

—Quizá fuera una maniobra publicitaria —apuntó Jack—. Hoy en día hay tantos libros en las librerías que los autores están desesperados por llamar la atención. Seguro que la venta de su libro aumentó considerablemente.

—No veo a Madeleine haciendo algo así. Me cuesta creer que sea la clase de mujer que se preste a un montaje. Además, es peligroso. Todo eso le puede estallar en la cara y ser contraproducente. Basta muy poco para echar por tierra una reputación labrada con esfuerzo.

—La tienes idealizada, Sean. Apenas la conoces —dijo Sally.

—Es una buena persona. Pregúntale a Linda —Sean no pensaba cambiar de opinión por un par de artículos en la prensa. Necesitaba mucho más para eso. La vida le había enseñado a no emitir juicios apresuradamente.

—¡Esa bruja os ha comido el cerebro a todos! —Sally miró al techo, clamando al cielo.

Capítulo 12

Como todas las mañanas, Madeleine se dedicó a escribir disfrutando del sosiego de la biblioteca. A su alrededor varios jóvenes estudiaban con ahínco y más allá un hombre de mediana edad leía con gesto despreocupado una novela. El sol de la primavera se colaba ampliamente por las tres ventanas ojivales y sus esplendorosas vidrieras. Cuando alzaba la vista buscando la palabra adecuada o quería afinar el argumento le gustaba observar las verdes hojas de los árboles plantados en el pequeño parque llamado Jefferson Market. A veces las descubría siendo mecidas por el viento o estáticas como si se tratasen de estatuas. Incluso a veces observaba fascinada cómo los pajarillos se posaban y comenzaban su gorjeo. Esas pequeñas y momentáneas distracciones le permitían tomarse un respiro.

Había llegado ya a la mitad de la novela y el argumento se volvía más complejo. Ahora tocaba el turno de asesinar a alguien después de una intensa persecución dentro de una casa abandonada, cerca de la playa. Echaba de menos la libertad con la que escribió su primera novela, ya que jamás hubiera pensando seriamente que acabaría siendo publicada. Escribía solo para ella, a su propio ritmo y simplemente por placer. Ahora a veces notaba los dedos agarrotados, pues notaba el peso de la responsabilidad de complacer a sus lectores. Las dudas le carcomían. ¿Qué pensarán aquí? ¿La historia se entiende? ¿Tiene sorpresas suficientes? Madeleine siempre planificaba con minuciosidad la estructura de la historia para evitar los clásicos bloqueos del escritor, pero a veces se imponía el detenerse y revaluar

todo. La crítica y el público examinarían con lupa su nuevo thriller.

Estaba a punto de volver a escribir, cuando reconoció al atractivo hombre que se acercaba a ella luciendo una sonrisa maravillosa. Al verle se sorprendió de que supiera que se encontraba en la biblioteca, aunque luego recordó de que se lo había contando en más de una ocasión a Linda y a River. Sean llevaba puesta una camisa de algodón con las mangas arremangadas y cuyos primeros botones estaban desabrochados. Caminaba con ese aplomo y esa alegría que tanto le llamaban la atención. El pelo, húmedo, brillaba.

—Hola, Madeleine —dijo en un susurro para que nadie le llamase la atención. Se inclinó para besarla dulcemente en la mejilla. Ella aspiró el fresco olor de su cuerpo recién duchado.

—Sean... Qué agradable visita. ¿Pasabas por aquí?

—Más o menos. Vengo a por ti. Seguro que te viene bien tomar un descanso.

Alguno de sus vecinos de mesa les fulminaron con la mirada, así que Madeleine cerró la tapa del ordenador, recogió sus cosas y, con el bolso colgando del hombro se dirigió a la salida junto a Sean.

Afuera, el ruido del tráfico se hizo presente. La gente iba y venía por la acera con prisa. Al otro lado de la calle los comercios esperaban ansiosos a nuevos clientes. Un día laborable más en Nueva York.

—¿Es tu día libre? —preguntó ella mientras bajaban por las escaleras.

—Sí, así que pensé en pasarme por aquí y sorprenderte. Quiero llevarte a algún sitio que no conozcas de Nueva York.

La costumbre de Madeleine pasaba por respetar con rigor sus horarios de escritura, sin embargo, le había emocionado tanto la repentina aparición de Sean que vio con buenos ojos hacer una excepción. Una de las ventajas de ser escritora es que no existía un jefe al que pedir permiso para ausentarse del trabajo.

—¿Adónde vas a llevarme? —con el ordenador apretado sobre su pecho parecía una adolescente excitada por saltarse la clase siguiente.

—He estado dándole vueltas al asunto —la tomó del brazo de forma divertida y bajaron las escaleras—. Una mujer como tú seguro que estará cansada de ver museos, exposiciones, teatro... Ya fuimos a un club de baile y lo pasamos genial —Aquí las miradas se cruzaron por un instante. Madeleine recordó el momento en que esquivó su beso. Fue una reacción instintiva de quien busca protegerse. Ella sentía que estaba de paso en la ciudad y no buscaba comprometerse con nadie. Después de una relación tan compleja como con la que tuvo con James, necesitaba un descanso de hombres—. Así que se me ha ocurrido una idea muy potente, pero no te voy a decir cuál es.

—¿Ah, no?

—He aparcado a dos manzanas de aquí, así que vamos a ir en un

coche que me han dejado hacia ese lugar misterioso. Te prometo que no lo olvidarás jamás. ¿Qué me dices? ¿Te vienes?

Madeleine no lo dudó ni un instante. Sentía que al lado de Sean todo era imprevisible y mágico. Además, otros hombres se hubieran rendido ante la primera negativa de un beso, pero él mantenía su confianza por las nubes.

—Es una oferta demasiado tentadora para rechazarla. Me encanta el misterio. ¡Acepto!

—Sabía que aceptarías —dijo él, exultante de felicidad. Había previsto pasar todo el día con ella y se alegró de no haberse equivocado.

—Pero dame una pista, a ver si lo averiguo.

Sean se quedó pensativo mientras ambos caminaban hacia el paso de cebra. No quería chafarle la sorpresa, así que se contuvo de darle una verdadera.

—Lo único que puedo decirte es que está a una hora y media de Nueva York. Vamos a un pueblo encantador que se llama Gardiner y tiene unos cinco mil habitantes.

—Gardiner... —dijo ella, como paladeando el nombre—. Me gusta cómo suena.

Sean, lleno de entusiasmo, la abrazó por la cintura.

—¡La aventura nos espera!

# #

El inesperado viaje a Gardiner a través de la carretera interestatal fue un prodigioso festín para la vista de Madeleine. A ambos lados de la carretera se desplegaban mantos verdes ribeteados de casas blancas, árboles y arbustos, como un paisaje infinito que la vista nunca llegaba a abarcar del todo. El olor fresco a romero inundaba el interior del coche. Madeleine pensó que debía ser pintoresco vivir en una casa rodeada de bosques y campos de cebada, y ese pensamiento le llevó a echar de menos a sus padres, que esa ahora aún debían estar dormidos en su casita de Waterbeach.

Durante el trayecto la conversación giró sobre la novela que ella estaba escribiendo y descubrió en Sean un hombre rebosante de curiosidad e interés por su oficio. Le confesó que estaba leyendo «La desaparición del Sr. Philips» y que la historia le tenía atrapado de tal forma que se había llevado el libro para leerlo durante el viaje en metro, camino al restaurante. Madeleine le preguntó sobre sus libros favoritos y no se extrañó cuando le respondió que le encantaban los de aventuras, sobre todo los de viajes épicos en barco durante el siglo XIX, pues encajaba como un guante con su agitada personalidad.

A lo lejos una avioneta roja apareció camino del cielo recortada sobre las agrestes colinas, lo que enseguida atrajo la atención de ambos. Estaban a punto de llegar así que Sean consideró que había llegado el momento de desvelarle la sorpresa.

—Madeleine, ¿alguna vez te has tirado en paracaídas?

Ella se quedó boquiabierta, pues sospechaba que iban a almorzar en algún restaurante. Jamás se le hubiera corrido que esa mañana al levantarse se tiraría de un avión como si nada.

—¡No! —exclamó llevándose la mano al corazón y girando la cabeza hacia él—. Estás de broma, ¿verdad? Dime que estás de broma.

Sean estalló en carcajadas ante su cómica reacción.

—Lo digo totalmente en serio.

—¡Da la vuelta ahora mismo! ¡Quiero volver a casa! —exclamó llevándose las manos a la cabeza.

—Escúchame, Madeleine —dijo mirando a la carretera y a ella alternativamente—. Vamos a llegar al campamento base y tú decides. Yo sí voy a saltar, pero a ti nadie te va a obligar. Cada año lo hago una o dos veces y es una de las mejores maneras de sentirte vivo. Además, dónde vamos a ir son amigos y se preocupan mucho por la seguridad. Los conozco hace muchos años.

—Pero yo no sé saltar en paracaídas.

—Saltarás con un instructor que lo habrá hecho mil veces. Además, te dan una pequeña clase teórica antes de lanzarte. ¡Anímate, mujer! No todo va a ser libros y palabras esdrújulas. ¡Hay que pasarlo bien y hacer cosas diferentes!

—No sé, Sean. Estoy aterrada.

—Bueno, pues me acompañas y ya está. Te quedas en el suelo muerta de envidia mientras me ves disfrutando como un niño —Sean, divertido, le guiñó un ojo.

Al cabo de un rato, bajo una sólida techumbre de paja de donde colgaban banderas de todo el mundo, los jóvenes instructores dieron la bienvenida y comenzaron a impartir la breve clase de instrucción. Madeleine de pie, con los brazos cruzados miraba con desconfianza mientras ellos contaban con rigor que la modalidad de salto se llamaba tándem y que era lo idóneo para disfrutar del «paseo». Sean escuchaba con atención junto con el resto de clientes, un reducido grupo de seis personas de diferentes edades. Después de repasar las normas básicas de seguridad, entregaron casco, gafas y el mono de salto, lleno de agarres.

Madeleine no disponía de demasiado tiempo para pensarlo con calma. Debía tomar una decisión: cielo o tierra. Notaba los nervios cosquilleando todo su cuerpo. Sean, al terminar la charla, se acercó a ella para rodearle por los hombros y darle un beso en la sien, procurando tranquilizarla.

—No va a pasar nada, Madeleine. Confía en mí —dijo con voz firme—. Pero si no quieres hacerlo, está bien.

Ella sonrió, agradeciendo que no la presionara. «Eres escritora y necesitas nuevas experiencias. No seas gallina», pensó. Tomó aire, soltó un largo suspiro y empezó a enfundarse el mono.

—Hagámoslo ya antes de que me arrepienta.

—¡Bien! ¡Así me gusta, campeona! —exclamó, y chocaron las manos.

Diez minutos después ambos caminaban hacia la avioneta roja en fila con los demás clientes. Los instructores conversaban con ellos y soltaban bromas para rebajar el nivel de ansiedad. Sean y Madeleine llevaban los cascos y las gafas protectoras.

—¿Con quién voy a saltar? —preguntó mirando hacia atrás, esperando que alguno se dirigiera a ella.

—Conmigo.

—¿Cómo? ¿Tú eres instructor? —Madeleine se quedó inmóvil. No se podía quejar, el día estaba siendo repleto de sorpresas.

—Tengo todos los cursos aprobados y llevo más de cien saltos. No es mi profesión, lo hago como hobby de vez en cuando. En realidad suelo saltar solo, pero esta vez me encantará hacerlo contigo. No te preocupes, yo me encargaré de todo.

—Confío en ti —dijo ella, una vez asimilado el impacto de la noticia.

El estómago de Madeleine sufrió un fuerte pellizco cuando el avión levantó el morro y se suspendió en el aire sobre la pista. Sean estaba sentado justo detrás, unido a Madeleine a través de las anillas de acero como una tortuga a su caparazón. El ruido del motor obligaba a que todas las conversaciones fueran en voz alta. De vez en cuando le acariciaba los brazos para que se relajara o soltaba alguna tontería para hacerla reír. Ella miraba a su alrededor y observaba entre los novatos algunas caras intranquilas. El ambiente era de tensión absoluta. A Madeleine, pegada a la ventanilla, le costaba disfrutar de las fabulosas vistas a causa del temblor en las rodillas.

De repente, el piloto giró la cabeza hacia atrás y efectuó una señal con la mano indicando que era el momento. Los instructores fueron pidiendo a los clientes mediante gestos que se fueran acercando a la puerta. Madeleine soltó un gran suspiro y se puso en marcha. Ya no había marcha atrás. ¿Quién le iba a decir esa mañana al levantarse que cometería la locura de lanzarse al vacío?

—¡Todo saldrá bien! ¡Ya lo verás! —exclamó Sean por encima del ruido del motor. Madeleine asintió con la cabeza, pero cuando se colocó a horcajadas al borde de la puerta la sangre se le heló. Con el viento azotando su cara, sintió el vértigo agujereando el estómago. Todo se veía lejano y diminuto, como de juguete.

No dispuso de más tiempo porque enseguida percibió el suave pero inexorable empuje de Sean por la espalda. Cerró los ojos y se dejó caer soltando un grito desgarrador que le salió del alma. La adrenalina recorría todo su cuerpo mientras extendía brazos y piernas, flotando como una pluma. El corazón amenazaba con salirse del pecho. Todo ella era puro nervio. Abrió los ojos pero a una sorprendente velocidad el suelo se iba acercando y las casas, las carreteras, las copas de los árboles y los coches aumentaban de tamaño peligrosamente en cuestión de décimas de segundo, así que los volvió a cerrar. Madeleine seguía gritando, horrorizada. Sentía la cara deformada por la fuerza de la caída. Sean, al contrario, era un prodigio de calma, siempre mirando de reojo el altímetro para saber el momento idóneo para tirar de la anilla y abrir el paracaídas.

«No tendría que haberme tirado. ¡Esto es insufrible!», pensaba ella con los ojos aún bien cerrados.

Al desplegarse el paracaídas se produjo el brusco frenazo de ambos cuerpos, que fueron proyectados hacia atrás con violencia. Madeleine abrió los ojos por fin y, por un instante, se maravilló de lo que veía a su alrededor. Era una imponente sensación ser consciente de la belleza de lo que le rodeaba y de la fragilidad del ser humano.

Los tejados, las casas, los coches y la pista de aterrizaje poco a poco iban adquiriendo el tamaño acostumbrado. Sean, tirando con fuerza de las palancas de dirección, fue ajustando la trayectoria hasta que supo que acabarían aterrizando en la zona designada. Ambos tocaron el suelo con un golpe seco.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Sean ansioso por conocer su primera impresión.

—Ha sido... salvaje —dijo con una sonrisa entre dientes. Tumbada, la adrenalina de Madeleine fue desapareciendo paulatinamente, al tiempo que tomaba consciencia de lo que acababa de suceder. Ahora, dentro de la calma que les rodeaba, las imágenes del abismal salto le relampagueaban en su mente. No daba crédito a la estimulante experiencia que había disfrutado.

# #

A última hora de la tarde, Sean aparcó frente al portal del edificio donde vivía Madeleine. Habían pasado una fantástica tarde juntos pero ahora sus caminos se separaban. Él había quedado con sus compañeros del restaurante para una charla informal y ella se moría

por refugiarse en casa al abrigo de un buen libro. En un gesto caballeroso que Madeleine valoró, Sean se bajó y le abrió la puerta con una sonrisa.

—Reconozco que me has sorprendido y, gracias a ti, ya puedo decir que he saltado en paracaídas —dijo ella mientras cruzaban la acera.

—Me alegro que te haya gustado. Cuando te oía gritar horrorizada pensé que al tocar suelo me matarías.

—Créeme cuando te digo que se me pasó por la cabeza más de una vez —Madeleine entrecerró los ojos, como si quisiera hacerle dudar si era mentira o verdad.

Se hizo un silencio repentino en cuanto llegaron al portal.

—Bueno... —dijo ella sin saber muy bien qué decir.

Cuando estaba a punto de bajar la mirada para rebuscar las llaves en su bolso, Sean la tomó de ambas manos e intercambiaron un chispeo de miradas mientras él daba un paso hacia ella. Entonces le posó una mano sobre la mejilla mientras que la otra la mantenía entrelazada. Dio un paso más, colocándose a un milímetro de su boca y el pulso de Madeleine se aceleró.

Sean, sumergiéndose en sus legendarios ojos azules, se inclinó hacia ella con determinación, con el afán irrenunciable de quien solo necesita un pequeño empuje más para lograr un sueño. Cuando su boca cubrió la suya, ella cerró los ojos preparándose para ese primer roce de los labios, ese primer relámpago que despierta todos los sentidos. Ambos estaban en mitad de la calle, medio abrazados siendo ignorados por los transeúntes que pasaban a su lado.

Suave, dulce, de película... Sean se tomó su tiempo para saborear la boca, para memorizarla, para analizarla como si fuera un tesoro de incalculable valor que necesitaba ser registrado en su memoria para la eternidad. Al terminar, ella dejó escapar un suspiro de placer y sorpresa. Volvieron a mirarse conscientes de la atracción que sentían el uno por el otro.

—Ha sido mucho mejor que en mi imaginación —susurró él.

Antes de que ella pudiera replicar algo con sentido común, Sean volvió a cubrir su boca con la suya. Esta vez con más profundidad, lentamente, como si no importara que se hiciera de noche o que transcurrieran mil años. Sean saboreó la belleza, el misterio y el sol que brotaban de sus labios como un manantial en el corazón del bosque. Ella se sintió fascinada por cómo la poseía y cómo la sostenía entre sus fuertes brazos. Sean se apartó dejando en el aire la promesa de más en adelante.

—Madeleine... Me vuelves loco. No quiero que esto se acabe aquí, quiero más.

Ella no deseaba dejarse llevar por lo que sentía en ese momento.

—Sé que no vas a presionarme, Sean. Estoy confundida, la verdad, y no quiero darte falsas esperanzas. Seré clara. Dentro de poco, me iré a casa.

—Para mí eso está muy lejos todavía.

—Yo no estaría segura —pensó que estaba siendo algo tonta, pero no podía evitarlo. No quería hacerle daño.

—Por desgracia, me tengo que ir —dijo ignorando su excusa—. Te llamaré para volver a verte. Quiero otra cita.

—Claro que nos veremos, Sean.

Antes de marcharse, él la besó de nuevo en los labios para llevarse consigo esa última sensación. Aunque la iba a ver dentro de poco, no le bastaba. A través de la reja del portal, Madeleine observó cómo Sean subía al coche y se marchaba.

Capítulo 13

—¿Te quieres estar quieto, por favor? —pidió Catherine sentada en el sofá de su casa. Harry se paseaba frotándose las manos de un lado a otro.

—Déjame tranquilo. ¿Cuánto tiempo queda para que venga? —Él miró el reloj y se mordió los labios. Quedaba poco.

Era una tarde algo calurosa, pero apacible. Durante la mañana ninguno había salido de casa para prepararse ante la inminente visita de Sally, a la que había invitado su madre para decirle que «tenía algo que contarle». Harry estaba de acuerdo con ella en que resultaba mejor contárselo en persona.

Curiosamente ver a Harry de los nervios le causaba a Catherine cierta calma. Ella ya había decidido que pasara lo que pasara seguiría con su relación aunque no contara con el beneplácito de su hija. Eso sí, temía su reacción. Al contrario que Linda, Sally era impulsiva y respondería con lo primero que se le pasara por la cabeza. La había parido, por eso la conocía bien.

Llamaron a la puerta y Harry soltó un respingo.

—Tranquilízate, que te va a dar algo —Catherine se levantó del sofá y fue a abrir la puerta. Aunque ella pensó que se encontraba calmada, notó el pellizco en el estómago cuando dirigió sus pasos hacia la puerta.

—Me voy a esconder en el dormitorio. Es lo mejor, cariño. Así habláis más a gusto de madre a hija.

—¿Cómo que te vas a esconder en el dormitorio? —Catherine

negaba con la cabeza, clamando al cielo—. Lo hemos hablado decenas de veces. Ella te conoce desde hace tiempo y siempre te ha apreciado.

—Tienes razón —Harry se pasó la mano por la nuca. Le sorprendía estar más nervioso que cuando le desveló su romance con Catherine a su hijo. Aquella vez bastó con llevar a su hijo a un bar y hartarse de cervezas. Por desgracia, con las mujeres ese sencillo plan no funcionaría.

—Me he dejado las llaves en casa. Qué cabeza. Y vaya ruido están haciendo en la calle. Es infernal —dijo Sally antes de saludar a su madre.

—Un auténtico suplicio. Llevan toda la mañana así. ¿No has traído a Michael?

—Está con Jack en una tienda de juguetes. Me parece bien que se quede con su padre, así se le quita la manía de querer estar conmigo siempre —Sally, al entrar en el salón, observó a Harry y su cara reflejó una honda sorpresa—. Harry, qué alegría verte.

—Hola, Sally —dijo antes de darle un afectuoso beso en la mejilla —. ¿Cómo está tu familia?

—Muy bien, gracias.

—¿Y tu hijo?

—A cargo de la carnicería. Cada vez más responsable, gracias a Dios.

Los tres tomaron asiento. Sally y su madre en el sofá y Harry al otro lado de la mesita del centro, en un sillón. Catherine dejó escapar un pequeño suspiro. Por fin había llegado el momento. Después de la conversación se quitaría un peso de los hombros y un nuevo futuro se abriría para Harry y para ella.

—He de admitir que estoy intrigada, mamá. Solo espero que no haya aparecido otro hijo de papá por otra parte del mundo.

—No, nada de eso.

Antes de hablar, Catherine miró de reojo a Harry, como si buscase que le infundiera ánimo en el último momento.

—Harry y yo vamos a vivir juntos en esta casa.

Sally se inclinó hacia atrás y parpadeó varias veces, atónita. Harry entrecerró los ojos, pensando que su novia le había soltado demasiadas cosas de golpe. Catherine asintió, contenta de que su hija por fin lo supiera.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué? —A Sally la habitación le daba vueltas—. ¿Desde cuándo?

—Llevamos juntos desde hace casi un año.

—¿Un año? Pero eso significa que acababa de morir mi padre cuando… —las palabras se le atragantaron al imaginarse a Harry y a su madre «juntos». Le costaba pensar con tanta confusión. Luego miró a Harry y con tono airado dijo—. Pero ¿vas a vivir en nuestra casa?

Su madre carraspeó. Casi podía palpar cómo la indignación de su hija ascendía poco a poco.

—Sally, entiendo tu sorpresa. Quiero que sepas que he amado a tu padre con todo mi corazón, pero con la casa vacía las paredes se me caen encima. Necesito un amigo, un compañero y Harry me está ayudando mucho.

—Te liaste con él con el cuerpo aún caliente de mi padre y ahora quieres que viva en nuestra casa, ¡en la cama donde él dormía!

—Sally, yo... —Harry quería intervenir pero la mirada de Sally fue matadora.

—¿Qué quieres que haga, que venda la casa por remordimiento? —insistió su madre—. Está muy bien situada y me hecho a ella. Conozco el barrio como la palma de la mano y estoy muy cerca de los sitios que frecuento, y de las amigas. ¡Es mi casa y me gusta!

—¡Es nuestra casa! De la familia. Hemos crecido aquí y también tenemos derecho a opinar. ¿Lo sabe Linda?

—Sí. Y no se opone.

—La santa de mi hermana... ¡Siempre hace lo que decís! ¡Nunca se queja!

Sally se levantó de golpe, agarró el bolso con furia y se giró hacia su madre.

—Desde hoy para mí es como si no tuviera madre. Estás muerta —dijo con la voz gélida.

Catherine sintió como si le hubieran apuñalado en el corazón. Rompió a sollozar, así que Harry se levantó y se sentó a su lado para abrazarla. Cubrió su angustia con su calor, pues no podía hacer nada más. Las palabras no la consolarían.

Sally cerró la puerta con fuerza y se fue bajando por las escaleras, refunfuñando, cegada por la ira. Peleó por no llorar, pero las lágrimas brotaron hasta enrojecerle las mejillas.

# #

Madeleine y Linda, empujando el carrito con Erica, caminaban por la calle hacia el apartamento de su madre, donde habían previsto ojear antiguos álbumes de fotografías. De esta manera, Madeleine obtendría una idea más aproximada de cómo era su padre. La curiosidad sobre él no había dejado de crecer desde que se instalase en Nueva York y apenas Linda le había esbozado algo, puesto que con Sally, por desgracia, no podía contar. La idea de revisar en los recuerdos más personales de los Green le pareció muy acertada. Lo único que le preocupaba era causar tensión innecesaria a su alrededor.

—¿Entonces a tu madre no le importa que vaya a su casa? —

preguntó Madeleine.

—La verdad es que no se lo he dicho, pero sí no le gusta, me llevaré los álbumes y los veremos sentadas en el parque. Hoy hace un día maravilloso para bucear en el pasado —Linda sonrió y ella no pudo más que devolverle la sonrisa. Pensó que lo mejor de aquel viaje había sido conocerla, aunque compartiendo el primer puesto con Sean, por supuesto. De repente, se acordó de algo que quería contarle.

—Me he besado con Sean, Linda.

—¡No! —exclamó, sorprendida—. ¿Cómo fue? Cuéntamelo todo.

En los siguientes minutos, Madeleine relató con todo lujo de detalles cómo fue la aparición de Sean en la biblioteca hasta su romántico beso en el portal.

—Sean es un cielo, Madeleine. Aunque tiene fama de mujeriego, yo lo conozco bien y llevaba tiempo con ganas de enamorarse.

Madeleine miró fijamente a Linda.

—Un momento, ¿tú crees que está enamorado?

—Buff... La forma en que te mira lo dice todo. Nunca antes le he visto de esa manera. Está loco por ti. ¿De verdad no te has dado cuenta?

—No me doy cuenta de esas cosas —caminó frunciendo los labios y con la mirada en el suelo.

Linda se detuvo un instante y estiró la cabeza para comprobar si su hija dormía o estaba despierta.

—¿En qué piensas? —le preguntó Linda una vez reanudados los pasos.

—Yo... no pensaba que la cosa entre él y yo iba a ser tan profunda. Me he dejado llevar y quizá eso sea un error. Empiezo a tener muchas dudas, Linda. No sé qué hacer. Me gusta, pero no quiero hacerle daño.

—Ya sabes que a Sean le queremos mucho. Lo único que te pido como hermana —Madeleine no advirtió que era la primera vez que la llamaba «hermana»— es que seas honesta con él.

—Está bien, así lo haré. Por cierto, tengo curiosidad, ¿cómo conociste a River?

Linda le contó también con todo lujo de detalles cómo se conocieron y cómo surgió la chispa. Era la primera vez que narraba todos los hechos y eso le dejó un profundo regusto de dicha. A lo lejos empezaron a oír el ruido de una molesta taladradora.

—Una historia de lo más bonita, Linda. River es una buena persona y con mucho talento. Tuviste mucho ojo —Madeleine sonrió.

—Sí, no me quejo. Tengo un marido y una hija maravillosos. No puedo pedir más a la vida —Alzó la vista y reconoció la fachada del edificio donde vivía su madre—. Ya hemos llegado. Voy a ver si...

Linda se interrumpió al ver a su hermana salir del portal como una exhalación. Tuvo el impulso de llamarla, sin embargo, la expresión de

enfado de su hermana la detuvo. Además, con el estruendo tampoco la hubiera escuchado puesto que varios operarios, ataviados con monos de trabajo, casco y protectores para los oídos, estaban perforando la acera. Madeleine también se percató de ello pero miró a Linda para saber qué debían hacer.

—¿Qué le pasa? ¡Vaya cara! —dijo Linda—. Está muy enfadada, ¿verdad? ¿Se habrá peleado con mi madre? No me extrañaría. Estas dos siempre están como el perro y el gato.

—¿Le vas a decir algo?

—A mi hermana es mejor dejarle tranquila hasta que se le pasa el arrebato.

Ambas observaron cómo Sally pasaba entre dos coches aparcados y esperaba al borde de la calzada para cruzar. El tráfico no era denso pero debía esperar el momento adecuado. Varios autobuses y taxis se aproximaban al cruce. Linda y Madeleine se fueron acercando, incluso la primera al final se decidió a llamarla, pero con el ruido de la calle no le oyó.

Sally entonces se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano, gesto que no pasó inadvertido.

—¡Está llorando! —exclamó Madeleine.

—Vamos a ver qué le pasa. Espero que no sea grave —dijo con la voz temblorosa.

Entonces ocurrió lo inesperado. Una furgoneta de color blanco de aspecto reluciente, con una pegatina enorme anunciando servicios de mensajería, se acercaba a una velocidad considerable. Horrorizada, Madeleine se dio cuenta enseguida de que se acercaba con peligro hacia donde se encontraba Sally, de pie, secándose todavía las lágrimas, ausente. Al ver a Madeleine acelerar el paso, Linda, con el corazón en un puño, también se percató de la tragedia que estaba a punto de suceder.

Ambas gritaron para avisarle, pero el enorme ruido de la taladradora ahogó sus desesperadas palabras. La angustia les invadió, pero Madeleine siguió corriendo con todas sus fuerzas hasta que agarró de los hombros a Sally e intentó salvarla del inminente atropello. Sin embargo, al notar que alguien se abalanzaba sobre ella, Sally se asustó y, sin saber que era Madeleine, se removió con fuerza, luchando por zafarse. Madeleine, que no se esperaba la furiosa reacción, dio unos pasos hacia atrás justo cuando la furgoneta pasaba a su altura y frenaba en seco. Notó el impacto de algo duro justo una décima de segundo antes de caer sobre el asfalto.

Capítulo 14

En la habitación del hospital, Madeleine alrededor de la cabeza tenía un fuerte vendaje que cubría un buen puñado de puntos de sutura. Aunque le era imposible verlo notaba la tela apretando suavemente contra su pelo rubio. Le habían despojado de su ropa para vestirla con una bata fría e impersonal de color menta. Notaba el cuerpo magullado, pero aparte de eso se sentía afortunada, pues podría haber sido mucho peor. Además, la atención médica estaba siendo excelsa, siempre pendientes de ella y sin escatimar gastos en todas las pruebas que fueran necesarias para descartar lesiones internas. Por si esto no fuera poco, la habitación era para ella sola, adornada con bonitos cuadros de pinceladas coloristas, paredes de color morado desvaído a juego con muebles blancos confortables, como un sofá y una mesita llena de revistas de actualidad. Las ventanas estaban insonorizadas, así que el molesto ruido del tráfico brillaba por su ausencia.

Sally había decidido correr con todos los gastos y no se había despegado de ella desde el accidente. Le había acompañado en la ambulancia hasta el hospital donde dio a luz a Michael y le constaba que la atenderían como era debido. Linda se había marchado a casa para acostar a Erica y volvería al día siguiente para acompañar a Madeleine cuando le dieran el alta.

Después del tremendo susto, Sally, al comprobar que Madeleine solo había sufrido una fuerte conmoción y un severo golpe en la cadera, se sintió aliviada. Jamás se hubiera perdonado que por un

tonto despiste hubiera causado un daño irreparable a Madeleine. Puede que no existiese una corriente de simpatía entre ambas, pero eso no significaba que le desease algún mal.

—Gracias por quedarte. Odio los hospitales —dijo Madeleine, sonriendo.

Sally rememoró el amargo sabor del remordimiento al darse cuenta una vez más que Madeleine no le reprochaba nada, sino todo lo contrario, se mostraba agradecida. Se arrepintió de haber sido tan fría con ella pero su orgullo le impedía reconocerlo. Se levantó y la tomó de la mano.

—Al contrario, gracias a ti. Si no llega a ser por ti, quién sabe lo que podría haber pasado —dijo Sally.

Fue como si una cálida corriente se instalara por fin entre ambas.

—Si tienes que irte, me puedo apañar sola. No quiero distraerte de tus asuntos personales.

—¿Estás loca? —dijo con brusquedad—. Nada de eso tiene ahora importancia. Flora está a cargo de Michael y luego llegará Jack a casa para tomarle el relevo.

Madeleine se pensó dos veces antes de saciar su curiosidad.

—Sally, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Claro que sí —ella la miró fijamente.

—¿Por qué estabas llorando?

Ella inspiró por la nariz, tomándose un breve tiempo para responder. Necesitaba convertir todas las emociones en palabras, y eso no siempre era una tarea sencilla.

—Me acababa de enterar de la relación de Harry y mi madre —dijo con calma—. Harry es un amigo de mi padre, le proveía carne para el restaurante. Siempre he tenido una buena opinión de él, pero de ahí a verlo con mi madre y encima en nuestra casa... Me sentí destrozada. Fue como si la memoria de mi padre fuera traicionada.

—Debió dolerte mucho...

—Sí. Entiendo que mi madre busque a alguien para no sentirse sola, pero fue todo tan de repente que mi primera reacción fue indignarme. Si es que soy muy impetuosa.

Por primera vez, Madeleine vislumbró un rasgo de humanidad en su hermana, algo que llevaba esperando desde hacía semanas.

—Cualquiera hubiera reaccionado de la misma manera, Sally. Nos cuesta un mundo asimilar los cambios. Las personas somos muy de generar hábitos y rutinas.

Madeleine se incorporó para servirse de una botella un poco de agua en un vaso.

—Estoy de acuerdo. ¿Cómo te sentiste cuándo te enteraste de que tu padre era mi padre?

—Pues imagínatelo. Se me cayó el alma a los pies. Pensé que iba a

volverme loca, pero ya lo llevo mejor, aunque tengo miedo de que la relación con mi padre cambie. No porque yo lo desee, sino porque se imponga una barrera entre los dos. Lo quiero con todo mi corazón y es mi padre, pero no puedo evitar sentirme decepcionada. ¿Tiene sentido?

—Tiene todo el sentido del mundo. Seguro que con el tiempo los sentimientos se irán asentando de nuevo. La vida te sorprende de diferentes maneras y eso es bueno —animada por la intimidad y confianza que ambas iban tejiendo, Sally se abrió un poco más—. ¿Sabes? Yo nunca había pensado que me casaría, que tendría una familia... Para mí, la carrera siempre fue prioritaria, sin discusión. Y, de repente, un día en París se me cruza Jack y nada vuelve a ser lo mismo.

—Formáis una familia estupenda.

—Gracias —dijo Sally, sonriendo—. Y con Sean, ¿cómo te va?

Madeleine cerró los ojos y apoyó la cabeza en las almohadas.

—Ay, no. No me preguntes por eso, por favor —dijo como si le produjera un dolor de cabeza—. Es complicado...

—Nunca lo hemos visto tan enamorado.

—Lo sé. Ya me lo ha dicho Linda. Yo... ya no sé qué pensar —dijo haciendo un gesto de resignación con los brazos.

—¿Estáis hablando de mí? —De repente las dos mujeres giraron la cabeza hacia la entrada. Sean entraba sonriendo de oreja a oreja, como siempre, desplegando esa portentosa vitalidad que lo alumbraba todo a su paso. A su espalda cargaba con una mochila que dejó enseguida sobre el sillón.

—Sean, qué agradable sorpresa —dijo Sally, abriendo los brazos de par en par para saludarle.

Madeleine, mientras tanto, se atusó el pelo como pudo, rápidamente y con algo de nervios. «¿Dónde hay un espejo cuando se necesita? Debo de estar horrible», pensó, pero no había tiempo para presumir, así que se resignó.

—Hola, Madeleine —dijo él, acercándose a la cama—. Cuando me enteré del accidente me quedé muy preocupado.

—Me alegro de verte —ella sonrió tiernamente.

Sean le acarició la mejilla con el dorso de la mano. Un par de horas antes Linda le había contado que estaba en el hospital, así que antes de terminar su turno se marchó con la comprensión de Hassan y Mary. Le hubiera sido imposible concentrarse en su trabajo sabiendo que ella estaba en el hospital.

—Yo os dejo solos —Sally se colgó el bolso al hombro—. Cuando Jack me envía el segundo mensaje preguntándome cuándo volveré, es que Michael no le da ni un minuto de tregua.

Le dio un beso en la mejilla a Sean y tomó de la mano a Madeleine

para darle otro. El gesto que ella había tenido con Sally le obligaba a verla desde otro prisma.

—Gracias otra vez. No sé qué hubiera pasado si no llegas a avisarme. Estaba con la cabeza en otra parte... Qué tonta —se tomó un instante para dejar salir lo que llevaba adentro desde hacía un buen rato—. Perdona si he sido demasiada dura contigo.

—No te preocupes, Sally. Gracias por hacerme compañía.

Cuando ambos se quedaron a solas, Sean se hizo con la mochila para mostrársela.

—Tengo una sorpresa para la heroína de Manhattan... —dijo con un dejo de misterio.

—¿Ah, sí? —ella se mordió los labios—. Me encantan las sorpresas.

—La comida de los hospitales no es muy allá, así que se me ocurrió preparar algo especial para ti —Él empezó a sacar fiambreras de la mochila que fue depositando sobre la cama, cubriendo el regazo de Madeleine—. Pechuga a la parrilla, ensalada de queso, arroz al curry con verduras, fruta... He traído de todo.

—Pero, Sean —dijo, sonriendo entre dientes—. ¿Cuántos días piensas que me voy a estar ingresada?

—¡No lo sé! Espero que muy pocos... La verdad es que estaba preocupado por ti. Llevo todo el día nervioso, Madeleine.

A ella le encantaba lo sincero que siempre se mostraba, como si le importase muy poco que todos supieran su estado de ánimo.

—Siento haberte dado el susto. Fue una reacción espontánea... Supongo que me salió el instinto protector de hermana mayor —dijo, sorprendiéndose ella misma del comentario.

—No todo el mundo hubiera hecho lo mismo, por eso eres una mujer especial, ¿y sabes lo que te mereces? —metió la mano en la mochila y rebuscó.

—La verdad es que no, ¿qué me merezco, Sean?

—¡Caviar Beluga! —exclamó mostrando una pequeña lata brillante y circular de color turquesa con el dibujo de un esturión sobre un mar en calma—. Directamente traído de Irán.

Madeleine se quedó boquiabierta. El caviar despedía un fuerte aroma que le recordó el mar.

—¿Voy a comer caviar en un hospital?

—Es el mejor tratamiento que nunca ha prescrito un médico.

—Estoy deseando probarlo. Al final me va a salir a cuenta haber sufrido un accidente —dijo con ironía.

Sean abrió un paquete de pan tostado y permitió que ella fuera la primera. Madeleine no se hizo de rogar, así que untó el caviar con el pan y se lo llevó a la boca, degustando con fruición las huevas negras y diminutas estallando de sabor en su boca.

—Está delicioso.

—¿Lo has probado alguna vez?

—Sí, en algunas de esas presuntuosas fiestas que organizan las editoriales para reunir a lo más granado de la literatura —dijo con sarcasmo.

—¿No te gustan mucho esas fiestas?

—Las odio. Todos los escritores y escritoras ataviados con trajes y vestidos de primeras marcas. Me parece todo muy rancio o, a lo mejor, es que simplemente no me siento identificada, pero estoy obligada a ir. A las editoriales les gustan los autores que se hacen visibles y, bueno, nunca está de más contentar a aquellos que apostaron por ti cuando nadie más lo hacía.

—No existe el trabajo perfecto. A mí me encanta el mío pero a veces los clientes no agradecen todo lo que haces por ellos. Es una pena... —de repente hizo un gesto como si se acordara de algo—. ¡Qué tonto! Se me olvidaba...

Volvió a meter mano en la mochila, y esta vez sacó una pequeña botella de vino tinto que ya había sido descorchada.

—Eres un cielo, Sean, piensas en todo —dijo ella, encantada. Después se acordó de que sobre la mesita de noche tenía una pila de vasos de plástico para servirse agua, así que las usaron como si fueran copas. Al servir el vino, el gorgoteo de la botella hizo salivar a Madeleine, quien bebió un ligero sorbo—. Qué rico está, y eso que está servido en un vaso de plástico.

Una de las enfermeras entró en el cuarto y al contemplar el festín regado con alcohol desplegado sobre la cama, colocó los brazos en jarras. Era de mediana edad, rechoncha y de nariz aguileña.

—¿Qué está pasando aquí? —gruñó.

—Nos ha pillado con las manos en la masa —dijo Sean con la botella en la mano.

—No está permitido traer alcohol a las habitaciones. Lo prohíben las reglas del hospital. ¿En qué están pensando?

—Teníamos hambre y yo... —Madeleine se excusaba como una niña pillada en mitad de una travesura.

—¡Ni hambre ni nada! Está usted bajo nuestra responsabilidad, Srta. Cole. Todo lo que coma y beba debe pasar nuestro examen previo. Lo siento, pero el médico debe estar al tanto de todo esto. Sin duda le echará una buena regañina mañana.

—¿Le apetece un poco de caviar iraní? —Sean le tendió la lata abierta y con la otra el paquete de pan tostado.

—¿Está intentado sobornarme? —la enfermera le lanzó una mirada mortífera. Volvió a mirar el caviar con desconfianza, luego dio un paso y le arrebató la lata y el paquete de pan. Esto iba a causar sensación entre sus compañeras en la salita de descanso—. Está bien, tienen suerte de que hoy me han pillado de buenas, así que lo voy a

pasar por alto. ¡Pero que no se vuelva a repetir!

Dicho esto, la enfermera se fue por donde vino con el jugoso botín bajo los brazos. Sean y Madeleine se miraron, desconcertados, y luego rompieron a reír a carcajadas.

Capítulo 15

Al día siguiente, a mediodía, aparecieron Sean y Linda para acompañarla a su apartamento. El aparatoso vendaje cubriendo la cabeza había dado paso a una gasa, aún bien visible, pero Madeleine agradeció el no parecer una sufrida herida de guerra. El dolor del golpe en el costado había remitido y ya lograba caminar sin ninguna molestia.

Debido a las normas del hospital un enfermero la acompañó en silla de ruedas hasta la entrada en el aparcamiento subterráneo. Después, Madeleine se levantó y, dejándose guiar por Sean y Linda, caminó hasta el coche. Ella y Sean conversaban sobre la noche que había pasado, cuando Linda se fijó en una persona que se acercaba a la entrada. Era un hombre apuesto que llevaba barba de varios días, la camisa por fuera y unos vaqueros que se apreciaban de una talla superior. Tenía la mirada puesta al frente, como si lo que sucedía a su alrededor no le importase. Enseguida se percató de que el rostro le era familiar, pero, a pesar de sus esfuerzos, no acababa de ubicarlo. Se encogió de hombros y, sacó las llaves del coche de su bolso mientras su cerebro no paraba de darle vueltas a esa cara seria y de aspecto ojeroso.

Sean le abrió la puerta de atrás y Madeleine se sentó dándole las gracias. Cuando fue a tomar asiento delante se quedó extrañado al ver a Linda detenida como un pasmarote.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Sí, solo es que... —respondió con titubeos—. Me he cruzado con

alguien y tengo su nombre en la punta de la lengua —de pronto, algo cristalizó en su mente. «Thomas Rudd. Ese es el hombre con el que me acabo de cruzar. Un antiguo jefe de mi hermana. Recuerdo que me lo presentó y me cayó bien. ¿Qué será de él?».

Al cabo de una media hora, Madeleine abrió la puerta de su hogar. Aunque solo había pasado una noche fuera, le dio la impresión de que habían sido años. Recuperar el control de sí misma, de su vida, le llenaba de entusiasmo. Lo primero que anhelaba era regalarse una ducha reparadora; su cuerpo lo pedía a gritos. No quería imaginarse ni el olor que desprendía su cuerpo ni cómo de aparatoso estaba su pelo.

—¡Qué bonito apartamento! —exclamó Sean a su espalda. Linda los había dejado en la acera y se había marchado de vuelta al trabajo, y él se había autoinvitado. Se había portado tan maravillosamente bien con ella que pedirle que le dejara sola hubiera sido demasiado descortés.

—¿Te gusta? Me encanta cómo está decorado —dijo mostrando el salón con la estantería repleta de libros, las amplias ventanas y el sofá a juego. Rebosaba luz y vida. Daban ganas de plantarse allí para no salir jamás a la calle.

—Además, está muy bien situado.

—¡Sí, tengo la biblioteca muy cerca! —dijo desde la puerta—. Sean, ponte cómodo. Me voy a duchar y ahora salgo.

En vez de tomar asiento, decidió que iba a husmear un poco, aprovechando que se quedaba solo. No con mala intención sino para averiguar algo más de ella. Sobre la mesa se encontraba su ordenador portátil, cerrado, junto a un bonito centro de flores. Del otro lado un buen puñado de libros de bolsillo formaban dos columnas. Leyó por encima los títulos y los autores. No le sonaba ninguno. Madeleine era una mujer universitaria y cultivada, quizá otras personas jamás se hubieran fijado en el copropietario de un restaurante de comida familiar, pero ella era diferente y él sabía bien cómo comportarse delante de una mujer.

Una foto en una cómoda de madera capturó su atención. En un bonito marco bañado en plata una pareja de aspecto distinguido sonreía a la cámara, con Madeleine en el centro, sonriendo. Entendió que debía de tratarse de sus padres. La mujer mayor reflejaba en sus ojos, a través de las gafas, una exquisita ternura, con la melena plateada y rizosa. Mientras que él mostraba, con la barbilla ligeramente levantada, una actitud igual de vitalista que Madeleine. «Una bonita familia», pensó. Y eso le hizo recordar que sus padres venían a mañana a visitarle. A lo lejos oía el murmullo del agua y al pensar en el cuerpo desnudo de Madeleine, húmedo y fabuloso, de pronto notó un súbito estremecimiento.

Esta noche iba a ser la noche.

Enfundada en la bata del baño, Madeleine apareció en el salón secándose el pelo rubio con una toalla.

—¿Podemos pedir algo para comer? ¿Tienes hambre? —preguntó ella.

Sean apagó el televisor y se dirigió a ella para rodearla por la cintura. El suave olor de su piel recién duchada le empezaba a trastornar como un dulce veneno. Los ojos azules se le clavaron en el alma. La deseaba de una manera que amenazaba con hacerle perder la razón.

—Me parece una gran idea. Tengo mucha hambre... —dijo con un suave ronroneo y Madeleine enseguida leyó en su cara su verdadera intención. No pudo evitar sonreír, pero luego recordó todo lo que le habían dicho las hermanas Green, así que se apartó, dejando a Sean algo desconcertado.

—¿Qué está pasando? ¿Me he perdido algo?

Hundió la mirada en el paisaje de rascacielos que la ventana enmarcaba. Los nervios empezaron a aflorar dentro de ella.

—No quiero ir más lejos, Sean. Entiéndeme. Los dos saldremos perdiendo. Dejémoslo estar así y ninguno saldrá lastimado.

Pero Sean no pensaba rendirse. Se acercó a ella y con ternura le volteó la cara hacia él.

—De cualquier manera, yo ya estoy herido, Madeleine. Es tu belleza la que me está dejando sin oxígeno para vivir —dijo con suavidad, tomándole la mano—. Olvida todo lo que pasará o no pasará después. Ninguno de los dos lo sabe. No levantes muros donde no se necesitan. Acuéstate conmigo.

Cuando la estrechó contra su pecho, su cuerpo tembló aún más. Nunca se había sentido tan deseada por un hombre y dentro de ella un cálido estremecimiento se abría paso poco a poco, invadiéndola, dejándola casi sin respiración. Ella, desesperada, quería moverse de sus brazos, alejarse otra vez, sin embargo, las piernas no le obedecían, seguían ahí quietas, a la orden de una palpitante fuerza que amenazaba con tomar el control de sus sentidos.

Sean la tomó de la mejilla y la besó con calidez, lentamente, saboreando su esencia, alimentándose de ella, como un delicioso y frágil manjar que necesitara para vivir. Madeleine seguía inmóvil, maldiciéndose a sí misma por ser incapaz de detenerlo. La tenía subyugada. ¿De dónde iba a sacar el arrojo para apartarse? El beso se prolongó durante un buen rato, con su sabor viril cada vez más dentro de ella, calando en su cuerpo y potenciando la libido. Sus barreras morales se iban difuminando como una niebla empujada por una

suave y peligrosa brisa.

—Qué ganas de estar dentro de ti, Madeleine —musitó al oído.

Desató el nudo de la bata con delicadeza, preparándose para el espectáculo. Cuando terminó ella soltó un murmullo de sorpresa. Ya no quedaba nada entre él y Madeleine. Sean bajó la vista y, con las manos sobre la prenda como si fuera a descorrer un telón, observó una franja del cuerpo desnudo de ella: la sensual curva de sus pechos, el vientre plano, el pubis y las piernas. Su corazón empezó a latir con impaciencia. Se quitó la ropa a toda prisa, como pudo, los zapatos y calcetines fuera, los pantalones por aquí, la camisa por allá. Se quedó en calzoncillos y la agarró por la cintura. La visión de su cuerpo bien formado, fibroso y compacto le hechizó por completo.

—Si supieras las veces que he pensado en cómo sería acariciarte la piel, y a qué sabría y cómo olería... —dijo él colocando sus manos bajo la bata y volviendo a estrecharla contra su pecho. Se arrodilló para besar con ternura el moratón del golpe. Después subió las palmas de las manos por su espalda percibiendo un caudal de suavidad inaudita. Subía y bajaba con avidez, como un explorador en un nuevo territorio.

En vez de apoderarse de sus senos, empezó a besarla por el cuello, como si quisiera atrapar el olor húmedo que la impregnaba y que lo hacía todo más deseable e íntimo. Era un sabor luminoso y fuerte que se propagó por el sistema nervioso de Sean.

Madeleine echó la cabeza hacia atrás y lo abrazó a su vez, como si lo acunara para que nunca se saciara de ella. Le pareció excitante sentir su cálido aliento mientras ella cerraba los ojos pugnando por calmar su respiración. A la vez que él devoraba su cuerpo, Madeleine se refugiaba en la dureza de su espalda, en esa sensación de impenetrable fortaleza.

Cuando Sean se cansó de la bata, la dejó caer a sus pies. Por fin la majestuosa y completa visión de su desnudez le desbocó el corazón. Cada curva, cada extremidad, cada recoveco le pareció único, como si se encontrara ante un formidable espectáculo de la naturaleza. Notaba su miembro erecto, pero aún no había llegado el momento de penetrarla. Deseaba regodearse en su asombroso cuerpo que tanto admiraba.

Volvió a besarla mientras una de sus manos le agarró con fuerza las nalgas, moldeándola. Después, sin dejar de capturar sus labios, la deslizó por el muslo hasta que llegó a la rodilla y le dobló la pierna justo al lado de la suya, como si bailaran un ardiente tango. Ella soltó un breve suspiro al percibir su sexo duro como una fusta.

—Ahora, Sean, ahora... —rogó ella, fuera de sí, agarrándole con ambos brazos por el cuello.

Él la tomó en voladas y la llevó al dormitorio, donde la depositó

con tacto. Ella abrió las piernas para que Sean se acomodara y él no se lo pensó dos veces. Penetrándola, le acarició los senos al mismo tiempo y ella enseguida se tensó como un arco. Sean le pellizcó los pezones disfrutando de la poderosa sensación de otorgar placer a una mujer a la que amaba sin fin.

Sin aliento, desinhibida, Madeleine empezó a gemir cada vez con más fuerza, pronunciando el nombre de Sean en medio de cada llamarada de placer, exigiendo que no se detuviera. El destello llegó de repente y fue tan destructor que se aferró la espalda de Sean e, inclinándose, le mordió en el hombro. Después cayó sobre el edredón, desencajada, con los ojos cerrados esperando a recuperar el dominio de su cuerpo. Sean continuaba dentro de ella, temblando, observando la respiración jadeante de Madeleine. Cuando terminó, le atusó el pelo y le dio un beso en la mejilla.

—Quiero que estés siempre en mi vida. Te a...—antes de que pudiera declararle sus sentimientos, ella se apartó con brusquedad hacia el borde de la cama, colocándose de espaldas.

—No quiero pensar en eso ahora, Sean —Su mente le daba vueltas. Solo quería evadirse, volar lejos de allí y de la mirada brillante de Sean, pero también sentía que estaba reprimiendo un sentimiento avasallador.

Sean, por supuesto, no se rindió. Se acercó para abrazarla por detrás y acariciarla con avidez por todo su cuerpo, los senos, el vientre... Aspiraba el olor de su piel y lo memorizaba en un recoveco, como si luego quisiera desgajarlo y saborearlo para siempre.

—Te quiero, Madeleine —le dijo al oído—. Quiero tener esta maravillosa sensación todos los días de tenernos el uno al otro.

—Mi vida está en Cambridge, mi familia está allí... Mi idea era solo estar aquí una temporada —luego se acordó de James. Todo su amor por él estaba muerto, ¿o no? Debía pensarlo con calma. No quería saltar de una relación a otra sin criterio. ¿De verdad era así de sencillo lo que le proponía Sean? Ella se había acostumbrado con James a una relación compleja, tóxica, destructiva—. Abrázame fuerte, Sean.

Él la cubrió con sus brazos y se arrimó aún más a ella, como si no quisiera dejarla escapar. Se había acostumbrado a marcharse nada más terminar con la mujer de turno, sin embargo, ahora se sentía inundado por una alegría que le invitaba a permanecer junto a ella, como una prolongación natural después del sexo, incluso mejor. «Si ella pudiera saber lo que me ha cambiado conocerla, pero si se lo digo quedaré como un fanfarrón», se dijo.

Ella se giró hacía él.

—Has estado magnífico, Sean. Creo que todavía estoy temblando.

—Te tenía unas ganas... Ganas de explorar tu cuerpo, de acariciarlo, de besarte, de amarte... —le acariciaba la mejilla con

delicadeza, en ese momento de intimidad le pareció reconfortante dejar que hablara su corazón sin cortapisas, directamente desde lo que sentía—. Dame otro beso, Madeleine. Lo necesito o moriré ahora mismo.

Madeleine rio.

—Qué exagerado eres —y lo besó largamente en los labios, después acomodó la cabeza en su pecho.

El inesperado rugido de su estómago llenó la habitación. Sean se quedó blanco del susto.

—Parece que la señorita tiene un poco de apetito... —dijo él y se ganó un divertido puñetazo en el hombro. Sean se llevó la mano fingiendo dolor.

Se oyó el timbre del portero automático y Madeleine se quedó sorprendida.

—¿Quién podrá ser? No estoy esperando a nadie —dijo ella.

—Deben de ser mis padres. Les dije que estaría aquí con un mensaje. Vamos a almorzar y te los presento.

Capítulo 16

Ella se rio ante la ocurrencia, pero al contemplar el semblante serio de Sean, se quedó helada. Lo decía totalmente en serio.

—¿De verdad que son tus padres? —ella le miró con gravedad.

—De verdad —dijo como sin darle importancia.

Madeleine se restregó la cara, como si estuviera experimentando un sueño de lo más retorcido. Dudaba quién de los dos había perdido el juicio.

—Pero no tenemos una relación formal —ella titubeaba—. Esta es la primera vez que nos acostamos, ¿y ya quieres presentarme a mis padres? Menos mal que no me está esperando un cura para casarnos.

Sean, enmudecido, se rascó el cuello. A Madeleine casi le da un ataque al corazón.

—¿Hay abajo un cura?

—No, mujer, cálmate. No hay ningún cura. Mis padres tenían pensado almorzar conmigo hoy. Viven en Washington y tampoco iba a posponerlo.

—No tenías por qué posponerlo. Comes con ellos y luego nos vemos. Ya está. Fin del problema.

—Si es que además de guapa, eres inteligente —dijo Sean con una sonrisa traviesa, y le estampó un sonoro beso en la mejilla. Madeleine comprendió al vuelo que la visita de sus padres había sido intencionada.

El portero automático volvió a sonar, así que Sean se levantó y se dirigió a la puerta, mientras Madeleine se dejó caer sobre la cama,

como si le hubieran dado la peor noticia del año.

—¡Yo me quedo aquí! No pienso moverme —dijo ella esperando que la oyera.

—Está bien. Entonces les digo que en vez de esperarnos abajo que suban.

Le llevó un segundo percatarse de que estaba derrotada. Sean quería que los conociera y los iba a conocer, así que no tenía escapatoria. Cuando regresó de hablar con sus padres a través del portero automático, se sentó junto a él.

—Escucha, he pensado que podríamos ir a almorzar al restaurante donde trabajó Paul y donde conoció a tu madre, el Keens. ¿Qué te parece?

Madeleine frunció los labios y asintió con la cabeza. Le pareció una excelente idea conocer el lugar donde sus padres se conocieron, donde saltó la chispa que causó su existencia.

—Si es que además de guapo, eres inteligente —dijo agarrándole de un moflete.

# #

El Sr. y la Sra. Roberts, pensó Madeleine, formaban un matrimonio de lo más pintoresco. Él era un hombre corpulento, alto, con tatuajes desgastados en los brazos, una relumbrante calva y una piel bronceada debido a su rudo trabajo como estibador. Sobre la camisa abierta de cuadros se asomaba un buen mechón canoso de vello que lucía con orgullo. Ella, por el contrario, era menuda y frágil, pero hablaba trasmitiendo la misma vitalidad que Sean. Su maravillosa sonrisa evocaba también a su hijo. Le dio la impresión de que los Roberts se habían dedicado a trabajar sin descanso durante toda su vida con el objetivo de dar a Sean un cálido hogar en Washington en el que crecer y desarrollarse como persona. Eran transparentes y no aparentaban ser lo que no eran.

Los cuatro estaban sentados en una de las mesas redondas de mantel blanco, cubiertos plateados y señoriales copas que se ubicaban junto a la ventana, que estaba dividida en pequeñas ventanas como si fuera un crucigrama. Los camareros vestían con amplios mandiles blancos, chaleco rojo y pantalones negros. Había mujeres y hombres por igual. Madeleine recordó las imágenes que descubrió en internet y le agradó comprobar que no hacían justicia: era más bonito verlo con sus propios ojos. No solo las paredes eran de madera, sino también las vigas del techo de la que colgaban dos lámparas. Le dio la sensación de encontrarse en un camarote de un barco del siglo XIX, de esos que salían en busca de excitantes aventuras.

La profunda estupefacción de conocer a los padres de Sean, cuando su romance parecía condenado a terminar pronto, había pasado dejando un poso de cierta calma y resignación a lo inevitable. Si alguna amiga le hubiese contado la situación que ella misma estaba viviendo, sin duda tildaría de loco a su pareja en cuestión. Sin embargo, pensándolo bien, encajaba a la perfección con la personalidad de Sean. A él los convencionalismos sociales no le importaban lo más mínimo. Más bien parecía regir su vida a través de impulsos emocionales, según lo que dictase en aquel momento su corazón así se comportaba, sin importar lo que pensaran los demás. ¡Con qué facilidad dirigía Sean su vida! Ella debía aprender a mirar con la misma estupenda simplicidad.

—Mi hijo me ha hablado maravillas de ti —le confesó la Sra. Roberts mientras padre e hijo conversaban sobre deporte. Cada uno se había pedido un plato distinto con una ensalada César para compartir. El resto de las mesas estaban llenas por lo que estaban rodeados de un murmullo constante—. Está como un niño con zapatos nuevos.

—Sean es un hombre encantador, bueno y con una personalidad arrolladora —Madeleine se limpió la boca con la servilleta y se dedicó un largo sorbo de agua mineral con gas. Le gustaba el tono de voz de la madre de Sean: encerraba cierta armonía y dulzura que le agradó de inmediato.

—Yo nunca le había visto de esa manera. Ha tenido muchas novias, ¿sabes? Y siempre le he pedido que siente la cabeza, pero él siempre me decía que era una pesada. Creo que por fin te ha encontrado. El Señor me ha escuchado —posó una mano ajada sobre la de Madeleine. La Sra. Roberts la miró con seriedad—. ¿Tú le amas verdad?

Madeleine tragó saliva. ¿Cómo iba a responder a esa pregunta tan comprometida si ella misma estaba hecha un tremendo lío?

—Como quien dice nos acabamos de conocer, Sra. Roberts. Pero estoy viviendo con él unos días increíbles. Estoy sintiendo algo muy fuerte que no sé si es amor. ¿Cómo lo supo usted cuando se casó con su marido?

—Simplemente supe que no podría vivir sin él.

Madeleine sonrió para sí misma. Otra vez la inspiradora sencillez de la vida.

—Me gustas, Madeleine. Eres honesta —le dio palmaditas en la mano—. Me podías haber dicho lo que quería oír y haber quedado bien... Pero una cosa te digo. Si lo dejas escapar te arrepentirás toda tu vida.

—Lo tendré presente. Y gracias por su consejo, se lo agradezco profundamente

Sean interrumpió para preguntarle algo a su madre y Madeleine

aprovechó para lanzar otra mirada al legendario restaurante. Se imaginó a su madre sentada a una de las mesas, joven, inocente, llena de planes e ilusiones, excitada por vivir en una de las ciudades más importantes del mundo. Se imaginó a Paul de camarero, interesado en una chica británica, sonriendo, atento a cada detalle para complacerla. Un juego de miradas seductoras, una corriente eléctrica que los une, una conversación interesante, los nervios... ¿No era lo mismo que le estaba ocurriendo a Sean y a ella?

# #

Su padre, un maduro Paul Green, la miraba con ojos tiernos desde la fotografía que sostenía entre las manos. Era un primer plano, sonriendo y mirando a la cámara con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado en actitud cercana y amistosa. Llevaba el pelo ligeramente alborotado y vestía con una elegante camisa blanca de algodón. Le miró en silencio durante unos minutos, olvidándose de todo lo que sucedía a su alrededor, como si pudiera establecer un diálogo con él de corazón a corazón. Él había muerto sin saber siquiera de su existencia y eso causaba un extraño vacío dentro de ella. Era una mezcla de frustración y tristeza. Jamás tendría la oportunidad de tenerlo delante para al menos sentir la presencia de quien ayudó a darle la vida, sentir ese palpitante e invisible vínculo que ayuda a determinar la identidad de una persona. Todo eso, tan valioso, ella lo había perdido sin apenas una mínima oportunidad de conseguirlo, así que no le quedaba más remedio que superarlo.

—Esa foto la sacamos en su cumpleaños. ¿Cuántos años cumplió, Sally? —preguntó Linda. Las tres se encontraban en el salón de casa de sus padres, aprovechando que Harry y Catherine se habían marchado a disfrutar de un fin de semana para visitar las cataratas del Niágara.

—Cincuenta y uno —dijo ella, cruzando las piernas, sosteniendo una taza de café—. Le organizamos una fiesta sorpresa, aquí. Trajimos incluso unos mariachis para que le cantaran Feliz cumpleaños. Se llenó de gente y le entregaron un montón de regalos.

—Sí, ¡sobre todo ropa! —exclamó Linda, recordando la cara de radiante felicidad de su añorado padre—. Camisas, calcetines y una sudadera para hacer deporte.

—No se la puso ni un solo día. Odiaba hacer deporte. Como mucho, le gustaba pasear por el barrio con mamá y poco más. Decía que el deporte perjudica la salud.

—Yo creo que se pegaba tantas horas trabajando en el restaurante que luego no le apetecía más que descansar.

—También es verdad.

—¿A vosotras os gusta hacer deporte? —preguntó Madeleine mientras dejaba la taza de café sobre la mesa y cogía una de las sabrosas pastas de la fuente.

Ambas hermanas negaron con la cabeza.

—¿Y a ti? —preguntó Sally.

—A mí tampoco —y las tres hermanas sonrieron, divertidas de encontrarse algo en común que parecía hereditario.

—No somos modelos de pasarela, pero nuestras siluetas no están nada mal. Hemos sido bendecidas con un metabolismo excelente —afirmó Sally, quien luego se puso de pie para comprobar que Michael y Erica, cada uno en su carrito, continuaban durmiendo.

—Pues papá tenía una hermosa barriga —dijo Linda a la vez que mostraba a Madeleine otra fotografía de su padre. En ella se veía en bañador rodeando con sus brazos los hombros de Sally y Linda, que eran unas niñas. Detrás se asomaba una piscina cubiertas de reflejos del sol.

—Una vez empezó una dieta, ¿te acuerdas, Linda? —dijo su hermana una vez que hubo regresado al sofá.

—Claro que me acuerdo —y miró a Madeleine, que estaba ávida por saber más de su padre—. De un día para otro decidió que solo iba a comer pescado, fruta y verdura, es decir, vegetariano. Se había comprado un libro con no sé cuántas recetas que pensaba seguir estrictamente. Pasó un día entero diseñando el cuadrante de las próximas tres semanas, desayuno, almuerzo y cena. ¿Cuánto tiempo le duró exactamente su fiebre?

—Por la noche dio por terminada su dieta. Se zampó una hamburguesa con patatas fritas.

—Para lo personal, siempre fue un poco desastre, pero como profesional siempre se entregó al máximo y estaba comprometido con lo que hacía y con la gente que le rodeaba. Siempre le vimos tratar con mucho respeto al personal, y, mira, la prueba está ahí. Sean, Hassan y Mary trabajaron con él muchos años.

—Habláis con tanto cariño de él. Me hubiera gustado conocerlo —dijo Madeleine haciendo una mueca de disgusto.

Linda le acarició el hombro, sintiendo como propio el dolor de su hermana mayor.

—Y él a ti, créeme lo que te digo. Estoy convencida de que si se hubiera enterado en vida, le habría encantado conocerte. Incluso habría viajado a Cambridge si hubiera hecho falta.

—Estoy de acuerdo —dijo Sally—. Y si hubiera sabido que te habrías liado con Sean, bueno, se hubiera puesto loco de contento. Siempre lo quiso con locura. Estaba muy orgulloso de él.

—¿Sois ya oficialmente pareja?

Madeleine no supo qué responder, pero las miradas inquisitivas de Sally y Linda le obligaron a responder.

—Me de miedo pronunciar esa palabra. Él me ha dicho que está enamorado de mí. A veces me siento agobiada, me gustaría que las cosas siguieran su propio ritmo. Vivo en un dilema. Quiero irme a casa, pero también quiero quedarme. Estoy hecha un lío, y mientras tanto me dejo llevar.

Se formó un pequeño silencio, momento que aprovechó Sally para preguntarle acerca de algo que les llevaba rondando por la cabeza desde hacía meses. Debido a su distanciamiento jamás se le hubiera ocurrido sacar al tema, pero la situación entre ambas había cambiado y se animó a hacerlo.

—Madeleine, en internet encontramos unas noticias tuyas acerca de una extraña desaparición...

Ella asintió con la cabeza lentamente. No le costaba comprender la curiosidad por su pasado, más aún cuando existe un pasaje de su vida que salió en los medios de comunicación. Le disgustaba recordarlo, pero entendió que de alguna forma les debía una explicación si deseaba que el precario vínculo que las unía no se resintiese.

—Sí, sé a lo que te refieres... —dijo mirando a Sally y Linda, que estaba callada, dudando si Madeleine arrojaría algo de luz al misterio. Ella se moría de curiosidad, pero jamás hubiera sido tan directa como su hermana.

Madeleine notaba las apremiantes miradas sobre ella, pero tuvo la calma para ordenar sus pensamientos y tomar aire.

—Si no quieres contarlo, lo entendemos —le dijo Linda con la mayor delicadeza posible.

—No te preocupes —Madeleine acompañó sus palabras con un gesto de la mano—. Está bien. Lo que pasó forma parte de mi vida y no lo puedo cambiar, así que he de asumirlo. Quiero que sepáis lo que sucedió y también espero para que podáis perdonarme, porque aquel día creo que perdí el juicio.

Linda se acercó a ella y le pasó el brazo por los hombros. Madeleine sonrió, agradecida por su calidez y cariño.

—Hay un hombre en mi vida, James, con el que llevaba saliendo casi tres años de forma intermitente. Lo hemos dejado, hemos vuelto, lo hemos dejado... En fin, ese tipo de relaciones que son de ida y vuelta que parecen que terminan pero no es así, esa llama nunca deja de apagarse. Está casado y tiene dos hijas —hizo una pausa para examinar sus reacciones, pero ninguna pareció sorprendida o indignada—. Lo conocí cuando fue a la universidad a dar unas charlas sobre la interpretación en el teatro. Él es muy conocido. Yo trabajaba de correctora ortotipográfica para una editorial y tuve suerte de que me consiguieran una entrada. Su elocuencia, su madurez, cultura e

incluso su toque arrogante me cautivó al momento. Aunque soy muy tímida, saqué el empuje para acercarme y entablar una conversación con él. Luego tomamos un café, luego un almuerzo, paseamos por Cambridge, hablábamos y hablábamos de literatura, cine, escritura, de todo. En fin, yo cada vez estaba más prendada de él, creo que incluso pensé que me había enamorado. Aunque su anillo de casado estaba bien visible, yo no pude resistirme a la tentación y esa misma noche acabamos durmiendo en mi apartamento —Madeleine se reacomodó en el sofá. Notaba sus emociones a flor de piel—. Poco a poco, a base de llamadas y encuentros furtivos empezamos una relación clandestina. Como era un hombre conocido nuestros encuentros eran en hoteles discretos o en casas rurales muy alejadas de Londres. Siempre solos, sin relacionarnos con nadie más, como dos náufragos. El año pasado me planté y le pedí que dejara a su mujer. No podía más con esa relación tan claustrofóbica. Me dijo que sí, que la dejaría y yo le creí a pies juntillas, como una tonta. La noche del accidente en el coche fue la noche en que me dijo que no había podido decírselo a su mujer. Yo había preparado las maletas porque habíamos decidido hacer un viaje a París para celebrar nuestro amor. Incluso se lo había dicho a mis padres. Estaba muy ilusionada, por eso cuando supe que nada había cambiado, me derrumbé. Me sentía una fracasada y una tonta, qué sé yo... Fueron tantas cosas las que pensé. Lo odiaba con toda mi alma y se me ocurrió que James debía pagar por sus mentiras. Me subí al coche con las maletas y busqué una zona alejada, un bosque, donde a propósito me estrellé contra un árbol. Quería desaparecer y que la policía pensara que James me había asesinado... Pero cuando me encontraron en el hotel ya había recobrado el sentido común y les dije que había sufrido un ataque de amnesia y se lo creyeron... —Las expresiones de Sally y Linda reflejaron la gravedad de lo acababa de confesar. Madeleine enmudeció, sintiéndose avergonzada—. Mis padres no saben nada de esto y me morirían si lo supieran.

—Todos tenemos nuestros momentos bajos —dijo Linda, intuyendo que ella ya se había castigado por su error y lo que necesitaba era una pizca de compresión.

—Es verdad lo que dice mi hermana. Eras una mujer dolida. Nadie te puede culpar por eso —apuntó Sally que al ver a Madeleine tan vulnerable sintió lástima.

—Gracias, chicas. Os agradezco vuestro apoyo, pero metí la pata hasta el fondo. Me dejé llevar por el odio y perdí la cabeza. La relación con James sacó lo peor de mí misma.

—¿Entonces a raíz de «eso» se terminó la relación?

—No, pasado el revuelo retomamos la relación gracias a que él me perdonó. Yo le amaba o creí que lo amaba y no quería perderlo. Me

sentía muy sola. Pero terminé con él al poco de llegar a Nueva York. Hace meses que no sé nada de James y espero que siga así.

Madeleine descansó la espalda sobre el sofá. Se había vaciado y notaba un ligero cansancio, aunque al mismo tiempo se sentía bien consigo misma. Ya estaba dicho y le gustó la sensación de que no tenía nada más que ocultar.

—¿Sabéis? A veces pienso que venir a la ciudad para conocer cómo fue Paul y conoceros a vosotras, solo fue una excusa para alejarme de James.

—A ese tal James, si lo tuviera delante, le daría un buen puntapié en sus partes íntimas. Ese hombre es el jodido demonio —dijo Linda, y Madeleine y Sally se quedaron estupefactas ante el comentario tan poco propio de ella.

—Pues vaya con mi hermanita. Ese genio lo tiene bien escondido... —dijo Sally, impresionada, con las manos en jarras.

—¿Lo sabe Sean? —preguntó Linda ignorando el comentario de su hermana.

—¿Sean? —Madeleine miró a ambas como si fuese la primera vez que cayera en ello—. Pues no. ¿Creéis que se lo debería decir?

—Sí —dijo Linda.

—No —dijo Sally.

—Gracias, eso lo aclara del todo —dijo Madeleine, igual de dudosa que antes.

—Él sabe el asunto de la desaparición —Sally dejó la taza sobre la mesa—, Jack y yo se lo dijimos, y luego yo se lo conté a mi hermana. Si él te lo pregunta, se lo dices; si no, espera hasta que sientas que ha llegado el momento.

—Sin duda, él está esperando a que se lo cuentes, aunque yo creo que es un detalle de tu vida que a Sean no le va causar ningún problema. Sus sentimientos no van a cambiar.

—La forma en que te cuidó en el hospital... Es un encanto, Madeleine. Es que los hombres americanos enganchan, ¡te lo decimos nosotras!

—Nunca olvidaré cuando sacó la mochila con la comida. No sé, es uno de los gestos más bonitos y originales que nunca han tenido conmigo. James, como mucho, me enviaba flores por mensajero en mi cumpleaños y poco más. Hacía tiempo que me no sentía importante para alguien —dijo en un arrebato de sinceridad.

Linda se acordó de algo que llevaba días en alguna parte de su mente esperando a ser sacado a la luz.

—Sally, por cierto. ¿A qué no sabes a quién vi cuando salíamos del hospital? —su hermana abrió la boca, pero Linda no esperó a que respondiera—. A tu antiguo jefe, Thomas Rudd.

La cara de Sally se ensombreció de repente. Fue como si le

hubieran golpeado en el estómago. Si existía un amargo recuerdo en su vida capaz de cambiarle el estado de ánimo en un segundo, ese era el de ese miserable. Hubiera preferido que nadie jamás se lo mencionara, pero no podía culpar a su hermana, ya que nunca le había mencionado nada de su tragedia.

—¿Qué pasa? —preguntó Linda, alarmada. Madeleine miró a ambas sin saber muy bien qué decir.

Sally se echó hacia atrás, se cruzó de brazos y frunció el entrecejo. El dolor, la rabia, el miedo y la frustración despertaban de nuevo en su interior. El hecho de que siguiera en la ciudad no le sorprendía y le recordaba que se podía cruzar con él en cualquier momento.

—¿Qué pasa? —insistió Linda.

Un sentimiento se abrió paso en Sally, el sentimiento de la necesidad de contarlo, de abrirse, de lo contrario, lo que le pasó seguiría acumulando telarañas y moho en algún rincón de su mente. Había llegado el momento de desvelarlo.

—Ese hombre me violó en su despacho —dijo secamente y enseguida las lágrimas brotaron sin que nada lo impidiese.

—¿Qué? —Linda sintió que el salón le daba vueltas. Todo le tembló. Se le ocurrió una multitud de preguntas pero la imagen de su hermana rota por el dolor la conmovió profundamente. Se levantó y fue abrazarla—. No lo sabía, ¿por qué no me lo dijiste? Lo siento mucho de verdad.

—Perdóname. Debería habértelo contado antes, pero cada vez que pensaba hacerlo tenía un nudo en la garganta —dijo Sally con el rostro cada vez más enrojecido—. No es fácil sacar el tema. No quería que nadie se preocupase por mí, por eso fue.

—No tengo nada que perdonarte —dijo Linda con un hilo de voz —. Aquí me tienes para lo que necesites.

Madeleine no se movió de su asiento pues pensó que debía darles intimidad, sin embargo, cambió de opinión al instante. La irrefrenable necesidad de mostrar consuelo y amor fraternal le pudo más que la rigidez de las normas sociales. Se levantó también y las abrazó a ambas, ofreciendo su ternura y calidez. Notó el brazo de Sally rodeándola por la espalda, aceptándola en su tormento.

—Lo siento mucho, Sally —dijo Madeleine con la voz ronca. Por primera vez tuvo constancia de que tenía hermanas de corazón.

Capítulo 17

Desde la casa de Catherine y Paul las tres hermanas tomaron un taxi hasta el Rainey Park para que Madeleine conociera uno de los rincones favoritos de su padre para escribir. Esa era una de las razones por las que ella había venido a Nueva York, para arañar cualquier pizca de vida que su padre le había dejado sin saberlo, y así dibujar en su imaginación su personalidad con los retazos que iba encontrando a su paso. Era desolador pero muy estimulante a la vez. Sin embargo, la verdad era cruel: Paul Green probablemente seguiría siendo un misterio insondable para ella durante su existencia. Debía enfrentarse a ello con madurez y pasar página. No le podía culpar por abandono o desinterés, puesto que él ignoraba su nacimiento, así que no cabía sumirse en reproches inútiles.

Sin embargo, lo que se abría frente a ella quizá era mucho mejor, solo el tiempo lo diría. Caminando junto a Sally, Linda y los carritos con sus sobrinos, sintió que no era una locura pensar que encontraría un hueco en la numerosa familia, si no lo había hecho ya. Ese cálido y balsámico abrazo entre las tres en la casa de los Green había sido como un pacto de amor y lealtad, al menos ella así lo había percibido. Sally, por fin, la había aceptado y eso le causaba una inmensa alegría. Era bonito pasear por Nueva York bien acompañada camino a cumplir una pequeña misión llena de nostalgia y sentimiento.

Sally dejó que Madeleine cargara a Michael, que se había despertado y requería su dosis de atención, y ella se encargó de entretenerlo con cosquillas e improvisando algún que otro juego. La

genuina risa de su sobrino le producía una satisfacción que le costaba describir. Le encantó que fuera sociable y que no pusiera ningún reparo a que ella lo llevara en brazos, al contrario, parecía encantado. «Soy la tía Madeleine», pensó ella, medio extrañada todavía, como si aún no se hiciera a la idea.

—Ya hemos llegado —anunció Linda señalando el parque. Sally se llevó a Michael para que correteara a su gusto. Erica seguía durmiendo a pierna suelta.

—Es precioso —Ante los ojos de Madeleine se desplegaba el ancho río desprendiendo vida y calma. Al otro lado de la orilla los rascacielos eran como faros atentos que todo lo veían. Cerca de ella las mesas y sillas estaban llenas de personas tomando un café, escribiendo o leyendo, con árboles formando hileras a sus espaldas. Era conmovedor encontrar ese soplo de aire en medio de la vorágine de la ciudad.

—Mi padre solía sentarse a una de esas mesas —dijo Sally señalando a un grupo que estaba más cerca de la orilla. Un camarero de camisa negra y pantalón a juego tomaba nota de las bebidas a una pareja de ancianos de raza negra— y escribir una mañana o una tarde entera. Le gustaba escuchar algo de bullicio cuando escribía. Me dijo una vez que le gustaba oír el palpitar de la ciudad.

Era emocionante para Madeleine observar con sus propios ojos lo que su padre a su vez había observado para, quién sabe, buscar inspiración o reflexionar. Esa conexión que ella buscaba con desesperación entre ambos era algo frágil, pero con la visita al parque se infundió de ánimo. Se prometió a sí misma que volvería sola con su ordenador, que traicionaría por una vez su querida biblioteca para colocarse en el lugar de su padre y sentir que era el testigo de cómo palpitaba la ciudad. No veía la hora de que sucediera.

Algo golpeó en sus piernas, por lo que se giró para descubrir a Michael, con la vista alzada y sonriendo como un pícaro. Su madre se acercaba con el carrito mientras que Linda despertaba a Erica para que luego no se durmiera tarde.

—¡Hola! —levantó los brazos y Madeleine lo volvió a tomar en brazos.

—¿Qué te parece el parque? ¿Te gusta? —preguntó Sally.

—Es una maravilla, como una joya escondida. Es sencillo, pequeño pero con encanto. Se tiene que estar a gusto.

—Él solía pedirse una manzanilla cuando venía por la tarde —dijo señalando una sólida mesa de aspecto reluciente, acompañada de un par de sillas de mimbre que se adivinaban confortables. Le echaba tanto de menos que dolía. Pensó que no había sido una buena idea acompañarlas.

Linda se acercó con Erica sostenida por un brazo y con la mano

libre empujando el carrito. Hacía tiempo que no pasaba por el parque y se dijo que debían hacerlo más a menudo.

—Gracias por traerme aquí —les dijo con una sonrisa—. Sé que es vuestro padre, más «vuestro» que mío, pero para mí es importante conocer algo más de él, algo que pueda palpar, ver y oler, si no, todo me parece lejano.

# #

Aquella tarde del mes de julio, con el cielo lleno del esplendor del verano, Madeleine acumuló sobre la cama de su apartamento una importante cantidad de prendas sin orden ni concierto, compradas en Nueva York en todo tipo de tiendas. En menos de una hora Sean pasaría a recogerle y aún no sabía bien qué ponerse para otra de sus citas sorpresa. A regañadientes, después de mucho insistir, Sean le había dado alguna pista: «un paseo cerca del mar, un regreso a la infancia», le había dicho no sin cierto misterio. A pesar de que ya se habían acostado, no pudo dejar de sentir una ligera corriente de nervios atravesarle el cuerpo. Y es que no importaba la madurez y la experiencia que ella atesorara a sus treinta y tres años, los nervios siempre hacían acto de presencia. Al contrario de lo que pudiera parecer, eso le pareció una buena señal, pues significaba que le importaba mucho.

Pero antes debía resolver el asunto de la ropa.

Por suerte, contaba con la inestimable ayuda de Sally quien había acudido a socorrerla para dar su opinión. Tenerla al lado para compartir su inquietud le pareció una experiencia gratificante que hacía tiempo que no disfrutaba. Cierto es que en la universidad sus amigas también le orientaban y ella, a su vez, también ofreció su ayuda en momentos similares, pero con Sally la escena adquiría un matiz diferente, como un ingrediente inédito. Al tratarse de su hermana se volvía todo más familiar, incluso más íntimo y se sintió extraña al experimentarlo a una edad tan avanzada, cuando meses atrás jamás hubiera pensado que iba a evocar esas emociones.

Después de arduas deliberaciones, Sally eligió un bonito vestido largo de color azul con un estampado floral, con abertura en las mangas y cuello en pico. Estaba algo arrugado por la falda.

—Me lo compré hace un mes en una tarde aburrida y ya lo había olvidado —dijo Madeleine mientras se miraba al espejo de cuerpo entero. La forma del vestido le acentuaba la cadera y el estampado le

brillaba la cara.

—Te queda fenomenal. A ver si me lo prestas algún día —dijo Sally sentada sobre la cama—. ¿Con qué zapatos lo vas a llevar?

Madeleine rebuscó en el zapatero y fue sacando pares con objeto de que Sally diera su visto bueno. Hasta el cuarto o quinto no vio el brillo en los ojos de Sally que le dio a entender que había dado con el adecuado. Unas sandalias con plataforma con unas bonitas correas doradas.

—Cuando te vea Sean va a enloquecer —apuntó Sally.

Al ver la hora en el reloj de la mesita de noche, Madeleine soltó un respingo.

—¡Solo me queda media hora! Tengo que planchar el vestido, ducharme, maquillarme...

Sally se puso en pie de un salto.

—No te preocupes. Yo me encargo de la plancha, tú vete a ducharte. Solo dime dónde está la plancha y la tabla de planchar.

—¡Gracias! Están en el armario del salón. Te debo un favor. Si te hace falta que haga de canguro alguna noche, me avisas.

—Lo tendré en cuenta. Créeme. Jack y yo necesitamos alguna noche a solas. Entre el trabajo y Michael estamos agotados. Ya me entiendes...

—Claro que te entiendo.

Después de una rápida ducha, se puso el vestido que lucía inmaculado, sin arrugas. «Sí, sin duda es una buena elección», se dijo mirándose al espejo del baño con el secador en la mano. Luego continuó con la rutina del maquillaje, un poco de sombra aquí y allá, un delineador para las cejas y una pizca de brillo en los labios. Se dio cuenta de que tenía unas enormes ganas de sentirse deseada.

Oyó que llamaron al portero automático y que Sally acudía a comprobar si era Sean.

—¡Dile que bajo enseguida! —exclamó ella con apremio.

—Todavía le quedan quince minutos —le oyó decir a Sally.

A todo correr, Madeleine se colocó los zapatos, una pulsera ancha de color blanco y se dirigió al salón para encontrar su bolso con todo lo necesario para su supervivencia.

—Ya me contarás adónde te ha llevado tu Romeo. Eso de regreso a la infancia es de lo más enigmático que he oído a mi vida.

—Espero que esta vez mi vida no corra peligro, como cuando me tiré en paracaídas con él. ¡No encuentro el monedero!

Madeleine se puso a rebuscar en los cajones de la cómoda.

—A mí hermana nunca la logró convencer. Es una miedica. Yo sí me he tirado un par de veces y convencí a Jack para que lo hiciera al menos una vez —dijo con orgullo—. Pero yo creo que esta vez te llevará a un sitio más tranquilo.

Al abrir el enésimo cajón, Madeleine soltó una expresión de júbilo.

—¡Ya lo encontré! ¡Ya estoy lista! —de repente salió disparada hacia el baño—. ¡No, espera, falta el perfume!

Diez minutos después, ambas salieron del apartamento y tomaron el ascensor. Madeleine seguía atacada de los nervios, pero logró la calma necesaria para agradecer a Sally su divina intervención.

—Ha sido todo un detalle por tu parte venir a mi auxilio.

—Qué menos podía hacer. Tú me salvaste de un atropello seguro —le dijo su hermana—. Y eso que había sido una antipática contigo desde el principio.

Madeleine giró la cabeza, comprensiva.

—Es normal. Era una situación de lo más extraña. Yo hubiera reaccionado de la misma manera, pero me alegro mucho que nos llevemos mejor.

—Bueno, tampoco hay que emocionarse —Sally le guiñó un ojo, divertida.

Capítulo 18

El último suspiro del sol inundaba Luna Park con una preciosa y desvaída luz morada. La luna aún estaba agazapada esperando su turno pero ya empezaba a notarse su influjo. Corría una suave y ligera brisa espantando el tedioso calor hasta el día siguiente. Era el apogeo del verano. Se veían caras bronceadas, pantalones cortos, brazos desnudos, faldas al vuelo... Los niños correteaban con cara ansiosa y a grito pelado esperando subirse a la próxima atracción, mientras que los adultos caminaban con parsimonia en medio de las diversas sinfonías eléctricas que provenían del tiovivo, de la montaña rusa o el carrusel. En el ambiente flotaba el olor a algodón de azúcar y a pólvora. Todo era un pequeño reino de color, música y nostalgia en Coney Island, a la orilla de la bahía.

—Espero que te guste la idea de pasar una cita aquí —dijo Sean a la vez que caminaban por el ancho paseo de madera al borde de la playa. Hacía unos minutos que se habían bajado del coche y él estaba algo preocupado porque Madeleine apenas había pronunciado palabra alguna.

Ella se tomó su tiempo en responder. En ese momento, sus emociones vibraban como palomitas de maíz. Había sentido un estremecimiento al tomar conciencia de dónde estaba y lo que significaba «el regreso a la infancia». Le entusiasmaba la idea de volver a ser una niña, aunque solo fuese por una noche.

—Eres alguien muy especial Sean. Lo normal hubiera sido un restaurante caro, unas flores... pero tú siempre te esfuerzas en aportar

algo más —dijo mirándole con asombro y admiración.

Sean, animado por su respuesta, le plantó un beso en la mejilla y la tomó de la mano. Mientras ella seguía con la mirada llena del refulgente Luna Park, él aprovechó para observarla. Nada más verla en el portal del edificio de su apartamento le había mencionado lo hermosa que estaba, pero ahora, en aquel preciso instante, se le antojaba que no existían palabras suficientes para definir a Madeleine. Era excepcional de la cabeza a los pies.

—De pequeño mis padres nos solían traer al menos una vez cada verano, cuando todo esto se llamaba Astroland. Lo volvieron a construir y lo modernizaron, y he de admitir que está mucho mejor que en mi época. Se ve todo más cuidado y limpio —dijo Sean con un poso de nostalgia.

—En mi memoria lo tengo todo difuso. Ahora no recuerdo bien cuándo fui la primera vez a un parque de atracciones. Tendré que preguntarles a mis padres, pero sin duda los echaba de menos.

A lo largo del paseo la gente se sentaba en los diversos bancos de madera para tomar un helado, o simplemente conversar o deleitarse con la grandeza del mar. Sobre la arena algunos se aventuraban a prolongar la experiencia y se sentaban o se mojaban los pies en la orilla. Luna Park estaba lleno de vida y el contraste con la lujuria de cemento y cristal de Nueva York era salvaje.

—Venga, Madeleine —Sean le tiró suavemente de la mano—, ¡Vamos a subirnos al Cyclone!

—¿Cyclone? ¿Eso qué es? —Instintivamente alzó la vista y se topó con el luminoso letrero en lo alto de la montaña rusa, coronado por dos banderas, la estadounidense y la italiana.

La suerte quiso que ambos ocuparan la primera fila. Detrás de ellos, una nube de padres, niños y adolescentes formando bullicio. Madeleine se fijó en las pronunciadas bajadas y subidas y se posó una mano en el pecho, como si quisiera calmarlo ante lo que avecinaba.

—Después de tirarte en paracaídas a diez mil pies de altura, esto es pan comido para ti —dijo Sean sonriendo.

—Sí, claro —ella titubeó, pero no tuvo tiempo para más porque enseguida percibió el traqueteo del vagón sobre los raíles.

—¡Allá vamos! —exclamó Sean, pletórico de energía.

Madeleine se agarró con fuerza a la barra protectora mientras subían con lentitud a la cima. Era como una lenta agonía. Detrás de ella se agolpaban las risas nerviosas. Al traspasar el umbral de las banderas se maravilló con las vistas, sin embargo, fue un instante efímero porque enseguida notó el trepidante vacío en el estómago cuando cayeron a toda velocidad. Gritó como si le fuera la vida en ello, al igual que Sean que disfrutaba tanto que parecía su primer viaje. Las subidas y bajadas se sucedieron sin descanso a lo largo de

todo el circuito hasta que por fin el vagón se detuvo. Madeleine dejó escapar un profundo resoplido.

—¿Otra vuelta? —preguntó Sean frotándose las manos.

—Luego. Creo que entre el salto en paracaídas y la montaña rusa ya he tenido suficiente durante los próximos diez años.

—Está bien, como quieras, «abuela» —y Sean soltó una risotada por la que fue obsequiado de parte de Madeleine con un ligero y rencoroso golpe en el antebrazo.

Al poco, el olor a queso fundido les atrapó sin remedio, así que, hambrientos, se acercaron hasta el lugar del crimen, una modesta pizzería llena de clientes. Madeleine se pidió una cuña de la tradicional pizza de Nueva York junto a una gaseosa y Sean se decantó por una Napolitana con una cerveza. Por fortuna, encontraron asiento justo después de pedir. Ambos se mostraron de acuerdo en que las pizzas estaban deliciosas, incluso intercambiaron mordiscos para ampliar el registro de sabores.

Cuando salieron de nuevo al parque, la noche se había adueñado del cielo y las luces de Luna Park brillaban con más intensidad y locura. No muy lejos de ellos se erigía el Thunderbolt, que consistía en otra montaña rusa; o el Brooklyn Barge que imitaba el vaivén de las olas en una tormenta, o el Zenobio que era como un columpio gigante.

—¿Es que no hay ninguno más tranquilo?

—Sí, hay juegos como el Bazooka Blast —le dijo Sean sin soltarla de la mano—. Creo que te va gustar.

Después de sortear varias atracciones gigantescas, llegaron a una carpa de colores vivos donde una chica joven vestida con chaleco enseñaba a disparar a un padre y a sus niños. El juego era de lo más sencillo: si derribabas las seis latas de un solo disparo ganabas un premio. El arma consistía en una aparatoso bazuca que lanzaba la pelota de trapo gracias a un llamativo pulsador. Los niños disparaban por turnos y con una puntería desastrosa, pues apenas consiguieron derribar una lata. El más pequeño se cruzó de brazos y dio la espalda al arma, enfurruñado, por lo que el padre dio por finalizado el juego y abandonaron la capa entre las quejas de los hijos.

—Es nuestro turno —dijo Sean, que ya había pagado a la empleada —. Venga, tu primero.

Madeleine se inclinó ligeramente, agarró las asas con ambas manos y procuró apuntar, aunque costaba ya que la bazuca estaba fijada a una plataforma circular que se movía de un lado a otro al mínimo gesto. Apretó los labios y apuntó al centro de la tosca construcción de tres latas en la base, dos encima y una en la cúspide. La bola salió formando una precisa curva aunque por poco golpea a la chica que se había colocado a un par de metros del escenario. Madeleine cerró los ojos, incrédula. Sean se partió de risa. La empleada no pudo evitar

reprimir una sonrisa.

—¡Casi lesionas a la pobre chica! —exclamó Sean, divertido.

—¡No es mi culpa si se pone en medio! —Madeleine agitaba los brazos, frustrada.

—Así me gusta, con excusas originales. Típico de los Green. Es mi turno —Sean tomó posición delante de la bazuca, esperó a que la empleada colocara las latas y apuntó exagerando sus acciones, como si fuese un experimentado tirador. Justo cuando pulsó el botón, Madeleine sin disimulo le golpeó el codo para que fallase el tiro. Sean se quejó amargamente. La bola salió de nuevo hacia la empleada, sin embargo, esta vez no anduvo bien de reflejos y rebotó en su cabeza con tan buen tino que fue a parar a la pirámide de las latas, derrumbándola al completo de un golpe seco. Madeleine se quedó con la boca abierta. Sean alzaba los puños al aire pegando gritos de júbilo tan altos que la gente, curiosa, se paraba a su altura para ver qué demonios sucedía.

Cinco minutos después, Sean caminaba acarreando con los dos brazos un elefante rosa gigantesco por el paseo. Madeleine lo miraba sin dejar de sonreír pues la imagen de un hombre adulto con un peluche gigantesco era memorable.

—Te lo regalo, Madeleine —dijo Sean.

—Gracias, pero te lo has ganado tú. Es tu premio —dijo con total convicción.

—Bueno, como quieras, pero luego no me lo pidas, ¿eh?

—Tranquilo, no lo haré.

—¿Damos un paseo por la playa? —preguntó Sean de repente, girándose hacia la playa. Madeleine le siguió con la mirada. Las olas batían la orilla con un sonido que parecía una delicada sinfonía, bajo el resplandor de las frenéticas luces de Luna Park. Más allá, el mar abrazaba la oscuridad fundiéndose con el cielo salpicado de estrellas.

—Me encantaría —dijo Madeleine deseosa de buscar un poco de silencio en medio del barullo.

Ambos se descalzaron. A Sean le costó algo más debido a que el peluche le estorbaba, pero enseguida sintieron la fresca arena bajo la planta de sus pies y la brisa cargada de sal lamiendo sus caras. Poco a poco el ruido del parque de atracciones se fue apagando, quedando lejos.

—¿Alguna vez has paseado por la playa de noche? —preguntó Sean.

Madeleine se pensó la respuesta durante unos segundos.

—No —dijo y entonces algo le impulsó a confesarse con Sean—. Mi última relación fue... compleja. Él era un hombre casado y nos veíamos en secreto.

A ella le preocupó que Sean la juzgara, pero él adivinó sus

pensamientos y quiso mostrarle que era una persona con una mentalidad moderna.

—Debió de ser duro para ti —le dijo pasando sus zapatos a la mano cuyo brazo sostenía el peluche y tomándola por la cintura.

Madeleine asintió con la cabeza. Después se sumió en un breve silencio como si quisiera acceder a los más profundos pensamientos. Mientras caminaban lentamente con el mar bañando sus pies le reveló el incidente de su desaparición, tal y como lo había hecho con sus hermanas. Al igual que aquella vez en casa de Catherine sintió un profundo alivio, como un peso que se quitara de encima. Por fin James pertenecía al pasado.

—Madeleine, conmigo va a ser muy diferente. Te amo, ya lo sabes.

—Sí, lo sé —susurró ella, sabiendo que Sean esperaba más de ella —. Pero...

Sean posó unos dedos sobre sus labios y evitó que siguiera hablando. Al menos esa noche no deseaba oír más inconvenientes. Todo estaba sucediendo de una manera tan perfecta que odiaba echarlo a perder con palabras. Se miraron durante un instante, el brillo de la luna se reflejaba en los inmensos ojos de Madeleine. Le apartó un mechón rubio de la frente y le acarició la mejilla. Al acercarse para besarla notó cómo se interponía el peluche.

—Un momento —dijo y con unos veloces pasos dejó el peluche y los zapatos sobre la arena, a salvo de las olas. Luego cogió los zapatos de Madeleine y los dejó junto a los suyos. Madeleine sonrió para luego dar un paso hacia él, entrelazando las manos. Sus corazones se divisaron como dos faros al borde de un acantilado. Se besaron apasionadamente, fundiéndose en un solo cuerpo, como si quisieran habitar toda la vida en la boca del otro, en los carnosos labios, en la placentera humedad, en el profundo estremecimiento que los llenaba. Besar a Madeleine. Besar a Sean. Todo era una potente luz que irradiaba sus emociones hasta dejarlos exhaustos, aunque con hambre de más.

Capítulo 19

En el apartamento de Sean, en su dormitorio, de pie frente a la cama él empezó a desvestirla sin prisa, deleitándose en cada suave movimiento ante la sonrisa de Madeleine. Primero bajó la cremallera de la espalda y se maravilló con los hombros desnudos que brillaban a la luz de la lámpara colgada en el techo. Deslizó las manos sobre la piel, masajeando, incitando, controlando el ansia de morderlos y saborearlos. Sean notaba todo el calor irradiando del cuerpo de Madeleine, que le miraba con concentración pensando en lo fácil que era sumergirse en esa magia tan excitante que solo él sabía tejer. Ella se sentía deseada cuando sus ojos castaños se posaban en los suyos y atisbaba el palpitante color de sus pupilas. Sean la amaba y la deseaba con todo el peso de la palabra.

Mientras le bajaba el vestido hasta la cintura desvelando el sujetador de encaje, una corriente eléctrica le agitó el pecho.

—Cómo me gusta desnudarte, Madeleine. Paso a paso, descubriendo tu maravilloso cuerpo —Sean, rodeando su cintura, hundió su rostro en el cuello y la abrazó durante unos largos segundos llenándose de ella.

—Hazme el amor, Sean —le susurró al oído.

Se besaron con apremio, con la mano de Sean apoyada en su espalda y la otra apretujando el trasero. Después, se quitó la camisa a toda prisa, y tomó asiento en el borde de la cama para despojarse de los pantalones. Ansioso, la acercó hacia él y metió sus manos bajo la vaporosa falda estampada para recorrer sus torneadas piernas de abajo

hacia arriba. Todo lo gobernaba la piel. Ella cerró los ojos, preparándose para lo que se avecinaba. Qué bien combinaba Sean la dulzura con el deseo, con sus manos que parecían de seda.

Lentamente, deleitándose en el movimiento, Sean fue bajándole las bragas sonriendo con picardía hasta que las tuvo en su poder. Madeleine movió las piernas para liberarse de ellas y Sean las apartó a un lado.

—Ahora viene lo bueno... —dijo él.

Sin contemplaciones, sabiendo lo que quería, metió la cabeza bajo la falda. Madeleine no pudo reprimir una juguetona risa, aunque enseguida la expresión se mudó a otra más placentera, cuando Sean, apoyándose en sus nalgas desnudas conquistó con la boca la vulva. Para complacer a Madeleine exploró cada milímetro con tanta pericia que ella bajó la cabeza, apoyándose en los hombros de él, notando cómo el aire le abrasaba los pulmones.

Incapaz de mantenerse de pie, le pidió a Sean que se tumbara en la cama y siguiera con la faena. Ella dobló las rodillas y se sentó sobre él cubriéndole con la falda, con la espalda ligeramente hacia atrás, abriéndose de piernas. Al notar que su sistema nervioso se sacudía como un terremoto lanzó su primer gemido. Luchaba por respirar sabiendo que Sean la arrastraría a la última frontera antes de perder la razón.

El orgasmo llegó casi enseguida golpeando con fuerza, sin avisar. Madeleine suspiró de lujuria, con el corazón acelerado y permaneció con los ojos cerrados hasta que Sean salió de abajo dispuesto a cambiar de postura. Su libido era tan poderosa e incontrolable que ni siquiera se permitió desnudarla al completo. Aún con el vestido sobre la cintura, la tumbó de espaldas y ella abrió las piernas para ofrecerse. El pecho de Madeleine subía y bajaba todavía recuperándose del último orgasmo. Él esperó un poco más, haciéndose de rogar, pese a que se moría por penetrarla.

—¿Quieres que entre en ti, que te atraviese? —preguntó él, quitándose la ropa interior y liberando su erección.

Madeleine tragó saliva, con el cuerpo arqueado y de perfil contrayendo el abdomen.

—Sí, por lo que más quieras... Ahora, ya...

—¿Me deseas? —Sean la miraba lleno de excitación.

—Sí, te deseo. Hazme tuya de una vez, ¡maldito!

Sean se tumbó sobre ella pero en vez de penetrarla por completo, solo introdujo la punta y jugueteó con empujes cortos y rápidos. Aquello empezó a volver loca a Madeleine.

—¿Te gusta así o prefieres que te embista?

Madeleine se pellizcó los labios. Nunca antes nadie le había preguntado en el fragor del sexo cómo le gustaba, ya que siempre

asumían lo que le gustaría y lo que no. Le pareció nuevo y sensual.

—Así… Está bien… Ah… —El corazón de Madeleine estaba desbocado y cada latido resonaba con una inusitada fuerza. Sean se apoyaba con fuerza sobre sus brazos, girando lentamente la pelvis entusiasmado mientras se deleitaba con la expresión de absoluto goce de Madeleine, de la mujer que amaba.

Cuando sus brazos empezaron a temblar, y el sexo de ella estaba ya húmedo se rindió y la penetró por completo, abrazándola, aspirando su aroma como un perfume que anulaba el resto de sus sentidos. Anhelando tocar sus pechos, le desabrochó el sujetador por delante y abriendo las palmas de las manos se apoderó de ellos con lujuria. Aún dentro de ella saboreó los pezones y luego los mordisqueó. Madeleine soltó otro profundo gemido.

—Cómo te deseo… —musitó al oído.

Sean empezó a mover la cadera en círculos, siempre constante, siempre glorioso, consciente de que ella estaba disfrutando y, eso a su vez, lo estimulaba aún más. El cabecero de la cama empezó a dar sonoros golpes en la pared hasta tal punto que un cuadro de un bonito atardecer empezó a tambalearse. Daba la impresión de que un terremoto sacudía el dormitorio.

Cuando Sean se derramó en ella, pronunció el nombre de Madeleine en un desgarrador gemido. Después le faltó el aliento y su cuerpo vibró, cayendo sobre ella, como el tronco de un árbol. Mientras recobraba el aliento, mientras regresaba a la realidad en medio de una espesa niebla, se maldijo a sí misma por saber que su relación se acabaría más pronto que tarde. Debía hablar seriamente con Sean para explicárselo. Él tenía que entender que había que ponerle fin porque todo era demasiado complejo, pero ¿cuándo lo haría? Lo único que pedía era que encontrase las fuerzas para no hacerlo demasiado tarde.

# #

Después de una gloriosa noche con Madeleine, Sean salió a correr cuando aún no había amanecido. Ella se había quedado durmiendo a pierna suelta y pensó en no despertarla. Se alegró de que no lo hubiese pillado mirándola mientras dormía ya que hubiera pensado que no era una actitud normal, sin embargo, Sean no pudo resistirse a tomarse unos segundos para alimentarse con esa bella imagen. Como si fuera un pintor buscando la inspiración en su musa, tomó asiento en el borde de la cama y la oyó respirar dulcemente. «Eso es amor. Mirarla y sentirse absolutamente conmovido», se dijo a la vez que corría sobre las aceras recién despiertas de la ciudad.

Fue estimulante observar los rayos del sol pugnar por teñir el cielo

con su majestuosa luz por encima de los rascacielos. Le encantaba correr bien temprano durante una media hora para ejercitar y activar su cuerpo. Estaba deseando regresar, ducharse y acurrucarse de nuevo sobre la cama al lado de Madeleine; despertarla a base de seductores besos...

Para su sorpresa, al entrar en su pequeño apartamento se dio de bruces con el olor a pan tostado y huevos. Madeleine preparaba el desayuno, moviéndose con soltura frente a la cocina de gas. Sobre la mesa había dispuesto un mantel que su madre le había regalado y que usaba de vez en cuando. Había zumo de naranja y algo de bollería recogida en una cesta.

—¿Has salido a correr? Espero que no te importe que haya atracado la cocina —dijo ella sonriendo—. Me he levantado con hambre.

—Claro que no, amor —Sean se acercó por detrás y la rodeó con los brazos.

—Estoy haciendo una tostada a la francesa —sobre el sartén había un par de rebanadas de pan en cuyo centro había efectuado un perfecto agujero donde resplandecía un huevo friéndose—. Espero que te guste.

—Todo lo que sale de esas bonitas manos me gusta —Sean secuestró la mano que sostenía la espátula y empezó a besuquearla.

—¡Que se van a quemar las tostadas! —gritó ella entre risas.

—Haremos otras. No te preocupes.

Sean la apartó de la cocina y le hizo dar una vuelta sobre sí misma, como si estuvieran bailando. La alegría por tenerla en casa era incontenible.

—Tenemos que regresar al club para volver a ser los reyes de la pista —sin soltarla de las manos la inclinó ligeramente hacia atrás, como si bailaran un improvisado tango.

—Cuando quieras.

Intercambiaron las miradas durante unos segundos mientras se oía el murmullo de la sartén, impaciente. El cansancio por el ejercicio físico se esfumó de golpe.

—¡Te amo! ¡Estoy loco por ti! —exclamó Sean—. ¡Casémonos!

Madeleine se irguió y bajó el fuego antes de que se quemaran las tostadas francesas.

—No digas tonterías, anda.

—Madeleine, mírame un momento, por favor —se encontró de nuevo con esos ojos azules en los que se sumergió para abrigarse con su prodigiosa calidez. Ella le clavó la mirada, atenta—. Te veo, te veo como una mujer creativa, talentosa, curiosa, que mira a la gente sin prejuicios y que no se rinde. Eres especial. Y como la guinda del pastel eres bellísima, no «guapa», o «mona», si no bellísima, porque cuando

entras a un lugar lo iluminas. Todo el mundo te mira y se asombra. Tienes ese poder que cambia a la gente. Y hemos hecho el amor, y ahora estás aquí en mi cocina preparando unas tostadas a la francesa. ¿Cómo no voy a amar a una mujer como tú?

El corazón de Madeleine se oprimió. Nunca antes le habían hablado de esa forma, con ese amor, con ese deseo, con esa divertida locura. Tenía que admitir que estaba rendida a Sean.

—Yo también te amo —dijo ella al fin, reuniendo el valor suficiente.

Sean pestañeó.

—¿Cómo?

—Que yo también te amo —Madeleine bajó la mirada, roja de la vergüenza.

—No puedo creerlo. ¿Estoy oyendo lo que que creo que estoy oyendo? Por fin —Sean se acercó a ella para celebrar el momento con otro de los besos apasionados del catálogo que habían construido desde que se conocieron. Ella abrió la boca, preparándose para el viaje, no sin antes apagar el fuego de la sartén en un instante. El olor a huevo y pan seguía flotando en el ambiente.

Se besaron durante un largo minuto, uniendo sus corazones, tejiendo el amor que les unía. Madeleine no dejaba de estremecerse al notar los fuertes brazos de Sean rodeándola. Quería que ese instante nunca se acabara, que la vida fuera así, sencilla y honesta. Sin embargo, un sentimiento de culpabilidad que ignoraba de dónde provenía empezó a agrietarle las emociones. Con delicadeza, se apartó con la excusa de que debían tomar el desayuno o, de lo contrario, se enfriaría.

—¿Sabes lo que de verdad alimenta? —dijo él tomando asiento.

—No —Madeleine le sirvió la tostada directamente de la sartén al plato. Después se sirvió ella y tomó asiento. A decir verdad, estaba hambrienta.

—Tus besos. Están llenos de vitaminas. Con un par cada mañana seré inmortal.

—Qué dulce eres, Sean —dijo mientras cortaba un trozo de la tostada y la engullía con ganas.

Sean tomó un largo sorbo de zumo de naranja.

—¿Sabes lo que estoy pensando?

—No tengo ni idea —ella se encogió de hombros.

—Que Paul estaría muy contento de ver que estamos juntos y enamorados.

—¿Tú crees?

—Claro que sí. Él me tenía un cariño enorme, ya te dije que fue como un segundo padre para mí. Hasta me aconsejaba sobre mujeres. Me decía que las tratara siempre con respeto y que cuando me llegara

la adecuada, lo sabría, como a él le pasó con Catherine. Era una buena persona, Madeleine. Siento mucho que no lo hayas conocido.

—Yo también. Tengo la impresión de que nos hubiéramos llevado bien —dijo con un poso de melancolía—, pero al menos guardaré para siempre vuestros recuerdos sobre él.

Capítulo 20

En mitad de la noche un avión aterriza en el aeropuerto JFK. Por la megafonía el capitán agradece al pasaje la elección de su vuelo y desea una feliz estancia en Nueva York. Algunos de los pasajeros, deseando bajar cuanto antes después de un largo viaje, se levantan de su asiento en cuanto la señal luminosa se lo permite. Abren el compartimento superior para acceder a su equipaje de mano y se preparan para salir formando una larga cola de caras somnolientas, hartazgo e impaciencia. Sin embargo, James permanece impasible en su asiento esperando a que todos se marchen para moverse sin estrecheces. Mira por la ventanilla para distraerse. El cielo está oscuro aunque se adivina el contorno de algunas nubes. A pocos metros, un avión abre sus tripas para que los operarios llenen la bodega con maletas de un nuevo vuelo. «Esto no para. La gente está deseosa de viajar y no importa el destino. Lo importante es moverse o huir. Por suerte o por desgracia los medios de transporte han hecho del mundo un lugar pequeño».

Cuando por fin el grueso del pasaje se ha marchado, James se levanta y echa una última ojeada por si acaso se le olvidaba algo. Coge un libro de poesía de un autor irlandés que guardaba en la espalda del asiento de enfrente y luego, alzando los brazos hacia el compartimiento superior, se hace con su maleta y lo introduce con cuidado en un bolsillo. Se recuerda a sí mismo que debe felicitar a su amigo por la excelente recomendación. El poemario es una rica muestra de nostalgia por los seres queridos. Sin duda, le ha

impresionado. «Seguro que a Madeleine le fascina».

Con el músculo del hombro derecho agarrotado por la incomodidad del asiento, James recorrió el pasillo, se despidió con cordialidad de la tripulación y pisó suelo americano arrastrando la maleta. Vestido con un polo blanco de Ralph Loren, pantalones de lino y unos impolutos zapatos de John Lobb de color caoba, esperó mesándose la barba a que llegara sobre la cinta transportadora su otra maleta. «En cuanto llegue al hotel, me tomaré un buen desayuno y después una ducha de campeonato. Estoy deseando ver la cara de Madeleine cuando me vea. Seguro de que se alegra de verme. Si tenemos tiempo acudiremos a alguna obra de Broadway, aunque seguro que ya se las ha visto todas».

En su teléfono móvil abrió la aplicación de Notas para repasar una vez más la dirección del restaurante Green House que Madeleine le había mencionado antes de viajar. Gracias a la madre de ella había conseguido la dirección de su apartamento haciéndose pasar por un viejo amigo de la facultad, lo cual no era del todo falso. Madeleine había dispuesto de tiempo considerable para conocer la vida de su padre y reflexionar sobre todo lo que quisiera ella reflexionar.

Camino al hotel, subido en el taxi que recorría Brooklyn a toda velocidad, pensó una vez más en cómo lograría entrar en contacto con ella. Al no responder sus llamadas, la única forma era encontrarse cara a cara, por lo que debía saber dónde se encontraba. Conocía sus rutinas, así que por la mañana estaría escribiendo, o en su apartamento o en una biblioteca cercana. Gracias a internet había creado un listado cerca de casa. Dedicaría la mañana a buscarla en cada una de ellas.

La habitación del Grand Majestic le entusiasmó por la elegancia del espectro de colores y el material de primera del mobiliario (el colchón era viscoelástico y de cashmere). Después de la ducha, se dedicó a guardar la ropa en los cajones y colgar sus pantalones en las perchas del armario. En mitad de la faena se acordó de que debía llamar a sus hijas. A esa hora ellas ya estarían en casa después del colegio.

—Hola, James —dijo Eleanor secamente.

—Hola. ¿Han llegado ya las niñas?

Sin decir nada más, oyó llamar a la mayor y ella se acercó a todo correr. James le preguntó sobre su día en el colegio y si había aprobado el examen de matemáticas. A sus once años, Kate era una aplicada estudiante que soñaba convertirse en astronauta. A continuación, habló con Emma, cuya vocación aún no estaba del todo clara, aunque le encantaba pintarrajear las paredes de su dormitorio. Emma le preguntó cuándo volvería, a lo que James respondió que muy pronto.

—¿Por qué estás ahí? —preguntó con su voz aguda.

—Tengo que resolver un asunto importante.

—¿Del teatro?

James se quedó pensativo.

—Más o menos. Pero enseguida nos vamos a ver y ¿qué te parece si llevo un regalo?

—Me parece bien. ¡Una princesa!

—Está bien. Cuenta con ello —pensó dónde diablos iba a conseguir una—. Ya sabes que tu padre te quiere mucho.

—Y yo también.

Cuando colgó siguió con la tarea de guardar la ropa en el armario sin dejar de sonreír pensando en sus hijas. «Es lo mejor que he hecho en la vida. Eleanor y yo hemos hecho un gran trabajo». Se imaginó trayéndose a sus hijas de Londres para que disfruten del fin de semana con Madeleine y él en Cambridge. Estaba convencido de que a ella también le gustaría. Incluso podrían planear tener sus propios hijos. Ahora todo sería diferente entre ellos. Le había costado dar el paso pero al fin le había pedido el divorcio a Eleanor y ella lo había aceptado a regañadientes, pero lo había aceptado que era lo importante.

Debía reconocer que echaba de menos a Madeleine y no pensaba volver sin ella, costase lo que costase.

# #

James pasó el resto de la mañana acudiendo a las bibliotecas que se encontraban más o menos cerca del apartamento de Madeleine. El verano apuraba sus últimos días, aunque todavía el sol apretaba con fuerza sobre las aceras. Varias veces se vio obligado a detenerse en alguna tienda a tomar una botella de agua bien fría y algo para picar. La tarea le resultaba odiosa y le estaba ocasionando un mal humor constante, pero nada más lejos de su intención que rendirse. Cuando tachó de la lista las últimas dos bibliotecas soltó una maldición. «¿Dónde se ha metido?». Lejos de rendirse, si no la encontraba en su apartamento o en el restaurante, mañana pensaba acometer la misma rutina y así hasta encontrarla. Ella era una apasionada de la lectura y le había confesado más de una vez lo estimulante e inspirador que le resultaba escribir rodeada de libros, así pues seguro que debía encontrarse en alguna. Pensó que quizá visitase la biblioteca anexa al Bryant Park, la más céntrica y emblemática de todas. No era descabellado imaginarse a Madeleine tomando todas las mañanas el metro para acudir a su «oficina».

James llamó al portero automático del bloque de edificios del apartamento, pero nadie contestó, lo que se esperaba. Por un

momento dudó de que Elizabeth Cole le hubiera dado la dirección correcta o, lo que era peor, que le hubiera puesto sobre aviso. Sea como sea, lo resolvería.

Su última parada del día era el Green House. Pese a que no esperaba que se encontrara allá, tuvo que admitir que la curiosidad lo invadía. Su padre biológico había sido dueño del negocio y estaba convencido de que ella habría pasado algunas horas ahí e incluso los empleados podían conocerla. Echó una ojeada a la decoración y decidió que no le disgustaba del todo, aunque él siempre prefería un entorno más vanguardista. Al ser la hora del almuerzo las mesas estaban casi todas ocupadas y los camareros se movían con apremio llevando platos y bebidas. La barra estaba vacía a excepción de un camarero descorchando una botella de vino tinto.

A petición del hostess, James tomó asiento en una pequeña mesa del rincón desde la que obtenía una espléndida visión de todo el restaurante. Antes de que vinieran a tomarle nota, una nube de fotografías colgadas en la pared captó su curiosidad, así que se levantó y se acercó. Era un claro muestrario del ambiente que reinaba en el restaurante, familiar, cálido, con muchas caras sonrientes y mezcla de empleados y clientes. Una de estas caras se repetía con cierta frecuencia por lo que pensó que se trataba del antiguo dueño. Pertenecía a un hombre de aspecto sonriente y bonachón que siempre rodeaba con sus brazos a los que le rodeaban. Gracias a las diferentes ropas, peinados y aspecto físico del hombre James concluyó que las fotos se habían tomado a lo largo de varias décadas. «Este ha de ser el padre de Madeleine», pensó mientras le buscaba algún parecido sin éxito. «Así a simple vista no se parecen mucho».

Cuando estaba a punto de regresar a la mesa, se fijó con sorpresa en que Madeleine se encontraba en una de las fotos. A su lado no se encontraba su padre, sino dos mujeres jóvenes con niños pequeños. Se preguntó si serían sus hermanas. «Quién sabe», pensó. De repente sintió que las tripas se le revolvían cuando descubrió que al lado de ella un joven vestido de camarero la tomaba de la cadera. La mirada entre ambos, desenfadada y divertida, transmitía una profunda intimidad que a James le hizo apretar los puños. Fue como darse de bruces contra la cruda realidad. Ni siquiera había contemplado la posibilidad de que ella conociera a otro hombre en apenas cinco meses. A todas luces, estaba equivocado.

Al posar la mirada en la barra se percató de que el camarero era la misma persona que se arrimaba a Madeleine en la foto. Luchó contra sí mismo para dominar sus emociones y se dirigió para entablar conversación y examinar a su rival. Se sentó a la barra con el gesto concentrado, pues no estaba para muchas alegrías. El hombre era alto y espigado, con movimientos enérgicos y decididos. Le costaba

comprender cómo Madeleine se había fijado en un simple camarero. Aquello le ardía como una herida que no dejaba de sangrar. «¿Qué nivel de vida le puede ofrecer un camarero? Qué bajo ha caído Madeleine o qué buenas artimañas ha empleado para seducirla. Sí, seguramente ha sucedido eso. Él se ha aprovechado de la vulnerabilidad de Madeleine por el asunto de su padre y de nuestra extraña ruptura. Ella no pensaba con claridad y se ha liado con el primero que pasaba ante sus ojos».

—Buenas tardes, ¿cómo se llama? —le preguntó en cuanto lo tuvo a tiro.

—Sean.

James lo archivó en su memoria. Se sobrepuso a su enorme deseo de agarrarlo por la camisa y le mostró la mejor de sus sonrisas. Pensó que sería estúpido montar una escena de celos.

—Sean, voy a pedir algo de comer, pero antes me tomaría una copa de vino. ¿Qué me recomienda?

—Un burdeos del 86. Sin lugar a dudas, es mi vino favorito.

—Confío en tu criterio, así que adelante. Sírveme, por favor.

Sean se giró para alcanzar la botella que guardaba en el botellero de madera.

—Con mucho gusto. Ese acento es inconfundible. ¿De qué parte de Inglaterra viene?

—De Londres. ¿Ha estado alguna vez?

—Por desgracia, no.

«No me extraña. Un sueldo de camarero no hace milagros», se dijo James. Mientras Sean vertía el vino sobre la copa, James estudiaba con detenimiento sus facciones. Los celos empezaban a devorarlo poco a poco. «¿Se habrán acostado? Eso sí que no podría soportarlo».

—Gracias, Sean. Es usted muy amable —James sonreía con una desbordante dulzura.

—El placer es mío —Sean también sonreía—. Espero que disfrute de la bebida y de su comida. ¿Se va a quedar mucho en tiempo en Nueva York?

—Creo que menos tiempo de lo que pensaba. Vengo a recuperar a una antigua novia, aunque sospecho que está con otro. Aun así, seguro que volveremos pronto a Londres. Esta ciudad ya no me gusta tanto como pensaba.

Sean inclinó la cabeza en un gesto de deferencia.

—Que tenga suerte recuperando a su ex.

—Brindo por ello —James alzó su copa clavando la vista en Sean.

Capítulo 21

Era una tarde de temperatura agradable cuando Sally daba de merendar a Michael quien no paraba quieto de un lado para otro de su habitación, gateando o caminando graciosamente. La cuna parecía una gigantesca montaña de madera rodeada de juguetes, libros de colores y lápices, aunque lo que más le gustaba era patear la pelota de fútbol como si estuviera jugando una final.

—Michael, termina tu merienda y sigues jugando.

—¡No! —exclamó, divertido, saliendo a esconderse detrás de las cortinas.

Sally, resignada, negaba la cabeza. Estaba a punto de rendirse cuando oyó que Flora la llamaba desde el descansillo. Le invitó a que pasara para saber de qué se trataba.

—Hay un señor que pregunta por usted.

Michael correteó a saludar a Flora con un amistoso puntapié en la espinilla. La empleada atusó el pelo del pequeño pero no se quejó.

—¿Ha dado su nombre?

—Harry Stodd.

—¿Harry? ¿Ha dicho qué quiere?

Flora se encogió de hombros.

—Hazme un favor, echa un vistazo a Michael.

—Claro que sí, señora —La empleada se acercó al pequeño y empezó a hacerle cosquillas. A Sally le agradaba ver lo bien que siempre trataba Flora a su hijo.

Con la intriga a cuestas, Sally fue bajando los peldaños de su larga

escalera de barandilla acristalada. Por un momento se temió lo peor y pensó que a su madre le había pasado algo, aunque luego recapacitó. Si hubiera ocurrido una desgracia, le hubieran llamado al teléfono.

Harry estaba de pie con las manos en los bolsillos, deambulando por el salón, como si no se atreviera a sentarse. La última vez que lo había visto fue en la casa de sus padres, justo antes de que ocurriera el accidente de Madeleine. Al notar su presencia, Harry se atusó el pelo canoso de las sienes y esbozó una tímida sonrisa. Su piel estaba recién afeitada y lucía una camisa de cuadros que parecía nueva. Sally tuvo la impresión de que se había esmerado para verla.

—Harry, qué sorpresa. ¿Va todo bien? —Sally con un gesto de la mano le invitó a sentarse.

—Sí, Sally, perdona que te interrumpa. Sé que estás muy ocupada, así que no te preocupes que seré breve —Harry, ya sentado, se inclinó hacia adelante.

—¿Es sobre mi madre?

Harry se rio de una forma casi inaudible, como un siseo.

—Sí, exacto. Está muy claro, ¿verdad? —Carraspeó y luego dejó una pausa como si necesitara tiempo para ordenar sus pensamientos o para reunir coraje—. Lo que pasó el día que nos vimos en la casa de Catherine.

—En la casa de mis padres —corrigió.

—¿Eh? Sí, en la casa de tus padres —le costó unos segundos retomar el hilo—. Bueno, verás, todo lo que pasó ese día, la discusión, me dejó un mal cuerpo. A mí y a tu madre. Por lo que ella me ha dicho apenas si os enviáis mensaje al móvil y solo cuando es necesario.

Sally torció la cabeza, dándole la razón.

—Iré al grano —continuó Harry—. Lo he estado pensando mucho si venir o no, y quiero pedirte disculpas si no he sido demasiado cuidadoso. Todo ocurrió tan rápido después de que tu padre —escogió con prudencia las palabras— ya no estuviera que no nos paramos a pensar en las consecuencias. Herimos sensibilidades y no las tuvimos en cuenta. Paul y yo nos hicimos amigos gracias a nuestra relación laboral, como ya sabes, y siempre le he tenido una alta estima. Créeme, también le echo de menos.

—¿Te envía mi madre?

—No, de hecho no sabe que estoy aquí —arqueó las cejas como dando a entender que la charla era solo entre ambos, confidencial—. Lo que quiero decirte es que me duele en el alma veros tan distanciadas. Catherine es muy orgullosa y le cuesta admitir que te echa en falta, pero en estos meses la he llegado a conocer muy bien y sé que es verdad. Siempre está hablando de ti y de Linda. Y está muy orgullosa de vuestros logros profesionales. No para de presumir de

vosotras.

Sally sintió un nudo en el estómago. Le emocionaba pensar que su madre la considerara de esa forma, ya que siempre había dado por seguro de que estaba decepcionada por haber rechazado la gerencia del Green House. En el fondo de su corazón quería a su madre aunque su reticencia a mostrar el más mínimo afecto o reconocimiento siempre le había dolido.

—Gracias, Harry —dijo con la voz entrecortada—. Eres un buen hombre. Lo que pasa es que no me acostumbro a que estés en la casa.

—Si quieres, le diré a tu madre que vayamos a vivir a mi casa —interrumpió Harry con un gesto de la mano.

—Déjalo estar. Quizá el problema está en mí ya que, al parecer, soy la única a quien le afecta. El resto de la familia está de acuerdo. Me has dado mucho en lo que pensar. En fin, tengo que darle vueltas a la situación. Para mí tampoco es fácil.

Sally se puso en pie y se dirigió a Harry con los brazos extendidos, quien le llevó unos segundos reaccionar. Ambos se abrazaron en silencio. Resultaba cómico que la cabeza del hombre llegara a la altura de los hombros de Sally.

—Cuánto me alegro que alguien como tú esté con mi madre.

Y le besó cariñosamente la calva.

# #

A última hora de la tarde el sol veraniego aún ofrecía una considerable luz. Madeleine y Linda, empujando el carrito que llevaba a una dormida Erica, caminaban hacia el apartamento, donde iban a efectuar una corta parada para que Linda le enseñase a preparar sus famosos bollos de crema.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Linda. La cocina se me da más o menos, pero nunca me he puesto a aprender un postre.

—Es tan fácil que te vas a sorprender. ¿Compraste todos los ingredientes?

—Sí, están todos. La mantequilla me costó conseguirla pero encontré una pequeña tienda no muy lejos de aquí donde aún les quedaba.

—A Sean le encantan los bollos.

—Sí, me lo ha dicho. Me lo dice tantas veces que estoy un poco celosa —dijo, sonriendo.

—Anda, no seas tonta.

El estruendo de la sirena de un coche patrulla reinó en la calle durante unos segundos. Madeleine no tomó la palabra hasta que el ruido se alejó.

—El otro día estuve en su apartamento, por cierto.

—¿No me digas? No sé por qué me sorprendo, la verdad. Hacéis muy buena pareja. Ya oigo campanas de boda —Linda sonrió jugueteando con esa posibilidad.

—¡Qué dices! —Madeleine se rio—. Es muy pronto.

—¿Pero entonces vas a quedarte en Nueva York a vivir?

Madeleine soltó un suspiro revelador. Le costaba expresar con palabras la confusión que habitaba en su interior.

—Mis emociones van por oleadas. Estoy tan a gusto con Sean que no vería mal alargar más mi estancia. El libro va como la seda y eso también es bueno. Además, os tengo a vosotras.

—¿Ya has matado a mucha gente?

—No muchos. La historia me está permitiendo contenerme un poco. A ver si en el siguiente capítulo…

—Pues me hace mucha ilusión veros juntos a ti y a Sean.

—¿Sabes algo que me dijo Sean que me gustó mucho? Que a tu padre, bueno, a nuestro padre —aún le costaba asimilar el concepto— le hubiera gustado mi relación con Sean.

Madeleine se inclinó sobre el carrito para comprobar que su sobrina seguía en los brazos de Morfeo.

—¡Claro que sí! No tengo ninguna duda. Mi padre era muy romántico y me consta que más de una vez instó a Sean a que sentara la cabeza, igual que sus padres.

—El otro día me llevó a Luna Park. Fue una de las citas más originales que he tenido en mi vida. Nos subimos a la montaña rusa, comimos pizza y paseamos bajo la luz de la luna.

—Me encanta. Súper romántico. Si es que mi Sean es todo un galán…

Al reconocer el portal del edificio se detuvieron, mientras Linda se agachaba para acariciar a su hija, Madeleine hurgó en su bolso en busca de las llaves. De repente, se quedó paralizada, ya que por el rabillo del ojo había visto algo sobre la acera que le resultaba familiar. Unos zapatos. Lentamente alzó la vista conteniendo la respiración.

Allí estaba James. Delante de ella, sonriente.

—Hola, Madeleine —dijo con él con la mayor naturalidad. Al reparar en Linda, quien miraba a su hermana extrañada por la reacción de ella, le dedicó otra sonrisa—. ¿No nos vas a presentar?

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

Se acercó para besarla en la mejilla, pero Madeleine aún estaba impactada y dio un paso atrás.

—Tu madre, ya sabes. Pero no le eches la culpa —miró de nuevo a Linda y le tendió la mano para estrecharla—. Yo soy James. Encantado de conocerte.

—Encantada. Yo soy Linda —dijo ella sin saber muy bien qué más

decir. El nombre de James le permitió entender el estado emocional de su hermana. Recordó todo lo que le había desvelado sobre su relación. La tensión entre ambos era evidente.

James miró a Madeleine de arriba a abajo. Habían transcurrido seis meses, dos semanas y un día desde la última vez que la vio. Llevaba la cuenta de todo el tiempo que había estado sin ella. En su interior floreció el irrefrenable deseo de besarla con pasión.

—Estás guapísima como siempre. Te he echado mucho de menos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó bruscamente.

—He venido a buscarte. Le he pedido el divorcio a Eleanor. Soy un hombre libre y no puedo vivir sin ti.

Linda se encontraba cada vez más incómoda.

—Creo que os debo dejar a solas.

Madeleine no escuchó a su hermana, pues estaba aturdida por la revelación. Sentía que dentro de ella se desataba una tormenta de emociones adormecidas. Había deseado oírle a James esas palabras durante tres años y ahora la confundían aún más.

—Me marcho, Madeleine —insistió Linda dando la vuelta con el carrito—. Llámame cuando quieras.

Madeleine la vio marcharse pero fue incapaz de procesar esa imagen. Simplemente había enmudecido. James aprovechó para acercarse a ella y cogerla de las manos.

—Tenemos mucho de qué hablar, cariño —la buscó con la mirada deseando que ella rebuscara en su corazón todo lo que sentía por él. Sabía que era imposible que no quedara huella de su pasado, que ella aún lo quería—. Me has hecho darme cuenta de que te necesito a mi lado. Quería avisarte, pero no cogías mis llamadas, así que me he plantado aquí, aunque por ti hubiera ido al Polo Norte si hubiera hecho falta.

—James, yo....

Antes de que dijera nada más, él la abrazó aspirando su fragancia, su esencia, aquel olor que siempre lo había vuelto loco. Había soñado con el reencuentro infinidad de veces. Ahora solo debía pulsar los botones adecuados para recuperarla.

—Perdóname si he sido un egoísta —le susurró.

Lentamente Madeleine cubrió la espalda con sus brazos y se dejó abrazar. «James está aquí. Es como volver a casa».

Capítulo 22

—Te presentas aquí, de repente, sin avisarme —le dijo Madeleine a James con dureza dentro de su apartamento. Una vez que la sorpresa de su súbita presencia se había diluido, emergían sus verdaderos sentimientos—. ¿Y esperas que corra a tus brazos? Llevaba esperando muchos años que me dijeras que querías estar conmigo. Y todo fueron mentiras, James.

—No es sencillo dejar una familia de la noche a la mañana. Siempre te pedí comprensión. Es una decisión difícil que trae muchas consecuencias, que cambia la vida de la gente. Por fin lo he conseguido, ¿ahora cuál es el problema?

—¿Cuándo os habéis divorciado? —preguntó con un matiz de desconfianza.

—Hace dos semanas. Ella se ha quedado la casa y las niñas, que yo podré tener el fin de semana. Estoy viviendo en un hotel —James cruzó el salón para acercarse pero ella le esquivó. No se lo iba a poner fácil—. ¿Cuál es el problema, Madeleine? Estoy aquí y he venido a por ti. ¿Por qué estás tan agresiva?

—Porque contigo todo siempre es complicado, James. Nada es sencillo. Me siento como a contracorriente y estoy cansada.

—Todo va a cambiar a partir de ahora. Te lo prometo. Ya no nos esconderemos de nadie. Nunca más. Si quieres nos casamos.

—Oh, muchas gracias —dijo Madeleine con ironía.

—He tomado una de las decisiones más importantes de mi vida, no pido que me lo agradezcas, pero al menos que lo tengas en cuenta.

Estos meses sin ti han sido los peores de mi vida. Madeleine, volvamos a casa y empecemos el resto de nuestras vidas, juntos, como siempre has querido.

Ella se tapó la cara con ambas manos, pues le costaba creer lo que estaba sucediendo. Justo cuando James formaba parte de su pasado, aparece para tambalearle la vida. Le llegaron oleadas de confusión, rabia y culpabilidad. Un año atrás hubiera dado saltos de alegría por la noticia de su divorcio, pero ahora ya no sabía qué sentir. ¿Había ella arruinado la familia de James para nada? De repente, todo amenazaba con desbordarse y arrastrarla al abismo.

James aprovechó su silencio para sentarse junto a ella y rodearla por los hombros. Notar su cuerpo al lado del suyo le produjo una profunda sensación de bienestar y felicidad, como si toda la historia que había entre los dos, el pasado, los envolviese. Pensó que era maravilloso volver a tocarla, oler su pelo, maravillarse con sus ojos. Durante unos segundos olvidó que estaban en Nueva York, e imaginó cuando estaban juntos en un pequeño y encantador hotel de Londres a salvo de miradas indiscretas.

—He conocido a alguien —dijo ella alzando la mirada.

James frunció el ceño. Esperaba que tarde o temprano surgiese en la conversación. Era evidente que no había dado los pasos correctos desde que ella se fue y le llenó de rabia haberse equivocado de plano.

—¿Ese camarero del Green House? —preguntó con desdén.

—¿Cómo lo sabes?

—Vi una foto en la que salís los dos devorándoos con los ojos. Simplemente lo supuse.

—Pues "ese camarero" como tú lo llamas es uno de los hombres más increíbles que he conocido.

James apretó las mandíbulas.

—¿Ya te lo has tirado, verdad?

—Lo que yo haga con mi vida privada es asunto mío. Fuera de mi casa. Ahora mismo —le dijo señalándole la puerta.

—Perdona, Madeleine. Me he puesto nervioso. Tienes razón es tu vida privada —suavizó su voz para calmarse. Imaginarse a otro hombre con ella le nublaba el pensamiento—, pero lo que no puedo comprender es qué tienes en común con un camarero. Vivís en dos mundos diferentes. Tú eres una escritora de renombre y él se mata a trabajar detrás de una barra. ¿Qué clase de futuro te espera?

Madeleine le clavó la vista. Allí estaba la típica arrogancia de James.

—Uno muy feliz.

Él sintió la respuesta como un puñetazo en el estómago.

—¿Cómo puedes estar tan segura? ¿Hace cuánto que estáis juntos? ¿Tres meses, cuatro? Madeleine, nosotros llevamos tres años de

relación. Los dos somos personas creativas. Pertenecemos al mismo mundo. ¿No te das cuenta de que estamos hechos el uno para el otro? Nosotros hemos sido muy felices y sabes perfectamente que podemos llegar a serlo. Ven conmigo a Londres, preparemos juntos mi nueva obra de teatro. La escribiremos. Tengo un montón de ideas que quiero hablar contigo. Te necesito, Madeleine.

—James, es demasiado tarde —musitó, mirando hacia el suelo, avergonzada.

—Amor mío, nunca es demasiado tarde. Es imposible que no quede nada de mí en tu corazón. Además, no pienso regresar sin ti. Me quedaré todo el tiempo que haga falta. He dejado a mi familia solo por volver a verte —James le alzó la barbilla a cámara lenta. Los ojos azules de Madeleine resplandecían como dos velas en mitad de la noche. Inclinó la cabeza y la besó con pasión.

# #

Hasta última hora del día Linda no pudo ponerse en contacto con Sean para desvelarle que James Hayward se había presentado en el apartamento de Madeleine. Sean acababa de llegar a su casa después de un turno agotador y se encontraba comiendo una pieza de fruta que dejó a medias en cuanto sonó el teléfono. Esperó con paciencia hasta que Linda terminara para soltar un suspiro y pensar unos segundos en la mala noticia que acababa de recibir. La presencia de un ex y más si este cruza el Atlántico solo para verla no era para tomárselo a broma. Notó la seriedad en su cara, pesándole.

—Sean, ¿estás ahí? —preguntó Linda.

—Sí, perdona. Me he quedado ensimismado —respondió paseando de un lado a otro del salón—. ¿Cómo ha reaccionado ella?

—Con sorpresa, claro. Después la he visto tensa cuando le dijo que había pedido el divorcio. Incluso me he marchado y creo que ni cuenta se ha dado. Nunca la había visto así —Linda tomó aire—. Sean, no sabía si llamarte o no. A lo mejor es una tontería y solo te estoy preocupando para nada. Lo siento de verdad. No sabía qué hacer y, bueno, al final te he llamado después de consultarlo con River.

—No te preocupes, Linda. Has hecho bien. Te lo agradezco —dijo sonriendo. Lo último que deseaba era que ella se sintiera culpable. Le agradecía su amistad más allá de lo imaginable.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé. Tengo que pensarlo.

—Estoy segura que James se va a marchar con las manos vacías. No sé, tengo ese pálpito.

—Eso espero.

Después de despedirse, Sean se tomó una larga ducha para no solo combatir el asfixiante calor que sacudía la noche, sino para pensar con detenimiento cómo afrontar la presencia de James. Según dicen los expertos, las decisiones que tomamos determinan nuestra identidad, por eso Sean necesitaba reflexionar, ya que su primer impulso era llamar a Madeleine por teléfono para preguntarle cómo iba a determinar su vida la presencia de ese tal James. «¿Cómo es ese hombre? ¿Qué aspecto tiene?», se preguntó. Antes de ducharse se conectó con su teléfono móvil a internet y tecleó su nombre para averiguar algo más sobre él. No le fue difícil encontrar información y pasó los siguientes minutos leyendo artículos y noticias.

Cuando terminó se dio cuenta de que pertenecían a clases diferentes. Mientras que James surgía de una clase alta, acomodada, que le permitió estudiar en las mejores escuelas privadas y acceder pronto al reconocimiento del público y la crítica, él se había criado en el hogar de una familia de clase baja, sin grandes oportunidades para triunfar más que las que él se creara. Aquella conclusión no sirvió para bajarle el ánimo, como a otros les hubiera sucedido, sino que le ayudó a reafirmarse en la idea de lo que podía ofrecer a Madeleine y James no. Se quedó mirando una fotografía reciente de su rival de un portal web de noticias culturales. Era algo mayor que él, aunque no mucho. Mantenía una mirada algo gélida pero segura de sí misma y la barba bien cuidada enmarcaba su mentón con cierta elegancia. A los pocos segundos cayó en la cuenta que le resultaba familiar pero no sabía de qué.

En la ducha, la imagen de James y Madeleine besándose le causó un súbito ataque de celos. A pesar de que se esforzaba en espantarla, esa imagen se había plantado en su cabeza de una forma violenta y cruel. Para su desgracia su mente le jugó otra mala pasada, pues le obligó a imaginarse a ambos haciendo el amor en ese preciso instante. Esa imagen le causaba llamaradas de rabia en el corazón.

Después de secarse y vestirse, agarró el teléfono y buscó su contacto para llamarla inmediatamente, pero se detuvo. Tuvo un destello de claridad al pensar que no se trataba de una buena idea. Demostraría su temor, lo dejaría expuesto, frágil.

# #

A la mañana siguiente, Sean se despertó antes de que sonara el despertador. Salió a correr, se duchó y desayunó pensando en lo que iba a hacer ese mismo día. Casi la mayor parte del tiempo estaba ensimismado sin pensar en lo que estaba haciendo, así que acabó con

el bol de cereales dejándolo en el lavabo del baño.

Se vistió con unos pantalones cortos y una camiseta, y salió hacia el apartamento de Madeleine. Le resultaba un infierno vivir con la incertidumbre de si algo había cambiado entre ellos. Tenía que hablar con ella y tranquilizarse. Solo de pensar que ese idiota se la hubiera arrebatado...

En una media hora larga apareció por la boca de metro Prince Street. Caminaba con tranquilidad a pesar de que su corazón estaba acelerado. Pensó en presentarse por su casa afirmando que se le había ocurrido la idea de sorprenderla con una invitación para desayunar. Eso le parecía más suave que no presentarse sin más, como exigiendo explicaciones. Cabía la posibilidad de que Madeleine se sintiera ofendida.

Sean llamó al portero automático y esperó. Justo cuando contestaban, una señora mayor bien vestida abría la puerta y salía con un niño pequeño que lloraba sin cesar. Aprovechando la ocasión, Sean se coló y llamó al ascensor repetidas veces. A lo lejos oyó la voz de Madeleine preguntando quién era, pero se encontraba demasiado lejos para gritarle y la puerta ya estaba cerrada.

Las puertas se abrieron en el llano de las escaleras y Sean caminó hacia la puerta, donde llamó al timbre. Mientras esperaba soltó un largo suspiro lleno de tensión. La puerta se abrió de par en par para mostrar a James con el pecho descubierto, solo vestido con unos calzoncillos. Sean enseguida lo reconoció como el hombre con el que había hablado en el Green House. Sintió un chute de odio corriendo por sus venas, pues se sintió víctima de una burla estudiada.

—¿Qué quieres? —preguntó James, que también lo había reconocido—.

—Busco a Madeleine.

—Llegas tarde, «vaquero» —dijo con desdén—. Anoche nos reconciliamos en la cama y estamos preparando las maletas. Puedes regresar por donde viniste.

James intentó cerrar la puerta, pero Sean se lo impidió colocando la mano sobre la jamba.

—Quiero oírlo de su propia voz —le clavó la mirada dando a entender que no era un pardillo al que fuera sencillo intimidar.

—Como quieras. Solo quería ahorrarte una humillación —James se encogió de hombros—. ¡Madeleine!

Sean entró en el apartamento esperando a que ella apareciera mientras James se servía una abundante taza de café. También olía a tostadas y mantequilla.

—¿Qué ocurre? —Madeleine salió del dormitorio vestida con una camiseta larga que usaba para dormir que le llegaba hasta la mitad del muslo. Cuando vio a Sean le invadió la sorpresa—. ¡Sean...!

—¿Es verdad lo que dice este cretino de que habéis vuelto? ¿Que te vas a Londres?

Madeleine tragó saliva. No esperaba que los acontecimientos se desarrollaran así, pero no tenía otra salida.

Estaba atrapada. Sin elección.

James, apoyado en la mesa, bebía un sorbo de café con una expresión de soberbia.

—Es cierto —respondió ella desviando la mirada.

Sean, humillado y triste, se quedó mirándola de arriba a abajo con desprecio. Madeleine pudo sentir su mirada atravesándole el pecho, dejándola convertida en escombros. Después él se dio la vuelta y, sin decir nada, se marchó sin cerrar la puerta.

Capítulo 23

Sean pensó en llamar al restaurante y decirles que no se encontraba con ánimos para trabajar. Sin embargo, decidió que era mejor distraer la mente en vez de quedarse en casa lamentándose de sí mismo. Trabajó duro, como siempre, sirviendo bebidas, atendiendo las quejas y cumpliendo con su obligación como responsable. Gracias al intenso ritmo de trabajo, las horas se le pasaron volando. En su única pausa de descanso llamó a Linda para contarle lo sucedido, a lo que ella intentó animarle como pudo.

Ya era de noche cuando regresó a su casa, cansado. Se despatarró en el sofá con un sándwich de jamón y queso y una botella de cerveza, y encendió el televisor dispuesto a quedarse adormecido con el primer programa decente que encontrase. Estaba apesadumbrado, esperando la hora de irse a la cama. «Un nuevo día y poner distancia. Es lo que necesito para olvidarla», se dijo sabiendo que no serviría de nada. La angustia por perderla le acompañaría el resto de su vida. Había que rendirse a la evidencia.

Llamaron al timbre de la puerta. Se sobresaltó, ya que no esperaba a nadie a esas horas.

—¡Abre, Sean! —exclamó una voz familiar, insistiendo con el timbre.

—¿River? —Sean se levantó con el rostro desencajado por la sorpresa. Al abrir la puerta, se encontró no solo con River sino también con Jack, quien llevaba una botella de whisky en la mano.

—¿Que hacéis aquí? —Sean se apartó para dejarlos pasar y ambos

se acomodaron con rapidez en el salón.

—Linda me lo ha contado todo —dijo River—. Y yo le conté a Jack que sería una buena idea pasar por aquí y ver cómo estabas.

—Para emborracharnos, básicamente —apuntó Jack agitando la botella—. Venga, tráenos unos vasos.

Camino a la cocina Sean pensó que sería inútil borrar la huella de Madeleine con alcohol, pero admitió que sería un bonito y divertido anestésico. Además, el gesto de sus amigos le había conmovido. Al regresar, colocó sobre la mesa tres vasos cortos cargados de robustas piezas de hielo. Su recién comenzada cerveza había quedado relegada a un discreto segundo plano.

—Gracias por venir, aunque no había necesidad. Lo llevo bien —dijo con una franca sonrisa.

—Linda y Sally están preocupadas por ti. Y nosotros también —Jack sirvió una generosa ración de whisky en cada uno de los tres vasos. El hielo crujió al empaparse.

—Ella se lo pierde, que no te quepa ninguna duda —dijo River alzando el vaso invitando a que todos celebraran un brindis. Jack y Sean le imitaron.

—¡Por ti, amigo! —exclamó Jack y los tres chocaron los vasos y se bebieron el whisky de un trago. Sean sintió la quemazón en el estómago cuando posó el vaso con un sonoro golpe sobre la mesa, al igual que Jack y River. Los tres se tomaron unos segundos para reponerse del golpe del alcohol en el cerebro.

—Otra ronda —River se frotó las manos. Jack sirvió de nuevo con similar cantidad.

—La resaca que vamos a tener mañana... —Sean negaba con la cabeza, divertido.

—Este whisky es de los mejores del país. Las resecas son muchas más livianas, creedme. Cuando Sally no me ve me tomo en mi despacho en casa unos cuantos chupitos.

—Tú sí que sabes llevar una vida salvaje, ¿eh? —dijo Sean.

Los tres soltaron una estruendosa carcajada.

—Bueno, y ahora ¿por qué brindamos? —preguntó River mirando a un lado y a otro.

—¡Por las borracheras entre amigos! —exclamó Sean poniéndose en pie, eufórico.

—¡Claro que sí!

Los tres brindaron de pie y tomaron otro vaso generoso de whisky. Sean se tambaleó antes de sentarse, pues ya empezaba a notar el efecto. Jack y River se miraron sonriendo con complicidad: estaban consiguiendo que Sean olvidara a Madeleine por un rato al menos.

—Cuando llegue a casa le diré a mi futura mujer que quiero sexo —dijo River—. Estoy cachondo.

—Pues te va a decir que te apañes tú solo —dijo Jack, notando cómo la euforia le iba burbujeando en el cerebro.

—Eso, vosotros pasadme por la cara que tenéis una mujer en casa esperando —Sean sirvió otra ronda más, esta vez mucho más cargada, a lo que no se opusieron Jack ni River—. ¿Y ahora por qué brindamos?

—¡Por nosotros! —dijo Jack.

—¡Eso, por nosotros! —dijo River.

—¡Por nosotros! —dijo Sean.

El abundante whisky volvió a regar los cuerpos de los tres amigos, martilleando sus cerebros. Durante unos segundos permanecieron en silencio surfeando como podían la ola que les subía y bajaba.

—Ya no echo de menos a Madeleine. Si se ha ido... —Sean se trastabilló—... Si se ha ido con ese idiota es que no es la mujer que yo pensaba. Me alegro. ¡En el fondo me ha hecho un favor!

—¡Bien dicho! —exclamó Jack.

—¡Sí, señor! —exclamó River, sintiendo que todo le daba vueltas.

Sean se quedó en silencio unos segundos mirando su vaso vacío, frunciendo el ceño.

—Por eso le voy a llamar para decirle que la amo y que vuelva conmigo, si no, me suicidaré... —Sean hizo el gesto de coger el teléfono, pero Jack y River se abalanzaron sobre él.

—¡Ni se te ocurra, no lo hagas! —le dijo Jack—. ¡Te arrepentirás mañana!

—¡Dejadme!

—¡Sean, no te humilles! ¡Vete con la cabeza alta! —exclamó River.

Los tres acabaron en el suelo, forcejeando, como tres luchadores de sumo. River le agarraba por los brazos. Jack de la cintura. Sean intentaba zafarse, pero le era imposible. Un pie golpeó la mesa e hizo que los vasos y la botella estuvieran a punto de caerse al suelo. Por fin, Jack se apoderó del teléfono y se lo guardó en el bolsillo. Sean quedó tumbado sobre el suelo, rendido.

Con la ayuda de River lo llevaron a la cama, donde lo echaron como si fuera un saco de patatas.

—¡A dormir! —dijo Jack, mirándole desde el borde de la cama, con los brazos en jarra—. Mañana... nos lo agradecerás. Si te portas bien, te cantamos una nana.

—¡Pero si son las nueve! —exclamó Sean mirando el reloj de la mesilla de noche.

—¡A dormir sin rechistar! —exclamó River casi cayéndose para atrás.

#

James se había quedado con su teléfono. Sabiendo que no había manejado bien la situación se sintió apenada. James le dijo que no se preocupara. «Debería haberlo hecho de otro modo», pensó mientras terminaba de hacer las maletas. Al pensar en Sean se le encogía el corazón y solo deseaba que comprendiera por qué las cosas se habían desmoronado, aunque confiaba en que, si era un buen hombre y Sean lo era, acabaría por perdonarle. Solo necesitaba tiempo. Al recordar su pálida cara cuando le dijo que regresaba a Inglaterra con James sus ojos le brillaron de la emoción. Seguramente había deducido al verle desnudo que se había acostado con él, pero no era verdad. James había dormido en el sofá, pese a su insistencia por acostarse con ella. Madeleine lo había obligado.

—¿Estás lista, cariño? —preguntó James asomando por la puerta del dormitorio—. El taxi está ya abajo.

—Sí, lo estoy. ¿A qué hora sale el vuelo?

—En tres horas. Nos da tiempo a pasar por el hotel a recoger mis cosas y luego ir al aeropuerto —James echó una ojeada a su reloj de pulsera. La presencia de Sean había precipitado los acontecimientos y había tenido que adelantar los billetes de avión. Aun así, regresar con Madeleine compensaba toda la molestia. Estaba convencido de que con el tiempo todo volvería a ser con ella como antes, y que solo necesitaba regresar a Cambridge para rememorar su relación.

Madeleine salió de su dormitorio con dos grandes maletas. James se hizo con una de ellas y ambos cruzaron el umbral de la puerta. Ella lanzó una última mirada al que había sido su hogar durante cerca de seis meses.

—¿Qué vas a hacer con las llaves? —preguntó él.

—Se las enviaré por correo ordinario al casero.

Al cabo de unos veinte minutos, el taxi se detuvo en el Grand Majestic. James le dijo al taxista que los esperara, mientras ambos subían a la habitación a por las pertenencias de él. «No me deja ni a sol ni a sombra», pensó Madeleine, comprendiendo el temor de James. Lo que a ella le preocupaba era encontrarse con Sally porque estaba convencida de que le armaría una escena. Por suerte, apenas le llevó quince minutos empacar su ropa y accesorios.

—Cariño, por favor —le dijo James en el ascensor— recuérdame que compre en el aeropuerto regalos para mis hijas. Emma quiere una princesa. A Kate he pensado en comprarle algún recuerdo bonito de Nueva York.

—Descuida.

Mientras James pagaba en recepción y un botones guardaba el equipaje en el taxi, Madeleine esperaba con los brazos cruzados. A lo lejos vio a Sally caminar con dos personas que entendió que formaban parte de su equipo. Rápidamente Madeleine giró la cabeza notando

que el pulso se le aceleraba. La curiosidad le pudo, así que cuando volvió a mirar observó con espanto que Sally se dirigía hacia ella con expresión furiosa. Madeleine tragó saliva. Por suerte, James había terminado y la tomó del brazo hacia la salida.

—¿Qué te ocurre? —preguntó él—. Estás muy pálida.

—Vámonos, James —dijo mirando hacia Sally—. Es una amiga de Sean. Viene con malos humos.

Ambos aceleraron el paso, salieron a la calle y se encaminaron al taxi.

—¡Madeleine! —gritó Sally caminando con determinación.

Pero ella ya había subido al taxi con una mezcla de ansiedad y alivio. James cerró la puerta mirando a Sally con el ceño fruncido.

—¡Arranque! —ordenó Madeleine.

Y el taxista obedeció internándose en el tráfico a la vez que Madeleine no podía evitar girarse para ver a Sally de pie haciendo aspavientos. James le tomó la mano y le preguntó si estaba bien. Ella asintió con la cabeza. En su fuero interno se odiaba a sí misma.

Las rutinas del aeropuerto se sucedieron sin complicación alguna. Facturaron el equipaje, compraron los regalos para las hijas de James e incluso les dio tiempo para almorzar.

—¿Echaste de menos Inglaterra? —preguntó James mientras disfrutaba de un delicioso postre de leche.

—Eché de menos mi país, claro que sí, aunque sobre todo a mis padres. Tengo unas ganas locas de verlos.

—Vaya cara pondrán cuando te vean —dijo James sonriendo—. Por cierto, ¿qué aprendiste sobre tu padre biológico?

Madeleine recostó la espalda mientras ordenaba sus pensamientos.

—Algo muy importante: que era una persona trabajadora, buena persona y que amaba a sus hijas y se preocupaba por ellas. Ah, casi lo olvidaba —alzó un dedo—, que era un buen escritor y que eso lo he heredado.

—Me apetece leer su libro. ¿Lo has traído?

—Sí.

La espera en la puerta de embarque se les hizo interminable. James no paraba de sentarse y levantarse. Hasta que el avión no surcara el cielo no se encontraría tranquilo. Cuando avisaron a los pasajeros por megafonía, James y Madeleine se colocaron los primeros. Cada uno llevaba su equipaje de mano.

Ambos tomaron asiento y se abrocharon los cinturones. El resto de los pasajeros se fue acomodando sin prisa, conscientes de que les esperaba un largo viaje. James tomó la mano de Madeleine y la besó con ternura. En los ojos de ella atisbó la angustia de las últimas horas, su aparición repentina, el regreso a casa, la incertidumbre... Madeleine necesitaba descanso.

Se oyeron los motores. El avión empezó a temblar ligeramente. Estaban a punto de despegar. El capitán les dio la bienvenida mientras se movían lentamente a la pista de despegue. Todo sucedió en pocos minutos. Madeleine observaba por la ventanilla el aeropuerto, que cada vez se alejaba más y más. Pasaron cerca de la torre de control. Cuando el avión conquistó el cielo, sintió que se le encogía el estómago.

Capítulo 24

Al cruzar Waterbeach por la angosta y vieja calle principal, una fina lluvia caía sobre el limpiaparabrisas del Mini de Madeleine. Esbozó una sonrisa porque pensó que era una señal divertida de bienvenida a Inglaterra. El contraste entre ese pequeño, bucólico y solitario pueblo con la gran capital del mundo era tan abrumador que su mente esperaba ver algún rascacielos asomándose por una verde colina. «La sorpresa que se van a llevar a mis padres va a ser espectacular. Espero no matarles del susto», se dijo.

Por suerte había dejado a James en su casa, pues había insistido hasta la saciedad que quería acompañarla a visitar a sus padres y conocerlos por fin. Sin embargo, Madeleine se había salido con la suya. El mapa que había dibujado en su cabeza desde que le obligó a marcharse con él seguía su curso, aunque con luces y sombras, tenía que admitirlo.

Con el manos libres del teléfono, llamó a Gary, su editor, para contarle que estaba en Cambridge y que quería verle esa misma tarde para entregarle la primera versión de su nueva novela, pero sobre todo para hablar de un asunto importante. Gary, que se mostró sorprendido por ignorar que había dejado Nueva York, aceptó sin problemas reunirse con ella.

La columna de humo que brotaba de la chimenea parecía desafiar la lluvia que caía sobre el tejado de la casa de sus padres. Antes de que bajara del coche, la cortina de la ventana de la cocina se desplazó para descubrir el rostro sorprendido de su madre. Le pareció oír que

llamaba a su padre a grito pelado.

Antes de que llegara a la puerta, su madre ya se asomaba por el umbral, con la mano en el pecho, entre divertida e impactada por la súbita presencia de su hija.

—No puedo creerlo... —dijo su madre.

—Hola, mamá.

Ambas se abrazaron. Su madre despedía el olor a hogar que tanto añoraba, el olor a algodón y la sopa caliente.

—¿Por qué no avisaste?

—Quería daros una sorpresa —dijo, sabiendo que era una mentira a medias.

—Madeleine, ¿qué demonios...? —su padre apareció, con un libro en la mano y sin salir de su asombro—. ¡Pensábamos que estabas en Nueva York! ¿Cuándo has llegado?

—Ayer, papá —se fundió en un afectuoso abrazo con su padre. Después le besó en las mejillas. Qué agradable sensación era volver a estar con ellos, con las dos personas más importantes de su vida, los que le habían convertido en la mujer que era. Sin duda, no los cambiaría por otros padres. Los quería con todo su corazón.

Los tres pasaron al salón y se acomodaron al calor de la chimenea. Las gotas de lluvia caían sobre el tejado y sobre el bonito prado que se extendía rodeando la casa.

—¿Te apetece un té? —preguntó su padre.

—Sí, gracias.

Mientras su padre preparaba la infusión, Madeleine fue relatando los pormenores de su estancia en Nueva York; aunque muchos de ellos ya se los había contado por teléfono, a su madre no le importó volver a escucharlos. Cuando su padre trajo la bandeja con tés para todos, Madeleine contaba sus últimos días en la gran ciudad.

—¿Terminaste la novela? —preguntó su padre.

—Sí —y metió la mano en el bolso para enseñar el manuscrito, bien encuadernado. Se lo pasó a su padre que lo observó con orgullo con ambas manos, como si sostuviera con orgullo a su nieto—. Me gusta el título. «La noche de las revelaciones».

—Seguro que es tan emocionante como el primero —su madre estaba entusiasmada—. No pude dejar de leerlo.

—He pasado muchas mañanas escribiendo donde solía hacerlo Paul. Ha sido... estimulante. Tiene una mezcla de vida personal y ficción, una mezcla rara. Espero que guste al público.

—Seguro que sí, cariño —le animó su padre—. Empezaré a leerlo esta misma tarde.

Madeleine miró su reloj de pulsera pensando en la posterior reunión con Gary, así que tragó saliva pues había llegado el momento de confesarles por qué se encontraba en Cambridge sin avisar.

—Papá, mamá, tengo algo que contaros.

# #

Después de consultarlo con Hassan y Mary, Sean decidió que necesitaba tomarse un par de días libres para olvidar su fracaso amoroso. Sus compañeros y amigos no pusieron objeción, dadas las circunstancias.

La noche de borrachera había sido divertida pero hacía falta mucho más para olvidar a Madeleine, la mujer que él pensaba que iba a acompañarle el resto de su vida. Sally y Linda también le habían mostrado su cariño y amistad y no paraban de visitarle con los niños para que no se sintiera solo. Sin embargo, el día antes de volver al trabajo se levantó con ansias de ir a Gardiner. Ya no aguantaba más quedarse en casa, rumiando su miseria y, aunque había practicado paracaidismo con Madeleine, le pareció que era una manera de distraer la mente. Esta vez saltaría a solas, a sus anchas, con todo el grandioso cielo para él. El parte del tiempo informaba de un cielo despejado con una temperatura alta al mediodía. Más que suficiente para Sean.

Llamó a uno de sus amigos de la escuela y le preguntó si podía ir con él en el coche, así que en menos de dos horas se encontraba preparándose para su salto. Le encantaba el plan que se había improvisado. Si la ocasión era propicia incluso consideró la posibilidad de un segundo salto. Tenía mono de adrenalina. Mañana volvería al restaurante con la cabeza bien alta, sin resquemor a Madeleine, con la esperanza intacta de que el amor le volvería a sonreír.

El monitor daba las últimas consignas al grupo de los novatos, que no paraban de moverse, nerviosos. Mientras revisaba la mochila que albergaba los dos paracaídas, se fijó en las parejas que también iban a saltar: el brillo en las miradas, la complicidad, el cariño... Desvió la mirada pensando que, después de todo, quizá no hubiera sido una buena idea venir a Gardiner. «Tienes que superarlo, Sean. Tú puedes hacerlo», pensó. No resultaba sencillo pues la imagen de Madeleine estaba tatuada en su mente.

Al notar que alguien se acercaba giró la cabeza. En la entrada al bungalow una delgada figura se recortó sobre el horizonte montañoso, con la luz proyectándose a su espalda. Por la altura y la forma del pelo, Sean, con los ojos entornados, pensó por una décima de segundo de que se trataba de Madeleine, pero enseguida lo descartó, volviendo a lo que tenía entre manos. Ella estaba a miles de kilómetros.

—¿Vas a saltar tú solo? —al oír la voz todo su cuerpo se tensó. La

delgada figura dio un paso adelante para conquistar la sombra. Él parpadeó para dar crédito a lo que desvelaban sus ojos.

—Madeleine... —dijo Sean, anonadado. Sintió una súbita inyección de alegría, sin embargo, se apagó casi al instante de nacer, puesto que aún no acababa de comprender qué hacía ella en ese lugar. Frunció el ceño y abrió la boca para decir algo, pero Madeleine le pidió tomar la palabra alzando la palma de la mano. Ella, antes de hablar, cambió el peso de su cuerpo de una rodilla a otra. Estaba nerviosa a pesar de que había ensayado su pequeño discurso en el avión de vuelta una docena de veces, hasta delante del espejo del cuarto de baño.

—Escúchame, por favor. Sé que no lo merezco, que te he hecho sufrir, pero créeme si te digo que no fue mi intención... No tenía otra elección. Cuando James apareció me quedé noqueada, fue como si el pasado apareciese para arrastrarme con él. Era muy cómodo dejarse llevar, volver a las rutinas. James fue importante en mi vida, para bien o para mal, y una parte de mí, nostálgica, rezó para que decidiera volver y empezar una vida con James. Pero tuve una revelación, y espero poder explicarme con claridad. Estaba cansada de que todo fuera complicado con él. Tú me enseñaste que el amor puede ser sencillo, limpio, profundo, sin dificultades, simplemente dos personas libres amándose. Por eso a veces me entraba miedo y quería regresar a Inglaterra, porque allí me esperaba lo que conocía y me sentía cómoda. Se lo dije a James, pero no lo aceptó. Auné fuerzas para decirle que no me importaba lo que pensara, que yo me había decidido a quedarme contigo. Entonces pasó lo que jamás pensé que podía pasar. Le dejé que me besara —Madeleine enterró la mirada en el suelo, avergonzada. Sean no dudó en acercarse y ofrecerle un abrazo mientras reunía fuerzas para continuar hablando. Durante unos segundos estuvieron abrazados, sin decirse nada, reencontrándose los cuerpos y las sensaciones—. Me arrepentí enseguida, porque no podía dejar de olvidarte, pero James me dijo que si no volvía con él hablaría con la prensa sobre mi desaparición, y me dibujaría como una loca obsesiva que intentaba incriminarlo. Hay una prensa sensacionalista en mi país que es muy dañina, y sin duda perjudicaría a mi carrera, pero no era lo que más me importaba. Lo que más me importa son mis padres, que no sabían nada del incidente. Quería explicárselo en persona y que no se enteraran por la prensa. Podía haberlo hecho por teléfono, pero James siempre estaba conmigo y además es mucho más frío —Madeleine alzó la vista para reencontrarse con los ojos de Sean que la abrazaba como si temiese que volviese a marcharse—. Hablé también con Gary y me aconsejó que nos adelantáramos a James concertando una entrevista con un medio afín y que pudiéramos controlar.

—¿Y qué ha pasado?

—Tendré que asumir lo que sea que suceda, pero al menos no hemos dejado que James se adelantara. Les he contado mi verdad. Pero estoy aquí para otra cosa. ¿Me perdonas por no decirte nada? Lo hice fatal pero es que no sabía qué hacer, por eso le seguí el juego a James hasta que llegué a Cambridge —dijo con la voz entrecortada.

Sean clavó la vista en la profundidad de sus ojos azules, hermosos como dos amaneceres. Las palabras se le atascaron en la garganta, a duras penas pudo murmurar una oración temblorosa:

—Entonces te quedas conmigo...

Ella asintió con la cabeza, feliz. Sean inclinó la cabeza y la besó con pasión, ansioso por asegurarse de que no se trataba de un sueño, sino de la auténtica realidad. El beso le fue curando las heridas internas, como una pócima milagrosa. Poco a poco fue forjando la idea de que Madeleine no se había marchado, siempre había estado con él. Se alegró de saber que él llevaba razón, que ella era la mujer de su vida y de que siempre estarían juntos. En realidad, poco le importaba si era en Nueva York o Cambridge o Pekín. Lo que anhelaba era despertarse junto a Madeleine para siempre.

—Tú eres mi verdadero y único amor —le dijo a ella.

—Estoy enamoradísima de ti, Sean —volvió a descansar la cabeza sobre el pecho, donde oyó los latidos del corazón. «Es el sonido del amor», pensó.

Epílogo

Las burbujas del champán brillaban en las copas, la música de la orquesta penetraba en los corazones, los vestidos y los trajes lucían con todo su esplendor, los niños correteaban alrededor de las mesas, los camareros del Majestic se movían con elegancia y pericia, se sucedían las carcajadas y las expresiones de alegría, el sabor cremoso del sorbete de limón generaba pasiones y, como es tradicional, los novios estaban guapísimos.

Desde la mesa principal Linda se cuidaba de no manchar su vestido, color blanco puro, con un maravilloso cierre de corsé y una falda que caía en cascada. River, ataviado con el perfecto esmoquin y con la melena engominada, miraba a su ya esposa con los ojos chispeantes de amor. Le tomó de la mano que la notó tibia y se inclinó para besarla en la mejilla.

Linda sonrió ampliamente, sintiendo un continuo e intenso palpitar de desbordante felicidad. Su madre y Harry estaban sentados a su lado, conversando. Al lado de River, su padre y Susan se susurraban algo al oído. Era imposible no sentirse emocionada ante la enorme cantidad de familiares y amigos que habían acudido a la boda. A lo lejos echó un vistazo a la mesa de sus hermanas, donde cuidaban de Erica. Madeleine la tenía en su regazo, dándole de comer mientras Sean le hacía reír poniéndose una servilleta en la cabeza.

—¿Te he dicho que es el segundo día más feliz de mi vida después de que naciera nuestra hija? —le preguntó River.

—El mío también —respondió Linda.

—Mira a tu alrededor —dijo abarcando con un gesto todas las mesas— llénate de imágenes y sensaciones para cuando seamos mayores y recordemos todo esto. Le contaremos a Erica con fotos y vídeos cómo fue la boda. Será uno de nuestros mejores recuerdos.

—River, quiero otro hijo.

Él miró a los lados, espantado.

—¿Ahora?

—No, tonto —replicó ella, divertida.

—Estoy deseando ponerme manos a la obra —le guiñó un ojo.

Se oyó el tintineo de una copa y todo el mudo dejó lo que estaba haciendo para fijarse de dónde provenía el sonido, incluido los novios. Jack, mirando a los novios, estaba de pie con la cucharilla y la copa reclamando un momento de atención, por favor. Sally lo miraba con orgullo mientras controlaba que el pequeño Michael no saliera corriendo por ahí.

—Solo quería dedicaros unas palabras para agradeceros que hayáis

conseguido que todos estemos aquí en un día tan especial. Enhorabuena por haber dado un paso tan maravilloso, lleno de desafíos. Hablo por propia experiencia cuando os digo que va a ser la mejor aventura de vuestra vida. Tengo la suerte de conoceros hace tiempo y puedo afirmar que cuando os miráis saltan fuegos artificiales. ¡Eso es amor! —dijo esparciendo la mirada a los invitados—. Además, os he visto cómo cuidáis de vuestra hija y sois unos padres maravillosos. Os deseo la máxima felicidad —alzó su copa de champán y brindó con todos los invitados, encantados con el discurso. Al sentarse, Sally le dio un cariñoso beso en la mejilla. En la mesa, Linda, emocionadísima, abrió las lágrimas para que cayeran lentamente sobre su mejilla. Su madre, siempre atenta, le entregó un pañuelo para que el maquillaje no se le corriese. River le besó la mano, sintiendo que no podía estar más enamorado de una mujer.

Los rituales del banquete siguieron su curso y pronto las tres hermanas Green-Cole se juntaron sobre la pista para bailar y examinar de nuevo la alianza. Las luces del salón bajaron su intensidad logrando un ambiente más íntimo. La orquesta, compuesta de cinco músicos y la cantante, de voz sublime, ofrecía un amplio repertorio de música pop, con baladas incluidas. A su alrededor se arremolinaron los invitados, también ansiosos por mover las caderas, incluidos Harry y Catherine. Los maridos se quedaron en las mesas ocupándose como podían de los revoltosos niños.

—¿Qué tal eso de vivir juntos? —preguntó Sally a Madeleine.

—Una maravillosa locura. Sean es muy organizado, ¡casi hasta más que yo! Le he pedido que me acompañe a la presentación de la novela en Londres y se ha pedido vacaciones. Nos vamos en dos semanas. ¡Qué ganas tengo! Le voy a presentar a mis padres.

—Seguro que se los gana en un segundo —dijo Linda—. Qué bien se os ve juntos, Madeleine. Me alegro mucho.

—Soy muy feliz y gracias a vosotras. Conoceros me ha cambiado la vida. Venga... —extendiendo los brazos.

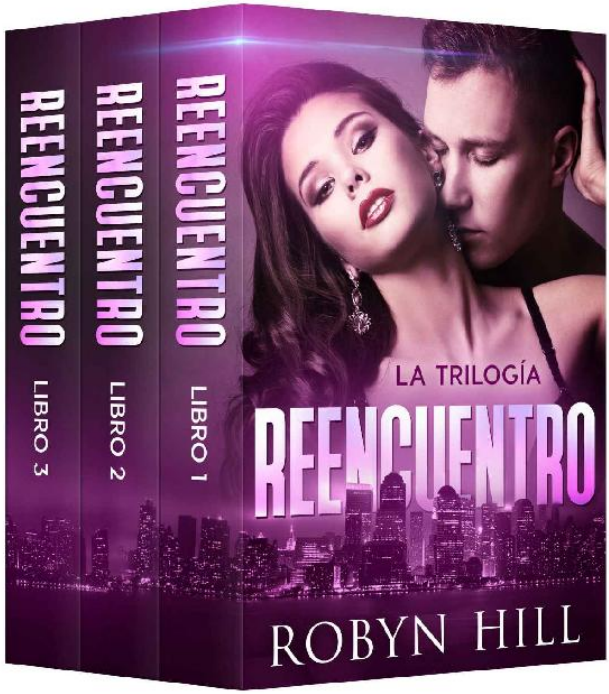
Las tres se regalaron un abrazo antológico, lleno de cariño eterno y fraternal.

FIN

Si te ha gustado la trilogía, considera apuntarte al newsletter de Robyn Hill para estar atenta a los siguientes libros. Por favor, haz clic aquí.

Más novelas de Robyn

Puedes disfrutar de más sagas de romántica contemporánea de Robyn Hill, y algunos disponen del Libro 1 gratuito. Por favor, lee a continuación:



¿Has soñado alguna vez con reencontrarte con tu antiguo amor de instituto?

Después de diez años sin volver a verse, la vida de Brooke Sturludott y Richard Smith continúa por separado pero conectados de una forma especial e íntima. Nunca han podido olvidarse el uno del otro.

Brooke es una prostituta de lujo. Ella es rebelde y segura de sí misma, pero con un caparazón forjado a base de desilusiones. Además, se muestra contenta de elegir una profesión que le permite mantener un alto nivel de vida y ahorrar para cumplir un viejo sueño.

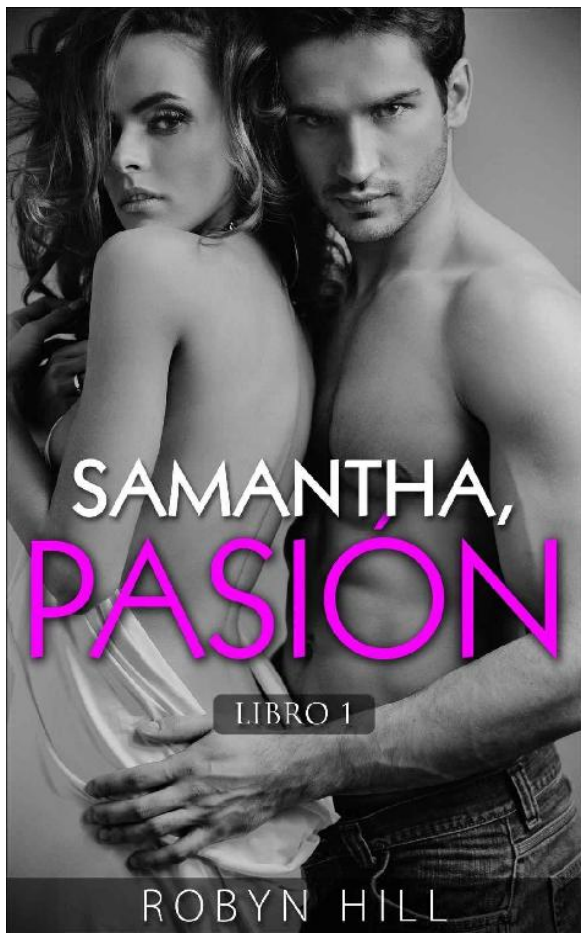
Richard es un ambicioso detective de homicidios. Con un pasado deslumbrante en la marina, y con cinco años patrullando las calles de Los Ángeles, le cuesta establecer relaciones duraderas.

El destino les vuelve a unir, pero de una forma que jamás hubieran imaginado. Los viejos recuerdos del instituto aflorarán mientras se ven inmersos en un misterioso caso que pondrá a Brooke al filo del abismo.

«Reencuentro» es una saga de 3 libros de Romance Suspense. Descarga ya el libro y empieza a leer una historia apasionante, sensual

y repleta de momentos nostálgicos y románticos.

Amazon España
Amazon US
Amazon México



Samantha Moss es una joven aspirante a actriz. Su agente le consigue una audición para el papel protagonista de una película junto al atractivo Ryan Jones, la rutilante estrella del momento.

Su sorpresa es mayúscula cuando se encuentra que será él mismo quien le dé la réplica en la audición. Entre ambos surge un profundo y sensual romance en el que Samantha descubrirá el deseo, el lujo y el amor en la ciudad más vibrante del mundo: Nueva York.

Sin embargo, la fama siempre viene cargada con un imprevisible

veneno. Samantha será objeto de la intriga de un paparazzi que desea poner en peligro su relación con Ryan para sacar tajada... o eso es lo que parece.

Estimulante, atrevida y emocionante, «Samantha, Pasión» es un inolvidable viaje lleno de erotismo a las emociones que nos hacen sentir únicas y vivas.

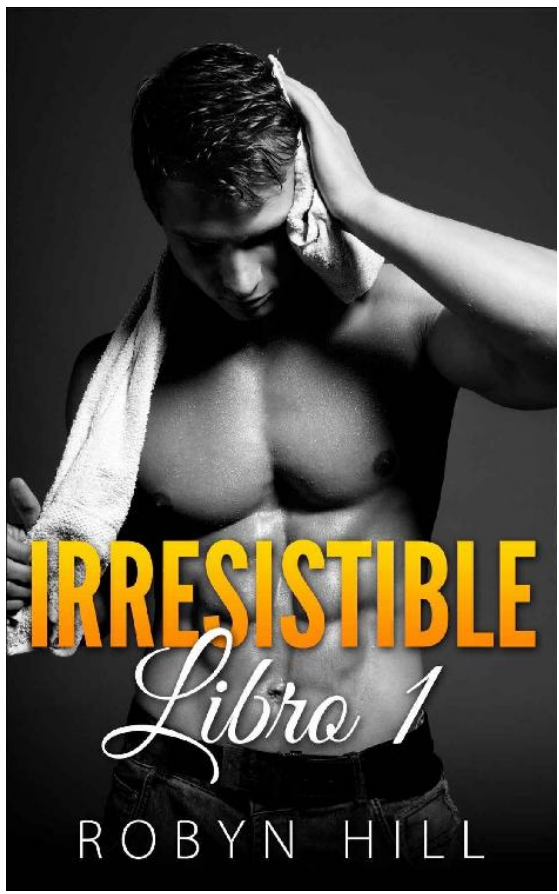
Descarga ya tu libro GRATIS de romance contemporáneo en español.

Enlaces:

Amazon España. Aquí.

Amazon US. Aquí.

Amazon México. Aquí.



«IRRESISTIBLE» es una serie de 5 libros del género Romántica Contemporánea.

Eric Cassel es un francés, millonario, bon vivant y seductor

empedernido que aterriza en Las Vegas, con un pasado oscuro en la droga, para cumplir un viejo sueño. Ser cantante.

Amanda Armstrong es una joven madre de veintisiete años que trabaja como chef en uno de los mejores casinos. Recién divorciada, anhela una nueva vida con la que volver a disfrutar del amor y el trabajo.

Entre ambos estallará un romance de alto voltaje que provocará los celos de Harry Carr, el exmarido, el cual hará todo lo posible para sabotear su relación, pues aún sigue perdidamente enamorado de Amanda.

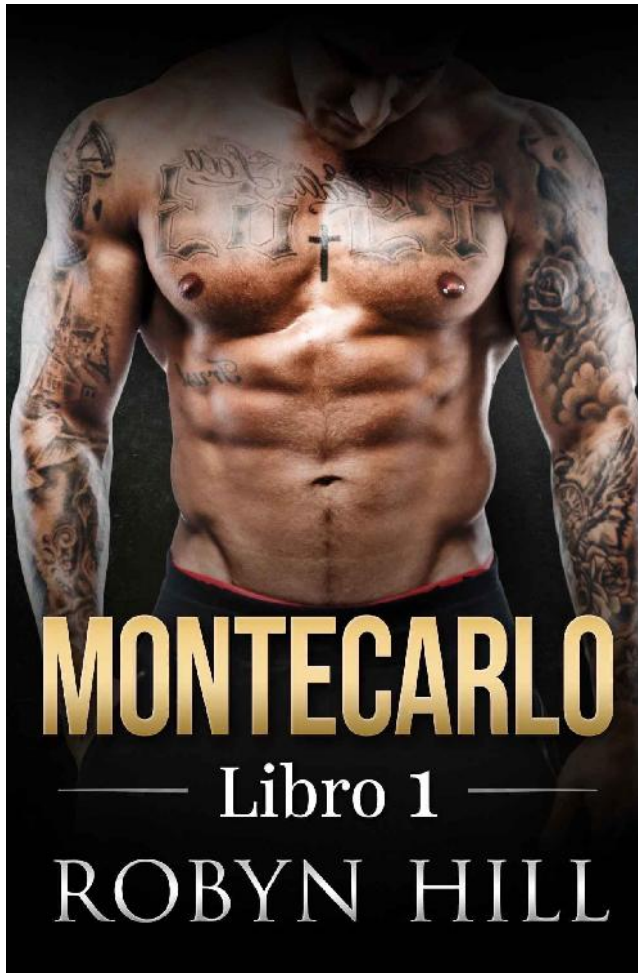
«IRRESISTIBLE» es una novela romántica, sexy, y con personajes inolvidables. Sumérgete ya GRATIS en una historia llena de pasión que te emocionará.

Enlaces:

Amazon España. Aquí.

Amazon US. Aquí.

Amazon México. Aquí.



Después de la muerte de su querido padre, Audrey Arnaldi es la próxima princesa que regirá el principado de Mónaco. Toda su vida ha estado diseñada para asumir esa tarea con responsabilidad.

Sin embargo, un persona de su pasado irrumpe de nuevo en su vida. Su hermanastro Vincent, a lomos de su Harley-Davidson y con aires de chico duro, regresa cargado de misterios.

Cuando eran adolescentes, Audrey odiaba su fama de seductor y su arrogante sonrisa, pero ahora Vincent se ha convertido en un hombre arrebatador, tanto es así que ella se siente incapaz de controlar sus emociones.

Disfruta ya de una intensa historia de princesas y motoristas en el ambiente de lujo y sofisticación de Montecarlo.

Enlaces:

Amazon España. Aquí.

Amazon US. Aquí.
Amazon México. Aquí.

Si te gustaría estar al tanto de los siguientes libros, haz clic aquí para recibir el aviso.

Muchas gracias y mucho amor,

Robyn

Table of Contents

Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo
Más novelas de Robyn